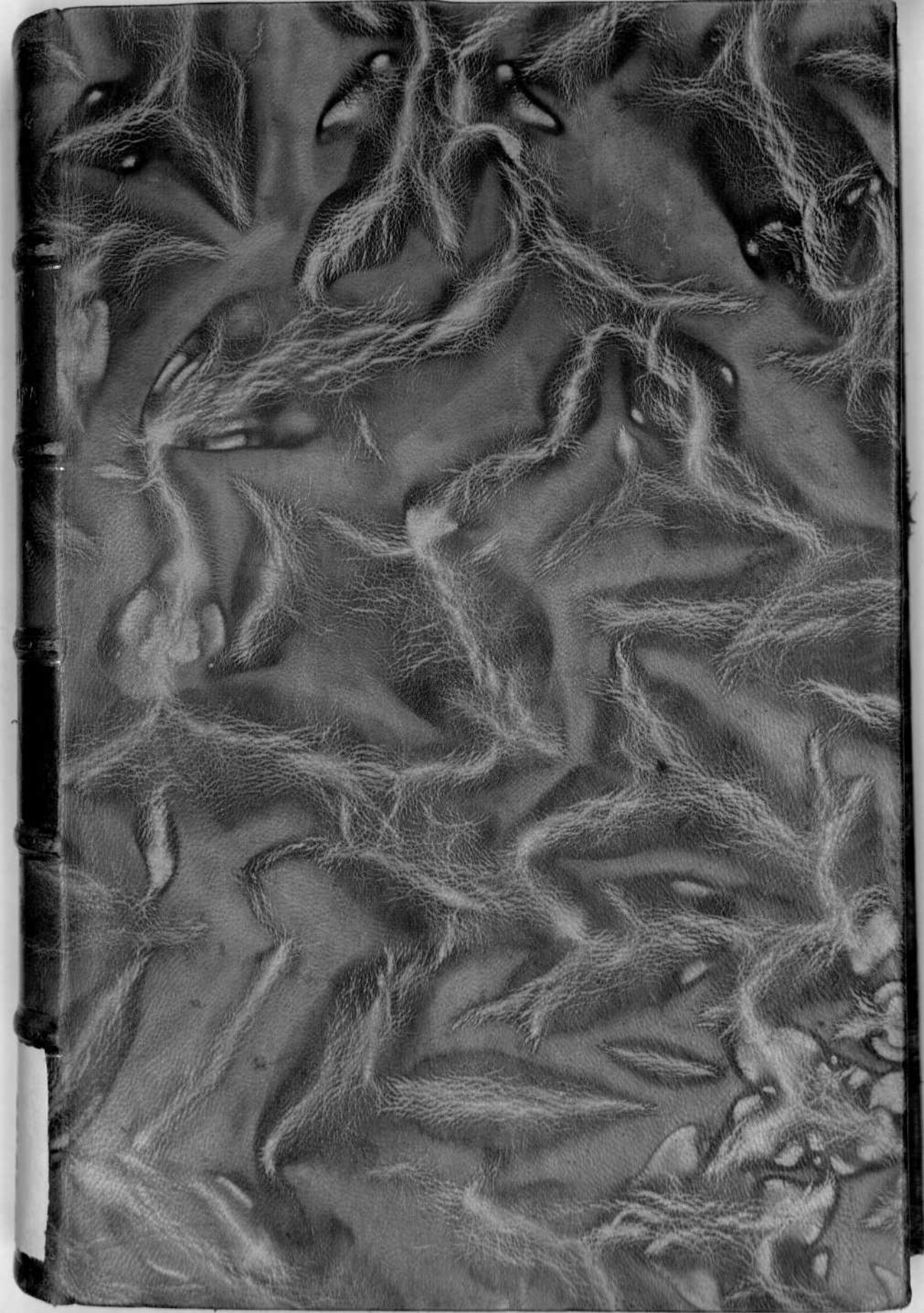


DGCL
A

C-1179824
L142781

Historia de España.

HISTORIA

DE

ESPAÑA

POR

D. JUAN ORTEGA RUBIO

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

TOMO II

Edad media: desde Alfonso VI
hasta los Reyes Católicos.



MADRID
LIBRERÍA EDITORIAL
DE BAILLY-BAILLIERE É HIJOS
Plaza de Santa Ana, núm. 10.
1908

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

R. 108122

INTRODUCCIÓN

El período de más de cuatro siglos en que se desarrollan los acontecimientos históricos comprendidos en este tomo es sin disputa uno de los más turbulentos que puedan registrarse en la historia de España.

Los españoles que, siete años después de la invasión de los árabes, principian, en el año 718 de nuestra era, la empresa colosal de la reconquista, á la que han de poner acabamiento en el 1492, no se hallan todavía á la mitad del camino cuando en 1085 conquista Alfonso VI la capital toledana. Van transcurridos ya trescientos sesenta y siete años de lucha incesante, pero faltan aún más de cuatro centurias de pelear contra los invasores para recobrar todo el territorio perdido.

Sin embargo, en el transcurso de tantos años han variado por completo la situación del país, las relaciones mutuas entre las razas beligerantes, los caracteres de la lucha tenaz, personal como en sus comienzos, pero con intermitencias frecuentes y con armisticios duraderos, que en muchas ocasiones no se reducen á mera suspensión de hostilidades, sino que llegan á convertirse en alianzas ofensivas y defensivas de moros y cristianos contra ejércitos cristianos ó moros.

Sí, todo ha cambiado mucho; se ha transformado todo. El tiempo, ese destructor impasible, frío, pero infatigable, que destruye los imperios, que aniquila las razas, no ha extinguido el odio entre españoles y sarracenos; lo ha modificado, no obstante, desde que en los albores del siglo VIII se inició en un rincón de Asturias la que podría nombrarse guerra

santa, hasta que, mediando el siglo XI, los españoles se han posesionado de la más extensa y más codiciada parte de Castilla. Pero ¡cuán diferentes las guerras de los primeros tiempos de la reconquista y las del reinado de Alfonso VI y de sus sucesores! En aquéllas una aspiración sola, un ideal único impulsaba á las huestes españolas, aspiración é ideal que todos comparten: exterminar á los enemigos de la religión cristiana, expulsar del territorio á los usurpadores de la patria.

Después, sin que esos propósitos y esos intentos fueran completamente dados al olvido, habíanse mezclado con ellos, al rodar de los acontecimientos, ambiciones, rivalidades, odios, que dificultando y hasta impidiendo la acción común de los ejércitos cristianos, eran causa invencible de aplazamientos á la realización de la gran empresa acometida.

Sin eso, ¿cómo había de haber costado cerca de ocho siglos expulsar del territorio español á los mahometanos?

Tarea muy dificultosa, y aun no habría exageración en llamarla imposible, es la de encerrar en estudio sistemático aquel caótico período de la historia patria. Aquella España que, débil, casi aniquilada, resucita en 718, aparece en 1085 como verdadera confederación de muchos estados independientes, todos con igual señorío, que solamente coincidían, cuando coincidían en algo, en el pensamiento de reconquistar el pedazo de España que aun poseían los moros. Reyes, príncipes, condes, dirigían aquellos estados, cada uno de los cuales tenía sus leyes propias, sus costumbres, sus usos, su organización política, sus instituciones peculiares, su milicia; eran, en fin, como diríamos ahora, verdaderamente autónomos. Estas especialísimas circunstancias, nacidas natural y lógicamente en el origen de cada uno de esos estados, independientes unos de otros, acrecentaban la dificultad casi insuperable, si ya no insuperable del todo, de narrar metódicamente y con estricta sujeción á año cronológico los acontecimientos realizados en tan enmarañado período.

No era posible apelar, aunque parece á primera vista

más hacedero, al recurso de transformar la historia general de España en colección de monografías, en cada una de las cuales se contuviese parcialmente la historia de un estado: la de Asturias, la de León, la de Castilla, la de Cataluña, la de Aragón, la de Navarra, etc.; porque esos estados y los demás que integraban la España cristiana, si bien procedían, según queda dicho, con absoluta independencia unos de otros, uniéronse muchas veces para la común labor de la reconquista, y ora por enlaces de príncipes, ora por herencias vinculadas en estas ó aquellas familias, se compenetraban, por decirlo así, en su historia, hasta que un divorcio, una divergencia de pareceres, los desunían, y los que constituían un solo estado, con una historia misma, convertíanse en enemigos encarnizados y peleaban con saña por un pedazo de terreno ó por un florón de la corona de un condado.

En este incesante tejer y destejer reinos y principados, que justifica el hecho de que la Iglesia solicitase en sus preces á la Divinidad «la paz y concordia entre los príncipes cristianos», la tradición hubo de recurrir, para distinguir unos reyes de otros y no confundirlos en la memoria, al medio de añadir al nombre de cada uno un sobrenombre, que si en muchos casos fué expresión de admiración y estima, fué en algunos otros, antes que sobrenombre glorioso, apodo popular con significación de animadversión ó de desprecio.

El *Grande*, el *Magnánimo*, el *Sabio*, el *Conquistador*, el *Santo* y otros muchos, epítetos son que la posteridad ha conservado y conserva para honrar la memoria de Alfonsos, de Jaimes, de Fernandos; pero conserva también los motes de el *Cruel*, el *Indolente*, el *Ceremonioso*, el *Viejo*, el *Cojo*, el *Impotente*, etc., para desdén perdurable de otros monarcas. Era eso de tal suerte, que en ocasiones el sobrenombre ó el apodo de un monarca sintetizaba su reinado.

La historia, sin embargo, es, debe ser, sin que pueda menos de ser, algo más que examen detallado y menudos pleitos de familias aristocráticas.

Casamientos de monarcas, divorcios de príncipes, alian-

zas de descendientes de estos ó de aquellos próceres, venganzas terribles, asesinatos, envenenamientos, con que se procuraba asegurar la posesión tranquila de un trono, asuntos son para explotados por noveladores y dramaturgos; el historiador tiene, por exigencias de su misión, necesidad absoluta de buscar en más elevadas regiones la orientación de su criterio.

Lejos del intrincado laberinto en que se han barajado crónicas casi siempre incompletas y parciales siempre, y contemplando los acontecimientos, si es lícito expresarlo así, á vista de pájaro, se advertirá cómo, á través de los siglos y por encima de las marañas del monte bajo de acontecimientos episódicos y contingentes, la trayectoria señala en el camino una orientación constante; orientación que, en determinadas ocasiones, parece ocultarse á los ojos del observador más perspicaz, porque la obscurecen circunstancias pasajeras, pero que tornan muy pronto á presentarse en igual sentido siempre, con la tendencia misma é idéntico rumbo.

En el lapso de más de tres siglos que media entre Alfonso VI y los Reyes Católicos, nuestra península aparece formada por dos naciones perfectamente definidas: España cristiana y España mahometana. La una y la otra se hallan constituídas por estados pequeños, desligados é independientes unos de otros y á quienes une algunas veces la necesidad de combatir al enemigo común respectivo.

En la España cristiana échase de ver la marcada tendencia al acrecentamiento del territorio reconquistado; en la musulmana nótase, por el contrario, síntomas de empequeñecimiento. Los estados componentes de la España cristiana, aun en la balumba caótica de matrimonios concertados, de bodas fracasadas, de herencias puestas en litigio, cuyos fallos eran muy á menudo encomendados á la fuerza de las armas; aun en la diversidad de empresas belicosas que en busca de expansión para sus dominios acometían algunos soberanos en países extranjeros; á pesar de las rivalidades existentes entre unos y otros dentro de la península misma,

vislumbrábase como inevitable, como consecuencia lógica y necesaria del desarrollo de los sucesos, la hegemonía de Castilla en aquella conglomeración de estados que, sin previos pactos, habían formado de hecho una confederación.

Extender más y más el territorio y lograr la unidad de la patria española; reconocer de hecho como centro de esa unidad el reino de Castilla, que, unido ya de antiguo al de Asturias, León y Galicia, y tiempos después al de Aragón y Navarra, representaba la mayor parte de los dominios cristianos, son desde mediados del siglo XI tendencias muy visibles á las cuales se atiende en las líneas precedentes. A tales fines van enderezados los más importantes acontecimientos del período que ha de transcurrir desde el mencionado siglo XI hasta las postrimerías del siglo XV, en que los Reyes Católicos dieron término á la lucha de los ocho siglos conquistando á Granada.

En la España árabe, por el contrario, se encaminaba todo á la disgregación, al empequeñecimiento, á la ruina.

Desde que Alfonso VI se apoderó de Toledo, en 1085, puede afirmarse que se inició la decadencia del poder musulmán en España, y que la balanza ideal en la que se pesan los hechos históricos comienza á inclinarse en favor de las armas cristianas. Evidentemente la reconquista de la antigua capital de los reyes godos señala como punto singular de la historia el principio del decaimiento de la dominación musulmana.

Consecuencia inmediata del aumento de los dominios cristianos y de la disminución del territorio sometido á los musulmanes fué, como no podía menos de ocurrir, la disminución del número de los mozárabes y el aumento correlativo del de los mudéjares.

Con la conquista, que mejor puede llamarse reconquista, de Toledo coincidió un hecho de gran importancia en el orden religioso; es á saber: la gran influencia de la corte de Roma en la disciplina española por medio de sus legados, en colaboración con los monjes franceses que desde la aba-

día de Cluny se trasladaron á España. Demuéstrase la eficacia de esa influencia con la abolición del antiguo rezo mozárabe, abolido con anterioridad en Aragón y Navarra.

Contra ese rezo mozárabe, denominado también gótico por algunos, habíanse declarado los Sumos Pontífices Alejandro II y Gregorio VII y los legados Ricardo y Hugo Cándido. Enemigo también del rito mozárabe fué Bernardo, arzobispo de Toledo, que antes de ocupar tan importante archidiócesis había sido llamado de Cluny para ejercer el cargo de abad en Sahagún. La segunda mujer de Alfonso VI, Constanza de Borgoña, contribuyó también muy eficazmente á la abolición del rito mozárabe.

Conquistada Toledo, su primer arzobispo fué nombrado á gusto de Roma. «No te importe—decía Gregorio VII al rey Alfonso—que sea extranjero y de humilde sangre, con tal que sea idóneo para el gobierno de la Iglesia» (1).

Además de la reina Constanza y del arzobispo toledano Bernardo, los legados pontificios eran también cluniacenses y franceses, franceses los condes y prelados más favorecidos por los reyes, cooperando todo—como escribe Lafuente—«á arraigar en España la influencia pontificia, la influencia francesa y la influencia cluniacense, que venían á ser una misma» (2). No sólo, pues, fué radical el cambio que sufrió en este tiempo la Iglesia española, sino también el estado social de la Monarquía.

En Aragón, lo mismo que en Castilla, era cada vez, según queda dicho, más preponderante el poder del Estado. Cuando en Castilla ocupaban el trono Alfonso VII *el Emperador*, Alfonso VIII *el Noble* y Fernando III *el Santo*, ceñían la corona en Aragón Alfonso I *el Batallador*, Pedro I *el Católico* y Jaime I *el Conquistador*. Conquistadores fue-

(1) Aguirre, *Collect. Max. Concil.*, tomo III, pág. 257.

(2) *Historia general de España*, tomo IV, libro I, pap. XXVI, párr. III, págs. 337 y 338.

ron en aquel período los reyes de Castilla; no lo fueron menos los monarcas aragoneses.

Cierto que en ocasiones, como hemos manifestado en estas mismas páginas, los diferentes estados en que la España cristiana se halló dividida á consecuencia de su manera de formarse y de adquirir desenvolvimiento, ofrecían cuadros tristísimos de enconos y de luchas sangrientas; cierto asimismo que, según queda dicho también, algunos monarcas, cediendo á peligrosos impulsos, á imprudente amor paternal, dividían al morir sus estados entre varios hijos, ocasionando estas funestas particiones (no siempre acatadas por los herederos) rivalidades, desunión y, por consiguiente, deplorable debilidad de muchos reinos; pero es cierto igualmente que el fraccionamiento y las discordias civiles eran mayores todavía en la España musulmana. Acertado está, por consiguiente, en su juicio el historiador que dice, aludiendo á esas circunstancias de las dos Españas, la árabe y la cristiana, «que el mayor desconcierto de la primera fué la salvación de la segunda». Si no pareciese propio del fatalismo musulmán, diríamos que acaso no podía suceder de otro modo; no, no lo diremos; no afirmaremos que *ya estuviera escrito* lo que había de ocurrir; pero lo evidente es que en el desarrollo lento de los sucesos había algo de incontrastable, algo de avasallador, que hace recordar aquella invencible fuerza del hado que sintetiza lo esencial de la dramaturgia griega y que se ha transmitido, con ligeras variantes, de un teatro á otro hasta algunos dramas contemporáneos; de lo cual es prueba evidente la famosa obra del duque de Rivas, *Don Alvaro ó la fuerza del sino.*

Sin engolfarnos en disquisiciones filosóficas, impropias del lugar y de la ocasión, sobre si los sucesos pudieron ó no sobrevenir de manera distinta, nos concretaremos á registrar el hecho de que, á la postre, almoravides y almohades fueron vencidos por los ejércitos cristianos, quedando solamente en España, del gran imperio musulmán, el pequeño reino granadino.

Que en aquel tiempo la civilización y la cultura de la España cristiana no podían competir con la cultura y la civilización de la España muslímica es incuestionable; porque ni la rudeza característica de los almoravides, ni el ardor belicoso, algo primitivo, de los almohades lograron apagar aquella luz que iluminara el imperio de los Omniadas y de los reyes de taifas.

Como de procedimientos diferentes no han de obtenerse distintos resultados, la manera de formación que podría, sin faltar á la exactitud, nombrarse renacimiento de la España antigua, tuvo por consecuencia el que el pueblo cristiano fuese conquistando, á medida que avanzaba en su acrecentamiento, libertades políticas y derechos civiles. El elemento popular, siempre arma al brazo para defender el terruño, entró sencillamente á formar parte de los poderes públicos; participación que, á través de vicisitudes y de transformaciones, conserva todavía, sin que hayan bastado para arrancársela de raíz algunos siglos de absolutismo, que el advenimiento de la funestísima casa de Austria inició y conservaron por algún tiempo los Borbones.

No alcanza á estos cambios el período histórico estudiado en este segundo tomo de nuestra obra, entre cuyas páginas más interesantes debemos considerar aquellas en que aparece la gran figura, hermosa y simpática, de Alfonso X *el Sabio*, á quien precedió en el solio de León y Castilla Fernando III *el Santo*, contemporáneo del no menos famoso Jaime *el Conquistador*, que por entonces reinaba en Aragón y Cataluña.

Fernando III y Jaime I sobresalen en la galería de los grandes príncipes de la Edad media española y no son inferiores á los más ilustres que reinaron en otros pueblos durante los tiempos medioevales. Ambos son igualmente conquistadores, y con el sobrenombre de *el Conquistador* designa la historia al aragonés, dejando para el castellano el título de *el Santo* con que la Iglesia le ha consagrado y enaltecido.

Fernando III *el Santo* se apoderó sucesivamente de

Córdoba y de Sevilla; Jaime *el Conquistador* se hizo dueño de las Baleares y de Valencia.

Con estas victorias de las tropas cristianas quedó reducido, como se ha dicho poco ha, el imperio muslímico al mermado y, por lo reducido, débil reino de Granada.

Débil, pequeño, abandonado á sus propias fuerzas, todavía subsistió otro siglo y medio. No hay, pues, exageración grande en decir que el reino de Granada mantuvo solo la guerra de la reconquista casi una tercera parte de los setecientos cincuenta y cuatro años que duró la lucha.

La explicación de un hecho que á primera vista parece inexplicable es, sin embargo, sencillísima; indicada queda en párrafos de esta Introducción. Cuando comenzaba la segunda mitad del siglo XIII (1252) murió Fernando, primer rey de Castilla y de León, estados éstos que en 1230 se unieron para no volver á separarse.

Este monarca, que en 1217 ocupó el trono de Castilla por renuncia ó voluntaria abdicación de su madre doña Berenguela, y que trece años después, por fallecimiento de su padre Alfonso IX, se ceñía la corona de León, fué elevado á la categoría de Santo en 1671 por el papa Clemente X. Sorprendió la muerte á este rey cuando se apercibía para realizar una expedición á Marruecos, después de haberse apoderado de Córdoba y de Sevilla.

La sola mención de estos hechos y de tales preparativos es más que suficiente para que se comprenda la preponderancia que ya á mediados del siglo XIII habían logrado las armas cristianas, que sin grandes esfuerzos habrían conseguido en breve plazo la rendición de Granada, que no se consiguió hasta transcurridos doscientos cuarenta años después de la muerte de Fernando III.

Y no se consiguió, hay que repetirlo, porque las discordias intestinas entre los príncipes cristianos lo impidieron. Es evidente que algo pudo influir en esta paralización de la reconquista la hábil política, verdaderamente sabia, de los reyes granadinos Aben-Alhamares.

Pero ni las perturbaciones intestinas de los estados cristianos, ni la sabiduría y la prudencia de los reyes granadinos habrían sido causas bastantes para determinar la paralización en la empresa colosal que cinco siglos antes se había iniciado. Otra causa hubo, acaso más eficaz que las mencionadas: la obra de la reconquista no terminó tan pronto como pudo ser terminada porque no se quiso ponerla acabamiento, porque no había interés en concluirla. La lucha contra los moros había ya perdido casi por completo su carácter de *guerra santa*. El desgaste naturalmente producido por tan largo batallar había entibiado mucho el ardimiento religioso de los combatientes. Aquel hermoso pero reducido pedazo de la tierra andaluza era pequeño estímulo para mover á quien ya en las guerras, más que el triunfo de la cruz sobre la media luna, buscaba adquisición de territorios con que acrecentar sus dominios.

La conquista de Granada habría sido botín muy escaso para repartido entre muchos partícipes, tanto más escaso cuanto era más evidente que, no ya sólo por su situación geográfica, sino también á causa de su evidente, aunque aun discutida, superioridad, á Castilla había de corresponder la mayor y mejor parte de lo conquistado, caso de que no se lo apropiase todo. Esa conquista, por consiguiente, no podía despertar gran interés en los pueblos ó fronterizos ó poseedores de extensas costas, que llevaban sus intentos de expansión á Francia é Italia y otros países que ofrecían terreno más codiciable para sus ambiciones. Lo de adquirir para la religión de Cristo y para la patria española el último resto que del dominio mahometano quedaba en la península, que habría podido ser en épocas anteriores y de más ferviente espíritu religioso estímulo para combatir con empeño, era á la sazón mirado con indiferencia.

Esa desidia, esa indiferencia son las principales, unas de las principales causas de la duración inverosímil del reinado de los moros en Granada.

Cuando los Reyes Católicos, relativamente tranquilos sus

estados, se propusieron conquistar el reino de Granada, proponérselo y realizarlo fué todo uno.

Pero este importante acontecimiento, que señala un punto singular de nuestra historia patria, no se halla contenido en el período que comprende el tomo cuya es esta Introducción.

Sí corresponden á él los actos del gran Alfonso X *el Sabio*, que mereció dar nombre á su siglo, porque su gran figura lo llena todo: la política, las ciencias, las artes, la filosofía, las leyes. Fué desgraciado, muy desgraciado; sus tristezas han dado asunto para romances, para novelas, para dramas, y hasta un poeta español contemporáneo, Luis de Eguílaz, llevó á la escena, en la obra titulada *Las querellas del Rey Sabio*, la simpática personalidad de Alfonso X.

No pudo continuar, como deseaba y se propuso más de una vez, la obra de la reconquista. Buscó en el estudio un medio de aliviar sus pesares.

Estudió en el Derecho las leyes pasajeras y ocasionales escritas por los hombres; buscó en la Astronomía las eternas leyes con que el Creador reguló el movimiento de los mundos; halló en la Historia la vida de la Humanidad.

Hubo menester de tales consuelos porque se vió desdeñado por Sumos Pontífices; porque su mujer y sus hijos fueron quizá sus enemigos más encarnizados; porque los magnates del reino le declararon cruda guerra, y porque, en fin, se vió abandonado por su pueblo.

«Alfonso X, dice uno de sus biógrafos, fué un hombre de inmensa erudición, verdadero asombro de ciencia.»

Cierto que pone á tales afirmaciones la limitación innecesaria: «dada la época en que floreció».

Huelga, en efecto, esa limitación, porque es axiomático y va sobrentendido siempre que al hablar de la sabiduría de uno de esos genios que muy de tarde en tarde aparecen para asombro y para guías y maestros del linaje humano, hay que tener en cuenta la época en que vivió.

Cualquier estudiante medianamente aprovechado en la asignatura de *matemáticas* sabe bien que la famosa fórmula

del binomio de Newton, que se grabó para eterna memoria en la losa sepulcral del insigne matemático, es casi un juguete; lo cual no atenúa en un ápice el mérito del que la inventó.

Copérnico siempre será uno de los hombres más célebres de la Humanidad, aunque su sistema, su admirable sistema astronómico, haya sufrido modificaciones.

Que cuantos hallaron y usufructuaron la ciencia acumulada por muchas generaciones tengan más conocimientos que los que dieron en ella los primeros pasos sin más auxilio, sin otro precedente que el propio intelecto suyo, no es razón para desdeñar á los iniciadores.

Hay que admitir, en aras de la justicia, que Alfonso X, sin reparos ni limitaciones, merece la admiración de todos.

Muy acertada y muy imparcialmente dice de ese monarca un ilustre escritor contemporáneo, el malogrado maestro Navarro Ledesma: «La historia de España y de la civilización española no recuerda figura más gigantesca, noble y completa que la de D. Alfonso X *el Sabio*, cuyo nombre y cuyas obras iluminan el siglo XIII.»

Fué impopular, sí, lo fué indudablemente; pero se adelantó á su tiempo, y este es crimen que los contemporáneos no perdonan nunca. Su ideal, á juicio del mismo escritor, era digno del siglo XX y no del siglo XIII.

Mucho y muy injustamente hizo padecer al Rey Sabio la nobleza castellana: obligóle á probar hasta las heces del cáliz de la amargura; pero en el siguiente siglo, otro rey que se llamó también Alfonso, aunque no se llamó sabio, ni lo fué, castigó severa y cruelmente á los nobles, si bien historiadores y cronistas aseguran que Alfonso XI, *el del Salado*, procedió en justicia. Las palabras de justicia y crueldad no se compadecen por completo; pero es muy difícil averiguar cuál dictado merecen los reyes á quienes unos llaman crueles y llaman otros justicieros. Alfonso X comenzó su reinado en 1252, esto es, al mediar el siglo XIII; Alfonso XI terminó el suyo cuando mediaba el siglo XIV (1350).

No, no eran los castigados por Alfonso XI los nobles mismos que habían amargado la existencia de Alfonso X; pero sí era la misma raza altanera y soberbia que, osada, irrespetuosa y desconsiderada con un rey sabio y bueno, se arrastró á los pies del monarca del cual dice la historia: «Mostrábase en el gobierno interior el hijo de Fernando IV, más que enérgico, cruel, y empleaba, entre otros medios reprobados, la violencia, la traición y la alevosía en los pactos y guerras con los nobles insurrectos.»

Análogamente, pues en estos procedimientos de algunos monarcas hay siempre grandes analogías; análogamente, repetimos, ocurrió en Aragón, donde si los señores impusieron el Privilegio General á Pedro III y los Privilegios de la Unión á Alfonso III, tiempo adelante, y no transcurridos muchos años, sobrevino el reinado de Pedro IV, soberano que puso término, dicen unos que cruel y otros que justicieramente, á las demasías de la nobleza en los campos de Epila y de Mislata.

El feudalismo, que dominó en gran parte de Europa desde el siglo IX, penetró en España con alguna fuerza, especialmente en Aragón y en Cataluña, lo cual se explica teniendo en cuenta la proximidad de este pueblo ó Estado fronterizo al resto de Europa, y sobre todo el íntimo contacto que siempre tuvieron, como adversarios ó como amigos, con la feudal Francia. Mientras los reyes de Castilla Juan II y Enrique IV eran juguetes de la nobleza castellana, en Aragón se celebraba el Parlamento de Caspe y era elevado á la dignidad real el castellano Fernando de Antequera. Fernando I, y aun más que Fernando I otro rey aragonés, Alfonso V, solamente pensaban en los sucesos de Italia. Hermoso país, acerca del cual siempre alimentaron dichos monarcas ambiciones de usurpación y de conquista.

No valían menos como jefes de reinos los castellanos Juan II y tal vez Enrique IV; pero es de estricta justicia reconocer que no valía más que ellos, como clase privilegiada, la nobleza y los cortesanos.

Y aunque haya algo de lisonja, no se olviden las palabras del cronista: «Era hombre (Juan II) muy trayente, muy franco é muy gracioso, muy devoto, muy esforzado; dábase mucho á leer libros de filósofos é de poetas, era buen eclesiástico (dado á las cosas de la Iglesia), asaz docto á la lengua latina, mucho honrador de las personas de ciencia...» (1).

Por lo que respecta á Enrique IV, no fué—según datos dignos de crédito—tan débil como generalmente se cree. Alientos mostró para penetrar, como varias veces lo hizo, en territorio de musulmanes con buena fortuna. No fué tampoco tan escaso de inteligencia como algún cronista y hasta algún autor dramático, fiando con exceso en la tradición, han supuesto. Muestras dió de no vulgar entendimiento, de buen gusto y de claro sentido estético, dispensando protección á las Bellas Artes.

No consiguió la tranquilidad apetecible y por él deseada en el hogar doméstico; no halló tampoco la ayuda y el apoyo de su pueblo.

En el reinado de Alfonso VI comenzó á iniciarse, como queda dicho en esta Introducción misma, la preponderancia del poder de los cristianos sobre el de los árabes españoles; de igual modo en el reinado de Alfonso *el Sabio* aparece ya clara la superioridad en cultura de la España cristiana con respecto á los musulmanes, no obstante el esplendoroso foco de la luz que irradiaba desde Granada, emporio de la civilización y de la ciencia en aquellos tiempos.

Legislador, astrónomo, poeta, filósofo, historiador, político y guerrero, el hijo de San Fernando hizo, nunca se repetirá bastante, glorioso su reinado. Contribuyó como ninguno á la formación de la lengua y de la literatura castellanas. Si es verdad que en el reinado de Alfonso XI brillaron: como poeta, Juan Ruiz (el arcipreste de Hita), y como prosador, D. Juan Manuel, nieto de Fernando *el*

(1) Pérez de Guzmán, *Cron.*, pág. 576.

Santo y sobrino de Alfonso *el Sabio*, verdad es asimismo que el regio alcázar de Juan II se vió convertido en asamblea de poetas y de sabios, entre los que descollaban don Enrique de Villena, el marqués de Santillana y el famoso Juan de Mena.

Simultáneamente conquistaban gloria perdurable en Cataluña: Ausias March, el *Petrarca de los Provenzales*; Joanot Martorell, el *Bocaccio lemosín*, y el príncipe Carlos de Viana.

De igual modo las Bellas Artes comenzaron á brillar en todo su esplendor, de lo cual son elocuente muestra los románicos templos de Zamora, de Tarragona y de otras ciudades, como también las bellísimas catedrales, estilo ojival, de León y de Burgos.

Finalmente, el comercio adquirió, con anterioridad al descubrimiento del Nuevo Mundo, vida próspera y floreciente en Castilla, y las naves catalanas llevaron en sus proas á un tiempo mismo las mercancías, la cultura y el progreso.

Sería preterición á todas luces injusta, y como tal imperdonable, no mencionar repetidamente el florecimiento que las ciencias, las letras y las artes habían logrado, durante aquel período, en el pequeño reino musulmán de Granada.

Todos los reyes moros de la familia Aben-Alhamar fueron decididos protectores de la cultura. Con la misma decisión procuraron el desarrollo de la industria y la prosperidad del comercio.

¡Todo había de terminar muy pronto!

En la España cristiana reinan Fernando é Isabel; Boabdil, en Granada. La colosal empresa de ocho siglos toca á su acabamiento.

Con la terminación de esta guerra coinciden hechos históricos de gran resonancia y de extraordinaria transcendencia; pero ni la coronación del edificio secular de la reconquista, ni los sucesos á que se hace referencia, están incluídos en el tomo II, á que esta Introducción corresponde.

En el último tercio del siglo XV comienzan los aconte-

cimientos cuyo resultado fué, después de tantas vicisitudes y contrariedades, de tantas agitaciones y turbulencias políticas, cambiar casi radicalmente el aspecto social de la España cristiana y señalar orientaciones nuevas ó rumbos nuevos á los pueblos de la Península Ibérica, de todo lo cual ha de tratarse con alguna extensión en el tomo III de esta obra.

ESPAÑA CRISTIANA

I

Castilla y León: Alfonso VI en Burgos.—García de Galicia es encerrado en el castillo de Luna.—Al-Motamid de Sevilla: historia de este príncipe.—Guerra entre Al-Motamid y Alfonso VI.—Conquista de Toledo por Alfonso VI: su importancia.—Al-Cádir en Valencia.—El Cid.—Situación de la España musulmana.—Los almoravides: su origen; su historia hasta Yúsuf-ben-Texufin.—Relaciones de Al-Motamid y de otros reyes de taifas con los almoravides.—Reto de Alfonso VI á Yúsuf.—Yúsuf en España: batalla de Zalaca.—Los reyes de taifas y los almoravides.—Batalla de Uclés.—Muerte de Alfonso VI: consideraciones.—El Cid Campeador: su vida; consideraciones.—*Barcelona*: Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II: conquista de Tarragona.—*Navarra*: García IV y Sancho el de Peñalén.—*Aragón*: Ramiro I: batalla en el castillo del Grao.—*Aragón y Navarra*: Sancho Ramírez: toma de Barbastro; abolición del rito gótico.—Pedro I: batalla de Alcoraz.

Castilla y León. Alfonso VI en Burgos.

Alfonso VI (1072-1109) sucedió á su hermano Sancho II. En Toledo, donde se hallaba, recibió la noticia de la muerte alevosa de Sancho; noticia que le comunicaron, primero algunos castellanos y después doña Urraca. Unos y otros nuncios encontraron en las cercanías de Toledo al conde Pedro Ansúrez (Peranzules), que acostumbraba á pasear á caballo fuera de la ciudad y, noticioso de la nueva, puso lo ocurrido en conocimiento de D. Alfonso. Se despidió éste de Al-Mámum, no sin prometerle buena y cordial amistad. Alfonso llegó á Zamora, y desde aquí pasó á Burgos, donde, según la leyenda, Rodrigo Díaz le hizo jurar en la iglesia de *Santa Gadea* no haber tenido culpa en la muerte de D. Sancho. Esta relación, afirma Masdeu, «debe tenerse por fabulosa, como claramente contraria al testimonio de los escritores más antiguos» (1).

(1) *Historia crítica de España*, tomo XII, págs. 384 y 385.

De la siguiente manera refiere Sandoval el suceso:

«En la parroquia de Santa Gadea, que debía ser la más principal de Burgos, porque aún no había en ella Iglesia catedral, se juntaron todos los caballeros, y vino el Rey á misa con dos hermanas, las infantas doña Urraca y doña Elvira.

»En un tablado alto, para que todo el mundo lo viese, se puso el Rey, y llegó Rodrigo Díaz á tomarle el juramento; abrió un misal puesto sobre un altar, y el Rey puso sobre él las manos, y Rodrigo dijo así:

»—Rey don Alfonso, vos venís á jurar por la muerte del Rey don Sancho, vuestro hermano, que si no lo matastes ó fuistes en aconsejarlo, decid que sí, y si no muráis tal muerte cual murió el Rey vuestro hermano, y villanos os maten, que no sean hidalgos, y vengan de otra tierra que no sean castellanos.

»El Rey y los caballeros respondían: Amén. Segunda vez volvió Rodrigo y dijo:

»—Vos venís á jurar por la muerte del Rey mi Señor, que vos no lo matasteis ni fuistes en aconsejarlo.

»Respondió el Rey y los caballeros: Amén.

»—Si no muráis de tal muerte cual murió mi Señor: villanos os maten, no sea hidalgo ni de Castilla, sino que venga de fuera, que no sea el Reyno de León; y él respondió: Amén, y mudósele el color.

»Tercera vez volvió Rodrigo á decir estas palabras al Rey, el cual y los caballeros dijeron: Amén.

»Pero ya no pudo el Rey sufrirse, enojado con Rodrigo Díaz por que tanto le apretaba, y díjole:

»—*Varón Rodrigo Díaz, ¿por qué me ahincas tanto, que hoy me haces jurar y mañana me besarás la mano?*

»Respondió el Cid:

»—*Como me ficiéredes algo, que en otras tierras sueldo dan á los hijosdalgo, y así faréis vos si me quisiéredes por vuestro vasallo.*

»Mucho le pesó al Rey de esta libertad que Rodrigo Díaz le dijo, y jamás desde este día estuvo de veras en su gracia, que los Reyes ni superiores no querían súbditos tan libres» (1).

(1) *Historia de los Reyes de Castilla y de León D. Fernando el Magno*, etcétera, tomo I, págs. 125 y 126.



ALFONSO VI

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que Rodrigo Díaz, desterrado ó no desterrado, abandonó á Burgos (1).

Pero será justo consignar que el monje de Silos, que es contemporáneo, no menciona la jura en Santa Gadea; antes, por el contrario, da á entender que los castellanos no se opusieron al reconocimiento de Alfonso VI.

García de Galicia es encerrado en el castillo de Luna.

García, el destronado rey de Galicia, salió de Sevilla con la esperanza de ser repuesto en su reino; mas se engañó, porque Alfonso le hizo encerrar en el castillo de Luna, donde acabó sus días después de largo cautiverio (2).

Al-Motamid de Sevilla: historia de este príncipe.

Entre los reyes de taifas del último tercio del siglo XI descuella Al-Motamid de Sevilla. Había nacido en el año 1040; su padre, Al-Motadid, cuando su hijo contaba once ó doce años, le nombró para el gobierno de Huelva; más adelante le dió el gobierno de Silves (Portugal).

En esta encantadora mansión, que al presente se llama el paraíso de Portugal, acertó Al-Motamid á conocer á un pobre joven, tan pobre como buen poeta. Ambos amaban los placeres y toda clase de aventuras.

Tan prendado quedó Al-Motamid de su nuevo amigo, que pronto le nombró visir y le encargó del gobierno de la provincia. Cada día era mayor el cariño que el príncipe profesaba á su ministro; pero éste, desconfiado y escéptico, presentía que en tiempo no lejano Al-Motamid le había de matar. En sus sueños creyó oir una voz que le decía: *¡Desdichado, ese te ha de matar!*

De cuando en cuando los dos amigos iban á Sevilla, donde se entregaban á toda clase de placeres. Un día, hallándose en la *Pradera de plata,* orillas del Guadalquivir, vieron una encantadora muchacha,

(1) *El Romancero* dice lo siguiente sobre el particular:

«Vete de mis tierras, Cid,
mal caballero probado,
y no vengas más á ellas
desde este día en un año.»
«Pláceme, dijo el buen Cid;
pláceme, dijo, de grado:
tú me destierras por uno,
yo me destierro por cuatro.»

(2) Hay motivos para creer que García no tenía el juicio sano; razón por la cual Alfonso VI le tuvo encerrado en la citada fortaleza.

de la cual se prendó Al-Motamid. Romaiquia—pues así llamaban á la joven—fué pronto la mujer del príncipe, y ambos durante toda su vida se amaron con locura. No creemos que debe compararse Romaiquia á Wallada de Córdoba. Si las dos eran graciosas en la conversación y dotadas de singular ingenio, era muy superior Wallada por su saber é inferior en belleza natural. Caprichosa y antojadiza, hacía la felicidad de su marido, aunque á veces abusaba del cariño que éste le profesaba.

No por esto Al-Motamid había olvidado á su ministro. Dividía su corazón entre el amor y la amistad, entre Romaiquia y Aben-Ammar. Por algún tiempo Al-Motamid y Aben-Ammar estuvieron separados, pues Al-Motadid desterró — no se sabe el motivo —al favorito de su hijo. A la muerte de Al-Motadid volvió á Sevilla Aben-Ammar; pero al ruido de la corte prefirió la tranquilidad de Silves, cuyo gobierno obtuvo. Al poco tiempo, no pudiendo Al-Motamid vivir sin Aben-Ammar, lo llamó á la corte y le nombró su primer ministro.

La corte de Al-Motamid se componía de poetas y de poetisas, de escritores y de artistas. Los festines y los placeres del serrallo—aunque no por esto había dejado de amar á Romaiquia — absorbían gran parte de su vida. Sin embargo, no olvidó del todo los asuntos del gobierno, siendo de ello buena prueba que en el segundo año de su reinado reunió Córdoba á su reino.

Al-Mámum de Toledo, con la ayuda de Alfonso VI y valiéndose del traidor Aben-Ocacha, gobernador de uno de los fuertes, se propuso la conquista de Córdoba. Aben-Ocacha logró penetrar en Córdoba (enero de 1075), valiéndose de la oscuridad de la noche, y se dirigió al palacio del gobernador. Era éste Abbad, hijo mayor de Al-Motamid y Romaiquia, joven valeroso que murió defendiéndose como un león. Cuando llegó Al-Mámum á Córdoba fué reconocido, más por miedo que por otra cosa.

Grande fué la tristeza de Al-Motamid cuando tuvo noticia de la pérdida de Córdoba y de la muerte de su hijo primogénito. Sin embargo de los esfuerzos que hizo para reconquistar la ciudad, y sin embargo de la muerte de Al-Mámum en junio de 1075, Córdoba no se reconquistó hasta el 4 de septiembre de 1078. Aben-Ocacha fué muerto en la huída.

Pero el enemigo poderoso que tenía Al-Motamid era el cristiano Alfonso VI. Ya no se contentaba con un tributo anual: quería ciudades. Salvado el reino de Sevilla por la habilidad de Aben-Ammar,

quiso después el famoso ministro apoderarse de Murcia. Logró su objeto, pero desde entonces acabó la amistad entre Al-Motamid y Aben-Ammar. En composiciones poéticas se insultaban mutuamente el príncipe y el ministro. Aben-Ammar, en su ceguedad, escribió una sátira contra Al-Motamid, contra Romaiquia y contra sus hijos.

«Tú —le decía— has elegido entre las hijas del populacho á esa esclava, que Romaic, su amo, te hubiera cambiado con mucho gusto por un camello de un año. Ella ha echado al mundo hijos libertinos, hombrecillos rechonchos que la avergüenzan...»

Desde entonces toda reconciliación fué imposible, acabando al fin sus días Aben-Ammar á manos de Al-Motamid (1).

Guerra entre Al-Motamid y Alfonso VI.

Iba á comenzar la guerra entre Al-Motamid y Alfonso VI. Reinaba en Toledo el inepto y tirano Yahya Al-Cádir (1075-1085), sucesor de Al-Mámum (2). Arrojado del trono Al-Cádir, imploró el socorro de Alfonso VI, quien hubo de comenzar (1080) las hostilidades contra la ciudad.

Abandonó Alfonso esta campaña por algún tiempo con objeto de castigar á Al-Motamid de Sevilla, y el motivo fué el siguiente: Alfonso VI envió, como de costumbre, una embajada á Al-Motamid para pedirle el tributo. A los caballeros cristianos acompañaba el judío Aben-Galib, en calidad de encargado de recibir el dinero; el sevillano entregó moneda de baja ley, que Aben-Galib se negó á tomar, diciendo: *Sería un necio el hombre que admitiera esa moneda falsa. Yo no tomo más que oro puro, y el año que viene necesitaré ciudades.* Contestación tan imprudente llenó de enojo á Al-Motamid, quien, en su coraje, mandó crucificar al judío.

Cuando Alfonso VI tuvo noticia del caso, juró por la Trinidad y por todos los Santos del cielo que había de tomar terrible é inmediata venganza.

«Iré, dijo, á devastar el reino de ese infiel con guerreros tan innumerables como los cabellos de mi cabeza, y no he de detenerme hasta llegar al estrecho de Gibraltar»

Con efecto, recorrió el territorio sevillano, asedió tres días la capital, y habiendo llegado á las playas de Tarifa, metió su caballo en las aguas, exclamando: «¡Esta tierra es la última de España y la he

(1) Véase tomo I, capítulo XIX de esta obra.

(2) No era ni sobrino ni hijo menor Yahya de Al-Mámum, como dicen algunos historiadores.

pisado!» Volvió en seguida á Toledo y logró que los toledanos abrieran las puertas á Al-Cádir (1084).

Conquista de Toledo por Alfonso VI: su importancia.

Cuando Al-Cádir vió que los jinetes del sevillano Al-Motamid y del zaragozano Aben-Hud corrían impunemente sus tierras, se decidió á escribir á Alfonso VI ofreciéndole la ciudad de Toledo.

El de Castilla «voló con alas —dicen los cronistas árabes— juntando la mañana á la tarde», y después de apoderarse de Talavera y de Madrid se hizo también dueño de Toledo.

Al-Cádir entregó la plaza bajo las siguientes condiciones:

«1.ª Que los habitantes muslimes tendrían seguridad para sus vidas y haciendas, así como para sus mujeres é hijos.

»2.ª Que á nadie se impediría salir de Toledo según su voluntad.

»3.ª Que no se impondría contribución á los que permanecieren, fuera de la capitación de costumbre.

»4.ª Que en el caso de volver un muslim después de haber partido, pudiera recobrar sin dificultad la mayor parte de su hacienda» (1).

Además exigió Al-Cádir que se había de conservar la gran mezquita (2).

Las fortalezas de la antigua capital del reino visigodo se entregaron el 25 de mayo de 1085. Desde que se apoderó de Toledo el berberisco Táric hasta que el monarca castellano entró en la ciudad habían pasado trescientos setenta y cuatro años. El acontecimiento es de tanta importancia, que en él comienza nueva época para la España cristiana. Es, pues, el suceso más importante acaecido en la península desde que los cristianos comenzaron la gloriosa epopeya de la reconquista.

«La fama desta victoria—escribe el insigne Mariana—se derramó luego por todo el mundo, que fué muy alegre para todos los cristianos por haber quitado á los moros aquella plaza, que era como un baluarte muy fuerte de todo lo que poseían en España. Acudieron

(1) Fernández y González, *Los mudéjares de Castilla*, pág. 36.

(2) Esta condición no fué respetada, pues Bernardo, arzobispo electo de Toledo, contando con el apoyo de la reina Constanza, «fué et entró en la mayor mezquita de Toledo, et echó ende las suziedades de la ley de Mahomat, et alzó y altar de la fe de Jhesu Cristo, et puso en la mayor torre della campanas para llamar los fieles de Cristo á las oras». (*Crónica general de Alfonso X el Sabio*, 871).—Don Alfonso VI, á ruego de los mismos moros —según la *Crónica*,—hubo de perdonar al arzobispo y á la reina.

embajadores de todas partes á dar el parabién y alegrarse con el Rey, así por lo hecho como por la esperanza que se mostraba de concluir con todo lo demás que quedaba por ganar» (1).

El arzobispo D. Rodrigo de Toledo señala las siguientes ciudades y villas que se entregaron á D. Alfonso al mismo tiempo que Toledo:

Huic Medina Celim, Talavera, Coymbra plaudat,
Abula, Secobia, Salamantica, Publica Septem,
Cauria, Cauca, Colar, Iscar, Medina, Canales,
Vimus et Vimetum, Magerith, Atencia, Rippa,
Oxoma cum Fluvio lapidum, Valeranica, Maura,
Escalona, Fita, Consocra, Maqueda, Butracum.

Al-Cádir en Valencia.—El Cid.

Al-Cádir, con la ayuda de un ejército castellano dirigido por el capitán Alvar Fáñez, se apoderó de Valencia, donde reinó desde 1085 hasta el 1092. Alfonso VI llamó á Alvar Fáñez, después de la batalla de Zalaca (1086), y no se mezcló ya en los asuntos de Valencia. En cambio, el Cid se puso al lado de Al-Cádir; pues combatido éste por Mostain de Zaragoza y por Berenguer de Barcelona, se echó en brazos del adalid castellano. Rodrigo, aunque malquistado con Alfonso VI, fué vencedor de sus enemigos, devastó ciudades y campos; porque él, como dice Dozy, *cuando se ponía á saquear y quemar, no hacía las cosas á medias* (2). Descontentos los valencianos del gobierno tiránico del Cid, se aprovecharon de su ausencia para reconquistar su libertad, y, con efecto, asesinaron á Al-Cádir y establecieron la República (1092).

Situación de la España musulmana.

Toledo estaba en poder de Alfonso VI, Valencia casi sujeta al yugo cristiano, Zaragoza sitiada, Sevilla vencida, Aledo (3) reconquistado, y desde su fortaleza los castellanos causando mucho daño á los musulmanes de las cercanías, y hasta á una legua al E. de Granada se habían atrevido á llegar las tropas de Alfonso; de modo que la situación de los árabes no podía ser más desesperada. O someterse á Alfonso VI ó abandonar á España; no quedaba otro camino.

Cumple decir en este lugar que después de la última conquista del castellano, el poeta Aben-Al-Gassel había escrito lo siguiente:

(1) *Historia de España*, tomo I, libro IX, cap. VI.
(2) *Investigaciones*, etc., tomo II, pág. 173.
(3) No lejos de Lorca, provincia de Murcia.

«Andaluces, tomad vuestras monturas; la permanencia aquí es un error.

»El collar de la Península se desgrana por sus cabos; su hilo se halla roto por el medio.

»Vémonos rodeados de enemigos que nos acosan; ¿cómo vivir en un saco de culebras?» (1).

En apuro tan grande, los hijos de Mahoma acordaron llamar á los *almoravides*.

Los almoravides: su origen; su historia hasta Yúsuf-ben-Texufin.

«Eran éstos, dice Dozy, los berberiscos del Sahara, que representaban por primera vez un papel en la escena del mundo. Convertidos recientemente al Islamismo por un misionero de Sidgilmesa, habían hecho rápidas conquistas, y en la época en que nos ocupamos se extendía su vasto imperio desde el Senegal hasta Argel» (2).

Acampaban en muchos oasis y se movían en los espacios que separaban aquellos fértiles lugares tribus diferentes por su origen y carácter, entre las cuales había no pocas berberiscas, especialmente en la región que confina al N. por el Atlas, al S. por el Senegal y al O. por el Océano Atlántico.

À mediados del siglo VIII dichas tribus habían formado vasto imperio con reyes pertenecientes al grupo *lamtuna*, el más poderoso de la familia berberisca. En el IX llegaron á dicha región los primeros apóstoles de la religión musulmana; pero los hijos del desierto sólo aprendieron del Corán que debían de hacer la *guerra santa* á los infieles, y como infieles ó paganos eran los negros del vecino Sudán, sobre ellos caían para robarlos, esclavizarlos y venderlos en los mercados de Fez y en otros puntos. Designadas las mencionadas tribus con el nombre de *molatamines* (velados), por su costumbre de llevar tapada la cabeza y parte de la cara con una especie de toca llamada *litam*, vivieron de aquel modo por espacio de mucho tiempo (3).

En la primera mitad del siglo XI Yahya-ben-Ibrahim, jefe de la tribu *lamtuna*, emprendió, con los hombres más principales del país, peregrinación á Meca. Comprendiendo Yahya y los suyos, según pudieron convencerse en la Meca, de que su pueblo se iba á condenar porque no conocía ni cumplía los preceptos religiosos, al pasar por el

(1) Al-Maccari, tomo II, pág. 672.
(2) *Historia de los musulmanes españoles*, tomo IV, pág. 238.
(3) Véase Muller, ob. cit., pág. 473.

territorio de los siridas (1) buscaron sabio teólogo que les siguiera al desierto y predicase la verdadera fe.

Encontraron á Abdállah-ben-Yazin el Gusuli, verdadero apóstol y celoso predicador de la ley.

A la muerte de Yahya-ben-Ibrahim se separaron los diferentes grupos de la familia *lamtuna*.

Retiróse entonces el apóstol con algunos discípulos, entre ellos Yahya y Abu-Bequer, hijos de Omar, á una isla del Senegal, donde hizo construir una ermita y donde se dedicó con su pequeña comunidad á prácticas religiosas. Tanto se extendió la fama de su santidad, que al poco tiempo el número de sus discípulos y partidarios llegó á mil.

Cuando el santón vió reunidos á tantos, les dijo lo siguiente:

«No es fácil vencer á mil hombres; es, pues, preciso dedicarnos ahora con actividad á sostener el imperio de la verdad y obligar á todo el mundo, si es necesario á la fuerza, á reconocerlo y someterlo á él.»

Ocurrían estas cosas en el año 1043. Abdállah declaraba la guerra á los demás lamtunas y á todas las demás tribus berberiscas del desierto que no estaban conformes con las doctrinas de la gente de la ermita. En el término de diez años, esto es, en 1053, todos los berberiscos del desierto obedecían á Abdállah.

En este año ya pudo atacar la ciudad de Sidgilmesa, se apoderó de Sus (1056) y de Agmat (1057).

Al frente de sus *murabitinos* (que quiere decir gente del *sibat* ó ermita) ó *morabitos*, como se dice hoy, comenzó la guerra santa contra los habitantes del Mogreb.

Abdállah, jefe espiritual de los *murabitinos*, encargó la dirección de la guerra á los hijos de Omar; primero á Yahya, y á la muerte de éste (1056), á su hermano Abu-Bequer, quien tuvo por auxiliar á un sobrino suyo, llamado Yúsuf-ben-Texufin.

A la muerte de Abdállah (1058 ó 1059), el fundador de la federación de los almoravides, Abu-Bequer, se dirigió al desierto y á las orillas del Senegal, mientras Yúsuf la emprendió contra el Mogreb.

Yúsuf-ben-Texufin, que reinó con el título de amir desde el año

(1) Este territorio comprendía el Norte de Africa desde Túnez hasta la mayor parte de Marruecos.

1061, fundó, como centro de su gobierno, la ciudad de Marruecos en 1062, sometiendo en poco tiempo todo el Mogreb.

A la muerte de Abu-Bequer (1087) en su gobierno del desierto, Yúsuf fué reconocido por soberano de todo el Occidente del Africa, desde Argel hasta el Senegal.

Relaciones de Al-Motamid y de otros reyes de taifas con los almoravides.

Los reyes de taifas Al-Motamid de Sevilla y Al-Motaguaquil de Badajoz (1) mantenían relaciones con Yúsuf-ben-Texufin, rey de los almoravides. Aquellos soberanos y los ministros de la religión deseaban por momentos la venida de los almoravides; los primeros para vengarse de Alfonso VI, y los segundos por la fama de religiosidad que tenían Yúsuf y sus soldados. Cuando Al-Rachid, primogénito de Al-Motamid, representó el peligro á que estaba expuesta la España árabe si venían los almoravides de África, el rey de Sevilla contestó: «Todo es verdad; pero no quiero que pueda censurarme la posteridad de haber sido causa de que Andalucía sea presa de los infieles; no quiero que mi nombre sea maldecido en todas las cátedras musulmanas; y si tengo que elegir, prefiero mejor ser camellero en África que porquero en Castilla.» Resuelto á todo, comunicó su plan á Al-Motaguaquil de Badajoz, á Abdállah de Granada, á Temin de Málaga (2), á Al-Motacin de Almería (3), á Al-Mostain de Zaragoza (4) y á otros. Marchó una embajada al África solicitando la ayuda de Yúsuf, quien pareció al principio dudar, pero se decidió pronto y comenzó á hacer sus preparativos.

Reto de Alfonso VI á Yúsuf.

«Sabedor el rey de Castilla — escribe Fernández y González — de cuanto se negociaba contra él, encargó á literatos árabes (5) de los que vivían bajo su gobierno redactar una carta para el monarca de los almoravides, concebida en esta forma:

»Del amir Adhefonx al amir Yúsuf-ben-Texufin. Después de los cumplimientos de costumbre, etc. Bien sabes que soy el amir de la religión Cristiana, como tú lo eres de la del Islam. Tampoco se te oculta cuánto sea el descuido de los reyes árabes en regir y administrar sus

(1) A Al-Mudhaffar sucedió Almanzor II y á éste Al-Motaguaquil.
(2) Por muerte de Badís, en 1073, sus nietos dividieron el reino, tomando Abdállah á Granada y Temin á Málaga.
(3) Era de la familia de los Beni-Zomadih.
(4) A Al-Moctadir sucedió Al-Mutamin (1081-1085) y á éste Al-Mostain II (1085-1110).
(5) Al-Maccari, tomo II, pág. 679.

vasallos y cuán grande sea su afición á la molicie. Por eso no vacilo en causarles daño, destruyendo casas y estragándolo todo, dando muerte á los mancebos y cautivando doncellas y niños. Debes apresurarte á venir en su socorro, mayormente cuando es opinión vuestra que uno de los vuestros basta para pelear con diez de nosotros, como que cada mahometano que muere en la batalla vuela, á vuestro parecer, al cielo, mientras los nuestros se precipitan en el abismo. Sin embargo, es muy cierto que con el favor de Dios he triunfado de vosotros y no una vez sola. Días ha que he sabido cómo intentabas pasar á España con grueso ejército, que habías alistado, é ignoro si temor ó si error en la cuenta ha sido parte á detenerte. Si no puedes venir, elige sitio para la pelea y pasaré á donde te halles. Como venzas, serán estos reinos para ti; pero si yo lograse vencerte, tendré el imperio de las dos religiones y llevaré á la cumbre mi poderío» (1).

Al llegar esta carta á poder de Aben-Texufin, le contestó, escribiendo á la vuelta de la misma carta de Alfonso VI:

«Lo que habrá de suceder, lo verás.»

Yúsuf en España: batalla de Zalaca.

Yúsuf atravesó el Estrecho, desembarcó en Algeciras y tomó camino de Sevilla. A su encuentro vino Al-Motamid, acompañado de los principales dignatarios de su reino con muchos y ricos presentes. Abdállah, Temin y Al-Motacin se unieron al almoravide con algunas fuerzas; marcharon á Badajoz, donde se les agregó Al-Motaguaquil con sus tropas, y todos juntos se dirigieron á Toledo.

Poco habían andado cuando Alfonso VI se les presentó en *Zalaca*, no lejos de Badajoz (23 de octubre de 1086), dispuesto á impedirles el paso. El rey cristiano se hallaba sitiando á Zaragoza, defendida con valor por Al-Mostain, y noticioso del desembarco de los almoravides, levantó el cerco, llamó á Alvar Fáñez y á otros lugartenientes, voló al encuentro de Yúsuf y peleó como un bravo; pero no pudo resistir la acometida que le dieron, Yúsuf por un flanco y Al-Motamid por otro (2).

Alfonso se hallaba, pues, entre dos fuegos, y como el ejército

(1) Casiri, *Bibliotheca Arábico-Hispana*, tomo II, pág. 117; Aben-Al-Yatib, *Círculo de la Historia de Granada*, pág. XI; Fernández y González, *Los mudéjares de Castilla*, págs. 39 y 40.

(2) Dice Lafuente (*Historia general de España*, tomo IV, pág. 367) que Sancho de Aragón y Berenguer de Barcelona unieron sus banderas á las de Alfonso VI para pelear con Yúsuf en Zalaca, pero esto no es cierto.

que acababa de tomar la retaguardia (el de Yúsuf) era más numeroso que el que tenía enfrente (el de Al-Motamid), tuvo que volver contra él su fuerza principal. El combate fué muy encarnizado, el campamento fué tomado y vuelto á tomar muchas veces, mientras que Yúsuf recorría las filas de sus soldados gritando: *¡Valor, musulmanes! ¡Tenéis enfrente á los enemigos de Dios! ¡El Paraíso espera á los que mueran en el combate!*

Entretanto, los andaluces, que habían tomado la fuga, llegaron á rehacerse y volvieron al campo de batalla para sostener á Al-Motamid y, por otra parte, Yúsuf lanzó sobre los castellanos su guardia negra, que tenía de reserva y que hizo maravillas. Un negro llegó hasta á aproximarse á Alfonso y darle una puñalada en un muslo (1).

Al caer la noche, la victoria, valerosamente disputada, se declaró por los musulmanes; la mayor parte de los cristianos yacían muertos ó heridos en el campo; otros habían tomado la fuga, y el mismo Alfonso, rodeado solamente de quinientos caballeros, logró salvarse con mucho trabajo (23 de octubre de 1086) (2).

«Yúsuf-ben-Texufin, el emir de los musulmanes (Dios le sea propicio) consiguió sobre el tirano Alfonso (Dios lo haga pedazos) aquella gloriosa victoria del viernes (Zalaca). Alfonso (Dios le maldiga) volvió entonces á su país como un pájaro con las alas rotas, como un enfermo que se ahoga» (3).

Yúsuf renunció á aprovecharse del fruto de la victoria y volvió al África, donde acababa de morir su hijo primogénito. Las cosas habían cambiado por completo. El clero pregonaba en todos los dominios árabes que Yúsuf era el elegido del Señor, y los reyes musulmanes dejaron de pagar á Alfonso el tributo anual. Mientras tanto, los castellanos sólo pensaban en la defensiva. Rehechos pronto, salían desde la fortaleza de Aledo á hacer invasiones en los alrededores de Lorca, Murcia y Almería, ocasionando una vez á Al-Motamid gran descalabro en los campos lorquinos; coincidió este hecho con los triunfos que en territorio valenciano consiguió Rodrigo el Campeador (el *Cid*), quien, fingiéndose protector de Al-Cádir, esquilmaba el reino.

(1) Dice Mohámed-Abdelaziz, que era de la casa de Aben-Abed, que un negro esclavo de la casa del rey Yúsuf hirió con su gambea al rey Alfonso en un muslo, y que el mismo rey decía: *Me ha herido con una hoz.*

(2) Dozy, ob. cit., tomo IV, págs. 248 y 249.

(3) Véase Dozy, *Investigaciones*, etc., tomo II, págs. 16 y 17. Tr. de Abul-Hasan.

Los reyes de taifas y los almoravides.

Ante situación tan grave, Al-Motamid marchó al África y se presentó á Yúsuf á darle cuenta de todo. Volvió el sevillano, siguiéndole poco después el almoravide (1090), y, ayudados ambos por otros reyes, pusieron sitio á Aledo. Alfonso se dirigió á socorrerla con un ejército de diez y ocho mil hombres; pero Yúsuf hubo de retirarse á Lorca, evadiendo el combate, mientras que aquél incendiaba la fortaleza, llevando sus defensores á Castilla.

Yúsuf la emprendió ahora contra sus mismos amigos y destronó á Abdállah de Granada y á Temin de Málaga. Necesitaba que los hombres religiosos se pusieran de su parte y, en efecto, publicaron éstos un *fetva* (sentencia) muy explícito. «Declararon, pues, que los príncipes andaluces eran unos libertinos, viciosos ó impíos, que con su mal ejemplo habían corrompido á los pueblos, haciéndoles indiferentes á las cosas sagradas, como lo atestiguaba el poco interés que se ponía en asistir al servicio divino; que habían echado contribuciones ilegales y que las habían mantenido á pesar de que Yúsuf les había exigido abolirlas; que para poner el colmo á sus atentados acababan de hacer una alianza con el rey de Castilla, es decir, con el enemigo más implacable de la verdadera religión, y que, por consiguiente, se habían hecho indignos de reinar por más tiempo sobre los musulmanes; que Yúsuf quedaba desligado de todos los pactos que pudiera haber hecho con ellos, y que tenía no sólo el derecho, sino la obligación de destronarlos sin tardanza» (1).

Este *fetva* daba á Yúsuf mucha autoridad, creciendo ésta cuando los grandes doctores del Egipto y de Asia, y al frente de todos el más ilustre y respetado, Al-Ghazzali, se mostraron conformes con aquella opinión.

Yúsuf había marchado al África; mas su pariente el general Sir-Ben-Abí-Bequer determinó apoderarse de la España árabe. Dividió su ejército en dos cuerpos: el uno marchó contra Almería y el otro contra el reino de Sevilla. Al-Motamid esperaba el auxilio de Alfonso VI, pero Alvar Fáñez se vió combatido cerca de Almodóvar por las tropas que Sir-Ben-Abí-Bequer había enviado á su encuentro.

Aunque quiso resistir y luchar, todo fué en vano. Los almoravides penetraron en Sevilla, la entregaron al saqueo (1091) y Al-Motamid,

(1) Dozy, ob. cit., tomo IV, págs. 280 y 281.

después de luchar con bravara, se entregó y fué desterrado al África (1).

Los hijos de Àfrica se apoderaron de Almería, y el rey Izzad-Daula, hijo de Al-Motacin, se refugió en la corte de los señores de Bujía. En 1094 penetraron en Badajoz, donde dieron muerte á Al-Motaguaquil y sus hijos. En 1102 se hicieron dueños de Valencia (2). El único soberano que conservó su reino fué Al-Mostaia II (1085-1110) de Zaragoza, quien supo ganarse el favor de los almoravides; á su muerte, su hijo Al-Delmelic-Imad-ad-Daula perdió también el trono (1110).

Batalla de Uclés. Los tres príncipes almoravides que reinaron en Andalucía fueron: Yúsuf, Alí (1106-1142) (3) y Texufin (1142-1145); bajo los tres el clero tuvo mucha preponderancia, y casi dirigió los des-

(1) Al-Motamid, la sentimental Romaiquia y sus hijos fueron llevados á Tánger, después á Mequinez y, por último, á la ciudad de Aghmat, no lejos de Marruecos. En la prisión pasó su vida escribiendo versos, y su mujer é hijas tuvieron que hilar para ganarse el sustento. Entre las visitas de los poetas que en otro tiempo él había enriquecido, se cuenta la de Al-Hidjari, á quien confesó su torpeza de llamar á Yúsuf. «Al hacerlo, dijo, cavé mi propia fosa.» El más constante de los amigos que desde Andalucía iba á visitarle era Aben-Al-Labbana. Murió después de una larga enfermedad, en el año 1095. Fué enterrado en el cementerio de Aghmat.

(2) En completa anarquía estuvo la República valenciana bajo Ahmed-ben-Gehaf (1092-1094). Sitiada Valencia por el Cid, se entregó el 15 de junio de 1094. «El Cid, dueño ya absoluto de Valencia, no pensó más que en castigar cruelmente á quien le había disputado tan largo tiempo la posesión de la ciudad y, con efecto, resolvió quemarle vivo mandando abrir una fosa, á cuyo alrededor hizo amontonar muchos troncos de leña. Ahmed-ben-Gehaf fué arrojado á esta fosa. Encendida la pira, pronunció las palabras *En nombre de Dios clemente y misericordioso*, y arrimando á su cuerpo los tizones ardiendo, á fin de abreviar su suplicio, exhaló el último suspiro en medio de sufrimientos horribles. El Cid quiso quemar á la mujer, hijos, parientes y esclavos de Aben-Gehaf; pero les perdonó, merced á los ruegos de los musulmanes y aun de sus propios soldados cristianos. Abu-Jafar-Batti, literato distinguido, á quien debemos quizás el relato árabe traducido en la *Crónica general*, sufrió la misma suerte, aunque ignoramos por qué motivo.» (Dozy, *Investigaciones*, etc., tomo II, pág. 232). Hallábase el Cid en el apogeo de su gloria, y en sus momentos de orgullo, un árabe le oyó decir: *Un Rodrigo perdió á España y otro Rodrigo la recobrará*. Apoderóse también de Murviedro (24 de junio de 1098). Murió en Valencia en julio de 1099. Su viuda Jimena gobernó la ciudad más de dos años. Esta pidió auxilio á Alfonso VI; mas hallándose la ciudad lejos de los reinos cristianos, los compañeros del Cid acordaron incendiarla y retirarse. Jimena llevó consigo el cuerpo de su marido, al cual enterró en el claustro de San Pedro de Cardeña, no lejos de Burgos.

(3) Nació en Ceuta, de una esclava cristiana llamada Manno.

tinos de la España musulmana. En el reinado de Alí, los africanos, mandados por Temin, se propusieron tomar la ciudad y el castillo de *Uclés*, defendidos por fuerte guarnición castellana. Alfonso VI, anciano y achacoso, mandó un ejército dirigido por sus principales condes, y quiso además que fuera su hijo Sancho, de once años de edad, encomendado á su ayo el conde García de Cabra. Derrotados los cristianos, entre los muertos se contaron D. Sancho y su ayo; Alvar Fáñez y otros pocos lograron escapar con vida. Llamóse esta batalla de Uclés ó de los *Siete Condes* (30 de mayo de 1108) (1). Al año siguiente murió Alfonso VI y su cuerpo fué trasladado al monasterio de Sahagún (2).

Muerte de Alfonso VI: consideraciones.

Gloria inmortal merece Alfonso VI por las leyes utilísimas que publicó para la reforma de las costumbres y para cortar los abusos que sufrían los pueblos. Concedió fueros á las poblaciones que se ganaban á los musulmanes y á otras próximas á la frontera y que estaban expuestas á las correrías del enemigo.

Son notables los fueros que dió á Valdejunquera (1072) y á veintiséis villas sujetas á Burgos (1073); reprodujo á los de Nájera las franquicias que tenían desde los tiempos de Sancho *el Mayor* y García (1076); confirmó á los de Sepúlveda el famoso fuero que tenían desde su abuelo Alfonso V; otorgó fueros á Santa María de Dueñas (1078), á Salamanca (1081) y á otras poblaciones.

(1) Los lamentos de Alfonso VI se hallan consignados en los romances:

Don Alfonso que lo supo
Muy gran llanto comenzaba,
Diciendo: ¿Dó es mi hijo
Don Sancho, que tanto amaba?
Alegría de mi vida,
Que mi vejez descansaba.
Mi heredero sólo uno,
Su muerte llegó á mi alma.
¡Llevárasme, muerte, á mí,
Y no al que tanto amaba!
El era para vivir,
No yo que te deseaba.

(2) Alfonso VI tuvo seis mujeres, pero citaremos sólo tres. De Constanza, viuda de Hugo, conde de Chalón, tuvo á Urraca; de Jimena Muñoz, su prima, á Teresa y á Elvira, y de Zaida ó María Isabel, hija de Motamid, rey de Sevilla, que fué primero su concubina y después su mujer legítima, á Sancho.

El Cid Campeador: su vida; consideraciones.

En tiempo de Fernando I comenzó á figurar en la historia un joven natural de Burgos, oriundo de antigua familia castellana (1). Peleó —así lo afirman algunos historiadores—al lado de Sancho II *el Fuerte*, de Castilla, contra Sancho de Navarra, logrando vencer en singular combate á un caballero navarro, lo cual le valió el título de *Campeador*.

Algunos años después contribuyó con su valerosa espada (como se dijo en el capítulo XX del primer tomo de esta obra) á que Sancho II se apoderase del reino de León é hiciera prisionero á su hermano y rey Alfonso.

La emprendió en seguida el rey de Castilla con su hermano García de Galicia, de cuyo reino se hizo dueño, como también se apoderó de Toro, ciudad de su hermana Elvira, y puso cerco á Zamora, defendida valerosamente por su otra hermana Urraca.

Ya se expusieron en el capítulo antes citado los hechos realizados por el Cid en el cerco de Zamora, y en los comienzos de este capítulo se dió cuenta del juramento que prestó Alfonso VI en Santa Gadea, de Burgos, de no haber tenido participación en el asesinato de Sancho II.

Dejando el campo de la leyenda—pues leyenda debió de ser el mencionado juramento—daremos cuenta de un hecho que algunos escritores admiten como cierto, pero también relegado por nosotros al campo de la novela. En el año 1076, Alfonso VI encomendó á Rodrigo Díaz de Vivar que fuese á Sevilla á cobrar del rey Al-Motamid el impuesto que este príncipe debía de pagar al castellano. Cuando llegó Rodrigo á Sevilla, Al-Motamid estaba en guerra con Abdállah, rey de Granada. Entre los muchos caballeros cristianos que se hallaban al servicio del granadino estaba el conde García Ordóñez, personaje principal que había llevado el estandarte real bajo Fernando I. Despreciando los granadinos los consejos y amenazas de Rodrigo, atacaron al ejército sevillano, al frente del cual se puso el insigne hijo de Burgos, logrando señalada victoria; entre los prisioneros figuraba García Ordóñez, á quien luego concedió Rodrigo la libertad. Este, habiendo recibido el tributo y muchos regalos que le dió Al-Motamid,

(1) Debió nacer entre los años 1040 á 1050, y fueron sus padres Diego Lainez, descendiente —según se decía— de Laín Calvo (uno de los jueces nombrados por los castellanos en el reinado de Fruela II) y de Teresa Rodríguez, hija de un conde y gobernador de Asturias. Aparece el nombre de Rodrigo por primera vez en un diploma de Fernando I del año 1064.

se volvió á Castilla. Alfonso VI *el Emperador* (1), ó porque diese crédito á García Ordóñez, que le acusaba de haberse apropiado gran parte de los regalos destinados á la Corona, ó recordando antiguos agravios de Rodrigo, le desterró del reino (1081).

Desde este momento comenzó Rodrigo su vida de *condottière*, combatiendo unas veces bajo la bandera de un príncipe moro y otras veces por su propia cuenta.

Dirigióse á Barcelona, cuyo conde no aceptó sus servicios, y marchó á Zaragoza, donde á la sazón reinaba Al-Moctadir, de la familia de los Beni-Hud. Murió poco después (octubre de 1081) Al-Moctadir, dejando á sus dos hijos el reino: á Al-Mutamin dió Zaragoza, y al Hadjib-al Mondhir, Denia, Tortosa y Lérida. Rodrigo se puso al lado del primero, mientras Sancho Ramírez de Aragón y Berenguer de Barcelona apoyaban al segundo. En una batalla entre Rodrigo y Berenguer, aquél venció y cogió prisionero á éste; hecha la paz, el conde de Barcelona recobró la libertad; pero tiempo adelante se recrudeció con más encono la guerra.

Muerto Al-Mutamin (1085), heredó el trono Al-Mostain, el cual, en el año 1088, celebró un convenio con Rodrigo para conquistar á Valencia.

Después de permanecer Rodrigo trece años en Zaragoza, se dirigió á conquistar á Valencia. De Calamocha (Teruel) marchó á Torrente (Valencia) y desde aquí á la ciudad del Turia.

Todavía, antes de apoderarse de Valencia, peleó el Cid con su constante enemigo Berenguer de Barcelona, y tal vez por entonces llegara su atrevimiento á ponerse enfrente del mismo rey Alfonso VI.

Valencia, como se dijo en este capítulo, cayó bajo su poder. En los cinco años que fué señor de la ciudad su gobierno fué bastante duro. Alrededor de su lecho de muerte se hallaron su mujer, sus hijas, Alvar Fáñez y el obispo Jerónimo.

«Que Dios, escribe el árabe Aben-Basan, no use de misericordia con él.»

Enterróse en la iglesia de las Virtudes (hoy parroquia de San Esteban) y cuando doña Jimena abandonó la ciudad se llevó el cuerpo de su marido.

Tuvo el Cid un hijo y dos hijas: el hijo, llamado Diego, fué muerto por los moros en Consuegra, y las hijas, de nombre Cristina y María,

(1) Tomó este título cuando recuperó el trono.

casaron, la primera con Ramiro, infante de Navarra y señor de Monzón, y la segunda con Ramón Berenguer III, conde de Barcelona.

Después de la muerte del Cid la poesía cantó sus hazañas y el primer poema español lleva su nombre.

Quintana, en su libro *Vidas de españoles célebres*, escribió lo siguiente: «Cuando una región se halla dividida en Estados pequeños, enemigos unos de otros, es frecuente ver levantarse en ellos caudillos que fundan su existencia en la guerra y su independencia en la fortuna. Si la victoria corona sus primeras empresas, al ruido de su nombre y de su gloria acuden guerreros de todas partes á sus banderas y, aumentado el número de sus soldados, consolidan su poderío. Especie de reyes vagabundos, cuyo dominio es su campo, y que mandan toda la tierra en donde son los más fuertes; los régulos que los temen ó los necesitan compran su amistad ó su asistencia á fuerza de humillaciones y de presentes; los que resisten tienen que sufrir todo el estrago de su violencia, de sus correrías y de sus saqueos. Cuando ningún príncipe los paga, la máxima terrible de que la guerra ha de mantener la guerra es seguida en todo rigor, y los pueblos infelices, sin distinción de aliado y de enemigo, son vejados con sus extorsiones ó inhumanamente robados y oprimidos. Héroes para los unos, forajidos para los otros, ya terminan miserablemente su carrera, cuando, deshecho su ejército, se deshace su poder, ya, dándoles la mano la fortuna, se ven subir al trono y á la soberanía. Tales fueron algunos generales en Alemania cuando las guerras del siglo XVII, tales los capitanes llamados *condottière* por los italianos en los dos siglos anteriores, y tal probablemente fué el Cid en su tiempo, aunque con más gloria y quizá con más virtudes.»

El eruditísimo Dozy se expresa de la siguiente manera:

«Mas, ¿por qué el Cid ha llegado á ser el héroe de las poesías populares? Diríase que él era poco á propósito para serlo; él, el desterrado que pasó los años más hermosos de su vida al servicio de los reyes árabes de Zaragoza; él, que asoló de la manera más cruel una provincia de su patria; él, el aventurero cuyos soldados pertenecían en gran parte á la hez de la sociedad musulmana, y que combatía lo mismo por Cristo que por Mahoma, pensando sólo en el sueldo que había de ganar y en el botín que había de recoger; él, ese Raúl de Cambray, que robó y destruyó tantas iglesias; él, ese hombre sin fe y sin ley, que procuró á Sancho de Castilla la posesión del reino de León mediante infame traición; él, que engañó á Alfonso, á los reyes

árabes, á todo el mundo, faltando á las capitulaciones y á los juramentos más solemnes; él, que quemaba los prisioneros á fuego lento y los hacía despedazar por sus perros; ¿tendrán razón los que piensan que el pueblo, en la elección de sus héroes, cuida poco de la realidad y que las grandes reputaciones encubren casi siempre un contrasentido ó un capricho? Lo cierto es que lo que la moral moderna condenaría hoy en la conducta del Cid, lo juzgaron de otro modo sus contemporáneos» (1).

«Felipe II reclamó de la corte romana la canonización del Cid. Los acontecimientos de la época obligaron al embajador español á abandonar á Roma de improviso, y las negociaciones quedaron interrumpidas. Es, sin embargo, digno de llamar la atención que fuera el sombrío y austero Felipe II quien pidiese que se colocara al Cid en el catálogo de los santos; al Cid, más musulmán que católico, y que aun en su tumba llevaba un vestido árabe; al Cid, á quien el poderoso monarca hubiera hecho quemar por sus iniquidades, como herético y sacrílego, si hubiese vivido bajo su reinado; al Cid, á quien la nación idolatraba por considerarle el campeón de la libertad, de esa libertad que Felipe II supo ahogar en España» (2).

Por nuestra parte diremos que, relegando al campo de la novela muchos de los hechos que en otros tiempos se consideraron como verdaderos, no puede negarse que el Cid fué el primer guerrero de su siglo, y tal vez político consumado, como resulta de las capitulaciones de Valencia y de la organización que dió á esta ciudad después de conquistada. En cuanto á su cultura, no sólo sabía el arábigo, sino que, según el texto de su crónica especial, que forma parte de la *Historia de España* del rey Sabio, traducida en mucho del árabe, conocía el Cid la historia y la literatura de los muslimes, pues gustaba de que le leyesen diariamente las hazañas de los héroes sarracenos antiislámicos. Con respecto á su conducta con Alfonso VI, es de extrañar que el poema *Mio Cid* tome resueltamente su defensa y ponga en boca del vulgo:

«¡Dios, qué buen vasallo, si oviese buen Señor!»

Si peleó con Berenguer Ramón II de Barcelona, se vió obligado á ello. Nadie podrá negar que fué cruel en el castigar, especialmente

(1) *Investigaciones*, etc., tomo II, págs. 249 y 250.
(2) *Investigaciones*, etc., tomo II, págs. 290 y 291.

en el suplicio horrible que hizo dar en Valencia á Ben-Gehaf; pero en aquellos tiempos la historia árabe refiere ferocidades semejantes en los sectarios de los almoravides y de los almohades (1).

Barcelona: Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II: conquista de Tarragona.

Ramón Berenguer II, *Cabeza de Estopa*, y Berenguer Ramón II, *el Fratricida* (1076-1096), hermanos gemelos, eran de natural muy opuesto. Pacífico y bondadoso el primero, fué asesinado por gentes del segundo, que era cruel y bárbaro. Berenguer Ramón II, por sí y como tutor de su sobrino Ramón Berenguer, el hijo del asesinado, continuó gobernando el condado.

Si censurable es la conducta de Berenguer Ramón II sosteniendo guerras con el Cid, como también aliándose con los reyes musulmanes, merece eterna fama por haber conquistado á *Tarragona*. El papa Urbano II otorgó muchas gracias espirituales á los que concurriesen á la santa empresa, y la cruz, emblema del Cristianismo, tremoló en las murallas de la ciudad. Berenguer hizo donación de la plaza á San Pedro y á sus sucesores los Pontífices romanos, «por lo cual, dice el Sr. Piferrer, acaba de ser notorio que vino en la empresa movido de penitencia y cuando ansiaba detener el rayo del Vaticano» (2). De felicísimas consecuencias hubiera sido esta conquista si el conde de Barcelona no volviese á sus luchas con el Cid; pero avenido luego con el Campeador, comenzó sus correrías por tierras de Valencia. Como quiera que los magnates catalanes guardaran en sus corazones un odio, cada día más grande, al asesino de Ramón Berenguer II, retaron como buenos al fratricida y le obligaron, á fuer de caballero, á aceptar el desafío en la corte de Alfonso VI de Castilla, donde fué probado de su crimen judicialmente ó *per batallam*. Verificóse este juicio tal vez en el año 1096. Deshonrado Berenguer Ramón II, partió á Tierra Santa, donde murió peleando en defensa de la cruz (3).

Navarra: García IV y Sancho el de Peñalén.

A la muerte de Sancho *el Mayor* (1035), heredó la corona su primogénito García IV, vencedor de su hermano Ramiro I de Aragón, y luego vencido y muerto

(1) «Hay que confesar—dice Muller—que los españoles no han tenido acierto en la elección de sus héroes nacionales; pero se explica esta preferencia considerando que á las generaciones posteriores, que gemían bajo el peso siempre creciente del absolutismo, debió de parecerles el Cid, altivo y traidor para con el rey Alfonso, un adalid de la independencia.» (Ob. cit., pág. 482).

(2) *Recuerdos y bellezas de España*, tomo de Cataluña, pág. 117.

(3) Contemporáneo de Ramon Berenguer II de Barcelona fué Armengol IV, conde de Urgel; murió éste el año 1092.

en la batalla de Atapuerca por su otro hermano Fernando I de Castilla y León (1054).

Sancho, hijo de García, heredó el trono y, unido á Sancho Ramírez de Aragón, logró triunfar de Sancho *el Fuerte* de Castilla. En el año 1078, hallándose Sancho de Navarra entretenido en el ejercicio de la caza en los bosques de Peñalén, fué sorprendido por su hermano bastardo Ramón, que le precipitó de lo alto de una roca, llamándosele por esto Sancho *el Despeñado* ó Sancho *el de Peñalén*. Los navarros eligieron entonces á Sancho Ramírez de Aragón.

Aragón: Ramiro I; batalla en el castillo del Grao.

Ramiro I (1035-1063), llamado *el Belicoso* y también *el Cristianísimo*, tuvo su corte en Ainsa y en Jaca. «El dito Remiro huuo el condado de Aragón sueltamente et sin ninguna subjugación, do fué feito Rey...» (1).

Ensanchó sus Estados con Sobrarbe y Ribagorza por muerte de su hermano Gonzalo, traidoramente asesinado (1037) por un caballero suyo llamado Ramón de Gascuña en el puente de Monclús.

Peleó con Al-Moctadir de Zaragoza en el cerco del castillo del Grao, y la victoria fué de Ramiro. «Entonces el rey Al-Moctadir llamó á un musulmán, de nombre Sadada, el más perito de todos los guerreros de la frontera. *¿Qué os ha parecido*, le preguntó, *esta batalla? Muy desgraciada*, respondió él; *pero todavía tiene un remedio*, y dicho esto se retiró. Como iba vestido según los cristianos, y como, por vivir en las cercanías y estar en continua relación con ellos, hablaba su lengua perfectamente, pudo penetrar en el ejército de los infieles y acercarse á Ramiro, que, armado de punta en blanco, tenía calada la visera, de modo que sólo se le veían los ojos. Sadada aguardó la ocasión y le dió un lanzazo en un ojo. Ramiro cayó en el suelo boca abajo, y Sadada empezó á dar grandes voces, diciendo en romance: *Cristianos, el rey ha muerto*. Extendiéndose el rumor de la muerte de Ramiro entre los soldados, se pusieron en fuga y se dispersaron» (2). Ramiro I no fué muerto; mas abdicó en su hijo Sancho Ramírez, y de resultas de las heridas que sufrió (enero de 1063), murió cuatro meses después en el monasterio de San Juan de la Peña.

Durante el reinado de Ramiro I se celebraron dos concilios: uno en San Juan de la Peña (1062) y otro en Jaca (1063) (3).

(1) *Crónica de San Juan de la Peña*, cap. XV.

(2) Dozy, *Investigaciones*, etc., tomo II, págs 303 y 304. Copiado del autor árabe Al-Tortoschi, casi contemporáneo del suceso.

(3) Véase P. Flórez, *España Sagrada*, tomo III, pág. 268.

En el testamento que hizo Ramiro I dos años antes de morir, después de declarar heredero y sucesor universal de sus bienes y señoríos á su hijo Sancho, «hijo—dice el Rey—de Ermesinda, cuyo nombre bautismal fué Gisberga», dejó á otro hijo, llamado también Sancho, pero tenido fuera de matrimonio, los señoríos de Aybar, Javierre y Latre, en calidad de feudatario de su hermano.

Aragón y Navarra: Sancho Ramírez; toma de Barbastro; abolición del rito gótico.

Sancho Ramírez, rey de Aragón (1063-1094) y de Navarra (1076-1094), fué príncipe de grande ánimo y esfuerzo, y el que más continuó la conquista y guerra contra los moros y más extendió su reino de todos los príncipes pasados» (1). No contentándose con ganar todo lo que los moros tenían en las montañas de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza, bajó á la tierra llana y continuó sus conquistas.

Suspendió la guerra con los musulmanes para luchar contra Sancho de Castilla, y ya se ha indicado que logró la victoria auxiliado de Sancho de Navarra.

Volvió en seguida á la guerra con los hijos del Profeta y se apoderó de Barbastro (Huesca), con el apoyo de su suegro Armengol de Urgel (1065), cuya conquista costó la vida á este príncipe (2).

Considérese ahora la *abolición del rito gótico*. El papa Alejandro II, en el año 1064, envió á Aragón al cardenal legado Hugo Cándido, con el encargo de impetrar de Sancho Ramírez la abolición del *rito y breviario gótico ó mozárabe*, hasta entonces usado por la Iglesia española, para reemplazarlo con el *ritual y breviario romano*. A pesar de las buenas disposiciones del Rey, el asunto permaneció en el mismo estado, ora por la oposición y después por la reclamación que Castilla y Navarra hicieron en 1067 en el Concilio de Mantua, ora porque lo impidieron los asuntos de la guerra. Pero Alejandro II no desistió, y habiendo vuelto el legado Hugo en 1071, quedó abrogado el rito gótico, comenzando á usarse el romano en el monasterio de San Juan de la Peña el día 22 de marzo del citado año.

Hugo Cándido, á su vuelta á Roma, pasó por Barcelona, consiguiendo también que Ramón Berenguer I reemplazase el rito mozárabe por el romano.

Cuando Sancho Ramírez ciñó en sus sienes las dos coronas de Aragón y Navarra se dedicó á pelear con los musulmanes. Además,

(1) Zurita, libro I de los *Anales*, primera parte, cap. XIX, fol. 24.
(2) Sancho Ramírez estaba casado con Felicia, hija de Armengol.

la toma de Toledo por Alfonso VI le animaba á la lucha. Después de combatir muchos castillos y lugares fuertes, marchó en el año 1094 á sitiar á *Huesca*, cuya ciudad pertenecía á Al-Mostain II, rey de Zaragoza. Recorriendo Sancho Ramírez su campo para reconocer las murallas de Huesca, hubo de arriesgarse más de lo prudente, y en el acto de levantar el brazo para indicar á los suyos el punto que le parecía mejor para la escalada, un flechero moro le disparó una saeta, que, penetrando por la escotadura de la loriga, le hirió gravemente. No permitiendo que le arrancasen la flecha, temeroso de que por la herida se le escapase el alma, mandó llamar á sus hijos Pedro y Alfonso, á quienes hizo jurar que no abandonarían el sitio hasta que se rindiese la plaza: Pedro, Alfonso y Ramiro fueron sucesivamente reyes de Aragón. Sancho Ramírez otorgó varios privilegios á diferentes monasterios, entre ellos á San Juan de la Peña, y también á varias poblaciones, entre otras á la villa de Jaca, que elevó á la categoría de ciudad, y á Estella. Fué enterrado en el monasterio de San Juan de la Peña.

Pedro I: batalla de Alcoraz.

Pedro I (1094-1104) *el Victorioso* y su hermano Alonso continuaron el cerco más de dos años. Al-Mostain II con su ejército y con las tropas que le mandaron sus aliados el conde D. García de Cabrera de Nájera y D. Gonzalo, pues como escribe Mariana «ca en aquella revuelta de tiempos y estrago de costumbres no se tenía por escrúpulo que cristianos ayudasen á los moros contra otros cristianos» (1), intentó que los aragoneses se retiraran de las murallas; luego, encontrándose ambos ejércitos en *Alcoraz* (1096), cerca de Huesca, la victoria se declaró en favor de Pedro I. El Rey, después de este glorioso hecho de armas, entró en Huesca «con grande gloria y triunfo de haber alcanzado la más señalada victoria y ganado la más principal ciudad que otro ninguno de sus antecesores después de la entrada de los moros» (2).

En el año de 1098 puso cerco al castillo de *Calasanz*, cerca de Bolea; después (1101) se hizo dueño de *Barbastro*.

Pedro I, atendiendo á la antigüedad y nobleza de Barbastro, quiso que se erigiese en ella silla episcopal y dió grandes inmunidades y franquezas á los que la poblasen.

(1) Ob. cit., libro X, cap. II.

(2) Zurita, *Anales*, etc., primera parte, libro I, cap. XXXII, página 32 v.ª

II

Castilla: Casa de Borgoña; doña Urraca; su matrimonio con Alfonso I de Aragón.—Guerras: estado interior del reino.—El obispo Gelmírez.—Ultimos años de doña Urraca.—El conde D. Pedro Ansúrez: importancia de este personaje.—Alfonso VII el Emperador: su política.—Concordia de Almazán.—Tratado de Tuy.—Doña Berenguela y doña Sancha.—Expedición á Andalucía.—Se proclama Emperador.—Guerras: conquista de Almería.—Alfonso VII y otros reyes cristianos.—Los almohades: su origen.—Mohamed-ben-Abdállah: su doctrina.—Guerra entre almohades y almoravides.—Abdelmumen: sus victorias.—Estado de la España musulmana y cristiana en estos tiempos.—Los almohades en España.—Zafadola Aben-Hud: batalla de Albacete.—Guerras.—Aben-Mardenix y Aben-Hamusco.—Grandeza de Aben-Mardenix.—Abu-Said pone sitio á Almería y Alfonso VII acude en auxilio de la plaza.—Muerte de Alfonso VII y caída de Almería.—Origen y principio del reino de Portugal.—Enrique de Lorena.—Teresa de Portugal: sus guerras.—Alfonso Enríquez: batalla de Ourique.—Alfonso Enríquez toma el título de rey.—Independencia de Portugal.

Castilla: Casa de Borgoña; doña Urraca; su matrimonio.

Doña Urraca (1109-1126), viuda de Ramón de Borgoña [1], de quien había tenido á Alfonso y Sancho, comenzó su reinado confirmando los fueros de León y de Carrión; los primeros en la misma forma que fueron otorgados por su bisabuelo Alfonso V. Con la reina firmaron los fueros su ilustre ayo, tutor y consejero en el gobierno, el conde D. Pedro Ansúrez, y los obispos de León, Oviedo y Palencia.

La nobleza castellana resolvió casar á doña Urraca con Alfonso I de Aragón. Ni aquélla amaba á D. Alfonso ni éste tenía simpatías por la reina. Era doña Urraca mujer de costumbres libres, y el hijo de Sancho Ramírez agreste montañés de Jaca y de Sobrarbe. Al paso

[1] Falleció Ramón de Borgoña en el año 1107.

que á la hija de Alfonso VI le agradaban las ceremoniosas etiquetas de palacio, al rudo rey de Aragón sólo le gustaba la vida del campamento.

La misma reina de Castilla manifestaba su poco amor á D. Alfonso cuando decía al conde D. Fernando: «En esta conformidad vino á suceder que, habiendo muerto mi piadoso padre, me vi forzada á seguir la disposición y arbitrio de los grandes, casándome con el cruento, fantástico y tirano rey de Aragón, juntándome con él, para mi desgracia, por medio de un matrimonio nefando y execrable» (1). Pregonábase por todas partes que la Reina mantenía relaciones no muy desinteresadas con el conde D. Gómez de Candespina, y por esto, los burgueses de Sahagún la llamaron meretriz pública y engañadora, y á todos los suyos, hombres sin ley, mentirosos, engañadores y perjuros (2). En cambio, D. Alfonso no se contentó con insultarla, sino que pasó de palabras á hechos, y después de poner sus manos en el rostro de doña Urraca y sus pies en el cuerpo, la encerró en el fuerte de Castellar (1111).

Mientras el Tudense y el arzobispo de Toledo, á quienes siguen Mariana y otros, echan la culpa de las discordias á doña Urraca, Berganza y Pérez, y más especialmente Flórez y Risco, consideran á don Alfonso como el causante de las desavenencias. Masdeu llegó á decir lo que á continuación se copia: «Pero la persona más perseguida y calumniada por la infame lengua de los compostelanos (historiadores), fué la piadosísima reina doña Urraca, hija del VI Alfonso y madre del VII.

»Su casamiento con el rey de Aragón, sus discordias con el obispo de Santiago y su amistad con el conde de Lara, son los principales objetos de la sangrienta sátira» (3). Intentó probar el citado historiador que si no reinó la paz en el matrimonio era debido al carácter rudo del aragonés, que el *indigno*, *perverso* y *malvado* prelado fué el causante de las discordias, y que D. Pedro González, conde de Lara, estuvo casado con dicha señora.

(1) Anónimo de Sahagún.

(2) Ibídem, cap. XLVIII. «Et ovo (Don Gómez) en la reyna donna Vrraca un fijo a furto, a que pusieron nombre por ende Fernán Furtado.» (*Crónica de Alfonso X*, 966.) «La verdad era—dice Mariana—que á la Reina pesaba de haberse casado, porque el casamiento enfrenaba sus apetitos desapoderados y sin término.» (*Historia general de España*, libro X, capítulo VIII.)

(3) *Historia crítica de España*, tomo XX, pág. 13.

Guerras: estado interior del reino.

Andaban por este tiempo los reyes portugueses Enrique de Borgoña y Teresa con la idea de ensanchar sus fronteras, y á ello les movió la alianza que hicieron con Alfonso I de Aragón para conquistar unidos y repartirse luego las tierras de León y Castilla. Doña Urraca, que se encontraba recluída en el Castellar, ante la guerra que preparaban su marido y el portugués, trató de que su hijo D. Alfonso, que á la sazón se criaba en Caldas (Galicia) bajo la dirección del conde Pedro de Trava, se proclamase rey de Galicia. Reconciliados los esposos, mostró su coraje el portugués, quien, al verse burlado en su proyecto, instigó al de Trava á que llevara adelante el pensamiento de elevar al trono á su tierno pupilo. Estalló poderosa guerra civil por esta causa, y llevaban la mejor parte los enemigos de Trava, cuando el obispo de Compostela, D. Diego Gelmírez, abrazó el partido del conde y pacificó toda Galicia.

Acerca de este personaje, al paso que el autor de la *España Sagrada* le encomia como fiel á su Reina, virtuoso y sabio, Masdeu, además de llamarle indigno, perverso y malvado, como acabamos de decir, añade que fué traidor á sus reyes, simoníaco y usurpador de lo ajeno.

De pronto se separaron otra vez los regios consortes. Al lado de doña Urraca se hallaban, como siempre, D. Pedro Ansúrez y don Gómez de Candespina. D. Alfonso hizo alianza con Enrique de Portugal. Leoneses y castellanos se encontraron en *Valldespina* (Segovia) con aragoneses y portugueses (1111), siendo vencidos aquéllos y encontrándose entre los muertos el conde don Gómez. Mientras Alfonso I de Aragón penetraba en Castilla entrando á saco los pueblos, los gallegos aclamaron al niño Alfonso por rey de Galicia, el cual fué ungido por Gelmírez en la catedral de Compostela. El prelado, el conde de Trava y otros señores, con toda la gente armada que pudieron reunir, condujeron al nuevo soberano á Castilla; pero el aragonés les cortó el paso en *Viadangos* (Villadangos), les venció y se hubiera apoderado de su hijastro si Gelmírez no hubiese huído con el tierno monarca, llevándole al castillo de Orcillón, donde se encontraba doña Urraca. El ejército se hizo fuerte en Astorga.

Al poco tiempo, la Reina y el obispo marcharon por las asperezas de Asturias á Santiago, donde, reuniendo un buen número de gallegos, castellanos y portugueses, pues á la sazón Enrique de Borgoña militaba al lado de doña Urraca, obligaron al aragonés á levantar el sitio de Astorga y le siguieron hasta ponerle cerco en el castillo de

Peñafiel (Valladolid) (1). Aquí acudió doña Teresa, mujer de Enrique y hermana de la reina de Castilla; pero como no lograran entenderse los tres soberanos, los de Portugal se retiraron á sus Estados respirando venganza contra doña Urraca.

Un acontecimiento vino entonces á dar distinto carácter á la cuestión de Alfonso I y de doña Urraca, y fué la llegada de un legado del Papa para hacer efectiva la separación de ambos esposos y, como consecuencia de ello, la división de castillos y lugares, acordándose por todos combatir al primero que faltase á lo pactado. Como el aragonés mostrase pronto su mala fe, los castellanos se lanzaron á la lucha, obligándole á abandonar á Castilla y á refugiarse en sus Estados. Aunque D. Alfonso solicitó en seguida unirse á doña Urraca y prometió fielmente cumplir los pactos, ya no se le dió oídos, y continuaron las intrigas, los enredos y las miserias tan propias de aquellos tiempos y de aquellos personajes.

La conducta de la Reina se prestaba á que su nombre fuera arrojado por el lodo; todos confesaban ahora su íntima amistad con don Pedro González de Lara, y decían que D. Fernándo Pérez Hurtado era fruto de estos amores (2).

El golpe que cayó entonces sobre doña Urraca no vino de Aragón, sino de Galicia. El conde de Trava, el obispo Gelmírez y muchos grandes de Galicia intentaron proclamar al príncipe; mas doña Urraca, que si era ligera de carácter tenía gran actividad, marchó precipitadamente á Santiago, decidida á castigar á los revoltosos, lo cual consiguió pronto. Poco después se encontró cercada en Saberoso por su hermana Teresa de Portugal, la viuda de Enrique, partidaria de su sobrino, logrando doña Urraca escapar, mientras que el de Trava y la portuguesa se dirigían á Santiago. Por cierto que la alianza de doña Teresa con el ayo de su sobrino no era desinteresada, pues esta señora dilató sus dominios á costa de Castilla, y además entabló relaciones con un hijo del de Trava, llamado Fernando, las cuales fueron causa en Portugal de mayores disturbios que los de doña Urraca en Castilla. El obispo de Santiago, tan tornadizo de suyo, se puso en esta ocasión al lado de la castellana y, encargado de restablecer la armonía entre madre é hijo, pudo conseguirla mediante el apoyo que le pres-

(1) *Anales de Sahagún*, cap. XXI.

(2) Parece ser que Urraca casó secretamente con González de Lara. (Dozy, *Investigaciones*, etc., tomo I, pág. 166, nota.)

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

taron algunos magnates (1117). Aunque la Reina partió entonces á Santiago con la idea de castigar á los enemigos de Gelmírez, esta vez le salió mal la cuenta, porque la población en masa se lanzó á la lucha, acometió el palacio episcopal y pegó fuego á la torre donde estaban refugiados la Reina y el prelado. Cuando la primera se determinó á salir, el populacho, frenético, la maltrató brutalmente, y el segundo, disfrazado con la capa de un pobre, pudo atravesar por entre las furiosas turbas y acogerse en el templo de Santa María, donde también buscó asilo doña Urraca. El obispo se escondió después en un convento de las afueras de la ciudad, y la Reina no consiguió verse libre sino pactando con los revoltosos. Luego que doña Urraca se incorporó á las tropas de su hijo y del conde de Trava, en compañía de Gelmírez, se puso sobre Santiago, y fué necesario que los insurrectos disolvieran su *germanía* ó *hermandad* y que accedieran á otras condiciones, para librarse de un severo castigo.

El obispo Gelmirez. Véase con cuánta fortuna marchaban los asuntos del ambicioso Gelmírez. Deseaba elevar su silla á la categoría de metropolitana, ó inútiles habían sido sus gestiones mientras que Pascual y Gelasio ocuparon la cátedra de San Pedro; pero habiendo sido elevado al pontificado Calixto II, hermano del difunto Ramón de Borgoña, padre éste del niño Alfonso, pudo al fin ver logrados sus deseos. La resistencia de Calixto II fué vencida por los ruegos de su sobrino, de los monjes franceses de Cluny y aun por el dinero que se mandó á la curia romana, según refieren los canónigos autores de la *Historia Compostelana:* «¿Quién podrá decir—exclaman—cuánto ha gastado del tesoro del Apóstol, y aun de su propio bolsillo, para ver finalmente realizado su deseo?...» La metrópoli, pues, se trasladó de Mérida á Santiago.

Ultimos años de doña Urraca. Doña Urraca la emprendió en sus últimos años (1121) contra su hermana Teresa. Con fuerte ejército y acompañada del arzobispo penetró en territorio portuguós, y cuando había logrado imponerse, apareció firmada la paz por las dos hermanas; por cierto que la portuguesa no podía quejarse del tratado, porque más parecía vencedora que vencida. Sea que doña Urraca se viese engañada por el arzobispo en el asunto de la paz ó por otra causa cualquiera, luego que encontró á Gelmírez separado de su gente le mandó prender y encerrar en un castillo. El cabildo y los compostelanos se aunaron para obtener la libertad del prelado, y conseguida, éste se unió al niño Alfonso y al conde de Trava contra la



PEDRO ANSUREZ

Reina. Ya iban á venir á las manos cerca de Monsacro, cuando, con sorpresa de todos, la madre y el hijo entablaron negociaciones de paz, resultando de ellas un tratado de avenencia. Rompióse pronto la paz ajustada y continuaron los disturbios. Doña Urraca murió en Saldaña el año 1126 y fué sepultada en San Isidro de León (1).

Durante su reinado, Alí y los almoravides no supieron aprovecharse de la guerra civil en que ardía la España cristiana, pues todos sus esfuerzos para reconquistar á Toledo (1110-1114), defendida por el valeroso Alvar Fáñez, fueron inútiles. Este ilustre capitán, el más famoso de los guerreros castellanos, si se exceptúa el Cid, murió á manos de sus mismos compatriotas, víctima de las discordias civiles que destrozaban el reino castellano. Decíase que era partidario del rey de Aragón, y en una expedición que hizo á Segovia asesináronle en esta ciudad los parciales de Castilla. El gobierno de Toledo se dió entonces al capitán Rodrigo Núñez.

El conde Ansúrez: importancia de este personaje.

El genuino representante del carácter castellano en aquellos tiempos dedió ser, más bien que el Cid, el insigne conde D. Pedro Ansúrez. Destácase la hermosa figura del fundador de Valladolid sobre todos los personajes de aquellos siglos medioevales.

Arrojado del trono de León el rey Alfonso por su hermano Sancho II, prisionero en el castillo de Burgos (1071), monje á la fuerza en el monasterio de Sahagún, huyó de aquí como le aconsejaba don Pedro Ansúrez, hijo del famoso caballero Ansur Díaz, y buscó refugio en la corte del rey Al-Mámum de Toledo, acompañado de algunos amigos, entre ellos aquel ilustre personaje (2).

En el citado año de 1071 alcanzó D. Pedro el título de conde, notándose que si en los primeros años firmaba sin él, en los últimos ya lo tenía. «Primera demostración de correspondencia—escribe Floranes—que debió á su cliente y pupilo Alfonso VI por lo que le había servido en su destierro en Toledo, y ahora principalmente en el gran negocio de su restitución al trono de León y de Castilla, en que D. Alfonso se halla en reposo desde aquí.»

No tuvo en cuenta el laborioso historiador valisoletano que Sancho II fué muerto el 6 de octubre de 1072 y que hasta el año si-

(1) La Historia consigna que reinó tiránica y mujerilmente: *tyrannice et muliebriter regnabit.*

(2) Véase el capítulo XIX del tomo I de esta obra.

guiente no se alzaron en Burgos los pendones de Castilla en favor de Alfonso VI.

Inmediatamente que Alfonso VI ciñó en sus sienes las coronas de León, de Castilla y de Galicia, comenzó á premiar los señalados servicios del conde D. Pedro Ansúrez, elevándole al puesto de privado suyo y dándole en premio de su constante fidelidad el señorío de Valladolid y otros pueblos que aumentaron su poder en Castilla.

Por el año 1074 el conde, su mujer doña Elo y toda su familia se trasladaron á Valladolid (1), donde construyeron su palacio (hoy hospital de Esgueva), la iglesia de Santa María la Antigua, la iglesia de Santa María la Mayor, un hospital en el barrio de San Martín, la iglesia de San Nicolás y un magnífico puente de piedra sobre el río Pisuerga.

Generalizada la institución de las municipalidades en Castilla, el conde Ansúrez la estableció en su villa de Valladolid, «y con el objeto de fraternizar ó identificar en lo posible los intereses del cabildo de la Iglesia Mayor con los de la villa, mandó construir en aquélla una sala destinada exclusivamente para que en ella celebraran los regidores ó concejales sus sesiones, concediendo el derecho de asistir á ellas, con voto, á dos prebendados elegidos por el cabildo» (2).

Si decidida y constante fidelidad mostró el conde Ansúrez á Alfonso VI, no fué menor la que tuvo á doña Urraca, hija y sucesora del conquistador de Toledo.

Casada doña Urraca con Alfonso de Aragón, turbóse pronto, como en los comienzos de este capítulo hemos dicho, la paz del matrimonio y se separaron ambos esposos. El conde Ansúrez, que estimaba tanto el honor de su reina como el suyo, hubo de reprender, con sentidas expresiones, la conducta de doña Urraca; pero ésta, cada vez más ciega en sus amoríos, separó al dignísimo castellano del manejo de los negocios y le privó de todas las villas y lugares que poseía en estos reinos.

Cuando llegó á noticia de D. Alonso de Aragón tales cosas, dió muestras de su agradecimiento al conde Ansúrez, quien correspondió prestándole pleito homenaje.

Tiempo adelante, habiendo tratado mal el rudo aragonés, no sólo

(1) Tuvieron un hijo, de nombre Alfonso, y cuatro hijas, que se llamaron María, Emilia, Elvira y Mayor. María casó con Armengol V de Urgel.

(2) Sangrador, *Historia de Valladolid*, tomo I, pág. 46.

de palabra, sino de hecho, á doña Urraca, á la que repudió en Soria á presencia de la corte, D. Pedro Ansúrez, como otros nobles castellanos, abandonaron al rey de Aragón y se pasaron al partido de doña Urraca.

El conde D. Pedro, antes de hacer traición al marido de su reina y á quien había jurado pleito homenaje, partió, según cuentan, á la corte de Aragón, montado en un caballo blanco y vestido con un manto de escarlata, la cabeza descubierta y una soga al cuello, y presentándose á D. Alfonso le dijo las siguientes palabras:

«Señor, las alcaldías que me fiasteis eran de castillos no vuestros, sino de la reina mi señora, á la cual yo debo obedecer y he entregado por su mandado lo que es suyo; mas porque mi persona es también vuestra, cuyo criado y vasallo soy, á quien me ofrecí con pleito homenaje, yo me entrego á vuestra discreción y merced, aunque sólo me hallo culpado de haberme atado con imprudencia y sin cautela á lo que no podía obligarme; si este es delito, ya vengo aprisionado como reo de la majestad ofendida, de la cual en otro tiempo fuí el más honrado, el más constante y decidido servidor.»

Si en un principio quiso el Rey castigar al valeroso y prudente castellano, luego le eximió del juramento y le permitió regresar libremente á sus estados.

Viudo D. Pedro de doña Elo, contrajo segundo matrimonio con doña Elvira Sánchez, muriendo él—como sabemos—en el año 1118.

Su cadáver se depositó debajo del coro de la iglesia Mayor y, edificada la actual catedral, se le trasladó á ella, colocándole en la nave del Evangelio, donde hoy se halla en pobre y mezquino sepulcro.

No sólo se ignora el día fijo de su muerte, sino si fué en el año 1118 ó 1119, «que ha sido—dice Floranes—un descuido bien lamentable en tantas iglesias y monasterios como llenó de riquezas, y aun en la misma Valladolid, su hechura, la cual debiera haber empleado muchos bronces en pronunciar á la posteridad más apartada la inmortal memoria de su fundador» (1).

Alfonso VII el Emperador: su política

Alfonso VII *el Emperador* (1127-1157) comenzó su reinado sujetando á algunos rebeldes señores. Estos, acostumbrados á la privanza que habían ejercido hasta entonces en

(1) *Origen y descendencia del conde D. Pedro Ansúrez.*—Manuscritos originales é inéditos que, procedentes de la Biblioteca de Osuna, se conservan en la Nacional de Madrid.

el reino, intentaron rebelarse, pero tuvieron que ceder ante la actitud imponente del Rey.

Concordia de Almazán. Al mismo tiempo Alfonso I *el Batallador*, creyendo que podía ensanchar sus estados á costa de su hijastro Alfonso VII, penetró en Castilla y llegó á *Támara* (Palencia), donde encontró el ejército castellano, mandado por el conde de Lara; vinieron al fin á una avenencia por la intervención de algunos prelados y magnates (1127).

Como se negase después Alfonso I á entregar las plazas que aún continuaba poseyendo en Castilla, rompiéronse otra vez las relaciones. Alfonso I al frente de los aragoneses y Alfonso VII á la cabeza de los castellanos se encontraron en *Almazán* (Soria). Como antes, intervinieron mediadores para que padre ó hijo no viniesen á las manos.

«Pues que me pida la paz el rey de Castilla», dijo Alfonso I.

Alfonso VII así lo hizo.

«Gracias á Dios—cuentan que hubo de decir *el Batallador*—que he inspirado á mi hijo tal pensamiento; si esto lo hubiera hecho antes, no me habría tenido por enemigo. Ahora no quiero nada que no me pertenezca.»

Ordenó restituir las poblaciones y fortalezas «y nunca más—como dice Sandoval—entró en Castilla, si bien por eso no faltaron guerras y muertes entre castellanos y aragoneses, que por muchos años se hicieron todo el mal que pudieron».

Tratado de Tuy. Luego, aunque Alfonso VII había arreglado sus diferencias con su tía Teresa de Portugal en Zamora, como ésta perseveraba en sus pretensiones de independencia, marchó contra ella y puso cerco á Guimaranes; Teresa hubo entonces de reconocer la supremacía de Castilla.

Entre madre é hijo, entre Teresa y Alfonso Enríquez, no eran cordiales las relaciones. En favor de Alfonso y contra Teresa, en relaciones íntimas ésta con Fernando Pérez, hijo del conde de Trava, se levantaron los portugueses; levantamiento que arrebató el poder á la madre y lo entregó á su hijo Alfonso Enríquez.

Deseaba el conde de Portugal, como antes doña Teresa, conseguir la independencia de aquel Estado. Penetró al frente de algunas fuerzas en Galicia, siendo arrojado de este país por Alfonso VII. Volvió al poco tiempo el inquieto portugués á romper las hostilidades, pero por el tratado de Tuy (1137) se puso fin á la enemiga de Castilla y

Portugal, jurando Alfonso Enríquez leal amistad al rey de León por sí y sus sucesores y reconociendo el vasallaje que le era debido á título de soberanía (1137).

Doña Berenguela y doña Sancha.

El matrimonio de Alfonso VII, celebrado en el año 1128 en Saldaña, con doña Berenguela, hija del conde Ramón Berenguer III de Barcelona, señora de talento y de virtudes, fué beneficioso para el reino, porque sus consejos, como también los de la piadosa y buena doña Sancha, hermana del Rey, pesaron muchas veces, y siempre con fortuna, en los grandes destinos del pueblo castellano (1).

Expedición á Andalucía.

Comenzó Alfonso VII de Castilla á guerrear con los sarracenos. Su expedición á Andalucía será siempre gloriosa en la historia de la Edad media. Llevó á sangre y fuego (1133) los alrededores de Córdoba, de Sevilla y de Carmona; tomó á Jerez, que saqueó y quemó, penetrando hasta lo que se llamaba entonces la vuelta de Cádiz, es decir, hasta las columnas de Hércules (2).

(1) Doña Sancha, que siempre se mantuvo soltera, visitó en peregrinación (año 1142) los Santos Lugares; á su vuelta por Roma, el papa Inocencio II le dió varias reliquias; pasó luego á Francia y estuvo en el monasterio de San Dionís, consiguiendo, por mediación de Luis VII—según se cuenta—una *espina* de la corona del Salvador. Para conservar esta reliquia fundó luego el famoso monasterio de la Espina, cerca de Castromonte (provincia de Valladolid). Antes de regresar á España dió la vuelta por Claraval, donde manifestó á San Bernardo que deseaba fundar un monasterio en los Estados de su hermano.

En efecto, doña Sancha, en los comienzos del año 1147, ante los prelados de Segovia, León y Palencia, y en presencia de otros próceres y guerreros de la corte, declaró que daba á Bernardo, abad de Claraval en Francia, dos heredades, llamadas San Pedro de la Espina y Santa María de Aborridos, «con todos sus términos y montes, vasallos, viñas, prados y demás aprovechamientos». En la edificación del monasterio intervino San Nivardo, hermano menor de San Bernardo, que llegó de Francia, mandado por éste. Cuando San Nivardo volvió á su país, San Bernardo envió al abad Balduyno con otros monjes para que formasen comunidad.

Dos años después de la erección, el 6 de abril de 1149, Alfonso VII confirmó la donación.

Doña Sancha sostuvo frecuente correspondencia epistolar con San Bernardo; correspondencia epistolar que el Santo guardó cuidadosamente entre sus escritos.

Véase mi libro *Los pueblos de Valladolid*, tomo II, págs. 137 y siguientes.

(2) Véase Dozy, *Historia de los musulmanes españoles*, tomo IV, páginas 316 y 317.

Se proclama Emperador. Habiendo llegado á la cumbre de la gloria, reunió Cortes generales en León (1135) y se proclamó *Emperador*, título que había llevado su abuelo Alfonso VI.

En estas Cortes, á las cuales asistieron la reina Berenguela y la infanta Sancha; García Ramírez, rey de Navarra; los condes de Barcelona y de Tolosa, y otros de Gascuña y Francia, que daban parias á Alfonso VII, se acordaron varias disposiciones sobre asuntos religiosos y políticos, siendo el más importante la confirmación de los fueros y leyes otorgados por los reyes anteriores.

Guerras: conquista de Almería. Continuó el Emperador la guerra con los muslimes. En 1138 devastó y asoló los alrededores de Jaén, de Baeza, de Ubeda y de Andújar, haciendo al enemigo no menos daño que cuando por vez primera invadió Andalucía. En 1139 arrebató á los sarracenos el castillo de Aurelia ú Oreja, fortaleza que tenían cerca del Tajo á la parte de Ocaña. En 1142 se hizo dueño de la ciudad de Coria. En 1143 dió de nuevo la vuelta por Sevilla y Carmona. En 1144 toda Andalucía fué saqueada y quemada desde Calatrava hasta Almería (1).

Después de corto período de paz, en el cual se celebró en León (julio de 1144) el matrimonio de García Ramírez de Navarra, viudo de Margelina, con Urraca, hija bastarda de Alfonso VII (2), se decidió éste á tomar la plaza de *Almería*, á cuya conquista invitó á las repúblicas de Génova y de Pisa, á Ramón Berenguer IV de Barcelona, á Armengol de Urgel y á García Ramírez de Navarra. Los historiadores árabes ponderan lo numeroso de este ejército, diciendo «que cubría montes y llanos, que las fuentes y ríos no daban bastante agua ni las hierbas y plantas bastante mantenimiento para tanta gente, y que temblaban y retumbaban los montes debajo de sus pies». Después de tres meses de cerco, la ciudad se rindió al Emperador (1147).

Alfonso VII y otros reyes cristianos. Acerca de las relaciones de Alfonso VII con los demás reyes cristianos de España, haremos notar que con poderoso ejército se dirigió contra Aragón; mas Ramiro II *el*

(1) Dozy, ob. cit., tomo IV, pág. 317.

(2) Estas bodas se celebraron con toda solemnidad y regocijo, asistiendo la Emperatriz; la hermana del Emperador, doña Sancha, y muchos duques, condes y magnates de León y de Castilla. Entre otros festejos llamaron la atención compañías de farsantes, los coros de mujeres acompañados de órganos, cítaras y flautas, las lidias de toros y los juegos de cañas.

Monje le dejó entrar en Zaragoza, le cedió esta ciudad y toda la parte del reino de Aragón de este lado del Ebro y se reconoció feudatario del castellano, rindiéndole pleito homenaje. Ramón Berenguer IV de Barcelona, hermano de la reina de Castilla, y los condes de Urgel, de Fox, de Pallás y de Cominges, el señor de Montpellier con otros condes y señores de Francia y de Gascuña, concurrieron á Zaragoza, en cuya ciudad hicieron confederación con Alfonso VII. Volvióse á León este afortunado monarca, donde también vino á reconocerse su vasallo García Ramírez de Navarra.

En sus últimos años, el Emperador, viudo desde el año 1149, volvió á contraer matrimonio con doña Rica, hija de Ladislao II, duque soberano de Polonia.

Los almohades: su origen. Mohámed-ben-Abdállah: su doctrina.

Al principio del siglo XII, siendo Alí-ben-Yúsuf emperador de Marruecos y rey de los almoravides de España, un tal Mohámed-ben-Abdállah pasó á Oriente, y en Bagdad asistió á las lecciones del insigne filósofo Al-Ghazzali. Mohámed comprendió la diferencia que había entre las doctrinas de Al-Ghazzali y las que él había estudiado en Córdoba. Aceptó con el entusiasmo de un sectario las que oyera al filósofo de Bagdad, y el odio que el maestro tenía á los almoravides de España lo heredó el discípulo con exageración. ¿De dónde nacía la enemiga que el primero guardaba á los musulmanes de Andalucía? Dozy lo cuenta de este modo: «El libro que el célebre Al-Ghazzali había publicado en Oriente con el título *Del renacimiento de las ciencias y de la ley*, causó en Andalucía gran escándalo. No era, sin embargo, un libro heterodoxo. Al-Ghazzali, á quien no había satisfecho ningún sistema filosófico, cayó primero en el escepticismo y se hizo enemigo declarado de la filosofía (1). Afirmaba en el libro citado que la metafísica no debía servir más que para defender la religión revelada contra los novadores, y la declaraba superflua en tiempo de fe verdadera y viva; en cuanto al estudio de la naturaleza, quería que los hombres se abstuviesen de él, si el conocimiento de ella podía quebrantar la fe (2). Predicaba una religión íntima, ferviente, apasionada, una religión del corazón, y censuraba enérgicamente á los teólogos de su tiempo que se detenían en la corteza, no ocupándose

(1) Renán, *Averroes*, pág. 97 de la segunda edición.

(2) Gosche, *Veber Ghazzalis*, etc., en las Mem. de la Academia de Berlín de 1858, págs. 258 á 290.

más que de cuestiones de derecho, útiles sólo para terminar las insignificantes querellas del vil populacho (1). Como esto era atacar á los faquíes andaluces en su flaco, los almoravides se llenaron de indignación. El cadí de Córdoba, Aben-Hamdin, declaró que todos los que habían leído el libro de Al-Ghazzali eran impíos y condenados, y redactó un *fetva* en que decía que todos los ejemplares debían ser entregados al fuego. Este *fetva*, firmado por los faquíes de Córdoba, fué presentado al rey Alí, que lo aprobó. Por consiguiente, el libro de Al-Ghazzali se quemó en Córdoba y en las demás ciudades del imperio, prohibiéndose á todos, bajo pena de muerte y de confiscación de bienes, tener un ejemplar» (2).

Mohámed-ben-Abdállah, después de haber sido amonestado (1119) por las autoridades de Trípoli, de Bidschaya y de Bugía, y arrojado del país, logró imponerse á los berberiscos por su vida ascética y su celo religioso. Atrevido y arrastrando todos los peligros, predicó en Marruecos (1121) delante del mismo amir, Alí-ben-Yúsuf, la doctrina de Al-Ghazzali, la cual minaba por su base el imperio de los almoravides. Decía que éstos admitían una colectividad en la esencia divina, á semejanza de los cristianos, considerándolos, por tanto, como herejes y hasta como politeístas. Mohámed y sus discípulos tenían, no sólo el sentimiento religioso, sino el patriótico; sentimiento religioso y patriótico completamente debilitados en los almoravides (3).

Mohámed se retiró entre su tribu, los másmudas, á las asperezas del Atlas, donde se construyó una ermita y enseñó la doctrina, resumida en un libro que escribió con el título de *Tauhid*, que quiere decir *fe unitaria* (4). Cuando se vió perseguido y condenado por el clero almoravide, se dió el nombre de *Al-Mahdi*, enviado para exterminar á los incrédulos y restaurar el reino de Dios en este mundo.

Guerra entre almohades y almoravides.

Al frente de los suyos, á quienes llamó *al-muwahidin*, es decir, unitarios, y que los cristianos españoles dieron el nombre de *almohades*, venció al gobernador almoravide de Sus.

(1) Artículo de M. Hitzig sobre el libro de Al-Ghazzali en el *Diario asiatico alemán*, tomo VII, págs. 173-175.

(2) Abd-el-Wahid, págs. 111, 234 y 132.—Dozy, *Historia de los musulmanes españoles*, tomo IV, págs 302-304.

(3) Aben Jaldón, *Prolegómenos*, etc., I, págs. 325 y 326 de la traducción.

(4) La fe en un Dios único y verdadero.

Continuó la guerra, logrando casi siempre ventaja los almohades. Intentó Mohámed apoderarse de la ciudad de Marruecos y fué derrotado (1130); mas pronto se rehizo y prosiguió peleando con más bríos.

Abdelmúmem: sus victorias.

Cuando murió el santón Mohámed, heredó su poder su fiel amigo Abdelmúmem. Éste, que reinó desde el año 1130 al 1163, triunfó en varias batallas de los almoravides africanos.

Primeramente triunfó de Alí, y después de la muerte de éste, en 1142, su hijo Texufin, en los dos años que rigió á los almoravides, sufrió algunas derrotas, muriendo al fin en lucha con Abdelmúmem.

Abdelmúmem conquistó una por una todas las ciudades del imperio. Los almoravides que lograron salvarse de la espada de Abdelmúmem perecieron en las asperezas del Atlas.

«En el país que fué la patria de los almoravides quedaron éstos exterminados para siempre» (1).

Estado de la España musulmana y cristiana en estos tiempos.

Cuando en la España musulmana se tuvo noticia de los sucesos de Marruecos, los antiguos hijos del Profeta mostraron la enemiga á los almoravides, llegando en Córdoba los alfaquíes y magnates á sublevarse contra sus nuevos señores, á quienes saquearon sus casas, robaron sus bienes y arrojaron de las ciudades. A su vez los cristianos, aprovechándose de la guerra civil en Africa y de la poca armonía que se notaba en España entre los antiguos súbditos de los reyes de taifas y los almoravides (pues los almohades todavía no habían pasado el Estrecho) se lanzaron á la guerra con verdadero entusiasmo. En el año 1133 el emperador Alfonso VII, ayudado por Zafadola-Aben-Hud, hijo de Abdelmelic, último rey de Zaragoza, entró por tierras de Córdoba, de Sevilla y de Cádiz. La insurrección en el Occidente de España contra los almoravides se hizo general en el año 1143, extendiéndose al centro y al Oriente en 1144 y 1145. Los principales jefes del movimiento fueron Aben Casi en Occidente ó en los Algarbes, Aben Hamdin en el Centro y Zafadola-Aben-Hud en el Oriente (Valencia y Murcia).

Los almohades en España.

Viéndose luego perdido Aben-Casi, llamó en su auxilio á los almohades y reconoció la soberanía de Abdelmúmem. Con la ayuda de Aben-Casi, que entregó á los nuevos dominadores su fortaleza de Arcos, y con la sumisión de los hijos de

(1) Muller, ob. cit., pág. 488.

Aben-Mardenix, rey de Murcia, se impuso la dominación almohade en España.

El odio á los almoravides no podía ser mayor. En las calles y en las mezquitas de las ciudades musulmanas se decía por todos: «Los almoravides nos sacan hasta la médula de los huesos; nos quitan nuestros bienes, nuestro dinero, nuestras mujeres y nuestros hijos; ¡sublevémosnos contra ellos, echémoslos, matémoslos!» Otros exclamaban: «Haremos alianza con el emperador de León y le pagaremos tributo antes que consentir el dominio de los almoravides.» «Sí, sí, gritaban unánimemente, todos los medios son buenos siempre que quedemos libres de los almoravides.»

Zafadola-Aben-Hud: batalla de Albacete.

Además de Zafadola-Aben-Hud, como soberano de Murcia en el año 1145 á 1146, se encuentran monedas de la misma ciudad y del mismo año á nombre de Aben-Iyad y de Abdállah el Zegrí. ¿Se disputaron los tres personajes citados la soberanía de Murcia en el citado año?

Zafadola-Aben-Hud hizo triunfal entrada en Murcia el 5 de enero de 1146; si bien se cree que su gobierno era más honorífico que efectivo y que el verdadero gobernador era Aben-Iyad. El Zegrí había sido arrojado por entonces de la capital.

Poco tiempo después, el 5 de febrero de 1146, Zafadola-Aben-Hud, juntamente con Abdállah Mohámed Aben-Mardenix y con Aben-Iyad, murieron en Alloch, cerca de Chinchilla, peleando contra los cristianos de Alfonso VII. También es conocida esta batalla con el nombre de la de Albacete.

¿Por qué vinieron á las manos los cristianos con Zafadola? No se sabe, si bien hay motivos para creer que en ello no tuvo parte y aun se originó sin conocimiento del Emperador.

Guerras.

Muertos Zafadola y Abdállah, fué proclamado rey de Murcia, Valencia y otros distritos de la España Oriental Aben-Iyad, teniendo de lugarteniente á Mohámed, hijo de Abdállah, hijo de Saad-Aben-Mardenix; no sin que Abdállah el Zegrí, el mismo que antes había ejercido el gobierno, le declarase la guerra, y con ayuda de los cristianos se apoderara de la ciudad (15 de mayo de 1146).

Abdállad el Zegrí, que tomó el título de *arraez*, fué señor de Murcia desde el 15 de mayo al 13 de diciembre de 1146; pero en este día Aben-Iyad penetró en la ciudad al frente de las tropas, logrando vencer y matar á aquél.

Aben-Iyad quedó dueño de Murcia y de las restantes ciudades del

Oriente de España hasta su muerte, acaecida, en una de sus excursiones, el 21 de agosto de 1147.

Aben-Mardenix y Aben-Hamusco. Cuando llegó la triste nueva á Murcia y á Valencia, los murcianos eligieron por gobernador á Abul Hasán, hijo de Obaid, y los valencianos á Abu-Abdállah-Mohámed, hijo de Saad, el famoso Aben-Mardenix. Este casó luego con una hija de Aben-Hamusco (1). Dirigióse Aben-Mardenix á Murcia y Abul-Hasán le entregó la ciudad.

Grandeza de Aben-Mardenix. ¿Cuál era el origen de Aben-Mardenix? El mismo Aben-Mardenix se consideraba árabe de pura raza, y así también lo considera Aben Jaldón (2), pero Dozy afirma que era de origen español. «Según unos—escribe el ilustre arabista—se decía de la tribu de Chodam; según otros, de la de Tachib; la duda sobre este particular demuestra su falsedad, pues los verdaderos árabes, tan pagados de su nobleza, nunca dudaban en asunto tan importante.» Añádase á esto que el nombre de su tercer abuelo es Mardenix ó Martínez, lo que indica que su origen es cristiano.

No desmentía—como escribe D. Mariano G. Remiro—Aben-Mardenix su origen cristiano, pues vestía como los cristianos y como éstos hablaba y usaba sus armas; sus soldados eran en su mayor parte castellanos, navarros y catalanes. Llegó hasta ponerse á las órdenes del rey de Castilla, del rey de Aragón y del conde de Barcelona. Los cristianos le llamaban Lope ó Lobo (3). Por su bravura y por su generosidad era el ídolo de sus soldados, lo mismo musulmanes que cristianos. En los combates, no sólo no rehuía el peligro, sino que se lanzaba en medio del ejército contrario, derribando y matando á todos los que se ponían al alcance de su brazo.

Este fué el enemigo que tuvieron los almohades al poco tiempo de llegar á España.

Por lo que respecta á sus relaciones con los cristianos, pagó tributo á Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona; á Alfonso II de Aragón, sucesor de dicho Ramón Berenguer en el mencionado condado, y á Alfonso VII el Emperador, de Castilla.

Mediante esta política, pudo extender su dominación, además de sus estados de Valencia, Murcia, Játiba y Denia, por Jaén, Baeza,

(1) ¿Era éste originario de Hamusco, hoy Amusco (provincia de Palencia)?

(2) *Prolegómenos*, I, pág. 339 de la traducción.

(3) Véase *Historia de Murcia musulmana*, págs. 190 y 191.

Baza, Guadix y Carmona; puso en aprieto á Córdoba, llegó á sitiar á Sevilla, tomó á Ecija, entró en Granada y casi estuvo á punto de enseñorease de toda la España árabe.

Es indudable que al lado de Aben-Mardenix se pusieron, no sólo los musulmanes enemigos de los almohades, sino también muchos cristianos y no pocos israelitas.

Abu-Said pone sitio á Almería y Alfonso VII acude en auxilio de la plaza.

Por entonces Abu-Said hijo de Abdelmumen, gobernador de Málaga y Algeciras, se hizo dueño de Granada, mientras que el almoravide Maimun con los suyos se retiraba á Marruecos. Continuó Abu-Said sus conquistas, llegando á poner sitio á Almería (1157), en cuya defensa acudió el emperador Alfonso VII con una hueste de 12.000 hombres y también su aliado Aben-Mardenix con 6.000. En el camino fiebre alta y tenaz obligó al Emperador á volver á Toledo, á cuya ciudad no pudo llegar, pues en Fresneda hubo necesidad de armar una tienda debajo de una encina, y aquí acabó aquella vida que habían respetado en tantas lides las cimitarras agarenas y las lanzas africanas. Era el 21 de agosto del año 1157. Almería cayó en poder de los almohades el 17 de octubre del mismo año.

Origen y principio del reino de Portugal.

La antigua Lusitania había corrido la misma suerte que todas las demás partes de la Península. En el siglo x comenzó á nombrarse el distrito de *Portucale*, porque así como Coimbra era la ciudad más importante sobre el Mondego, Portucale lo era á su vez sobre el Duero.

Cuando Alfonso VI se hallaba en guerra con los moros vinieron á prestarle ayuda, entre otros señores extranjeros, Raimundo, hermano del conde de Borgoña, Enrique de Lorena y Raimundo, conde de Tolosa.

Para premiar los servicios de estos tres, los casó con otras tantas hijas suyas. Al primero le dió doña Urraca, su hija legítima y heredera de sus reinos, con el título de conde de Galicia; al segundo, su hija Teresa, y al tercero, Elvira, ambas habidas fuera de matrimonio.

Como dote, y con el título de condado, dió D. Alfonso á su hija Teresa las ciudades de Braga, Porto, Coimbra, Viseo y Lamego, como también las villas y lugares situados entre los ríos Duero y Miño.

Los condes franceses, lo mismo D. Raimundo de Galicia que don Enrique de Portugal, no eran agradecidos á los favores de su suegro, pues aun en vida de éste, dirigidos por el anciano abad de Cluny, fir-

maron un tratado para repartirse el reino á la muerte de Alfonso VI, anulando de este modo la sucesión legítima de D. Sancho; mas la muerte del príncipe y la del conde Raimundo en la desgraciada batalla de Uclés, mudaron por completo la faz de las cosas.

Doña Urraca, viuda del conde Raimundo, heredó la corona á la muerte de su padre (1109) y durante su segundo matrimonio con Alfonso I *el Batallador* se verificaron las famosas revueltas, primero de D. Enrique y después de doña Teresa, á los que arrastraba siempre la mira de hacer de su condado un reino independiente.

Enrique de Lorena. Enrique de Lorena, impaciente por extender sus Estados, peleó contra los moros y fortificó las poblaciones de su señorío, y llevado de su espíritu aventurero, con motivo de una cruzada publicada por Pascual II, marchó (1101) á pelear á Tierra Santa, volviendo luego y muriendo en Astorga.

Teresa de Portugal: sus guerras. Su viuda Teresa, no menos ambiciosa, aprovechando las turbulencias de Galicia, penetró en este país á mano armada. Entonces Urraca invadió el territorio de su hermana, la sitió en el castillo de Lañoso y la obligó á rendirse, firmándose la paz, ventajosa por cierto á la vencida condesa, pues Urraca hubo de cederla varios lugares de las comarcas de Zamora, Toro, Àvila y Salamanca, obligándose sólo Teresa á renovar el pleito homenaje (1121).

Alfonso Enriquez: batalla de Ourique. Al subir al trono Alfonso VII *el Emperador* (1126), el distrito de Portugal había acrecido considerablemente. Alfonso Enríquez (hijo de Teresa), de genio belicoso y emprendedor, negó ó esquivó la obediencia á su primo Alfonso VII; pero ante el poder del rey de Castilla hubo de reconocerse vasallo por el tratado de Tuy (1137), esperando mejores tiempos.

Dirigióse después Alfonso Enríquez á pelear con los musulmanes. Cruzó el Tajo y recorrió los campos del Alemtejo, saliéndole al encuentro los walíes del Algarbe. Empeñóse en las llanuras del Sudoeste de Beja (1139) la famosa batalla de *Ourique* (Alemtejo); la cual, según la felix expresión de uno de los mejores historiadores portugueses, fué la piedra angular de esta Monarquía. En efecto, los soldados aclamaron rey al conde Alfonso Enríquez en el mismo campamento, tomando él por armas las célebres *quinas*.

Al año siguiente, Alfonso VII quiso castigar al infractor del juramento de Tuy, penetrando en Portugal (1140) con numeroso ejército. Cuando se iba á decidir la cuestión en los llanos de *Valdevez*, por mediación del arzobispo de Braga se firmó un tratado de paz.

Alfonso Enríquez toma el título de rey.

Si bien desde esta concordia Alfonso Enríquez se tituló rey, la independencia de Portugal no fué un hecho todavía; pero en el año 1143, reunidos los dos primos en Zamora y presente á las pláticas el cardenal Guido (1), el Emperador reconoció el título que el portugués se daba de rey.

Más adelante, pensando Alfonso Enríquez que ni su proclamación en el campamento de Ourique ni el reconocimiento de su primo por el tratado de Zamora resolvían el asunto de una manera terminante y definitiva, solicitó la investidura del Papa, á quien se miraba por entonces como señor de reyes y distribuidor de reinos. Escribió una carta á Inocencio II (diciembre de 1143), en la cual se declaraba su vasallo, ofreciéndole en testimonio de homenaje pagar á la Iglesia romana un censo anual de cuatro onzas de oro. Por muerte de Inocencio II y por el breve pontificado de Celestino II contestó Lucio II (mayo de 1144), concediendo y afirmando la separación de Portugal, aunque no dando el nombre de rey á Alfonso Enríquez, sino de *Dux portugallensis*.

Quejóse al Pontificado el Emperador, porque algunas concesiones hechas á Alfonso I de Portugal lesionaban sus derechos, y de que el arzobispo de Braga no quería reconocer la primacía del de Toledo; contestó (1148) Eugenio III á lo primero de un modo obscuro y ambiguo, y á lo segundo confirmando terminantemente la primacía de la Sede toledana.

Los papas Anastasio IV y Adrián IV no se mezclaron en la cuestión.

Por su parte Alfonso I prosiguió la guerra con los musulmanes, á quienes arrebató Santarén (15 de marzo de 1146) y Lisboa (octubre de 1147).

Sin embargo de que su hija Urraca se había casado con Fernando II de León, declaró la guerra á su yerno, siendo vencido y hecho prisionero en Badajoz. Fernando II le dejó en libertad.

Independencia de Portugal.

Continuaba sin resolver la cuestión de independencia de Portugal. Alfonso I sustituyó á las cuatro onzas de oro que en 1144 ofrecía á la Santa Sede dos marcos de censo anual, obteniendo (1179) del papa Alejandro III, «por los servicios que había prestado á la cristiandad», el reconocimiento de la dignidad

(1) Guido, como legado del papa Inocencio II, había presidido un concilio provincial en Valladolid.

real. De esta manera lenta se separó Portugal de la dominación española.

Para terminar diremos que algunos años antes el rey Alfonso Enríquez erigió una orden militar que, por el punto donde tuvo asiento, se llamó primero de *Evora* y luego de *Avís* (1162).

Cargado de años y de laureles, murió Alfonso I el 6 de diciembre de 1185, dejando gloriosa memoria de sus hechos militares y de su hábil política como verdadero fundador de la Monarquía portuguesa.

III

Aragón: Alfonso I *el Batallador.*—Sus guerras antes de su matrimonio con Urraca de Castilla.—Conquistas de Alfonso I después del divorcio: conquista de Tudela.—Toma de Zaragoza, Tarazona, Calatayud y otras poblaciones.—Expedición á la Gascuña.—Expedición á Andalucía.—Alfonso I en Vélez-Málaga.—Relaciones del aragonés con Alfonso VII de Castilla.—Alfonso I en Bayona.—Batalla de Fraga.—Muerte y testamento de Alfonso I.—Ramiro II *el Monje* en Aragón y García Ramírez en Navarra: concierto de Vadoluengo.—La *campana de Huesca.*—*Cataluña:* Ramón Berenguer III *el Grande;* su matrimonio con Dulce, hija de los condes de Provenza.—Expediciones de Ramón Berenguer III.—Ramón Berenguer IV: sus conquistas.—Consideraciones.

Aragón: Alfonso I el Batallador. Sus guerr s antes de su matrimonio con doña Urraca.

Alfonso I de Aragón (1104-1134), antes de su matrimonio con doña Urraca de Castilla, había hecho probar á los muslimes la fuerza de su brazo, ganando las plazas de Egea, Tauste y Castellar. Al contraer matrimonio D. Alfonso con doña Urraca, «tomó título de emperador de España, como el rey D. Alonso su suegro lo había tenido» (1).

Conquistas de Alfonso I después de su divorcio con doña Urraca: conquista de Tudela.

Gloriosa fué la conquista de Tudela por Alfonso I, y en cuya defensa murió el rey árabe de Zaragoza. Véase lo que sobre la conquista de Tudela y la muerte del rey Abu-Giafar refiere Abdállah-ben-Aita, que estuvo presente en la batalla:

«El virtuoso y esforzado rey de Zaragoza Abu-Giafar Almostain Billad salió contra los cristianos que tenían puesto cerco á Tudela, y con escogida caballería fué á socorrer á los suyos... y peleando el rey Abu-Giafar valerosamente por su persona, le pasaron el pecho de una lanzada y cayó muerto de su caballo. Con esto los muslimes cedieron el campo, y la ciudad fué entrada por los cristianos... Llevaron los

(1) Zurita, *Anales*, primera parte, lib. I, cap. XXXVIII, pág. 36.

musulmanes el cuerpo de su rey á Zaragoza y le enterraron con sus propias vestiduras y armas... y luego fué en ella proclamado su hijo Abdelmelic, llamado Amad-Dola (1), que ya había dado muestras de su valor en la batalla de Huesca y en las *algaras* de Teuste y de Lérida» (2).

Debió tener lugar la conquista de Tudela—como dice Zurita— en el mes de agosto del año 1114 (3), y se concedieron y señalaron grandes términos y libertades á los moradores de ella.

Toma de Zaragoza, Tarazona, Calatayud y otras poblaciones.

Pero el gran pensamiento del aragonés fué la conquista de Zaragoza, empresa á la que se dedicó con todo entusiasmo. Pertenecía á la sazón la antigua César Augusta á los almoravides. «Todas las fuerzas y poder del emperador D. Alonso se convirtieron por este tiempo en proseguir la guerra contra los moros, que estaban apoderados de la ciudad de Zaragoza, que era la cabeza y principal asiento que tenían en el Mediodía de España, de cuya conquista pendía todo lo restante hasta llegar á las costas de nuestro mar» (4). En ayuda de Alfonso I vinieron muchas compañías de gente de guerra procedentes de Bearne, de Gascuña y de otros puntos de Francia. También al socorro de la plaza, defendida por su mismo rey Amad-Dola, volaron crecido número de tropas que mandó Alí, emperador de los almoravides, desde Granada, y Temim, hermano de Alí y walí de Valencia, desde esta ciudad. En el mes de mayo de 1118 comenzó la guerra contra Zaragoza. Después de tenaz y larga lucha, estrechado el cerco y sin víveres los sitiados, se entregó la plaza (18 de diciembre del citado año), alojándose *el Batallador* en el palacio real de Azuda, junto á la puerta de Toledo, mientras Amad-Dola se retiraba con toda su familia á la fortaleza de Rota 'l-Jehud. «Con el suceso de la victoria — dice Zurita — quedó consumada la gloria y triunfo deste príncipe (Alfonso I), por haber conquistado á su señorío una ciudad tan famosa y rica, y tan principal entre todas las otras de España, y tan señalada por el nombre de su fundador César Augusto» (5).

Afírmase por algunos que Alfonso I ordenó arrasar las fortifica-

(1) Llamábase Abdelmelic Imad-ad-Daula y era hijo de Ahmed Mostain II, pero nuestros cronistas le llaman Amad-Dola.
(2) Conde, obra citada, parte III, cap. 25.
(3) *Anales*, etc., parte I, lib. I, cap. XLII, pág. 40 v.ª
(4) *Anales*, etc., parte I, lib. I, cap. XLIV, pág. 41 v.ª
(5) Obra citada, pág. 43.

ciones moriscas, diciendo que «la capital del reino aragonés no debía tener más defensa que el valor de sus habitantes»; pero *el Batallador* no dijo semejante cosa.

Así como Alfonso VI de Castilla, después de la toma de Toledo, se hizo dueño de muchas poblaciones, Alfonso I de Aragón, después de la conquista de Zaragoza, se dirigió á Tarazona, en cuya ciudad restableció su antigua silla episcopal, apoderándose de Borja, Alagón, Mallén, Magallón, Epila y otras poblaciones. Dirigióse luego hacia Calatayud, que también tomó (1120) y dotó tiempo adelante de importantísimo fuero (1). Fueron entregándose Bribiesca, Alhama y Ariza. En Calanda *(Cutanda)*, provincia de Teruel, triunfó de poderoso ejército de muslimes mandado por Temim, ya rehecho éste de sus pasadas derrotas.

Expedición á la Gascuña francesa.

Como si todo esto fuera poco, en el año 1122 atravesó el Pirineo y penetró en la Gascuña francesa, logrando que el conde Centullo de Bigorra le rindiese pleito homenaje, recompensándole él con varias mercedes.

Expedición á Andalucía: Alfonso I en Vélez-Málaga.

Más importancia tuvo otra expedición de Alfonso I *el Batallador* á Andalucía. Los numerosos cristianos que residían en Granada, oprimidos por la intolerancia de los almoravides, suplicaron á Alfonso *el Batallador* que acudiese para librarles del yugo que sobre ellos pesaba. «Le enviaron carta sobre carta y mensajero tras mensajero para suplicarle que se aprestase al combate y que viniese á Granada» (2). Como todavía vacilase el aragonés, le dijeron que doce mil guerreros cristianos le ayudarían en la empresa y muchos más que acudirían en el momento preciso. Añadieron que el país granadino era el más bello del mundo y le hablaron de su gran vega, de sus producciones abundantes, de sus fuentes y ríos, de su fortificado castillo, del bondadoso carácter de los labradores y del culto fino de sus ciudadanos, de la grandeza de los nobles y de la belleza de las mujeres. Dijéronle, por último, que esta ciudad bendita, una vez conquistada, sería base de nuevas adquisiciones. Tanto hablaron del asunto y tan buenas trazas se dieron, que el Rey, al frente de cuatro mil aragoneses, se dirigió á Zaragoza (principios de septiembre de 1125), pasó cerca de Valencia, llegó á Alcira, luego á Denia, pasó el desfiladero de Játiba, y desde aquí marchó á Murcia, á Vera y á

(1) Muñoz y Romero, *Colección de fueros Municipales*, págs. 457 á 468.
(2) Dozy, *Investigaciones*, etc., tomo I, pág. 438.

Almanzora, subió hasta Purchena y permaneció ocho días en los alrededores de Tíjola (Almería). Pasó á Baza, luego á Guadix, en cuyas cercanías permaneció un mes.

Durante estos sucesos se había descubierto un complot de los cristianos de Granada. Quiso Temim, gobernador de esta ciudad, reducirlos á prisión, pero no pudo. Mientras ellos abandonaban la ciudad y por diferentes caminos llegaban al campamento de Alfonso I, los musulmanes se reunían al gobernador Temim, y el hermano de éste, jefe de los musulmanes, le enviaba de África un gran ejército.

Alfonso I partió de Guadix á Biezma (Granada) y el 7 de enero de 1126 los granadinos distinguieron el campamento cristiano que se hallaba en Nivar (pueblo que se halla á una legua al E. de Granada). Después de permanecer en Nivar diez y ocho días, las continuas lluvias y las espesas nieblas, como también los grandes preparativos y defensas de los musulmanes de la ciudad de Granada, le hicieron levantar el campo (22 de enero), no sin disgustarse con los que le habían llamado, los cuales se defendieron diciendo que él era el causante de que la expedición se hubiera malogrado, por haber dado tiempo á que los africanos llegasen en auxilio de los granadinos. Diez mil mozárabes—según Orderico Vital—le pidieron permiso, que el Rey concedió, para acompañarlo y establecerse en Aragón con sus familias.

Alfonso I marchó de Maracena á Pinos-Puente, á un pueblecito cerca de Alcalá la Real (Jaén), á Luque (Córdoba), á Baena, á Ecija, á Cabra, á Lucena, á *Polei* (hoy Aguilar), seguido siempre de los musulmanes, que de cuando en cuando le atacaban. En Arnisol (hoy es un despoblado que se llama Anzul), á tres leguas de Lucena, peleó y venció (9 de marzo de 1126) á los hijos del Profeta.

Marchó en seguida á la costa, franqueó la Alpujarra y al verse en los valles del río Salobreña (hoy Guadalfeo ó de Motril), cercado entre escarpadas rocas, dijo en su lengua á uno de sus principales caballeros: «¡Qué sepulcro si alguno desde lo alto arrojase arena sobre nosotros!». Después atravesó la bella campiña de Vélez-Málaga, llegó á la playa y con una barquilla penetró en la mar é hizo coger pescado, que comió. ¿Hizo esto para cumplir un voto ó por el orgullo de contarlo en Zaragoza? Retrocediendo casi por los mismos lugares, atravesando hondos valles y empinados riscos, acampó en el pueblo de Dílar (Granada), después en Hemden (hoy Alhendín), donde sostuvo frecuentes combates con los sarracenos, y marchando á la

vega de Granada, siempre rodeado de tropas enemigas, se dirigió por Sierra Nevada á Alicún de Ortega, luego á Guadix, continuando su marcha hacia el Este, pasando cerca de Murcia y luego de Játiba, seguido del ejército musulmán y con sus tropas atacadas de la peste. Por último, después de tantos riesgos y penalidades, el audaz aragonés pudo llegar á sus Estados, habiendo realizado una de las más atrevidas expediciones de que hacen mención las historias.

Recelosos los musulmanes granadinos de los mozárabes y no teniendo ya confianza en ellos los transportaron á África. Algunos, sin embargo, quedaron en Granada; pero desde entonces perseguidos y y alguna vez víctimas de los malos tratamientos (1).

Relaciones del aragonés con Alfonso VII de Castilla.

Habiendo ceñido la corona de Castilla, por muerte de su madre Urraca, Alfonso VII *el Emperador*, cuando se iban á ventilar antiguos resentimientos entre éste y su padrastro Alfonso I *el Batallador* en los campos de batalla, vinieron por fin á un acomodo (1127).

Alfonso I en Bayona.

El monarca aragonés, que no podía estar ocioso, franqueó segunda vez los Pirineos y se apoderó de Bayona (1131), repasando en seguida los citados montes.

Batalla de Fraga.

Desde el mes de agosto del año 1133, en que los reales de Alfonso I *el Batallador* se asentaron sobre *Fraga* (provincia de Huesca), existía el empeño de apoderarse de la plaza. Levantóse al poco tiempo el cerco, volviendo á él los cristianos en febrero de 1134. Fraga, que era fuerte por su natural posición, estaba además fortificada por los muslimes. «Fraga—dice Mariana,—pueblo de los ilergetes (al cual Ptolomeo llama *Gallica Flavia*), más conocido por el desastre desta guerra que por otra cosa alguna que en él haya, está asentado en un altozano y monte de tierra, que por delante, comido con las corrientes y crecientes del río Cinga, hace que la entrada sea áspera, de guisa que pocos se la pueden á muchos defender. Por las espaldas se levantan unos collados no ásperos y todos cultivados; pero tan pegados con el pueblo, que impiden no se pueda batir con los ingenios ni aprovecharse de la artillería» (2).

Dióse la famosa batalla el 17 de julio de 1134. En nombre del amir de los muslimes, Alí-ben-Yúsuf, acudió Yahya-ben-Ganiyah, gobernador de Valencia y Murcia, á defender la plaza. Con igual ar-

(1) Véase Dozy, *Investigaciones*, etc., tomo I, págs. 433-450.
(2) *Historia de España*, libro X, cap. XV.

dimiento se peleó lo mismo por los cristianos que por los musulmanes. «Los fieles — dice el docto jesuíta — se hallaban cansados con la guerra, y eran en pequeño número, por quedar buena parte en guarda de los reales, ca temían no fuesen de los de dentro (de la plaza) acometidos por las espaldas; los moros entraban en la pelea de refresco y muy feroces» (1).

Cuando Alfonso I *el Batallador* se convenció de que la batalla estaba perdida, se dirigió á su amigo el vizconde de Bearn y le dijo:

—Mi abuelo, mi padre y mi hermano murieron gloriosamente peleando con el moro. Tu padre y tu abuelo murieron del mismo modo. ¡Dichosos nosotros si imitamos su ejemplo!

«El famoso día de Fraga — escriben los cronistas árabes — no lo olvidarán los cristianos.»

Muerte y testamento de Alfonso I.

Alfonso I, agobiado por la pena al verse vencido, se acogió á la ciudad de Zaragoza, acabando sus días á los veinte de su derrota. Así murió el conquistador de tantas ciudades, el vencedor de cien batallas, el terror de los moros y la gloria del reino de Aragón.

El vulgo, no pudiendo convencerse de que hubiese muerto el vencedor de tantos combates, se imaginó que, avergonzado de su derrota, se había marchado á Tierra Santa para continuar su gloriosa cruzada contra los muslimes.

El monje Hermán, escritor del siglo XIII, dice que «exaltó tanto su gloria, que unos le llamaban nuevo Julio César y otros segundo Carlomagno». Aben-Al-Athir añade que «Alláh concedió descanso de él y libró á los muslimes de su maldad».

En el año 1131, hallándose sobre Bayona, otorgó su famoso testamento, el cual ratificó dos años después en el fuerte de Sariñena. Dejó su reino por partes iguales — no sin que hiciera también algunas mandas de ciudades, villas y rentas á iglesias y monasterios — al Santo Sepulcro, á los caballeros templarios y á los hospitalarios de Jerusalén.

«Doy también — añadía — á la milicia del Templo mi caballo y todas mis armas, y si Dios me diera á mí á Tortosa, sea para el hospital de Jerusalén... De esta manera todo mi reino, toda mi tierra, cuanto poseo y heredé de mis antecesores, y cuanto yo he adquirido y en lo sucesivo con el auxilio de Dios adquiriese, y cuanto al presente

(1) *Historia de España*, libro X, cap. XV.

doy y pudiere dar en adelante, todo sea para el Sepulcro de Cristo y el Hospital de los pobres y el Templo del Señor, para que lo tengan y posean por tres justas ó iguales partes...» (1).

Ramiro II el Monje en Aragón y García Ramírez en Navarra: concierto de Vadoluengo.

Ramiro II *el Monje* (1134-1137), hermano del *Batallador*, antes monje en el monasterio de Saint Pons de Thomieres (cerca de Narbona) y luego electo obispo de Burgos, después de Pamplona y últimamente de Roda y Barbastro, fué elegido por los aragoneses en las Cortes de Monzón, los cuales no pensaron siquiera en el extravagante testamento del rey difunto.

Los navarros no se conformaron con esta elección y se fijaron en García Ramírez, hijo del infante D. Ramiro, el que contrajo matrimonio con la hija del Cid.

Como dice Mariana «los reinos de Navarra y Aragón, como la nave en el mar alterado, cuando mayor necesidad tenían de piloto y gobernalle, entonces se hallaban más desamparados y faltos de toda ayuda, á causa de las pocas fuerzas que tenía D. García y por la mucha edad y vejez de D. Ramiro» (2).

Ramiro II, mediante dispensa del Papa, se casó con doña Inés, hija de los condes de Poitiers. El aragonés y el navarro, que no habían tenido reparo en reconocer la superioridad del emperador Alfonso VII, guardábanse enemiga, y hubieran resuelto con las armas sus diferencias si los prelados y ricos hombres no acordaran el nombramiento de tres jueces por cada reino, con el objeto de que decidiesen como árbitros la querella. Los seis jurados (D. Caxal, Ferriz de Huesca y D. Pedro de Atarés, por Aragón, y D. Ladrón, D. Guillén Aznar y D. Jimeno Aznar, por Navarra) se reunieron en una aldea llamada *Vadoluengo*, acordando que cada uno de los dos monarcas gobernase su respectivo reino y que los términos de Aragón y de Navarra fuesen los mismos que anteriormente había señalado Sancho *el Mayor*.

Se tiene por cosa averiguada que se reunieron los dos reyes en Pamplona, y cuando parecía que iban á terminar las guerras, Iñigo Ayvar, quier por ser así verdad, quier porque le pesaba de las paces, avisó á Ramiro II que los navarros trataban de matarle. El aragonés disfrazado y de noche salió de Pamplona, dirigiéndose al monasterio

(1) *Archivo de la Corona de Aragón*, Reg. I., fol. 5.
(2) *Historia de España*, lib. X, cap. XVI.

de San Salvador de Leyre, y luego continuó su camino, cada vez más decidido á vengarse del rey de Navarra (1).

En el año 1136 dispusieron sus gentes para la guerra ambos soberanos, y el débil Ramiro II, llamado por menosprecio el *rey cogulla*, pidió amparo á Alfonso VII. El Emperador llegó á Zaragoza, donde se hallaba Ramiro II, quienes acordaron que la citada ciudad (Zaragoza) fuese restituída á Aragón y cediendo á Castilla Calatayud y otras poblaciones que están de esta parte del Ebro.

La campana de Huesca.

Se refiere de la siguiente manera la anécdota conocida con el nombre de la *campana de Huesca*. Ramiro II envió un mensajero á consultar con su antiguo maestro, hombre muy bueno y gran sabio, del monasterio de Saint Pons de Thomieres, acerca de cómo debía conducirse para tener sujetos á los magnates.

Mientras el maestro leía las letras del Rey, cortaba las coles mayores del huerto y dejaba las menores. «Vete—dijo al mensajero —al mi señor el Rey et dile lo que has visto, que no te dó otra respuesta.»

Oído esto por Ramiro II, convocó Cortes en Huesca (1136), é hizo presente á los ricos homes que quería hacer una gran campana cuyo sonido se oyera en todo el reino. Los nobles y caballeros se burlaron del proyecto, diciendo: «Vayamos á ver aquella locura que nuestro Rey quiso facer.»

Cuando se presentaron en la cámara de Ramiro II, fieles servidores de éste cortaron las cabezas á algunos ricos hombres y caballeros. De esta manera sosegó su reino el antiguo monje del monasterio de Saint Pons de Thomieres (2).

La crítica histórica niega esta narración, ya atendiendo al carácter débil de Ramiro II, ya porque los historiadores más inmediatos al suceso nada dicen de un hecho que tan honda impresión hubiese causado en los ánimos. Lo que Ramiro II anunció en aquellas Cortes fué su resolución de desprenderse de una corona tan pesada. En su virtud, se concertó en Barbastro (1137) el matrimonio de la infanta Petronila, niña de dos años, con Ramón Berenguer IV, renunciando el aragonés el trono desde este momento y siendo reconocido el conde de Barcelona como rey de Aragón. Ramiro II se retiró al mo-

(1) Véase Mariana, ibídem.
(2) Véase *Crónica de San Juan de la Peña*, cap. XX.

nasterio de San Pedro el Viejo de Huesca, donde pasó tranquilamente el resto de sus días.

Cataluña: Ramón Berenguer III el Grande; su matrimonio con Dulce, hija de los condes de Provenza.

Véase cuál era el estado de Cataluña antes de unirse con Aragón. Ramón Berenguer III *el Grande* (1096-1131) comenzó su gobierno bajo los más felices auspicios, contribuyendo mucho á derribar el reino de Zaragoza y rechazando en 1109 dos irrupciones que los almoravides hicieron en Cataluña.

Unióse en matrimonio (1097) con María Rodríguez, hija del Cid *Campeador*. De este matrimonio nació una hija, llamada también María como su madre y que casó con el conde Bernardo de Besalú (1107); María llevó en dote el condado de Ausona ó de Vich, con la condición de que si moría sin hijos disfrutaría su marido mientras viviese el mencionado condado. Por su parte, el conde de Besalú cedió á su suegro sus condados de Besalú, Ripoll, Vallespir, Funulla y Perapertusa, si moría sin hijos *ex dotata conjuge filiam prolis Mariæ Ruderici*. Como sucedió que ambos, la condesa de Ausona y el conde de Besalú, murieron pronto y sin descendencia, Ramón Berenguer heredó (1112) los Estados de su yerno, volviendo á su poder los dotes de su hija.

Si la muerte de su segunda esposa doña Almodis le llenó de tristeza (1110), esta desgracia fué ocasión de engrandecimiento para el país, puesto que, habiendo contraído en 1112 terceras nupcias con doña Dulce, heredera de los condes de Provenza, el condado de Barcelona se aumentó con la célebre tierra del *gay saber*, y la literatura catalana recibió la influencia de la cultura provenzal.

Desde entonces Ramón Berenguer III se intituló en los documentos públicos, «por la gracia de Dios marqués de Barcelona y de las Españas, conde de Besalú y de la Provenza».

Expediciones de Ramón Berenguer III.

Una casualidad vino á abrir nuevo camino de gloria á Ramón Berenguer III. La república de Pisa resolvió tomar venganza de los sarracenos de las islas Baleares, gente dedicada á la piratería y que algunas veces había hecho incursiones en el país italiano. Pascual II concedió á la empresa los honores de cruzada, y en agosto de 1113 se dió la escuadra de voluntarios á la vela. Una tempestad la arrojó á la costa oriental de Cataluña, cuya nueva infundió á los catalanes deseos de venganza, porque también habían sufrido vejaciones de los árabes isleños, y mediante el convenio celebrado en San Feliú de Guixols entre el

conde Ramón Berenguer III y los pisanos, se puso éste al frente de las fuerzas pisano-catalanas y, tomando rumbo á las islas, consiguió apoderarse de *Iabisa* (Ibiza) (11 de agosto de 1114) y luego de *Mayorca* (Mallorca) en 1115. Aunque no pudieron conservar lo conquistado, Ramón Berenguer y los catalanes se hicieron famosos en Europa, los musulmanes quedaron abatidos y el condado de Barcelona, comprendiendo la utilidad que podía prestarle la marina, se dedicó á fomentarla.

En efecto, al poco tiempo numerosa flota catalana, dirigida por el conde Ramón, surcaba las aguas del Mediterráneo y arribaba á Génova y á Pisa.

Desde aquí Ramón Berenguer envió una embajada á Pascual II, solicitando los honores de cruzada para la guerra que meditaba emprender contra los moros de Cataluña. El Papa condescendió gustoso, y al volver la armada á Cataluña sometió á *Tortoxa* (Tortosa) (1119) y algunas tierras del walí de Lérida.

La suerte no favoreció á Ramón Berenguer III en otras luchas que tuvo con los almoravides, quienes ardían en deseos de vengar sus pasadas afrentas; como tampoco fué feliz en la guerra promovida por D. Alfonso Jordán, de Tolosa, sobre el condado de Provenza, concertándose al fin la partición de este país.

La alianza de Ramón Berenguer III, más poderoso por mar, con Alfonso VII *el Emperador*, más fuerte por tierra, había de engrandecer ambos Estados, y después, el matrimonio del segundo con la hija del primero echó los cimientos de las relaciones que mediaron entre Cataluña y Castilla.

Ramón Berenguer III mereció de sus vasallos el nombre de *Grande*, cuyo dictado confirma la Historia. No sólo conservó los Estados que heredara, sino que conquistó otros nuevos, poseyendo al morir los condados de Barcelona, Tarragona, Ausona, Manresa, Gerona y señorío de Perelada, Besalú, Cerdaña, Conflent, Vallespir, Fonollet, Perapertusa, Carcasona, Rodes, Provenza y algo de Gevaudán y de Carlades, extensas posesiones hacia el Noguera Ribagorzana; también Lérida y Tortosa, aunque sólo como tributarias.

Unicamente quedaban en Cataluña fuera del poder del condado de Barcelona, el condado de Urgel y el territorio dominado por los musulmanes.

Debilitado Ramón Berenguer III *el Grande* por la edad y las fatigas, cuando sintió que la muerte se aproximaba, se vistió el hábito de

templario y exhaló el último suspiro á la edad de cuarenta y ocho años (19 de julio de 1131) (1).

Ramón Berenguer IV: sus conquistas.

Ramón Berenguer IV (1131-1162) heredó el condado de Barcelona y Berenguer Ramón la Provenza. Ya se ha dicho que aquél casó con doña Petronila de Aragón. Mediante este matrimonio se realizó definitivamente la unión de Cataluña y Aragón. Ramón Berenguer IV sólo usó los títulos de conde de Barcelona y príncipe de Aragón, pero doña Petronila se intituló siempre reina (2).

Con objeto de tratar asuntos de importancia, Ramón Berenguer IV se dirigió á Castilla y celebró un convenio en Carrión con su cuñado Alfonso VII *el Emperador*.

Por esta concordia el Emperador entregó al conde de Barcelona algunos lugares y castillos del reino de Aragón, exigiendo sólo que Ramón Berenguer IV le prestase homenaje.

Ambos monarcas dispusieron en el año de 1140 llevar la guerra á García Ramírez de Navarra, el cual estaba apoderado de algunos lugares de la corona de Aragón; pero pronto se firmó la paz entre el castellano y el navarro, mediante el matrimonio del infante D. Sancho, hijo primogénito del Emperador, con doña Blanca, hija del rey de Navarra.

Habiendo intentado Alfonso VII poner paz entre el aragonés y el navarro, ya que no lo pudo conseguir, logró que concertasen una tregua (1146), ayudándole luego ambos monarcas en su expedición á Andalucía, penetrando en Córdoba y apoderándose, no sin luchar valerosamente moros y cristianos, de *Almería* (17 de octubre de 1147).

Terminada la conquista de Almería, el conde de Barcelona se empeñó en guerra con los muslimes, á quienes, con ayuda de los genoveses, arrebató la ciudad de *Tortosa* (31 de diciembre de 1148). Ayudáronle en tan peligrosa empresa el clero y la ciudad de Barcelona. También concurrió al frente de sus soldados doña Ermengarda, vizcon-

(1) Armengol V heredó el condado de Urgel á la muerte de su padre (1092). Casó con María Ansúrez, la hija mayor del famoso conde don Pedro, señor de Valladolid. Armengol V murió pronto, dejando un hijo, Armengol VI; durante la menor edad de éste se encargó del gobierno de Urgel el conde Ansúrez, su abuelo, el cual ayudó á Ramón Berenguer III en la guerra con los muslimes.

(2) Zurita, *Anales*, etc., parte I. lib. II, cap. I, pág. 58 v.ª

desa de Narbona. Comprendiendo Ramón Berenguer IV cuánto le importaba afirmar la conquista de Tortosa, otorgóla notable carta-puebla (30 de noviembre de 1149).

Fijóse el conde de Barcelona en la conquista de Lérida. Unido Ramón Berenguer IV al conde de Urgel (después de celebrar un convenio mediante el cual aquél había de dar á éste en feudo la ciudad de Lérida y una tercera parte de ella en propiedad), se dirigieron, el uno á conquistar á *Lérida* y el otro á *Fraga*, cayendo ambas en poder de capitanes tan valerosos (24 de octubre de 1149). En el mismo día un cuerpo de catalanes y aragoneses se apoderó de *Mecnesa* (Mequinenza), ciudad asentada entre las riberas del Ebro y Segre. Ramón Berenguer IV había conseguido al fin reconquistar todo el territorio de Cataluña.

Dirigióse en seguida á Provenza, donde le llamaban asuntos de gran importancia. Arreglados éstos, cuando acompañado de su sobrino, el conde de Provenza, se dirigía á Turín, donde se hallaba entonces Federico *Barbarroja*, emperador de Alemania, cayó enfermo en San Dalmacio, cerca de Génova, muriendo el 6 de agosto de 1162 y siendo enterrado en el monasterio de Ripoll. La Iglesia no le canonizó, mas los escritores catalanes le honran con el nombre de *Santo*. En su testamento, otorgado de palabra dos días antes de su muerte, dejaba á su primogénito Ramón los estados de Aragón y Barcelona, y todos los demás, á excepción de los condados y señoríos de Cerdaña, Carcasona y Narbona, que legaba á su segundo hijo Pedro, con obligación de prestar homenaje por ellos á su hermano; instituía entre sí á los tres hijos varones Ramón, Pedro y Sancho; no hacía mención de sus hijas; daba á su mujer las villas de Besalú y Ribas, y, por último, ponía todos sus hijos y Estados bajo la tutela y amparo de su amigo el rey de Inglaterra.

Consideraciones. De Ramón Berenguer IV dijeron los monjes de San Mauro lo siguiente: Hízose recomendable por sus cualidades físicas y morales, por su piedad, sus virtudes militares, la dulzura y sabiduría de su gobierno, su probidad, su capacidad en los negocios, la magnificencia de su corte y, sobre todo, por su modestia. Aun cuando poseía el reino de Aragón y podía, por consiguiente, tomar el título de rey, abstúvose de hacerlo y se contentó con el de príncipe y conde de Aragón; y cuando sus cortesanos le instaban para vestir la púrpura y hacerse coronar solemnemente, puesto que poseía un reino, les contestaba: «No lo haré; todos mis antepasados sólo han poseído la

dignidad de conde; soy hijo de conde, y como no soy mejor que mis padres, no quiero ser más honrado que ellos lo fueron.» Decía, finalmente: «Si tomara el título de rey, me vería obligado á ceder á los otros reyes, fuese por sus glorias ó por sus riquezas; pero poseyendo mi reino con la autoridad real, ningún conde del mundo puede igualarme. *Prefiero, pues, ser el primero de los condes al último de los reyes.*»

IV

Castilla: Sancho III *el Deseado.*—Guerra con Sancho *el Sabio* de Navarra. —Fundación de la Orden Militar de Calatrava. – Alfonso VIII: su minoría.—Matrimonio de Alfonso VIII con Leonor de Inglaterra.– Guerra con Sancho de Navarra. – Guerra con los musulmanes: toma de Cuenca.— Los almohades.—Los almohades en guerra con Aben-Mardenix y con Aben-Hamusco. — Abu-Yacub-Yúsuf se apodera de Granada. — Abu-Said y Abu-Hafs vencen á Aben-Mardenix en la vega de Murcia.—Enemiga de Aben-Hamusco á Aben-Mardenix: muerte de éste.—Batalla de Alarcos.—Batalla de las Navas. - Toma de Alcaraz.—Muerte de Alfonso VIII. - Enrique I.—Doña Berenguela.—*León:* Fernando II; su política.—Comienzo de la Orden de Santiago.– Repoblación de Ciudad Rodrigo y de otros pueblos.— Guerra entre leoneses y portugueses.—Alfonso IX: sus conquistas.—*Cataluña y Aragón:* Alfonso II; su minoría.—El fingido rey Alfonso I *el Batallador.*– Cesión de doña Petronila en favor de su hijo.– Extensión de los Estados de Alfonso II.— Guerras.—Pedro II *el Católico.* –La Unión.– Matrimonio del Rey con María de Montpellier.—Anexión de los condados de Urgel y de Montpellier al de Barcelona.– Guerra con Simón de Monfort: batalla de Muret. —*Navarra:* Sancho *el Sabio.*—Sancho *el Fuerte.*—*Portugal:* Sancho I *el Fundador.*—Alfonso II.—Consideraciones.

Castilla: Sancho III el Deseado.

Por muerte de su padre Alfonso VII *el Emperador*, Sancho III (1157-1158) heredó la corona de Castilla y su hermano Fernando II la de León. Alfonso VII, con el deseo de prevenir discordias entre sus hijos, arrojó la semilla de largas y enconadas guerras entre castellanos y leoneses, las cuales no terminaron hasta que volvieron á reunirse las dos coronas. «Resolución poco acertada — escribe Mariana—que siempre se tachará y, sin embargo, se usará muchas veces por tener los padres más cuenta con la comodidad de sus hijos que del bien común» (1).

(1) *Historia de España*, lib. X, cap. XVI.

Guerra con Sancho el Sabio de Navarra.

El rey de Navarra, cuando tuvo noticia de la muerte del Emperador, entró en territorio castellano, extendiendo sus correrías hasta cerca de Burgos. Tan grande fué el enojo de Sancho III, que retó á personal combate al navarro; combate que no se llevó á cabo por la mediación de algunos señores. El rey de Castilla envió, sin embargo, un buen ejército al mando del conde don Poncio de Minerva, y hallando al enemigo en *Valpiedra*, cerca de Bañares (Logroño), le dió batalla y le venció completamente.

Fundación de la Orden Militar de Calatrava.

También los musulmanes, noticiosos de la muerte de Alfonso VII, se dispusieron á entrar en Castilla por la parte de Calatrava. Abandonada esta plaza por los caballeros templarios, porque carecían de fuerzas para defenderla, la entregaron al Rey, quien la ofreció á varios ricos hombres, sin que ninguno se atreviese á aceptarla. Dos monjes del Císter, Fr. Raimundo, abad de Fitero, en Navarra, y Fr. Diego Velázquez, se presentaron á Sancho III en Toledo, ofreciéndose á defender la plaza. Aceptó la oferta el Rey, teniendo entonces comienzo la Orden Militar de Calatrava (1158). Puédese afirmar que, sin la ayuda de los cistercienses, la villa que se ganó de los muslimes en tiempo del emperador don Alonso VII no hubiera podido permanecer en poder de los cristianos. «Estando aquella villa—escribe Zurita—en punto de se perder, estos religiosos, con gran celo y hervor que tenían por la defensa del pueblo cristiano, emprendieron de ejercitarse igualmente en las armas contra los paganos, como en las obras espirituales, y comenzaron á excitar y animar el pueblo que los siguiese, para ensalzar la fe y nuestra religión, á cuya predicación se juntó tan gran copia de gente, que afirman haber sido casi veinte mil hombres de guerra los que se ofrecieron por su persuasión á seguir la guerra contra los infieles en la defensa de aquella comarca» (1).

Entre Sancho III y Ramón Berenguer IV de Cataluña surgieron algunas diferencias, que se arreglaron mediante los buenos oficios de una junta de prelados y ricos hombres: se dispuso que Sancho III restituyese algunos lugares que reclamaba Ramón Berenguer, si bien éste quedaba como vasallo del rey de Castilla.

Por último, ambos reyes trataron de la conquista de Navarra, cuya guerra comenzó Ramón Berenguer, y en que los castellanos no tomaron parte por la inesperada muerte de su rey.

(1) *Anales*, etc., parte I, lib. II, cap. XXI, pág. 72 v.ª

Alfonso VIII: su minoría.

Alfonso VIII (1158-1214) heredó el trono, por la temprana muerte de su padre Sancho III, cuando contaba apenas tres años de edad. Ya hacía dos (1156) que había fallecido su virtuosa madre doña Blanca de Navarra (1).

Sancho III *el Deseado* recomendó al tiempo de morir, lo mismo la crianza y educación de su hijo que el gobierno de sus reinos, á D. Gutierre Fernández de Castro. Contra D. Gutierre y su familia se levantó la familia de los Laras. Castros y Laras eran las dos familias más poderosas y nobles de Castilla, y al lado de la una ó de la otra se pusieron, divididos en dos bandos, los castellanos. Después de graves alteraciones en el reino, viéndose perdidos los Castros, llamaron en su ayuda á Fernando II de León, tío del *Rey Pequeño*, como llamaban á Alfonso VIII; mas aquél, en lugar de acudir en socorro de los que confiadamente le habían abierto las puertas del reino, se apoderó de algunas plazas, entre otras de Burgos y de Toledo. Los castellanos se alzaron en armas contra los leoneses.

También Sancho de Navarra, hermano de doña Blanca, madre de D. Alonso, penetró por la Rioja en son de conquista; pero la oposición que encontró en el país le obligó á abandonar algunas de sus usurpaciones.

Los Castros y los Laras, cada vez más enemigos, decidieron resolver sus querellas en batalla campal, y, en efecto, cerca de Huete, la fortuna favoreció á los Castros (1164). Rehechos al poco tiempo los Laras, continuó la anarquía hasta las Cortes convocadas para Burgos en 1169 y celebradas en el año siguiente.

Matrimonio de Alfonso VIII con Leonor de Inglaterra.

En aquellas Cortes, además de los varios ordenamientos que se hicieron, se acordó el matrimonio de Alfonso VIII con doña Leonor, hija de Enrique II, rey de Inglaterra, cuyos desposorios se celebraron en Tarazona y las bo-

(1) Véase el epitafio que pusieron en Nájera á dicha señora:

Aquí yace la reina doña Blanca,
Blanca en el nombre, blanca y hermosa en el cuerpo,
Pura y cándida en el espíritu,
Agraciada en el rostro
y agradable en la condición;
Honra y espejo de las mujeres.
Fué su marido don Sancho,
Hijo del Emperador,
Y ella digna de tal esposo,
Parió un hijo y murió de parto.

das en Burgos (1170), con asistencia de Alfonso II de Cataluña y Aragón, del arzobispo de Toledo y de muchos ricos hombres de Castilla, Aragón y Cataluña. Del joven matrimonio nació en 1171 la infanta Berenguela, digna de fama en la historia española.

Guerra con Sancho de Navarra.

Aliados Alfonso VIII y Alfonso II, penetraron juntos en territorio de Sancho de Navarra, pues no había olvidado aquél las usurpaciones que éste le hiciera en la Rioja. Alfonso VIII recobró muchos lugares y puso en aprieto á su enemigo, que se vió en peligro de ser hecho prisionero en el castillo de Leguín. Alfonso II de Aragón casó con la princesa Sancha, tía de Alfonso VIII (1174), y unidos de nuevo los dos reyes, no dejaron las armas hasta que el de Castilla se hizo dueño de todo lo que le había usurpado el de Navarra.

Guerra con los musulmanes. Toma de Cuenca.

Alfonso VIII, á su regreso de este reino y en medio de la crudeza del invierno, con el auxilio del aragonés, arrebató á los musulmanes la fortísima ciudad de *Cuenca* (1177), á pesar del socorro que prestó á los sitiados el jefe de los almohades. Agradecido Alfonso VIII á la ayuda de Alfonso II, le alzó la obligación del feudo y homenaje que desde el tiempo del Emperador reconocían los reyes de Aragón á los de Castilla. Á la rendición de Cuenca siguieron las de Alarcón, Iniesta y otras fortalezas.

Como Sancho de Navarra y Alfonso de Castilla anduviesen todavía en quejas recíprocas, para cortar de una vez tamaños males, acordaron someterse á la decisión arbitral de Enrique II de Inglaterra, quien, después de oir á las dos partes, pronunció sentencia. Fué observada por poco tiempo. Castellano y aragonés renovaron sus antiguas confederaciones, y declararon la guerra al navarro (1178); pero al fin vinieron á un acuerdo (1179).

Los almohades.

Como se dijo en el capítulo II de este tomo, aunque los almohades habían logrado apoderarse de Almería y de muchas ciudades, temían el poder de Alfonso VIII de Castilla, y más todavía el poder de los valerosos Aben-Mardenix y Aben-Hamusco.

Los almohades en guerra con Aben-Mardenix y Aben-Hamusco.

Aben-Mardenix, con ayuda de su suegro Aben-Hamusco, continuó batallando contra los almohades, haciendo á Jaén base de sus operaciones.

En cuidado pusieron al sultán Abdelmúmem los progresos de Aben-Mardenix por un lado y de los cristianos por otro. Desde Marruecos, el sultán Abdelmúmem no cesó de mandar fuerzas á España, con las cuales pudo hacer frente á todos sus enemigos; pero habiendo

marchado al Africa sus hijos, Abu-Said y Abu-Yacub-Yúsuf (éste heredero del imperio), logró Aben-Hamusco apoderarse de Granada, cuya ciudad agregó á los dominios de su yerno Aben-Mardenix.

Noticias tan tristes llenaron de pena el corazón de Abdelmúmem, quien hizo que inmediatamente su hijo Abu-Said regresara á España, y, con la ayuda del gobernador de Sevilla, se dirigiese á Granada, en cuyas cercanías sufrió un gran desastre, muriendo muchos y entre ellos el citado gobernador.

Abu-Yacub-Yúsuf se apodera de Granada.

Ante tantas desgracias, el sultán de Marruecos, al frente de numeroso ejército, compuesto de almohades, beduínos y tropas regulares, mandó á su primogénito Abu-Yacub-Yúsuf; pasó éste el Estrecho, llegó á Algeciras, se reunió en Málaga con su hermano Abu-Said y se presentó en Granada. Esperaban á éstos Aben-Hamusco, á quien ayudaban dos hijos del conde Urgel y un nieto de Alvar Fáñez, llamado *el Calvo*. También había acudido al peligro Aben-Mardenix.

Comenzó la batalla al despuntar la aurora del día 13 de julio de 1062. «Dios—como escribe un historiador contemporáneo—había resuelto la derrota de los infieles. El cristiano *Calvo* fué muerto, huyendo Aben-Hamusco y Aben-Mardenix.»

Abu-Said y Aben-Hafs vencen á Aben-Mardenix en la vega de Murcia.

Pasado algún tiempo, Abu-Said y su hermano Abu-Hafs lograron del mismo modo señalada victoria sobre Aben-Mardenix en la vega de Murcia, «en un sitio donde todos los años dos veces se celebraba un mercado celebérrimo y llamado por los autores árabes de *Fahs Alchilab* ó *Fahs Alyandun* ó *Alnidun*» (15 de octubre de 1165) (1).

Enemiga de Aben-Hamusco á Aben-Mardenix. Muerte de éste.

Hacia este tiempo ó poco después ocurrió el rompimiento entre Aben-Hamusco y Aben-Mardenix, á causa de haber repudiado éste la hija de aquél. Tan á pecho tomó Aben-Hamusco el ultraje que se le hacía, que pasó á Marruecos y se presentó al califa Abu-Yacub-Yúsuf, á quien prestó obediencia. Ordenó Abu-Yacub que sus hermanos Abu-Hafs y Abu-Said se dirigieran á Murcia y sitiaran á Aben-Mardenix. Antes se apoderaron de Lorca, Baza, Almería, Alcira, Elche y otras poblaciones. Sin embargo de que la fortuna volvía la espalda á Aben-Mardenix, éste, ya recurriendo á la emboscada, ya luchando cara á cara con sus enemigos, se defendió en Murcia hasta que le sorprendió la muerte (27 de marzo

(1) Mariano Gaspar Remiro, *Murcia musulmana*, pág. 219.

de 1172). Los hijos de Aben-Mardenix prestaron obediencia á los almohades.

Continuó el califa Abu-Yacub sus conquistas en España, y caminando de Santarén (Portugal) á Sevilla, murió en 1184. Sucedióle Abu-Yúsuf-Almanzor.

Batalla de Alarcos. Alfonso VIII de Castilla, aunque en no cordiales relaciones con Alfonso IX de León (sucesor de su padre Fernando II), Alfonso II de Aragón y Sancho I de Portugal—estos tres unidos por un tratado de paz y amistad,—pudo dedicarse tranquilo á las cosas del gobierno interior de su reino. Algunos años después, Alfonso VIII avanzó en territorio musulmán hasta las playas de *Algeciras* (1194), aprovechándose de la ausencia del emperador almohade Yacub-ben-Yúsuf (hijo de Yúsuf-Abu-Yacub y nieto de Abdelmúmem. Alentado por sus triunfos, despachó un mensaje al príncipe de los almohades, desafiándole á la pelea.

Vino Yacub con un ejército tan numeroso que «ni el suelo bastaba á sostenerlos ni los ríos á abrevarlos, pues eran tantos como las arenas del mar», dicen los cronistas, ó «al frente de cien mil de á caballo y trescientos mil peones», según escribe Luis del Mármol (1). Desembarcó en Algeciras, donde se detuvo un solo día, y á marchas forzadas fué al encuentro del rey de Castilla.

Un historiador árabe escribe lo siguiente: Abu-Yacub, príncipe de los creyentes, se pasó en oración toda la noche que precedió á la batalla de Alarcos, suplicando fervorosamente á Dios que diese á los muslimes la victoria sobre los infieles. Luego, á la hora del alba, el sueño se apoderó de él por breve rato. Pero pronto despertó lleno de alegría, y habiendo llamado á los jeques y á los santos varones, les dijo: «Os he mandado llamar para que os alegréis con la noticia de que Dios nos concede su auxilio. En esta bendita hora acabo de ser favorecido por la revelación. Sabed que mientras estaba yo arrodillado, me sorprendió el sueño por un instante, y al punto vi que en el cielo se abría una puerta, por la cual salía y descendía hacia mí un caballero sobre blanco corcel. Era de soberana hermosura y difundía dulce aroma. Llevaba en la mano verde bandera, que, desplegada, parecía cubrir el cielo. Luego que me saludó, le preguntó: ¿Quién eres? ¡Dios te bendiga! Y él me contestó: soy un ángel del séptimo cielo, y vengo para anunciarte en nombre de Alláh la victoria á ti y á los guerreros

(1) *Historia de Africa*, lib. II.

que sigan tus estandartes, sedientos del martirio y de las celestiales recompensas» (1).

Dióse la batalla en *Alarcos* (19 de julio de 1195), fortaleza situada cerca de Ciudad Real, logrando los árabes señalada victoria.

De la siguiente manera refiere la batalla el historiador árabe citado: «El maldito Alfonso, enemigo de Dios, se adelantó con todo su ejército para atacar á los muslimes. Entonces oyó á la derecha el redoblar de los atambores, que estremecía la tierra, y el sonido de las trompas, que llenaba los valles y los collados, y mirando á lo lejos, columbró los estandartes de los *muwahides*, que se acercaban ondeando, y el primero de todos era una blanca bandera victoriosa con esta inscripción: «¡No hay más Dios que Alláh; Mahoma es su profeta; sólo Dios es vencedor!» Al ver después á los héroes musulmanes que hacia él venían con sus huestes, ardiendo en sed de pelear, y al oir que en altas voces proclamaban la verdadera fe, preguntó quiénes eran, y obtuvo esta respuesta: «¡Oh, maldito! quien se adelanta es el príncipe de los creyentes; todos aquellos con quienes hasta aquí has peleado eran sólo exploradores y avanzadas de su ejército. De esta suerte Dios Todopoderoso llenó de espanto el corazón de los infieles, y volvieron las espaldas y procuraron huir; pero los valientes caballeros muslimes los persiguieron, los estrecharon por todos lados, los alancearon y acuchillaron, y hartando sus aceros de sangre, hicieron gustar á sus enemigos la amarga bebida de la muerte. Los muslimes cercaron en seguida la fortaleza de Alarcos, creyendo que Alfonso quería defenderse allí; pero aquel enemigo de Dios entró por una puerta y se escapó por la otra. Luego que las puertas de la fortaleza tomada por asalto fueron quemadas, todo lo que había allí y en el campamento de los cristianos cayó como botín en poder de los muslimes; oro, armas, municiones, granos, acémilas, mujeres y niños. En aquel día perecieron tantos millares de infieles, que nadie puede decir su número; sólo Dios lo sabe. A veinticuatro caballeros de las más nobles familias cristianas que en la fortaleza quedaron cautivos mostró su piedad el príncipe de los creyentes, dejándolos ir libres. Así ganó alta fama de magnánimo; pero todos los muslimes, que reconocen la piedad de Dios, censuran esto como la mayor falta en que puede incurrir

(1) Al-Kartas, ed. Tornberg, pág. 147.—Schack, ob. cit., tomo I, páginas 136 y 137.

un rey» (1). Poco tiempo después de esta batalla empezó una guerra entre el rey de Castilla por un lado y el de León y Navarra por otro, de la cual supo aprovecharse Yacub para hacer dos correrías en territorio cristiano (2). Ajustó la paz Alfonso VIII con Alfonso IX y con Sancho *el Fuerte*, y para asegurarla, el castellano dió su hija Berenguela en matrimonio al leonés. Este feliz suceso se verificó en Valladolid el año 1197.

Batalla de las Navas.

Alfonso VIII se preparó á un gran combate. Con Alfonso IX de León, Pedro II *el Católico* de Aragón y Alfonso II de Portugal se hallaba á la sazón el castellano en buenas relaciones; con Sancho *el Fuerte* de Navarra, después que éste volvió de Marruecos, donde le había llevado su ambición, firmó en 1207 una tregua de cinco años. En el exterior, Alfonso VIII se llevaba bien con su cuñado Juan *sin Tierra*, rey de Inglaterra, pues la guerra que tuvieron sobre la Gascuña duró poco tiempo, y con Felipe *Augusto* de Francia entabló íntima amistad, mediante el matrimonio de su hija Blanca con el príncipe Luis (después Luis VIII), hijo del mencionado rey francés. De este modo la hija menor de Alfonso VIII (3) pasó á ser reina de Francia, madre que fué luego de S. Luis.

La campaña contra los musulmanes iba á comenzar.

Cuando expiraba el plazo de la tregua que había tenido que aceptar del emperador de los almohades provocó la guerra y, de concierto con los caballeros de Calatrava, se entró por las tierras de *Anduxar* (Andújar), *Bayexa* (Baeza) y *Giena* (Jaén). En el año siguiente (1210), el príncipe D. Fernando hizo por la misma comarca otra invasión bastante afortunada. Mohámed-ben-Yacub, llamado *Anasir Lidinalá* (4), que ardía en deseos de venganza, mandó proclamar la guerra. Alfonso VIII, hallándose en Madrid con objeto de allegar recursos para la campaña, tuvo el sentimiento de ver morir á su hijo D. Fernando, *en quien se miraba como en un espejo*, según afirma la crónica, y en el cual el reino cifraba grandes esperanzas (1211). Después de celebrar solemnes funerales, y no admitiendo, dice el arzobispo y cronista D. Rodrigo Ximénez de Rada, otro consuelo que el

(1) Al-Kartas, I, 150.—Schack, *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, tr. de D. Juan Valera.

(2) Murió Yacub en diciembre de 1198 ó en enero de 1199.

(3) No la hija mayor de Alfonso VIII, como dice Mariana, lib. XI, capítulo XVII.

(4) Era hijo de Yacub-ben-Yúsuf, el vencedor de Alarcos.

de las grandes empresas, hizo un llamamiento á todos los soberanos, prelados y señores de España, mientras el arzobispo D. Rodrigo se encaminaba á Francia á invitar á todos los príncipes católicos y el obispo de Segovia se dirigía á Roma á impetrar de Inocencio III el favor apostólico.

Oyeron la voz de Alfonso VIII *el Noble*, y tomaron parte en el combate, Pedro II de Aragón y Sancho *el Fuerte* de Navarra; Alfonso II de Portugal mandó fuerzas considerables. Entre los auxiliares extranjeros iban los arzobispos de Burdeos y de Narbona, el obispo de Nantes, el conde de Benevento, el vizconde de Turena y otros distinguidos caballeros.

Inocencio III, después de haber mandado ayunar á la población romana por espacio de tres días, concedió indulgencia plenaria á los que concurriesen á la guerra de España contra los enemigos de la fe. Así lo dice el sermón que predicó á su pueblo congregado frente al palacio del cardenal Albani.

Alfonso VIII, acompañado por el toledano arzobispo D. Rodrigo, muchos obispos, los caballeros del Templo, de San Juan, de Calatrava y de Santiago, auxiliado por los reyes cristianos, seguido de los concejos ó comunidades de Castilla, y con el apoyo de los extranjeros que deseaban ilustrar sus nombres en tan heroica jornada, salió de Toledo y llegó al tercer día á *Malacón* (Malagón) (1), cuya conquista fué llevada á cabo con el exterminio de sus moradores. Partió para *Calat-Rabah* (Calatrava), que también fué tomada, sin embargo de que los muslimes la rodearon de profundos fosos y sembraron el campo de abrojos para inutilizar los caballos. Los extranjeros se volvieron á su tierra, á excepción del arzobispo de Narbona y de Teobaldo Blascón de Poitiers, originario de España (2). Cuando los cristianos penetraron en *Alarcos*, lugar de funestos recuerdos, se presentó allí Sancho *el Fuerte* de Navarra, con quien no contaban ya, y los tres reyes avanzaron hacia *Salvatierra*, en cuyos alrededores pasaron revista á todas sus fuerzas. El 12 de julio se hallaban en el puerto de *Muradal*. Des-

(1) Provincia de Ciudad Real.

(2) «E todos se tornaron sin honra y sin gloria», dice el arzobispo don Rodrigo. El *Marecoxí*, hablando de la toma de Calatrava, escribe: «Alfonso se vió abandonado por un gran número de europeos (Rum), porque les impidió dar muerte á los muslimes que había en la fortaleza. Al dejarle, habláronle de esta suerte: Nos has hecho venir para tomar ciudades, y ahora nos impides saquear y dar muerte á los muslimes. Ya no tenemos motivos para permanecer en tu compañía.»

pués de arrollar fuerte avanzada de caballería mora, se apoderaron del castillo de *Ferral*, á la parte oriental de las Navas. Tenían que atravesar el formidable estrecho de la *Losa*, defendido con denuedo por los moros, y en apuro tan grande, se presentó en los reales de Alfonso un pastor (1), prometiendo conducir el ejército hasta la cumbre de la misma sierra. Llevando por guía al rústico, se encontraron en las llanuras de las *Navas de Tolosa* (provincia de Jaén) que lindan con los desfiladeros de Despeñaperros.

Aunque causó á los muslimes no poca extrañeza ver al ejército cristiano plantar las tiendas en la meseta de la montaña, confiaban en su valor y en su número, hasta el punto de que dos días seguidos se presentaron arrogantes desafiando á los nuestros. Los cristianos, después de asistir todos al sacrificio de la misa, de confesar y comulgar muchos, fueron al encuentro de los almohades al tercer día.

Mohámed-ben-Yacub, llamado por los cristianos el *Bey Verde* (2), estaba en una tienda forrada de terciopelo carmesí con flecos de oro, colocada en un cerro que dominaba la comarca. Hallábase ésta llena de musulmanes, mandados por su visir y caudillo Abu-Said-ben-Gamea. Alfonso permanecía en la retaguardia, teniendo á su lado al alférez D. Alvaro Núñez de Lara con la bandera, en que se veía bordada la imagen de la virgen María. Mohámed, cubierto con el manto que solía llevar su bisabuelo Àbdelmúmem, en una mano el Corán y en la otra la cimitarra, á sus pies un escudo y á su lado un caballo, leía las oraciones de su libro, rodeado de diez mil negros, cuyas lanzas, clavadas en tierra, formaban inexpugnable parapeto. Como si fuera esto poco, les resguardaba también un semicírculo formado de gruesas cadenas de hierro, con más de tres mil camellos puestos en línea. Alfonso *el Noble*, con la mente fija en su Dios, arrostraba todos los peligros y se exponía á los azares más arriesgados de la lucha.

El ejército musulmán era numerosísimo, según los mismos historiadores árabes. El de los cristianos, como refieren nuestros cronistas, apenas llegaba á la cuarta parte.

Dase la señal del combate. Moros y cristianos se arrojaron con el mismo ímpetu á la pelea. D. Diego López de Haro fué el primero que se cubrió de gloria en esta batalla. El rey D. Pedro, con sus aragone-

(1) Se llamaba Martín Halaja, según las crónicas. «Concurre al cielo enviando (así se creyó) á San Isidro Labrador, para que venzan montes de dificultades en las marchas.» (P. Flórez, *Clave historial*, pág. 231.)

(2) Por el color de su vestido.

ses, resistió con brío el empuje de los enemigos. D. Domingo Pascual, canónigo de Toledo, se metió en medio de las filas musulmanas, seguido de los cristianos, llegando cerca de la guardia de Mohámed. El rey de Castilla, acompañado por los obispos y clérigos, se encontró en los sitios de más peligro. La victoria se decidió por los cristianos. Sin embargo, quedaba el parapeto de los negros que defendían el pabellón del Miramamolín, é intentar el ataque era una temeridad, porque hombres y caballos quedaban ensartados en las lanzas de los hijos de Africa. El baluarte debía ser saltado como un muro ó roto por la uerza de un brazo de hierro: Alvar Núñez de Lara salvó el parapeto de un salto prodigioso de su caballo, y tal vez antes que él, el rey de Navarra lo rompió por otro lado.

Mohámed y los suyos huyeron en precipitada fuga.

El arzobispo de Toledo entonó el *Te Deum laudamus* sobre aquel vasto cementerio. En la batalla de las Navas de Tolosa, como la llaman los cristianos, ó de *Al Icab* (las cumbres), como la designan los árabes, murieron de los primeros veinticinco mil (1) y de los segundos unos cien mil (2). Con motivo de tan fausto acontecimiento se instituyó en toda España la fiesta que aún se celebra todos los años el 16 de julio con el nombre de *Triunfo de la Cruz* (3).

Los vencedores se apoderaron de Vilches, Castro-Ferral, Baños y Tolosa; pasaron á cuchillo á muchos habitantes de Baeza y Úbeda, retirándose de Andalucía por los rigores de la canícula. Alfonso VIII el de *las Navas*, con su ejército, volvió á Toledo. «Et nos, dize el arzobispo don Rodrigo, con el noble rey don Alfonsso, tornamosnos para Toledo; et fue y recebido el rey et los arzobispos et los obispos con grant procession et muy onrrada, fecha de toda la clerezia et de todo el pueblo en la eglesia de Sancta María, alabando todos a Dios con muchos estrumentos de musica, et otros exaltando el su nombre porque les diera su noble rey sano et con salut, et coronado de victoria» (4). Mohámed-ben-Yacub se encerró en su alcázar de Ma-

(1) Así lo certifica el arzobispo D. Rodrigo.

(2) Esto escribió Alfonso VIII al papa Inocencio III.

(3) Era MCCL. Alfonsus strenuissimus Rex Castellæ vicit Almiramolinum, Regem Sarracenorum in Campo, in loco qui vocatur las Navas de Tolosa, et cæsa est ibi maxima multitudo Sarracenorum. Almiramamolinus Rex itaque cum paucis fugam iniit, regnante in cœlis, et in terris Domino nostro Jesu Christo qui dedit victoriam Chistianis.—*Chronicón Burgense*, pág. 309. *España Sagrada* del P. Flórez, t. XXIII.

(4) Alfonso X, *Estoria de España*, 1021.

rruecos lleno de pena, y murió á últimos del año 1213 ó principios de 1214. Le sucedió Yúsuf, titulado *Almostansir*.

¿Qué había hecho entretanto Alfonso IX de León? Mientras el castellano se coronaba de laureles en las elevadas cumbres de Sierra Morena, aquél, sin considerar los intereses de la cristiandad ni el parentesco que le unía á Alfonso VIII, penetró por tierras de Castilla, apoderándose de las plazas que constituían la dote de doña Berenguela. Á la vuelta del castellano, éste ajustó la paz con su yerno en Valladolid (1213), pues con razón cuadraba á Alfonso VIII el título de *Noble*.

El año 1213 fué fatal por la horrorosa esterilidad y por el hambre que afligió á Castilla, pues «no había, escribe el arzobispo historiador, quien diese pan á los que lo pedían, y se morían en las plazas y en las esquinas de las calles». Moríanse hombres y ganados. No sólo se devoraban los animales más inmundos, sino, lo que es horrible, se robaba los niños para comerlos. «E comieron las bestias, é los perros, é los gatos, é los mozos que podían furtar» (1).

Toma de Alcaraz. Alfonso VIII, en su última expedición á Andalucía, en el citado año de 1213, acompañado de D. Rodrigo Ximénez de Rada, arzobispo de Toledo, de los maestres de Santiago, Calatrava, Alcántara y el Templo, y seguido de poderoso ejército, tomó la ciudad de *Alcaraz* (Albacete), situada sobre eminente cerro, cercada con buenos muros y fuerte castillo y á orillas del río Guadalmena. Volvióse á Toledo Alfonso VIII.

Muerte de Alfonso VIII. Al año siguiente se encaminó á Plasencia, donde iba á celebrar una entrevista con su yerno Alfonso II de Portugal; pero al llegar á la aldea llamada Gutierremuñoz, á dos leguas de Arévalo (Avila), le sobrevino maligna fiebre y murió (1214). Fué enterrado en el monasterio de las Huelgas, de Burgos.

Afirma Mariana que fué el más esclarecido príncipe en guerra y en paz de cuantos en aquel siglo florecieron, y añade el P. Estrada que San Vicente Ferrer declaró, en un sermón predicado en Burgos, cómo le había sido revelado estar en la Bienaventuranza el rey fundador de las Huelgas.

Enrique I. Enrique I (1214-1217) sucedió á su padre Alfonso VIII y fué jurado rey bajo la tutela de su madre doña Leonor. Como esta señora solamente sobrevivió á su marido veinticinco días,

(1) *Anal. Toled.*, primer vol., pág. 399.

quedó el rey niño bajo la regencia de su hermana mayor, doña Berenguela, mujer de Alfonso IX de León. Las turbulencias promovidas por la familia de los Laras no se acabaron hasta que D. Alvaro Núñez de Lara consiguió que doña Berenguela le cediese la regencia. Tan pronto como el bullicioso magnate se vió dueño del poder, manifestó tanta codicia y cometió tantos atropellos, que grandes y clero se pusieron en su contra, y, ante oposición tan sañuda, se vió en la necesidad de reunir Cortes en Valladolid á nombre del Rey. Los grandes y ricos hombres suplicaron á doña Berenguela que se encargara segunda vez de la tutela de su hermano Enrique. Doña Berenguela, que no tenía ambición de mando, se contentó con recordar al de Lara sus juramentos y promesas; pero esto desagradó grandemente al tutor y fué causa de su enemistad con la insigne castellana. Cuando el encono del de Lara contra doña Berenguela estalló al fin de un modo violento, cuando los partidarios del uno y de la otra habían llegado á las manos, un incidente casual vino á cortar la cuestión. Hallándose D. Enrique en el patio del palacio obispal de Palencia jugando con otros donceles, uno de éstos subió á una torre y derribó una teja, que vino á dar en la cabeza del Rey, causándole grave herida, de que falleció á los pocos días (1).

Doña Berenguela. Doña Berenguela reunió Cortes en *Valladolid*. Reconocida y jurada reina de Castilla en estas Cortes, con generoso desprendimiento renunció la corona en su hijo Fernando III, denominado después *el Santo*.

León: Fernando II; su política. Pasando á estudiar el reino de León, se nos presenta Fernando II (1157-1188), hermano de Sancho III de Castilla. Uno de los primeros actos del gobierno de Fernando II fué arrebatar sus estados al conde D. Poncio de Minerva, ilustre leonés, que hubo de abandonar su país, retirándose á Castilla. Sirvió D. Poncio con acierto y fidelidad á Sancho III, cuyos servicios fueron pagados con la defensa que hizo el rey de Castilla ante su hermano Fernando de los derechos del poderoso magnate. El leonés prometió, en las conferencias que tuvo en Sahagún con el castellano, perdonar y recibir en su gracia al conde de Minerva, restituyéndole, no sólo los lugares y tenencias que disfrutaba, sino concederle otras mejoras.

Vivieron en paz ambos hermanos, más bien por la energía del

(1) Véase *Crónica general de Alfonso X*, 1028.

castellano que por la prudencia del leonés. Tan generoso y noble era Sancho III, como ambicioso y desconfiado era Fernando II.

Contenida la ambición de éste mientras vivió su hermano, cuando subió al trono Alfonso VIII, el leonés tomó algunas poblaciones de su sobrino, aprovechándose de los disturbios de Castilla. Tiempo adelante mostró también su enemiga al *rey Pequeño*.

Comienzo de la Orden de Santiago.

Durante el reinado de Fernando II tuvo principio en Cáceres la *Orden de Santiago*, año 1170, por cuya razón se llamaron estos caballeros *Fratres de Cáceres*, *Congregatio de Cáceres*, *Señiores de Cáceres*. Fernando II les concedió muchos privilegios y les hizo no pocas donaciones (1).

Malquisto Fernando II de sus vasallos, á los cuales imponía fuertes tributos, tuvo que castigar algunos alborotos.

Repoblación de Ciudad Rodrigo y de otros pueblos.

Repobló muchos lugares, entre ellos Ciudad Rodrigo, Benavente, Villalpando, Ledesma, Mansilla y Mayorga, mereciendo por ello no pocas alabanzas de los historiadores.

Guerra entre leoneses y portugueses.

Divorcióse Fernando II de su mujer doña Urraca, hija del rey de Portugal, por razón del inmediato parentesco de los consortes, lo cual fué causa de la enemistad entre el leonés y Alfonso Enríquez, y después de la guerra desastrosa que se hicieron. El portugués, orgulloso con las conquistas de Santarén, Cintra y Lisboa, que había arrancado á los muslimes, peleó con su yerno y sufrió un descalabro cerca de *Ciudad Real*, y otro mayor todavía en *Badajoz*, donde fué hecho prisionero. El leonés se contentó con decirle: «Restitúyeme lo que me has quitado y ve libre á cuidar de tu reino.» Alfonso Enríquez devolvió á Fernando II los castillos que le había tomado en Galicia.

Más adelante, batido Yúsuf-Abu-Yacub por Alfonso Enríquez, se dirigió el almohade á los Estados del de León con intento de apoderarse de Ciudad Rodrigo. Con la gente que Fernando II pudo reunir de Zamora, León y Galicia logró vencer á los infieles, merced, según el relato de antiguas crónicas, á la intervención del Apóstol Santiago, anunciada antes á un canónigo de León á quien se le apareció San Isidoro (1173).

(1) Don Manuel Colmeiro, en su historia de los *Reyes cristianos desde Alfonso VI hasta Alfonso XI*, t. I, pág. 77, dice que Fernando II «descargó su ira contra los caballeros de Santiago por sospechar que favorecían al de Castilla, y los desterró á todos». El académico historiador no está en lo cierto, y desconoce lo que sobre el particular escribió el Padre Risco.

Algunos años después Yúsuf-Abu-Yacub, terrible emperador de Marruecos, volvió á la Península, atravesó el Alemtejo y puso cerco á Santarén. Acudió Fernando II (julio de 1184) á socorrer á su suegro (1). Al comenzar la batalla, en el acto de montar á caballo Yúsuf, cayó muerto repentinamente, desbandándose sus tropas, acosadas por las lanzas leonesas y portuguesas.

A poco tiempo de este suceso, falleció Alfonso Enríquez (6 de diciembre de 1185), y dos años y medio después Fernando II (21 de enero de 1188) en Benavente (Zamora).

Alfonso IX: sus conquistas.

Alfonso IX *el Baboso* (2), hijo de Fernando II y de doña Urraca de Portugal, contrajo matrimonio con Teresa, hija de Sancho I de Portugal (1190) y abandonó á Alfonso VIII de Castilla en Alarcos.

Este matrimonio fué disuelto por Celestino III en razón de parentesco y cuando ya habían tenido tres hijos: Sancha, Dulce y Fernando (3).

En guerra Alfonso IX con el castellano, vinieron luego á un acuerdo, casándose aquél en segundas nupcias con doña Berenguela, hija de Alfonso VIII. También, después de haber tenido varios hijos, el Papa declaró nulo el matrimonio por la misma causa que el anterior, heredando uno de aquéllos, Fernando III *el Santo*, la corona.

Ya se dijo que no acudió Alfonso IX á la batalla de las *Navas de Tolosa*; pero haremos notar que habiendo Alfonso II de Portugal despojado injustamente de sus Estados á sus hermanas Teresa, Sancha y Mafalda, el leonés, á fuer de rey caballero, salió á la defensa de la justicia. Alfonso IX, en sus últimos años, ensanchó el reino con la toma de *Cáceres* y *Mérida*, auxiliado, según cuentan los piadosos cronistas, por el Apóstol Santiago y el glorioso San Isidoro, y, por disposición testamentaria, nombró herederas á sus hijas doña Sancha y doña Dulce. No se llevó á efecto tal disposición, pues la corona leonesa hubo de ceñirla Fernando III después de un arreglo con sus hermanas.

(1) Obligado Fernando II por el Papa á separarse de su primera mujer, doña Urraca de Portugal, contrajo segundas nupcias con doña Teresa de Lara, y á la muerte de ésta, casó en terceras con doña Urraca López, hija del conde D. Lope Díaz, señor de Vizcaya, Nájera y Haro.

(2) La palabra *baboso* era en la Edad media sinónima de *loco* (Dozy, *Investigaciones*, etc., tomo I, págs. 167 y 168, nota).

(3) Doña Teresa de Portugal, mujer de Alfonso IX, es hoy Santa Teresa, canonizada en 1705 por Clemente XI; su hijo Fernando murió de corta edad.

Cataluña y Aragón: Alfonso II; su historia.

Alfonso II *el Casto* (1162-1196), hijo de Ramón Berenguer IV y de doña Petronila, reunió las dos coronas de Cataluña y Aragón. En las Cortes generales de Huesca (1162) se dió cuenta del testamento de Ramón Berenguer III. En estas mismas Cortes dispuso doña Petronila que su hijo y heredero Ramón tomase el nombre de Alfonso II «para que los aragoneses no le mirasen como extraño».

El fingido rey Alfonso I el Batallador.

Por entonces aconteció que un hombre, tan respetable por su edad como por su persona y semblante, comenzó á decir que él era el mismo Alfonso I *el Batallador* á quien creían muerto, hacía veintiocho años, en la batalla de Fraga.

El vulgo, que, como dice Zurita, *por su condición es amigo de cosas nuevas, y ligeramente las recibe y aprueba*, dió crédito al fingido rey de Aragón. Decía éste «que no pudiendo tolerar la indignidad ó ignominia de verse vencido por los moros, habiendo sido siempre vencedor, se fué para Asia como peregrino, á donde se halló en muchas batallas que los cristianos tuvieron contra los turcos; y acusaba de ingrata á la patria y á sus naturales, porque viéndole en miseria, después de haber pasado tantos trabajos y peligros, le trataban con tanto desconocimiento» (1). Citaba muchas personas de Aragón y de Castilla, y recordaba muchas cosas que con ellas, en particular y secretamente, había tratado. Llegó el caso, que no solamente el vulgo, sino muchos ancianos y personas de alguna cultura, creyeron que era el verdadero Alfonso I *el Batallador*. «Creciendo — añade Zurita — el número de los que esta voz y opinión tenían, por orden y consejo de algunos ricos hombres, que amaban el servicio de la reina y del príncipe su hijo, estando, según algunos dicen, en Zaragoza, fué preso y mandado ahorcar, y con esta ejecución y castigo se sosegaron los ánimos de muchos, que deseaban nuevas causas de alteraciones y bullicios» (2).

Cesión de doña Petronila en favor de su hijo.

El 14 de junio de 1164 la reina doña Petronila cedió la corona de Aragón y el principado de Cataluña á su hijo Alfonso II. Reunió las Cortes en Zaragoza y, después de los juramentos del Rey y de los ricos hombres, comenzó á gobernar, siguiendo los consejos de su virtuosa madre.

(1) Zurita, *Anales*, etc., parte I, libro II, cap. XXII, pág. 73.
(2) Ob. cit., pág. 73 v.ª

Extensión de los Estados de Alfonso II.

Por muerte de su primo Ramón Berenguer (1166), conde de la Provenza, Alfonso II heredó estos Estados. Después, en el año 1170, María, vizcondesa de Bearne, por el feudo de este Estado y por el de Gascuña, prestó pleito homenaje á Alfonso II; pleito homenaje que ratificó tiempo adelante el conde Gastón, hijo de dicha doña María. También habiendo muerto (1179) Gerardo, conde de Rosellón, heredó este condado, intitulándose desde entonces rey de Aragón, conde de Barcelona y de Rosellón y marqués de la Provenza. Por último, en el año 1181 logró reducir á la obediencia á los vizcondes de Nimes y Beses.

Guerras.

Guerra larga y enconada sostuvo Alfonso II, primero con el conde de Provenza y después con el conde de Tolosa.

Entre Alfonso II de Aragón y Alfonso VIII de Castilla estalló la guerra (1170), teniendo aquél la desgracia de ser derrotado cuando se proponía apoderarse de Calahorra.

Pronto quedaron buenos amigos, asistiendo el aragonés á las bodas que el rey de Castilla celebró en Tarragona con Leonor, hija de Enrique II de Inglaterra.

Posteriormente, Alfonso II (1174) casó en Zaragoza con Sancha, hija del emperador Alonso VII y de la emperatriz doña Rica, y tía, por consiguiente, de Alfonso VIII.

Aragonés y castellano prosiguieron (1175) su porfía, como dice Zurita, en la empresa de Navarra; talaron la tierra y se apoderaron del castillo de Leguin (1).

En pago del servicio que prestó á Alfonso VIII en el sitio de Cuenca (1177), logró Alfonso II que el castellano relevase al reino de Aragón del homenaje feudal que prestaba á Castilla desde los tiempos de Alfonso VII.

Guerreó Alfonso II con Sancho *el Sabio* de Navarra, y luego estos dos reyes, con Fernando II de León y Alfonso I Enríquez de Portugal, formaron una liga contra Alfonso VIII de Castilla (1189), en lugar de combatir á los almohades que á la sazón se ofrecían fuertes y amenazadores.

Por el mes de octubre del año 1171, Alfonso II pobló, en las riberas de Guadalaviar, á Teruel. El rey de Aragón merece gloria eterna por haber dado á dicha población uno de los fueros más importantes de los tiempos medios.

(1) *Anales*, etc., parte I, libro II, cap. XXXIII, pág. 81.

Alfonso II, hallándose en Perpiñán, entregó su alma al Creador (25 de abril de 1196). Dejó sus Estados á sus dos hijos mayores, Pedro y Alfonso. El primero heredó Aragón, Cataluña y los condados de Rosellón, Pallás, Besalú, Cerdaña, Carcasona y Beses; Alfonso, los condados de Provenza, Milhaud y de Gebaudán, y los derechos que tenía en Montpellier; por su matrimonio con Garseanda de Sabrán recibió como dote el condado de Folcalquier. Alfonso II tuvo además un tercer hijo, Fernando, á quien destinó para monje del Poblet, y cuatro hijas.

Pedro II el Católico. Pedro II *el Católico* (1196-1213), reunidas las Cortes en Zaragoza el día 16 de mayo, juró los fueros, usos, costumbres y privilegios del reino. En las Cortes reunidas en Daroca en el mes de septiembre siguiente tomó posesión del reino y se intituló rey, volviendo á confirmar los fueros que de antiguo tenía el dicho reino.

Ocupóse Pedro II, durante los primeros años de su reinado, en arreglar las disensiones que se movieron entre él y su madre doña Sancha.

El aragonés, dejándose llevar de las doctrinas que desde el tiempo del papa Gregorio VII corrían sobre la supremacía del poder espiritual sobre el temporal, predicados ahora con tanto calor por Inocencio III, se dirige á Roma con una escuadra de cinco galeras y varios navíos, llega á la Ciudad Santa el 9 de noviembre de 1204 y es ungido y coronado en la iglesia del monasterio de San Pancracio; y él, en cambio de este favor, ofreció su reino á San Pedro, príncipe de los Apóstoles, y al Papa y sus sucesores, para que fuese censatario de la iglesia, obligándose á pagar cada año perpetuamente 250 mazmodines (1).

Pedro II, á su vuelta, para indemnizarse de los gastos de la expedición, impuso el tributo llamado *monedaje*, que consistía en el pago de 12 dineros por cada libra de valor de los bienes muebles, y un tanto igual al de las rentas de los inmuebles, y del cual tan sólo se eximían los que eran armados caballeros. El impuesto monedaje—como dicen los escritores de Aragón—era «cosa nunca vista en aquel reino».

La Unión. Los aragoneses, ora porque Pedro II hizo al reino tributario de Roma, ora por la imposición de la nueva gabela, se con-

(1) Véase Zurita, *Anales*, etc., parte I, lib. II, cap. LI, fol. 90, v.°

federaron á la voz de *unión*, voz que se repitió luego tantas veces y que fué causa de tantos alborotos y de tantas guerras.

Matrimonio del Rey con María de Montpellier.

Enlazóse Pedro II con María de Montpellier (1204) y tomó el título de señor de Montpellier. Era María hija del conde Guillermo y de Eudoxia, hija ésta de Manuel, emperador de Constantinopla. Como quiera que Pedro anduviese muy distraído con otras damas de la ciudad de Nápoles, Ramón Muntaner cuenta el siguiente suceso: «Con arreglo al plan combinado, cuando todo el mundo dormía en palacio, veinticuatro prohombres, abades, priores, el oficial del obispo y varios religiosos, doce damas y otras tantas doncellas, con cirios en la mano, fueron al palacio real con dos notarios y llegaron hasta la puerta de la cámara del Rey. Entró la Reina; los demás se quedaron fuera arrodillados y en oración toda la noche. El Rey creía tener á su lado la dama de quien era servidor.

»Las iglesias de Montpellier estuvieron abiertas, y todo el pueblo se hallaba en ellas reunido y orando, según lo acordado. Al amanecer, los notables, los religiosos y todas las damas, cada uno con una antorcha en la mano, entraron en la real cámara. El Rey saltó de la cama asustado y echó mano á la espada; entonces se arrodillaron todos y enternecidos exclamaron: *Por Dios, señor, mirad con quién estáis acostado.* Reconoció el Rey á la Reina, y le explicaron el plan y el objeto de aquel suceso. *Pues que así es*, exclamó el monarca, *quiera el cielo cumplir vuestros votos.*» Jerónimo de Zurita añade: «y en aquella noche que tuvo participación con ella quedó preñada de un hijo, el cual parió en Montpellier en la casa de los Tornamira, en la víspera de la Purificación de Nuestra Señora, del año MCCVII. Mandó luego la reina llevar al infante á la iglesia de Santa María y al templo de San Fermín, para dar gracias á Nuestro Señor, por haberle dado hijo tan impensadamente; y vuelto á palacio mandó encender doce velas de un mismo peso y tamaño, y ponerles los nombres de los doce Apóstoles, para que de aquella que más durara tomare el nombre, y así fué llamado Jayme» (1).

Aunque negamos el hecho, tal como se encuentra narrado por Muntaner y Zurita, son ciertos los disgustos matrimoniales, que continuaron hasta la muerte de Pedro II, el cual tuvo siempre empeño de divorciarse de la Reina.

(1) *Anales de la Corona de Aragón*, parte I, lib. II, cap. LIX.

Anexion de los condados de Urgel y de Montpellier al de Barcelona.

Á la muerte de Armengol VIII de Urgel y cuarto señor de Valladolid (1208) heredó sus Estados su hija doña Aurembiaux ú Orembiax (1). Armengol VIII vivió en continuas guerras con Ramón Roger, conde de Foix, no logrando los buenos oficios de Pedro de Aragón poner paz entre ambos combatientes. Á la muerte de Armengol VIII, su hija Orembiax se vió combatida por D. Gerán de Cabrera, vizconde de Cabrera, hijo de D. Ponce y de doña Miraglo, hermana ésta de Armengol VIII. Decía D. Gerán que el condado de Urgel le pertenecía, «porque no debe ser heredado por una mujer». Estalló la guerra civil entre los partidarios de la una y del otro. Entonces doña Elvira de Subirats, madre de la condesa Orembiax, se puso bajo la protección de D. Pedro de Aragón, quien terminó el asunto venciendo á Cabrera y anexionando el con-

(1) Recordaremos, aunque sucintamente, la historia de los condes de Urgel. Armengol I *de Córdoba* (992 á 1010) recibió el condado de Urgel de su hermano Ramón Borrell (992 á 1018). Sabemos que ambos hermanos ayudaron á Mohámed, califa de Córdoba, contra Suleymán. Mohámed, con el auxilio de los catalanes, triunfó en Acbatalbacar, cerca de Córdoba, siendo luego vencido en la batalla del Guadiaro, y en ella, herido Armengol, pereció de resultas de sus heridas.

Armengol II *el Peregrino* (1010 á 1038) marchó en peregrinación á Palestina, donde murió y fué enterrado.

Armengol III *el de Barbastro* (1038 á 1065), muy amigo de Ramón Berenguer I, sostuvo encarnizada guerra contra los muslimes y logró que le rindiesen parias los valíes de Balaguer, Lérida, Monzón, Barbastro y Fraga. Tomada Barbastro, Armengol murió después en uno de los combates que se dieron bajo los muros de la plaza.

Armengol IV *el de Gerp* (1065 á 1092) hizo en este lugar fuerte castillo, que fué centro de operaciones contra la plaza de Balaguer, la cual hubo de rendirse; también hizo tributarios á los gobernadores de Lérida y Fraga.

Armengol V *el de Mayeruca* (1092 á 1102), desavenido con el rey de Aragón, abandonó sus tierras y marchó á Castilla, donde casó (como se dijo en una nota del capítulo III de este tomo) con María Ansúrez, hija de D. Pedro, primer señor de Valladolid. En Mayeruca, del reino de León, cayó en una emboscada de los almoravides y fué muerto.

Armengol VI *el de Castilla* (1102 á 1154) heredó de su padre el condado de Urgel. Durante la menor edad de Armengol VI, D. Pedro Ansúrez fué tutor de su nieto y gobernó el condado de Urgel.

Cuéntase de este conde de Urgel, segundo señor de Valladolid, que en el año 1146, militando en las banderas de Alfonso VII, *el Emperador*, al frente de sus gentes valisoletanas, se adelantó hasta las puertas de Córdoba, y, á pesar de la vigilancia de los moros, arrancó las argollas de dichas puertas, las trajo á Valladolid y las colocó, para eterna memoria de su hazaña, en las de Santa María la Antigua, donde se conservaron por mucho tiempo.

Asistió también Armengol de Castilla á la conquista de Almería en el año 1147. «En ese año (1154), á 28 del mes de junio, murió, estando en Cas-

dado de Urgel al de Barcelona, mediante el pago de fuerte renta á Elvira (1). Por lo que respecta al condado de Montpellier, también tuvo el rey D. Pedro que habérselas con varios pretensores, y aun con los habitantes de aquel Estado, á quienes venció con las armas.

Guerra con Simón de Monfort: batalla de Muret.

A la sazón, la herejía albigense progresaba mucho en Francia, en particular en el Langüedoc y en el condado de Tolosa. Los españoles Diego de Acebedo, obispo de Osma, y Domingo de Guzmán marcharon á Francia, donde, de concierto con los legados del Papa, procuraron atraer á los herejes al camino de la fe. De vuelta á España, habiendo fallecido el prelado de Osma, Domingo pasó segunda vez á Francia, y como los enemigos del Catolicismo fueran cada día más poderosos, instituyó la Orden de Predicadores, tan famosa luego en la historia del mundo. Como la predicación no bastaba para apagar el fuego de la herejía, Inocencio III

tilla, Armengol, conde de Urgel, que fué nieto del conde D. Per Ansúrez, y por haberse criado en aquel reino (habla desde Aragón) y diferencialle de los otros condes, que eran del mismo nombre, le llamaron Armengol de Castilla» (*). Fué casado con Arsendis de Ager.

Heredó sus Estados su hijo Armengol VII *el de Valencia* (1154 á 1184). Fué el séptimo conde de Urgel y tercero de Valladolid; también señor de Lérida, Aytona y Albelsa, en Cataluña; y en el reino de León de las villas de Ledesma, Alcántara, Barrueco, Pardo, Almenarilla y Santa Cruz, con el gobierno de Limia en Galicia, y otros: todo esto por mercedes del rey Fernando II de León, cuya corte siguió siempre y fué su mayordomo mayor, con cuyo título confirmaba sus privilegios. Perdió la vida en Requena (Valencia) á 11 de agosto de 1184.

Estuvo casado con doña Dulce de Aragón, hija de doña Petronila y de D. Ramón Berenguer IV, último conde de Barcelona, y hermana, por consiguiente, de Ramón Berenguer, quien tomó el nombre de Alfonso II de Aragón. Tuvieron dos hijos: Armengol IV y último señor de Valladolid y octavo conde de Urgel, y doña Miraglo, que casó con D. Ponce, vizconde de Cabrera en el principado de Cataluña.

Armengol VIII (1184 á 1208), además del condado de Urgel y del señorío de Valladolid, fué también de Aytona, Lérida, Albelsa y otras tierras. Casó con Elvira de Subirats, de cuyo matrimonio, como acabamos de de decir, nació doña Orembiax.

Continuando la historia del señorío de Valladolid, diremos que doña Orembiax casó con D. Pedro, infante de Portugal (1228). A la muerte de la condesa en 1231, como no dejase hijos, instituyó por heredero á su marido. Creemos que á la muerte de Armengol, cuarto señor de Valladolid, en el año 1208, debió Alfonso VIII *el Noble* de apoderarse del citado señorío, tal vez mediante alguna recompensa en dinero.

(1) Véase D. Rafael Floranes, *Origen y descendencia del conde D. Pedro Ansúrez*, págs. 21 á 52.—Valladolid, 1890.

(*) Zurita, *Anales*, etc., t. I, lib. II, cap. XV.

publicó una cruzada, nombrando jefe de ella á Simón de Monfort, que auxiliado por el abad del Císter, legado á su vez del Papa, emprendió guerra sangrienta contra el conde de Tolosa y el vizconde de Carcasona (1). Los cruzados tomaron á sangre y fuego algunas ciudades (1209), feudatarias de Pedro II de Aragón. Allá fué este monarca á interceder por los vencidos, volviendo á sus Estados sin lograr nada pero su situación se hizo más comprometida cuando algunos albigenses, huyendo de la espada de Monfort, penetraron en Cataluña y Aragón. Entonces reunió Cortes en Lérida (1210), las cuales reconocieron el poder del Papa en todo lo concerniente á la fe.

Después, cuando se había cubierto de gloria en la jornada de las Navas de Tolosa, solicitado por los condes de Tolosa, de Fox, de Beziers y de Cominges, sus amigos y feudatarios, marchó de Cataluña al Mediodía de Francia (2).

Al paso que los poetas provenzales le llamaban «flor de los reyes, esplendor de la tierra, adorno del mundo, espejo de gentileza y cortesía», el jefe de los cruzados y los legados de la Santa Sede le trataban con poca consideración.

Habiendo regresado á Cataluña, picado en su amor propio y sin consideración alguna al jefe de la Iglesia, anunció públicamente su simpatía por el conde de Tolosa y por los demás fautores de los albigenses. Poniendo manos á la obra, marchó con un ejército de catalanes y aragoneses á Tolosa, y en un combate cerca de *Muret* (13 de

(1) Al dar cuenta de estos lamentables sucesos el juicioso Zurita, y al referir cómo el ejército de la Iglesia acometió á la ciudad de Beses, dice: «A la cual se enviaron por orden y comisión de los legados *ciertos religiosos que llevaban lista de los que estaban infamados y convencidos de aquel error y herejía*, para que, ó los echasen de la ciudad ó se saliesen los católicos; y no lo queriendo cumplir, fué la ciudad entrada por combate *y murieron siete mil personas que perseveraron en su pertinacia*... Luego se rindió Carcasona, *y salieron los vecinos de ella en camisa, y la ejecución se hizo como en tal caso se quería rigurosamente, á fuego y á sangre*... Y en el año siguiente de MCCX, se puso cerco á un castillo fortísimo, llamado el castillo de Minerva, y después de diversos combates y de grandes fatigas que allí padecieron, fué entrado: *y quemaron más de ciento y cuarenta personas* que persistieron en su obstinación, y no se quisieron reducir... Entróse por fuerza de armas un lugar y castillo muy fuerte llamado Vauro, adonde fué ahorcado el capitán de la gente de guerra que en él estaba... *y fueron degollados ochenta caballeros de los más principales, y fué empozada y cubierta de piedras Geralda, que era señora de aquel castillo... y fueron quemados más de trescientos...*» (*Anal. de Aragón*, parte I, lib. II, cap. LXIII.)

(2) No se olvide que en el Mediodía de Francia los reyes aragoneses poseían la Provenza, el Rosellón, la Cerdaña y el condado de Montpellier.

septiembre de 1213) murió peleando como un bravo el insigne adalid de las Navas de Tolosa. «Nuestro padre el rey D. Pedro—escribe don Jaime en su Crónica—murió en aquella batalla, siguiendo la divisa que han tenido siempre los de nuestro linaje, y que nos seguiremos siempre: morir ó vencer.»

Tolosa y toda la Septimania, con todas las posesiones que fueron del conde de Tolosa, pasaron al dominio de Monfort.

Un grande ejército fué destruído completamente por otro que se componía de mil peones y ochocientos jinetes. ¿Cómo se explica esto? Al paso que unos cronistas ven la mano de la Providencia castigando á los enemigos de la Iglesia católica ó la protección del Altísimo hacia sus servidores, otros, como es natural, atribuyen la derrota de Pedro II al desconcierto con que pelearon los ricos hombres y, más que todo, á la cobarde retirada de los condes.

Llámale, con razón, su epitafio de Sijena «flor de reyes, honra del reino, luz de la tierra y soberano liberal, de todos el más llorado y plañido».

Navarra: Sancho el Sabio. A García Ramírez (1134-1150) sucedió el insigne Sancho *el Sabio* (1150-1194), que tuvo que defenderse de la guerra que le declaró Alfonso VIII de Castilla, auxiliado éste por Alfonso II de Aragón. En paz con ambos, dirigió su atención á proteger las letras y las artes.

Sancho el Fuerte. Sancho *el Fuerte* (1195-1234) hizo al principio de su reinado un viaje á Marruecos en solicitud de una alianza con Yacub-ben-Yúsuf (1199), pero luego se coronó de laureles en las Navas de Tolosa.

Portugal: Sancho el Fundador. Sancho I *el Fundador* (1185-1211), que mereció este nombre por los muchos monasterios que hizo construir, y *el Poblador*, por el afán de poblar las tierras colindantes con el reino de León y las ganadas á los moros, puso en orden la administración pública.

Entre todas sus conquistas la única ventajosa fué la de Silves, la cual hubo de realizar con el auxilio de los cruzados que de su viaje á Oriente aportaron á Lisboa.

Alfonso II. Alfonso II (1211-1223) pasó la mayor parte de su vida en discordias domésticas y en contiendas con el clero.

Arrebató á sus tres hermanas las tierras que su padre les había dejado. Protegidas las infantas por muchos barones é hidalgos, por Alfonso IX de León y por el papa Inocencio III, como Alfonso II no

cesara en su persecución, fué combatido por el leonés y excomulgado por el Pontífice.

No concurrió Alfonso II en persona á la batalla de las Navas de Tolosa, pero mandó lucida hueste.

Empresa militar digna de toda alabanza fué la victoria que logró Alfonso II, frente á Palmella, en los campos de Alcacer, logrando apoderarse de esta plaza (18 de octubre de 1217).

Consideraciones. Singular coincidencia, producida por el incesante vaivén de los acontecimientos políticos en época tan perturbada de nuestra historia, hizo que, al finalizar el siglo XII y cuando el XIII alboreaba, reinase en distintas regiones de la Península Ibérica cuatro monarcas nombrados Alfonsos: Alfonso VIII, en Castilla; Alfonso IX, en León; Alfonso II, en Aragón y Cataluña, y Alfonso II, en Portugal.

Si desde Alfonso VI, como dijimos en el capítulo I de este tomo, comienza el poderío de la España cristiana y la decadencia, por consiguiente, de la España musulmana, desde los cuatro Alfonsos que, simultáneamente casi, reinaron en los citados cuatro reinos, se entrevé el triunfo completo de los discípulos de Cristo y el vencimiento de los hijos del Profeta.

La batalla de las Navas de Tolosa, las conquistas de Cáceres y de Mérida, la unión de Cataluña y de Aragón y la victoria conseguida en los campos de Alcacer, son hechos importantísimos respectivamente de la historia del castellano Alfonso VIII, del leonés Alfonso IX, del aragonés Alfonso II y del portugués Alfonso II.

V

Estado social de la España cristiana y árabe en los últimos años del siglo XI y en el siglo XII.—Política de Alfonso VI.—Las municipalidades leonesas y castellanas.—Importancia del elemento popular.—Los burgueses y el monasterio de Sahagún.—Ordenes religioso-militares: templarios y hospitalarios.—Ordenes de Alcántara, Calatrava y Santiago.—Lengua que se hablaba en España en el siglo XI.—Las letras en los últimos años del siglo XI y en el XII.—Los fueros municipales en Castilla, en Aragón y en Cataluña.—Los fueros nobiliarios.—Las artes.—La industria.—La nación.—Costumbres.—Aragón y Cataluña.—La Monarquía.—La nobleza.—El pueblo.—Artes.—Comercio.—La Provenza: cultura; la poesía provenzal.—España almoravide: fanatismo de los almoravides.—España almohade: cultura científica.—Las artes.

Política de Alfonso VI.

Entre nuestros grandes reyes del siglo XI ocupa el primer lugar Alfonso VI. Si en las cosas de la guerra tuvo la desgracia de ser derrotado en las batallas de Zalaca y de Uclés, fué el conquistador de Toledo. Si en los asuntos de gobierno interior no pudo impedir que las calles de Toledo se viesen salpicadas de sangre hebrea, consumiendo el fuego no pocas riquezas de la raza de Israel, hermoseó aquella ciudad, reedificó pueblos, repobló villas y lugares, hizo caminos y puentes, y persiguió, por último, á los malhechores, logrando que el orden y la tranquilidad fueran tales que «podía atravesar sus Estados en todas sus direcciones una vejezuela ó un niño con un bolso lleno de dinero en las manos sin temer acechanzas de ningún género».

A un reinado robusto y poderoso sucedió otro flaco y débil; á Alfonso VI, su hija doña Urraca. Las veleidades de la reina de Castilla, las invasiones de los almoravides y almohades y la poca unión de los reinos cristianos, contribuyeron á que se paralizase, ó por lo menos á que por entonces no se decidiera, la lucha en contra de los musulmanes. También contribuyó á ello el deseo de independencia de

Portugal, pues si Teresa y Enrique comenzaron á negar su obediencia á los reyes de Castilla, Alfonso Enríquez, hijo de aquéllos, logró su objeto, apoyado en los altivos y valerosos portugueses.

Las municipalidades leonesas y castellanas.

El régimen municipal romano pasó, en lo esencial, á los visigodos, de éstos á los reinos de León y Castilla y, por último, á las sociedades modernas. El origen, pues, de las actuales municipalidades se halla en el municipio romano de los últimos tiempos del Imperio (siglos III y IV). Así lo afirma Herculano, insigne historiador portugués del siglo XIX (1).

Sostiene, por el contrario, Hinojosa, ilustre catedrático de la Universidad de Madrid, que los restos de la organización municipal romana conservados por los visigodos terminaron con la invasión de los árabes (2). Durante los tres primeros siglos de la reconquista, los reinos cristianos aparecían divididos en circunscripciones políticas y administrativas *(Comitati* y *Commissi)*, que abarcaban lo mismo las ciudades que los campos. Al frente de cada circunscripción se hallaba un conde que, como en tiempo de los visigodos, ejercía las atribuciones judiciales, militares y económicas. El conde podía delegar algunas de sus atribuciones en otro funcionario, que se llamaba vicario. El conde ó el vicario presidían la Asamblea *(Concilium)* de los hombres libres del respectivo territorio, y fallaban las causas, asesorados de los *judices*.

Los reyes concedieron con harta frecuencia el privilegio de inmunidad á los territorios eclesiásticos, dentro de los cuales el señor ó sus agentes ejercían el poder judicial, militar y económico.

El municipio medioeval fué la aplicación á la ciudad ó villa de las instituciones judiciales y administrativas vigentes en el condado de que antes aquéllas habían formado parte. Al *comes*, presidente de la Asamblea judicial, sucede, dentro de los términos del municipio, el *judex*, elegido por la asamblea de vecinos, y á los *judices*, los *alcaldes*.

Entre las atribuciones primitivas del *Concilium (concejo ó municipio)* se citarán: la fijación de los lugares destinados á la venta de determinados artículos, el precio de los comestibles, el cumplimiento de las Ordenanzas de policía sobre pesos, medidas y abastos (3).

Por nuestra parte, si no creemos con Herculano que el municipio romano es el origen de las municipalidades medioevales,

(1) *Historia de Portugal*, tomo IV, lib. VIII, parte II.
(2) *Estudios sobre la historia del derecho español*, pág. 13.— Madrid, 1903.
(3) Véase Hinojosa, ob. cit., págs. 14 á 21.

tampoco estamos conformes en que aquél desapareció completamente á la venida de los musulmanes. Afirmamos que lo mismo las tradiciones del municipio de Roma que los municipios de los germanos fueron causa del nacimiento ó principio de los concejos de León y Castilla. Pruébase esto comparando el régimen interior y algunas disposiciones de éstos con las de aquéllos.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que el elemento popular, representado por las municipalidades, fué alcanzando influencia merced á las cartas forales. Las ciudades comenzaron á tener fueros, que las colocaban en una especie de independencia política ó civil; las ciudades enviaron sus milicias propias á las batallas de Alarcos y de las Navas, y las ciudades, por último, tuvieron poderosa intervención en la vida pública cuando asistieron á las Cortes por medio de sus procuradores.

La institución municipal, pues, alcanzó mayor grado de autoridad y prestigio desde el momento que los reyes concedieron á los alcaldes populares la administración de la justicia antes reservada á los merinos.

De tal modo fué ensanchándose el poder de los concejos, que no sólo fueron dueños de tierras de labor, pastos, montes, aguas y molinos, sino adquirieron lugares y castillos, en los cuales ponían sus respectivos alcaides.

A veces, en casos de necesidad y para la defensa de sus derechos ó intereses, se reunían varios concejos y formaban una hermandad.

Aparecieron por los años 1138 y 1139 las milicias concejiles de Toledo, Guadalajara, Talavera, Madrid, Avila, Segovia y otras, que ayudaron á Alfonso VII en sus guerras con los musulmanes. Las de Avila, Segovia y Maqueda acompañaron á Alfonso VIII (en el año 1166 y cuando el Rey tenía once años de edad) en la visita que hizo á las ciudades de su reino. Después, ayudado por los concejos *(communia civitatum)* de Toledo, Segovia, Avila, Medina del Campo, Olmedo, Arévalo, Cuenca, Soria y otros, peleó en las Navas de Tolosa (1212).

Desde Alfonso VIII las milicias concejiles tuvieron más importancia, siendo aquéllas tanto más estimadas cuanto excedía el número de los caballeros al de los peones.

Con harta frecuencia los concejos tuvieron entre sí guerras por cuestiones de términos ó por agresiones recibidas y pelearon con los señores de la vecindad. A fines del siglo XII algunos concejos for-

maron hermandad para defenderse de los malhechores, para lo cual formaban ordenanzas, instruían procesos, ejecutaban sentencias y organizaban una fuerza pública sin contar con el rey.

Importancia del elemento popular.

El elemento popular, en los comienzos del siglo XII, alentado con las libertades de que gozaba y conocedor de su valer y de sus recursos, apelaba á la fuerza, no sólo para sacudir la dependencia del clero y de los nobles, sino para imponerles la ley y aun su voluntad. Recuérdese que los burgueses de Santiago se atrevieron á insultar á su arzobispo Gelmírez y á la misma reina doña Urraca.

Los burgueses y el monasterio de Sahagún.

De mayor importancia fué el tumultuoso levantamiento de los burgueses de Sahagún contra el monasterio de esta población. Grandes y excesivos fueron los privilegios concedidos por Alfonso VI al abad y monjes. Ejercía el abad absoluto poder en la villa: los moradores de Sahagún no podían poseer hereditariamente campo ni heredad dentro del coto del monasterio; los vecinos estaban obligados á cocer el pan en el horno de éste; nadie, ni aun los mismos nobles, podían tener casa ni habitación dentro de la villa, y ningún sayón ni ministro del rey podía ejercer en ella jurisdicción, debiendo ser muerto en otro caso y absuelto el matador (1).

Como si todo esto fuese poco, doña Urraca, además de confirmar al monasterio los privilegios concedidos por su padre, dió al abad el derecho de batir moneda, cuyo producto se había de dividir en tres partes: una para el abad, otra para la reina y la tercera para las monjas de San Pedro.

Vejados de tal manera los burgueses de Sahagún, aprovechándose de las revueltas de Castilla en tiempo de doña Urraca, intentaron sacudir el yugo en que gemían. Habiendo formado *hermandad*, del mismo modo que los de Santiago, los hombres de oficio y los labriegos, se negaron á pagar los tributos, cometieron abusos y tropelías dentro y fuera de poblado, llegaron á acometer el monasterio, teniendo el abad y los monjes que encerrarse *«ansí como los ratones en sus cuevas»*, como dice sencillamente el testigo y paciente monje historiador (2).

«Ca los burgueses todos—añade,—entrados en el capítulo demos-

(1) Véase *Historia del Real Monasterio de Sahagún*, por Fr. José Pérez y continuada por Escalona, págs. 301 y 302.

(2) *Historia de Sahagún*, pág. 325.

traron á los monjes una carta, en la cual estaban escritas nuevas leyes, las cuales ellos mesmos por sí ordenaron, quitando las que el rey D. Alonso había establecido. E demostrando la dicha carta, comenzaron apremiar á los monjes que las dichas sus leyes firmasen con sus propias manos... ó luego con muchos denuestos é vituperios de palabras fatigaban á los monjes fasta tanto que les fué satisfecho, é saliendo del capítulo, amenazábanlos diciendo que si ellos oviesen vida que farían de manera que ninguno quedase en el claustro.»

La sedición fué apagada, apaciguándose luego completamente aquel estado de anarquía social por la mano poderosa de Alfonso VII *el Emperador*.

Órdenes religioso-militares: templarios y hospitalarios.

Considérense los *templarios* y *hospitalarios*, esas milicias semirreligiosas y semiguerreras, trasplantadas las unas de tierras extrañas y nacidas otras en nuestro propio suelo. La idea religiosa de reconquistar los Santos Lugares dió nacimiento á las milicias ú Órdenes religioso-militares de Caballería, que reunían á la vez lo más duro de la vida del guerrero y la mayor austeridad de la vida del monje. En las batallas, escribe Michelet, los templarios y hospitalarios formaban alternativamente la vanguardia y la retaguardia. Desde que Alfonso *el Batallador* de Aragón señaló en su testamento por herederas de su reino á las Ordenes militares; desde que Ramón Berenguer III *el Grande* de Barcelona tomó al tiempo de morir el hábito de templario, y, finalmente, desde que Ramón Berenguer IV de Aragón y Cataluña las estableció con toda solemnidad en sus Estados, haciéndoles donación de ciudades, tierras y castillos, y encomendándoles la defensa de algunas plazas fronterizas, los caballeros del Templo y del Hospital tuvieron no escaso poder é influencia en los dominios españoles (1). En Castilla aparecieron en tiempo de Alfonso VII *el Emperador*, en Navarra en el reinado de Sancho *el Sabio* y en Portugal en la época de Alfonso Enríquez. En tiempo de Alfonso VIII de Castilla y de Alfonso IX de León multiplicaron sus pueblos, sus haciendas y sus encomiendas. La insignia de los caballeros templarios es una cruz sencilla roja y en los cuatro ángulos otras tantas cruces del mismo color, y la de los hospitalarios de San Juan ó del Santo Sepulcro es una cruz octógona blanca.

(1) La Orden del Templo tuvo doce conventos en Castilla, la de Santiago dos y todas las demás uno.

Ordenes de Alcántara, Calatrava y Santiago.

Más adelante, en España, donde se sostenía cruzada constante contra los muslimes, nacieron también las Ordenes religioso-militares de *Alcántara* (llamada antes de *San Julián del Pereiro*), *Calatrava* y *Santiago*.

La Orden de *San Julián del Pereiro* fué instituída en el año de 1156. Dos caballeros de Salamanca, D. Suero y D. Gómez, deseando conciliar la vida monástica con la guerrera, solicitaron del religioso Amando una ermita dedicada á San Julián como centro de sus operaciones para defender la causa cristiana. Acudieron otros caballeros, y todos nombraron por capitán á D. Suero. Habiendo muerto este ínclito varón en una de las embestidas que desde Extremadura hacían los moros en tierra de Salamanca, le sucedió en la dignidad su compañero D. Gómez. Fernando II le hizo muchas donaciones, entre ellas el castillo de *Alcántara*, de donde tomó el nombre; Alejandro III la aprobó, y Julio I la dió el mismo instituto de la del Císter. Aunque se unió por algún tiempo á la de Calatrava, que también tenía la regla cisterciense, luego se separó de ella. Los caballeros ó freiles de Alcántara toman como insignia la cruz de Calatrava, pero de color verde, sobre la blanca túnica del Císter.

De la fundación de la Orden de *Calatrava* se trató en el capítulo IV de este tomo, añadiendo aquí que Alejandro III (1164) dió una bula confirmatoria de la regla y militar estatuto de aquella Orden. Visten los caballeros de Calatrava el hábito del Císter, modificado para la milicia; esto es, sobre la blanca túnica de lana ponen una cruz carmesí, compuesta de cuatro lises concéntricos, símbolo de pureza por la hechura y de guerra por el color (1).

La Orden de *Santiago* que, según parece, tuvo principio en el siglo XI, con objeto de defender á los peregrinos que venían de toda Europa á visitar el sepulcro del Santo Apóstol, comenzó en 1161 á tener importancia. Doce aventureros del reino de León, arrepentidos de su vida escandalosa y libertina, determinaron seguir el ejemplo de los caballeros de Alcántara y Calatrava, y fundar una Orden para

(1) «El arzobispo D. Rodrigo nos dice la vida que hacían. Alababan al Señor cantando salmos, ceñidas las espadas, y gemían y velaban por la defensa de la patria, sobrios, pobres en el vestir, acostumbrados á la disciplina y al silencio, humillados por la genuflexión, macerados por la vigilia continua, enseñados por la oración y fortalecidos por el trabajo. En el bulario de la Orden hallamos que las túnicas habían de ser á propósito para cabalgar, las pellizas de piel de cordero, los mantos forrados de la misma piel, con capas y escapularios.»—Cavanilles, ob. cit., págs. 204 y 205.

pelear con los muslimes, como también para dar hospitalidad y defender á los peregrinos. Fué elegido jefe un D. Pedro Fernández, natural de la villa de Fuente Encalada, del obispado de Astorga, el cual dió á su hermandad la regla de San Agustín y la puso bajo la protección del Apóstol Santiago. Fernando II concedió á la Orden varias tierras y lugares en el mismo obispado, y los nuevos caballeros acreditaron su valor en diferentes encuentros con los hijos de Mahoma. Alejandro III (1175) confirmó esta Orden. La insignia que llevan los caballeros ó freiles de la Orden de Santiago consiste en una cruz encarnada en forma de espada, haciendo flor de lis en la empuñadura y en los brazos.

Las Ordenes militares, una vez que su misión hubo terminado con la expulsión de los árabes, recibieron golpe mortal cuando Fernando V obtuvo de Inocencio VIII (1492) la administración vitalicia de los maestrazgos según fuesen vacando, y mayor aún cuando éstos en tiempo de Carlos V (1523) fueron incorporados definitivamente á la Corona.

Lengua que se hablaba en España en el siglo XI.

¿Qué lengua se hablaba en España en el siglo XI? En el testamento de Ramiro I de Aragón leemos:

«De meas autem *armas* qui ad barones et *cavalleros* pertinent, *sellas* de argento et frenos, et brumias et *espatas*, et *adarcas*, et *gelmos*, et tertinias, et *esutorios*, et *sporas*, et *cavallos*, et *mulas*, et equas, et *vaccas*, et oves, dimito ad Sanctium meum filium...»

Transcribimos también el siguiente trozo de otra cláusula, que dice, los «*vassos* de auro et de argento, et de *girca* (alabastro), et *cristalo*: et macano, et meos *vestitos*, et *acitaras*, et *collectras*, et *almuœllas*, et *servitium de mea mensa*...» (1).

Las letras en los últimos años del siglo XI y en el XII.

Desde los últimos años del siglo XI hasta muy adelantado el XV, en este lapso de cuatro centurias, si bien la ocupación de combatir, las empresas belicosas, solicitaban casi exclusivamente la atención de los españoles, algo, bastante y aun mucho en algunos períodos adelantaron las ciencias, las artes y la literatura en nuestra patria.

No caben en libros de la índole del nuestro disquisiciones y razonamientos que tendrían lugar adecuado en tratados de historias lite-

(1) Publicada por Briz Martínez en la *Historia de San Juan de la Peña y del Reino de Aragón*, pág. 438.

rarias ó de anales científicos; ha de sernos lícito, sin embargo, admitir, en confirmación de lo que afirmamos, ligeras noticias extractadas de libros dedicados exclusivamente á este linaje de estudios.

Hallamos en obras de autores meritísimos y de indiscutible autoridad la prueba de que ya con anterioridad al siglo XI aparecen los *Cronicones* de Isidoro Pacense (mediados del siglo VIII), el de Sebastián de Salamanca (siglo IX), el de Sampiro (siglos IX y X), el Albendense (siglo X), el del Silense y el del Cid Campeador (comienzos del siglo XII) y los de Pelayo de Oviedo y de Alfonso VII, la Historia Compostelana, los Anales Complutenses y los Anales Compostelanos (siglo XII) (1). En estos *Cronicones*, poco recomendables á la verdad como obras literarias, se contiene la narración descarnada y escueta de los hechos acaecidos en los últimos años de la monarquía visigoda y en los primeros siglos de la reconquista; pero todos ellos, á los cuales se refieren, más ó menos extensamente, los tratadistas de historia literaria española, sólo sirven para demostrar que, á medida que la reconquista iba comenzando á ganar terreno, comenzaba también la actividad literaria en los conventos y casas de religión. Esto no obstante, ninguna de esas plausibles tentativas, que pueden ser consideradas como débiles ensayos de renacimiento literario, tiene condiciones para sostener la comparación con los trabajos de índole análoga que por aquel entonces escribían moros y judíos.

Reconocemos de buen grado que la venida de los monjes de Cluny, de aquellos monjes que marchaban á la cabeza del movimiento literario de Europa, fué algo beneficiosa á la cultura patria; se les debe censurar, sin embargo, que quisieran monopolizar las letras en la clase sacerdotal, que nuestro clero fuese juguete del de Francia y que intentaran hacer de España un pueblo enteramente teocrático. Su poder llegó á ser tan grande que lograron elevar á la silla de Toledo á Bernardo (1086), nacido en Francia, monje en el monasterio de Aux, y enviado por su abad Hugo á España para que reformase con nuevos Estatutos el monasterio de Sahagún, como eran los deseos de Alfonso VI (Apéndice A).

Si es de justicia consignar también la poca moralidad de muchos monjes cluniacenses, debemos decir del mismo modo que ellos arro-

(1) Después se publicaron, entre otros, el *Cronicón* del Cerratense (mediados del siglo XIII), los Anales Toledanos (siglo XIII), los *Cronicones* del Burgense, de Cardeña y de D. Juan Manuel (siglo XIV) y el Conimbricense (comienzos del siglo XV).

jaron la semilla literaria á la tierra, semilla literaria que pronto produciría sabrosos y sazonados frutos.

Pero, en realidad, no aparecen manifestaciones bien definidas del gran movimiento literario en España cristiana hasta el siglo XI, después de la conquista de Toledo por Alfonso VI, que es precisamente la fecha y el acontecimiento con que principia el período histórico reseñado en este segundo tomo de nuestra obra.

Bien es, sin embargo, no dar por completo á injusto olvido á los precursores de este admirable movimiento literario, y al propio tiempo científico; refiriéndose á esos precursores, dice muy atinadamente el por muchos conceptos ilustre Menéndez Pelayo:

«Aunque fué Toledo la ciudad clásica en que se efectuó el cruzamiento del saber oriental con el de occidente, y fué el reinado del emperador Alfonso VII la fecha memorable de este movimiento decisivo para la cultura del mundo moderno, no puede negarse que ya antes y en otras comarcas de España se habían hecho notables, aunque aislados, esfuerzos de aproximación. El nombre del converso de Huesca *Pero Alfonso* (Moseh Sephardi) es el primero que ocurre á la memoria, y con él un libro famoso de apólogos y cuentos, *Disciplina clericalis*, por el cual unánimemente se le otorgó el título de patriarca de los autores de novelas cortas en el Occidente cristiano y primer introductor del apólogo indio. Hubo también en la corte barcelonesa de Ramón Berenguer *el Grande* un albor de renacimiento científico en los trabajos matemáticos y científicos del judío Abraham *Savasorda* y del italiano Platón de Tívoli.

»Entonces se tradujeron libros tan importantes como *La Ciencia de las Estrellas*, de Albategni; los *Esféricos*, de Teodosio; el *Tetrabilión*, de Ptolomeo; el libro del *Astrolabio*, del cordobés Assofar, discípulo de Moslema, y las *Tablas* y *Capítulos de las Estrellas*, de Ibrahim el Fesari, y se escribieron obras, al parecer originales, de Aritmótica, Geometría y Agrimensura (1).»

Aunque estas últimas líneas de nuestro ilustre compatriota, el autor de la *Historia de las ideas estéticas en España*, más que al movimiento literario se refiere al científico, hemos juzgado conveniente no prescindir de ellas, en primer lugar, porque algo habremos de exponer también en esta introducción misma del estado de la ciencia española en los siglos XI, XII y XIII, y después, porque los movimientos

(1) *Estudios de Crítica literaria*, 2.ª serie, págs. 384 y 385.

literario, científico, artístico y aun el industrial, nacieron casi simultáneamente, como era natural que nacieran y después se desenvolvieran en constante paralelismo, como también era natural que se desenvolviesen.

Pues las funciones distintas que el psicólogo estudia y analiza en el espíritu humano, ya individual, ya colectivo, constituyen, integran un todo indivisible, que puede el filósofo, en virtud de abstracciones elevadas para facilitar el estudio, analizar separadamente, pero que están unidas siempre; unidas nacen, unidas se desarrollan y unidas mueren, como que son una sola y misma cosa.

Prescindiendo ahora de enumerar títulos de crónicas y de cronicones que si bien son documentos interesantes para quien se propone averiguar la manera de transición de la baja latinidad á nuestro idioma, no pueden aún considerarse como trabajos propios de la literatura española, habremos de mencionar obras cuya aparición, no del todo bien precisada, no se remonta más allá de la segunda mitad del siglo XII y de los comienzos del XIII. Siendo de advertir que el vocablo *Cronicón* no es, como parece, un aumentativo de *Crónica*, sino todo lo contrario, un diminutivo, equivaliendo á *Croniquita* ó crónica de poca extensión.

En varias de esas crónicas, en las grandes ó pequeñas, adviértense ya indicios de rima, siendo sus autores versificadores, aunque no muy correctos, y cronistas, aunque no muy veraces. De estas interesantes disquisiciones históricas, en las cuales ni podemos ni debemos engolfarnos ahora, deduce algún compatriota nuestro que el gran poeta toledano es el primer autor conocido que escribió versos en romance castellano.

«De este modo, dice Navarro Ledesma, el poeta más grande de la Edad media, antes de Dante Alighieri, fué un español de raza judía que vivió y escribió en la capital de España, en la gloriosa Toledo.»

Como parece también probado que medio siglo después otro poeta italiano, el Petrarca, buscó inspiración en las composiciones del poeta español Ausias March.

De todas maneras, entre los escritos españoles anteriores al siglo XIII debe ser incluído *El libro de los tres Reyes de Oriente*.

El asunto de este poema no es, como pudiera creerse por su título, el acto de la adoración que la Iglesia celebra con el nombre de Epifanía, no; el poema viene á ser, en opinión de Amador de los Ríos, la apoteosis de la Fe. Supónese en el poema que la Sagrada Familia, en su

huída á Egipto, es secuestrada por unos bandoleros, los cuales conducen á los fugitivos á la casa de uno de ellos, que por fortuna es el menos cruel de todos; en dicha casa, María hace el milagro de curar á un niño leproso, hijo del bandido, y éste, impulsado por el agradecimiento, conduce á su huéspeda con toda seguridad á Egipto. El niño leproso, milagrosamente curado, y que, por lo visto, siguió el oficio de su padre, es el que andando el tiempo llamaron el *buen ladrón*, que figura en la Pasión y muerte de Jesucristo.

También es del siglo XII el poema titulado *Los Reyes Magos*.

Vida de Santa María Egipciaca es otro poema, según todas las probabilidades, contemporáneo de los anteriores, pero más estimable que ellos por su forma literaria.

Huelga decir que el poema es la narración, en verso, de la vida y de la conversión de aquella santa.

El autor presenta á María Egipciaca, primeramente como pecadora, después como penitente.

El retrato de la protagonista, cuando la presenta el poeta como pecadora, está pintado en los versos siguientes:

«Redondas avie las oreias - blancas, como la leche de oveias;
oios negros et sobreceias — alba frente fasta las cerneias;
la faz tenie colorada — commo la rosa quando es granada;
boqua chica et por mesura, — muy fermosa la catadura;
su cuello et su petrina — tal como la flor de la espina.
. . . . . .
. . . . . .
Braços et cuerpo et todo lo al — blanco es como cristal.
En buena forma fue tallada — nin era gorda, nin muy delgada.»

Con este cuadro de María pecadora forma contraste el siguiente de María arrepentida:

«Perdió las carnes et le color — que eran blancas como las flores,
et sus cabellos que eran rubios — tornaron blancos et sucios;
las sus oreias que eran albas — mucho eran negras et pegadas;
entenebridos auia los oios — perdido auia los mencoios;
la boqua era enpelecida — redor la carne mui denegrida;
la faz mui negra et arrugada — de fiero viento et elada;
la barbiella et el su grinnon — semeia cabo de tiçon,
tan negra era su petrina — como la pez et la resina.»

A estos poemas y á otros libros en prosa, pero inspirados en la Hagiografía y en el Martirologio, y hasta con ciertos conatos de versificación y de rima, siguieron otros poemas, verdaderas epopeyas, anteriores al del Cid, y que, según algún cronista, fueron, por lo menos, cuatro: el de *Bernardo del Carpio*, el de *Fernán González*, el de don *Fernando I el Magno* y el de *Los Infantes de Lara*.

Estos poemas, considerados por críticos muy notables como epopeyas (aunque es de presumir que no llegasen á tanto), se han perdido casi por completo, aunque en la *Crónica general de Alfonso el Sabio* existen algunos trozos de ellos. Esos restos, sin embargo, no bastan para indicar ni cómo ni cuándo fueron escritos. En opinión de algunos críticos, el cantar de gesta *Bernardo del Carpio* es de origen francés y fué inspirado por la *canción* francesa de *Rolando*. De los otros tres, creemos que son pura y genuinamente castellanos.

Pero el monumento literario más interesante y de mayor importancia en todo aquel período es, indudablemente, *El Poema del Cid*.

Este poema, de autor anónimo, debió de ser escrito casi al finalizar el siglo XII, así como la *Leyenda de las mocedades* (anónima también) parece haber sido escrita unos diez lustros antes.

No consiste la importancia del *Poema del Cid* en bellezas de lenguaje, ni en lo esmerado de la versificación, ni en las excelencias de la poesía, pues no posee ninguna de esas condiciones, propias de tiempos más adelantados y de mayor cultura; consiste en la grandiosa figura del héroe y en ser fiel reflejo del genio español en la Edad media. En suma, el *Poema del Cid* y la *Crónica rimada*, de igual suerte que poco después las poesías de *Santa María Egipciaca* y de los *Reyes Magos*, las obras de Gonzalo de Berceo y de Juan Lorenzo Segura de Astorga, retratan la sociedad española en sus dos grandes sentimientos: la religión y la guerra. El lenguaje tosco y latinado del siglo XI se transformó completamente en el XII (1).

Por lo que á las crónicas respecta, si no tienen gran interés ó carecen de verdadera importancia las correspondientes al siglo XII, la tienen, y mucha, como en el capítulo X veremos, las del siglo XIII.

Habremos de recordar, antes de pasar adelante, que la historia de las letras españolas tributará siempre merecidos elogios á Alfonso VIII. Él fué el que elevó á la silla primada de Toledo, vacante

(1) Créese que el documento más antiguo que se conserva escrito en castellano es la *Carta-puebla* que en el año 1155 dió Alfonso VII á Avilés.

por muerte del arzobispo batallador D. Martín de Pisuerga, al doctísimo y piadoso varón ya citado, Ximénez de Rada. Del mismo modo, digno es de fama Alfonso VIII por la protección que dispensó al *Estudio particular de Valladolid*, fundado hacía ya más de un siglo por el insigne y nunca bastante alabado D. Pedro Ansúrez (1), y todavía merece mayor gloria dicho monarca porque instituyó el *Estudio general ó Universidad de Palencia* (1209). «Este Rey, según la Crónica general, envió por todas las tierras por maestros de todas artes é fizo escuelas en Palencia muy buenas é muy ricas, é dábales soldadas compridamente á los maestros, porque los que quisiesen aprender non lo dejasen por mengua de maestros.» También Alfonso IX de León, á ejemplo del castellano, creó el *Estudio general de Salamanca*. Los Estudios generales secularizaron las letras, arrancando de los clérigos y monjes el monopolio del saber.

Los fueros municipales en Castilla, en Aragón y en Cataluña.

Debemos estudiar la ciencia del *Derecho* en la época tercera, ó lo que es lo mismo, desde la invasión de los árabes hasta el reinado de San Fernando. Transcendental importancia tuvieron los fueros municipales en esta época (Apéndice B). El de Sepúlveda se redujo por vez primera á escritura pública en 1076 por Alfonso VI. «Yo, Alfonso, rey, y mi esposa Inés, confirmamos á Sepúlveda su fuero, que tuvo en tiempo de mi abuelo y en tiempo de los condes Fernán González y García Fernández y del conde D. Sancho, de sus términos, etc.» (2).

Estos y otros muchos que no citamos son semejantes en lo esencial, pues casi todos ellos se reducen á mejorar la condición civil de las personas y de los pueblos. «Lo que la autoridad real perdía por una parte renunciando derechos y prerrogativas, concediendo inmunidades y privilegios locales, ganábalo por otra en prestigio con los pueblos, que recibían agradecidos aquellos beneficios. Neutralizaban así los monarcas el poderío peligroso de la nobleza, creando un nuevo poder en el Estado, y estimulaban á la población y conservación de las fronteras con el aliciente de las franquicias que concedían á sus moradores y defensores. De esta manera la concesión de fueros era en los reyes simultáneamente una conveniencia y una necesidad, y redundaba en recíproca ventaja de los pueblos y de la corona (3). Nó-

(1) Libro I de Claustros de la Universidad de Valladolid, fol. 32.
(2) Véase el tomo I, cap. XXI.
(3) Lafuente, *Historia de España*, t. IV, págs. 321, 322 y 323. El *Fuero de Sepúlveda* fué confirmado por Fernando IV y Juan I.

tase—lo cual indica que los reyes podían derogarlos ó modificarlos á su arbitrio—el empeño que tenían las ciudades para obtener de cada nuevo soberano la confirmación de sus fueros.

Pero lo mismo en el fondo que en la forma, lo mismo por su extensión que por el carácter de sus disposiciones, y lo mismo por el mayor ó menor número de artículos, existen algunas diferencias en los fueros municipales. Al paso que unos, como el de Cuenca, regulan el conjunto de las instituciones jurídicas, otros, como el de Villavicencio, casi sólo tratan del derecho penal. Mientras en los fueros de Cuenca y Uclés se razonan los artículos con bastante minuciosidad, en el de Villavicencio, por el contrario, son sobrios y lacónicos. Por último, si el de Cuenca contiene más de 900 artículos, los de Villavicencio, Castrojeriz y Valenzuela no llegan á 50 (1) (Apéndice C).

Las diferencias existentes entre unos y otros fueros tenían su origen en el motivo por que éstos se dieron. Unas veces consistía el fuero en una concesión del rey ó del señor; otras versaban sobre un asunto objeto de controversia; á veces era el resultado de una transacción entre el pueblo y el señor, y en ocasiones aparecía como obra de la autonomía municipal, «y, en este caso, sus disposiciones suelen ser más amplias y más complejas, extendiéndose á la constitución política y el derecho civil, penal y procesal, á la policía sanitaria y de costumbres, á la reglamentación de la agricultura y de la industria» (2).

Alfonso I *el Batallador* concedió á los vecinos de Calatayud el fuero que éstos le pedían. *(Dono et concedo vobis*—decía el Rey—*quod habeatis foros tales quales vos ipsi mihi demandastis...)* (Apéndice D), y Ramiro II *el Monje*, hermano de Alonso I, en unión de Alfonso VIII de Castilla, confirmó en 1134 el fuero citado de Calatayud.

«El contenido de este fuero—escribe Fernández y González—es de subidos quilates para la investigación presente, como quiera que las más de sus disposiciones, con poquísima diferencia, se ven reproducidas más adelante en la legislación de Castilla. Tales disposiciones, presentadas con la separación que su materia demanda, pueden reducirse á los términos siguientes:

»1.° Que el vecino de Calatayud que tuviese en su solar colonos

(1) Véase Hinojosa, *Estudios sobre la Historia del derecho español*, página 35.

(2) Ibídem.

cristianos, judíos ó moros, responda de su muerte á los concejos á que correspondan, no á señor alguno.

»2.º Que tengan mercado franco para su comercio donde quieran, así cristianos, como judíos y moros.

»3.º Que el cristiano que diere muerte á judío ó á moro, habiendo prueba suficiente de su crimen, pague trescientos sueldos; pero que no se considere la prueba suficiente, antes bien proceda su absolución y salvedad de toda pena, si él negare y otro jurase que no ha ejecutado el hecho.

»4.º Que el cristiano dó testimonio al judío con cristiano, y el judío al cristiano con judío, y se siga el mismo orden con los moros.

»5.º Que el cristiano jure á judíos y moros por la cruz; que el judío haga su forma de jura, teniendo asida la *Attora*, y el moro diciendo *Alamin catzamo ettalat teleta*.

»6.º En fin, que el judío no levante la mano al cristiano, aunque éste le hiera primero; mas si le hiciese lesión y tuviese testigos judío y cristiano, debe pagarle el daño el cristiano, fuera del caso en que no habiendo testigos jure éste que no lo hizo; regla que debe seguirse del mismo modo en las demandas de judío y sarraceno contra cristiano.»

«Ni merece menos detenida consideración el fuero de Daroca, otorgado en 1142 por el conde de Barcelona, D. Ramón Berenguer, en calidad de feudatario del emperador Alfonso VII» (1). Debe advertirse que en este fuero de Daroca «se dispone la igualdad de leyes para cristianos, judíos y moros en heridas, daños y caloñas, reproduciendo la prescripción que en honor de la antigua legislación visigoda había establecido el *Fuero de castellanos de Toledo*» (2). Alfonso II *el Casto* de Aragón es digno de eterna fama, no sólo porque restituyó al reino su antigua independencia (pues en premio de haber ayudado á Alfonso VIII á la conquista de Cuenca fué relevado del feudo que reconocía á Castilla), sino porque conquistada Teruel en el año 1171 le dió (1176) uno de los fueros más importantes de la Edad media. Hase dicho, con exageración manifiesta, que el mencionado fuero es «el más importante de nuestra Edad media y aun de toda la Edad media española» (3).

(1) *Los Mudéjares de Castilla*, págs. 121 y 122.
(2) Ibidem.
(3) Aznar, Introducción al *Forum Turolii*, pág. VI.

¿Qué relación hay entre el fuero de Teruel y los de Sepúlveda y Cuenca? Por lo que respecta á los de Teruel y Sepúlveda, el Sr. Muñoz y Romero ya dijo en el Catálogo de Fueros Municipales de la Real Academia de la Historia (1), «que el fuero otorgado á los de Sepúlveda por D. Alfonso VI el año de 1076, nada tiene que ver con la interesante colección de fueros de Teruel dada por D. Alfonso II de Aragón en 1.º de octubre de 1176...»

El excelente fuero de Cuenca, dado por Alfonso VIII á últimos del año 1190 ó en el de 1191 (2), algunos años después de conquistada aquella ciudad (3), se adapta perfectamente al de Teruel.

Puede afirmarse que el fuero de Teruel pasó, con pocas ó algunas variantes, á Cuenca y después fué recibido por Sepúlveda.

Nos referimos aquí al segundo fuero de Sepúlveda (no al primitivo), el cual debe ser del tiempo de Sancho IV *el Bravo* ó de Fernando IV *el Emplazado* (4).

Los fueros nobiliarios.

Considérense los fueros nobiliarios. Después de estudiar los fueros municipales más notables de León y de Castilla, debemos ocuparnos de los que se formaron para la nobleza, y que son conocidos con los nombres de *Fuero de los fijosdalgo* ó *Fuero de fazañas y albedríos* y *Fuero viejo de Castilla*.

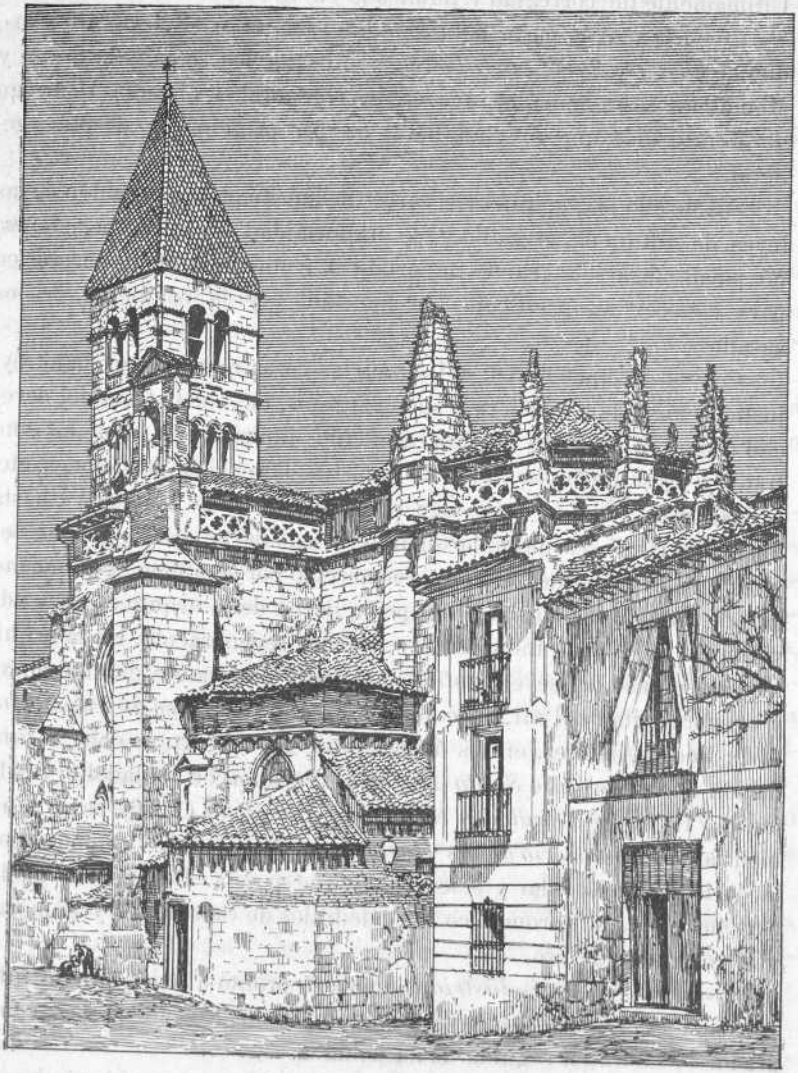
Debió ordenarse el primero en las Cortes de Nájera, celebradas por Alfonso VII tal vez en el año 1138 (5).

No se conoce otro código nobiliario anterior al de las Cortes de Nájera, y acerca de éste diremos que no existe ejemplar alguno que lo contenga en su estado primitivo; pero sí sabemos que sus leyes más importantes pasaron á formar parte del *Fuero viejo de Castilla*, promulgándose últimamente, con el título XXXII, en el *Ordenamiento de Alcalá*.

Pasando á estudiar el *Fuero viejo de Castilla*, habremos de decir que Alfonso VIII, *el de las Navas*, encargó en el año 1212 á los hijosdalgo que revisasen las historias, fueros, costumbres y fazañas que contenían sus tradiciones legales, que las escribiesen y que se las llevasen escritas para darles fuerza y carácter de ley. Formada la colección, el monarca no la sancionó por las *muchas priesas que ovo;*

(1) Página 249.
(2) Martínez Marina, *Ensayo histórico crítico*, párrafo 126, pág. 98.
(3) Se conquistó el 21 de septiembre de 1177.
(4) Véase Martínez Marina, ob. cit., párrafo 109, pág. 86.
(5) Estas fueron las primeras que recibieron el nuevo título de Cortes.

pero los hijosdalgo *juzgaron por este fuero segund que es escrito en este libro é por estas fazañas*, hasta que el año 1255 Alfonso X dió



Santa María la Antigua, de Valladolid.

el *Fuero Real (el fuero del libro)* á los concejos de Castilla, manteniéndose en vigor diez y siete años, ó sea hasta 1272, en cuyo tiempo los nobles reclamaron del rey *Sabio* que se restableciese la ob-

servancia de su legislación, denegada por el *Fuero Real*. Alfonso X dispuso entonces que *judgasen por el Fuero viejo ansí como solien*. Ultimamente fué corregido y publicado en 1356 por Pedro I.

Creen la mayor parte de los publicistas, el Sr. Pidal entre ellos, que el *Fuero viejo de Castilla* fué nobiliario: los señores la Serna y Montalbán sostienen que tuvo carácter general, y el señor Domingo de Morató dice que fué nobiliario en un principio y después general.

Sea de ello lo que quiera, si carece de mérito en la colocación de las leyes, de cultura en el estilo y de uniformidad en sus disposiciones, no puede negársele grande importancia como monumento histórico para conocer los privilegios de los nobles y la condición de los vasallos.

Consta de cinco libros: el I señala las cosas que pertenecen al rey: justicia, moneda, fonsadera é suos yantares, etc.; el II trata del derecho criminal; el III de los procedimientos judiciales; el IV de los contratos y prescripciones, y el V de las arras, herencias, particiones, etc.

Las artes. Las *artes* algo progresaron desde Alfonso VI hasta Fernando III, ó sea desde la toma de Toledo hasta la conquista de Sevilla; en ellas, sin que hubiese desaparecido por completo la tosquedad que de antiguo las afeaba—excepción hecha de la arquitectura,—advertíanse en España indicios de verdadera regeneración. En la arquitectura se pasó del severo *estilo románico*, dominante en el siglo XI y primera mitad del XII, al *románico-ojival* ó *románico de transición*. A D. Pedro Ansúrez, en los últimos años del siglo XI, se debe la fundación de la iglesia de *Santa María la Antigua*, de Valladolid; á Alfonso VIII la de la *ciudad y catedral de Plasencia* (1186), como también la del *Monasterio de las Huelgas*, de Burgos (1187), famoso por la jurisdicción secular y eclesiástica que poseía. Del mismo modo pertenecen al estilo románico las catedrales de Salamanca y Zamora, y la colegiata de Toro.

La industria. La *industria* comenzará pronto á tener movimiento y vida; y el *comercio*, sujeto á trabas impuestas á vendedores y compradores, saldrá en seguida de su pobreza.

La marina. Con respecto á la *marina*, «lo que no cabe dudar es que al arzobispo Gelmírez corresponde el título glorioso de fundador de la marina castellana en el siglo XII» (1). El insigne arzobispo esta-

(1) Fernández Duro, *La Marina de Castilla*, pág. 22.

bleció en Iria un astillero, haciendo venir al maestro genovés Ogerio, el cual construyó, en el año 1120, dos galeras.

Costumbres. En la primera parte del siglo XII los juegos de cañas y las fiestas de toros constituían una parte de las costumbres españolas: *juxta morem patriæ*. Había además otro juego, que consistía en herir á un jabalí con los ojos vendados, y dice el cronista que muchas veces por herir al animal se lastimaban unos á otros, lo que producía grandes risas en los espectadores: *et volentes porcum occidere, sese ad invicem sæpius cæserunt, et in risum omnes circunstantes ire cœgerunt* (1).

Aragón y Cataluña. La unión de Aragón y Cataluña fué beneficiosa para ambos Estados. Unidos los aragoneses, de carácter enérgico y tenaz, con los catalanes, de espíritu altivo y emprendedor, realizaron grandes y gloriosas empresas.

La Monarquía. El poder monárquico permanecía equilibrado por la nobleza, por el justicia y aun por el pueblo, siendo verdaderamente admirable aquella reciprocidad de derechos y deberes.

La nobleza. Se hallaba constituída por los *infanzones*, descendientes de linaje de reyes; por los ricos hombres de *natura* y por los caballeros de *mesnada* ó mesnaderos. Con la modificación de la Constitución aragonesa, en el reinado de Pedro II, se disminuyó considerablemente el poder de la nobleza antigua, aumentándose, en cambio, el poder de los mesnaderos y de los procuradores de las villas y ciudades. Aquella nobleza se sentía decaída y flaca, pues honda brecha habían abierto en sus murallas los caballeros de mesnada y los municipios, que eran por completo del monarca.

El pueblo. Si no fué tardía la intervención del estado llano ó del pueblo en Castilla, todavía fué más temprana en Aragón, si, como se cree, concurrió ya á las Cortes de Borja de 1134.

Puede asegurarse que no hay pueblo en la historia más entusiasta de su independencia y de sus derechos que el pueblo aragonés. Indícalo así la palabra *unión*, repetida con harta frecuencia y tal vez con demasiado celo por el pueblo en defensa de sus franquicias y libertades.

Artes. Comenzaron las artes á tener vida, mereciendo citarse, en el género arquitectónico, la catedral románica de Jaca (siglo XI) y las catedrales, correspondientes al estilo de transición, de Tarragona, Lérida y Solsona (fines del siglo XII y principios del XIII).

(1) *Chron. Adef. Imperat.*, núm. 37.

Comercio. Con respecto al *comercio*, Cataluña fué la que de más antiguo ejerció el tráfico marítimo, el cual se desarrolló con toda su fuerza en el siglo XIII.

La Provenza: cultura; la poesía provenzal. En la Provenza, estado independiente hasta el tratado de Meaux (1229), ya aparece constituída y formada la cultura en el siglo X. Hablábase el idioma provenzal, la lengua de oc, lemosín ó catalán, que todo es lo mismo.

El provenzal, más dado á las delicias de la paz que á las fatigas de la guerra, se aficionó al lujo, á los placeres, á las fiestas, á la música, al canto y al baile. En estos regocijos nació el trovador. El trovador, cuya poesía era cortesana y no popular, tenía su campo en las salas de los palacios, y el fondo de sus cantos era principalmente el amor; el amor, que, según decía un trovador, «es como el mar, siempre infinito y siempre nuevo». Beltrán de Born decía: «La corona imperial de Roma se honraría con ceñir vuestra frente.» Bernardo de Ventadorn se expresaba de este modo: «Cuando mis ojos os pierden de vista, continúo viéndoos, señora.» Peirol añadía: «No quisiera ser Rey ni Emperador si tuviese que renunciar á ella.» Arnaldo de Marveil exclamaba: «Os veo en mi corazón sin cendal ni velos.»

No es posible consignar—tales inmoralidades se leen en ellas—muchas de las composiciones de aquellos poetas.

Correspondían las mujeres á las solicitudes de los hombres. A gala tenían muchas damas principales que su amante las dedicase versos. No negaremos que algunas veces estos amores eran platónicos y generosos; en este caso, la mujer era como un ideal ó fuente de inspiración. Asuntos amorosos se presentaban al fallo de dos ó más damas, naciendo de aquí las *cortes de amor*. Véanse algunos de los temas:

Los goces del amor, ¿son más grandes que sus penas?

Quién debe solicitar el amor, ¿el caballero ó la dama?

¿Debe hacer una dama por su amante tanto como el amante por su dama?

¿Es infiel la dama que en el acto de su marido piensa en su amante?

Qué es preferible: ¿Ser amado de una dama y recibir de ella la prueba más deseada, muriendo en seguida, ó amarla muchos años sin conseguirla?

Qué es mejor: ¿Amar á una joven bella y discreta que no conoce aún el amor, pero que está en camino de conocerlo, ó amar á una hermosa dama experimentada en achaques de amor?

Como nuestros reyes de Aragón eran parientes de los condes de

Provenza y además aquéllos tenían feudos y derechos señoriales en este país, extendióse la poesía provenzal, y aun adquirió carta de naturaleza desde mediados del siglo XII, en Cataluña y Aragón. Si á Alfonso II se le apellidaba *el Casto* en Aragón y Cataluña, con el nombre de *el Trovador* era conocido en la Provenza. Poeta fué, en efecto, Alfonso II, el cual, á los celos y rivalidades literarias, más terribles que las políticas, debió sin duda el haber sido objeto de las implacables sátiras y crueles serventesios de Beltrán de Born, aquel otro trovador provenzal á quien Dante nos presenta en su *Infierno*, llevando en la mano su propia cabeza separada del tronco, á guisa de linterna» (1). Alfonso II es el primero de los reyes de Aragón protectores de la poesía provenzal, de aquel género de literatura tan glorioso en los comienzos del siglo XIII, que pasó á Sicilia y más adelante á Nápoles. Pedro II *el Católico*, sucesor de Alfonso II, fué también excelente trovador.

«Creemos—dice Navarro Ledesma—que se ha concedido en estos últimos tiempos demasiada importancia á un género de poesía tan débil y flojo como éste, salvo algunas composiciones *marinas* y campestres, en que hay verdadero sentimiento de la naturaleza; lo demás, es obra de recetas, fatigosísima en repetición de temas de amores y ausencias ó de diálogos artificiosos, ó de sátiras en extremo brutales. El encanto que produce la lectura de tres ó cuatro composiciones de éstas conviértese en hastío cuando se ve tanto y tanto poeta entregado al insufrible martilleo de gaita gallega, siempre en el mismo son uniforme y cansado.»

Sin que nuestras observaciones puedan redundar en algo que, ni aun de muy lejos, parezca falta de respeto á la memoria, siempre cara del malogrado maestro, consideramos que Navarro Ledesma se muestra excesivamente severo en sus juicios respecto á los trovadores, cuya obra colectiva tiene verdadera importancia y significación indiscutible en la historia de nuestra literatura.

Que no todos los trovadores merecen la misma estimación, es evidente; pero ¿la merecen acaso todos los dramaturgos y todos los noveladores y todos los poetas épicos y líricos de cuyas obras hay noticia? No todos los novelistas españoles son Cervantes, ni todos los autores dramáticos son Lope ó Calderón ó Tirso. Aun concretándose á un escritor solo, ni todas las obras de Cervantes son el *Quijote*, ni todas las comedias de Lope son *La Estrella de Sevilla* ó *La Dama Boba*.

(1) Balaguer, *Instituciones y Reyes de Aragón*, pág. 76.

Más de mil y quinientas obras dramáticas escribió Lope Félix de Vega; no habrá quien se atreva á sostener que todas son obras maestras, ni aun á presumir que todas sean soportables. Quien por obligación ó por castigo hubiera tenido que leer seguidas una docena de comedias de nuestro siglo de oro, habría terminado su tarea completamente aburrido y renegaría de tanto larguísimo romance de exposición, de tantos chistes insulsos del imprescindible criado gracioso. Posible es que el señor Navarro Ledesma se hubiera entregado, influído por su insaciable amor al estudio, á lectura detenida, asidua y duradera de varios trovadores, cuando malhumorado escribía esas líneas en las cuales tan mal los trata, aunque su amor á la justicia le hacía escribir á continuación:

«No obstante, de estas observaciones merece salvarse D. Alfonso *el Sabio* que era un poeta de verdad, menos lírico que épico y narrativo.»

Como salvó esa excepción pudo salvar otras que, en efecto, las hay, y salvadas una ó dos docenas de nombres de verdaderos poetas, queda sentenciado el pleito en favor de la colectividad; pues en cuanto á la producción literaria—y aun á la artística en general—se refiere, la regla es la excepción y la excepción es la regla.

Mucho se ha producido en épocas anteriores; muchísimo más se produce ahora. De lo producido antes, ¿qué queda? ¿qué dura? De lo producido ahora, en que la producción es verdaderamente formidable, abrumadora, ¿qué durará? ¿qué nos sobrevivirá? Quedó lo menos numeroso, lo más selecto, lo tamizado por la crítica de varias generaciones; quedará asimismo lo escogido, lo sobresaliente. De todo lo demás no se tendrá noticia en los venideros siglos. Y eso que ha quedado de ayer y eso que quedará de hoy constituye la herencia literaria y artística que nos legaron nuestros padres, constituirá la que leguemos nosotros á nuestros hijos.

Si algún investigador curioso en demasía, rebuscando en rincones de archivos, desempolvando colecciones de periódicos, saca á luz algunos de los trabajos justamente dados al olvido, no será razonable si, por el aburrimiento que esos trabajos le produzcan, piensa y afirma que cuando aquellos se redactaron, lo que gozaba de favor eran las obras deslavazadas y soporíficas.

La historia de los trovadores, su influencia en el florecimiento de nuestra literatura y en la formación de los albores de nuestro lenguaje, daría materia para muchos libros.

Cuatro tomos escribió nuestro compatriota Víctor Balaguer, y solamente pudo compendiar en ellos una reseña de algunos de los más conocidos. Muy cerca de trescientos (1) nombres desfilan ante la vista del lector por las páginas de los cuatro tomos; nombres entre los cuales figuran algunos de reyes, de príncipes, de damas aristocráticas; pero no todos los trovadores fueron como el que popularizó nuestro ilustre *García Gutiérrez*, hijos adoptivos de gitanas andariegas.

Véase, en prueba de ello, lo que Balaguer afirma en el prólogo de la obra *Los Trovadores:*

«El primer trovador conocido era un príncipe, un duque de Aquitania, el conde de Poitiers, Guillermo IX; pero no puede dudarse que tuvo predecesores. Las gracias de su estilo suponen un arte ya cultivado y habla de un género de poesía, *la tensión*, como cosa de antiguo conocida.

»El ejemplo del conde de Poitiers fué secundado por otro príncipe y alto barón. Puede decirse, pues, que la poesía provenzal nació en los palacios, envuelta en la púrpura.»

El mismo Navarro Ledesma menciona en su *Historia literaria* nombres de trovadores famosos á quienes tributa con entusiasmo incondicionales elogios.

España almoravide: fanatismo de los almoravides.

Los príncipes Yúsuf-Alí y Texufin eran hombres fanáticos en religión, lo mismo que su pueblo. La intolerancia de los poderosos faquíes no tenía límites. Por estas razones, la gente ilustrada no quería á los almoravides (2), que sólo gustaban de la lectura del Corán y de los sermones, y que únicamente tenían en aprecio á los doctores, faquíes y cadíes, á los ministros de la religión y de la ley. La España almoravide era á la vez

(1) Doscientos ochenta y seis nombres de trovadores van incluídos en los cuatro tomos de la obra; de cada uno de ellos se da alguna noticia biográfica y se menciona ó se imprime alguna composición.

(2) En el Léxico de la Real Academia Española se definen los vocablos *almoravide* y *almohade* en los siguientes términos:

«ALMORAVIDE (del árabe *almorabit*, frontero); adjetivo. Se dice del individuo de una tribu del Atlas, guerrera y avasalladora, que, mediado el siglo XI, subyugó á las más valerosas del occidente africano, fundó allí vasto imperio y llegó á tener bajo su dominio toda la España árabe desde 1093 á 1148.»

«ALMOHADE (del árabe *almuahid*, unitario); adjetivo. Dícese del sectario africano que, proclamándose el Mehedí, esto es, el guiador espiritual, fanatizó en 1120 las tribus occidentales de Africa, y dió ocasión á que se fundase nuevo imperio con ruina del de los almoravides.»

teocrática y militar: los sacerdotes fanáticos y los rudos capitanes extendieron el luto y la barbarie en aquella hermosa tierra donde había cantado Abul-Valid-ben-Zaidum, el *Tíbulo de Andalucía*, á su amada Walada, y donde había reinado Al-Motamid y la espiritual Romaiquia. Como escribe Dozy, «la civilización de Andalucía fué para ellos un espectáculo enteramente nuevo; avergonzados de su barbarie, quisieron iniciarse en aquélla tomando por modelos á los príncipes destronados. Por desgracia, tenían la piel demasiado dura para poder apropiarse la delicadeza, el tacto y primor de los andaluces. Todo llevaba en ellos el sello de una imitación servil y mal hecha. Protegieron á los literatos, se hicieron recitar poemas y dedicar libros; pero todo lo hacían torpemente, sin gracia y sin gusto: hicieran lo que hicieran, siempre quedaron semisalvajes y no tomaron de la civilización andaluza más que su lado malo» (1).

D. Francisco Codera no está conforme con lo que dice el ilustre profesor de Historia en la Universidad de Leiden acerca de la barbarie de los almoravides, y procura vindicar la memoria de los sultanes Yúsuf-ben-Texufin, Alí-Al-Mámum y Texufin (2).

España almohade: su cultura científica

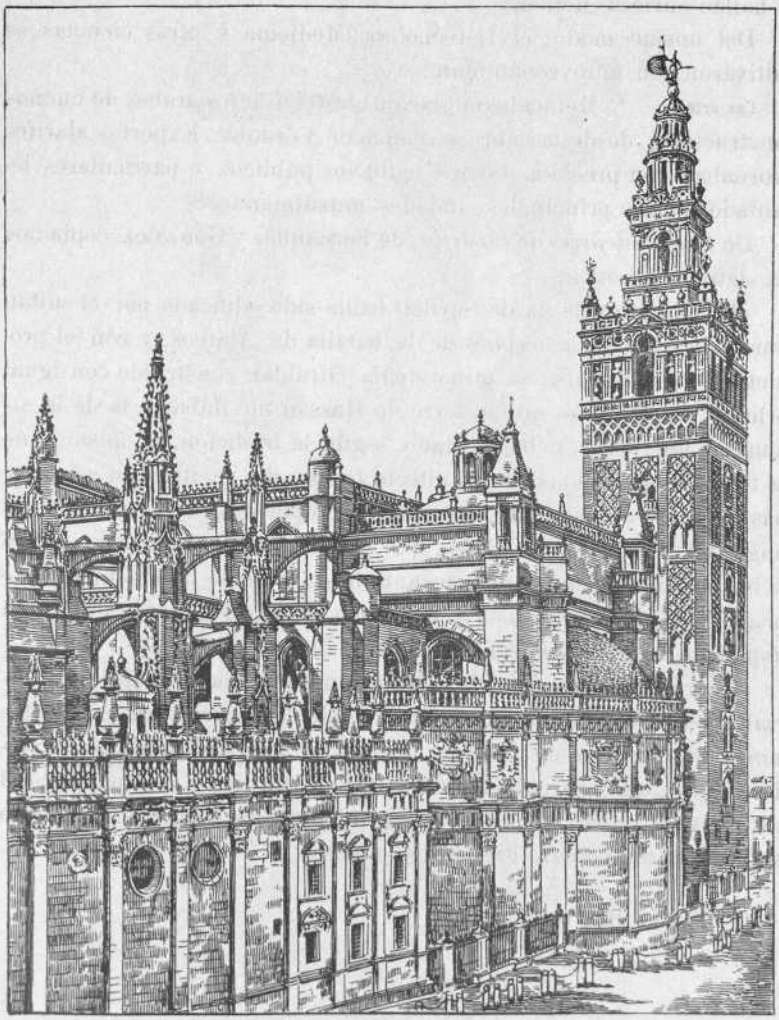
Conforme con la opinión de Codera, escribe Alemany:

«Con el advenimiento de la dinastía almohade al trono de Marruecos, todo cambió para los cristianos: á la tolerancia y favor de los últimos sultanes almoravides, sucedió el más rudo y exagerado fanatismo» (3).

Sin embargo, en la corte de los almohades vivió honrado Aben-Bache (Aben-Pace), que murió en 1133. Escribió, entre otros libros, un tratado político intitulado *Réyimen del solitario*. Después del zaragozano Aben-Bache merece citarse á Aben-Tofail (1116-1185), natural de Guadix, autor de *El filósofo autodidacto*. Sobre todos descuella el cordobés Aben-Rosch (Averroes), que nació en el año 1126 y murió en 1198; cultivó la Astronomía, la Teología, la Filosofía, la Jurisprudencia, la Medicina y las Ciencias naturales. Entre sus obras originales se hallan los *Prolegómenos de la Filosofía*, los tratados de *la locura*, del *intelecto* y de lo *inteligible*, y el importantísimo libro que tiene por título *Tehafot ettehafot* (Destrucción de las destrucciones), el cual le atrajo las censuras de los teólogos muslimes, quienes

(1) *Historia de los musulmanes españoles*, tomo IV, págs. 312 y 313.
(2) *Decadencia y desaparición de los almoravides de España*.
(3) *Homenaje á Codera*, pág. 136.

estaban conformes con el estudio de Algazal, que lleva por nombre *Tehafot*, esto es, destrucción de los filósofos, y en el que se procura demostrar la ineficacia de la razón y sus extravíos.



Mezquita y torre de la Giralda, de Sevilla.

Por lo que respecta á bibliografía general y poesía, en el discurso del siglo XII, no se interrumpió el cultivo de la literatura arábiga entre los muslimes.

Acerca de la Geografía escribió una obra muy apreciable un autor conocido por los nombres d'Ez-Zohri y d'El-Fezâri, y que hoy se le llama *el Anónimo de Almería;* en la parte correspondiente á España se hallan curiosas noticias.

Del mismo modo, el Derecho, la Medicina y otras ciencias se cultivaron con aprovechamiento.

Las artes. Merecida reputación obtuvieron los árabes de buenos constructores desde la fábrica aljama de Córdoba. Expertos alarifes exornaban con preciosas labores edificios públicos y particulares levantados en las principales ciudades musulmanas.

De *Los mudejares de Castilla*, de Fernández y González, copiamos las siguientes noticias:

«Dicha mezquita (la de Sevilla) había sido edificada por el sultán almohade Al-Manzor después de la batalla de Alarcos, y con el producto de sus despojos. Su minarete (la Giralda), construído con igual forma y proporciones que la torre de Hassan en Rabat y la de la aljama de Marruecos, debe su plano, según la tradición, lo mismo que las torres mencionadas, al arquitecto Geber, de Sevilla. En su parte más alta colocáronse unas manzanas sobrepuestas, de extraordinaria magnitud, en un eje de hierro, que pesaba cuarenta arrobas. Labró dichas manzanas, las doró y levantó hasta el sitio donde fueron colocadas el sabio naturalista y mecánico Abu-Layts-As-Secali, quien empleó en dorarlas cien mil escudos de oro» (1).

Gozaron del mismo modo reputación merecida de hábiles industriales y de comerciantes, no decayendo la agricultura ni ciertos ramos del comercio en aquellos tiempos de guerras interiores y exteriores, de tantas revueltas y de tantos disturbios. La imparcialidad nos obliga á alabar las discretas y prudentes disposiciones que sobre la industria en general dieron los sultanes.

(1) Página 100, nota 2.ª



FERNANDO III (EL SANTO)

VI

Castilla: Fernando III *el Santo.*—Enemiga de Alfonso IX de León á Fernando III.—Matrimonio de Fernando III con Beatriz de Suabia.—Campañas de Fernando III contra los musulmanes.—Unión de Castilla y León.—Los almohades: Yúsuf-Abu-Mohámed y Al-Adel.—Al-Adel-Miramamolín.—Abu-Alale-Al-Mámum.—Conquista de Quesada y de Cazorla.—Conquista de Ubeda, de Córdoba, de Jaén y de Sevilla.—Otras conquistas.—Muerte de Fernando III.—Consideraciones.—Fundación del reino de Granada.—Proclamación de Aben-Hud en Ricote.—Aben-Hud arroja á los almohades de España.—Aben-Alahmar se subleva en Arjona.—Guerra entre Aben-Alahmar y Aben-Hud.—Aben-Alahmar, rey de Granada.—*Portugal:* Sancho II.

Castilla y León: Fenando III el Santo.

Fernando III *el Santo* (1217-1252) (1), hijo de Alfonso IX de León y de Berenguela de Castilla, cuando contaba diez y ocho años de edad, por la abdicación de su madre, fué proclamado y jurado rey de Castilla en las Cortes de Valladolid de 1217, reunidas en la iglesia de Santa María la Mayor (2).

Enemiga de Alfonso IX de León á Fernando III.

Al ver Alfonso IX de León burladas sus esperanzas, al frente de poderoso ejército llegó á Arroyo, cerca de Valladolid, «mostrándose enojado, diciendo y haciendo muchas cosas contra doña Berenguela y contra el rey D. Fernando su hijo» (3). Pasó luego el Pisuerga y, después de permanecer algunos días en Laguna, cerca también de Valladolid, partió para tierra de Burgos; pero las poblaciones todas recibieron con frialdad al leonés, el cual, obedeciendo sólo á los ímpetus de su soberbia, se contentó con hacer correrías y causar muchos males.

(1) Aben-Jaldón le apellidaba *el Bizco*. Véase Dozy, *Investigaciones*, etcétera, tomo I, pág. 169.

(2) Dice Mariana que D. Fernando fué alzado en Nájera debajo de un gran olmo, pero no es cierto. (Ob. cit., lib. XII, cap. VII.)

(3) *Chrónica del rey D. Fernando*, cap. VI.

Por segunda vez Alfonso IX, inducido por los rebeldes Laras, que habían sido castigados por Fernando III, tomó las armas, y ya estaba á punto de darse la batalla entre padre é hijo, cuando por mediación de algunos prelados y caballeros pactaron una tregua. Hicieron luego un convenio, prometiéndose mutua ayuda en la guerra contra los infieles (1),

Matrimonio de Fernando III con Beatriz de Suabia.

Aconsejado D. Fernando por su madre doña Berenguela, que era – según la *Crónica general*— «muy sesuda dueña, et verdadera, et muy comprida de todos bienes», y ante cuya presencia estaba—como dice D. Lucas, obispo de Tuy—«como un humilde mozo so la palmatoria de un maestro», eligió por mujer á la princesa alemana Beatriz, hija de Felipe de Suabia y prima hermana del emperador Federico II, la cual era *nobilis, pulchra, composita, prudens, dulcissima*, según la opinión del arzobispo D. Rodrigo.

Doña Beatriz llegó á Burgos, casándose y velándose en la iglesia Mayor (3 de diciembre de 1219). De este matrimonio nació (23 de noviembre de 1221) su primogénito D. Alfonso, que fué reconocido un año después en las Cortes de Burgos (2).

Campañas de Fernando III contra los musulmanes.

Cuando Alfonso IX se convenció de que era inútil cuanto intentase contra Castilla, se reconcilió con su hijo y se preparó á pelear contra los musulmanes. Y D. Fernando, habiendo dejado el gobierno interior de su reino á los cuidados de su madre doña Berenguela, dió comienzo á sus expediciones contra los reyezuelos moros. Acompañado del historiador y prelado D. Rodrigo Ximénez de Rada, emprendió una campaña (1224), sembrando el terror y espanto entre los sarracenos. Mohámed, amir de Baeza, se dió por vasallo al rey de Castilla, como también el rey moro de Valencia. Acercándose el invierno, volvió á Toledo.

En la segunda campaña, que emprendió en el año siguiente (1225),

(1) Tan profunda pena causó á D. Alvaro Núñez de Lara la noticia de la paz, que enfermó y murió al poco tiempo. Su hermano D. Fernando de Lara pasó al Africa, donde combatió á favor del amir de los almohades, acabando sus días vistiendo el hábito de hospitalarios de San Juan. Su otro hermano, D. Nuño, también murió sirviendo á los moros.

(2) En el año 1221 se comenzó á edificar uno de los monumentos arquitectónicos más bellos de la Edad media, la catedral de Burgos, cuya primera piedra pusieron D. Fernando y el obispo Mauricio. «Era de MCCLIX fué puesta la primera piedra en Santa María de Burgos en el mes de julio, el día de Santa Margarita, é pusiéronla el rey D. Fernando é el obispo don Moriz» (*Crónica de Cardeña*, pág. 372.)

logró apoderarse de Andújar y Martos; en la tercera saqueó y quemó los pueblos que se resistían, talando mieses, viñas y olivares; de esta manera peleó con los moros por más de diez años, durante los cuales, además de Andújar y Martos, se hizo dueño de Quesada, Priego, Loja y otras poblaciones, entrando por la vega de Granada y por los alrededores de Sevilla (1).

Unión de Castilla y León.

De vuelta también de una de estas expediciones á tierras musulmanas, en la cual intentó apoderarse de Jaén, y que no lo logró *por la grant fortaleza de ella* (2), hallándose en Guadalajara, tuvo noticia del fallecimiento de su padre Alfonso IX de León (1230).

A este ilustre monarca, el conquistador de *Cáceres* (3) y de *Mérida* (1230), cuando se dirigía á Compostela, con objeto de dar gracias á Santiago por sus últimas conquistas, aguda enfermedad le ocasionó la muerte en Villanueva de Sarria, dejando por herederas de su corona á sus dos hijas Sancha y Dulce, habidas de su primer matrimonio con doña Teresa de Portugal, con exclusión de D. Fernando.

En tanto que doña Berenguela se encaminaba á encontrarse con su hijo, éste salía de Guadalajara, acompañado del arzobispo D. Rodrigo de Toledo, de D. Lope Díaz de Haro, de D. Alvaro Pérez de Castro y de otros nobles y grandes del reino.

Viéronse doña Berenguela y D. Fernando en Orgaz y en seguida marcharon á Toledo, de cuya ciudad salieron *a grant priesa*, dirigiéndose á Tordesillas y luego á San Cebrián de Mazote, cuyo castillo se entregó voluntariamente (4), pasando luego á Villalar (5) y á Toro, donde «fué el rey D. Fernando recibido en rey et en sennor, et desto le fezieron omenaie» (6). Recorrió otras poblaciones, entre ellas Mayorga y Mansilla, penetrando en León, siendo recibido «muy bien et muy onrradamiente... y alzado Rey».

(1) En el año 1226 Fernando III y el arzobispo D. Rodrigo echaron los cimientos del hermoso templo de Toledo y, como dice el autor de las *Memorias de San Fernando*, «de aquella magnífica obra que hoy celebramos con las plumas y admiramos con los ojos».

(2) *Estoria de España*, mandada componer por Alfonso X *el Sabio*, 1036, pág. 720.

(3) Otorgó á esta ciudad uno de los fueros más libres de la Edad media.

(4) El primer pueblo que levantó bandera en favor de Fernando III fué San Cebrián de Mazote (Valladolid). Véase mi *Historia de los pueblos de la provincia de Valladolid*, tomo II, pág. 25.

(5) No á Villalón, como escriben otros historiadores.

(6) *Estoria de España de Alfonso X*, 1038, pág. 723.

Doña Berenguela, apartando á su hijo de la intervención de este negocio, resolvió entenderse ella misma con doña Teresa de Portugal, madre de las infantas, que vivía consagrada á Dios en un monasterio de aquel reino. Accedió á ello la de Portugal y, dejando por algunos días su retiro, vino á reunirse con doña Berenguela en Valencia de Alcántara, donde debía tener lugar la entrevista. La virtuosa doña Teresa, convencida de que sus reclamaciones no darían resultado favorable, pues los prelados, los grandes y el pueblo se habían decidido por D. Fernando, aceptó para sus hijas fuerte cantidad de dinero. Contento Fernando con la solución de este negocio, salió á buscar á sus hermanas, que encontró en Benavente, en cuyo lugar firmó la escritura del pacto (11 de diciembre de 1230). «Et alli en Benavente, el rey D. Fernando et la reyna doña Berenguella posieron a las infantas en logares convenientes et buenos XXX mill maravedis de oro que oviesen ellas para todavia cada una, en quantos días ellas visquiesen» (1).

Los almohades: Yúsuf.

Yúsuf, que tomó el nombre de *Almostansir*, sucedió—como se dijo en el capítulo IV de este tomo—á Mohámed-ben-Yacub, llamado *Anasir Lidinalá*. Yúsuf, en cuyo tiempo comienza la decadencia del imperio almohade, se entregó completamente á los placeres, encomendando los asuntos de Estado á sus ministros y favoritos. Murió Almostansir en noviembre ó diciembre de 1223 ó en enero de 1224, según Aben-Jaldón, envenenado por su visir Aben-Chami, y según Aben-Al-Jatib, á consecuencia de la cornada que le dió una vaca, que él mismo cuidaba en sus establos.

Abu-Mohámed y Al-Adel. — Al-Adel Miramamolin.

Aunque proclamado Abu-Mohámed amir de España en Marruecos, no fué reconocido por su sobrino Al-Adel, gualí ó gobernador de Murcia. Al-Adel se hizo dueño de casi toda la España musulmana.

Cuando los jeques de Marruecos se enteraron de la proclamación de Al-Adel, ganados tal vez por éste con dinero y promesas de altos cargos, hicieron destronar y matar á Abu-Mohámed, enviando á aquél juramento de fidelidad.

Al-Adel, llamado *Miramamolín*, pasó entonces á Marruecos.

Pero la insurrección lo mismo reinaba en Africa que en España, alentada aquí por Fernando III de Castilla, quien se proponía, como era natural, la ruina del imperio musulmán. Víctima de la insurrec-

(1) *Estoria de España de Alfonso X*, 1039, pág. 724.

ción fué Al-Adel, pues murió estrangulado en septiembre ú octubre del año 1227.

Abu-Alale-Al-Mámum.

Abu-Alale tomó el título de *Al-Mámum*. Proclamado en Sevilla, y después de castigar á algunos insurrectos, tuvo que partir para el Africa (1228), no sin suplicar antes auxilio y protección del monarca de Castilla y León. Dióle éste aguerrido ejército de cristianos. Al-Mámum, tan conocedor de las ciencias y letras como valeroso capitán, puso en derrota á sus enemigos de Africa y entró victorioso en Marruecos.

Es de advertir que el nuevo califa estaba casado con la cristiana Habiba y él mismo se sentía inclinado á la religión de su mujer, hasta el punto de que leía con frecuencia las epístolas de San Pablo y llegó á rechazar la alianza de Juan sin Tierra, que pretendía inducirle á hacer la guerra al Papa.

Un día Abu-Alale subió al púlpito de la mezquita de Almanzor y después de la predicación añadió: «varones, no digáis que Al-Madhí (sobrenombre del fundador de la secta de los almohades) es *masson* (impecable); llamadle más bien el *medmon* (seductor villano), porque no hay otro Al-Madhí que Jesús, hijo de María: la bendición sea sobre él. Yo os digo que toda la historia de nuestro Al-Madhí es una impostura» (1).

Pero, como después diremos, al partir Abu-Alale al Africa había dejado en España terrible foco de insurrección.

Conquista de Quesada y de Cazorla.

Ocupado Fernando III en arreglar los asuntos interiores de su reino, encomendó á su hermano el infante D. Alfonso y al arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Ximénez, la conquista de *Quesada*. El prelado y el infante, no solamente se apoderaron de aquella plaza, sino que tomaron también á *Cazorla* y otros castillos; desde entonces tuvo principio el *Adelantamiento* de esta ciudad, por tanto tiempo bajo la autoridad de los prelados toledanos. Aunque el ejército cristiano no era numeroso, aprovechándose del levantamiento de Aben-Hud contra el emperador Al-Mámum, consiguió señalado triunfo en los campos de Tarifa.

Conquista de Ubeda, de Córdoba, de Jaén y de Sevilla.

La enemiga entre Aben-Hud y Mohámed-ben-Yúsuf-Aben-Alahmar, así como también la división de los árabes, trajeron como consecuencia que los cristianos se apoderasen de algunas poblaciones. Contra la ciudad de

(1) Fernández y González, *Los mudejares de Castilla*, pág. 87.

Ubeda, defendida por gran fortaleza, se dirigió Fernando III, apoderándose de ella (1235) y volviendo en seguida á Toledo.

En el citado año murió en Toro la reina doña Beatriz, cuyo cadáver fué llevado á enterrar al monasterio de las Huelgas, de Burgos.

Tiempo adelante púsose D. Fernando, con buen golpe de gente, sobre la ciudad de *Córdoba* (1236), que conquistó fácilmente, «y los tristes muslimes — dice un historiador árabe — salieron de Córdoba (restitúyala Alláh) y se acogieron á otras poblaciones de Andalucía, mientras los cristianos se repartieron sus casas y heredades.» Luego se hicieron tributarias Estepa, Ecija, Almodóvar y otras ciudades. Ya llevaba algún tiempo de viudez D. Fernando, cuando doña Berenguela le proporcionó segundo matrimonio con la dama francesa Juana, hija del conde de Ponthieu (no de Poitiers, como dicen Mariana, Garibay y otros) y biznieta de Luis VII. Celebráronse las bodas en Burgos (1237).

Poco después, Alvar Pérez, nombrado por el Rey su adelantado, como virrey de Córdoba, marchó á Castilla en el año 1238 á dar cuenta de su gobierno, dejando á la condesa su mujer y á D. Tello su sobrino con pequeña fuerza de caballería en el castillo de Martos. Súpolo Mohámed I Aben-Alahmar, y se dirigió á tomar la fortaleza con numerosa hueste; pero la condesa, en apuro tan grande, hizo — según cuenta la crónica — que todas sus damas trocasen las tocas por yelmos, y que, empuñando las armas, se dejaran ver en las almenas, único recurso para engañar á Aben-Alahmar y hacerle ver que había muchos hombres dispuestos á la defensa del castillo. D. Tello y sus caballeros se encontraban recorriendo la comarca y acudieron á la fortaleza; mas al ver la mucha morisma que cercaba la peña, ya iban á desistir, cuando el valeroso Diego Pérez de Vargas, conocido por Diego *Machuca*, les dijo: «Caballeros, ¿qué es lo que coydades? Fagamos de nos tropel, et metámosnos por medio destos moros, et provaremos ssi podremos pasar por ellos et acorrer á la penna et á nuestra sennora; et bien fio, por Dios, que lo acabaremos; ca si lo comenzamos, non puede ser que algunos de nos non pasen de la otra parte. Et qualesquier de nos que a la penna puedan sobir, poderla an defender, et non la culnaran los moros; et los que non podiermos pasar et morieremos oy, salvaremos nuestras almas et yremos á la gloria de parayso, et compliremos nuestro debdo, aquello que todo fijo-dalgo debe complir, et esto es: fazer derecho, et perder miedo alli do lo debe omne perder... Et de lo mio, vos dire que yo antes querria morir luego

a la ora aqui a mano destos moros, que non que la lieven cativa (la condesa) et que se pierda la penna de Martos; et yo nunca me parare ante el rey don Fernando nin ante Alvar Perez con esta verguenza; et quierome yr meter entre aquellos moros, et fare y todo mio poder, fasta que muera. Et todos sodes caballeros fijos-dalgo, et debedes saber lo que avedes facer en tal fecho commo este: ca non biuremos por siempre, et a morir avemos, et de la muerte ninguno de nos non se puede escusar agora o despues, ¿por qué avemos della tan grant miedo? Et ssi agora nos alcanzare la muerte, venirnos a con muy grant onrra et sernos a onrrada et con bona fama, faziendo derecho et lealdat, lo que todo omne bono deve facer. Et pues tanpoco es la vida deste mundo, por miedo de la muerte non devemos dexar perder tan noble cosa commo es la penna de Martos, et que sea cativa la condesa et las duennas. Et si vos a esto acordades; et si non, de todos me espido et quiero yo conplir lo que dix, et fazer mio derecho fasta en la muerte» (1). Estas palabras, que el cronista pone en boca de Diego Pérez Machuca, infundieron — según cuentan — aliento en todos, y poniéndose al frente Machuca, lograron los más romper la línea, llegando á la fortaleza (1238). Entonces Aben-Alahmar desistió de atacar un baluarte defendido por tan intrépidos adalides. La alegría del Rey al saber este heroico hecho de armas se turbó cuando tuvo noticia de la muerte del valeroso caudillo Alvar Pérez, que regresaba á Andalucía, y recibió poco antes la de haber fallecido D. Lope de Haro, otro de los más esforzados capitanes del reino.

Fernando III se encaminó á Córdoba y rindió algunas poblaciones. À su vuelta hizo dotar la *Universidad de Salamanca* y fomentó sus enseñanzas. No trasladó, como dice Lafuente, la Universidad de Palencia á Salamanca (2), ni agregó, como escribe D. Manuel Colmeiro (3), aquélla á ésta, pues el *Estudio general* palentino había dejado de existir hacía tiempo.

Habiendo enfermado D. Fernando en Burgos, encomendó á su hijo D. Alfonso la defensa de la frontera andaluza. Llegado que fué éste á Toledo, se encontró con los comisionados del rey moro de Murcia, que venían á ofrecer su reino al monarca de Castilla. Mohámed de Murcia, cuando vió que Valencia había caído en poder de don

(1) *Estoria de España*, 1051, pág. 738.
(2) *Historia de España*, tomo V, pág. 350.
(3) *Reyes cristianos desde Alfonso VI hasta Alfonso XI*, tomo I, página 110.

Jaime de Aragón, y que su mismo Estado iba á ser presa de su mortal enemigo Alahmar de Arjona, tomó aquella resolución. D. Alfonso, á nombre de su padre, firmó las capitulaciones de Alcaraz con el rey de Murcia, Mohámed (llamado por los nuestros *Hudiel)* (1), y con los alcaides de Crevillente, Alicante, Elche, Orihuela, Alhama, Aledo, Ricote y Cieza; pero no vinieron á este concierto los alcaides de Cartagena y Mula, ni el walí de Lorca. D. Alfonso entró en *Murcia* (1241), donde fué recibido con grandes fiestas.

Por este tiempo, D. Fernando, ya restablecido de su enfermedad, asistió á la profesión religiosa de su hija doña Berenguela en las Huelgas de Burgos; dió muestras de su caridad, sirviendo la comida á doce pobres (2), y manifestó su amor á la justicia creando un Consejo de doce sabios para que le guiasen en la resolución de los arduos problemas del derecho (3).

Luego, mientras Fernando III penetraba en Andalucía con la idea de castigar al orgulloso Alahmar y se hacía dueño de *Arjona* y de *Cazalla* (1244), su hijo D. Alfonso recogía abundante cosecha de laureles en el reino de Murcia, castigando á los jefes de las ciudades que habían resistido someterse. En efecto, la importante población de *Mula*, después de tenaz resistencia, cayó bajo su poder, y los campos de Cartagena y Lorca fueron asolados. «Mula, dice el cronista, es villa de grant fortaleza et bien cercada, et el castiello della es commo alcazar alto et fuerte et bien torrado, et es abondada de todos abondamientos de labor de tierra et de todas cazas de monte que a conplida villa conviene, et heredamientos de vinnas et de huertos et de frutales de todas frutas, de montes et de grandes términos et de buenas aguas; de todas cosas es conplida et abondada mucho» (4).

Hallándose Fernando III en Córdoba, muy contento por la inteligencia y valor que había mostrado su hijo D. Alfonso, ya en la conquísta de Mula, ya en sus correrías por tierras de Lorca y Cartagena, se decidió á poner cerco á *Jaén* (1245). Defendía la ciudad el valeroso caudillo Aben-Muza. Cuando menos se esperaba, Mohámed-ben-Alahmar se presentó en el campamento cristiano «et besol la mano et tornose su vasallo en esta guisa, que feziese del et de su

(1) Aben-Hudiel es forma diminutiva de su apellido Aben-Hud.
(2) En este hecho, según cuentan, tiene origen la costumbre de nuestros reyes de dar de comer el día de Jueves Santo á doce pobres.
(3) Principio de lo que más adelante se llamara *Consejo Real de Castilla.*
(4) *Estoria de España*, 1065, pág. 744.

tierra lo que fazer quisiese; et entregol luego Jahen» (1). El conquistador de Córdoba, no tan generoso como escriben los cronistas, impuso las siguientes condiciones: Mohámed-ben-Alahmar, rey de Granada, pagaría á Fernando III cincuenta mil maravedís. Le serviría con cierto número de caballeros cuando fuese llamado para alguna empresa. Se presentaría á las Cortes, del mismo modo que lo hacían los grandes y ricos homes castellanos.

Estas satisfacciones del rey *Santo*, como también la alegría que recibió por haber arreglado sus diferencias con D. Jaime de Aragón, siendo prenda segura el matrimonio que celebró en Valladolid (1246) su primogénito con doña Violante, hija del aragonés, fueron acibaradas por triste noticia que llenó su alma de dolor: la muerte de su madre doña Berenguela (1246). Recordaremos en este lugar que casi todos los documentos reales de San Fernando, mientras vivió su madre, comienzan del siguiente modo: «Yo, D. Fernando, en uno con la reina mi mujer, e con parecer e otorgamiento e consentimiento de la reina doña Berenguela mi madre, et de mis fijos...» «Et non era maravilla, escribe Alfonso X (hablando del dolor de su padre), de aver ende grant pesar, ca perdio tal madre, qual nunca rey en su tienpo otra perdio que tan conplida fuese a todos los sus fechos. Esta era espeio de Castiella et de Leon et de toda Espanna, por cuyo conseio et por cuyo seso sse guiauan muchos reynos, et ouo auentaia et gran meioria de quantas otras en el su tienpo reyno ouvieron. Llorada fue por Castiella de conceios et de todas las gentes de todas lees; muy llorada fue de caualleros pobres a quien ella muchos bienes fazia. Esta era toda conplida sierua et amiga de Dios. La nonbradia de sus bienes, et de las bonas obras et de las noblezas desta, fue esparzida por todo el mundo; ca esta fue enxienplo de toda bondat, a la qual aya Dios merced et piedat, cuya sierua et amiga uerdadera ella era, et la faga heredera con los sus fieles en el su reyno; amen» (2).

Ibase á llevar á efecto la conquista importantísima de *Sevilla*, gobernada á la sazón por Abu-Fares-ben-Yunos, primo y servidor de Abu-Zacaría, rey de Túnez (3). D. Fernando, por la parte de Alcalá del Río, y su almirante Ramón Bonifaz (4), por el lado del Guadal-

(1) *Estoria de España*, 1070, pág. 746.
(2) Ibídem, 1073, pág. 748.
(3) Como San Luis, rey de Francia, le invitase á que tomara parte en la expedición á Palestina, contestó: «No faltan infieles en mi tierra».
(4) Ramón Bonifaz, primer almirante de Castilla, era natural de Burgos.

quivir, habían puesto cerco á *Sevilla*, ayudados por Aben-Alahmar de Granada, pues prefería el rey andaluz la dominación cristiana á la almohade en la ciudad de San Leandro y San Isidoro. A tomar parte en los trabajos y penalidades del sitio acudió el príncipe D. Alfonso, acompañado del infante D. Alonso de Aragón y del conde de Urgel (1).

Comenzó el sitio el 20 de agosto de 1247.

«Si era grande obstáculo para la defensa de los sitiados la armada cristiana, que en vano intentaron incendiar los moros, no era origen de menor cuidado para los sitiadores el puente sostenido en barcas, que unía á la ciudad con el arrabal de Triana» (2). Roto el puente, á los ocho meses de asedio, por el ingenio del almirante español, aunque los sevillanos desplegaron un valor á toda prueba en la defensa del castillo de Triana, no tuvieron más remedio que entregarse después de quince meses de asedio (23 de noviembre de 1248). Las concesiones otorgadas por San Fernando, según parece, fueron las siguientes:

«Que los muslimes pudiesen permanecer en la ciudad, gozando libremente de sus casas y posesiones, con el mismo tributo que solían pagar á sus reyes por Zuna y Xara.

»Que cuantos desearan marcharse, tuviesen libre disposición en sus cosas muebles, y el tiempo conveniente para salir de la ciudad y de su tierra.

»Que durante un mes se facilitaran por los cristianos, á todos los que quisieran partir, acémilas por tierra y naves por la mar.»

En tanto que San Fernando hacía su entrada solemne en Sevilla, acompañado de su hermano é hijos, de los infantes de Portugal y de Aragón, de ricos homes, prelados y de lo principal de la corte, los muslimes abandonaban la ciudad, retirándose, unos, á los otros Estados musulmanes, y otros, al Africa (Apéndice E). Así terminó el imperio de los almohades en Andalucía. De modo, pues, que los descendientes de la antigua nobleza árabe española por un lado y los cristianos por otro acabaron con aquellos unitarios que hacía un siglo habían plantado en los alcázares de nuestras ciudades andaluzas la bandera blanca, al mismo tiempo que abatían el estandarte negro de los almoravides.

«Despidióse Aben-Alahmar de Granada—dice su crónica—del rey Ferdeland, y tornóse más triste que satisfecho de los triunfos de

(1) Fernández y González, *Los mudejares de Castilla*, pág. 93.
(2) Obra citada, pág. 94.

los cristianos; que bien conocía que su engrandecimiento y prosperidades producirían al fin la ruina de los muslimes, y sólo se consolaba con esperanzas, que su imaginación le ofrecía, de que tal vez tanto poder y grandeza mudando de señor se arruinaría y caería de su propio peso, confiando en que Dios no desamparara á los suyos» (1).

Otras conquistas. Ganada la reina del Guadalquivir, se rindieron *Medina Sidonia*, *Alcalá de los Gazules*, *Vélez*, *Cádiz*, *Santa María*, *Rota*, *Lebrija*, *Trebujena* y otras poblaciones.

Cuando el tercer Fernando preparaba una flota que debía conducirle al Africa, vino á atajarle la muerte sus proyectos.

Muerte de Fernando III. Falleció el 3 de mayo de 1252, aquejado de devoradora hidropesía, encomendando á su hijo D. Alfonso la realización de las grandes empresas que meditaba (2). Sus últimas palabras fueron: «Señor Jesucristo, redentor mío, desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo me ofrezco á la tierra; recibid, Señor mío, mi alma, y por los méritos de tu santísima pasión, ten por bien de la colocar entre los siervos.» En seguida mandó apartar de su cuerpo y de su vista todo signo de majestad. Ordenó cantar en alta voz el *Te Deum laudamus*, é inclinando la cabeza y los ojos dió el alma á Dios.

«Colocóse sobre su sepulcro una inscripción cuadrilingüe en latín, arábigo, hebreo y castellano; testimonio elocuente, que todavía subsiste, de su poderío y grandeza, no menos que de la variedad de razas y pueblos diversos sometidos á aquel monarca insigne, á quien la Iglesia honró muy pronto con la veneración de los santos» (3). En el año 1671 fué canonizado por el papa Clemente X.

Consideraciones. No ha faltado ya—escribe Lafuente—quien encuentre puntos de analogía entre San Fernando de España y San Luis de Francia, su coetáneo, pero no los señalan todos. Si San Luis fué «el hombre modelo de la Edad media», como le llamó uno de los más ilustres escritores de su nación (4), porque «en su persona se ve un legislador, un héroe y un santo», nadie niega á San Fernando ni lo de santo, ni lo de héroe, ni lo de legislador. Si San Luis combatía en el puente de Taillebourg y en la Massoure; si daba cuenta de los libros de una biblioteca á quien iba á preguntarle; si daba audiencias públi-

(1) Conde, *Historia de la dominación de los árabes*, tomo III, pág. 37.
(2) Núñez de Castro, *Vida de Fernando III*, pág. 336.—Madrid, MDCCLXXXVII.
(3) Fernández y González, *Los mudejares de Castilla*, págs. 97 y 98.
(4) Chateaubriand, *Estudios históricos*, tomo II.

cas y fallaba los pleitos bajo el haya de Vincennes sin ujieres ni guardias; si resistía á las usurpaciones de la corte de Roma; si organizaba un Código con el nombre de *Instituciones*, y los príncipes extranjeros le elegían por árbitro suyo, San Fernando combatía en Córdoba, en Jaén, en Sevilla y en otros cien lugares; fundaba una Universidad literaria en Salamanca; erigía la gran Basílica de Toledo; recorría el reino para administrar por sí mismo la justicia; en cada villa y en cada ciudad abría audiencia y fallaba los litigios y querellas de sus súbditos, auxiliado de su Consejo de sabios; defendía con celo las regalías de la corona contra las pretensiones de dominación temporal de los Papas; asistía á la mesa á doce pobres; elegíanle príncipes extranjeros por mediador de sus diferencias; expulsaba á los mahometanos con la espada, reprimía con el castigo la herejía y redactaba códigos de leyes.

» Si Luis IX de Francia ostentó el poder unido á la santidad, Fernando III de Castilla unió á su persona la más reconocida santidad con la mayor suma de poder que entonces podía alcanzarse. La Iglesia colocó muy justamente al rey de Francia en el catálogo de los Santos; pero antes que la Iglesia canonizase al rey de Castilla, proclamábale santo la voz unánime de su pueblo; santo se le apellidaba en los epitafios, en los documentos públicos y en las historias, y la Iglesia no hizo sino dar solemne y legal sanción al convencimiento universal que por espacio de siglos se había conservado en toda España. Júzguese cuál de los dos santos y de los dos reyes puede ser presentado con más títulos como «el hombre modelo de la Edad media» (1).

Fundación del reino de Granada. Proclamación de Aben Hud en Ricote.

El primero que se levantó en España contra la dominación de los almohades fué un descendiente de la antigua dinastía Aben-Hud de Zaragoza. Llamábase Abu-Abdillah Mohámed-ben-Yúsuf-ben-Hud Al-Motaguáquil, y fué proclamado amir de los muslimes españoles el 4 de agosto del año 1228. Verificóse dicha proclamación en Ricote, partido judicial de Cieza, cerca del río Segura y donde se alza fuerte y elevado castillo.

Dice la *Chrónica de D. Fernando*: «En aquel tiempo era Aben-Suc un moro que se levantara en Ricot, un castiello de Murcia, que se alçó contra los almohades, que apremiaban cruelmente los moros de aquen mar, é ellos con la gran premia de los almohades, levan-

(1) *Historia de España*, tomo V, parte II, libro II, págs. 449 á 451.

táronse con Aben-Suc é resçibiéronlo por señor en la tierra de Murçia é en otros muchos lugares, é quantos almohades pudo haber descabezólos todos, é tovo que las mezquitas eran ensuziadas dellos, é fizo esparcir agua sobre ellas é çafumarlas, bien como facen los christianos por las iglesias, quando reconcillan las que son violadas, é fizo las señales de sus armas negras; é en poco tiempo ganó todo el Andalucía, é fué en de señor, fueras Valencia é su tierra, quel amparara Zahel, que era de abolorio de reyes.»

Aben-Hud arroja á los almohades de España.

Aben-Hud se dirigió á Murcia, derrotó al gobernador almohade y se hizo dueño de la ciudad. Con actividad extraordinaria comenzó la conquista, logrando en breve tiempo apoderarse de casi toda la España almohade, y sólo quedaron fuera de su autoridad los musulmanes de Valencia y los de la comarca de Niebla.

«La salida de Al-Mámum hacia su corte de Marruecos en 1228 fué el momento aprovechado por los musulmanes de España para alzarse, como un solo hombre, contra la dominación de los almohades; éstos fueron expulsados y asesinados en todas la regiones del país, excepto aquellos, dice un autor árabe, á quienes Dios concedió el poderse ocultar á las iras del populacho.»

Aben-Hud buscó apoyo en el populacho y en la soldadesca.

Hizo frente con valor á las agresiones de los reyes cristianos, pero los hijos del Islam ya no conseguían victorias de sus enemigos. Cáceres había caído en poder de Alfonso IX de León (1229), como también Mérida (1230).

En estos mismos tiempos, Sancho II de Portugal, si torpe político, valeroso en la guerra, se apoderó de Jurumeña y dilató sus dominios á costa de los musulmanes. Del mismo modo Fernando III de Castilla hacía expediciones á tierras musulmanas y se apoderaba de algunos pueblos.

Aben-Alahmar se subleva en Arjona. Guerra entre Aben-Alahmar y Aben-Hud.

A la sazón, Mohámed-ben-Yúsuf Aben-Alahmar se sublevó en Arjona (1232) (1), obscuro rincón del reino de Jaén, contra Aben-Hud. La lucha fué desesperada. Uno y otro, Aben-Hud y Aben-Alahmar, solicitaron paz y auxilio del rey *Santo*. Probado se halla que Fernando III hubo de otorgar la protección que se le pedía mediante la onerosa condición de pagarle mil escudos por día. Sin embargo de esto, Aben-Hud

(1) En este mismo año murió Aben-Alale en Africa.

no consiguió apagar el incendio, pues además de Aben-Alahmar, otros caudillos se preparaban á disputarle la soberanía.

Aprovechándose castellanos y aragoneses de la anarquía que reinaba en el campo musulmán, y ganosos además de ensanchar sus territorios, amenazaban los primeros por la parte de Andalucía y los segundos por la frontera de Valencia y Murcia.

En tanto que Fernando III se disponía á conquistar á Córdoba, sin cuidarse de las discordias, cada vez mayores, de los musulmanes, continuaba la guerra entre Aben-Hud y Aben-Alahmar.

Cuando parecía que la fortuna se iba á declarar en favor de Aben-Hud y en contra, por consiguiente, de Aben-Alahmar, encontró aquél la muerte donde menos la esperaba. Intentando pasar á Valencia en ayuda del rey Aben-Mardenix, detúvose en Almería, donde parece ser que fué envenenado por el guazir Ar-Romaimi, que la gobernaba en su nombre. Véase lo que dice el rey *Sabio*:

«Estando Aben-Suc en Almería, un moro, su privado, que avia por nombre Aben-Arramin, convidóle, é embriagóle, ó afogol en una pila de agua que estaba en su casa» (1). Envenenado, ahogado en una pila de agua ó muerto de repente, como indica algún autor, lo cierto es que Aben Mardenix hubo de entregar la hermosa ciudad de Valencia á Jaime I *el Conquistador*, y en Granada pudo afirmarse Aben-Alahmar en su trono.

Aben-Alahmar, rey de Granada.

Comenzó en realidad entonces con Aben-Alahmar la dinastía nasarita de los reyes granadinos, «últimos representantes de las glorias de los muslimes españoles» (2). Desde Arjona extendió Aben-Alahmar su poder por otros puntos. Habiendo sido reconocido en Guadix, Huéscar, Málaga, Jaén y Granada, eligió esta ciudad por capital de su reino. La fundación, pues, del reino de Granada coincidió con la conquista de Córdoba por Fernando III *el Santo*.

Amigo fiel el granadino del rey de Castilla, ayudó aquél á éste, ya con sus armas, ya con sus consejos, á las gloriosas conquistas que realizó en Andalucía.

Haremos notar á este propósito, que apenas Fernando III entró en Sevilla «hizo purificar, como escribe Fernández y González, la aljama, en cuya torre colocó el estandarte de la Cruz, celebrando so-

(1) Obra citada, 1046, pág. 733.
(2) Fernández y González, ob. cit., pág. 88.

lemne misa y *Te Deum* el obispo electo, D. Gutierre». Armó el Rey caballeros aquel mismo día á varios magnates de su reino, siendo el primero en obtener esta honra el rey de Granada Aben-Alahmar, quien recibió allí el estandarte de su patrono por armas para él y sus sucesores, con banda de oro transversal en campo rojo y dos serpientes á los cabos, según la traían en su guión los reyes de Castilla. Tomó por timbre dos leones coronados, que sostenían el escudo sobre la cabeza, porque, según observa Hurtado de Mendoza (1), «así escriben y muestran los signos y cuentan las partes del cielo, al contrario de nosotros». A este escudo de armas hubo de añadir Aben-Alahmar la siguiente inscripción: *Le Galib ile Alláh*, que, traducido al romance, quiere decir: *Sólo Dios es vencedor.*

Portugal: Sancho II. Sancho II (1223-1248), llamado *el Encapuchado*, á causa del hábito de fraile que su madre le hizo llevar en su infancia, peleó valerosamente con los musulmanes, conquistando algunas poblaciones y no pocas tierras. Bajo su reinado alcanzó Portugal sus actuales fronteras.

Acerca de su gobierno, entregado á la influencia de su intrigante mujer doña Mencía y á los manejos de su tío D. Fernando, á quienes apoyaba poderosa facción, se atrajo el odio del pueblo, de la nobleza y, muy especialmente, del clero. Los obispos, que eran ricos y poderosos, y que consideraban al Rey como vasallo de la Santa Sede, pretendían estar exentos de todo tributo. Como Sancho II no accediese á tales pretensiones, lograron que Inocencio IV, en el Concilio de Lyón (1245), relevara á los portugueses del juramento de obediencia prestado á un rey «perturbador de la Iglesia y enemigo de sus libertades, que sometía á los eclesiásticos al fuero seglar, imponía contribuciones sobre los bienes de la Iglesia y de los conventos, no refrenaba las violencias de la nobleza, y que sólo por mera forma se entretenía en pequeñas guerras con los moros».

Arrojado del trono por este medio, fué proclamado su hermano Alfonso, que hubo de jurar en manos del legado pontificio administrar bien el reino. El infortunado Sancho se refugió en Toledo, donde acabó sus días, sin el consuelo de morir en la tierra donde había nacido y reinado.

La reina doña Mencía López de Haro abandonó á Sancho II y se retiró á Galicia; doña Teresa, ó Santa Teresa, la viuda de Alfonso IX

(1) *Guerra de Granada*, libro II.

de León, combatió al Rey desde el claustro de Lorvan, y la nación portuguesa le derribó del trono. ¿Le juzgaron todos sus enemigos con severidad excesiva? Así lo creemos. Conviene no olvidar que por los buenos oficios de Fernando III de Castilla, defensor decidido de Sancho II, el Pontífice mandó examinar mejor las acusaciones dirigidas contra aquel príncipe y, entre la opinión del santo Rey por un lado y la de los prelados portugueses por otro, optamos por la primera.



D. JAIME 1º EL CONQUISTADOR

VII

Aragón: Jaime I *el Conquistador.*—Jaime I durante su menor edad.—El servicio del bovaje.—Consejo de regencia.—Cortes.—Matrimonio del Rey con doña Leonor de Castilla.—Cortes.—Muerte de D. Pedro Ahones.—Conquista de las Baleares.—Conquista del reino de Valencia.—Matrimonio del Rey con doña Violante de Hungría.—División del reino.—Toma de Játiba.—Cortes de Alcañiz.—Política de D. Jaime con Navarra.—Muerte del infante don Alfonso.—Conquista de Murcia.—Jaime I se dispone á ir á Palestina.—Muerte de Fernán Sánchez.—Jaime I en Lyón.—Muerte de Jaime I.—Consideraciones.—*Navarra:* Teobaldo I.—Se dirige á Tierra Santa.—El Rey y el obispo de Pamplona.—Teobaldo II: sus relaciones con Jaime I y con San Luis.—Muerte de Teobaldo II.

Aragón: Jaime I el Conquistador (1213-1276).

Así comienza este reinado la *Crónica de San Juan de la Peña,* en su capítulo XXXV: «Muerto el dicto rey D. Pedro, fincó dél un fillo clamado Jaime *el Venturoso*, porque tantas conquistas et tan grandes et con tan pocas batallas, no fueron feitas después que Jesu Christo fué venido en la Virgen Santa María...»

Jaime I durante su menor edad.

Durante su menor edad, vió agitarse su reino en la más grande anarquía. Entregado el tierno infante á la guarda del conde de Monfort, á aquel jefe de los cruzados que venció á Pedro II en la batalla de Muret; libre de la tiránica tutela por las instancias del caballero D. Pedro Ahones y de otros ilustres aragoneses, y por mandato de Inocencio III; elevado al trono de Aragón cuando contaba poco más de seis años, fué jurado rey en la Asamblea (no Cortes, como dicen algunos historiadores) de Lérida (agosto de 1214).

Nombró la Asamblea procurador general de Aragón y Cataluña á D. Sancho, tercer hijo de Berenguer IV y de doña Petronila, y gobernadores, de una parte de Aragón, que confinaba con Cataluña y los Pirineos, á D. Pedro Ahones; de otra parte, que comprendía las fron-

teras de Castilla y la de los musulmanes, á D. Pedro Fernández; de Cataluña, á Guillermo, vizconde de Cardona, y del señorío de Montpellier, á Guillermo de Cervera.

Estableciόse la corte, por acuerdo de la Asamblea de Lérida, en el fuerte castillo de Monzón.

Como á D. Sancho más le halagaba el título de regente del reino que el pomposo de procurador general de Aragón y Cataluña, continuó «en asonadas con las gentes de su opinión», conducta que siguió también otro tío del rey D. Fernando. Este, monje de Poblet primero y luego abad del monasterio de Montearagón, abandonó la cogulla para disputar á D. Sancho, por la fuerza de las armas, la regencia. También D. Pedro Fernández de Azagra, señor de Albarracín, y otros poderosos señores, mirando al provecho de ellos y no al bien general, tenían dividido el reino en bandos y facciones.

Hay que añadir á esto la pobreza del Erario público, cuyas rentas se hallaban empeñadas.

Convienen todos los historiadores en que Jaime I y la doble monarquía de Aragón y Cataluña presentaban el más triste y desconsolador cuadro.

El servicio del bovaje.

Bien es verdad que ante los apuros del Rey los barones catalanes le concedieron (junio de 1217) el servicio de *bovaje*, que consistía en pagar cierta cantidad por las yuntas de bueyes, por las cabezas de ganado mayor y menor y por los bienes muebles que poseían.

Consejo de regencia.

Cuando apenas tenía nueve años asumió el poder real. Entonces salió de Monzón, acompañado de fieles ricos hombres, y se dirigió á Zaragoza, donde fué recibido con suntuosos festejos. En Zaragoza se constituyó un Consejo de regencia bastante numeroso, pero que carecía de la suficiente autoridad en aquellas circunstancias.

Cortes.

Sin embargo, con la ayuda del Consejo de regencia pudo el Rey, después de salir de Zaragoza, juntar en Tarragona las Cortes de catalanes en los comienzos del mes de julio de 1218, marchando luego á Lérida. En esta ciudad se reunieron en Cortes catalanes y aragoneses; ante ellas compareció D. Sancho, el cual se reconcilió con su sobrino Jaime I.

En este mismo año de 1218 murió la reina doña María, madre de Jaime I, dejando encomendada la persona de su hijo, sus tierras y estados al pontífice Honorio.

Como continuasen todavía las revueltas y disensiones interiores, Jaime I, luego que celebró Cortes en Huesca (septiembre de 1219), hizo guerra á los ricos hombres D. Rodrigo de Lizana y D. Pedro Fernández de Azagra (1220).

Matrimonio del rey con doña Leonor de Castilla.

A los trece años de edad contrajo matrimonio con la infanta doña Leonor, hermana de la reina doña Berenguela de Castilla. Salió Jaime I acompañado de prelados, ricos hombres y caballeros á recibir á la que iba á ser su mujer; la cual, en compañía del rey de Castilla, de la reina su madre y de muchos caballeros leoneses y castellanos, fué llevada á la villa de Agreda (Soria), donde se celebraron las bodas (6 de febrero de 1221), velándose después en la catedral de Tarazona.

En seguida se dirigió á Huesca, en cuya ciudad, por el mes de abril de 1221, celebró Cortes de aragoneses para acordar algunos asuntos del gobierno del reino.

Cortes.

De Huesca marchó á Zaragoza, luego á Daroca y celebró Cortes por el mes de marzo de 1222, pasando posteriormente á otras ciudades y villas de Aragón y Cataluña.

Disponíase á celebrar Cortes en Monzón cuando volvieron los ricos hombres á alterar el país, especialmente el infante D. Fernando, que era—como escribe Zurita—de condición muy inquieto y bullicioso (1). Llegó el caso que el infante D. Fernando, unido á D. Guillén de Moncada, á D. Pedro Ahones, á D. Pedro Fernández y á D. Nuño Sánchez, se apoderó de la persona del Rey en la villa de Alagón. Larga fué la lucha entre el Infante y el Rey, entre los partidarios del primero y del segundo.

Muerte de D. Pedro Ahones.

Camino de Teruel á Zaragoza marchaba Jaime I, cuando encontró cerca de Calamocha á D. Pedro Ahones, que se dirigía por su cuenta y por la de su hermano el obispo de Zaragoza á entrar en tierras de moros. Quiso el Rey que le acompañara Ahones, y como éste se encontrara poco dispuesto á ello, aquél le hubo de decir las siguientes palabras: *Por ir una legua conmigo no perderéis gran tiempo.* Juntos llegaron á Burbaguena. Allí mostróse quejoso D. Jaime de la conducta que con él seguían el de Ahones y otros magnates, llegando á exigir á éste que no realizase su empresa contra la morisma. «Si dicha empresa se llevase á cabo—cuentan que dijo D. Jaime,—después de la tregua que yo acabo de firmar con el

(1) *Anales* etc., parte I, lib. II, cap. LXXVI, pág. 112.

monarca valenciano, la autoridad real no quedaría bien parada.» No accedió á ello el orgulloso magnate, dando por razón los muchos gastos que él y su hermano habían hecho. «Pues no me queréis obedecer—dijo D. Jaime,—quiero que seáis preso.» La respuesta de Ahones fué echar mano á la espada; mas el Rey se arrojó sobre él, impidiéndole que la sacase. Pudo el imprudente magnate desasirse de D. Jaime, y montando á caballo salió á todo correr seguido de su cortejo. Contra D. Pedro marchó el Rey con algunos de los suyos. Hizo alto el de Ahones en la cima de un cerro, y allí también se presentó el monarca. Al grito de *¡Aragón! ¡Aragón!* dado por el Rey, vióse D. Pedro abandonado de sus parciales y, en trance tan apurado, decidido á vender cara su vida, se arrojó contra sus enemigos, pero la lanza de Sancho Martínez de Luna le atravesó el pecho. Casi moribundo le cogió el Rey en sus brazos, exclamando: «En mal punto vinisteis á parar, D. Pedro Ahones; valía más que hubieseis creído lo que os aconsejábamos.» Después de otros hechos de menos importancia, amigos y adversarios de D. Jaime pusieron todas sus diferencias en manos del arzobispo de Tarragona, del obispo de Lérida y del maestre del Temple, quienes dieron su opinión el 1.º de abril de 1227. D. Fernando y los suyos renunciaron á sus pretensiones y prestaron juramento de fidelidad al Rey.

Después que Jaime I hizo guerra contra D. Guerao, vizconde de Cabrera, á quien arrebató el condado de Urgel, para cederlo á la condesa Aurembiax ú Orembiax, hija de Armengol IV y de Elvira de Subirats (1228); después de haberse divorciado de la reina doña Leonor (1229), y cuyos motivos desconocemos, si bien el pretexto fué el parentesco que mediaba entre los dos consortes (1), se dirigió á la conquista de Mallorca.

Conquista de las Baleares.

Hacía algún tiempo que meditaba este proyecto el aragonés. Convocadas las Cortes para Barcelona (diciembre de 1228), Jaime I en un discurso tan sencillo como enérgico manifestó el designio que tenía de servir á Dios en la guerra de Mallorca, venciendo á los muslimes y ganando aquellas tierras para la cristiandad.

(1) Declaróse, en efecto, la nulidad del matrimonio, acordándose también que el infante D. Alfonso, hijo de D. Jaime y de doña Leonor, fuese reconocido y jurado heredero del reino, como antes lo había sido en Castilla Fernando III *el Santo*, hijo de Alfonso IX de León y de doña Berenguela de Castilla.

Las palabras del Rey entusiasmaron á los concurrentes, hasta el punto que el arzobispo de Tarragona exclamó:

Ecce filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui.

Preparóse el embarque en Tarragona. El cardenal de Santa Sabina y legado del Papa, que se encontraba en España, dijo á D. Jaime:

«Hijo mío, el pensamiento de tan grande empresa no es vuestro, sino inspirado por Dios: El la conduzca al término feliz que vos deseáis.»

El motivo para acometer la conquista de *Mallorca* fué el siguiente El rey de Mallorca había hecho apresar dos naves catalanas, que, cargadas de mercancías, cruzaban las aguas de las Baleares. Los barceloneses, con el objeto de recuperar las naves y la reparación de los perjuicios, mandaron un mensajero al príncipe musulmán. Expuso una demanda su embajador, preguntándole entonces el mallorquín:

—¿Y quién es ese rey de que me hablas?

—¿Quién? (replicó el mensajero). El rey de Aragón, D. Jaime, hijo de D. Pedro, el que en la memorable batalla de las Navas de Tolosa desbarató un ejército innumerable de los de tu nación; bien lo sabes tú.

Irritado el mallorquín, arrojó de su presencia al altivo é imprudente catalán.

Agréguese á todo esto que Pedro Martel, experto marino de Barcelona, había ponderado de tal modo la fertilidad y hermosura de la isla, que Jaime I entró en ganas de conquistar dicho país.

Alentado Jaime I por los prelados y barones, que le ofrecieron servirle con gran voluntad en aquella guerra, se dispuso á una de las empresas más gloriosas que realizaron los reyes de Aragón.

Como algunos intentasen disuadir al Rey de la empresa, diciéndole que convenía más á la causa nacional reducir á Valencia y no lanzarse á aventuras ultramarinas, contestó D. Jaime: «No por cierto; no seré yo quien abandone la empresa de conquistar á Mallorca, que jurado lo he, y no romperé jamás mi juramento; quien seguirme quiera, cumplirá con su deber y me tendrá á mí por su amigo; quien no, recibirá su condigno premio.»

Salió la flota el 6 de septiembre de 1229. Furiosa tempestad puso en peligro la escuadra, y á los que aconsejaban á Jaime I que regresase al puerto de Tarragona, contestó:

«Eso no lo haré yo por nada del mundo; este viaje emprendí confiado en Dios, y, pues en su nombre vamos, El nos guiará.»

Llegó á Mallorca (1) y, después de resistencia desesperada, el intrépido monarca asaltó la ciudad y la entró á saco, pasando al filo de la espada á los moros que no pudieron refugiarse en las montañas vecinas.

«Ganóse la ciudad de Mallorca—escribe Mariana—postrer día de diciembre, entrante el año de Cristo de 1230.»

Entre los valerosos capitanes que murieron peleando gloriosamente al lado de D. Jaime se hallaban el vizconde de Bearne y don Ramón de Moncada.

En cambio los nuestros no dieron cuartel á nadie, pues si se salvaron hasta unos treinta mil habitantes se debió á que la soldadesca, más que de perseguir á los fugitivos, se ocupó de saquear.

El rey moro y su hijo cayeron en poder de D. Jaime.

«Cuando llegamos á la casa donde se hallaba el Rey (dice el mismo D. Jaime), entramos armados, y al descubrirle vimos que estaban delante de él tres soldados con sus azagayas. Cuando nos hallamos en su presencia, se levantó; llevaba una capa blanca, debajo de ella un camisote y ajustado al cuerpo un juboncillo de seda, también blanco» (2).

Los que más se distinguieron en la conquista de Mallorca fueron el obispo de Barcelona, D. Nuño Sánchez, y el vizconde de Bearne. Llevaba el obispo consigo á D. Ramón de Moncada, que era su primo, y á otros caballeros; acompañaban á D. Nuño Sánchez, entre muchos más, D. Jofre de Rocaberti, Oliver de Termens y Ramón Roger, y formaban parte de la lucida gente del vizconde de Bearne D. Guillén de Sanmartín, D. Guerao de Cervellón y D. Guillén de Claramonte.

Desde entonces se comenzó á designar á D. Jaime con el nombre de *el Conquistador*.

Luego que D. Jaime otorgó á Mallorca su correspondiente carta-puebla, habiendo nombrado su gobernador á Bernardo de Santa Eugenia, señor de Turruella, dió vuelta á Cataluña.

La conquista de Mallorca constituye una de las páginas más gloriosas de la historia nacional, no habiendo encontrado un poeta que la cantase sino seis siglos y medio después: este poeta es Dámaso Calvet; la obra se intitula *Poema de la conquista en Mallorca, lo*

(1) La ciudad que hoy llamamos *Palma* se denominaba entonces *Mallorca*.

(2) *Historia de D. Jaime*, cap. LXXVIII.

primer y mes gran fet d'armas del att rey en Jaume, y la invocación comienza de este modo:

> Alt rey en Jaume, que ab ton bras fitabas
> á Arago la més justa monarquía.
> . . . . . .

Dos veces volvió después el Rey á Mallorca: la primera porque se decía que el rey de Túnez se preparaba á recobrar la isla, y la segunda para apoderarse de la isla de *Menorca*. Luego, D. Guillermo de Montgrí, arzobispo electo de Tarragona, con el permiso del Rey, conquistó á su costa la isla de *Ibiza* (1232).

Por muerte de Sancho *el Fuerte* de Navarra, en el año 1234, heredó la corona su sobrino Teobaldo, conde de Champaña, pues don Jaime no quiso hacer valer el convenio que poco antes había celebrado con aquel monarca, según el cual el que sobreviviese de los dos heredaría la corona del otro.

Conquista del reino de Valencia.

El aragonés dirigió sus miradas á la conquista del reino de *Valencia*, aprovechándose de las discordias entre los moros.

En la primera expedición conquistó á Morella y á Ares del Maestre (1232), á Burriana (1233), á Peñíscola y otras plazas. Trabajo le costó la toma de Burriana. Comenzó talando sus feraces campos y su fértil vega. Acompañábanle su tío D. Fernando; los obispos de Lérida, Zaragoza, Tortosa y Segorbe; los ricos hombres de Aragón y de Cataluña; los maestres y caballeros del Templo y del Hospital, de Calatrava y de Uclés. La resistencia de los moros de Burriana fué tenaz y desesperada. Como su tío D. Fernando y algunos ricos hombres le aconsejaran que desistiera de la empresa por entonces, contestó (según cuentan) lo siguiente:

«Barones, mengua y deshonor sería que quien siendo menor de edad ha ganado un reino que está sobre la mar, abandonara ahora un lugarcillo tan insignificante como éste, y el primero á que hemos puesto sitio en este reino. Sabed que cuantas cosas emprendimos fiados en la merced de Dios las hemos llevado á buen fin. Así, no sólo no haremos lo que nos aconsejáis, sino por el señorío que sobre vosotros tenemos os mandamos que nos ayudéis á ganar la villa, y que el consejo que nos habéis dado no volváis á darlo jamás.»

Tiempo adelante realizó la segunda expedición, apoderándose de Almenara, Nules, Paterna y otras poblaciones. Atrevióse un día á

pasar el Guadalaviar y sentar sus reales entre Valencia y el Grao. El mismo D. Jaime fué herido de una flecha. La hermosa ciudad de Valencia se resistió por largo tiempo. Acudió al socorro de la ciudad Zayyen-ben-Mardenix, rey de Denia; pero como éste no tuviera fuerzas bastantes, mandó á su secretario, el excelente literato, jurisconsulto ó historiador Abu-Abdillah-ben-Al-Abbar, que se dirigiera á Túnez, de cuyo rey Abu-Zacaria solicitase amparo y ayuda.

Comenzó Abu-Abdillah su poema ó súplica del siguiente modo: «Fué tu caballería, la caballería de Dios; entra en Andalucía para librar este país.

»Abierto tienes el camino. Lleva á España suplicante socorro generoso; los oprimidos han invocado siempre tu nombre...», etc.

Conmovido el tunecino, despachó para España una flota cargada de víveres, armas y dinero, la cual, no pudiendo desembarcar en Valencia por hallarse la ciudad rigurosamente bloqueada, fué á descargar las mercancías á Denia.

Cada vez más apurada Valencia, tuvo que capitular (Apéndice F), cayendo en poder de D. Jaime. Cincuenta mil moros abandonaron la ciudad, cuyas tierras y casas repartió Jaime I entre los ricos hombres, caballeros, prelados, órdenes y concejos que le ayudaron á la conquista (1238). El reino de Valencia, como antes el de Mallorca, quedó incorporado á la corona de Aragón.

Matrimonio del Rey con doña Violante de Hungría.

Dijimos en una nota de este mismo capítulo que Jaime I *el Conquistador* se había divorciado de su primera mujer, doña Leonor de Castilla, y que Alfonso, hijo de aquel matrimonio, sería el heredero de la corona aragonesa. Seis años después D. Jaime contrajo segundo matrimonio (8 de septiembre de 1235) con doña Violante *molt bela dona*, como dijo Desclot), hija de Andrés II, rey de Hungría; matrimonio propuesto y negociado por el papa Gregorio IX. Celebráronse estas bodas en Barcelona, á cuya ciudad había venido la princesa húngara, debiendo añadir que doña Violante fué por lo demás digna esposa de Jaime I *el Conquistador*.

División del reino.

El rey de Aragón, que era tan torpe político como valeroso militar, cometió el grave yerro en las Cortes de Daroca (1243) de dividir el reino entre sus hijos, sembrando con esto odios en el seno de la familia y disgustos entre sus vasallos. En dichas Cortes declaró é hizo jurar por sucesor y heredero en el reino de Aragón á su primogénito D. Alfonso, habido de doña Leonor, pero reservando Cata-

luña para D. Pedro, el mayor de los hijos de doña Violante. Luego, en las Cortes de Barcelona, hizo la demarcación de los límites de Cataluña y Aragón (1244), comprendiendo en la primera todo el territorio desde Salsas hasta el Cinca y en la segunda todo el territorio desde el Cinca hasta Ariza.

Los aragoneses, agraviados por esta demarcación, y el infante don Alfonso, perjudicado tan grandemente por el reparto del reino, se prepararon á oponerse á los planes del Rey.

Jaime I convocó Cortes generales de aragoneses en Huesca y refundió en un Código los antiguos fueros del reino (1247), acordándose que en las cosas que no estaban dispuestas por fuero se siguiera la equidad y razón natural (1). La pesadilla de la repartición del reino volvió á ponerse en cuestión, asignando Aragón á D. Alfonso, Cataluña con las Baleares á D. Pedro, Valencia á D. Jaime, los condados de Rosellón, Conflent y Cerdaña, con el señorío de Montpellier, á don Fernando, destinando á la Iglesia á D. Sancho, el cual fué arcediano de Belchite, abad de Valladolid y últimamente arzobispo de Toledo.

Toma de Játiba. Volvamos ya á los asuntos de la guerra.

Agriadas las relaciones entre Jaime I y el príncipe D. Alfonso de Castilla por causa de que éste se había apoderado de la villa de Enguera y mantenía secretas inteligencias con el alcaide de Játiba aspirando á ganar para sí la ciudad, celebraron importante conferencia suegro y yerno, cada uno con sus ricos hombres y barones, á presencia de la reina de Aragón. Pretendía el castellano que le cediera el aragonés la plaza de *Játiba*, porque así lo había ofrecido cuando le dió en matrimonio su hija, cosa que negaba el último, y como los castellanos don Diego López de Haro y el maestre de Uclés, en un momento de arrebato, añadieran que de todos modos había de ser de Castilla, pues si él no la daba, el alcaide la entregaría: «Eso no, contestó indignado *el Conquistador;* ni se atreverá á entregarla el alcaide ni nadie será osado á tomarla, y tened entendido que por encima de Nos habrá de pasar cualquiera que intente penetrar en Játiba. Vosotros los castellanos pensáis atemorizar á todos con vuestros arrogantes retos, pero ponedlos por obra y veréis en cuán poco los estimamos. Y no se hable más de tal asunto. Nos seguiremos nuestro camino; haced vosotros lo que podáis» (2). Los ruegos de doña Violante evitaron el rompimien-

(1) Fué el coleccionador D. Vidal de Canellas, obispo de Huesca.
(2) *Historia de D. Jaime*, escrita por él mismo, cap. CCXXVII.

to entre Castilla y Aragón, pero Alfonso X tuvo que renunciar á sus pretensiones sobre Játiba.

Pasado algún tiempo, el aragonés sometió por la fuerza el castillo de *Biar* (1253), y se le entregaron las villas y fortalezas que había desde el Júcar hasta Murcia.

Cortes de Alcañiz. Continuaba la escisión entre Jaime I y sus hijos. Con objeto de arreglar las diferencias, convocó el Rey Cortes (1250) en Alcañiz. Dispúsose en estas Cortes el nombramiento de un Jurado, compuesto de prelados y ricos hombres, Jurado que había de resolver lo que en justicia procediese. Reunidos los jueces en Ariza, acordaron que al infante D. Alfonso se le diese la gobernación de Aragón y de Valencia y al infante D. Pedro el principado de Cataluña.

Como por entonces hubiese fallecido D. Fernando, el tercer hijo de doña Violante, reunidas Cortes de catalanes en Barcelona se dió sucesión á D. Pedro como legítimo sucesor y propietario, siendo jurado en presencia del Rey, no solamente de Cataluña, sino de Rosellón, Conflent, Cerdaña y condado de Rivagorza. Si D. Pedro muriese sin hijos, le sustituiría D. Jaime, el segundo hijo de doña Violante (1251).

Política de D. Jaime con Navarra. No eran tampoco cordiales las relaciones entre don Jaime I y D. Alfonso X, entre suegro y yerno. El rey de Aragón se había declarado protector de los soberanos de Navarra, al paso que el castellano intentaba hacerse dueño del reino pirenaico. Muerto Teobaldo I *el Trovador* de Navarra (1253) y habiendo dejado dos hijos varones, Teobaldo y Enrique, bajo la tutela de su mujer Margarita, ésta, temiendo que el castellano renovase sus antiguas pretensiones á la corona de Navarra, se acogió al amparo del rey de Aragón. Jaime I acudió á Tudela, donde se hallaba doña Margarita, á quien prometió ayudar y proteger á su hijo Teobaldo II *contra todos los hombres del mundo*, ser amigo de sus amigos y enemigo de sus enemigos, y no hacer paz ni tregua con nadie sin la voluntad de la Reina. Acordóse también que Constanza, hija del aragonés, casara con Teobaldo, y si éste muriese, con su hermano Enrique; prometiendo del mismo modo Jaime I que nunca casaría ninguna de sus hijas con los infantes de Castilla, hermanos de su yerno Alfonso X. Por su parte, la Reina de Navarra correspondió en idéntico sentido, si bien, al prometer que ayudaría al rey de Aragón contra todos los hombres del mundo, exceptuó al rey de Francia y al emperador de Alemania (1).

(1) Zurita, *Anales*, parte I, lib. III, cap. XLVIII, pág. 166 v.ª

Razón tenía doña Margarita para temer á Alfonso X, pues el rey *Sabio*, al frente de un ejército, se puso sobre las fronteras navarras con ánimo de apoderarse del reino. *El Conquistador*, fiel á su promesa, acudió á defender al navarro. Cuando iban á llegar á las manos suegro y yerno, por la mediación de algunos prelados y ricos hombres se ajustó una tregua (1254).

Si nunca se interrumpieron las relaciones entre Jaime I y Navarra, y si el aragonés, deseoso de establecer paz y alianza con Francia, pasó á Montpellier y logró su objeto, concertándose para mayor seguridad el enlace de Isabel, hija segunda de D. Jaime, con Felipe, hijo primogénito de San Luis (1258), jamás fueron amigos sinceros el rey *Conquistador* y el rey *Sabio*, y jamás miró con buenos ojos el aragonés á su hijo primogénito Alfonso.

Muerte del infante D. Alfonso.

Apoyado éste por los ricos hombres, caballeros y Universidades de Aragón, se disponía á mayores empresas; pero D. Jaime, que veía cerca la guerra civil, dispuso que D. Alfonso heredaría Valencia además de Aragón. Cuanto más cedía el Rey, más exigente (aunque apoyado en el derecho) se mostraba el infante don Alfonso. Próximo formal rompimiento entre padre é hijo, la muerte (marzo de 1260) de éste, que nadie esperaba, ocurrida en Calatayud, puso término á situación tan lamentable; situación lamentable que volvió á renacer entre D. Pedro y D. Jaime, los dos hijos mayores del *Conquistador*. Otra vez volvió el Rey á hacer nueva partición de sus reinos, señalando á D. Pedro los Estados de Aragón, Cataluña y Valencia, y á D. Jaime las Baleares, el Rosellón, la Cerdaña y Montpellier; sustituía un hermano á otro en el caso de no tener hijos varones.

Poco después concertó Jaime I el matrimonio (1262) de su hijo Pedro con doña Constanza, hija de Manfredo, rey de Sicilia, cuyo enlace valió luego á la casa de Aragón la posesión de Italia. Como Manfredo pertenecía á la casa de Suabia, cabeza del partido gibelino, enemiga del Pontífice, jefe del partido güelfo, Urbano IV escribió á don Jaime diciéndole:

«¿Cómo has podido, hijo mío, ni siquiera tolerar que te propusiesen el enlace de tu hijo con la hija de un hombre como Manfredo? ¿Quieres que tu hijo sea despreciado en todo el orbe? ¿Quieres, con semejante baldón, marchitar todo el brillo de tu alcurnia?» De esta manera trataba el Papa á aquella *raza de víboras*, pues así llamaba á los descendientes del insigne Federico II.

No sólo se vió mal este matrimonio en Roma, sino también en Francia, cuyos reyes ya habían puesto sus ojos en Sicilia.

Conquista de Murcia.

Pero dejando este asunto para más adelante, diremos ahora que solicitado el aragonés por su yerno el castellano para que le ayudase en la guerra con los moros, preparóse en seguida á castigar á los de Murcia. Jaime I se hizo dueño de la ciudad del Segura, la cual entregó á su yerno Alfonso de Castilla (1266).

Tan cordiales eran á la sazón las relaciones de Castilla y Aragón, que Alfonso X, para dar una prueba de afecto á su suegro, hizo nombrar arzobispo de Toledo á Sancho, hijo de D. Jaime. Para asistir al acto solemne de cantar el nuevo prelado su primera misa, acudió á Toledo D. Jaime, acompañado de brillante cortejo.

Jaime I se dispone á ir á Palestina.

Allí estaba el 24 de diciembre de 1268, en compañía de su yerno el rey *Sabio*, cuando recibió una embajada del Khan de Tartaria y de Miguel Paleólogo, emperador de Constantinopla, solicitando su auxilio para conquistar la Tierra Santa.

Aceptó con gusto *el Conquistador*, pues, como él mismo dice en sus *Comentarios*, «jamás á rey alguno se había presentado ocasión más propicia para acometer una gran empresa», y, dejando por lugarteniente del reino á un hijo de D. Pedro, y no bastando á detenerle las lágrimas de su familia y la oposición de sus súbditos, se embarcó en Barcelona el 9 de septiembre de 1269. Las borrascas se desencadenaron furiosas sobre la escuadra que, después de largas penalidades, tuvo que arribar al puerto de Aguas Muertas, en Francia, y de aquí volverse por Montpellier á Barcelona, persuadido Jaime I de que Dios no quería la realización de tan colosal empresa.

A su regreso asistió á las bodas que se celebraron en Castilla entre D. Fernando de la Cerda y Blanca, hija de San Luis; fiesta nupcial solemnísima, á la que concurrieron reyes y príncipes, prelados y grandes.

Muerte de Fernán Sánchez.

Los últimos años de D. Jaime fueron amargados por el odio mortal que se tenían sus dos hijos, D. Pedro, heredero del reino, y D. Fernán Sánchez, bastardo, habido de una señora de la familia de Antillón. Además, muchos grandes se *desnaturalizaron* y el reino ardía en discordias, no pudiendo Jaime I poner paz, porque ya los años habían debilitado aquella poderosa inteligencia y aquel robusto brazo. La muerte de Fernán Sánchez, aho-

gado en el Cinca por orden de su hermano y con gran contentamiento de su padre, vino á dar paz á Aragón y Cataluña.

Jaime I en Lyón. Asistió Jaime I al Concilio general reunido por Gregorio X (1274) en Lyón. Deseaba el rey de Aragón ser coronado por el vicario de Cristo; pero el Papa le exigía, en cambio, la ratificación del feudo y tributo que su padre Pedro II ofreciera dar á la Iglesia, como también que pagase lo estipulado desde aquel tiempo á la Santa Sede. «Pues me volveré sin coronarme—dijo D. Jaime,—toda vez que no es mi ánimo declarar feudo de la Santa Sede mis Estados.»

Muerte de Jaime I. Consideraciones. Los moros de Valencia, alentados con la entrada de los Benu-Marines de Andalucía, se declararon en rebelión, y contra ellos fué á pelear D. Jaime; pero enfermó gravemente, y, trasladado á Valencia, murió después de un largo reinado de sesenta y tres años. En sus últimos momentos llamó al infante D. Pedro y le rogó que amase á su hermano D. Jaime, á quien dejaba heredero de las Baleares, Rosellón y Montpellier. «Pronto resonaron por toda la ciudad lamentos y gemidos de dolor: no había rico hombre, ni escudero, ni caballero, ni ciudadano, ni matrona, ni doncella, que no siguiese en el cortejo fúnebre su bandera y su escudo, que acompañaban diez caballos... y todo el mundo iba llorando y gritando. Este duelo duró cuatro días en la ciudad. Con iguales demostraciones de dolor fué su cuerpo trasladado al monasterio de Poblet (según que en su testamento lo había ordenado). Halláronse allí arzobispos, obispos, abades, priores, abadesas, religiosos, condes, barones, escuderos, ciudadanos, caballeros, gentes de todas clases y condiciones del reino, en tal manera que, á la distancia de seis leguas, las aldeas y los caminos rebosaban de gente. Allí fueron los reyes sus hijos, las reinas y sus nietos, ¿qué digo? la afluencia fué tan grande cual jamás se vió asistir tanta muchedumbre á las exequias de señor alguno de la tierra...» (1).

Trasladaremos aquí el siguiente retrato físico y moral de Jaime I: «El rey de Aragón D. Jaime—escribe Desclot—fué el hombre más bello del mundo: levantaba un palmo sobre los demás, y era muy bien formado y cumplido de todos sus miembros: tenía el rostro grande, rubicundo y fresco; la nariz larga y recta, ancha y bien formada la boca, dientes grandes y muy blancos, que parecían perlas; ojos negros, cabellos rubios como hilos de oro; ancho de hombros,

(1) Ramón Muntaner, ob. cit., cap. XXVII.

cuello largo y delgado, brazos gruesos y bien hechos, hermosas manos, largos dedos, muslos robustos y torneados; piernas largas, derechas y convenientemente gruesas; pies largos, bien hechos y esmeradamente calzados, y fué muy animoso y aprovechado en armas; y fué valiente y dadivoso, y agradable á todo el mundo y muy compasivo, y todo su corazón y su voluntad estaban en guerrear con los sarracenos» (1).

El P. Abarca dice de Jaime I lo siguiente: «En tan largo gobierno siempre se conoció su ánimo idea de rey liberal, justo y misericordioso, tan padre de sus vasallos, que no firmaba sentencia de muerte sino con suspiros. Su religión fué y será siempre famosa entre las primeras, porque le hizo fundador de dos mil iglesias, y otros le cuentan hasta cinco mil: los primeros señalan, según parece, las edificadas de nuevo; los segundos comprenden las que, habiendo sido mezquitas de Mahoma, se consagraron templos de Cristo, á cuyos pies postró don Jaime con su diestra vencedora las fortísimas coronas de Valencia, Mallorca y Murcia, y en ellas al nombre inmaculado de la Reina de los cielos mil setecientas de aquellas iglesias, en las cuales ya en su tiempo, y por el cuidado de su piedad, se celebraban veinte mil misas cada día.»

Era, en efecto, Jaime I muy religioso y fundador de muchas iglesias; de todo ello necesitaba para tranquilizar su conciencia. Entre las amigas que tuvo—que no fueron pocas, si damos crédito á los cronistas—se hallaban doña Teresa Gil de Vidaure y una dama de la casa de Antillón. Tuvo de la primera dos hijos, D. Jaime, señor de Ejerica, y D. Pedro, señor de Ayerbe; y de la segunda á Fernán Sánchez, señor de Castro, ya citado en este mismo capítulo.

Con doña Teresa Gil vivió públicamente y con ella recibía en corte y asistía á los actos más solemnes. A dama tan distinguida y de condiciones tan excepcionales Jaime I la regaló el magnífico palacio de la mora Zaida, que él había ganado cuando tomó á Valencia. Tanto se dijo de aquellos amores, que Raimundo de Peñafort, confesor del Rey, le reprendió, no ya en el confesonario, sino á vista de todos. «Reinó—escribe Mariana—por espacio de sesenta y tres años; fué demasiadamente dado á la sensualidad, cosa que no poco obscureció su fama» (2).

(1) *Chron.*, cap. XLII.
(2) Ob. cit., lib. XIV, cap. II, pág. 423.

Navarra: Teobaldo I.

Comenzó la casa de *Champaña* con Teobaldo I *el Trovador* (1234-1253). Era hijo de doña Blanca, hermana de Sancho II *el Fuerte*.

Se dirige á Tierra Santa.

Desavenido Teobaldo I *el Trovador* con sus vasallos por el modo con que éstos disfrutaban los fueros, puso paz entre aquéllos y el Rey el papa Gregorio IX.

Puesto luego á la cabeza de varios príncipes y caballeros de Navarra, Francia, Alemania y Hungría, marchó á Palestina, donde peleó con menos fortuna que valor.

El Rey y el obispo de Pamplona.

A su vuelta de Tierra Santa tuvo graves diferencias con el obispo de Pamplona, hasta el punto que éste, tal vez sin motivo, puso entredicho en todo el reino, cesando por espacio de tres años los oficios divinos. La intervención de muchos religiosos y caballeros restableció la paz de las conciencias, alzándose las censuras. «Nació póstumo —dice la Crónica de Teobaldo I— el año 1200; vivió cincuenta y tres años, tres meses y un día. Fué en la guerra muy celebrado por el valor y prudencia, y en la paz festivo, alegre y muy dado á la poesía y música, en que fué muy eminente; y de varias providencias en que le quedó el reino deudor una fué, y de gran momento, el cuidado de recoger varios instrumentos y escrituras de reyes anteriores en el Cartulario, que de su nombre se llama de D. Teobaldo.»

Teobaldo II: sus relaciones con Jaime I y con San Luis.

Teobaldo II (1253-1270) subió al trono á la edad de 15 años. Estuvo en buenas relaciones con Jaime I de Aragón, y juntos se dispusieron á pelear con Alfonso X. Exigía el rey *Sabio* que el de Navarra reconociese el vasallaje que sus antecesores prestaron al emperador Alfonso VII y á los demás reyes de Castilla, y á su vez el navarro pedía el restablecimiento de los antiguos límites de su reino. Cuando iban á decidir la cuestión por medio de las armas, los tres reyes se rindieron á los consejos de algunos caballeros principales y se firmó la paz.

Muerte de Teobaldo II.

En compañía de San Luis, rey de Francia, marchó á la Cruzada que promovió el pontífice Clemente IV. Los cruzados pusieron cerco á Túnez; pero á causa de los rigurosos calores del estío, se desarrolló la peste, muriendo de esta enfermedad San Luis. Reembarcado el ejército, la armada arribó á Trápani (Sicilia), donde falleció el rey de Navarra (7 de diciembre de 1270).

VIII

Castilla: Alfonso X *el Sabio;* sus relaciones con el rey de Granada.—Alteróse el valor de la moneda.—Guerra con los moros.—Matrimonio de don Fernando de la Cerda.—Rebelión de los Laras.—Cortes de Almagro.—Pretensiones de Alfonso X á la corona de Alemania.—Conjuración de Soria.—Insurrección de Murcia.—Alfonso X en Italia.—Cuestión de sucesión.—Expedición contra Algeciras.—Cortes de Sevilla y de Valladolid.—Alfonso X y el rey de Marruecos.—Muerte de Alfonso X.—Consideraciones.—Sancho IV *el Bravo:* su carácter.—Justicia del Rey.—Guerra con los moros.—Amor de Sancho IV á su esposa.—Cortes de Alfaro.—Conquista de Tarifa.—Muerte del Rey.—*Granada:* Mohámed I Ben-Alahmar.—Mohámed II.—Los Benu-Marín: Abu-Yúsuf.—Abu-Yacub.

Castilla: Alfonso X el Sabio; sus relaciones con el rey de Granada.

En la ciudad de Sevilla, dos días después de la muerte de Fernando III *el Santo*, fue alzado por rey de Castilla Alfonso X *el Sabio* (1252-1284). Contaba á la sazón treinta y un años de edad.

Tan luego como Mohámed-ben-Alahmar de Granada tuvo noticia del fallecimiento de su aliado Fernando III, envió cien principales moros vestidos de luto para que asistiesen á los funerales del gran monarca. Aunque Alfonso reconoció los pactos que su padre había establecido con Aben-Alahmar, ya veremos dentro de poco cómo correspondió el granadino á la generosa conducta del castellano.

Alteróse el valor de la moneda.

Exhausto el real Tesoro por los muchos gastos que ocasionaron las guerras pasadas, Alfonso X, cediendo al común sentir de su pueblo y á las creencias dominantes de la Edad media, alteró el valor de la moneda, y luego el de la tasa ó *máximum* de los valores; medidas perjudiciales (1), cuyos peligros fué el monarca

(1) «Todas las gentes se vieron en gran afincamiento.» *Chron. de Alfonso el Sabio*, cap. V.



ALFONSO X EL SABIO

el primero en reconocer; por lo cual, procediendo como varón prudente, se apresuró á revocarlas.

Guerra con los moros.

Util, utilísima fué la alianza de Alfonso X con Aben-Alahmar de Granada. El rey cristiano, con la ayuda, aunque de mala gana, del monarca musulmán, reconquistó (1255) las poblaciones de Jerez, Arcos y Lebrija, ganadas por su padre San Fernando y no bien sujetas á la dominación de Castilla. El mismo Alfonso X se hizo dueño con singular valor de Jerez, en tanto que su hermano D. Enrique conquistaba á Arcos y Lebrija.

En el año 1257, Alfonso X, en unión de su aliado el granadino, se apoderó de las plazas del Algarbe. A la sazón, Alfonso III de Portugal, aunque casado legítimamente con Matilde, condesa de Bolonia, contrajo también matrimonio con Beatriz, hija natural de Alfonso X, habida en doña Mayor Guillén de Guzmán. Cuando, á la muerte de Matilde, el papa Urbano IV dispuso que se estimasen hijos legítimos los de Beatriz y Alfonso III, Alfonso X, que adoraba á su nieto Dionís, cedió á su hija y á su yerno, en calidad de feudo, los mencionados Estados del Algarbe. Contra la plaza de Niebla, que se manifestó en actitud amenazadora, se dirigió Alfonso X, y en ella—según afirma el académico español Conde, refiriéndose á la crónica árabe (1)—respondieron los moros con dardos y piedras lanzadas con máquinas, y con *tiros de trueno con fuego*. Somos de opinión que los muslimes españoles no conocían la pólvora aplicada á las armas de fuego, si bien arrojarían desde la ciudad —y esto era cosa común y corriente—proyectiles incendiarios, como estopas encendidas con alquitrán ó brea, pero no *tiros de trueno*.

Rindióse, después de tenaz resistencia de su rey Aben-Mahfoth, y se rindieron asimismo algunas plazas del Algarbe. Además de Niebla, ganó Serpa, Mora, Ataucín, Tabira, Faro y otras.

Poco antes de estos sucesos, Enrique III, rey de Inglaterra, pidió á Alfonso X la mano de su hermana Leonor para el príncipe Eduardo, su hijo primogénito y heredero del trono de la Gran Bretaña. Celebróse el matrimonio con toda solemnidad (1254), renunciando Enrique III y Alfonso X los derechos que pudieran tener sobre los dominios de Gascuña. De este modo se cortaron las desavenencias y aun la guerra que se veía próxima entre Inglaterra y España. El historia-

(1) *Historia de la dominación de los árabes de España*, tomo III, página 42.

dor Lafuente censuró, sin razón, á Alfonso X por la «renuncia extraña y perjudicial á los derechos de la corona de Castilla» (1).

Matrimonio de D. Fernando de la Cerda.

El hijo primogénito de Alfonso X, D. Fernando de la Cerda, contrajo matrimonio con doña Blanca, princesa de Francia. Los contratos matrimoniales fueron ajustados en 1266, si bien se retardó por tres años la unión de los príncipes, habida en cuenta la corta edad.

Rebelión de los Laras.

La familia de los Laras, gente díscola é imprudente y poco agradecida á las bondades del monarca, se declaró en rebelión con otros magnates y ricos hombres. El motivo, ó, mejor dicho, el pretexto, fué el siguiente: En el año 1269 llegó á Sevilla D. Dionís, hijo de Alfonso III de Portugal y de Beatriz de Castilla, á rogar á su abuelo Alfonso X relevase á su padre del vasallaje y feudo que por el Algarbe prestaba á Castilla. Alfonso X, no atreviéndose á resolver por sí, consultó con los infantes y ricos hombres de su Corte. Opúsose, con más imprudencia que energía, D. Nuño González de Lara, y, entre otras cosas, dijo: «Mas, señor, que vos tiredes de la corona de vuestros reinos el tributo que el rey de Portugal y su reino son temidos de vos facer yo nunca, señor, vos lo aconsejaré.» Como los demás opinasen como el monarca deseaba, se levantó el feudo y vasallaje.

Entonces el mañoso ó intrigante D. Nuño logró atraerse á sus planes muchos ricos hombres y barones castellanos, poniéndose al frente de todos el infante D. Felipe, hermano del Rey, el exarzobispo electo de Sevilla, casado luego con la princesa Cristina de Noruega y últimamente con una señora de la familia de los Laras.

Pidieron auxilio al rey de Navarra, que no les atendió, reuniéndose entonces en Lerma (1270), donde «hicieron pleito y postura de se ayudar todos y ser contra el rey D. Alfonso, destruyéndole en lo que pudiesen si les non otorgaba las cosas que le querían demandar». En una nueva entrevista que tuvo Alfonso X con los nobles en Roa (Burgos), formularon éstos sus agravios y pretensiones, las cuales eran que las villas á quienes el Rey daba fueros y privilegios no los extendiesen por fuerza y los hiciesen observar en los pueblos de los fijosdalgo y de sus vasallos; que el Rey no llevase en su corte alcaldes de Castilla que juzgasen á los hijosdalgo, etc. (2).

Procuró el Rey satisfacer las quejas de los nobles, y con este objeto

(1) *Historia de España*, tomo VI, pág. 17.

(2) Marichalar y Manrique, *Historia de la Legislación*, tomo II, página 525.

dispuso la reunión de Cortes en Burgos. No sólo mantuvieron los magnates sus anteriores pretensiones, sino que añadieron otras nuevas.

Alfonso X concedió unas, aplazó la resolución de otras y negó las que atacaban el señorío de la Monarquía.

Duraron bastante tiempo las conferencias, hasta que los conjurados se decidieron por *desnaturalizarse*, retirándose al reino de Granada. Al frente de ellos iban el infante D. Felipe, D. Lope Díaz de Haro, D. Nuño de Lara, D. Fernando Ruiz de Castro, el almirante don Lope Ruiz de Mendoza, D. Esteban Fernández, D. Alvaro Díaz y el señor de los Cameros (1).

Si pedían algunas cosas justas, la mayor parte de sus peticiones eran injustas: entre éstas citaremos la exigencia de coartar la facultad real en la fundación de nuevas poblaciones. «La esclavitud del país—exclaman Marichalar y Manrique, —eso buscaban aquellos orgullosos nobles. Justamente el acto más laudable de D. Alfonso *el Sabio* es la formación de esas numerosas poblaciones, á quienes para balancear con sus concejos el poder de la nobleza, otorgó el fuero más libre y sensato de Castilla y León, que creaba una institución altamente beneficiosa á los pueblos, el de Benavente...» (2).

El bondadoso Alfonso X hubiera podido disipar inmediatamente la conjura, mas no quiso castigar á los que, después de todo, eran sus vasallos. Como hemos podido ver, escuchó sus quejas y satisfizo sus demandas; pero como las peticiones aumentaban al compás de las mercedes concedidas, acabaron por desavenirse, que no otra cosa buscaban los insolentes magnates. Recibiólos Mohámed I ben-Alahmar con alegría y, con el apoyo de ellos, fué á pelear contra los walíes insurrectos de Málaga, Guadix y Comares.

Mohámed I, sin esperar el socorro de Abu-Yúsuf, rey de Marruecos y de Fez, príncipe de los Benu-Marines, salió á campaña; á la media jornada de la capital fué atacado Aben-Alahmar de repentino accidente, falleciendo bajo un pabellón que de improviso le levantaron. Trasladóse su cadáver á Granada, siendo enterrado con gran pompa (3). Mohámed II triunfó de los walíes y honró á los traidores castellanos.

(1) Ob. cit., tomo II, pág. 527.
(2) Ibídem, pág. 529.
(3) Mohámed II hizo inscribir en letras de oro en su sepulcro de alabastro el siguiente epitafio: «Este es el sepulcro del sultán alto, fortaleza del Islam, decoro del género humano, gloria del día y de la noche, lluvia de ge-

Cortes de Almagro. Mientras esto pasaba, reunía Alfonso X las Cortes de Almagro (1273) y aliviaba á sus pueblos de tributos. Empezaron los tratos y conferencias en Segovia entre el castellano y el granadino (1274), asistiendo á estas entrevistas la reina y los infantes de Castilla, como también los revoltosos de Granada. Acordóse renovar el concierto anteriormente celebrado con Mohámed I, y volvieron á la gracia del Rey el infante D. Felipe, D. Nuño González de Lara y demás nobles que les acompañaban.

Pretensiones de Alfonso X al Imperio de Alemania. Cuando habían desaparecido los recelos de guerra con Jaime I, un acontecimiento de suma importancia europea vino á alterar el estado interior de Castilla. Es el caso que, vacante el Imperio alemán por muerte del emperador Guillermo, conde de Holanda, en guerra con los frisones, la república de Pisa, de un modo oficioso—puesto que ella carecía de derecho electivo—le aclamó emperador, enviando el acta de reconocimiento á Castilla por medio del embajador Bandino Lanza.

Así comenzaba este notable documento:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Porque el Común de Pisa, toda Italia y casi todo el mundo os reconoce á vos el excelentísimo, invictísimo y triunfante señor Alfonso, por la gracia de Dios rey de Castilla, de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Murcia y de Jaén, por el más excelso de todos los reyes que son ó fueron nunca en los tiempos dignos de memoria..., y saben también que amáis más que todos la paz, la verdad, la misericordia y la justicia, y que sois el más cristianísimo y fiel de todos... y sabiendo que vos habéis nacido de la sangre de los duques de Suabia, á cuya casa, por privilegio de los príncipes y por concesión de los pontífices de la Iglesia romana, es notorio pertenece digna y justamente el Imperio..., etc.»

No tardó en llegar á Alfonso X otra nueva más legítima y autorizada. Unos electores, reunidos en Francfort (enero de 1257), eligieron á Ricardo de Cornuailles, hermano de Enrique III de

nerosidad, rocío de clemencia para los pueblos, polo de la secta, esplendor de la ley, amparo en la traición, espada de verdad, mantenedor de las criaturas, león en la guerra, ruina de los enemigos, apoyo del Estado, defensor de las fronteras, vencedor de las huestes, domador de los tiranos, triunfador de los impíos, príncipe de los fieles, sabio adalid del pueblo escogido, defensa de la fe, honra de los reyes y sultanes, el vencedor por Dios... ensálcele Dios al grado de los altos y justificados, y colóquele entre los profetas justos, mártires y santos...» Traducción de Conde, parte IV, cap. IX.

Iglaterra; los otros nombraron á Alfonso X, como hijo de Beatriz de Suabia.

Alejandro IV, Urbano IV y Clemente IV se negaron á confirmar á ninguno de los pretendientes; pero habiendo muerto Ricardo de Cornuailles y elevado al trono pontificio Gregorio X, creyó D. Alfonso que su asunto se resolvería favorablemente, encontrándose, no sólo con la oposición, sino con el desdén y hasta la enemiga del Papa (1272). Los Pontífices miraban con malos ojos al monarca castellano, sin duda por la circunstancia de pertenecer Alfonso X á la casa de Suabia, que tanto tiempo había estado en guerra con la Iglesia. Los electores imperiales, habiendo Gregorio X anulado la elección de Alfonso, eligieron á Rodolfo de Aubsburgo (1273) (1).

Luchando nuestro monarca entre la obediencia al Padre común de los fieles y la legitimidad de su elección (2), se encontró algunas veces perplejo; en estas dudas, acordó marchar á Italia y presentarse al pontífice Gregorio X (1275).

Conjuración de Soria.

Para realizar Alfonso X su viaje al extranjero vióse obligado á imponer onerosos tributos al reino. Entre las ciudades que mostraron su disgusto con mayor energía se distinguió Soria, donde se trató de impedir á viva fuerza que Alfonso X siguiera en sus pretensiones, designándose desde entonces tal suceso por los cronistas castellanos con el significativo nombre de *Conjuración de Soria*.

Insurrección de Murcia.

Cuando Alfonso X se hallaba más empeñado en sus pretensiones al Imperio de Alemania (1261), los mudejares murcianos y andaluces, protegidos en secreto por Aben-Alahmar de Granada, y de acuerdo con el sultán de Marruecos, se sublevaron en Murcia, Mula, Lorca, Jerez, Arcos, Nebrija, Utrera, Medina Sidonia, Saulúcar y otras poblaciones. Su grito de guerra fué: *Dios es Dios y Mahoma su profeta*, y nombraron jefe á Abu-Abdillah (Alboaquis en nuestras crónicas), soberano de Murcia.

«Había protestado este infiel que no se observaban con lealtad todos los conciertos asentados al verificar la entrega del reino de

(1) Este Rodolfo de Aubsburgo fué el jefe de una dinastía que dió muchos emperadores á Alemania, y á ella pertenece la familia reinante en Austria.

(2) Los electores de Alfonso X habían sido el arzobispo de Tréveris, el duque de Sajonia, el marqués de Brandenburgo y el rey de Bohemia; los de Ricardo fueron los arzobispos de Maguncia y de Colonia y el duque de Baviera, conde palatino.

Murcia, y ora avisado de las diferencias que separaban el pensamiento político de D. Alfonso de las miras de la corte de Roma, ora reconociendo en el Sumo Pontífice la personificación de la única fuerza capaz de contrarrestar las injusticias de los soberanos de la tierra, envió una embajada al Papa para que llamase al rey de Castilla al cumplimiento de las estipulaciones. Partióse con este fin á Roma en calidad de enviado su secretario Abu-Talib Aben-Sabin, hermano del autor de las respuestas al emperador Federico II, intituladas *Cuestiones Sicilianas*.

Llegó el embajador, dice Al-Maccari, á la ciudad donde ningún muslim sentaba la planta. Allí, cumplida su misión, dirigióle el Pontífice algunas preguntas personales, y contestólas con tan rara prudencia que, volviéndose el Papa á los que le rodeaban, díjoles algunas palabras en su idioma, cuyo sentido, según la explicación dada al enviado del rey de Murcia, al decir de los historiadores mahometanos, era el siguiente: «Sabed que el hermano de Abu-Talid es hombre tan sabio que no hay entre los muslimes quien conozca á Dios mejor que él» (1).

Es de creer que no recibió respuesta satisfactoria del Pontífice, debiéndose á ello principalmente el grito que los musulmanes habían dado al insurreccionarse en Murcia, en Andalucía y en Valencia.

Si á los rebeldes ayudaban Aben-Alahmar de Granada y Abu-Yúsuf de Marruecos, Alfonso X contaba con el apoyo de Jaime I. Merced á la buena maña del castellano y no sin luchar valerosamente, fueron vencidos los muslimes.

Después, cuando el rey *Sabio* se dirigía á Murcia con la idea de arrancar de raíz el germen de la insurrección, el soberano de la ciudad del Segura (aconsejado por Aben-Alahmar), á quien comenzaban á llamar Aben-Hudiel, forma diminutiva de su apellido Aben-Hud, salióle al paso en San Esteban del Puerto, donde poniéndose de rodillas pidió perdón de sus culpas. El de Castilla le concedió, por el resto de sus días, la posesión del castillo de Yusor (2).

Llegado á Murcia Alfonso X, por ordenanza de 5 de junio de 1266, dispuso, entre otras cosas, que los moros viviesen en el barrio de la Arrijaca completamente separados de los cristianos, hasta el punto que mandó levantar una muralla entre ambas partes de la población.

(1) Los *mudejares de Castilla*, pág. 104.

(2) Este Aben-Hud se llamaba Abubéquer Mohámed, y era hijo del que fué ahogado ó envenenado en Almería (véase capítulo VI).

Alfonso X nombró gobernador de los moros de la Arrijaca á un árabe, su amigo, llamado Mohámed, y éste, á su vez, alguacil ó justicia mayor á Aben-Galib.

Alfonso X en Italia. Alfonso X se dirigió á Italia, y á su paso por Tarragona, su suegro D. Jaime quiso disuadirle de tal intento; pero él no hizo caso, y en Belcaire (Langüedoc) se verificaron las vistas con Gregorio X (1275). El recibimiento frío y hasta el desprecio con que fué tratado por el Papa le obligaron á *volver á España*—según Mariana —*bufando de coraje* (1). Aunque continuó algún tiempo intitulándose *electo rey de romanos*, usando el sello y las armas imperiales, hubo de desistir, conminado con las censuras espirituales. ¡Tal vez Gregorio X no hubiese tratado con más dureza á un hereje que al hijo de San Fernando!

En ocasión que el rey *Sabio* se hallaba en Belcaire conferenciando con Gregorio X, D. Nuño González de Lara, que guardaba la frontera, fué derrotado y muerto cerca de Córdoba peleando con los Benu-Merines, auxiliares de Aben-Alahmar. Cuando quiso acudir á la defensa de la frontera D. Fernando de la Cerda, tuvo la desgracia de enfermar en *Villa Real* (hoy Ciudad Real), muriendo á los pocos días. Inmediatamente que D. Sancho, hijo segundo de Alfonso X, supo la muerte de su hermano, acudió á Villa Real, donde, después de conversar largamente con D. Lope Díaz de Haro, se proclamó sucesor del trono de Castilla y continuó la jornada contra Andalucía. En esta campaña se distinguió un valiente y honrado militar, que después se hará inmortal con uno de esos hechos que enaltecen la historia española: Alonso Pérez de Guzmán. En tal estado las cosas, Alfonso X, á su vuelta de Langüedoc, pidió socorro á su suegro don Jaime, preparándose á una lucha ruda. No se llevó á cabo, porque los tres soberanos de Castilla, Granada y Fez estipularon una tregua por dos años (1276).

Cuestión de sucesión. El asunto de la sucesión presentaba cada día peor aspecto, porque mientras D. Sancho insistía en que se le confirmara el título de sucesor y heredero del reino, Alfonso X dudaba si podría favorecer al hijo en detrimento de los nietos, de los dos hijos varones de D. Fernando de la Cerda, Alfonso y Fernando, que se criaban bajo la guarda y compañía de su abuela la reina doña Violante. Entonces no había ley establecida en Castilla que resolviera el

(1) *Historia general de España*, lib. XIII, cap. XXII.

caso, aunque el rey *Sabio* ya la tenía escrita y consignada en las Partidas. Convocó éste el Consejo en Toledo para buscar acierto en la resolución, y se originaron las mismas dudas; pero D. Lope Díaz de Haro habló con todos los ricos hombres y caballeros y con todos los de los concejos de parte del infante D. Sancho, atreviéndose á decir luego al Rey que todas aquellas gentes le pedían «tuviesse por bien de mandar que le hiciessen homenaje (á D. Sancho) de lo aver por Rey después de sus días (de Alfonso X)». Alfonso X pidió consejo á su hermano el infante D. Manuel, y las palabras de éste, según la *Crónica*, fueron:

Señor: el árbol de los Reyes no se pierde por postura, nin desherede por al y al que viene por natura.

E si el mayor que viene del árbol fallece, debe fincar la rama do so él en somo.

Sin más que esto, contra el mismo orden de sucesión que en las Partidas se establecía, se decidió el Rey en favor de su hijo segundo y, reuniendo Cortes en Segovia, hizo jurar en ellas á don Sancho (1276). Doña Violante se acogió con sus nietos al amparo de su hermano Pedro III de Aragón, llevando consigo á la madre de los niños, doña Blanca, hija de San Luis y hermana de Felipe III *el Atrevido*. Este amenazó al castellano con una guerra; mas la evitó la intercesión del Papa.

Expedición contra Algeciras.

Una expedición de Alfonso X contra *Algeciras* fué desastrosa, merced al socorro que prestó á la plaza Abu-Yúsuf, emperador de Marruecos. La culpa de la desgracia la tuvo el infante D. Sancho, porque los caudales y rentas que se destinaban al ejército él los enviaba á Aragón para congraciarse con la reina doña Violante, á quien trataba de hacer volver á Castilla. Pedro III de Aragón, y aun Felipe III *el Atrevido*, tomaron con tibieza el asunto de los infantes de la Cerda. Otra expedición de Alfonso X contra Mohámed II de Granada produjo también fatales resultados (1280), como una tercera que se llevó á cabo poco tiempo después (1281).

Cortes de Sevilla y de Valladolid.

En este mismo año se convocaron las Cortes de Sevilla, y en ellas se arrojó la tea de la discordia entre Alfonso X y su hijo Sancho. El primero, como queriendo descargar su conciencia por haber dejado su trono al segundo, en perjuicio de los infantes de la Cerda, quiso convencer á D. Sancho y á las Cortes de la justicia que le asistía para dar el reino de Jaén á su nieto el

primogénito de los Cerdas; cosa que desagradó á D. Sancho y aun á las Cortes, ganadas ya por éste.

Refiere la *Crónica general* que ante la negativa de Sancho á dar un reino á Alfonso de la Cerda, hubo de decirle Alfonso X, en un arrebato de cólera: *Yo te fice; yo te destruyré;* á lo cual su hijo le contestó: *Sennor, non me fexistes vos, mas Dios me fizo que mató al infante Don Fernando porque yo fuese heredero de vuestros regnos.* Añade la *Crónica* que como el Rey amenazase á su hijo con desheredarle del reino, contestó: *Tiempo verná que esta palabra la non quisiérades haber dicho;* y, poniendo manos á la obra, se confederó con sus hermanos los infantes D. Pedro y D. Juan, se ganó á los grandes del reino y procuró atraerse las simpatías de Pedro III de Aragón y de Dionisio I de Portugal; de modo que Alfonso X se vió abandonado de su mujer, de sus hijos, de los grandes y de los reyes, sus vecinos y parientes. Sólo le permanecieron fieles D. Fernán Pérez de Ponce y algunos ricos hombres de la casa de Lara. D. Sancho, obrando como soberano, convocó Cortes en Valladolid (1282), las cuales depusieron á Alfonso X del trono de Castilla y dieron el título de rey á D. Sancho; éste, en cambio, repartió las rentas de la corona entre los infantes y ricos hombres, porque la codicia era la que alentaba á los nobles y á los prelados de la Iglesia. D. Alfonso, en Sevilla, publicó el acta desheredando á su hijo, y, dirigiéndose al papa Martín IV, obtuvo de Su Santidad un *Breve* en el cual se mandaba á todos los prelados, barones, ciudades y lugares del reino que volviesen á la obediencia de Alfonso X, encargando al arzobispo de Sevilla que conminase á los rebeldes con las censuras eclesiásticas. Pronunciόse excomunión contra algunos (1283). También el Papa fulminó anatemas contra don Sancho por el matrimonio que éste llevó á efecto con su prima doña María, hija del infante D. Alfonso, señor de Molina.

Alfonso X y el rey de Marruecos.

Alfonso X, el sabio monarca, reducido á la sola ciudad de Sevilla, acosado por la pobreza y abandonado de todos, pidió favor al rey de Marruecos por intermedio de D. Alonso Pérez de Guzmán. Escribióle una carta, «monumento singular — como dice Quintana — de aflicción y de elocuencia, al mismo tiempo que lección insigne para los príncipes y los hombres».

La carta decía así:

«Primo D. Alonso Pérez de Guzmán: La mi cuita es tan grande, que como cayó de alto lugar, se verá de lueñe: é como cayó en mí, quera amigo de todo el mundo, en todo ól sabrán la mi desdicha é

afincamiento, que el mio fijo á sin razón me face tener con ayuda de los mios amigos y de los mios perlados; los cuales, en lugar de meter paz, no á exceso ni á en cubiertas, sino claro, metieron asaz mal. Non fallo en la mia tierra abrigo, nin fallo amparador ni valedor; non me lo mereciendo ellos, sino todo bien que yo les fice. Y pues que en la mia tierra me fallece quien me había de servir é ayudar, forzoso me es que en la ajena busque quien se duela de mí; pues los de Castilla me fallecieron, nadie me terná en mal que yo busque los de Benamarín. Si los mios hijos son mis enemigos, non será ende mal que yo tome á los mis enemigos por fijos; enemigos en la ley, mas non por ende en la voluntad, que es el quen rey Aben-Yúcef, que yo le amo é precio mucho, por que él non me despreciará ni fallecerá, ca es mi atreguado á mi apazguado. Yo sé cuánto sodes suyo, y cuánto vos ama, con cuánta razón, é cuánto por vuestro consejo fará. Non miredes á cosas pasadas, sino á presentes; cata quien sodes é del linaje donde venides, é que en algún tiempo vos faré bien; é si lo vos non ficiese, vuestro bien facer vos lo galardonará, que el que face bien nunca lo pierde. Por tanto, el mio primo Alonso Pérez de Guzmán, faced á tanto con el vuestro señor y amigo mio, que sobre la mia corona más averada que yo he, y piedras ricas que ende son, me preste lo que él por bien tuviere; é si la suya ayuda pudiéredes allegar non me la estorbedes, como yo cuido que non faredes; antes tengo que toda la buena amistanza que del vuestro señor á mí viniere será por vuestra mano, y la de Dios sea con vusco. Fecha en la mia sola leal ciudad de Sevilla, á los treinta años de mi reinado y el primero de mis cuitas (1282).—El Rey.»

Cuentan que el insigne Alfonso X escribió:

«Yo salí de mi tierra—para Dios servir,
e perdí cuanto avía—desde enero fasta abril,
e todo el reino de Castilla—fasta Guadalquivir.
. . . . . .
Non me desampare Dios—cuando por mí enbiare.
Yo ya oí otras ueces—de otro rey contar
que con desamparo se ovo—de meter en alto mar,
a morir en las ondas—o en las aventuras buscar;
Apolonio fue aqueste—e yo faré otro tal.»

«E el rey D. Alfonso (prosigue el cronista), diciendo esto e otras cosas muchas, embió la su corona al rey Abeyuçaf de allen la mar,

que le prestase sobre ella algo. E el rey Abeyuçaf cuando vió la corona del Rey, dolióse dél e prestóle 60.000 doblas de oro (1). E de mientras embió la su corona allen la mar, mandó facer en Sevilla una galera toda negra en que se fuese a perder a la ora quel llegase el aver de la corona» (2).

Cuando Guzmán presentó la corona al rey moro, cuentan que éste dijo:

«Ve y lleva á tu señor sesenta mil doblas de oro para que de pronto se socorra; consuélale y ofrécele mi ayuda, y vuélvete luego para ir conmigo. La corona del Rey quiero que quede aquí, no en prendas, sino para memoria continua de su desgracia y mi promesa.»

Vino, en efecto, el merinita en ayuda de Alfonso X, y en Zahara se vieron ambos soberanos.

Refieren crónicas antiguas que el merinita obligó al castellano á colocarse en el asiento principal, diciéndole:

«Siéntate tú, que eres Rey desde la cuna, que yo lo soy desde ahora en que Dios me lo hizo ser.»

Alfonso X le respondió:

«No da Dios nobleza sino á los nobles; no da honra sino á los honrados; no da reino sino al que lo merece, y así Dios te dió reino porque lo merecías.»

Aunque Abu-Yúsuf ofreció mucho al rey *Sabio*, guerreó con poca energía en su favor, tal vez porque temiese la bravura de don Sancho.

Este, sin embargo de su natural duro, andaba huyendo de encontrarse con su padre, y aun se dice que juró permanecer siempre á la distancia de cinco leguas de donde él estuviese. Cuando don Alfonso supo esto, se echó á llorar, pronunciando las sentidas palabras: *¡Sancho, Sancho! Mejor te lo fagan tus fijos que tú contra mí lo has fecho, que muy caro me cuesta el amor que te hove.* Aunque el rey de los Benu-Marín volvió al Africa, dejando al rey de Castilla en la misma situación que antes, algún tiempo después variaron las cosas, porque los infantes D. Pedro, D. Jaime y D. Juan abandonaron al hermano y se postraron ante el padre. Doña Beatriz de Portugal, hija también de D. Alfonso, se vino al lado de éste, y muchos ricos hombres y no pocas ciudades y villas alzaron igualmente la voz

(1) Según *El-Cartas*, fueron cien mil dinares.

(2) Crónica de Gonzalo de la Finojosa. *Colección de documentos inéditos*, tomo CVI, párrafo 24.

por el viejo monarca. La misma mujer de D. Sancho, doña María de Molina, andaba buscando una reconciliación y una avenencia. Enfermo de gravedad D. Sancho en Salamanca, uno de sus validos, D. Gómez García, abad de Valladolid, dió el primero la noticia á Alfonso X, creyendo congraciarse con él por este medio, y aun añadió que el infante había muerto. Esta noticia llenó de pena el corazón bondadoso del Rey.

Muerte de Alfonso X.

Por fortuna D. Sancho recobró la salud, y por desgracia Alfonso X, quebrantado con tantos pesares y amarguras, murió, después de perdonar á su ingrato hijo y á todos los rebeldes, en abril de 1284 (Apéndice G).

Consideraciones.

El P. Isla, en su *Historia de España*, dice de Alfonso X lo siguiente:

«Alfonso diez, á quien llamaron *Sabio*
por no sé qué tintura de astrolabio,
lejos de dominar á las estrellas,
no las mandó, que le mandaron ellas;
pues mientras mide el movimiento al cielo,
cada paso un desbarro era en el suelo.»

El académico D. Manuel Colmeiro escribe lo que á continuación copiamos:

«Fué débil, inconstante, irresoluto y, haciendo justicia, de extraordinaria severidad. Aquejado de la falta de medios para llevar á cabo empresas ajenas al bien del Estado, gravó los pueblos con tributos insoportables, é imaginó arbitrios ruinosos que le enajenaron las voluntades de sus vasallos. Orgulloso con su saber, no escuchó advertencias ni consejos, y perseveró en los errores que le condujeron á su perdición. En los actos más graves de su azaroso reinado se gobernó por su capricho, sin tener cuenta con las leyes ni con los principios establecidos en los Códigos que él mismo había publicado. La mayor parte de sus reformas fueron intempestivas, y tanto, que el libro de las *Siete Partidas* no llegó á estar en observancia durante su vida. En fin, toda la real familia se rebeló contra él, y murió privado de la corona, solo, en la ciudad de Sevilla, no cumpliéndose su voluntad de desheredar al hijo que la había usurpado» (1).

(1) *Historia de los reyes cristianos desde Alfonso VI hasta Alfonso XI*, tomo I, págs. 134 y 135.

Por el contrario, el ilustre gaditano Vargas Ponce, en nuestro sentir, con más justicia, dice que Alfonso X «fué un guerrero afortunado, un rey cumplido, un héroe consumado, gran general, por cualquier parte grande, ilustre, admirable».

Y todavía dice poco Vargas Ponce en favor de Alfonso X. Debió decir que Alfonso X, en el mismo año que heredó la corona confirmó á Sevilla las mercedes, bienes, franquicias y buenos fueros de Toledo, concedidos por su padre Fernando III (Apéndice H); debió decir que hizo florecer las artes y el comercio, la industria agrícola y manufacturera; debió decir que se erigieron escuelas y se remuneró generosamente á los profesores; debió decir que dió señaladas muestras de valeroso militar y de excelente político; debió decir que él mismo visitaba los talleres, inspeccionaba las escuelas y colegios y entraba en los hospitales informándose del esmero ó del descuido con que se asistía á los enfermos; debió decir que daba audiencia dos días á la semana, indistintamente á ricos y pobres, oyendo las quejas de todos para fallar en justicia; debió decir que en su tiempo recibieron considerable aumento las rentas del Estado; debió decir que Alfonso X fué buen hijo, excelente esposo, amantísimo padre y el más esclarecido de los reyes; debió decir que Alfonso X fué inspirado poeta, ilustre historiador, insigne astrónomo y, sobre todo, uno de los primeros legisladores que ha tenido la historia del mundo; debió decir que fué el autor de las *Cantigas*, de la *Crónica general de España*, de las *Tablas Astronómicas* y del *Espéculo*, del *Fuero Real* y de las *Partidas*, y debió añadir, por último, que la posteridad le honró con el dictado de *el Sabio*, y su nombre, lleno de gloria, iluminó el siglo XIII, contribuyendo más que ninguno á disipar las tinieblas de la Edad media.

Sancho IV el Bravo: su carácter.

Sancho IV *el Bravo* (1284-1295) recibió en Avila la noticia de la muerte de su padre. Se vistió entonces de luto é hizo pomposos funerales.

Desde Avila pasó D. Sancho á Toledo con su mujer D.ª María de Molina, y en esta última ciudad fué jurado rey de Castilla y de León, cambiando en el acto su triste ropaje por las brillantes vestiduras é insignias reales.

Mohámed II de Granada le felicitó por su ascensión al trono, y Abu-Yúsuf de Marruecos le mandó á decir que el que había sido amigo del padre podía también serlo del hijo; á lo cual contestó don Sancho: *En una mano tengo el pan y en otra el palo; que escoja lo*

que quiera (1); ó *Estoy dispuesto á lo dulce y á lo agrio; que elija lo que quiera* (2).

Justicia del Rey. Inmediatamente reunió Cortes en Toledo, en las cuales hizo jurar heredera del trono á su hija única Isabel, niña entonces de dos años, para el caso en que no tuviese hijos varones, volviendo por este solemne acto á quedar excluídos los infantes de la Cerda. Poco después celebró otras Cortes en Toledo, y en ellas anuló los privilegios y cartas que siendo infante había otorgado á los pueblos. Como esto fuese causa de algunas alteraciones, hizo justicia en los descontentos; justicia que consistía, según la *Crónica*, en «matar á unos, desheredar á otros, y á otros echarlos del reino, tomándoles sus haciendas».

Guerra con los moros. Abu-Yúsuf, enojado por la respuesta que antes le diera D. Sancho, vino del Africa, é invadiendo Andalucía, puso cerco á Jerez. Acudió D. Sancho con todas las fuerzas que pudo reunir. Tomó á su servicio doce galeras genovesas y nombró almirante á Micer Benito Zacarías. También convocó los grandes señores, las Ordenes militares y las milicias de las ciudades y villas para socorrer la plaza de Jerez. Completo fué el triunfo de Zacarías, pues se apoderó de trece galeras musulmanas y destruyó algunas más.

Abu-Yúsuf levantó entonces el cerco, pasó el Guadalete y puso en salvo su ejército.

Después, D. Sancho, visitó á Abu-Yúsuf, cuyos reales estaban asentados á la sazón en Zahara. Muerto el amir de Marruecos, su hijo Abu-Yacub vino á la Península, donde celebró sus vistas con Mohámed de Granada; resultando de ellas la cesión de todo lo que poseían los Benu-Marin en Andalucía, exceptuándose las plazas de Algeciras, Ronda, Tarifa y Guadix. Sancho IV ratificó la tregua con el nuevo rey africano.

Amor de Sancho IV á su esposa. Con motivo del advenimiento de Felipe *el Hermoso* al trono de Francia, el rey D. Sancho envió para felicitarle al obispo de Cataluña, D. Martín, y al abad de Valladolid, D. Gómez García. Proponíase Sancho IV dos cosas: la primera, que Francia dejase de apoyar á los infantes de la Cerda, que continuaban en Játiba bajo la custodia del rey de Aragón, y la segunda, que,

(1) Según los escritores cristianos.
(2) Así lo dicen las crónicas árabes.

atendida la buena amistad del francés con la corte de Roma, obtuviese del Papa la dispensa del parentesco que tenía con doña María. Parece ser que Felipe *el Hermoso* propuso que, si el castellano se separaba de su mujer y se casaba con una de las princesas de Francia, él abandonaría el partido de los Cerdas, ofreciendo además obtener para D. Gómez García la mitra arzobispal de Santiago, vacante á la sazón. Halagó mucho esta promesa al abad, quien, aunque no se atrevió á aconsejar á su Rey lo del matrimonio, hizo que acordasen ambos monarcas una entrevista en Bayona. A pesar de este acuerdo, Sancho IV no pasó de San Sebastián y D. Felipe se quedó en Mont-de-Marsan, encomendando ambos el negocio á sus embajadores. Comenzaron los franceses exigiendo la separación de D. Sancho de su esposa, lo cual bastó para que se cortaran las negociaciones y el Rey mirase con malos ojos al abad valisoletano.

Desafiaba el Rey las censuras de la Iglesia y desdeñaba las proposiciones de Francia, pues decía «que por tan bien casado se tenía él, que en el mundo no había Rey que mejor casado fuese», y que si el Pontífice no dispensaba el impedimento en tal grado, como lo había hecho con otros reyes, príncipes, duques y condes de menor estado que él, «non empecía, ca Dios estaba sobre todo y lo juzgaría».

Vanas fueron las amenazas de Martino IV. Don Sancho estaba decidido, con justa razón, á no separarse de una de las mejores reinas que han tenido los pueblos europeos, y la mejor seguramente que ha tenido España.

Por entonces, habiendo sabido Sancho IV que doña Blanca de Molina, hermana de la Reina, intentaba casar á su hija Isabel con el rey de Aragón, mandó encerrar á doña Blanca en el alcázar de Segovia, hasta que pusiera en su poder dicha joven, con objeto de casarla dentro del reino y no pasara el señorío de Molina á la corona de Aragón. «De este modo—dice Lafuente—hacía justicia D. Sancho *el Bravo*.»

Cortes de Alfaro. Pero toda la bravura de Sancho IV desaparecía tratándose de D. Lope de Haro, señor de Vizcaya, á quien, sin embargo de su actitud semihostil desde que se retiró de la corte, nada le negaba el monarca. Sobre él y su familia seguía acumulando los cargos más productivos. En su orgullo llegó á creer D. Lope que podía anular el matrimonio del Rey y casarle luego con una sobrina suya, hija del conde Gastón de Bearne. Sancho IV volvió en sí y comenzó á prepararse contra el imprudente magnate.

Así se lo aconsejaron D. Dionís, rey de Portugal, y el obispo de Astorga. Había experimentado éste la osadía del conde, pues con motivo de una cuestión en que estaban desacordes, D. Lope fué á casa del prelado, á quien dirigió toda clase de insultos, añadiendo estas palabras: «maravíllome cómo no os saco el alma á estocadas». Y lo hubiera hecho al no interponerse dos ricos hombres que con D. Lope iban (1).

En las Cortes de Toro (1287) el Rey se decidió por la alianza del monarca francés, como opinaba la Reina y otros grandes, y no por la del rey de Aragón, según querían D. Lope y D. Juan. Motivo fué éste para que el infante D. Juan y su suegro D. Lope se declarasen en rebelión; mas con objeto de arreglar las diferencias entre aquéllos y el monarca, se reunieron las Cortes de Alfaro (1288), donde la osadía de D. Lope llegó á tal extremo, que los vasallos y caballeros del partido de Sancho IV, «viendo que el conde iba contra el Rey, hirieron al conde, y diéronle con una espada en la mano y cortáronsela y cayó luego en tierra la mano con el cuchillo, y luego diéronle con una maza en la cabeza que cayó luego en tierra...» (Apéndice I). ¡Qué época tan ruda! La familia del de Haro, que contaba con el apoyo del aragonés Alfonso III, promovió guerra civil, cuya bandera fué la proclamación de D. Alfonso de la Cerda.

El infante D. Juan, que en las Cortes de Alfaro pudo escapar con vida porque se refugió en el aposento de la Reina, la cual le defendió de la cólera del Rey, fué preso, encerrado en el castillo de Burgos y trasladado luego á la fortaleza de Curiel. La anarquía, las muertes y las violencias empobrecieron y ensangrentaron el suelo castellano.

Es el caso que, dividida Badajoz en dos partidos, uno de bejaranos y otro de portugaleses, como los primeros alzaran voz por el infante de la Cerda, envió D. Sancho á la capital de Extremadura á los maestres de todas las Ordenes militares con sus respectivas huestes y banderas. Ofrecieron éstos á los sublevados que serían perdonados si se rindiesen. Así lo hicieron; mas luego «mandó el Rey que matasen á todos aquellos que eran del linage de los bejaranos, y mataron entre omes y mugeres bien cuatro mil ó más» (2).

En Toledo, en Avila y en Talavera hizo matar á muchos; sólo en

(1) Crónica, cap. I.
(2) Crónica, cap. 6.

esta última población fueron ajusticiadas 400 personas. Mediante estos sumarios procedimientos, restituía D. Sancho la paz y el sosiego á los pueblos.

Una alianza de Sancho IV con Dionisio de Portugal, en la cual se concertó el matrimonio de D. Fernando, primogénito de D. Sancho, con doña Constanza, infanta de Portugal; la concesión de la libertad al infante D. Juan, que pidieron los grandes de la corte; una entrevista amistosa entre Sancho IV y Felipe *el Hermoso* de Francia (1290), y una alianza de aquél con Jaime II de Aragón, que subió por entonces al trono por muerte de su hermano Alfonso III (1291), acabaron con la guerra civil.

Conquista de Tarifa.

Sancho IV, aliado con Mohámed II de Granada, al frente de poderoso ejército, partió para Andalucía, cercó á Tarifa, que tenía Abu-Yacub de Marruecos y ganó la plaza después de largo asedio (1292). De dicha plaza, fronteriza de Africa y que dominaba el Estrecho, nombró gobernador á D. Rodrigo Pérez Ponce, maestre de Calatrava, á quien reemplazó pronto (1292) el opulento magnate andaluz Alfonso Pérez de Guzmán, señor de Niebla y de Nebrija.

El inquieto infante D. Juan, siempre enemigo de su hermano don Sancho, volvió á maquinar y á perturbar el orden y la paz del reino; pero tuvo que refugiarse en Portugal y luego se vió obligado á arribar á Tánger, donde fué bien recibido por Abu-Yacub, hasta el punto que el musulmán le dió el mando de 5.000 caballos para que recobrase la plaza de Tarifa.

Vino D. Juan á España, cercó la plaza y la combatió, resistiéndose con singular bravura el gobernador Pérez de Guzmán. El infante se apoderó de un hijo de éste y amenazó matarle si la plaza no se entregaba. El padre dijo: «que antes quería que le matasen aquel hijo y otros cinco, si los toviesse, que non darle la villa del rey su señor de que le hiciera omenaje» (1), y tirando su propio cuchillo desde el adarve al campo se retiró.

El bárbaro D. Juan degolló al tierno niño y arrojó la cabeza á la plaza con una catapulta.

Algunos días después, D. Sancho escribió á Alfonso Pérez de Guzmán la siguiente carta:

«Primo D. Alfonso Pérez de Guzmán. Savido avemos lo que por

(1) Crónica, cap. X.

nos servir avedes fecho en defender esa mi villa de Tarifa á los moros, aviéndoos tenido cercado seis meses, y puestos en estrecho afincamiento; principalmente supimos, y en mucho tubimos, dar la vuestra sangre y ofrecer el vuestro primogénito fijo por el nuestro servicio é el de Dios é por la vuestra onra. En lo uno imitastes al Padre Abraham, que por servir á Dios le daba su fijo en sacrificio, y en lo al quisistes semejar á la buena sangre donde venides, por lo qual merescéis ser llamado *el Bueno*, ó yo ansí vos llamo, é vos ansí vos llamaredes dende aquí adelante, ca justo es el que fare la bondad que tenga nombre de Bueno, é non finque sin galardón de su buen fecho: porque si á los que mal fazen les tallen su heredad é facienda, á vos que tan grande exemplo de lealtad habeis mostrado y aveis dado á los nuestros vasallos é á los de todo el mundo, razón es que con mercedes nuestras quede memoria de las buenas obras é fazañas vuestras. E venid vos luego á verme, ca si malo no estuviera, y en tanto afincamiento de mi enfermedad, nadie me tollera que vos non fuera yo á socorrer; mas vos facedes con nos lo que non podemos facer con vusco, que es venir vos luego á mí, porque quiero facer en vos mercedes que sean semejantes á vuestros servicios. A la vuestra buena muger nos recomendamos la mía é yo, é Dios sea con vusco. De Alcalá de Henares á dos de enero año 1333 (año del Señor 1295). —El Rey.»

El título de *Bueno* que dió el Rey á D. Alfonso Pérez de Guzmán ha sido confirmado por la historia.

Después, Abu-Yacub, á quien no le quedaba en España más que la plaza de Algeciras, la cedió á Mohámed II por una cantidad de dinero, cuidándose desde entonces únicamente de las cosas de Africa, «sin pensar más, como dice la Crónica, en Andalucía».

Muerte del Rey. Salió D. Sancho de Burgos y se dirigió á Vizcaya, con cuyo señorío quería alzarse D. Diego López de Haro, venido de Aragón con este objeto; volvió á Castilla, pasó por Valladolid, cayó enfermo en Alcalá de Henares, en donde hizo testamento; prosiguió su viaje á Madrid y se hizo conducir en andas á Toledo, acabando aquí sus días (25 de abril de 1295).

Dejó el reino á su hijo D. Fernando, bajo la tutela de su madre doña María de Molina.

Sancho IV *el Bravo*, llamado por otros *el Fuerte*, fué de natural duro y á veces cruel. Si la nobleza se mostró altiva, él la enseñó el camino de la rebelión cuando usurpó el reino á su buen padre. Tal

vez se arrepintió en sus últimos días, pues su sobrino D. Juan Manuel, hijo del infante D. Manuel, oyó de su boca, y así lo refirió en su *Libro de las tres razones*, las sentidas palabras siguientes: «Bien creed questa muerte que yo muero non es muerte de dolencia, mas es muerte que me dan mis pecados, et sennaladamente por la maldición que me dió mio padre, por muchos merescimientos que yo le merescí.»

Dícese, aunque nosotros lo ponemos en duda, que escribió el *Libro de los castigos é documentos del rey D. Sancho á su fijo*, ó sea consejos y advertencias encaminados á la recta educación del infante D. Fernando, los cuales, si hubiesen sido seguidos por éste, hubieran hecho de él un excelente Rey.

Granada: Mohámed I Ben-Alahmar.

Mohámed I Ben-Alahmar (de quien ya se habló en el capítulo VI de este tomo) gobernó con talento y prudencia su reino. La cultura, tanto intelectual como material del reino granadino, no fué inferior á la de las brillantes cortes de los reyes de taifas. Se fundaron colegios, se erigieron escuelas y fueron remunerados generosamente los maestros. Aben-Alahmar hizo florecer las artes, la agricultura y el comercio. Lo mismo intervenía en los graves asuntos de política que visitaba los hospitales y se mezclaba con los obreros que construían el palacio de la Alhambra. Murió en el año 1273.

Mohámed II.

Mohámed II continuó la política de su padre. «Aventajaba, dice Aben-Al-Jatib, á todos los reyes en magnificencia, en fortaleza, en valor, en prudencia, en constancia, en experiencia y conocimiento de todas las cosas. Grave y hermoso de rostro, gallardo de cuerpo, arrogante y gentil en sus maneras, compuesto y esmerado en su traje, elegante y cortés en su habla, ya se expresase en árabe, ya en español, cuyo idioma poseía como el más culto castellano, amante de las letras y protector de los doctos, era Mohámed II mirado como el honor del Islamismo, y amábale y reverenciaba el pueblo.»

Mohámed II, á la muerte de Sancho IV *el Bravo*, tomó parte en favor de los Cerdas, en unión de Portugal, Francia y Aragón. Fué afortunado el musulmán en esta guerra, pues llevó sus huestes hasta las puertas de Jaén, incendió el arrabal de Baena y se apoderó de la fortaleza de Bezmar, hasta que fué llevado, en el año 1302, «del reinado de esta vida al eterno descanso—como dice el historiador árabe,—estando en su azala con gran tranquilidad y sin aparente quebranto en su salud».

Los Benu-Marín: Abu-Yúsuf.—Abu-Yacub.

Los Benu-Marín sucedieron á los almohades. Desde la batalla de las Navas de Tolosa (1212), era evidente la decadencia de los almohades. Por su parte, los Benu-Marín, más poderosos cada día, se hicieron dueños de Mequinez, después de Fez (1248) y por último de Marruecos (1269).

Abu-Yúsuf, luego que se apoderó de Marruecos, se dispuso á continuar sus conquistas, llegando á España, según acabamos de decir.

Abu-Yacub, hijo de Abu-Yúsuf, estuvo en buenas relaciones con Mohámed II de Granada, con lo cual éste se enajenó el afecto de los suyos, dando lugar á que los walíes de Málaga y Guadix se ofrecieran por vasallos al rey Alfonso X *el Sabio*.

IX

Aragón: Pedro III *el Grande;* guerra con los mudejares valencianos.—Coronación de Pedro III en Zaragoza.—Política del Rey con su hermano D. Jaime de Mallorca y con los señores catalanes.—*Sicilia:* Federico II, Conrado IV y Manfredo.—Carlos de Anjou, rey de Sicilia.—Vísperas sicilianas.—Conquista de Sicilia por Pedro III.—Privilegio general.—Guerra contra Pedro III y Felipe III.—Combate de San Félix de Guixols.—Felipe III en los Pirineos.—Toma de Gerona por los franceses.—Muerte de Felipe III.—Muerte de Pedro III.—Alfonso III *el Franco:* su coronación.—Privilegios de la Unión.—Relaciones exteriores: tratados de Olerón y de Tarascón.—*Navarra:* Enrique I *el Gordo* y Juana I.—*Portugal:* Alfonso III y Dionisio I.

Aragón: Pedro III el Grande; guerra con los mudejares valencianos.

Pedro III *el Grande* (1276-1285) heredó, á la muerte de su padre Jaime I, los reinos de Aragón y de Valencia y el condado de Barcelona. Recibió noticia tan triste hallándose peleando con los rebeldes mudejares valencianos. Montesa era el foco de la insurrección, insurrección que se extendía desde las regiones de Játiba hasta el Júcar. No abandonó la campaña hasta que consiguió una tregua honrosa de tres meses.

Coronación de Pedro III en Zaragoza.

En seguida, acompañado de su mujer Constanza, acudió á Zaragoza, en cuya catedral recibió el óleo y la corona de manos del arzobispo de Tarragona (16 noviembre 1276), teniendo el Rey mucho cuidado de hacer constar ante personas principales «que se entendiese no recibía la corona de mano del arzobispo en nombre de la Iglesia romana, ni por ella, ni contra ella»; declarando igualmente que sus sucesores pudieran ser coronados en cualquier población de sus reinos y ungidos por cualquier obispo de Aragón. Al día siguiente, D. Pedro mismo—según Desclot—*corona madona la regina Constanza sa muller, é mesli el pom d'aur en la má.* Reconocido también como sucesor al trono su hijo el infante D. Alfonso, regresó á Valencia decidido á concluir con la insurrección

mudejar. Con este objeto reunió en Játiba las milicias y los concejos de Murviedro, Burriana, Castellón, Liria, Cullera, Morella, Peñíscola y otros; nombró gobernador de Cocentaina á Roger de Lauria y almirante á D. Pedro Queralt. Comenzó Pedro III la campaña poniendo sitio á Montesa, cuya fortaleza tomó después de tenaz resistencia (1277). De este modo acabó la insurrección.

Política del Rey con su hermano Jaime de Mallorca y con los señores catalanes.

Sosegadas las alteraciones que algunos poderosos magnates catalanes habían provocado, pretextando que el Rey pensaba más en las cosas de Valencia que en las de Cataluña, como también que se había coronado en Aragón y no reunía las Cortes en Cataluña; libre por algún tiempo D. Pedro del asunto de los infantes castellanos de la Cerda, se dedicó á arreglar un negocio de capital interés.

Faltaba que su hermano D. Jaime, rey de Mallorca, conde de Rosellón y Cerdaña y señor de Montpellier, se reconociera vasallo y feudatario de los reyes de Aragón. Reunidos en Perpiñán los dos hermanos, recibió Pedro III de Jaime el reconocimiento de la infeudación en el monasterio de Predicadores á 20 de enero de 1279. «Pero quedó el rey D. Jaime con gran sentimiento del rey su hermano, y con mucha quexa por esta novedad; porque se intentó contra la voluntad y disposición del rey su padre; y assí se entendía comunmente, y que fué opresión y fuerza, y en sus cosas se mostraron siempre mal avenidos y muy discordes» (1).

Por segunda vez, y por motivos harto pueriles, alzáronse de nuevo en armas los señores catalanes. Encerrados en Balaguer, Pedro III puso sitio á la plaza (junio de 1880), que se entregó temiendo fuese entrada á saco. Los señores pidieron perdón al Rey; pero éste dispuso que el infante D. Alfonso, su hijo, los llevase presos; castigo merecido á su deslealtad y al empeño de defender sus privilegios, contrarios á la justicia. No tiene, pues, razón Balaguer cuando dice, llevado de un mal entendido amor á la tierra, que «aquellos hombres, culpables sólo de haber querido defender las *libertades patrias*, fueron encerrados en varios castillos, donde se les tuvo presos por mucho tiempo».

Después de celebrar vistas Pedro III con su sobrino el infante D. Sancho de Castilla entre Requena y Buñol (septiembre de 1279); después de poner cerco á Balaguer, donde se habían acogido los

(1) Zurita, primera parte, lib. IV, cap. VII, folios 232 v.° y 233.

revoltosos caballeros Armengol, conde de Urgel; Roger Bernaldo, conde de Fox; el conde de Pallas y otros, á quienes encerró en el castillo de Lérida (1280); después de intervenir, con poca fortuna, en las disensiones interiores del reino de Castilla (1280), y después de concertar el matrimonio de su hija Isabel con D. Dionisio de Portugal (1281), se dispuso á conquistar la isla de Sicilia. Empresa era ésta de gran importancia, no solamente para España, sino para toda la cristiandad.

Sicilia: Federico II, Conrado IV y Manfredo.

Véanse ciertos antecedentes acerca de la conquista de *Sicilia*. La lucha del sacerdocio y el imperio, que comenzó en Gregorio VII (1073-1085) y Enrique IV (1056-1106), continuó y llegó á enconarse más en tiempo de los emperadores Otón de Brunswick (1207-1214) y Federico II (1214-1250) y los papas Inocencio III, Honorio III, Gregorio IX, Celestino IV é Inocencio IV.

Fué Federico II la personificación de todas las prosperidades y de todas las desdichas de la causa del imperio. Ni en la prosperidad se manifestó orgulloso ni en la desgracia se mostró débil. Protector de las ciencias y de las letras, y él mismo conocedor de algunos idiomas y regular poeta, estableció estudios generales en Nápoles, protegió la Escuela de Medicina de Salerno, mandó traducir muchas obras griegas en latín, dispuso que su canciller Pedro de Viñas redactara las Constituciones del reino de Sicilia é hizo añadir leyes importantes á las de los normandos.

El emperador Conrado IV (1250-1254), hijo de Federico II, viendo desconocida su autoridad en Alemania é Italia, marchó á sujetar á Nápoles y Sicilia, donde se estaba cubriendo de gloria su hermano Manfredo.

Este Manfredo era hijo natural de Federico II, pero legitimado al morir su madre. Inocencio IV, enemigo acérrimo de la casa de Suabia, excomulgó á Conrado y á Manfredo. Muerto Conrado, su hijo Conradino y Manfredo tuvieron enfrente á Alejandro IV y á Urbano IV, sobre todo al último, que dió la corona de Nápoles y Sicilia á Carlos de Anjou, hermano de San Luis (1263). Carlos venció y mató á Manfredo en la batalla de *Grandella*, cerca de Benevento (1266); después triunfó también é hizo prisionero en el sangriento combate de *Tagliacozzo* (1268) á Conradino, á quien mandó decapitar pasados dos meses, extinguiéndose entonces aquella famosa dinastía imperial.

Carlos de Anjou rey de Sicilia. Vísperas sicilianas

Carlos de Anjou, al frente de aquellas compañías francesas de aventureros, *mesnada de ladrones*, como les llama un historiador de estos sucesos, se hizo odioso á los sicilianos. Las depredaciones y crímenes de Carlos de Anjou dieron motivo á una explosión terrible del odio del pueblo. Hasta el mismo Pontificado, á quien debía el trono, llegó á enemistarse con él. Cuando las campanas de Palermo tocaban á vísperas (31 de mayo de 1282) y el pueblo se dirigía á las iglesias, marchó en dirección al templo del Santo Espíritu una bella palermitana, hija de un caballero principal llamado Roger de Maestr'Angelo, acompañada de su marido y hermanos; con pretexto de que llevaba armas debajo de su vestido, se vió escarnecida por un imprudente y sensual soldado de la Provenza, llamado Drouet. Un joven siciliano, haciéndose eco de la indignación general, se arrojó sobre el francés, le quitó la espada y le atravesó con ella de parte á parte. El grito de *¡mueran los franceses!* mezclado con el sonido de las campanas del Santo Espíritu, que llamaban á los fieles á las vísperas, se repitió por toda la ciudad, siendo muchos acuchillados y muertos.

Constituyóse un gobierno presidido por Roger de Maestr'Angelo.

El movimiento de insurrección fué general en toda la isla, pues en todas partes ardía el furor de venganza contra los franceses, calculándose en veintiocho mil el número de los muertos.

Sólo una ciudad, Sperlinga, se negó á secundar el alzamiento de todo el reino, de donde quedó el proverbio:

«Cio che á Sicilia piacque
solo á Spirlinga spiacque.»

(Sólo negó Spirlinga lo que quiso toda Sicilia.)

Tal fué la famosa revolución, conocida con el nombre de *Vísperas Sicilianas*.

Carlos de Anjou, que se hallaba á la sazón en Nápoles, aparejó poderosa escuadra, se dirigió á Mesina y puso cerco á la ciudad.

Conquista de Sicilia por Pedro III.

Mientras tanto, una embajada de palermitanos y otra de mesineses se habían presentado á Pedro III, que se hallaba entonces en el puerto de Alcoll, en la costa de Berbería, entre Bujía y Bona, ofreciéndole la corona de Sicilia. El aragonés, que tenía derecho á este reino por su mujer Constanza (1), hija

(1) El Dante la llama *generatrice dell onor di Sicilia e d'Aragona.*

de Manfredo, con formidable flota marchó á Mesina, donde fué recibido con gran entusiasmo y proclamado rey de Sicilia. Mandó á su almirante Pedro de Queralt á pelear con la escuadra napolitana, que se hallaba á la altura de *Nicotera*. Huyeron los enemigos con gran desconcierto, y del cual se aprovechó Queralt para apresar muchas galeras y barcos de transporte cargados de vituallas. La ciudad de Nicotera cayó en poder del rey de Aragón.

Después del desafío ridículo de Carlos de Anjou, exrrey de Nápoles, que dirigió á Pedro III, éste se dispuso á volver á Aragón con la idea de prepararse á la guerra con Francia, que veía cerca.

Antes de salir de Sicilia nombró á Alaymo de Lantini gran justicier del reino; á Roger de Lauria, primer almirante; á Juan de Prócida, gran canciller de Sicilia, y á Guillén Galcerán dió el mando del ejército de tierra con el condado de Catanzaro, una de sus conquistas de Italia, dejando también ordenado que, durante su ausencia, no se hiciese cambio alguno sin conocimiento de la reina Constanza.

Salió Pedro III de Mesina el 26 de abril de 1283, llegando á la ciudad de Valencia el 18 de mayo.

Privilegio General. Por septiembre de dicho año reunió Cortes en Tarazona, las cuales le manifestaron sus agravios y le pidieron que les diese cuenta de sus proyectos respecto á Sicilia, Francia y Castilla. Como Pedro III se negase á ello, exigiéronle las Cortes que jurase y confirmase los antiguos fueros y libertades. Ante la negativa del Rey, los ricos hombres formaron una especie de hermandad, decididos á defender sus derechos, como también impedir que D. Pedro castigara á alguno de los juramentados, sin proceder sentencia del justicia mayor de Aragón. Si el Rey no hiciera caso de este acuerdo, ellos recibirían y proclamarían al infante D. Alfonso, y si éste no quisiera hacer guerra á su padre, también le desconocerían por rey.

En tal estado las cosas, se celebraron poco después, y en el mismo año de 1283, Cortes en Zaragoza. En ellas otorgó Pedro III cuanto le demandaban los ricos hombres, alegando que lo hacía porque todo aquello había sido concedido por su padre. Con efecto, algunas concesiones arrancaban de tiempos anteriores; pero lo mismo éstas que las nuevas formaron el *Privilegio General*.

Trasladaremos aquí este precioso documento, tomándolo de la última edición de los *Fueros de Aragón*, publicada en 1866 por los señores Savall y Penen.

«PRIVILEGIUM GENERALE ARAGONUM

Petrus Cæsar-augustæ, 1283.

Estas son las cosas de que son spullados los Richos hombres, Mesnaderos, Cavalleros, Infanciones, Ciudadanos é los hombres de las villas de Aragon, de Ribagorça, é del Regno de Valencia, é de Teruel.

§ Primerament, que el señor Rey observe, é confirme Fueros, usos, costumbres, Privilegios, & cartas de donaciones & cambios del Regno de Aragon, de Ribagorça, de Valencia ó de Teruel.

§ Item, que inquisicion no sia feyta contra ninguno nunca ó ningun caso; é si feyta es la inquisicion, é no es juzgada, que no sia dado judicio por ella, ni vaya á acabamiento, é si dada es sentencia, que no venga á execucion.

§ Item, que el Justicia de Aragon juzgue todos los pleytos que vinieren á la Cort con consello de los Richos hombres, Mesnaderos, Cavalleros, Infanciones, Ciudadanos, é de los hombres buenos de las villas, segund Fuero, ó segund antiguament fué acostumbrado.

§ Item, que sean tornados en possession de las cosas de que fueron spullados, en tiempo del Rey D. Iaime ó suyo, de que ellos se tienen por agraviados que son públicas ó notorias.

§ Item, que el señor Rey en sus guerras, é en sus feytos, que tocan á las Comunidades; que los Richos hombres, Mesnaderos, Cavalleros, é honrados Ciudadanos ó hombres buenos de las villas, sian en su Consello, é tornen en lur honra, assí como solian en tiempo de su padre.

§ Item, que en cada uno de los Lugares haya judges de aquel mesmo Regno: es á saber, en Aragon de Aragon, é en Valencia de Valencia, en Ribagorça de Ribagorça.

§ Item, que todos los del Regno de Aragon usen, como solian, de la sal, de qual se querrán de los Regnos, é de toda la Señoría del señor Rey de Aragon, de aquella que más querrán: é quen vendan los que salinas han, assí como solian antiguament; é aquellos que por fuerça vendieron sus salinas, é se tienen por agraviados, que las cobren é que usen de aquellas como solian, empero tornando el precio quende rescebieron.

§ Item, del feyto de la Quinta, que nunca se die en Aragon, fueras

por priegos á la huest de Valencia: que de aquí adelant nunca se dé de ningun ganado, ni de ninguna cosa.

§ Item, que los Sobrejunteros usen assí como antiguament solian usar: é no hayan otro poder, ni prengan de las villas de mercado sino X. suel. é de las otras Villas V. suel. de aquellas que en la junta querrán seer; mas Sobrejunteros, que sean executores de las sentencias, é Encalçadores de los malfeytores, é de los encartados: é aquellos malfeytores, que sean juzgados por los Justicias de las Cibdades, é de las Villas é de los otros lugares de Aragon.

§ Item, del mero imperio é mixto que nunca fué, ni saben que fues en Aragon, ne en el Regno de Valencia, ne encara en Ribagorça, é que no y sia daqui adelant, ni aquello, ni otra cosa ninguna de nuevo, sino tan solament Fuero, costumbre, uso, Privilegios é cartas de donaciones é de cambios, segund que antiguament fué usado en Aragon é en los otros Lugares sobreditos: é que el señor Rey no meta Iusticias, ni faga judgar en ninguna Villa, ni en ningun Lugar, que propio suyo no sia.

§ Item, que ningun Iudge ni Oydor en su Cort del señor Rey, no prenga salario de ninguna de las partes por judgar, ni por oir pleyto ninguno: é aquellos Iudges que judgarán, ó oirán, que sean del Regno de Aragon, los que hauran á judgar los pleytos de Aragon: é que todas las apelaciones de los pleytos de Aragon sian terminadas dentro del Regno de Aragon, é no sian tenidas ninguna de las partes de seguir las apelaciones fuera del Regno de Aragon.

§ Item, las salvas de los Infançones, que sian assí como el señor Rey padre suyo las otorgó, é las juró en Exea: aquello mismo sia de las compras que facen los Infançones del realenco, que se fagan segund que el señor Rey padre suyo las juró, é las confirmó en Exea.

§ Item, las honores de Aragon, que tornen á las cavallerías, segund eran en el tiempo que el señor Rey D. Iaime finó, é los Richos hombres que hayan las pagas á sant Miguel con lures colonias é sus azemblas, segund que habian usado é costumbrado antiguament; salvo que todos los Villeros de Aragon den, é paguen, é usen segund que acostumbraren en el tiempo que el señor Rey D. Iaime finó: es á saber, peytas cavallerias, cenas, azemblas, calonias, trehudos, huest, monedage, ó en todas otras cosas, que finquen salvos á los de los villeros lures privilegios, segund demandado fué.

§ Item, que todas las Cibdades é las Villas de Aragon, que solian

seyer honor de Richos hombres, que lo sian aquellas, que señor Rey son agora, segund que acostumbrado era antiguament.

§ Item, que honor no sia tollida, ni emparada por el señor Rey á ningun Richo hombre de Aragon; si doncas el Richo hombre no ficiese porqué: encara que esto primerament sea visto, judgado ó conoscido por Cort general, es á saber, por el Justicia de Aragon, de consello de los Richos hombres, é otros honrados hombres de las honradas Villas de Aragon: é aquesto mesmo de los Mesnaderos, que no les sia emparada su Mesnadería, sino fiziessen porqué; é que fuese primero judgado por Cort, é por los sobreditos, segund que dito es de suso.

§ E otro sí, que los Richos hombres no puedan toller tierra, ni honores, que dadas havran á lures Cavalleros, si doncas el Cavallero no ficiese porqué: encara que aquesto primerament sia conoscido por Cort por los vassallos de aquel mismo Richo hombre de aquellos que ternán tienen tierra por él.

§ Item, que los Richos hombres de la Mesnada, que han á servir al señor Rey, que sian contados en aquel mes, los dias de la ida, é de la tornada daqui á que sian tornados en lures casas: é aquello mesmo sia de los cavalleros que ternán honores de los Richos hombres.

§ Item, si por ventura algun Richo hombre, Mesnadero, Cavallero, Infançion, por cualquiere razon querrá vivir con otro señor fuera del Reyno: quel señor Rey de Aragon sia tenido de recibir en comanda su muller, ó sus fillos, ó todos sus bienes é sus vasallos; encara á las mulleres é á los fillos é todos los bienes de todos aquellos vasallos, que irán con él.

§ Item, las cartas que salrán de la Escrivania del señor Rey, que hayan precio convenient.

§ Item, los Escrivanos é los Corredores de las Ciudades, é de las Villas, sian puestos por los Jurados, é por aquellos que costumbraron de meter los menos de treudo, segund que havian acostumbrado ó usado antiguament.

§ Item, de las Alfondegas, que noy vayan á possar Christianos, ni Moros, sino qui se quiere: aquello mesmo de las Tafurerias, que sian desfesfeytas á todos tiempos.

§ Item, de los Cotos, é de los stablimientos que son generales de todo el Regno: assi como de no sacar pan ni caballos, ni olio, ni otras cosas del Regno, que sian desfeytos, é que de aqui adelant nunca se fagan menos de Consello de los Ricos hombres, Mesnaderos,

Cavalleros, Infançiones, ó de los otros hombres honrados de las Ciudades, é de las otras Villas de Aragon.

§ Item, de los Cotos de las Ciudades, é de las Villas de Aragon, que se metan, é que se tuelgan por los Jurados, é por los otros hombres de las Ciudades, é de las Villas de Aragon, segund que habian usado antiguament, é acostumbrado.

§ Item, Peages nuevos que no sian dados, specialment de pan ni de vino, que llevan con bestias, ni de ninguna moneda, ni de ningunas otras cosas que usadas no fueron dar peage en Aragon, é aquellos peages que tornen, é que se prengan en aquellos lugares que se solian prender antiguament, é no en otros ó los hombres que van por los caminos, que vayan por los lugares quales querrán, dande todo su dreyto al senyor Rey, ó aquellos que haun el peage de todas aquellas cosas que dar deurán.

§ Item, que los Ricos hombres de Aragon no sian tenidos por las honores, ni por las tierras que tienen del señor Rey, de servirlo por aquellas fuera de su Señoria, ni pasar mar.

§ Item, demandan, que el señor Rey suelte el establimiento que fizo, que ninguno no fuese ossado de matar corderos.

§ Item, demandan los Ricos hombres, ó todos los otros sobreditos, que en los Regnos de Aragon, ó de Valencia, ni en Ribagorça, ni en Teruel, no haya Bayle que Iodio sia.

§ Item, demandan, asi en criminal como en civil, que valga fiança de dreyto contra señor, é contra officiales, é contra todo hombre: esceptado el caso manifiesto segund Fuero requiere.

§ Item, que el señor Rey faga Cort general de Aragoneses en cada un año una vegada de la ciudad de Çaragoça.

§ Item, que la tierra, é los honores quel señor Rey dará á los Ricos hombres, que los Ricos hombres las partan á los Cavalleros.

§ Item, que el señor Rey, é sus successores no demanden, ni prengan, ni demandar, ni prender fagan, agora, ni en ningun tiempo, monedaje en las Villas, ni en los Lugares que han, ni haurán, ó por cualquiere manera, ó razon, aquellos tenrán, haurán ó possiderán de los vassallos de los Ricos hombres, Mesnaderos, Cavalleros, Infançiones, ciudadanos, é otros hombres de las Villas de Aragon, mas quel dito monedage hayan é prengan de los Lugares que se han, é haurán los ditos Ricos hombres, Cavalleros, Infanciones, Ciudadanos, é otros hombres de las Villas los de Aragon, é los suyos, segund que antiguament usaron et acostumbraron de prender.

§ Protiestan los sobreditos Ricos hombres, Mesnaderos, Cavalleros, Infanciones, Ciudadanos, é los otros hombres de las Villas, de los villeros, ó toda la Universidad de todo el Regno de Aragon, que salvo finque á ellos, ó á cada uno dellos, é á cada una de las Villas, é de los villeros de Aragon toda demanda, ó demandas, que ellos ó cualquiere dellos pueden é deben fer: assi en special, como en general, con Privilegios, ó con cartas de donaciones ó de cambios, ó con cartas ó menos de cartas: quando á ellos, ó á qualquiere dellos bien visto será, que lo puedan al señor Rey demandar en su tiempo ó en su lugar.»

El *Privilegio General* fué aceptado y jurado por Pedro III y por su hijo primogénito Alfonso, no de buen corazón y espontánea voluntad (bono corde et gratuita voluntate), como declararon, sino á la fuerza ó impuesto por la turbulenta nobleza.

No creemos que deba ser comparado el *Privilegio General* —como hacen muchos escritores—con la *Carta Magna* de Inglaterra. Dice Lafuente que es fundamento ó base de las libertades civiles de Aragón (1); afirma Castelar que en él se hallaban encerradas como en su germen todas las grandes ideas políticas, todas las conquistas de la civilización que hoy nos ufanan (2), y añade Danvila que las libertades aragonesas adelantaron mucho con el *Privilegio General* (3). No estamos conformes con la opinión de escritores tan distinguidos.

Tampoco creemos que están en lo cierto los que califican á Pedro IV *el Ceremonioso* como el monarca menos liberal de su dinastía.

Basta leer el *Privilegio General* para convencerse que no fué fundamento de las libertades de Aragón.

La verdadera libertad política—como en otro lugar diremos—comenzó en Aragón en tiempo de Pedro IV *el Ceremonioso*, cuando, después de romper con su puñal los Privilegios de la Unión, destruyó también el poder de la aristocracia y dió entrada al estado llano en la gobernación del país.

El *Privilegio General* —repetimos una vez más—no es origen de las libertades políticas ni de las libertades civiles de Aragón. La nobleza, más egoísta que generosa, más amiga de los intereses particulares que de los generales del país, al imponer el *Privilegio General* á Pedro III, apenas hizo caso de la clase media. Lo poco que le

(1) *Historia general de España*, tomo VI, pág. 345.
(2) *Don Pedro IV y la Unión aragonesa*, art. 1.°
(3) *Las Libertades de Aragón*, págs. 425 y 426.

dió para atraérsela, para hacerla cómplice de sus exigencias y desmanes, no tiene valor alguno.

También los valencianos reclamaron á su vez ser juzgados por el fuero de Aragón, á lo cual se negó D. Pedro, obligándoles á que se rigieran por el fuero particular de Valencia. Con respecto á los catalanes, también consiguieron los *Usatges,* privilegios y fueros que tenían de los condes y reyes sus antepasados.

Dispúsose Pedro III á luchar contra los franceses.

Guerra entre Pedro III y Felipe III.

Por su parte, el papa Martín IV, protector de Carlos de Anjou y amigo de Felipe III *el Atrevido*, no sólo fulminaba excomuniones una tras otra contra D. Pedro, por su conquista de Sicilia, feudo de la Santa Sede, sino que le deponía del mismo reino de Aragón (21 de marzo de 1283), relevando á sus súbditos del juramento de fidelidad que le habían prestado y facultando á los príncipes cristianos para apoderarse de los Estados del hijo desobediente de la Iglesia.

Combate de San Félix de Guixols.

En esto, el famoso Roger de Lauria, hijo de un caballero calabrés y de doña Bella, aya de doña Constanza, fiel servidor de Jaime I y de D. Pedro, tipo leal del cumplido caballero, vino á salvar á Cataluña, como antes había salvado á Sicilia. Al frente de la escuadra llegó á Barcelona, donde conferenció con el Rey; después fué á encontrar la flota enemiga, cerca del cabo de *San Félix de Guixols* (5 de junio de 1284). Roger de Lauria se coronó de gloria en este combate.

Felipe III en los Pirineos.

Como Felipe III *el Atrevido* había aceptado para su segundo hijo, Carlos de Valois, cediendo á las instancias del Pontífice, el trono aragonés, puso manos á la obra y se preparó á entrar en España por el Rosellón. El legado del Papa predicó una Cruzada, como si fuera una guerra contra infieles. Jaime de Mallorca se hizo amigo de los franceses, envidioso de la gloria de su hermano D. Pedro. El rey de Francia y sus dos hijos Felipe y Carlos; el cardenal legado, con la bandera de San Pedro y seis mil soldados á sueldo de la Iglesia; muchos condes y barones, al frente de granado ejército, se dirigieron á Perpiñán, en cuyo campo fué á reunírseles el mallorquín (1285). Después de apoderarse de algunas poblaciones pensaron penetrar por el collado de las Panizas, altura situada entre el puerto de Rosas y Castellón de Ampurias. Pedro III hizo un llamamiento á los barones y caballeros catalanes y aragoneses para que acudieran á la defensa del reino, apelando también en demanda de

socorro á Sancho IV de Castilla, recordándole el deudo que los ligaba y el pacto de Ciria. Ni los primeros ni el segundo quisieron ayudarle en la empresa. Pedro III, confiado en Dios y en la justicia de su causa, con algunos barones catalanes y pocas compañías del Ampurdán, marchó al Pirineo, decidido á disputar el paso, en las crestas de aquellos montes, á un ejército poderosísimo. Por espacio de tres semanas el rey de Aragón defendió la entrada de su reino, no sólo contra las huestes de Felipe III, sino de muchos cruzados extranjeros que habían oído la voz del jefe de la cristiandad. Cuéntase que un día el legado del Pontífice mandó á decir á Pedro III que entregase sus Estados al rey de Francia. «Fácil cosa es, respondió el aragonés, dar y aceptar reinos que nada han costado; mas como mis abuelos los ganaron á costa de sangre, tened entendido que el que los quiera los habrá de comprar al mismo precio» (1).

Carlos de Anjou, devorado de pesadumbre y consumido de melancolía, sucumbió (7 de enero de 1285) sin poder vengarse de Sicilia, siguiéndole al sepulcro tres meses después su decidido patrono Martín IV. En el año anterior había sido hecho prisionero el hijo de Anjou, el príncipe de Salerno, llamado Carlos *el Cojo*, por el almirante Roger de Lauria, y, aunque fué sentenciado á pena capital en Mesina, la reina doña Constanza le perdonó generosamente, diciendo: «Hagamos ver que si Conradino cayó en manos de bárbaros, el hijo de su verdugo ha caído en manos más cristianas.»

Toma de Gerona por los franceses. Apurados andaban Felipe III de Francia y el legado del Papa en los desfiladeros pirenaicos. El traidor don Jaime, rey de Mallorca, encargó á Felipe, abad del monasterio de San Pedro de Rosas, diese á conocer á sus enemigos el collado de las Manzanas, sitio por donde podrían pasar fácilmente. Pasaron, en efecto, y, derramándose por el Ampurdán, saquearon algunas ciudades. Luego, Felipe III *el Atrevido* puso sitio y tomó á *Gerona*; pero el aragonés, cuyos bríos aumentaban á medida que eran mayores los peligros, con algún socorro que le prestaron los de la Unión, triunfó en varios encuentros.

Muerte de Felipe III. Enfermo Felipe III, víctimas de la epidemia sus tropas, desbaratada su escuadra, dejando á Gerona encomendada al senescal de Tolosa, emprendió la retirada á Francia, no sin rogar á Pedro III que le dejase el paso libre por el collado de las Panizas. El

(1) Desclot, Ob. cit., cap. LXXIV y siguientes.

aragonés contestó que podía marchar seguro por lo que hacía á él, á sus barones y caballeros; pero que no respondía de los almogávares y gente desbandada. Sucedió lo que recelaba D. Pedro; porque en aquellas angosturas la retaguardia francesa fué desbaratada por los paisanos armados. Agravada la enfermedad del monarca francés, murió á muy poco de llegar á Perpiñán.

Muerte de Pedro III. Cuando Pedro III había conseguido que el senescal de Tolosa evacuara la plaza de Gerona, cuando en Cataluña no le quedaba un enemigo y cuando meditaba vengarse de su hermano Jaime de Mallorca, Dios no permitió que sobreviviese mucho á su vencido rival.

«Partió de Barcelona — escribe Zurita — con este propósito (el de castigar al rey de Mallorca) á veintiséis de octubre, y á cuatro leguas del camino de Tarragona le sobrevino tal enfermedad y dolencia, que sintiéndose muy agravado della no pudo pasar adelante, y uvo de se parar muy desfallecido en una casería que llamaban el *Espital de Cervellón*; y allí fué de Barcelona el maestro Arnaldo de Vilanova, que era uno de los más famosos médicos que uvo en sus tiempos: de donde le llevaron en ombros hasta Villafranca de Panadés...» (1). Como su hijo acudiese á verle, le dijo:

«Vete, Alfonso, á conquistar á Mallorca, que es lo más urgente; tú no eres médico que pueda serme útil á la cabecera de mi lecho, y Dios hará de mí lo que sea su voluntad.»

Aunque excomulgado Pedro III *el Grande*, su muerte fué cristianísima. En sus últimos momentos, cuando comprendió que se acababa su vida, hizo reunir en su cámara á varios obispos, eclesiásticos y barones, á quienes dijo: «Que su ida á Sicilia no había sido en deshonor y perjuicio de la Iglesia romana, sino para sostener sus derechos y los de sus hijos, que creía justos, y que como el Papa le declaró por esto excomulgado y privado de sus reinos, se había visto en la precisión de prohibir que en sus dominios lo publicaran los prelados, bajo pena capital; que sin culpa ni de él ni de sus reinos, se les había excomulgado, y que deseando hacer constar su fe y obrar como cristiano, pedía la correspondiente absolución, estando dispuesto á cumplir personalmente con lo que le ordenara y mandara la Iglesia.»

(1) *Anales de la Corona de Aragón*, parte I, lib. IV, cap. LXXI, página 298.

Absolviéronle los prelados, y antes de morir tuvo el consuelo de recibir la bendición de Dios.

General fué el sentimiento en todas partes por la muerte de Pedro III, «porque es de saber — escribe Muntaner — que de todas partes se dirigieron mensajeros... Allí hubieran visto, desde que expiró hasta que fué sepultado, más de diez mil personas, cada una con su correspondiente blandón en las manos; y enterrado que fué, volvióse cada cual á sus tierras, de modo que por todas partes se percibían grandes llantos y por doquier se lloraba grandemente... Muerto es aquel que hubiera sido otro Alejandro en el mundo si sólo diez años más hubiera vivido.»

Dante dijo que Pedro III fué ceñido de todo valor, y Zurita añade que «fué muy valiente y gran guerrero, y muy venturoso en las armas, sabio y valeroso, y el más estimado de todos los reyes cristianos y moros que reynaron en su tiempo; y entre todos los que en su edad concurrieron, fué avido por el más excelente y de ánimo más generoso y grande: como aquel que en los más arduos negocios supo mejor acomodar las armas con los consejos» (1). En su testamento dejó á D. Alfonso los reinos de Aragón, Cataluña y Valencia, con la soberanía en los de Mallorca, Rosellón y Cerdaña; á D. Jaime, el de Sicilia, con todas las conquistas de Italia.

Alfonso III el Franco: su coronación.

Alfonso III *el Franco* (1285-1291) hizo su expedición á Mallorca en unión del almirante Roger de Lauria. Los mallorquines, que no amaban á su rey D. Jaime, se avinieron á prestar pleito homenaje á D. Alfonso (19 de noviembre de 1285), reconociéndole por su rey y señor. Dos meses después se posesionó de Ibiza (2).

Alfonso III, intitulándose, no sólo rey de las Baleares, tan pronto como las ganó, sino rey de Aragón y de Valencia y conde de Barcelona, escribió á las Cortes reunidas en Zaragoza notificándoles la reducción de la isla, cosa que ofendió mucho á los ricos hombres, mesnaderos y caballeros de la Unión, hasta el punto que le enviaron un mensaje requiriéndole que viniese á Zaragoza á jurar los fueros y que hasta entonces no se diera aquel título.

«Tenemos entendido (le decían los aragoneses en el mensaje) que habéis tomado el título de rey de Aragón antes de jurar nuestros

(1) *Anales*, etc., parte I, lib. IV, cap. LXXII, pág. 299.

(2) Al poco tiempo pasó desde Mallorca á Mahón, pero los mahometanos pidieron capitulación.

fueros y libertades y de ser coronado en Cortes; y sabed que hasta que esto hagáis y cumpláis, ni vos podéis llamaros rey de Aragón, ni el reino os tiene por rey. Os requerimos, pues, que vengáis á Zaragoza á otorgar y confirmar los usos, fueros y franquezas de Aragón, pues de otro modo, reconociéndoos y acatándoos como legítimo sucesor que sois de estos reinos, no os tendremos por nuestro soberano, y absteneos entretanto de hacer mercedes y donaciones que sean en menguamiento del reino.»

Contestó Alfonso III «que no entendía hacer por ello el menor perjuicio al reino de Aragón; que había tomado el título de rey, porque ya se lo habían dado los nobles, clero y ciudades de Cataluña y Mallorca; y que no le había parecido bien titularse rey de estos reynos, y llamarse al mismo tiempo infante de Aragón; pero que, concluídas las exequias de su padre, iría á coronarse en Zaragoza, para cumplir lo que le aconsejaban que de razón se debía hacer» (1).

Mandó al almirante Roger á Sicilia para asegurar á su hermano D. Jaime en la posesión de este reino, dirigiéndose él á Zaragoza, y en la iglesia de San Salvador recibió la corona (6 de abril de 1286) de mano de D. Jaime, obispo de Huesca, «en absencia del arzobispo de Tarragona y por estar sede vacante la iglesia de Zaragoza»... declarando que no recibía la corona de mano del obispo, ni era su intención de recibirla, en nombre de la Iglesia Romana, ni por ella, ni menos contra ella: por no se perjudicar en el reconocimiento y censo que el rey D. Pedro había reconocido al papa Inocencio, haciendo su reyno de exempto, censatario, como está ya dicho. Protestaba también que por recibirle en aquel lugar no se causasse perjuicio á él ni á sus sucessores y le pudiessen recibir en otro cualquiera del reyno de Aragón, qual á ellos pluguiese; y desta gran novedad se recibió por los aragoneses general descontentamiento» (2); juró también Alfonso III en las Cortes los fueros, usos, costumbres, franquicias, libertades y privilegios de Aragón.

Privilegios de la Unión.

Algunos de la Unión, más exigentes cada día, pretendieron inmiscuirse en los asuntos interiores de la casa del Rey y en su Consejo lo cual disgustó á Alfonso III, quien hubo de contestar que «no era tenido por fuero ni por privilegio de Aragón ordenar ni asentar su casa á demanda ni requisición de

(1) Zurita, *Anales*, etc., parte I, tomo I, lib. IV, cap. LXXVII, páginas 303 y v.ª

(2) Ibídem, parte I, tomo I, lib. IV, cap. LXXVIII.

aquellos que lo pedían, ni tal cosa se pidió á los reyes sus antecesores ni se había hecho jamás, y parecía ser más novedad y ocasión de suscitar escándalo y alteración en el reino que celo de la conservación de la libertad y de sus privilegios, mayormente habiéndose propuesto, no en conformidad de las Cortes, sino en contradicción de tantos».

Marchó á Cataluña y después á Valencia, donde juró en Cortes los fueros de estos súbditos. Los unionistas, siempre con nuevas quejas y conminaciones, no pudieron entenderse entonces con el monarca, y aunque éste hubo de proceder severamente contra algunos de los principales, al fin les concedió los privilegios siguientes: Obligábase por el primero á no proceder contra los ricos hombres, caballeros y otras personas de la Unión previa sentencia del justicia y sin consentimiento de las Cortes, para cuya seguridad entregaba diez y seis castillos por sí y sus sucesores, con facultad de disponer de ellos como por bien tuviesen. En el caso de faltar á este compromiso, consentía que de allí adelante no le tuviesen por rey y señor, ni tampoco á sus sucesores, sino que pudiesen elegir otro á su voluntad. Por el segundo se obligaba á convocar todos los años, por el mes de noviembre, en Zaragoza, Cortes generales de aragoneses, otorgando á los que en ellas se congregasen el derecho de designar las personas que hubieran de componer el Consejo del monarca, con tal condición que éstas habían de jurar que le aconsejarían bien y fielmente, no tomando nunca dádiva ni haciendo cohecho.

Estos famosos privilegios quedaron sin ejecución en su mayor parte y no fueron después confirmados por ningún rey, si bien tardaron sesenta y un años en ser abolidos.

Desde entonces, si antes no lo había sido, fué una verdad el dicho común—como escriben los historiadores—de que en la monarquía aragonesa existían tantos reyes cuantos eran los ricos hombres.

Dice Danvila: «El reconocimiento de la Unión como institución legal por Jaime I condujo al *Privilegio General* de Pedro III, y el *Privilegio General* produjo el *Privilegio de la Unión* del tercer Alfonso (1).

Los dos *Privilegios de la Unión* no fueron otorgados en Cortes; fué un asunto que resolvieron la Unión y el Rey, los nobles y Alfonso III. Trasladaremos aquí ambos *Privilegios*.

(1) *Las libertades de Aragón*, pág. 193.

PRIVILEGIOS DE LA UNIÓN

PRIVILEGIO 1.º

VERSIÓN DE BLANCAS

Sepan todos Que nos don Alfonso, por la gracia de Dios, Rey de Aragô, de Mayorchas, de Valencia, Compte de Barcelona por nos é por nuestros sucesores, que por tiempo regnaran en Aragô Damos, et otorgamos á vos nobles Don Fortunio por aquella misma gracia Vispe de Çaragoça, D. P. seynnor de Ayerbe, tio nuestro, Don Exemen de Urreya, Don Blasco de Alagô, Don P. Jurdan de penna, seynnor de Arenoso, Don Amor Dionis, Don G. de Alcalá de Quinto, Don P. Ladron de Bidaure, Don P. Ferriz de Sessé, Fortun de Vergua, seynnor de penna, Don Gil de Bidaure, Don Corbaran de Daunes, Don Gabriel Dionys, Don Pero Fernandez de Vergua seynnor de pueyo, Don Xemen perez de pina, Don Martin royz de foces, Fortun de Vergua de ossera, et á los otros Mesnaderos, Caballeros, Infanzones, de los Regnos de Aragô, é de Valencia, é de Ribagorça agora ajustados en la ciudad de Caragoça, é á los procuradores é á toda la universidad de la dita ciudad de Çaragoça, assi á los clérigos como á los legos presentes y advenideros, Que nos ni los nuestros successores, qui en el dito Regno de Aragon por tiempo regnarán, ni otri por mandamiento nuestro matemos, ni estemos, ni matar, ni estemar mandemos, ni fagamos, ni preso ó presos sobre fianza de dreyto detengamos, ni detener fagamos agora, ni en algun tiempo alguno ó algunos de vos sobredi-

VERSIÓN DE LOS SEÑORES MARICHALAR Y MANRIQUE

Sepan todos. Que nos Don Alfonso, por la gracia de dios Rey de Aragon, de Mayorcas, de Valencia, Compte de Barcelona, por nos e por nuestros successores que por tiempo regnarán en Aragon, Damos, queremos et otorgamos á vos nobles Don Fortuyno por aquella misma gracia Vispe de Zaragoza, Don P. Seynnor de Ayerbe tio nuestro, Don Eximen de Urreya, Don Blasco de Alagon, Don P. Jurdan de pena Seynnor de Arenoso, Don Amor Dionys, don G. Alcalá de Quinto, Don P. Ladron de Bidaure, Don P. Ferriz de Sesse, Don Gil de Bidaure, Fortuny de Vergua, Seynor de Peñye, Don Corbaran dahunes, Don Gabriel Dionys, P. Ferrandes de Vergua, Señor de pueyo, Don Xemen peres de pina, Don Martin ruiz de Foces, Fortun de Vergua de Ossera, Et á los otros Mesnaderos, Cavalleros, Infanzones de los de Aragon, de Valencia, de Ribagorza agora ajustados en la ciudad de Zaragoza, et á los procuradores, et á toda la universidad de la dita ciudat de Zaragoza, assi á los clérigos como á los legos presentes é avenideros. Que nos ni los nuestros successores que en el dito regno de Aragon por tiempo regnaran, ni otri por mandamiento nuestro, matemos ni estememos, ni matar ni estemar mandemos ni fagamos, ni preso ó presos sobre fianza de dreyto detengamos, ni detener fagamos agora ni en algnn tiempo alguno ó algunos de vos sobreditos ricos omes, mesnaderos,

VERSIÓN DEL CÓDICE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

todos que nos don Alfonso por la gracia de dios Rey de Aragon de Mayorchas de Valençia Compte de barçelona, por nos e por nuestros successores qui por tiempo regnaran en Aragon. Damos y atorgamos á vos Nobles don fortunyno por aquella misma graçia vispe de Çaragoça. Don pedro seynnor de ayerbe tio nuestro, don Exemen de Vrreya, Don Blasco de Alagon. Don Pedro Jurdan de penna seynnor de arenoso. Don Amor dionis. Don Guillen de Alcalá de Quinto Don Pedro ladron de bidaure. Don Pedro Ferric de sesse, fortun de Vergua, seynnor de penna. Don Gil de bidaure. Don Corbaran daunes. Don Gabriel dionis. Pero Ferrandeç de Vergua seynnor de pueyo. Don Xemen pereç de pina. Don Martin roiç de foçeç. fortun de vergua de ossera. Et á los otros Meçnaderos. Caualleros Ynfançones de los Regnos de Aragon é de valençia y de Ribagorça agora ajustados en la Ciudad de Çaragoça e a los procuradores e a toda la vniuersidat de la dita ciudad de Çaragoça. assi á los clerigos como á los legos presentes y auenideros. Que nos ni los nuestros successores qui en el dito Regno de Aragon por tiempo Regnaran ni otri por mandamiento nuestro matemos ni estemos ni matar ni estemar mandemos ni fagamos ni preso ó presos sobre fiança de dreyto detengamos ni detener fagamos agora ni en algun tiempo alguno ó algunos de nos sobreditos Ricos omes Mesnaderos caualleros Infançones pro-

VERSION DE BLANCAS

tos Ricos omens, Mesnaderos, caballeros, Infanzones, procuradores, é universidad de la dita ciudad de Çaragoça, assi clérigos, como legos presentes é advenideros, ni encara alguno, ó algunos de los otros Ricos-Omes, Mesnaderos, Caballeros, Infanzones, del Regno de Aragon, del Regno de Valencia, é de Ribagorça, ni de sus successores, sines de sentencia dada por la *Justicia de Aragon* dentro en la ciudad de Çaragoça con conseyllo é atorgamiento de la cort de Aragon ó de la mayor partida clamada é ajustada en la dita ciudad de Çaragoça. Item damos é otorgamos á los Omes de las otras ciutades, villas, é villeros, é logares de los ditos regnos de Aragon é de Ribagorça é á sus successores que no sian muertos, ni estemados, ni detenidos sobre fianza de dreyto sines sentencia dada por los justicias de aquellos logares por qui devan seyer jutgados segun fuero. Si Doncas no será ladrón ó ropador manifiesto. E si por aventura algun justicia ó oficial contra aquesto fará, sia del feyta Justicia corporal. Et á observar, tener, complir é seguir el present privilegio, é todos los sobreditos capitoles ó articlos y cada uno dellos, é todas las cosas y cada una en ellos, et en cada uno dellos contenidas et non contravenir por nos, ni por otri por nuestro mandamiento en todo ó en partida agora ni algun tiempo obligamos. Et ponemos en tenencia et en rehenes á vos et á los vuestros successores aquestos castiellos que se siguen. Es ássaber el castiello de Moncluso. Item el castiello de Boleya. Item el castiello dito de Uncastiello. Item el cas-

VERSION DE LOS SEÑORES MARICHALAR Y MANRIQUE

cavalleros, infanzons, procuradores é universidat de la dita ciudad de Zaragoza, así clerigos como legos, presentes é avenideros: ni encara alguno o algunos de los otros ricos omes, mesnaderos, cavalleros, infanzons del regno de Aragon, del regno de Valencia, é de Ribagorza, ni de sus succesores, sines de sentencia dada por la justicia de Aragon dentro en la ciudad de Zaragoza, con conseyllo é otorgamiento de la cort d' Aragon o de la mayor partida clamada é ajustada en la dita ciudad de Zaragoza. = Item, damos e otorgamos á los ommes de las otras ciutades, villas é villeros, é logares de los ditos regnos de Aragon e de Ribagorza, é a sus successores, que non sian muertos, ni estemados, ni detenidos sobre fianza de dreyto sines sentencia dada por los justicias de aquellos logares por que devan ser jutgados segunt fuero, si doncas no será ladron o ropador manifiesto qui sera trobado con furto e con roparia, ó traidor manifiesto. Si por aventura algun justicia o official contra aquesto fará, sia dél feyta justicia corporal. Et á observar, tener, complir, seguir et fer observar, tener, complir, seguir el dito privillegio et todos los sobreditos capitoles o articlos et cada uno de ellos, et todas las cosas et cada en ellos et en cada uno dellos, et non contravenir por nos ni por otri en todo o en partida agora, ni en algun tiempo, Obligamos et metemos en tenienza, et en Rehenes á vos, et á los vuestros successores aquestos castiellos que se siguen. Es á saber; el castiello de Moncluso. Item el castiello de Boleya. Item el castiello dito de Uncastiello. Item el castiello de Sos. Item el castiello de Malon. Item

VERSIÓN DEL CÓDICE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

curadores y vniversidat de la dita ciudat de Çaragoça, assí clerigos como legos presentes e auenideros. Ni encara alguno o algunos de los otros Ricos omes Mesnaderos caualleros Infançones del Regno de Aragon del Regno de valencia e de Ribagorça ni de sus successores sines de sentencia dada por la Justicia de Aragon dentro en la Ciudat de Çaragoça con conseyllo e atorgamiento de la Cort de Aragon ó de la mayor partida clamada e ajustada en la dita Ciudat de Çaragoça. Item damos e atorgamos á los omes de las otras Ciudades villas y villeros e logares de los ditos Regnos de Aragon e de Ribagorça e á sus successores que non sian muertos ni estemados ni detenidos sobre fiança de dreyto sines sentencia dada por los Justicias de aquellos logares por qui deuan ser jutgados segunt fuero si doncas no sera ladron ó ropador Manifiesto qui sera trobado con fuerto ó con roparia o traidor manifiesto. Si por auentura algun Justicia o official contra aquesto fara, sia del feyta justicia corporal. Et á obseruar tener complir e seguir el present privilleyo e todos los sobreditos capitolos o articlos y cada vno de ellos e todas las cosas y cada una en ellos y en el cada uno dellos contenidas e non contrauenir por nos ni por otri por nuestro mandamiento en todo o en partida agora ni algun tiempo obligamos y ponemos en tenencia y en Rahenas á vos y á los vuestros successores aquestos castiellos que se siguen. Es á saber el castiello de Moncluso. Iten el castiello de boleya. Iten el castiello dito de un Castiello. Iten el castiello de Sos. Iten el castiello de Malon. Iten el castiello de Fariça. Iten el

VERSIÓN DE BLANCAS

tiello de Sos. Item el castiello de Malon. Item el castiello de Farisa. Item el castiello de Vardeyon. Item el castiello de Somet. Item el castiello de Borja. Item el castiello de Rueda. Item el castiello de Daroca. Item el castiello de Huesa. Item el castiello de Moriello. Item el castiello de Uxon. Item el castiello de Exátiva. Item el castiello de Biar. Justa condicion: Que si nos ó los nuestros successores, qui por tiempo regnarán en Aragon faremos ó venrremos en todo ó en partida contra el dito privilegio, ó contra los sobreditos capitoles, ó articlos é las cosas en ellos ó en cada uno dellos contenidas: que de aquella hora adelant nos é los nuestros hayamos perdido para todos tiempos todos los ditos Castiellos. De los cuales Castiellos vos é los vuestros podades fazer é fagades á todas vuestras propias voluntades, assí como de vuestra propia cosa: et dar et librar aquellos Castiellos, si querredes, á otro Rey et seynnor por esto. Porque si lo que dieus non quiera nos, ó los nuestros successores contraviniessemos á las cosas sobreditas en todo ó en partida: queremos é otorgamos, et expresament de certa sciéncia assí la hora como agora consentimos, que de aquella hora á nos ni á los successores en el dito Regno de Aragon non tengades ni hayades por Reyes, nin por seynnores en algun tiempo. Ante sines algun blasmo de fe é de leyaltad podades fazer, et fagades otro rey et seynnor qual queredes é d'on queredes, et dar e liurarle los ditos Castiellos; et á vos mismos en vassallos suyos. Et nos ni los nuestros succesores nunca en algun tiempo á vos ni á los

VERSIÓN DE LOS SEÑORES MARICHALAR Y MANRIQUE

el castiello de Fariza. Item el castiello de Berdeyo. Item el castiello de Somet. Item el castiello de Boria. Item el castiello de Rueda. Item el castiello de Darocha. Item el castiello de Huesa. Item el castiello de Morieylla. Item el castiello de Uxon. Item el castiello de Exativa. Item el castiello de Biar. Sus tal condicion, que si nos o los nuestros successores que por tiempo regnarán en Aragon faremos ó venrremos en todo, ó en partida contra el dito privilegio o contra los capitoles o articlos sobreditos et las cosas en ellos o en alguno dellos contenidas: Que de aquella hora adelant nos et los nuestros successores hayamos perdido para todos tiempos todos los ditos castiellos en semble e cada uno por si. De los quales castiellos vos e los vuestros podades facer e fagades á todas vuestras propias voluntades assi como de vuestra propia cosa: et dar, et livrar aquellos si querredes a otro rey ó seynnor, por esto, por que si, lo que Dieus non quiera, nos ó los nuestros succesores contravinie s s emos á las cosas sobreditas en todo o en partida, queremos e otorgamos e expresament de certa sciencia assi la ora como agora consentimos que daquella ora á nos ni á los nuestros successores ni el dito Regno de Aragon *non tengades ni hayades por Reyes ni por seynnores en algun tiempo,* ante sines algun blasmo de fé e de leyaldat *pogades fazer é fagades otro Rey é Seynnor qual querredes, é don querredes,* e dar e librarle los ditos castiellos é a vos mismos en vasallos suyos, et nos ni los nuestros succesores nunca en algun tiempo a vos ni á los succesores demanda ni question alguna vos en fagara,

VERSIÓN DEL CÓDICE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

castiello de vardeyon. Iten el castiello de Somet. Iten el castiello de boria. Item el castiello de Rueda. Iten el castiello de darocha. Iten el castiello de Huesa. Iten el castiello de Moriella. Iten el castiello de vxon. Iten el castiello de Exativa. Iten el castiello de biar. Ius tal condicio que si nos o los nuestros successores qui por tiempo Regnaran en Aragon faremos ho veniremos en todo ó en partida contra el dito privileio ó contra los sobreditos capitolos ó articlos e las cosas en ellos e en cada uno dellos contenidas. Que da quella hora adelant nos e los nuestros ayamos perdudo por á todos tiempos todos los ditos Castiellos. De los cuales castiellos vos e los vuestros podades façer e fagades á todas nuestras propias voluntades a s s i como de vuestra propia cosa. Et dar y liurar aquellos castiellos si querredes á otro Rey é seynnor por esto porque si lo que dieus non quiera nos ó los nuestros successores contrauiniesemos á las cosas sobreditas en todo ó en partida. Queremos e otorgamos y expressament de certa sciencia assi la ora como agora consentimos. Que daquella ora á nos ni á los successores ni el dito Regno de Aragon non tengades ni ayades por Reyes ni por seynnores en algun tiempo. Ante sines algun blasmo de fe e de leyaldat podades façer y fagades otro Rey é seynnor cual querredes e don querredes. Et darle y liurarle los ditos castiellos y á vos mismos en uassayos suyos. Et nos ni los nuestros successores nunca en algun tiempo á vos ni á los successores demanda ni question alguna vos en fagam ni façer fagamos ni en end podamos forçar. ante luego de present por n o s e por

VERSIÓN DE BLANCAS

successores demanda ni question alguna vos en fagan, ni fazer fagamos, ni ende podamos forzar. Ante luego de present por nos et por nuestros successores soldamos disffinidament et quita á vos, et á vuestros successores de fe, de jura, de naturaleza, de fieldat, de seynnorio, de vasallicio, et de todo otro qualquiere deudo que vassayllo ó natural deve y es tenido á seynnor en cualquiere manera ó razon. Et todos los sobreditos articlos ó capitoles é cada uno de ellos é todas las cosas é cada una en ellos et en el dito privilegio contenidos attender et cumplir et seguir et observar á todos tiempos et en alguna no contravenir por nos et los nuestros successores. Juramos á vos por dios é la cruz é los santos Evangelios delante nos puestos et corporalmente tocados. Actum est Cæsaraugustæ quinto Calendas Januarii. Anno Domini MCCLXXX septimo.

Signun Alfonsi Dei gratia Regis Aragonum, Maioricarum, et Valentiæ ac Comitis Barchinonæ.

Testes sunt Ar. Rogerii Comes Pallyarien sis. P. ferdinandi dominus de Ixar patruus prædicti domini Regis. G. de Anglana. Br de podio viridi. Petrus Sessé.

Signum Jacobi de Cabañas scriptoris dicti domini Regis. Qui de mandato ipsius hoc scribi fecit, et clausit loco, die et annopræfixis.

VERSIÓN DE LOS SEÑORES MARICHALAR Y MANRIQUE

ni fazer fagamos, ni end podamos forzar, ante luego de present por nos e por nuestros successores soldamos diffinidamente e quanto á vos e a vuestros successores de fé, de jura, de naturaleza, de fieldat, de seynnorio, de vassallerio e de todo otro qualquiere deudo de vassayllo ó natural deve, e ŷ es tenido á seynnor en cualquiera manera o razon. E todos los sobreditos articlos ó capitoles, e cada uno dellos, e todas las cosas e cada una en ellos e en el dito privilegio contenidos, atender, é complir, e seguir e observará todos tiempos e en alguno no contravenir por nos e los nuestros successores juramos á vos por Dios e la cruz e los sanctos evangelios delant nos puestos e corporalment tocados. = Actum et Caesaraugustae quinto calendas Januarii Anno Domini MCCLXXXVII.

Sig ⋇ num Alfonsi Dei gratia Regis Aragonum, Maioricarum, et Valentie, ac Comitis Barchinone.

Testes sunt Ar. Rogerii Comes Pallyariensis. P. Ferdinandi dñs de Ixar patruus praedicti domini Regis. G. de Anglesola. Br. de podio viridi. P. de Sesse.

Sig ✉ num Jacobi de Cabanyas scriptoris dicti domini Regis. Qui de mandato ipsius hoc scribi fecit et clausit loco et anno praefixis.

VERSIÓN DEL CODICE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

nuestros successores soldamos diffinidament é quita á vos et á vuestros successores de fe de Yura de naturaleça de fieldat de seynnorio de vassallacio o de todo otro cualquiere deudo de vassayllo o natural deue é yes tenido á seynnor en cualquiera manera o raçon. E todos los sobreditos articlos o capitoles e cada vno dellos e todas las cosas e cada vna en ellos y en el dito privileio contenidos atender e complir e seguir y observar á todos tiempos, y en alguna no contrauenir por nos e los nuestros successores. Iuramos á vos por dios e la crus e los sanctos euuangelios delante nos puestos y corporalment tocados. Actum est Cesarauguste. Kalendas V. Ianuarii. Anno domini MCCLXXX. Septimo.

Signum Alfonsi dei gratia, Regis Aragonum Maioricarum y valencie. ac Comes barchinone. Testes Sunt. Arnaldus Rogery Comes pallyariensis. Petrus Ferdinandi dominus de Ixar patruus predicti domini Regis. Guillelmus de Anguelaria. Bernardus de podio viridi. Petrus Sesse signum Jacobi de cabannis scriptoris dicti domini Regis. Qui de mandato ipsius hec scribi fecit y clausit loco die y anno prefixis.

. . . . . .

. . . . . .

Hoc, quod superius annotarimus vocatum est, Primun privilegium Unionis. Secundum vero talefuit.

Se hizo en Zaragoza á 28 de Diciembre de 1287.

Signo de Alfonso por la gracia de Dios rey de Aragon, de Mallorca y de Valencia, y Conde de B rcelona.

Testigos son: Ar. Roger, conde de Pallás. =P. Fernandez, señor de Hijar, tío del dicho rey. =G. de Anglana. =Br. de pueyo verde. =Pedro Sesé.

Signo de Jaime de Cabañas, escribano del dicho señor rey. =Que por mandato del mismo esto hizo escribir y cerró en el lugar, dia y año citados arriba.

PRIVILEGIO 2.º

VERSIÓN DE BLANCAS

Sepan todos. Que nos don Alfonso por la gracia de Dios rey de Aragon, de Mayorcas, de Valencia é compte de Barcelona, por nos é por nuestros successores que por tiempo regnaran en Aragon Damos, queremos et otorgamos á vos nobles Don Fortuyño por aquella misma gracia Vispe de Çaragoça, Don P. Seynor de Ayerbe tio nuestro, Don Eximen de Urreya, Don Blasco de Alagon, Don P. Jurdan de Peña seynor de Arenoso, Don Amor Dionis, Don G. Alcalá de Quinto, Don Pedro Ladron de Vidaure, Don P. Ferriz de Sesé, Don Gil de Vidaure, Fortuny de Vergua seynor de Peñya, Don Corbaran dauhnes, Don Gabriel Dionys, P. Ferrandez de Vergua señor de pueyo, Don Xemen perez de Pina, Don Martin ruiz de foces, Fortun de Vergua de Ossera, et á los otros Mesnaderos, Caballeros, Infanzones de los de Aragon, de Valencia, de Ribagorça, agora ajustados en la ciudad de Çaragoça, et á los procuradores, et á toda la universidad de la dita ciudad de Çaragoça, assi á los clérigos como á los legos presentes é avenideros. Qui de aquí adelant nos é los successores nuestros á todos tiempos clamemos é fagamos ajustar en la dita ciudad de Çaragoça una vegada en cada año en la fiesta de todos Santos del mes de Noviembre Cort general de Aragoneses. E aquellos que á la dita Cort se ajustaran hayan poder de esleyr, dar, et assignar, et eslian, den et assignnen conseylleros á nos et á los nuestros successores. Et nos et los nuestros successores hayamos et recibamos por conseylleros

VERSIÓN DE LOS SEÑORES MARICHALAR Y MANRIQUE

Sepan todos. Que nos Don Alfonso por la gracia de Dios Rey de Aragon, de Mayorcas, de Valencia é Compte de Barcelona, por nos é por nuestros successores que por tiempo regnaran en Aragon, Damos, queremos, et otorgamos á vos nobles Don Fortuyno por aquella misma gracia Vispe de Zaragoza, Don P. Seynnor de Ayerbe tio nuestro, Don Eximen de Urreya, Don Blasco de Alagon, Don P. Jurdan de peña Seynnor de Arenoso, Don Amor Dionys, Don G. Alcalá de Quinto, Don P. Ladron de Bidaure, Don P. ferriz de Sesse, Don Gil de Bidaure, Fortuny de Vergua, Seynor de Peñya, Don Corbaran dahunes, Don Gabriel Dionys, P. Ferrandes de Vergua, Señor de pueyo, Don Xemen peres de pina, Don Martin ruiz de foces, Fortun de Vergua de Ossera, et á los otros Mesnaderos, Cavalleros, Infanzones de los de Aragon, de Valencia, de Ribazorza agora ajustados en la ciudad de Zaragoza, et á los procuradores, et á toda la universidad de la dita ciudad de Zaragoza, assi á los clerigos, como á los legos presentes e venideros, Qui de aqui adelant nos é los successores nuestros á todos tiempos clamemos é fagamos ajustar en la dita ciudad de Zaragoza una vegada en cada un año en la fiesta de todos Santos del mes de Noviembre Cort general de Aragoneses. E aquellos que á la dita Cort se ajustaran hayan poder de esleyr, dar, et assignar, et eslian, den, et assignen conseylleros á nos, et á los nuestros successores. Et nos et los nuestros successores hayamos, et recibamos por

VERSIÓN DEL CÓDICE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

todos. Que nos don Alfonso por la gracia de Dios rey de Aragon, de Mayorcas, de Valencia, é compte de Barcelona, por nos é por nuestros successores que por tiempo regnaran en Aragon Damos, queremos et otorgamos á vos nobles Don Fortuyño por aquella misma gracia Vispe de Çaragoça, Don P. Seynnor de Ayerbe tio nuestro, Don Eximen de Urreya, Don Blasco de Alagon, P. Jurdan de Peña seynnor de Arenoso, Don Amor Dionis, Don G. Alcalá de Quinto, Don Pedro Ladron de Vidaure, Don P. Ferriz de Sesé, Don Gil de Vidaure, Fortuny de Vergua, seynnor de Peñya, Don Corbaran dauhnes, Don Gabriel Dionys, P. Ferriz de Vergua señor de pueyo, Don Xemen perez de Pina, Don Martin ruiz de foces, Fortun de Vergua de Ossera, et á los otros Mesnaderos, Caballeros, Infanzones de los de Aragon, de Valencia, de Ribagorça, agora ajustados en la ciudad de Çaragoça, et á los procuradores, et á toda la universidad de la dita ciudad de Çaragoça, assi á los clérigos como á los legos presentes é avenideros. Qui de aquí adelant nos é los successores nuestros á todos tiempos clamemos é fagamos ajustar en la dita ciudad de Çaragoça una vegada en cada un año en la fiesta de todos Santos del mes de Noviembre Cort general de Aragoneses. E aquellos que á la dita Cort se ajustaran hayan poder de esleyr, dar, et assignar, et eslian, den et assignen conseylleros á nos et á los nuestros successores. Et nos et los nuestros successores hayamos et recibamos por

VERSIÓN DE BLANCAS

aquellos que la dita Cort ó la par de ella concordant á aquesto con los Jurados ó procuradores de la dita ciudad esleiran, daran et assignaran á nos et á los nuestros successores. Con cuyo conseyllo nos é los nuestros successores governemos, et administremos los regnos de Aragon, de Valencia, et de Ribagorça. Los ditos conseylleros empero Juren en la entrada de su officio, conseyllen bien é lialment á nos et á los nuestros, et usar de su officio, et que no prengan ningun servicio, ni dono. Los quales conseylleros siam camiados todos ó partida de ellos quando á la Cort visto será ó á aquella part de la Cort, con la qual acordaran los procuradores ó los jurados de Çaragoça. Item damos, queremos, et otorgamos á vos, que nos, ni los nuestros successores, ni otri por nuestro mandamiento non detengamos presos, embargados, ni emparados sobre fianza de dreyto heredamientos, ni qualesquiere otros bienes de vos sobreditos Nobles, Ricos Omes, Mesnaderos, Caballeros, Infanzones, Ciutadanos de la dita ciudad de Çaragoça, ni encara de algun otro Rico-Ome, ó Ricos-Omes, Mesnaderos, Caballeros, Infanzones del dit Regno de Aragon, del Regno de Valencia et de Ribagorça, sines de sentencia dada por la JVSTICIA DE ARAGON dentro en la ciudad de Çaragoça con conseyllo expreso, ó atorgamiento de la Cort de Aragon clamada é ajustada en la dita ciudat de Çaragoça. Nin encara de algun otro ó otros Ciudadano ó Ciudadanos, Omes de Villas ó de Villeros de la JURA DE LA VNIDAT DE ARAGON. Sines de sentencia dada por los Justicias de aquellas Ciudades, Villas, Villeros,

VERSIÓN DE LOS SEÑORES MARICHALAR Y MANRIQUE

conseylleros aquellos que la dita cort ó la part della concordant á aquesto con los jurados ó procuradores de la dita ciudat, esleyran, daran, et assignaran á nos, et á los nuestros successores. Con cuyo conseyllo nos é los nuestros successores governemos, et aministremos los regnos de Aragon, de Valencia et de Ribagorza. Los ditos conseylleros empero juren en la entrada de su officio conseyllen bien é lialment á nos et á los nuestros, et usan de su officio, et que no prengan ningun servicio, ni dono. Los quales conseylleros sian camiados todos, ó partida dellos quando á la cort visto será, é aquella part de la cort, con la qual acordaran los procuradores ó los jurados de Zaragoza. Item damos, queremos, et otorgamos á vos, que nos ni los nuestros successores, ni otri por nuestro mandamiento non detengamos presos, embargados, nin emparados sobre fianza de dreyto heredamientos, ni qualesquiera otros bienes de vos sobreditos Nobles, Ricos-Omes, Mesnaderos, Cavalleros, Ynfanzones, Ciutadanos de la dita ciudad de Zaragoza, ni encara de algun otro Rico Ome, ó Ricos Omes, Mesnaderos, Cavalleros, Ynfanzones del dit Regno de Aragon, del Regno de Valencia, et de Ribagorza, sines de sentencia dada por la JUSTICIA DE ARAGON dentro en la ciudad de Zaragoza, con conseyllo expresso, ó otorgamiento de la cort de Aragon, clamada e ajustada en la dita ciudat de Zaragoza. Nin encara de algun otro ó otros ciudadano ó ciudadanos, omes de Villas, ó de Villeros de la JURA DE LA VNIDAT DE ARAGON, sines de sentencia dada por las Justicias de aquellas Ciudades, Villas,

VERSIÓN DEL CÓDICE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

conseylleros aquellos que la dita Cort ó la par de ella concordant á aquesto con los Jurados ó procuradores de la dita ciudad esleiran, daran, et assignaran á nos et á los nuestros successores. Con cuyo conseyllo nos é los nuestros successores governemos, et aministremos los regnos de Aragon, de Valencia, et de Ribagorça. Los ditos Conseylleros empero Juren en la entrada de su officio, conseyllen bien é lialment á nos et á los nuestros, et usar de su officio, et que no prengan ningun servicio, ni dono. Los quales Conseylleros sian camiados todos ó partida de ellos quando á la Cort visto será ó á aquella part de la Cort, con la qual acordaran los procuradores ó los jurados de Çaragoça. Item damos, queremos, et otorgamos á vos, que nos, ni los nuestros successores, ni otri por nuestro mandamiento non detengamos presos, embargados, ni emparados sobre fianza de dreyto heredamientos, ni cualesquiere otros bienes de vos sobreditos Nobles, Ricos-Omes, Mesnaderos, Caballeros, Infanzones, Ciutadanos de la dita ciudad de Çaragoça, ni encara de algun otro Rico-Ome, ó Ricos-Omes, Mesnaderos, Caballeros, Infanzones del dit Regno de Aragon, del Regno de Valencia, et de Ribagorça, sines de sentencia dada por la Jvsticia de Aragon dentro en la ciudad de Çaragoça con conseyllo expreso, ó atorgamiento de la Cort de Aragon clamada é ajustada en la dita ciudat de Çaragoça. Nin encara de algun otro ó otros Ciudadano ó Ciudadanos, Omes de Villas ó de Villeros de la Jura de la unidad de Aragon. Sines de sentencia dada por los Justicias de aquellas Ciu-

VERSIÓN DE BLANCAS

ó logares por qui devran ser jutgados. Et si alguno por nos viniesse contra las cosas susoditas, et nos requ rido non lo ficiessemos seguir et observar, como de suso hi es ordenado que seamos en la pena diuso scripta. Et a observar, tener, complir, seguir et fer observar, tener, complir, seguir el dito privillegio et todos los sobreditos capitoles ó artículos et cada uno dellos, et todas las cosas, et cada en ellos, et non contravenir por nos ni por otri en todo ó en partida agora, ni en algun tiempo. Obligamos et metemos en tenença, et en Rehenes á vos, et á los vuestros successores aquestos Castiellos que se siguen. Es assaber el castiello de Moncluso. Item el castiello de Boleya. Item el castiello dito de Uncastieyllo. Item el castiello de Sos. Item el castiello de Malon. Item el castiello de Fariza. Item el castiello de Berdeyo. Item el castiello de Somet. Item el castiello de Boria. Item el castiello de Rueda. Item el castiello de Darocha. Item el castiello de Huesa. Item el castiello de Morieylla. Item el castiello de Uson. Item el castiello de Exátiva. Item el castiello de Biar. Just tal condicion, que si nos ó los nuestros successores faremos ó venrremos en todo, ó en partida contra el dito privilegio ó contra los capitoles ó artículos sobreditos et las cosas en ellos ó en alguno de ellos contenidas: Que de aquella hora adelante nos et los nuestros successores hayamos perdido por á todos tiempos los ditos castiellos en semble é cada uno por si. De los cuales castiellos vos et los vuestros podades fazer é fagades á todas vuestras propias voluntades assi como de vuestra propia cosa: et dar, liurar aquellos si queredes á otro

VERSIÓN DE LOS SEÑORES MARICHALAR Y MANRIQUE

Villeros ó logares por qui devran ser jutgados. Et si alguno por nos viniese contra las cosas de suso ditas, et nos requerido, non lo ficiessemos seguir et observar, como de susso hi es ordenado, que siamos en la pena de yuso scripta. Et á observar, tener, complir, seguir, et fer observar, tener, complir seguir el dito privillegio et todos los sobreditos capitoles ó artículos et cada uno dellos, et todas las cosas et cada en ellos, et en cada uno de ellos, et non contravenir por nos ni por otri en todo ó en partida agora, ni en algun tiempo. Obligamos et metemos en tenienza, et en Rehenes á vos et á los vuestros successores aquestos castiellos que se siguen. Es á saber el castiello de Moncluso. Item el castiello de Boleya. Item el castiello dito de Uncastiello. Item el castiello de Sos. Item el castiello de Malon. Item el castiello de Fariza. Item el castiello de Berdeyo. Item el castiello de Somet. Item el castiello de Boria. Item el castiello de Rueda. Item el castiello de Darocha. Item el castiello de Huesa. Item el castiello de Morieylla. Item el castiello de Uxon. Item el castiello de Exativa. Item el castiello de Biar. Sus tal condicion, Que si nos ó los nuestros successores faremos é venrremos en todo, ó en partida contra el dito privilegio ó contra los capitoles ó artículos sobre ditos et las cosas en ellos ó en alguno dellos contenidas: Que de aquella hora adelante nos é los nuestros successores hayamos perdido para todos tiempos todos los ditos castiellos emsemble é cada uno por si. De los quales castiellos vos é los vuestros podades fazer é fagades á todas vuestras propias vo-

VERSIÓN DEL CÓDICE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

dades, Villas, Villeros ó logares por qui devran ser jutgados. Et si alguno por nos viniesse contra las cosas susoditas, et nos requirido non lo ficiessemos seguir et observar, como de suso hi es ordenado que seamos en la pena diuso scripta. Et á observar, tener, complir, seguir et fer observar, tener, complir, seguir, el dito privillegio et todos los sobreditos capitoles ó artículos et cada uno dellos, et todas las cosas, et cada en ellos, et en cada uno de ellos, et non contravenir por nos ni por otri en todo ó en partida agora, ni en algun tiempo. Obligamos et metemos en tenença, et en Rehenes á vos, et á los vuestros successores aquestos Castiellos que se siguen. Es assaber el castiello de Moncluso. Item el castiello de Boleya. Item el castiello de Uncastieyllo. Item el castiello de Sos. Item el castiello de Malon. Item el castiello de Fariza. Item el castiello de Berdeyo. Item el castiello de Somet. Item el castiello de Boria. Item el castiello de Rueda. Item el castiello de Darocha. Item el castiello de Huesa. Item el castiello de Morieylla. Item el castiello de Uxon. Item el castiello de Exátiva. Item el castiello de Biar. Jus tal condicion, que si nos ó los nuestros successores faremos ó venrremos en todo, ó en partida contra el dito privilegio ó contra los capitoles ó artículos sobreditos et las cosas en ellos ó en alguno de ellos contenidas: Que de aquella hora adelante nos et los nuestros successores hayamos perdido por á todos tiempos los ditos castiellos ensemble é cada uno por si. De los cuales castiellos vos et los vuestros podades facer é fagades á todas vuestras propias voluntades assi co-

VERSIÓN DE BLANCAS

Rey ó Seynnor sines de ningun blasmo de fe, de homenaje, de jura, de fieldat, de naturaleza. De las quales cosas assi la hora como agora á vos et á los vuestros et á los Alcaydes, qui los ditos castiellos por nos et por vos en la forma sobredita tenran deffinidament, et quita por nos é los nuestros soltamos. Assi que nunca en algun tiempo nos ni los nuestros demanda, ni question alguna á vos ni á los vuestros, ni á los ditos Alcaydes, ni á sus, successores ende agamos ni fazer ende podamos. Et á mayor segurdat vuestra é de los vuestros, Juramos por Dios é la Cruz, é los Santos Evangelios delante nos puestos é corporalmente tocados observar, tener, complir, et seguir el dito privilegio et todos los sobreditos articlos et capitoles et cada uno de ellos et todas las cosas, et cada una de ellas, et en cada uno de ellos, contenidas en todo y por todo segun que de susodito y es et scripto et non contravenir por nos ni por otri en ninguna manera.

Actum est Cæsaraugustæ quinto Calendas Januari Anno Domini MCCLXXXVII.

Signum Alfonsi Dei gratia Regis Aragonum Mayoricarum, et Valentiæ, ac Comitis Barchinonæ.

Testes sunt Ar. Rogerii Comes Pallyariensis.=P. ferdinandi dñs, de Ixar patruus prædicti domini Regis =G. de Anglana.=Br. de podio viridi.=P. Sesse.

Signum Jacobi de Cabanyas scriptoris dicti domini Regis. Qui de mandato ipsius hoc scribi fecit, et clausit loco et anno præfixis.

VERSIÓN DE LOS SEÑORES MARICHALAR Y MANRIQUE

luntades assi como de vuestra propia cosa: et dar, é livrar, aquellos si querredes á otro Rey ó Seynnor sines de ningun blasmo de fe, de homenaje, de jura, de fieldat, de naturaleza. De las quales cosas assi la hora como agora á vos et á los vuestros et á los Alcaydes, qui los ditos castieyllos por nos et por vos en la forma sobredita, tenran diffinidament, et quita por nos é los nuestros soltamos. Assi que nunca en algun tiempo nos ni los nuestros demanda, ni question alguna á vos, ni á los vuestros, ni á los ditos Alcaydes, ni á sus successores ende fagamos ni fazer ende podamos. Et á mayor segurdat vuestra é de los vuestros juramos por dios, é la cruz, et los santos evangelios delante nos puestos, et corporalmente tocados, observar tener, complir, et seguir el dito privilegio et todos los sobreditos articlos et capitoles et cada uno dellos et todas las cosas, et cada una en ellas, et en cada uno dellos contenidas en todo y por todo, segun que de susodito y es el scripto et non contravenir por nos, nin por otri en ninguna manera.=Actum est Cæsaraugustæ quinto Calendas Januarii Anno Domini MCCLXXXVII.

Sig ✠ num Alfonsi Dei gratia Regis Aragonum, Maioricarum et Valentie, ac Comitis Barchinone. Testes sunt Ar. Rogerii Comes Pallyariensis. P. Ferdinandi dñs de Ixar patruus prædicti domini Regis. G. de Anglesola. Br. de podio viridi, P. de Sesse.

Sig ✉ num Jacobi de Cabanyas scriptoris dicti domini Regis. Qui de mandato ipsius hoc scribi fecit, et clausit loco et anno præfixis.

VERSIÓN DEL CÓDICE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

mo de vuestra propia cosa: et dar, liurar aquellos si queredes á otro Rey ó Seynnor sines de ningun blasmo de fe, de homenage, de jura, de fieldat, de naturaleza. De las quales cosas assi la hora como agora á vos et á los vuestros, et á los Alcaydes, qui los ditos castiellos por nos et por vos en la forma sobredita tenran diffinidament, et quita por nos é los nuestros soltamos. Assi que nunca en algun tiempo nos ni los nuestros demanda, ni question alguna á vos ni á los vuestros, ni á los ditos Alcaides, ni á sus successores ende agamos, ni fazer ende podamos. Et á mayor segurdat vuestra é de los vuestros, Juramos por Dios, é la Cruz, é los Santos Evangelios delante nos puestos é corporalmente tocados observar, tener, complir, et seguir el dito privilegio et todos los sobreditos articlos et capitoles et cada uno de ellos et todas las cosas, et cada una en ellas, et en cada uno de ellos, contenidas en todo y por todo segun que de susodito y es est sdripto et non contravenir por nos ni por otri en ninguna manera.

Actum es Cæsaraugustæ quinto Calendas Januarii Anno Domini MCCLXXXVII.

Signum Alfonsi Dei gratia Regis Aragonum Mayoricarum, et Valentiæ, ac Comitis Barchinonæ.

Testes sunt Ar. Rogerii Comes Pallyariensis. = P. ferdinandi dñs, de Ixar patruus prædicti domini Regis.=G. de Anglana.= Br. de podio viridi.=P. Sesse.

Signum Jacobi de Cabanyas scriptoris dicti domini Regis. Qui de mandato ipsius hoc scribi fecit, et claussit loco et anno præfixis.

Relaciones exteriores: Tratados de Olerón y de Tarascón.

Eran muy complicados por entonces los negocios exteriores, siendo Alfonso III de Aragón el único que podía resolverlos. Tenía en su poder los hermanos Cerdas en el castillo de Morela y el príncipe de Salerno en el de Siurana. Intercedían en favor de estos príncipes los reyes de Castilla y de Francia; pero el que más pesaba en el ánimo del rey aragonés era Eduardo de Inglaterra, con cuya hija Leonor quería casarse Alfonso III. Después de largas conferencias entre el de Aragón y el de Inglaterra, celebradas en *Olerón* (1287), se convino el siguiente tratado:

Alfonso III pondría en libertad al príncipe de Salerno, mediante el compromiso de alcanzar de la Sede apostólica y del rey de Francia treguas por tiempo de tres años, como también que Carlos, hermano del rey de Francia ó investido por el Papa del reino de Aragón, no haría guerra al mencionado Alfonso III ni al hermano de éste, Jaime de Sicilia, ni á sus tierras y aliados. Si el príncipe de Salerno no hiciese buena paz, en el espacio de tres años, con el rey de Aragón y con el rey de Sicilia, incurriría en la multa de cien mil marcos de plata, quedando sus tres hijos y sesenta rehenes de la Provenza obligados á obedecer á Alfonso III como á señor natural. Estas eran las condiciones principales impuestas al príncipe de Salerno. Por su parte, D. Alfonso *el Liberal* dió poder al rey de Inglaterra para conceder en su nombre y en el del rey de Sicilia treguas al de Francia y á Carlos de Valois, entrando en ellas el reino de Mallorca y los condados de Rosellón y Cerdaña (1).

Felipe *el Hermoso* de Francia negó su consentimiento al tratado de Olerón y se dispuso ayudar á Jaime de Mallorca, enemigo mortal de su sobrino Alfonso III. Sancho IV *el Bravo* y Alfonso III continuaban siendo enemigos, hasta el punto que éste se decidió á proteger á los infantes de la Cerda. El nuevo papa Nicolás IV, entre otras cosas, pedía que Alfonso III dejase reducido á sus propias fuerzas á D. Jaime de Sicilia. Ante estas y otras contrariedades se avistaron nuevamente el rey Eduardo de Inglaterra y Alfonso III de Aragón, y éste, por consejo del primero, firmó en Canfranc (28 de octubre de 1288) otro tratado, que venía á ser confirmación del de Olerón.

Puesto en libertad Carlos de Anjou, príncipe de Salerno, marchó á Roma, donde el Papa le coronó (19 de junio de 1829) rey de Sicilia, príncipe de Capua y duque de Pulla y Calabria. Decía Nicolás IV

(1) Véase Zurita, parte I, lib. IV, cap. XCII, pags, 315 y v.ª

que no era válido el concierto pasado, hecho sin su licencia, de un reino que era de antiguo feudatario de la Iglesia romana.

Aunque todos deseaban la paz, ninguno quería ceder de sus pretensiones. En una conferencia que tuvieron los reyes de Francia y de Castilla (1290) en Bayona, pueblo de la Guiena, se resolvió que aquél no ayudaría á los infantes de la Cerda y que ambos harían la guerra al rey de Aragón. Alfonso III, comprendiendo que no tenía fuerzas para hacer frente á sus enemigos, sin embargo de que Carlos de Nápoles no había cumplido lo que se asentó en el concierto pasado, se avistó con éste en Junquera, pueblo de Cataluña. Entretanto, unos y otros esperaban la resolución de los legados del Papa, en cuyas manos habían puesto sus diferencias. En los comienzos del mes de febrero del año 1291 el Papa envió sus legados á Tarascón, ciudad francesa en las Bocas del Ródano, con asistencia de Carlos de Nápoles y de los embajadores de los reyes de Aragón y Francia.

Estipuláronse las siguientes condiciones: Alfonso III pediría perdón al Papa de las ofensas que hubiese hecho á la Iglesia. Se revocaba la donación que el Pontificado hiciera de Aragón, Cataluña y Valencia á Carlos de Valois, hermano del rey de Francia, á condición de que D. Alfonso pagase un censo á la Iglesia y los atrasos. El reino de Mallorca quedaría sujeto á Aragón, en castigo de la conducta de D. Jaime con su hermano Pedro III y con su sobrino Alfonso III. Alfonso III abandonaría á su suerte á su hermano D. Jaime, rey de Sicilia. El rey de Aragón había de ir á Roma para ganar la remisión de los daños que él y su padre habían hecho á la Santa Sede. Después marcharía á la conquista de Tierra Santa, y de vuelta haría que su hermano restituyera la Sicilia á la Iglesia. El Papa daría la la absolución al Rey y á sus reinos. Alfonso III haría paz ó tregua con Sancho IV de Castilla. Si los escritores aragoneses calificaron la paz de Tarascón de *deshonesta*, los sicilianos censuraron duramente á Alfonso III.

Cuando el aragonés se disponía á contraer matrimonio con la princesa Leonor de Inglaterra murió en Barcelona el 18 de julio, á los veintisiete años de edad, dejando sus estados á su hermano D. Jaime, con la condición de que éste cediera Sicilia á su otro hermano D. Fadrique.

Navarrra: Enrique I el Gordo y Juana I.

Enrique I *el Gordo* (1270-1274), hermano de Teobaldo II, tomó parte en las Cruzadas, concedió privilegios á los nobles y mejoró la situación de sus vasallos. Á su muerte

heredó la corona su hija Juana I, niña de pocos años, no sin que alegasen derechos á la corona de Navarra Jaime I de Aragón y Alfonso X de Castilla. Tiempo adelante, Juana I hubo de casar con Felipe *el Hermoso* de Francia, hijo de Felipe III, cuyo matrimonio fué causa de la incorporación de Navarra á Francia.

Portugal: Alfonso III y Dionisio I.

Alfonso III (1246-1279), aunque casado legítimamente con Matilde, condesa de Bolonia, realizó su enlace con Beatriz de Guzmán, hija natural de Alfonso X. Habiéndose negado Alfonso III á separarse de Beatriz, él y su reino fueron excomulgados; pero muerta Matilde (1262), se levantó el entredicho por el pontífice Urbano IV, quien á la vez dispuso que se considerasen como hijos legítimos los de la mencionada Beatriz y Alfonso III.

Tanto fué el cariño de Alfonso X á su nieto Dionis, hijo primogénito de los reyes de Portugal, que, á solicitud de éstos, les concedió los Estados del Algarbe para ellos y sus sucesores.

Dionisio I (1279-1323) señala una época de prosperidad en la historia de Portugal. El mismo Rey fué poeta inspirado y á él se debe la fundación de la *Universidad de Coimbra*. Su santa esposa Isabel, hija de Pedro III de Aragón, le ayudó en sus grandes empresas.

Cuando la prosperidad reinaba en Portugal, D. Alfonso, hijo de Dionisio I, se rebeló contra su padre, no oyendo los consejos de éste, ni las súplicas de su madre, ni los ruegos del Papa, ni la intercesión de los obispos. El motivo de tales rebeliones era el odio que D. Alfonso tenía á su hermano bastardo Alfonso Sánchez, y aun la enemiga á su mismo padre. El mal hijo se arrepintió de su conducta en los últimos días de D. Dionisio, y éste es conocido con los nombres de *el Liberal* y *el Padre de la Patria*.

X

Estado político y social de la España cristiana en el siglo XIII y cultura en el reino musulmán de Granada.—*Castilla:* Política de Fernando III, Alfonso X y Sancho IV.—Los concejos.—Las hermandades.—Las Cortes.—La Hacienda pública.—Las letras y las ciencias.—El Derecho.—Bellas Artes.—Industria.—Ejército y Marina.—Costumbres.—*Aragón:* Política de Jaime I.—El Justiciazgo.—El Zalmedina.—El Derecho.—La poesía.—La historia.—La filosofía.—Las artes y oficios mecánicos. *La Provenza:* Cultura.—*Granada:* La Alhambra —Las ciencias.—La poesía: Abul-Beca.—Sabios judíos que florecieron en esta época: Maimónides y otros.

Castilla: Política de Fernando III el Santo y de Alfonso X el Sabio.

Fernando III fué modelo de reyes y de hombres. Político y legislador, guerrero y santo, buen hijo, excelente padre y amantísimo esposo, su nombre ocupa lugar preeminente, no sólo en la Historia de España, sino en la galería de los insignes varones de todos los tiempos y de todos los pueblos. Pura leyenda es el relato que hace el cronista atribuyéndole horribles castigos para mantener la justicia ó la fe religiosa en sus Estados. Fernando III, sin embargo de sus grandes conquistas en tierras musulmanas, procuró atraer á la religión católica lo mismo á los judíos que á los hijos del Profeta; pero con los buenos ejemplos y con la persuasión.

Los escritores que han atribuído despiadada intolerancia á Fernando III desconocen que el santo Rey defendió y amparó á los hebreos, confirmando los fueros de Zurita, aprobando la concordia ajustada entre el arzobispo D. Rodrigo y los judíos, ratificando los privilegios de los vecinos de Calatrava (1220) y de los mozárabes (1222) y recibiendo bajo su patronato á moradores israelitas de Villadiego (1).

(1) Véase Fernández y González, *Instituciones jurídicas*, etc., pág. 79.

Extremó su tolerancia después de la conquista de Sevilla (1248), otorgándoles, para la celebración de su culto, además de las sinagogas que tenían en dicha población, cuatro de las mezquitas de los musulmanes.

Acerca del celo de Fernando III por la religión se lee lo siguiente en la *Crónica* de Lucas de Tuy: «In tantum regnum sibi subditum succensus igne catholicæ veritatis strenue vexit, ut inimicos fidei christianæ totis viribus persequeretur, et quoscumque reperiebat hæreticos flamines exureret et ipse vice famulorum ignem et ligna in eis comburendis ministrabat.» El mencionado texto, sobre tener en su contra la poca autoridad del tudense—cronista calificado de poco veraz por los críticos,—no se halla confirmado por ninguno de los historiadores contemporáneos. El arzobispo D. Rodrigo, en su *Historia gótica*, capítulo XXVIII y último, dice: «Assimesmo, alabava á Dios y le daba muchas gracias (doña Berenguela) porque quiso que su hijo cobrase en España aquello que en otros tiempos otros reyes avían perdido, y assimesmo, que ganase tanta honra en ganallo, cuanto los otros perdieron en perdello; esta noble reina doña Berenguela, como era señora de mucho saber y prudencia, y fundada sobre toda virtud y nobleza, así como en la niñez crió á este noble rey don Fernando en todas buenas costumbres y doctrinas de virtuosas obras, así también en su varonil edad no dejó de hacer lo mesmo, de manera que su hijo el rey era hombre de edad entera, nunca ella dejó de le aconsejar con gran diligencia y cuidado las cosas que eran servicio y honra de Dios y utilidad y bien de los pueblos, porque sus consejos y doctrinas no eran como de mujer, mas como de hombre de gran corazón y de grandes hechos. Y assí con su doctrina y diligencia, crió este hijo muy enseñado y virtuoso: mostrándole como en todos sus hechos hallassen en ól *mucha piedad y misericordia*, assí los mozos como los viejos, assí hombres como mujeres, assí los que tuvieren pleitos, contiendas, como los que no las tuviesen, *assí el culpado* como el inocente; todos los estados, *religiosos, clérigos, seglares, extranjeros y naturales; porque todas estas diversidades de gentes y estados no hallasen diferencia en su virtud y piedad, más unos que otros*; antes todos hallasen en él obras de misericordia.»

Como el papa Gregorio IX pidiera auxilio á Fernando III contra el emperador Federico, el rey Santo contestó, entre otras cosas, que *amemos en el Señor á nuestro hermano el Emperador*, y también aña-

día: *debemos rogaros que con mansedumbre de padre reciba en su gremio y reconcilie á su hijo errado* (1).

Alfonso X, el sabio Alfonso X no fué comprendido por sus contemporáneos; el pontífice Gregorio X y los soberanos todos de Europa distaban mucho de la talla del rey castellano.

Acometió—como su padre Fernando III le había aconsejado—la reforma de la legislación, encontrándose con la enemiga y rebelión de los nobles, los cuales veían mermados ó abatidos sus privilegios.

Lo mismo sucedió con el clero. De modo que una idea generosa y noble fué motivo de alteraciones y de revueltas en el reino. Los magnates y el clero, más egoístas que generosos, no podían ver con buenos ojos á aquel hombre que se destacaba del cuadro y que era como una luz brillante arrojada en las tinieblas del siglo XIII. Hasta su esposa y sus hijos le hicieron beber el cáliz de la amargura.

Rodeado de ingratos, desleales y rebeldes, ni Alfonso X fué venturoso ni tampoco el reino que estaba á su cuidado. El amor que tuvo siempre á su familia, su clemencia con los rebeldes, su protección á los sabios rabínicos y su bondad con todos no se avenían con aquella sociedad ruda y á veces bárbara.

No se ocultaban á su poderoso entendimiento la causa y fin de aquellos movimientos tumultuarios, como lo expresó en una carta al infante don Fernando, su primogénito: «Y estos ricos homes (le decía) non se movieron contra mí por razón de fuero, nin por tuerto que yo les ficiese: ca fuero nunca se lo yo tollí... E otro sí, aunque tuerto se lo hubiera hecho el mayor del mundo, pues que gelo quería enmendar á su bien vista dellos, non avían por qué más demandar. Otro sí por pro de la tierra non lo hacen... Mas la razón porque lo hicieron fué ésta, *por querer siempre tener los reyes apremiados y llevar ellos lo suyo*... Y así como los reyes los apoderaron y los honraron, ellos pugnaron en los desapoderar y deshonrar en tantas maneras que serían muchas de contar y muy vergonzosas. Este es el fuero y el pro de la tierra que ellos quisieron siempre» (2).

Es cierto que Alfonso X hizo jurar por su sucesor en las Cortes de Segovia á su hijo D. Sancho, en contra de los derechos de los hijos de D. Fernando de la Cerda; pero se vió obligado á ello. Altas razones de

(1) D. Manuel de Miguel Gutiérrez, *Memorias para la vida de San Fernando*, pág. 81.

(2) *Crón.*, págs. 29 y 30.

conveniencia pública le aconsejaron obrar de aquella manera. Además, ¿podía oponerse el rey *Sabio* á la corriente general? ¿No había sido ya reconocido de hecho por la nobleza, por el clero, por el ejército y por el pueblo?

No se olvide, por último, que aquel espíritu superior, dotado de claro talento y de amor sin límites á las ciencias y á las artes, tendió su mano amiga sobre los infelices judíos, los cuales le ayudaron con verdadero entusiasmo en su obra civilizadora y en sus estudios de astronomía, medicina y derecho.

Si D. Sancho IV hacía justicia—según la Crónica—matando á unos, desheredando á otros y echando á muchos de la tierra y tomándoles cuanto habían «en guisa que todos los sus reynos tornó asosegados», no puede negarse que durante su reinado creció el influjo y poder del estado llano y del elemento popular en Castilla; hizo laudables esfuerzos en favor de la literatura patria, y también, como en tiempo de su padre, gozaron los judíos de poderosa influencia, merced á la protección que les dispensó siempre la insigne reina doña María de Molina.

Los concejos (1). En el siglo XIII, los concejos de León y de Castitilla, á excitación del infante don Sancho, hicieron hermandad general confabulándose con los prelados, ricos hombres y caballeros contra Alfonso X *el Sabio*, y contribuyendo de una manera decisiva al destronamiento del insigne autor de las Partidas.

Era varia la organización de los concejos, rigiéndose cada uno por sus fueros, usos y costumbres, como también era varia la elección ó nombramiento de los cargos concejiles. En León se repartían los cargos concejiles entre los caballeros y los hombres buenos; en Valladolid la elección de regidores y demás cargos era privativa de las diez casas llamadas de los Linajes, y en Soria tres caballeros representaban los doce linajes. En unos concejos tenía el rey mucha intervención y en otros era ésta casi nula; de los cuatro alcaldes que había en el Concejo de León, el rey nombraba uno, otro debía ser canónigo ó persona de la Iglesia, el tercero caballero y el cuarto perteneciente al estado llano. El alguacil mayor era el brazo de la justicia y el caudillo de la milicia ó el lugarteniente del rey, lo mismo en la paz que en la guerra.

Entre otros oficios menores que completaban la organización

(1) Véase tomo I, cap. XXIV, y tomo II, cap. V.

municipal, citaremos: los *fieles*, que escribían y sellaban las cartas de los concejos; los *alamires*, que cuidaban de la legalidad de los pesos y medidas, especialmente de cosas comestibles, y para determinar la calidad y precio de ellas; los *veedores*, encargados de reconocer las obras de cualquier gremio ú oficios de bastimentos; los *alarifes*, que entendían en las obras públicas y particulares y deslindaban las servidumbres urbanas; los *veladores*, que rondaban la ciudad por la noche; los *guardas*, que vigilaban las huertas, los campos y los montes de la comunidad. Aumentó el ascendiente de los concejos cuando el estado llano tuvo entrada en las Cortes, llegando su arrogancia á notificar á doña María de Molina, tutora de su hijo Fernando IV, que no asistirían á las Cortes generales de Valladolid (1295) si no despedía el brazo eclesiástico.

Unidos los concejos y el rey para combatir la nobleza, vencida ésta, no hubo siempre la mejor armonía entre aquellas fuerzas. Sin embargo, los municipios reconocieron en todo tiempo la supremacía del monarca y le prestaron obediencia (1).

Las hermandades. Ya decimos en el capítulo XI de este tomo la grande importancia histórica de las *hermandades;* sólo añadiremos en este lugar que su influencia fué cada vez mayor.

Las Cortes. Las Cortes de Nájera de 1137 merecieron propiamente aquel nombre, como también las celebradas en León el año 1188. En Castilla los personeros de los concejos tal vez no tuvieron entrada hasta las Cortes de Sevilla de 1250. A estos personeros (hombres buenos ó ciudadanos) se les llamó procuradores en las de Medina del Campo del año 1305.

Sólo el rey convocaba las Cortes, y si aquél era de menor edad los tutores ó gobernadores en su nombre.

Había variedad en el número de los enviados, que solían ser dos, tres ó más por cada ciudad ó villa; se nombraban por elección, por suerte ó por turno; sus atribuciones no estaban bien deslindadas.

Varias Cortes se celebraron en tiempo de Alfonso X *el Sabio*, siendo muy importantes las de Segovia de 1276, en las cuales se declaró heredero de la corona al infante don Sancho. Las Cortes fueron miradas desde Alfonso X como asunto de gran importancia; se reunieron con más frecuencia y tuvieron mayores atribuciones.

(1) Véase Colmeiro, *Reinos cristianos desde Alfonso VI hasta Alfonso XI*, tomo I, págs. 317 á 324.

La Hacienda pública.

El estado de la *Hacienda pública* llamó la atención del monarca, y su sistema de impuestos, más que obra del siglo XIII, parece producto de los tiempos presentes. «Habían comprendido ya los reyes en aquella época la necesidad y la conveniencia de que el clero, que tantas riquezas había acumulado, contribuyera con ellas á levantar las cargas públicas. Y si bien, por punto general, había estado exento de tributos, los soberanos de Castilla (y el que les dió ejemplo fué el más religioso de todos, San Fernando) procuraron obtener de los Papas concesiones importantes sobre los diezmos y rentas eclesiásticas para atender á la guerra de los moros; y con este sistema, que dió lugar al establecimiento de las tercias reales, del noveno y del excusado, parecía haberse propuesto nuestros monarcas contrapesar indirectamente y como neutralizar la asombrosa liberalidad de sus predecesores para con el clero. Y cuenta que uno de los que hicieron más uso de las rentas eclesiásticas fué este mismo Alfonso *el Sabio*, tan acusado de patrocinador de las inmunidades y privilegios del clero, y de haber introducido en la legislación las doctrinas ultramontanas de las Decretales de Gregorio IX. Mas á pesar del fundamento que puede tener este cargo, todavía aquel monarca hacía á los eclesiásticos pagar tributos de los bienes heredados; todavía quiso extrañar del reino á los prelados exigentes, que para serlo se prevalían de las revueltas de la nobleza (1); todavía mandaba que los obispos fueran confirmados por los metropolitanos, sin recurrir al Pontífice (2); todavía se oponía á los desafueros y usurpaciones de la autoridad eclesiástica en negocios temporales (3); todavía impedía que circularan por el reino las cartas pontificias, aun para pedir limosnas en favor de las iglesias, cautivos y hospitales, sin sobrecarta del rey (4), y todavía en su tiempo recogía impunemente su hijo D. Sancho á mano real las bulas en que se atacaban sus derechos y no se guardaban los entredichos que se ponían al reino» (5).

Alfonso X dió un gran paso hacia la unidad y la centralización en el orden judicial con el establecimiento de un tribunal supremo

(1) *Crónica de Don Alfonso*, págs. 15 y 16.
(2) Ley 27, tít. V, part. I.
(3) Carta de Alfonso X al concejo y jueces de Badajoz.
(4) Ley 21, tít. XVIII, part. III.
(5) *Crón.*, pág. 51. Véase Lafuente, *Historia general de España*, tomo VI, págs. 286 y 287.

de alzada, ante el cual se pudiese apelar de las sentencias de los jueces locales. En las Cortes de Zamora de 1274 ordenó que hubiese nueve alcaldes de corte en Castilla, ocho en León y seis en Extremadura, que habían de ser legos. Además de todos estos alcaldes, instituyó tres jueces para oir las alzadas de Extremadura, Toledo y León, mandando que el orden de las apelaciones en Castilla fuese de los alcaldes de la villa á los adelantados de los alfoces, después á los alcaldes del rey, en seguida á los merinos ó adelantados mayores de Castilla, y, por último, al rey en persona. En las mismas Cortes determinó las obligaciones de los *voceros* ó abogados, y dió un reglamento para los escribanos. Instituyó también los abogados de pobres.

Las letras y las ciencias.

Protector Fernando III *el Santo* de sabios y de artistas, fundaba Academias, daba heredamientos á los letrados y concedía privilegios á los estudiantes. Los historiadores y prelados Lucas de Tuy y Rodrigo Ximénez de Toledo constituyen una de las glorias de su tiempo y de aquel reinado. Tanto uno como otro, pero especialmente D. Rodrigo Ximénez de Rada, ejercieron saludable influencia en la literatura del siglo XIII. Es autor D. Lucas de Tuy (el Tudense) del libro intitulado *Chronicón mundi*, terminado en el año 1236; esta obra es una compilación de crónicas antiguas. El arzobispo toledano D. Rodrigo Ximénez de Rada, nacido en Puente la Reina (Navarra) el año 1107, educado en París y en Bolonia, versado en la lengua árabe y conocedor de lo mucho que se había estrito hasta su tiempo, es el fundador de la historia patria, mereciendo el primer lugar entre sus obras la *Historia Góthica*, que concluyó el jueves 31 de marzo de 1243. Llámale, con razón, un historiador de nuestros días, el San Isidoro de su época (1).

De otras obras atribuídas á la época de Fernando III y que se titulan el *Libro de los doce sabios* y las *Flores de Philosophia*, aunque el primero se dice que fué dirigido por el mismo monarca, tal vez sean algo posteriores. Ambas obras son una compilación de máximas políticas, morales y religiosas (Apéndice J).

Monarca tan insigne concedió muchos privilegios á la famosa Universidad de Salamanca, llamada á ser, andando el tiempo, centro de cultura universal del mundo civilizado. Que el personal docente de aquel establecimiento correspondía á la justa fama que la Universidad adquirió, no hay para qué decirlo.

(1) Véase el capítulo V de este tomo.

Continuando en este lugar la historia de nuestra literatura, habremos de decir que en los albores del siglo XIII se inicia el predominio de la llamada poesía erudita, y como genuino y valioso representante de ella, figura en el primer tercio de la centuria mencionada el clérigo *Gonzalo de Berceo.*

Pocas, muy pocas son las noticias del poeta Berceo que han llegado hasta nosotros (1).

Posible es que los trabajos de eruditos bibliógrafos logren, tarde ó temprano, arrancar á las tinieblas de lo que suele nombrarse la noche de los tiempos algo de lo ignorado hasta hoy sobre la vida y circunstancias de Berceo, cuyas obras se titulan:

Vida de Santo Domingo de Silos, *Vida de San Millán de la Cogulla*, el *Martirio de San Lorenzo*, los *Milagros de Nuestra Señora*, *Vida de Santa Oria*, el *Sacrificio de la Misa*, *Loores de Nuestra Señora*, *Signos del Juicio* y el *Duelo de la Virgen.*

«En Berceo, dice un crítico compatriota nuestro, la rima y el ritmo sujétase á reglas, y el lenguaje aparece más flexible, abundante y elevado, mostrando así la transformación que el habla vulgar experimentaba al adoptarle los doctos. Berceo poseía verdaderas dotes poéticas y sabía dar elevación y fluidez á sus versos.»

Véase, en prueba de ello, un trozo de la composición titulada los *Milagros de Nuestra Señora*:

«Yo, maestro Gonzalo de Berceo nomnado,
iendo en romeria caeci en un prado
verde é bien sencido, de flores bien poblado,
gozar cobdiciaduero para ome comrado.

—

Daban olor sobeio las flores bien olientes,
refrescaban en omes las caras é las mientes;
manaban cada canto fuentes claras, corrientes,
en verano bien frias, en yvierno calientes.

—

Avie hy gran abondo de buenas arboledas,
milgranos é figueras, peros é manzanedas
é muchas otras frutas de diversas monedas,
mas non avie ninguna podrida nin acedas.»

(1) Nació en Berceo (Logroño) y fué clérigo del monasterio de San Millán, en la diócesis de Calahorra.

En esta lista de las obras de Berceo incluyen algunos bibliógrafos tres himnos, titulados: *Veni Creator*, *Ave Sancta María* y *Tu Christe*... Lo admirable en Berceo—dice Navarro Ledesma, tantas veces mencionado,—es que en él se encuentran ya todos los caracteres esenciales de la poesía castellana: el genio realista y amigo de pintar las cosas con crudeza, como inundadas por la luz solar; el tesón y la fuerza de los castellanos en sostenerse contra las injusticias de los poderosos, cuatro siglos antes de que dijese *el alcalde de Zalamea* sus inmortales palabras:

«Al Rey la hacienda y la vida
se han de dar; pero el honor,
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.»

Hacía Gonzalo de Berceo exclamar á Santo Domingo de Silos, revolviéndose contra el injusto y feroz rey D. García de Navarra:

«Puedes matar el cuerpo, la carne maltraer;
mas no as en las almas, rey, ningún poder.»

Queda indicado que de este poeta hay muy escasas noticias; se presume que nació en los últimos años del siglo XII, pues consta que en el año 1220 era diácono, y se sabe que, muy anciano ya, murió hacia el 1268. En cuanto á sus conocimientos filológicos, él mismo nos dice que no llegaban hasta el arte de escribir en latín:

«Ca non só tan letrado por fer otro latíno»,

y confiesa que habla el idioma:

«en qual suele el pueblo fablar á su vecino».

De todas suertes, es indudable que el maestro Berceo es, en el orden cronológico, el primer poeta castellano, y en todos los órdenes, uno de los primeros poetas que ha tenido España y el que dió á nuestra lengua el impulso más vigoroso en la senda de su progreso.

A la misma época, según se presume, si bien con una margen de cincuenta ó sesenta años más ó menos, pues no es posible señalar con mayor aproximación la en que estas obras fueron escritas, pertenecen *El libro de Apolonio* y *El libro de Alexandre*.

Es el primero, ó *Libro de Apolonio*, un poema de autor desconocido; es el segundo, ó *Libro de Alexandre*, una especie de crónica fabulosa del reinado de aquel gran guerrero de la antigüedad. El poema es atribuído por algunos á un clérigo de Astorga nombrado Juan Lorenzo de Segura, si bien otros afirman que el clérigo Segura sólo representa en la escritura del poema el papel de simple amanuense ó cuando más de traductor. Sea quien fuere el autor del libro ó poema de *Alejandro*, que en algún tiempo se atribuyó á Berceo, bien que con evidente error, la verdad es que el tal autor fué hombre de gran lectura, conocedor de los clásicos griegos y latinos; pero en su poema andan de tal modo esos conocimientos, que resulta un fárrago indigesto de anacronismos y de incoherencias. Alejandro aparece como una especie de caballero andante, á quien cuatro siglos antes de nuestra Era acompañan su maestro Aristóteles y los doce pares de Francia y al que arma caballero un Sumo Pontífice, San Antero, entregándole una espada que forjó el dios Vulcano y sin olvidar á su amigo el conde Demóstenes.

La *Crónica*, en fin, es realmente desatinada; pero los que han tenido el valor de leerla afirman que tiene algo bueno.

Por lo que respecta al *Libro de Apolonio*, viene á ser una novela en verso; novela en la cual, después de ir en busca de su origen, algunos críticos muy perspicaces, quizá demasiado perspicaces, conceden un abolengo nada menos que de la literatura griega, y en la que hallan el embrión de *Pérsiles y Segismunda* de Cervantes, así como en una juglaresca de Apolonio creen ver el germen de *La Gitanilla* de Cervantes y, como es lógico, de la *Esmeralda* de Víctor Hugo en *Nuestra Señora de París*.

En la enumeración de poetas castellanos del siglo XIII no hay derecho á preterir el nombre de Alfonso *el Sabio*; antes bien es de obligación y de justicia mencionarle con todo linaje de encomio.

Un historiador moderno de nuestra literatura, historiador imparcial, á fuer de extranjero, dice, refiriéndose á Alfonso X:

«Como poeta supo D. Alfonso expresarse con sentimiento y en consonancia con las ideas de su pueblo y tiempo; como innovador, introdujo en la poesía castellana el elemento lírico, hasta entonces desconocido, y en toda nuestra literatura el gusto oriental; como historiador, echó los cimientos verdaderos de la historia patria; como político, filósofo y hombre de ciencia, fué superior á su siglo; como legislador, levantó el monumento jurídico más grande de la Edad media, que

aún se mira con profunda veneración en los tiempos presentes, y como hablista, ha dejado en el idioma patrio un rastro de luz que no se extinguirá mientras se conserve la hermosa y sonora habla castellana.»

Aunque hay muchas obras poéticas atribuídas á D. Alfonso, la única sobre cuya autenticidad no hay ya discusión posible se intitula las *Cantigas* (1). En esta obra propónese el autor únicamente cantar milagros y alabanzas de la Virgen. Hállase escrita en dialecto gallego. ¿Qué razones tuvo el rey *Sabio* para escribir en gallego las *Cantigas?* Tal vez el desarrollo del dialecto gallego, indudablemente más perfeccionado que el castellano, y tal vez las aspiraciones de Alfonso X á extender y cultivar el mencionado dialecto que se hablaba en una gran extensión de territorio, pues la lengua portuguesa y gallega «era ó antiguamente quasi huna mesma; nas palabras, et nos diptongos, et pronunciacion, que as outras partes de Hespana nas tem» (2).

En el prólogo de las *Cantigas* dice Alfonso X lo siguiente:

«Don Alonso de Castela,
de Toledo, de León,
rey e ben de Compostela
na ó reyno d'Aragón,
de Córdova, de Iahén,
de Sevilla outrossí,
e de Murza u gran ben
lle fez Meus com, aprendi
do Algarve que ganou
de mouros, e nossa ffé
meteu y, e ar pobrou
Badallouz, que reino é
muit antigo, e que tolleu
á mouros Neul e Xerez,
Beger, Medina que prendeu
ó Alcada d'outra vez
é de los Romanos rey
é per dereit e señor;
este liuro com'achel
fez á onrr'e a loor
da virgen Santa María
que este madre de Deus;

(1) Fueron escritas para que se cantasen—según consignan respetables críticos modernos—sobre su sepulcro en Murcia.
(2) Duarte Núñez de León, *Origen de lingoa portugueza.*

en que el muito fia.
Por en dos miragres seus,
fizo cantares e sones
sabrosos de cantar
todos de sennas (1) razones
com y podedes achar» (2).

El libro de las *Querellas*, como su nombre lo indica, se reduce á lamentaciones atribuídas al sabio y desgraciado monarca; pero su verdadero autor debió ser D. José Pellicer, escritor del siglo XVII (3).

El impulso que á la ciencia española dió Alfonso X, reconocen todos los historiadores que fué realmente extraordinario. Para lograr su propósito de propagar la cultura de su pueblo buscó el concurso de sabios judíos. A Rabbi Judah Aben-Moseh encargó tradujese al castellano el libro intitulado *El Lapidario*.

El Lapidario (libro de las piedras preciosas) está dividido en dos partes.

La parte primera trata de las virtudes curativas y de los misteriosos influjos de varios minerales.

En la parte segunda se hace una especie de catálogo de las piedras preciosas, por orden alfabético.

El mismo Aben-Moseh, de quien hay que pensar que, además de médico y de naturalista, fué matemático y astrónomo, formó, con

(1) Señaladas.
(2) Hallar.
(3) Se puede formar idea del tono general de dicho libro leyendo las siguientes estrofas:

«A ti, Diego Perez Sarmiento, leal
cormano é amigo é firme vasallo,
lo que á mios omes por cuita les callo
entiendo dezir plannendo mi mal.
A ti, que quitaste la tierra e cabdal
por las mias faciendas en Roma é allende,
mi péndola vuela, escuchala dende,
ca grita doliente con fabla mortal.
Commo yaz solo el rey de Castiella
emperador de Alemannia que foé,
aquel que los reyes besauan el pié
e Reynas pedian limosna en manciella,
aquel que de hueste mantouo en Seviella
diez mil de á cauallo é tres dobles peones,
aquel que acatado en lejanas naciones
foé por sus tablas é por su cuchiella.»

arreglo á las instrucciones del Rey y ayudado por el famoso rabí Zag, las *Tablas Alfonsies;* tablas en las cuales aparece algo modificado el sistema de Ptolomeo que, por entonces, y hasta la aparición de Copérnico, era el adoptado y admitido y preferido por todos los sabios del mundo.

Los *Libros del saber de Astronomía*, son obras de verdadero prodigio, si se tiene en cuenta el estado de la ciencia astronómica en aquella época y los escasos, escasísimos medios, que para sus observaciones tenían los exploradores de los espacios intersiderales.

Esos libros son diez y seis y encierran cuanto en esa ciencia se conocía entonces en los países más adelantados.

También se escribieron en tiempo de Alfonso *el Sabio* libros de vulgarización científica.

Entre ellos figura, y acaso es el principal, el llamado *Septenario*, porque se expone en él la ciencia del *trivio* y la enseñanza del *quadrivio*, ó sea: Gramática, Lógica y Retórica *(trivio)*, y Música, Astrología, Física y Metafísica *(quadrivio)*, ciencias que Alfonso modificó, variando el orden Isidoriano y agregando la Aritmética y la Geometría.

De *El Septenario*, escribe Navarro Ledesma: «Este libro, modelo de obras de texto en cuanto al lenguaje, debió de servir, según supone el Sr. Ríos, á Brunetto para su famoso tratado *El Tesoro* (escrito en prosa), tan popular en los siglos XIV y XV.»

Transcurre poco más de un siglo y ya en los comienzos del XVII aparecen numerosos autores españoles de obras científicas dedicadas á la enseñanza.

Andrés Abelar, catedrático de Matemáticas en la Universidad de Coimbra; Juan Aguilera, catedrático de Astronomía en la Universidad de Salamanca; Benito Arias Montano, profesor de Aritmética; Luis Baeza, dedicado á la enseñanza de la Aritmética en París; Juan Cedilla Díaz, catedrático de Matemáticas en la Academia de Ciencias de Madrid; Bernardo Vila, profesor de Aritmética en Barcelona, y Luis Vives, profesor de Ciencias de la familia real de Inglaterra; Rodrigo Zamorano, profesor de Cosmografía en Sevilla, y otros y otros muchos que forman centenares de maestros, solicitados á veces por los más renombrados establecimientos docentes del extranjero. Tal plantel de doctores no se improvisa; la gestión que da por resultado ese número de hombres doctos en ciencias, todo hubo de ser lento y laborioso, y prueba que desde el siglo XII y el siglo XIII se desarrolló,

simultáneamente con el de la literatura, el cultivo de la ciencia española.

En el *Libro de los Castigos*, atribuído á Sancho IV *el Bravo*, se hallan párrafos tan hermosos como los siguientes: «Tal es el mal pecado et feo en el Rey, como la mansiella negra puesta sobre el panno de oro blanco. Et así paresce la bondat en el Rey como el buen robi (rubí) ó la buena esmeralda engastonada en el oro fino. Mas avergonnado es el mal fecho ó el mal pecado, mil tanto en el Rey, que non en otro omen cualquier... porque todos meten mientes en lo quél dise et fase, ca á enxemplo del Rey se mantienen et rigen todos los otros, ca el es espeio en que se catan todos... Tal es el Rey justiciero para el regno, onde es sennor, como sol que escalienta la tierra tenebrosa et fria.»

El Derecho. Dase principio á la cuarta época de la historia del Derecho español, la cual abraza desde el reinado de San Fernando hasta el de los Reyes Católicos. Desde el siglo XII adquirió el estudio del Derecho verdadera importancia. El nacimiento de las Universidades, los trabajos del jurisconsulto Irnerio y la mayor influencia de las Cortes contribuyeron al notable período que se va á reseñar. Fernando III *el Santo* dió principio á la obra regeneradora del Derecho, haciendo traducir del idioma latino al castellano ó vulgar el Código de los visigodos.

Alfonso X, considerado como legislador, es uno de esos genios portentosos que aparecen en el mundo para admiración de todas las edades. Dar unidad legal á un país es siempre cosa difícil, y promoverla como la promovió Alfonso X excede á las inteligencias más poderosas y á los esfuerzos humanos más grandes. Vió este Rey que los fueros municipales, que habían sido un progreso social cuando se dieron, eran ya deficientes y aun anárquicos para la Monarquía, y se propuso formar un Código para extirpar de una vez el cáncer que corroía la sociedad española. Sus obras de Derecho fueron: el *Espéculo*, el *Fuero Real* y las *Partidas*.

El *Espéculo* ó *Espejo de todos los derechos*, debió publicarse el año 1254, y, si bien ha sido poco estudiado, no deja de tener importancia. La *Academia de la Historia* consideró este Código como un ensayo para la formación de las *Partidas*. Es de creer que constaría de siete libros, si bien á nuestras manos sólo han llegado cinco, los cuales tratan de las siguientes materias: el primero del legislador y de las leyes, el segundo de los reyes, el tercero de la

milicia y el cuarto y quinto del orden y los procedimientos judiciales.

El *Fuero Real* ó *Flores de las leyes* se publicó á principios del año 1255. La intención del rey *Sabio* fué darlo, según afirma el P. Burriel, como ley general á toda la Monarquía; pero quiso ir preparando el ánimo de sus súbditos y comenzó extendiéndole con el carácter de fuero municipal por varias poblaciones. Pueden considerarse como sus elementos constituyentes el *Fuero Juzgo* y los fueros municipales, entrando sólo el derecho romano para suplir las deficiencias de aquéllos. Aunque en 1272 los ricos hombres consiguieron su derogación y el establecimiento del *Fuero Viejo*, continuó rigiendo en algunos puntos. Los cuatro libros en que está dividido tratan: el primero, de la religión; el segundo, de los emplazamientos, pruebas, sentencias, etc.; el tercero, del Derecho civil, y el cuarto, de la legislación criminal.

Las *Partidas* ó *Libros de las leyes* se comenzaron la víspera de San Juan del año 1256, ignorándose cuándo se concluyeron y también la fecha de su publicación. Tres razones, según dice el rey *Sabio*, le movieron á publicar las *Partidas:* la primera, porque éstos eran los deseos de su padre San Fernando; la segunda, *por dar ayuda e esfuerzo* á sus sucesores, y la tercera, *por dar carrera á los homes de conoscer el derecho é la razón*. Equivócanse, dicen algunos escritores, los que hacen á D. Alfonso autor de las *Partidas*, y no porque desconociese el derecho romano y el canónico, la teología y las leyes y costumbres españolas, que hartas pruebas dió de su inmenso saber en otras obras, sino porque, además de sus cuidados naturales y ordinarios, reunía otros graves y extraordinarios. Dirigió, sí, y tomó parte en los trabajos del maestro Jacome Ruiz *el de las leyes*, del maestro Roldán (1) y del maestro Fernando Martínez, arcediano de Zamora y obispo electo de Oviedo. Aventurada por demás nos parece la opinión de aquellos historiadores y jurisconsultos; en nuestro sentir, las *Partidas* fueron no solamente dirigidas, sino también ejecutadas en gran parte por el genio poderoso de Alfonso X.

Otros escritores (2) culpan al rey *Sabio* de haber introducido en su Código el derecho romano y canónico, teniendo en poca estima la antigua legislación patria. Este cargo carece de fundamento cuando

(1) Fué autor, por mandato de Alfonso X, de la obra titulada *Ordenamiento en razón de las Tafurerías*.

(2) Véase Lafuente, *Historia de España*, tomo VI, págs. 300 y 301.

se considera que en el siglo XIII, por la insuficiencia de los antiguos fueros, el derecho canónico y el romano eran las únicas fuentes á donde podía recurrirse para uniformar la legislación.

La *primera* partida se ocupa de la religión católica.

La *segunda* fija el derecho político de Castilla, se manifiesta que la corona es hereditaria y no electiva, se consigna la autoridad del monarca y se expresan las relaciones entre el soberano y el pueblo. En ella se establecen los fundamentos del absolutismo; pero se condena la tiranía.

La *tercera* comprende la administración de justicia.

La *cuarta* trata de los matrimonios, del dominio, de la posesión y de las servidumbres.

La *quinta* versa sobre los contratos y obligaciones. Es la partida más perfecta de todas.

La *sexta* explica los testamentos, herencias y sucesiones.

La *séptima* contiene el derecho penal y procesal. La parte penal es lo más atrasado de las Partidas, y buena prueba es de ello la conservación del tormento (1).

Ahora bien, ¿qué juicio han merecido las Partidas á algunos literatos? D. Nicolás Antonio dice que eran superiores á todas las bibliotecas de los filósofos; D. Rafael Floranes coloca á Alfonso X sobre Adriano, Teodosio y Justiniano, afirmando que su libro excede en mérito á cuanto se ha escrito en España, y el académico D. José de Vargas Ponce cree que es el Código más completo y metódico de cuantos se conocen. En nuestra opinión, el libro de Alfonso X no sólo es una concepción gigantesca como obra de derecho y de ciencia, sino castiza, correcta, elegante y sencilla como obra de literatura.

Si tanta fama merece Alfonso X como jurisconsulto, no la tiene menor como historiador, astrónomo y hablista. La *Crónica general de España* ocupa el primer lugar entre sus obras literarias (2). La titulada la *Conquista de Ultramar* fué, en opinión de algunos, escrita por Sancho IV, hijo del rey *Sabio*; pero Gil de Zárate cree que la

(1) En tiempo de Alfonso X se escribieron también las leyes de los *Adelantados* y las *Nuevas*.

(2) En el prólogo dice: «E por ende, nos Don Alfonso, por la gracia de Dios rey de Castiella, e de Toledo, e de León, e de Galicia, etc..., mandamos ayuntar cuantos libros pudimos haber de historias que alguna cosa contasen de fechos de España... y compusimos este libro.»

obra, en su mayor parte, se debe á Alfonso X, y que solamente fué terminada en el reinado de su hijo. Para la formación de las *Tablas astronómicas* ó *alfonsinas* reunió en Toledo más de cincuenta astrónomos, nacionales y extranjeros, los cuales trabajaron bajo su dirección algunos años. «No es posible juzgar aquí el mérito de estos trabajos. Sólo diremos que D. Alfonso conoció dos siglos antes que Martín Cortés y Copérnico lo absurdo del sistema de Ptolomeo, declarando «que el mundo ideado por la ciencia estaba mal hecho» (1). Durante algún tiempo se le atribuyó el libro (en verso) del *Tesoro* donde, dicen, se hallaba la piedra filosofal; pero la moderna crítica rechaza por completo afirmación tan caprichosa, que, aparte de hallarse rebatida por muchos y poderosos argumentos, tiene su principal impugnación en las Partidas, pues dice Alfonso X, hablando de los que hacen moneda falsa: «ó ficiesen alquimia engañando los homes, en facerles creer lo que non puede ser segunt natura...» (2). Afírmase que también se deben, ó á su pluma, ó á su dirección, ó á su mandamiento, entre otras obras, el libro de las *Armellas* ó tratado de la esfera, el *Lapidario*, el cuadripartito de Ptolomeo y varias traducciones del árabe.

Como hablista, Alfonso X fué un rayo de luz que no se extinguirá mientras exista la lengua castellana.

El insigne literato y poeta D. Alberto Lista dice, refiriéndose al lenguaje de *Las Partidas:* «es superior en gracia y energía á todo lo que se publicó después hasta mediados del siglo XV.»

Cuando se trata de señalar monumentos de prosa española en el siglo XIII, aparece, en primer término, el denominado *Fuero Juzgo*, traducción del Código visigodo llevada á cabo en tiempos del rey Fernando III, para darlo como ley primeramente á la población de Córdoba y poco después á las de Sevilla y Murcia, en el año 1241.

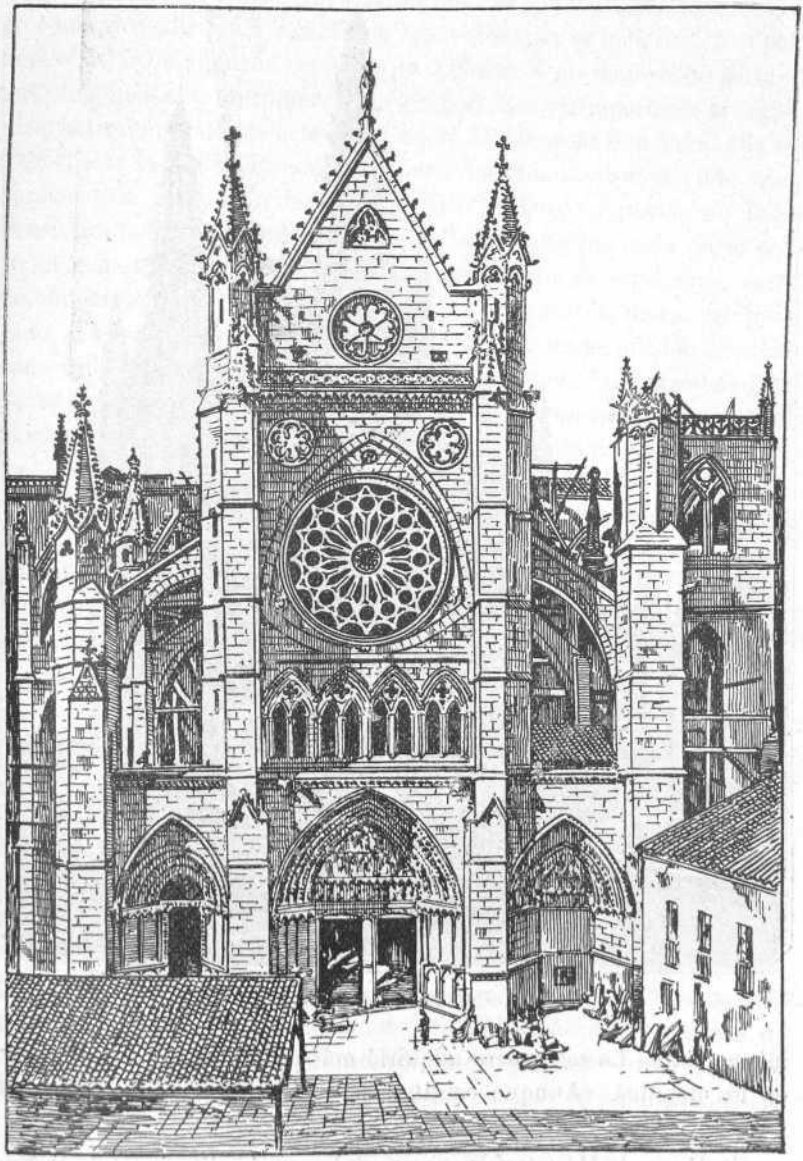
La Real Academia Española, tratando del *Fuero Juzgo*, afirma que ese libro «es de los que más contribuyeron á formar el nuevo romance y á darle pulidez y hermosura».

Voto es de calidad el de la doctísima Corporación; nada hemos de decir nosotros, por consiguiente, acerca de él, ni para vigorizarlo ni para discutirlo.

(1) Picatoste, *Historia de España*, pág. 159.

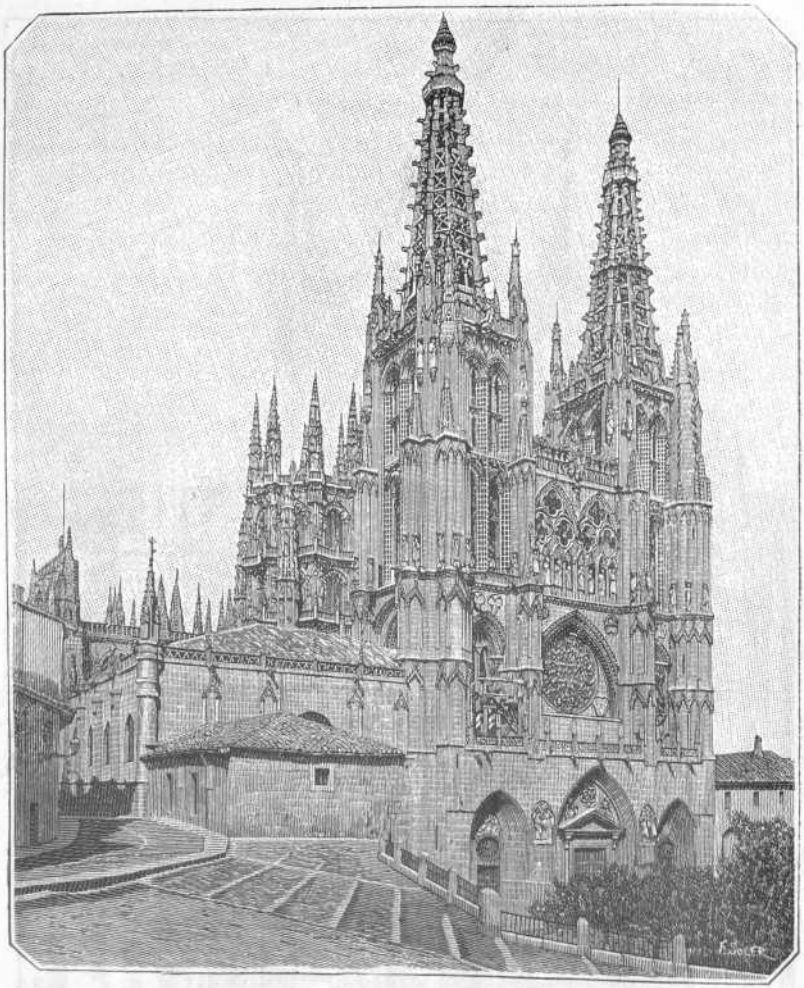
(2) Ley 9, lib. VIII, parte VII. Debió escribirse este libro del *Tesoro* en el siglo XV.

Bellas Artes. En la *arquitectura* brilló en todo su esplendor (siglo XIII) el estilo *ojival*. Ya en tiempo de Fernando II se echaron los cimientos de la bellísima catedral de León (1181). Si en el rei-



Catedral de León.

nado de Fernando III presenta como acabados modelos las *catedrales de Burgos* (1221) y *de Toledo* (1226) (1), en tiempo de Alfonso X tuvo mayor riqueza en los adornos. La de Avila pertenece también al



Catedral de Burgos.

mismo estilo. La *estatuaria* adquirió más perfección en el conjunto y en los detalles. «Aunque continúa la costumbre de blanquear las

(1) Fernando III colocó la primera piedra, que bendijo el prelado D. Rodrigo Ximénez de Rada.

iglesias para favorecer la luz, debilitada por los cristales de colores, Alfonso X se lamentaba del abuso de la *pintura mural*» (1).

Industria. Progresó extraordinariamente. Aumentó el comercio con Francia é Inglaterra, y en el interior se facilitaron los medios de comunicación con los caminos y puentes que se hicieron. No podemos dejar de admirar las ideas de Alfonso X en materia de portazgos, de aduanas y de comercio en general. Era ya importante la organización gremial de los artesanos. En la *Crónica* de San Fernando se lee: «Tenía el rey D. Fernando su real asentado sobre Sevilla, que parecía una populosa ciudad, muy bien ordenado y puesto en todo concierto; había en él calles y plazas. Había calles de cada oficio por sí: calle de traperos, calle de cambiadores, calle de especieros, calle de boticarios y de freneros, plaza de los carniceros, plaza del pescado, y así de todos los oficios cuantos en el mundo pueden ser; de cada uno de ellos había su calle de por sí... etc.» Dicha ciudad de Sevilla era el centro del comercio, pues «le entran cada día por el río hasta los adarves naos con mercadurías de todas las partes del mundo: de Tánger, de Ceuta, de Túnez, de Bujía, de Alejandría, de Génova, de Pisa, de Portugal, de Inglaterra, de Burdeos, de Bayona, de Sicilia, de Gascuña... y de otras muchas partes de allende el mar de moros y cristianos...»

Ejército y marina. El *ejército* se sometió á principios fundamentales en las Partidas, se introdujo nueva táctica y se perfeccionaron las máquinas de guerra. La *marina* recibió gran impulso. Alfonso X erigió la *atarazana* ó arsenal de Sevilla y comenzó la armada con diez galeras nuevas regidas por ordenanza. Creó otras atarazanas en Castrourdiales y Santander (2).

Costumbres. Si mejoraron las costumbres merced al espíritu reformista de Inocencio III y de las Ordenes mendicantes (San Francisco y Santo Domingo), todavía, lo mismo clérigos que seglares, continuaban viviendo en la inmoralidad y en el vicio. Con objeto de poner correctivo á la vida mundana de los sacerdotes vino á España (1228) el cardenal Juan Alegrín, obispo de Sabina, legado apostólico de Gregorio IX, el cual, habiendo reunido en Valladolid á los obispos de Castilla y de León, celebró concilio nacional. Entre otras notables disposiciones, dispuso el concilio que los clérigos se separasen de sus

(1) Picatoste, *Historia de España*, pág. 165.
(2) Véase Fernandez Duro, *La Marina en Castilla*, págs. 39 y 40.

concubinas, fulminando terribles penas contra los desobedientes, y se les prescribió el uso de trajes sencillos y la moderación en la bebida, como también se procuró contener algunos desórdenes que frecuentemente tenían lugar en comunidades de monjas. Algo se adelantó, pero continuaron estos males durante los siglos XIII, XIV y parte del XV.

De Alfonso X *el Sabio* es el privilegio que publicamos á continuación, y en el cual se muestra, por una parte, el estado de las costumbres del clero castellano en aquella época, y por otra parte, la tolerancia de reyes y de prelados en ciertos puntos de moral. «Sepan—dice—quantos este privilegio vieren et oyeren, como Nos Don Alfonso por la gracia de Dios rey de Castilla, de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Jahen, del Algarbe, en uno con la reina doña Violant mi muger, et con nuestros fijos el infante Don Fernando primero et heredero, et con el infante Don Sancho, et con el infante Don Pedro, et con el infante Don Juan, damos et otorgamos á todos los clérigos del obispado de Salamanca, que puedan facer herederos á todos sus fijos et á todas sus fijas, et á todos sus nietos, et á todas sus nietas, et de en ayuso todos quantos dellos descendieren por línea derecha en todos sus bienes, assí muebles como raices, despues de sus dias: et mandamos et defendemos, que ninguno sea ossado de venir contra este privilegio para quebrarlo, nin para menguarlo en ninguna cosa; et á cualquiera que lo ficiese havría la nuestra ira, et pecharnosye en coto mil maravedís, et al querellante todo el daño doblado, etc.» (1).

Del mismo modo da idea exacta del estado de las costumbres los siguientes párrafos que copiamos á continuación, los cuales se hallan en el *Libro de los Castigos*, atribuído á Sancho IV *el Bravo*: «El buen perlado—dice—deve ayudar á mantener los huérfanos et las biudas, et poner paz entre los que ovieren guerra, et obrar de toda obra de misericordia, et olvidar et dexar las pompas et los orgullos et vanaglorias, et las mulas et los cavallos et canes et falcones, et ropas sobrepujadas et siellas labradas et frenos garnidos et escuderos et rapaces et vaxiellas de oro et de plata, et el pobre moriendo de fambre et de frío. Ca el buen perlado debe parar mientes, que quando él predica la palabra de Dios en como dise que todos fagan las obras de misericordia, le cual devria comenzar: vestir los desnudos, fartar los

(1) El privilegio hecho en Sevilla el 19 de junio de 1262 se publicó por la Academia de la Historia el 1851 en su *Memorial Histórico*, tomo II de la colección del marqués de Valdeflores, Biblioteca Nacional, Cod. 94, fol. 84.

fambrientos, visitar los encarcelados et enfermos et todas las otras ovras segun se siguen en los Evangelios; porque en viéndolos sus pueblos esto facer, forzado le sería se mover á facer lo semeiante. Mas ¡mal nuestro pecado! non hay quien comience ni quien acabe en ningun bien: ca hoy día, si paráremos mientes, todos los siete pecados mortales en los servidores de la Eglesia los fallarás: primeramente cobdicia; segundamiente enbidia; terceramiente vangloria; cuartamiente asidia; quintamiente soberbia; sectamiente gula; setimamiente luxuria. Esta reyna tan publicamiente que es vergüeña á todos et carga de todas nuestras ánimas, así de los clérigos como de los legos.»

Aragón: política de Jaime I.

Así como Castilla tuvo á Alfonso X *el Sabio*, del mismo modo Aragón se honró con Jaime I *el Conquistador;* pero mientras Castilla se reconcentra en sí misma, Aragón se extiende por Africa y Europa, interviene en todas las cuestiones del mundo, hace suya la Sicilia, aterra á Nápoles, resiste á la Santa Sede, vence á Francia y no teme el poder de Inglaterra.

El Justiciazgo.

Ya nos ocupamos en el capítulo XVIII del tomo I de los supuestos fueros de Sobrarbe; en este lugar sólo trataremos del Justiciazgo de Aragón.

Juan Ximénez Cerdán, justicia de Aragón, que fué el primero que trató de propósito el origen del Justiciazgo en su carta á Martín Diez Daux, año de 1435, afirma que comenzó aquella elevada magistratura en las primeras deliberaciones que precedieron á la elección de rey. Divulgaron la fábula Martín Sagarra, escritor poco posterior á Ximénez, y M. Antich de Bages, que vivió á últimos del siglo XV.

Véase lo que sobre el particular escribe moderno historiador. Dice que desde los comienzos de la reconquista aragonesa, al mismo tiempo que se recobraban del poder de los musulmanes ciudades y villas, se nombraba un funcionario especial, denominado *Justicia*, en cada una de estas poblaciones. Huesca, Barbastro, Tudela, Tarazona, Calatayud, Daroca, Ejea y otros pueblos tuvieron su Justicia particular. Lo tuvo Zaragoza desde el mismo año de su conquista (1118) y llamábase Pedro Ximénez; pero están en un error los historiadores que le consideran como primer Justicia de Aragón. Tiempo adelante, como Zaragoza era la ciudad más importante de Aragón, su Justicia gozaba también de más prestigio, llegando alguno á intitularse *Justicia Mayor*, como lo hizo Pedro Medalla en el año 1161. Poco á poco el Justicia de Zaragoza vino á convertirse en Justicia de Ara-

gón, siendo el primero con este carácter Pedro Pérez de Tarazona (1208-1248), como lo confiesa el mismo Blancas al decir «quam quod primus Justitia aragonum asidue vocari cœptus fuerit». Con el tiempo el Justicia llegó á constituir el órgano de la función moderadora ó armónica de la Constitución aragonesa.

La insigne magistratura del Justicia, fuerte muralla contra toda fuerza y opresión, así de los monarcas como de los ricos hombres y del pueblo, dió justa y esclarecida fama á dicha institución.

Dice Blancas que era el «vengador de las injurias, presidio contra la violencia, puerto de los que peligraban, alcázar de la libertad, refugio de los oprimidos, defensor de las franquicias populares, protector de los menesterosos y padre de la república» (Apéndice L).

El Zalmedina. En tanto que el Justicia iba adquiriendo tan grande poder, asumía sus antiguas facultades el Zalmedina de la ciudad, funcionario encargado hasta entonces de la policía y de la administración. El Zalmedina, según Ximénez de Embún, «vino á ocupar el vacío que el Justicia dejaba en el gobierno municipal de Zaragoza, adquiriendo jurisdicción ordinaria y aneja á su cargo desde el año 1256, según privilegio del rey D. Jaime I» (1). Veamos lo que dice sobre materia tan interesante el Sr. Mora, profesor de la Universidad de Zaragoza. Afirma que tomó el nombre de Zalmedina «el juez ordinario que, entendiendo en causas civiles y criminales, era á su vez autoridad gubernativa y jefe de policía» (2). Añade el Sr Mora que la existencia del Zalmedina se remonta á los mismos días de la reconquista de la ciudad; que dicho cargo era en un principio de nombramiento real y que Jaime I concedió el derecho al pueblo de que éste le presentara varios candidatos, entre los cuales elegía el monarca; que Fernando I dispuso que volviese á ser de nombramiento real, y que la duración del cargo fué ilimitada en un principio, después anual y posteriormente trienal. Sostiene el Sr. Mora—y en esto no está conforme con Ximénez de Embún—que el Zalmedina tuvo desde sus comienzos atribuciones judiciales. También, antes que el Sr. Mora, fué de la misma opinión Ximénez Soler, catedrático de la Universidad de Zaragoza (3).

El magistrado encargado de conocer en los asuntos civiles cuya cuantía no era mayor de cincuenta sueldos jaqueses se llamaba *juez*

(1) Ob. cit., pág. 121.
(2) *Ordinaciones de la ciudad de Zaragoza*, vol. I, pág. 45.
(3) Véase su libro *Organización política de Aragón*, pág. 263.

de cincuenta sueldos; era, pues, compañero, aunque con menos atribuciones, del Zalmedina. Había otro magistrado, lugarteniente del Zalmedina, llamado *juez de causas menores*; como su nombre indica, estaba encargado de las causas de poca monta. Por último, había otro magistrado, llamado el *asesor del Zalmedina;* no sólo era consejero del Zalmedina, sino del *juez de causas menores.*

Existía un funcionario con el nombre de *notario de la corte del Zalmedina y del juez de menores causas.*

El Derecho. Jaime I encargó á D. Vidal de Canellas, obispo de Huesca, la compilación de todas las disposiciones, fueros y franquicias; obra que llevó á efecto el insigne prelado, presentando ocho tomos en las Cortes de Huesca de 1247.

La Poesía. La Historia. Distinguióse Jaime I como poeta. Como historiador, sus sencillos *Comentarios* merecerán siempre los aplausos y alabanzas de los doctos.

La Filosofía. Ocupa lugar distinguido entre los sabios del siglo XIII el insigne mallorquín Ramón Lull, discípulo tal vez de Arnaldo de Vilanova (1) y autor del *Ars Magna* y de la poesía *Desconort* (Desconsuelo). «El sólo nombre de Ramón Lull—dice Jovellanos—vale por cuantos testimonios se puedan allegar en favor de Mallorca.»

Las artes y oficios mecánicos. Adelantaron las *artes y oficios mecánicos*, reglamentándose también los gremios. Aun no se ha encontrado «memoria alguna que nos ilumine y guíe para buscar la época fija de la institución de los gremios de artesanos en Barcelona; pero, según todas las conjeturas que nos suministran los más antiguos monumentos, es muy verosímil que la erección ó formación política de los de menestrales se efectuó en tiempo de D. Jaime I, en cuyo glorioso reinado se fomentaron, al paso que el comercio y la navegación se animaban con las expediciones ultramarinas de las armas aragonesas (2).

La Provenza: Cultura. Como se dijo en el capítulo V de este tomo, la Provenza, á principios del siglo XIII, aparece en la historia como centro del *Gay saber*, como cuna del arte, de la poesía y de los amores. Aquellas Cortes de amor y cónclaves de gentileza, aquellas mesnadas de trovadores, aquellas alegrías y aquellos esplendores desaparecieron ante Simón de Monfort, armado con la espada que le diera Francia y con el sayo inquisitorial que puso en sus manos la Iglesia.

(1) Arnaldo debió ser natural de Villanueva y Geltrú.

(2) Campany *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de Barcelona*, tomo I, parte 3.ª, lib. I, cap. I.

Las ciudades fueron destruídas, los campos devastados, las personas devoradas por las hogueras de la Inquisición; hogueras de la Inquisición «cuyas llamas devoraban también cuantos códices y manuscritos venían á la mano, desapareciendo así para siempre verdaderos tesoros de poesía y de ciencia» (1). Pedro II *el Católico* pereció en Muret, no defendiendo á los herejes albigenses, sino á sus amigos y feudatarios. Luego, Jaime I *el Conquistador* hubo de ceder al rey de Francia sus derechos sobre Provenza á cambio de otros; pero antes de terminar el siglo XIII (1285) Pedro III *el Grande* vengó á Provenza, vengando á su abuelo Pedro II en las sierras del Pirineo. Alfonso II *el Casto*, Pedro II *el Católico* y Pedro III *el Grande* constituyen el triunvirato de los reyes trovadores.

En los siglos XII y XIII surgen, como por encanto, numerosos trovadores provenzales: *Bernardo de Ventadorn*, *Janfre Rudel*, *Arnaldo de Maruel*, *Arnaldo Daniel* (llamado gran maestre de amor, por Petrarca), *Guiraldo de Borned*, *Pedro Vidal de Tolosa*, que ha pasado á la posteridad más que por sus trovas, verdaderamente descabelladas, por haber merecido que Dante (como dijimos en el capítulo V de este tomo) lo colocara en su *Infierno*, alumbrándose con su propia cabeza cortada y que lleva en la mano; *Folqueto de Marsella*, que abandonó sus poesías para ser obispo de *Tolosa; Rambaldo de Vaqueiras y otros*, de cuyas obras no sería oportuno tratar aquí, por que si bien es cierto que la poesía de la trova provenzal y catalana ejerció alguna influencia en la formación de la lírica española, ni fué de influencia tan grande como algunos suponen ni en muchas ocasiones fué ejercida directamente, sino reflejada por los ingeniosos y platónicos poetas italianos.

De todas maneras, ni los mencionados trovadores ni otros muchos pueden ser clasificados como elementos activos de la religiosa y nacional literatura castellana.

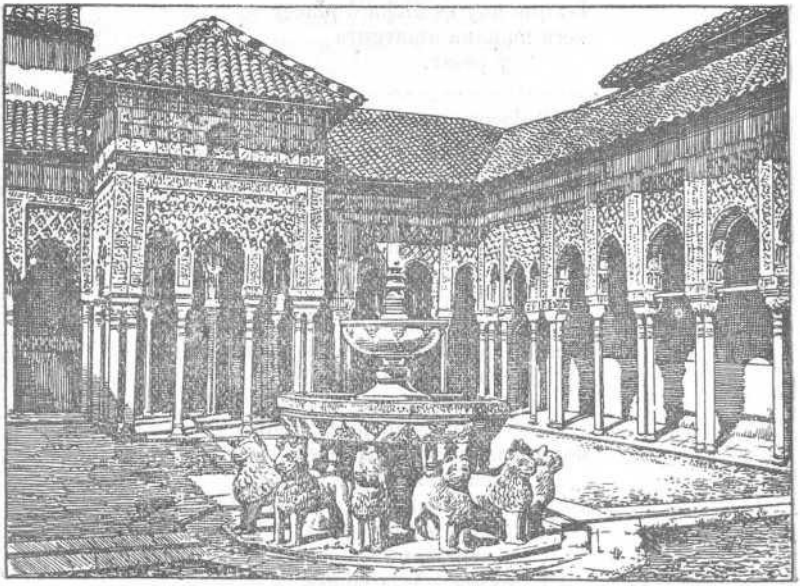
Granada: la Alhambra.

Bajo el gobierno de Mohámed I Ben-Alahmar y de Mohámed II, el reino de Granada fué el centro de las artes y de las letras. Granada recordaba á Córdoba, la antigua corte de los califas, y á las cortes de los reyes de taifas. Los dos primeros Aben-Alahmares protegieron las ciencias y las letras, las artes y la industria. El maravilloso palacio de la *Alhambra*, que comenzó Mohámed I en el año 1273 y lo continuó Mohámed II en el 1279,

(1) Balaguer, ob. cit., pág. 94.

es el monumento más célebre que ha quedado en Europa del poder y genio artístico de los árabes.

Tal vez en la cumbre del mismo monte, donde en el siglo IX se había levantado una fortaleza llamada *Alhambra*, edificó Mohámed I el famoso castillo real del mismo nombre. El lema de Mohámed I Ben-Alahmar, «sólo Dios es vencedor», que se lee en todos los muros del alcázar, lo era también de su dinastía. Los sucesores de Mohámed I ensancharon y embellecieron el edificio é hicieron obras



Patio de los Leones de la Alhambra.

nuevas, no terminándose hasta el reinado de Mohámed V; murió éste en el año 1390.

Las ciencias. Entre los sabios árabes figura en primera línea Abu-Béquer el de Ricote (provincia de Murcia), fundador de una escuela donde se enseñaban las ciencias filosóficas y que el mismo Mohámed II estableció en una de sus quintas. Por cierto que Alfonso X *el Sabio* procuró atraerse con grandes sueldos y honrosas distinciones al ilustre ricoteño, pero no lo pudo conseguir.

La Poesía: Abul - Beka. Descuella sobre todos los poetas de aquellos tiempos Abul-Beka, natural de Ronda. Después de la toma de Córdoba y de Sevilla, Abul-Beka compuso á este propósito una

hermosa elegía (1). Trasladaremos aquí algunas estrofas de dicha composición:

Cuanto sube hasta la cima
desciende pronto abatido
al profundo.
¡Ay de aquel que en algo estima
el bien caduco y mentido
de este mundo!
En todo terreno sér
sólo permanece y dura
el mudar.
Lo que hoy es dicha ó placer
será mañana amargura
y pesar.

. . . . . .

El decoro y la grandeza
de mi patria, y su fe pura,
se eclipsaron;
sus vergeles son maleza
y su pompa y hermosura
desnudaron.
Montes de escombro y desiertos,
no ciudades populosas,
ya se ven.
¿Qué es de Valencia y sus huertos?
¿Y Murcia y Játiba hermosas?
¿Y Jaén?
¿Qué es de Córdoba en el día
donde las ciencias hallaban
noble asiento,
do las artes á porfía
por su gloria se afanaban
y ornamento?
¿Y Sevilla? ¿Y la ribera
que el Betis fecundo baña
tan florida?
Cada ciudad de éstas era
columna en que estaba España
sostenida.

. . . . . .

Vosotros, que allende el mar
vivís en dulce reposo
con riquezas
que podéis disipar,
y señorío glorioso
y grandezas,

(1) Afirma D. Juan Valera que el inspiradísimo Jorge Manrique imitó en sus famosas coplas al poeta musulmán, pero Menéndez Pelayo ha refutado esta opinión.

Decidme: los males fieros
que sobre España han caído
¿no os conmueven?
¿Será que los mensajeros
la noticia á vuestro oído
nunca lleven?
Nos abruman de cadenas;
hartan con sangre su sed
los cristianos.
¡Doleos de nuestras penas!
¡Nuestra cuita socorred
como hermanos!
El mismo Dios adoráis,
de la misma estirpe y planta
procedéis;
¿Por qué, pues, no despertáis?
¿Por qué á vengar la ley santa
no os movéis?
Los que el imperio feliz
de España con alta honra
sustentaron,
al fin la enhiesta cerviz
al peso de la deshonra
doblegaron.
Eran cual reyes ayer,
que de pompa se rodean;
y son luego
los que en bajo menester,
viles esclavos, se emplean
sin sosiego.
Llorado hubierais, sin duda,
al verlos, entre gemidos,
arrastrar
la férrea cadena ruda,
yendo para ser vendidos
al azar.
A la madre cariñosa
allí del hijo apartaban
de su amor.
¡Separación horrorosa
con que el alma traspasaban
de dolor!
Allí doncellas gentiles,
que al andar perlas y flores
esparcían,
para faenas serviles
los fieros conquistadores
ofrecían.
. . . . . (1)

(1) Schack, Ob. cit., tomo I, págs. 202 á 209. Tr. de Valera.

Sabios judíos que florecieron en esta época: Maimónides y otros

Entre los judíos españoles nos encontramos con un nombre ilustre, digno por todos conceptos de fama universal: nos referimos á Maimónides.

Mosseh-Ben-Maimón ó Maimónides (1125-1204), natural de Córdoba, fué, en sus primeros años, tan poco inclinado al estudio, que el autor de sus días le arrojó de la casa paterna. Varió de conducta, mereciendo entonces el perdón. Después se vió obligado á salir de España cuando Abdelmúmem emprendió sañuda persecución contra los judíos. Estableciόse en el Cairo, donde el sultán Saladino le favoreció mucho y le nombró su médico. Al mismo tiempo que enseñaba como rabino en la Sinagoga, escribía sobre Medicina, Filosofía, Teología, Astronomía y Derecho. Conocía perfectamente varias lenguas, hasta el punto que lo mismo hablaba en caldeo que en hebreo, en griego que en árabe. Maimónides, discípulo de Averroes y filósofo racionalista, aunque poco aficionado al misticismo, siguió algunas veces las doctrinas de Algazel. Debe ser considerado, no sólo como uno de los más grandes polígrafos españoles, sino como uno de los hombres más ilustres de la Edad media. Después de Moisés, Maimónides es el genio más poderoso que han tenido los hebreos. «Complace, dice Cantú, ver á aquel varón insigne, en la misma época en que sus hermanos perecían á manos de los cruzados, quienes de este modo creían rendir homenaje á Dios, explicar la sociabilidad natural del hombre, y deducir de ella la sanción de las leyes de una manera muy superior al filósofo ginebrino» (1).

Hallándose en el Cairo, léase lo que escribía á su amigo R. Samuel Thibon, que deseaba consultar con él personalmente ciertos asuntos: «Ven enhorabuena cuando quieras, y tendré el mayor gusto en verte y hablarte; pero siento que te tomes la molestia de pasar el mar y que expongas en peligro tu persona, para no sacar, á causa de mis continuas ocupaciones, ningún provecho en literatura. Ni una sola hora has de estar á solas conmigo. Resido en el Cairo, corte de Egipto, y tengo la mayor privanza con el gran sultán, á quien, por cumplimiento de mi empleo, visito todos los días por mañana y tarde. Cuando él ó algunos de sus hijos ó de sus concubinas se hallan enfermos, no salgo de palacio en todo el día; también estoy encargado de asistir á los gobernadores en sus enfermedades. Todas las mañanas voy á la corte. Si no ocurre novedad, vuelvo al medio día á

(1) *Historia Universal*, tomo III, pág. 816.

mi casa, donde me esperan gentiles y judíos, nobles y plebeyos, jueces y mercaderes, amigos y no amigos. Después de saludarles, les pido que me permitan tomar algún alimento. En seguida me entero de sus enfermedades y les receto las medicinas que creo convenientes, y en esta operación paso toda la tarde y á veces llega la noche, hasta que el sueño me rinde y me quedo dormido en la misma conversación» (1).

Las obras más importantes de Maimónides son *Comentarios á la Mischna* y *Mano fuerte*, *Moreh Nebujm* y los *Pirusim*, sobresaliendo entre todas el *Mischna Thora* ó código religioso, la cual forma época en el mundo israelita; pues en ella, no sólo puso orden y clasificó por materias el laberinto inexplicable del Talmud, sino que añadió otros trabajos de insignes escritores hebreos (2). Conviene tener presente que *Comentarios á la Mischna* y *Mano fuerte* son dos partes de una misma obra; la primera se escribió en Córdoba y la segunda en el Cairo. *Mischna Thora* está dividida en 14 libros, cuyos títulos son:

1.° *De la ciencia.*	6.° *De la separación.*	10. *De las expiaciones.*
2.° *Del amor.*	7.° *De las semillas.*	11. *De los daños.*
3.° *De los tiempos.*	8.° *Del ministerio sagrado.*	12. *De las adquisiciones.*
4.° *De las mujeres.*		13. *De los juicios.*
5.° *De la santidad.*	9.° *De los sacrificios.*	14. *De los jueces.*

Por último, escribió Maimónides muchas cartas sobre diferentes asuntos, debiéndose citar la tan celebrada sobre la apostasía, *Iggeret ha xemad*. En ella intentó demostrar que el no cumplimiento de este ó del otro precepto religioso no quitaba al judío su carácter de buen israelita. Si es cierto que el Talmud prescribe morir antes que caer en la idolatría, en el adulterio y en el homicidio, el que cede á la violencia, aunque deja de ser mártir, no por eso abandona la fe judaica; además, el que hace una cosa por el miedo, no merece la misma pena que el voluntarioso pecador. En *Los trece artículos de la fe* expuso Maimónides los siguientes principios fundamentales de la teología dogmática del Talmud:

1.° Hay un Dios, creador de todas las cosas y primer principio de todos los seres, cuya existencia no depende de nadie y sin Él nada puede existir.

(1) Rodríguez de Castro, *Biblioteca española*, tomo I, págs. 36 y 37.
(2) Véase Fernández y González, *Instituciones jurídicas de los hebreos españoles*, págs. 59 y 60, nota.

2.° Dios es uno é indivisible; Él es la verdadera unidad y ninguna otra cosa es verdadera unidad.

3.° Dios es incorpóreo.

4.° Dios no tiene principio ni fin, y todo lo que existe, excepto Él, comenzó con el tiempo.

5.° A Dios solamente pertenece el culto, el amor, el respeto y la alabanza, sólo porque Él es creador. A ningún otro sér, sea ángel, sea astro, criatura celeste ó terrestre, se debe dar culto, ofrecer plegarias y hacer sacrificios.

6.° Dios habló y puede hablar á los profetas inspirándoles.

7.° Moisés fué el más grande de los profetas, y el espíritu de profecía con que Dios le honró fué superior al de todos los demás profetas.

8.° La ley de Moisés fué dada directamente por Dios.

9.° Esta ley es inquebrantable y nadie puede añadir ni quitar nada.

10.° Dios conoce todos los pensamientos y los hechos de los hombres.

11.° Dios recompensa á cada uno según sus obras, premiando á los buenos y castigando á los malos, ya en esta vida ó ya en la otra.

12.° El Mesías debe venir para reunir y libertar á los judíos dispersos por las cuatro partes del mundo, y aunque tarde en venir, es preciso esperarle todos los días sin dudar de su venida.

13.° Todos los muertos resucitarán al fin de los tiempos, pero en una época conocida solamente por Dios.

Daránse á conocer los nombres de otros insignes judíos. Habiendo adquirido Alfonso X *el Sabio*, en el año 1241, antes de subir al trono, un ejemplar del lapidario de Abolaits «de un judío que lo tenía ascondido, é se non quería aprovechar de él, nin que á otros tuviese pro», encargó su traducción á R. Judah Aben-Moseh (no Mosca). Haráse notar también que muchos rabinos ayudaron á Alfonso X á levantar el hermoso templo del saber.

Perseguidos los hebreos á la muerte del rey *Sabio*, no por ello dejaron de florecer hombres tan ilustres como el maestro Abolhacén Meir Aben-Al-Harits, médico de Sancho IV. Alcanzó no poco renombre el maestro Moseh ó Moisés B. Xem-Tob, de León, nacido en 1250 y autor de varios libros de sabor cabalístico. Decía en uno de ellos: «La Torah es el pensamiento de Dios; de cada precepto de la Torah pende la existencia del universo.»

XI

Castilla: Fernando IV *el Emplazado;* su minoría; guerra civil.—Bula de Bonifacio VIII.—Hermandad de los Concejos de Castilla.—Matrimonio de Fernando IV.—Doña María de Molina.—División del reino de Murcia entre Fernando IV de Castilla y Jaime II de Aragón.—Guerra con Mohámed III.—Toma de Gibraltar.—Muerte del Rey.—Alfonso XI *el Justiciero:* su minoría.—El Rey mayor de edad.—Cortes de Valladolid.—Justicia del Rey.—Matrimonio de Alfonso XI.—Guerra con los moros.—El almirante Jofre en aguas de Gibraltar.—Doña Leonor de Guzmán.—Pérdida de Gibraltar.—Severidad de Alfonso XI.—Guerra con Portugal.—El Salado.—Sitio de Algeciras.—Sitio de Gibraltar.—*Navarra:* Juana I, Luis Hutín, Felipe V *el Largo* y Carlos IV *el Hermoso.*—*Granada:* Mohámed III.—Muley Nazar, Ismail y Mohámed IV.—Yúsuf I.

Castilla: Fernando IV el Emplazado; su minoría; guerra civil.

Fernando IV *el Emplazado* (1295-1312) fué proclamado (26 de abril del año 1295) con las voces de *¡Real! ¡Real! ¡Real!* en la Plaza Mayor de Toledo. Contaba nueve años y medio, comenzando su reinado bajo la tutela y dirección de su madre doña María de Molina.

Llegó por entonces á la corte el viejo y aventurero infante D. Enrique, hermano del rey *Sabio*, hombre tan sobrado de valor como falto de dignidad (1).

Pero el primero que se alzó en armas con el intento de arrancar la corona de las sienes del rey niño fué su tío el infante D. Juan, aquel traidor que, aliado del rey de Marruecos, puso cerco á Tarifa y

(1) Después de alterar el reino en tiempo de su hermano, huyó á Africa, hízose vasallo de los benu-merines é intervino en sus discordias, consiguiendo inmensas riquezas. Dirigióse luego á Italia, donde Carlos de Anjou le privó de sus cuantiosos bienes, lo cual no obstó para que llegara á ser árbitro de los destinos de Roma, ganando el título de *Senador;* pero habiendo tomado parte en favor de Conradino, fué preso y encerrado en un calabozo por espacio de veintiséis años.

dió muerte al hijo de Guzmán *el Bueno*. Decía que D. Fernando era bastardo, puesto que el matrimonio de Sancho IV y doña María de Molina era ilícito en razón del parentesco, según lo había consignado repetidas veces la Santa Sede.

Al lado de D. Juan se pusieron los Laras, no escuchando los ruegos de doña María de Molina.

Del mismo modo el poderoso magnate D. Diego López de Haro se dispuso también á la rebelión, estando decidido á recobrar, por cualquier medio, el señorío de Vizcaya.

Tampoco era correcta la conducta del infante D. Enrique, pues aspiraba, con el favor de los concejos, á la tutoría.

Por último, los reyes de Portugal, Aragón, Navarra y Granada se declararon enemigos de un rey niño, á quien sólo protegía débil mujer.

En vista de la situación anárquica del reino, doña María de Molina llamó á los concejos de Castilla á Cortes generales en Valladolid, reunidas en la fiel población el 24 de junio de 1295. Acordaron las Cortes que doña María tuviese la guarda del hijo, y ésta, con el infante D. Enrique, el gobierno de los reinos. Se impuso pronto á don Enrique la virtuosa doña María, la cual fué la verdadera tutora de Fernando IV.

Hallándose doña María en Valladolid, ciudad por la que tuvo gran predilección, correspondiéndola por cierto los valisoletanos con singular cariño, recibió la triste nueva de la alianza que había hecho el intrigante D. Juan con D. Dionisio de Portugal; también tuvo noticia de las reiteradas instancias del primero para que el segundo declarase la guerra á Castilla.

En seguida marchó el infante D. Enrique á negociar una tregua con el portugués; tregua que fué seguida de la paz y por la cual se dieron á éste los lugares de Mora, Serpia y Morón, como también se concertó el futuro matrimonio de D. Fernando con doña Constanza, hija de D. Dionisio (1296).

Cuando parecía que la paz iba á reinar después de tantas revueltas, estalló formidable conjuración de los Cerdas. Contaba D. Alfonso de la Cerda con el infante D. Juan, con D. Juan Núñez de Lara y con el apoyo de los reyes de Aragón, Navarra, Portugal, Francia y Granada. Doña María de Molina hizo frente con su talento y constancia á tantas complicaciones, recorrió los pueblos, solicitó el apoyo de los concejos y comunidades, rogó á los magnates y apeló á la nunca desmentida lealtad castellana. Sola contra todos, casi sin ren-

tas ni soldados, desde Valladolid vió cómo terrible epidemia diezmaba el ejército aragonés que sitiaba á *Mayorga* (1), teniendo éste que retirarse á sus Estados, y cómo el rey de Portugal, rompiendo el tratado de paz que había hecho con doña María poco antes, llegaba á Simancas, cerca de Valladolid. Doña María, confiando en la lealtad de los ricos hombres y caballeros de Valladolid, no escuchó los consejos de los que le decían que se retirase á Avila, á Segovia ó á Toledo, y se preparó á la lucha. El portugués, viendo que los mismos suyos desertaban de sus filas y que D. Juan Núñez de Lara se negaba á tomar las armas contra D. Fernando, regresó á toda prisa á su reino (1296).

Entretanto el rey de Aragón se apoderaba del reino de Murcia, encontrando sólo resistencia en Lorca, Alcalá y Mula.

Mohámed II de Granada hubo de luchar con el valeroso soldado y cumplido caballero Alfonso Pérez de Guzmán *el Bueno*, y también con el infante D. Enrique, tutor del Rey, á quien logró derrotar en una reñida batalla más allá de Arjona.

Logró doña María que las Cortes de Cuéllar (Segovia) le otorgasen un servicio para proseguir la guerra (1297). Como continuara ésta con más empeño y cada vez fuese más angustioso el estado del Tesoro público, acordó reunir Cortes en Valladolid (1298), las cuales otorgaron al Rey dos servicios. En otras Cortes celebradas en la misma población (1299) se concedieron tres servicios, y en las de 1300, también en Valladolid, se concedieron cuatro servicios ordinarios y uno extraordinario para pagar los gastos de la legitimación del Rey y de sus hermanos.

Bula de Bonifacio VIII.

Por entonces el papa Bonifacio VIII, cediendo á las súplicas de doña María y mediante el pago de diez mil marcos de plata, dió una bula (25 de febrero de 1297) declarando válido el matrimonio de aquella señora con Sancho IV. Por cierto que dicha bula no se remitió á Castilla hasta que la Reina mandó aquella cantidad (1301). Desde entonces nadie podía poner en duda la legitimidad del matrimonio de doña María y por consiguiente la legitimidad de sus hijos.

Hermandad de los concejos de Castilla.

Si las decisiones pontificias contribuyeron á afirmar el trono de Fernando IV, también contribuyó á su salvación el apoyo que le prestaron los concejos. Recuérdese que la carta de Hermandad de los Concejos de Castilla se

(1) Ciudad situada entre Valladolid y León.

otorgó en 6 de julio de 1295; la de León, el 12 del mismo mes y año; la de Murcia, en 4 de octubre, y la de Santander, en 4 de mayo de 1296. Como dice muy bien Lafuente: «La Hermandad de los Concejos de Castilla, en 1295, tiene para nosotros una gran importancia histórica. Si no fué la primera confederación popular, fué la protesta más solemne del pueblo contra las demasías y contra las usurpaciones de la corona y de las clases privilegiadas» (1).

Véase, por lo que á continuación copiamos, el carácter de la Hermandad de Castilla de 1295:

«En el nombre de Dios é de Santa María, amén. Sepan quantos esta carta vieren cómo por muchos desafueros é muchos dannos, é muchas fuerzas, é muertes, é prisiones, et despachamientos sin ser oídos, é deshonras é otras muchas cosas sin guisa, que eran contra justicia é contra fuero, é gran danno de todos los regnos de Castiella, de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jahén, del Algarbe é de Molina, que recibimos del rey D. Alonso, fijo del rey D. Fernando, é más del rey D. Sancho, su fijo, que ahora finó, fasta este tiempo en que regnó nuestro sennor el rey D. Fernando, que nos otorgó é confirmó nuestros fueros, et nuestros privilegios, é nuestras cartas, é nuestros buenos usos, é nuestras buenas costumbres, é nuestras libertades que habiemos en tiempo de los otros reyes quando lo mejor habiemos. Por ende, é por mayor asesego de la tierra, é mayor guarda del so sennorío, para esto guardar é mantener, é porque nunqua en ningún tiempo sea quebrantado, é veyendo que es á servicio de Dios é de Santa María, et de la Corte celestial, é á honra é á guarda de nuestro sennor el rey D. Fernando, á quien dé Dios buena vida é salud por muchos annos é buenos, e mantenga á so servicio: et otrosí á servicio, é á honra é á guarda de los otros reyes que serán después dél, é á pro é á guarda de toda la tierra, facemos hermandat en uno nos todos conceios del regno de Castiella, quantos pusiemos nuestros sellos en esta carta, en testimonio é en confirmación de la hermandat.

»Et la hermandat es ésta: que guardemos á nuestro sennor el rey D. Fernando todos sus derechos é todo su sennorío bien é cumplidamente... etc.»

Determina y fija la hermandad los impuestos y servicios legal-

(1) *Historia general de España*, tomo VII, parte II, libro III, páginas 12 y 13.

mente establecidos para asistir al Rey; dispone cómo han de unirse todos en defensa de sus fueros, usos y libertades, en el caso que don Fernando, sus sucesores ó sus merinos atentasen contra ellos, y determina someter al fallo del concejo los desafueros cometidos por los alcaldes ó merinos del Rey.

«Si algún rico home ó infanzón ó caballero—dice este pacto de confederación—prendare indebidamente á alguno de la hermandad ó le tomase lo suyo, y á pesar de la sentencia del concejo no lo quisiese restituir, si fuese hombre arraigado, todos los de la hermandad «que derriben las casas, é corten las vinnas, é las huertas, é todo lo al que hubiere». Otrosí, si un ome, ó infanzón, ó caballero, ó otro ome qualesquier que non sean en nuestra hermandat... que todos los de la hermandat que vayamos sobrel, *et sil falláremos quel matemos*, é si haber non le podiéremos, quel derribemos las casas, el cortemos las vinnas ó las huertas, el astraguemos quanto en el mundo le falláremos; *después sil podiéremos haber*, *quel matemos*... Otrosí ponemos que si alcalde, ó merino, ó otro ome qualquier de la hermandat, por carta ó por mandado de nuestro sennor el rey D. Fernando, ó de los otros reyes que serán después dél, condenare á uno sin ser oído ó yudgado por fuero, *quel matemos por ello;* é si haber non le podiéremos, que finque por enemigo de la hermandat, et quandol pudiéremos haber, *quel matemos por ello*» (1).

Si es absurda la teoría de hacerse á sí mismos justicia, prueba el inmenso poder de los concejos. Desde la antigua servidumbre, el pueblo llegaba en tiempo de Fernando IV á dictar leyes á los grandes señores y á los mismos monarcas. Doña María de Molina, aun comprendiendo el abuso que hacían de la libertad los comunes, les halagaba y les favorecía, pues sabía la fidelidad que guardaban á su hijo y la oposición que siempre habían mostrado á las pretensiones de los nobles. No sería aventurado decir que doña María salvó, con el apoyo de los pueblos, la corona de su hijo.

La hermandad de León consignaba en su carta lo siguiente: «Et habiendo muy gran voluntad de guardar el sennorío de nuestro sennor el rey D. Fernando, et darle sos derechos bien et complidamente.» La de Murcia se comprometía también á guardar los derechos del Rey «bien é complidamente». Y la de Santander, por último, añadía: «Veyendo que es gran servicio de nuestro sennor el rey don

(1) Colección diplomática, formada por la Academia de la Historia.

Fernando, en guardar los privilegios que él nos dió é él nos otorgó, é él juró é prometió é fizo á nos jurar... que todos seamos en guardar sennorío al rey D. Fernando, é todos los derechos bien é complidamente.»

De la hermandad de Castilla debieron formar parte casi todas sus poblaciones; de la de León, los concejos de León, Zamora, Salamanca, Oviedo, Astorga, Ciudad Rodrigo, Badajoz, Benavente, Mayorga, Mansiella, Avilés, Villalpando, Valencia, Galisteo, Alba, Rueda, Tineo, La Puebla de Lena, Rivadavia, Colunga, La Puebla de Grado, La Puebla de Cangas, Vivero, Rivadesella, Vellver, Pravia, Valderas, Castronuevo, La Puebla de Lanes, Cayona, Betanzos, Lugo y La Puebla de Marbayón; de la de Murcia, los pueblos de Cartagena, Lorca, Alicante, Mula, Guardamar, Molina Seca y Alhama, y de la de Santander, los concejos de Laredo, Castro Urdiales, Vitoria, Bermeo, Guetaria, San Sebastián y Fuenterrabía.

Matrimonio de Fernando IV. — Doña María de Molina.

Después de tantos infortunios, la paz iba á reinar en Castilla (1).

Fernando IV contrajo matrimonio con doña Constanza, hija del rey de Portugal, y, aconsejado por el infante don

(1) Tirso de Molina (Fr. Gabriel Téllez) ha retratado con los más vivos colores el estado de la Monarquía durante la menor edad de Fernando IV. En la comedia *La prudencia en la mujer*, doña María de Molina dice á su hijo:

Un solo palmo de tierra
no hallé á vuestra devoción;
alzóse Castilla y León,
Portugal os hizo guerra,
el granadino te arroja
por extender su Alcorán,
Aragón corre á Almazán,
el navarro la Rioja;
pero lo que al reino abrasa,
hijo, es la guerra interior,
que no hay contrario mayor
que el enemigo de casa.
Todos fueron contra vos,
y aunque por tan varios modos
os hicieron guerra todos,
fué de nuestra parte Dios
. . . . . .
Pues en el tiempo presente,
porque al cielo gracias deis
del reino que le debéis,
le hallaréis tan diferente,
que parias el moro os paga;
el navarro, el de Aragón,
hijo, amigos vuestros son;
y para que os satisfaga
Portugal, si lo admitís,
á doña Constanza hermosa
os ofrece por esposa
su padre el rey don Dionís.
No hay guerra que el reino inquiete,
insulto con que se estrague,
villa que no os peche y pague,
vasallo que no os respete;
de que salgo tan contenta
cuanto pobre, pues por vos
de treinta no tengo dos
villas que me paguen renta.
Pero bien rica he quedado,
pues tanta mi dicha ha sido:
el reino que hallé perdido
hoy os le vuelvo ganado.

(Acto III, escena primera.)

Juan y por D. Juan Núñez de Lara, el ingrato monarca se separó de su madre y en las Cortes de Medina del Campo pidió las cuentas de su tutela y administración, no á doña María, como querían algunos magnates, sino á su canciller el abad de Santander. Para vergüenza de D. Fernando, los libros no solamente arrojaron la justa inversión de los fondos, sino también que la Reina había vendido todas sus alhajas para los gastos de guerra, no habiéndole quedado más que un vaso de plata para beber y escudillas de barro para la comida.

«Y tan grandes acucias pusiera en poner recaudo en hecho de la reina, que todos quantos dones y oro y plata ella tenía, todo lo vendió para mantener la guerra, assí que non fincó con ella más de un vaso de plata con que bebía, y comía en escudillas de tierra» (1). «Noble carácter, escribe un distinguido escritor, ideal y casta figura que resalta sobre este fondo monótono de crímenes y de infamias, y consuela al historiador de este cuadro de miserias que se ve precisado á delinear.»

División del reino de Murcia entre Fernando IV de Castilla y Jaime II de Aragón.

Aunque no terminaron del todo las intrigas entre el Rey, el infante D. Juan, los Haros y los Laras, dejando enojosos sucesos, conviene dar cuenta de dos hechos de gran importancia.

Era el uno la posesión del reino de Murcia por el rey de Aragón. Nombrados árbitros el rey de Portugal, el infante D. Juan y el obispo de Zaragoza, y reunidos en Tarazona, decidieron que el río Segura partiese los términos de la conquista, quedándose el aragonés con Alicante, Orihuela y todos los lugares de la ribera izquierda, y devolviendo á Fernando IV Murcia, Lorca, Alcalá, Mula y los demás pueblos de la orilla derecha del río (8 de agosto de 1304).

Guerra con Mohámed III. Toma de Gibraltar.

Era el otro la alianza entre Fernando IV de Castilla y Jaime II *el Justo* de Aragón contra Mohámed III de Granada. El castellano se dirigió á Algeciras y el aragonés á Almería. Como el primero supiese que *Gibraltar* tenía escasa guarnición, despachó á D. Alfonso Pérez de Guzmán y á don Juan Núñez, quienes pusieron sitio á la plaza (1309). Cayó ésta en poder de los castellanos. Cuéntase que un anciano moro, al verse arrojado de su casa, dijo á D. Fernando: «¿Qué he hecho yo para que me arrojes de aquí? Tu bisabuelo el rey Fernando me echó de Sevilla, y me fuí á vivir á Jerez; cuando tu abuelo tomó á Jerez, yo me refu-

(1) *Crónica de D. Fernando IV*, cap. XVII.

gié en Tarifa, de donde me arrojó tu padre Sancho. Vine aquí, creyendo estar más seguro que en otro cualquier lugar de España; pero ya no hay de este lado del mar punto alguno en que se pueda vivir tranquilo; será menester que me vaya á Africa á acabar mis días.»

Temiendo el rey de Granada por Algeciras, pidió la paz al castellano, ofreciéndole las dos plazas de la frontera, Bedmar y Quesada, con sus castillos, y además la suma de cincuenta mil doblas de oro.

Poco tiempo después Fernando IV *el Emplazado*, al tener noticia del destronamiento de Mohámed III y de la proclamación de Muley Nazar, so color de proteger al legítimo soberano, volvió á tomar las armas y puso sitio á Alcaudete.

Muerte del Rey. Refiere la leyenda que cuando se dirigía á esta plaza encontró en Martos (provincia de Jaén) á dos caballeros hermanos, llamados D. Pedro y D. Juan de Carvajal, y como sospechase que éstos habían sido los asesinos de Benavides (1), les mandó arrojar de la Peña de Martos, no sin que los inocentes emplazasen al Rey ante el tribunal de Dios en el término de treinta días. La plaza de Alcaudete se tomó; pero al decir de la *Crónica*, «vínose para Jaén con la dolencia, y non se queriendo guardar, comía carne cada día y bebía vino» (2); y Mariana afirma que «entendióse que su poco orden en comer y beber le acarrearon la muerte» (3). «Y este mismo jueves siete de septiembre—escribe su *Crónica*,—víspera de Santa María, echóse el Rey á dormir, é un poco después de medio día halláronlo muerto en la cama, en guisa que nunca le vieron morir.» Y este jueves se cumplieron los treinta días del emplazamiento de los caballeros que mandó matar en Martos» (4).

En suma, es cierto que Fernando IV mandó matar á los Carvajales y es cierto también que murió repentinamente en su cama á los treinta días de aquella ejecución. Pero los Carvajales no hicieron emplazamiento alguno, y si lo hicieron el Rey no murió por ello, sino por sus excesos en la comida y en la bebida ó por su enfermedad.

Alfonso XI el Justiciero: su minoría. Alfonso XI *el Justiciero* (1312-1350), niño de escasos trece meses, fué proclamado en Jaén bajo la protección de su tío D. Pedro. Doña María de Molina y doña Cons-

(1) D. Juan de Benavides, al salir una noche del palacio real de Palencia, fué asesinado por dos hombres.
(2) Cap. LXIV.
(3) *Historia de España*, libro XV, cap. XVI.
(4) Cap. LXIV.

tanza, abuela y madre del Rey, veían con tristeza cómo se aprestaban con las armas, pretendiendo la tutela, D. Pedro y D. Juan, tíos del rey difunto, el infante D. Felipe, D. Juan Manuel y D. Juan Núñez de Lara. Intentaron sacar de Ávila al Rey, donde á la sazón se criaba, por un lado, D. Juan Núñez de Lara, y por otro, doña Constanza y D. Pedro. No lograron su objeto, porque el obispo de la ciudad se encerró en la catedral con el niño. En las Cortes de Palencia (1313), unos prelados y procuradores reconocieron como tutores al infante D. Pedro y á la reina doña María, otros al infante D. Juan y á la reina doña Constanza. Semejante resolución no pudo llevarse á cabo por la muerte que sobrevino en Sahagún á doña Constanza (1), uniéndose entonces el infante D. Juan con D. Pedro y la reina doña María. Tantas agitaciones se apaciguaron un poco ante la lucha que iba á empezar con Granada.

Los castellanos, mandados por el infante D. Pedro, triunfaron de Ismail; mas luego el bizarro caudillo Ostman *(Don Ozmín)* consiguió señalado hecho de armas (24 de junio de 1319) delante de Granada, en el cual «murió aquel caudillo sofocado de fatiga, á cuya noticia, afligido de dolencia mortal el otro infante (D. Juan), hubieron de retirarse todos, no sin algún color de fuga y en espantoso desconcierto» (2).

Explícase la causa del desastre porque además de la superioridad numérica de parte de los musulmanes, los cristianos, no queriendo perder el inmenso botín que habían recogido en su larga correría, huyeron á la desbandada. El historiador Annasiri dice, con exageración manifiesta, que las gentes de Granada recogieron en el campo de batalla 43 quintales de oro y 140 de plata.

Querían entonces compartir con doña María la tutela, no solamente D. Juan Manuel y D. Felipe, sino también D. Juan *el Tuerto*, apoyado por D. Fernando de la Cerda (3). Las fuerzas iban faltando á la insigne doña María de Molina, muriendo (1321) en Valladolid. La Monarquía, después de esta desgracia, se encontró en estado lamentable, pues como dice la *Crónica* de D. Alfonso el Onceno, «todos los ricos homes et los caballeros vivían de robos et de tomas que

(1) D. Juan Núñez de Lara murió también en el año 1315.
(2) Fernández y González, *Los mudejares de Castilla*, pág. 171.
(3) Este D. Juan *el Tuerto* era hijo del que murió en la vega granadina. Se le llamó *el Tuerto*, no porque le faltase un ojo, sino porque era bizco.

facían en la tierra, et los tutores consentíangelo por los aver cada uno de ellos en su ayuda» (1).

El Rey mayor de edad. — Cortes de Valladolid.

Cuando Alfonso XI llegó á los catorce años (1325), reunió Cortes en Valladolid. Los tutores D. Felipe, don Juan Manuel y D. Juan *el Tuerto* renunciaron la tutoría, encargándose D. Alfonso del gobierno del reino, pues «aunque la edad era flaca para tan grande carga, las cosas no daban lugar á mayor tardanza» (2).

Justicia del Rey. Matrimonio de Alfonso XI.

Si volvieron los antiguos tutores á mostrarse desabridos con el Rey, en mal hora se apartaron de su obediencia, porque mandó matar á D Juan *el Tuerto* y poco después á su favorito Alvar Núñez, pues de esta manera hacía justicia el justiciero monarca. Alfonso XI contrajo matrimonio con doña María de Portugal, y el príncipe portugués D. Pedro con doña Blanca de Castilla (1328); también al año siguiente Alfonso IV de Aragón efectuó su enlace con doña Leonor, hermana del castellano.

Guerra con los moros. — El almirante Jofre en aguas de Gibraltar.

Dirigiendo una mirada retrospectiva á la guerra de Granada, haremos notar que D. Juan Manuel, al frente de los castellanos, derrotó (1323) al valiente Ostmán en las márgenes del *Guadalhorce*. Siguiéronse á dicha victoria no menos triunfos por parte de Alfonso XI, quien se hizo dueño de algunas fortalezas; pero la gloria mayor fué la ganada en el *Estrecho* por el almirante mayor Alonso Jofre Tenorio. Corriendo el año 1325, Tenorio, que dirigía seis galeras, ocho naos y seis leños, hubo de conseguir brillante triunfo en el combate que sostuvo con las flotas coligadas de los Benu-Marín y granadinos. La flota musulmana se componía de veintisiete galeras. Cuatro de éstas fueron echadas á pique y tres se apresaron; perdieron los musulmanes mil doscientos hombres, quedando sólo con vida unos trescientos. No intentaron por entonces los muslimes el desquite, y se firmó la paz entre Alfonso XI y Mohámed IV.

Doña Leonor de Guzmán.

En esta expedición, y hallándose D. Alfonso en Sevilla, en cuya ciudad entró por vez primera en julio de 1327, acertó á conocer á la noble dama doña Leonor de Guzmán, *muy fija dalgo et en fermosura la más apuesta mujer que avía en el regno*, según dice la *Crónica*. Requerida de amores por Alfonso XI,

(1) Capítulo XIV.
(2) Mariana, *Historia general de España*, libro XV, cap. XVIII.

ella no fué esquiva á los reales galanteos. Desde este momento doña Leonor se hizo dueña del corazón del Rey (1).

Pérdida de Gibraltar. Aliados el inconstante Mohámed IV de Granada y Abul-Hacen de Marruecos y de Fez combatieron la plaza de *Gibraltar*, defendida con acierto por la parte de mar por el almirante Jofre Tenorio. Sin embargo, el alcaide de la plaza, Vasco Pérez, hombre de pocos bríos, capituló cuatro días antes de que llegase Alfonso XI, teniendo éste que asentar luego una tregua con marinitas y granadinos.

Severidad de Alfonso XI. En las cosas del gobierno interior, Alfonso XI desplegaba severidad excesiva, pues entre otros castigos que daba mandó matar á D. Juan de Haro; sometió á D. Juan de Lara, de cuyos castillos se hizo dueño; hizo dar muerte á don Lope Gil, y D. Juan Manuel, temeroso de su suerte, se postró sumiso ante el monarca.

Guerra con Portugal. Resentido el rey de Portugal por la conducta que el de Castilla observaba en su matrimonio, le declaró la guerra, y encontrándose en el cabo de San Vicente ambas escuadras, la española mandada por Jofre Tenorio y la portuguesa dirigida por Manuel Pezano, se dió un gran combate, que perdió el rey de Portugal (1337).

El Salado. Dispúsose Alfonso XI á pelear con el africano Abul-Hacen, ayudado del granadino Yúsuf. Como un hecho desgraciadísimo se citará siempre la derrota que delante de *Gibraltar* (4 abril 1340) sufrió nuestro valeroso almirante Jofre: allí murió tan bravo caudillo y allí fueron echadas á pique las galeras cristianas.

Pero Alfonso XI no se abatió y, con actividad prodigiosa, pidió el auxilio de su suegro, el rey de Portugal; el del rey de Aragón Pedro IV *el Ceremonioso*, y el de Génova, ofreciendo el título de almirante de Castilla á Egidio Bocanegra, hermano del dux Simón.

Por lo pronto dió el mando de su flota á Alfonso Ortiz Calderón, prior de la Orden de San Juan, y con las fuerzas que le dieron el

(1) Para comprender la preponderancia que logró la hermosa sevillana doña Leonor de Guzmán, que, como dice Zúñiga, «no estaba destinada á la honra de ser reina, aunque sí madre de reyes», basta decir que otorgó Cartas Reales. En el Tumbo se conserva el traslado de una, dirigida al Concejo de Sevilla, en el cual se obliga dicha dama á devolver, por su muerte, al Concejo la villa de Alcalá de Guadaira que el Rey la había dado en usufructo.
Está signada por Velasco Pérez, de la Cámara del Rey.
Tenía sello de cera, su fecha Valladolid 25 diciembre. Era 1370 (año 1332).

portugués y el aragonés se dirigió contra Abul-Hacen y Yúsuf. Como era preciso libertar á *Tarifa*, sitiada por los moros, Alfonso XI, Alfonso IV de Portugal y D. Ramón de Moncada, guiando éste las galeras del aragonés, se aproximaron á la plaza; entonces los africanos y granadinos levantaron el cerco y se prepararon al combate (1). Ambos ejércitos se hallaban separados por el pequeño río conocido con el nombre de *Salado*. Dispúsose que el castellano atacase á los marinitas y el portugés al granadino. Fué este glorioso combate el 30 de octubre de 1340 (2). Al romper el alba, el arzobispo de Toledo celebró la misa en el pabellón real y, después de comulgar el Rey y las tropas, se prepararon para la batalla. Colocó el Rey en primera fila sus caballeros, quedando—dice la *Crónica*,—«los labradores y omes de poca valía» en la colina *Peña del Ciervo*. Comenzó el combate. Garcilaso y su hermano Gonzalo pasaron el río Salado y atacaron á los moros. Animados por Alfonso XI, D. Juan Núñez de Lara y D. Alfonso Meléndez de Guzmán, maestre de Santiago, atravesaron el río y lucharon valerosamente. Sorprendidos los africanos, hicieron un movimiento de retroceso hacia Tarifa; pero la guarnición cayó entonces impetuosamente sobre ellos y la mortandad fué horrorosa. Al atravesar Alfonso XI el riachuelo, cargaron sobre él los africanos, y hasta tal punto su vida se halló en peligro, que una saeta se clavó en el arzón de la silla de su caballo. «Feridlos, exclamó el castellano, feridlos, que yo soy el rey D. Alfonso de Castiella et de León; ca el día de hoy veré yo cuáles son mis vasallos, et verán ellos quién soy yo.» Y espoleando su brioso corcel se metió en lo más recio del combate, diciéndole entonces el arzobispo de Toledo, D. Gil de Albornoz (3), como en otro tiempo D. Rodrigo Ximénez á D. Alfonso VIII: «Señor, estad quedo, et non pongades en aventuras á Castiella et León, ca los moros son vencidos, et fío en Dios que vos seredeis hoy vencedor.» Huyeron los marroquíes hacia Algeciras, dejando el suelo cubierto de cadáveres.

(1) Según Conde, los árabes hicieron uso en este sitio de la artillería de fuego. «Y principiaron á combatirla con máquinas é ingenios de *truenos* que lanzaban *balas de hierro* grandes con *nafta*, causando gran destrucción en sus bien torreados muros.»

(2) En la *Crónica* del rey D. Pedro de Portugal se lee: «Y fué esta batalla ante la villa de Tarifa, lunes treinta de octubre, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesu Christo de mil trescientos y cuarenta.»

(3) D. Gil de Albornoz fué el fundador del famoso colegio de San Clemente en Bolonia y uno de los hombres más esclarecidos de su siglo. Murió en Coneto (Italia) el 24 de agosto de 1367.

Por otro lado, el rey de Portugal peleaba y triunfaba con más facilidad de los granadinos.

Persiguiendo á los fugitivos se encontraron los dos reyes en las márgenes del Guadalmesí.

Muchos fueron los musulmanes que perecieron en esta memorable batalla y grande fué el botín recogido.

Mientras el castellano y el portugués daban la vuelta para Sevilla, los reyes musulmanes llegaban cerca de Algeciras, tomando Abul-Hacen el camino de Africa y Yúsuf se embarcaba para Marbella y se dirigía á Granada.

En la primavera siguiente «aprovechó la victoria D. Alfonso sitiando á *Alcalá la Real*, que hubo de entregarse á discreción, y talando las tierras de Illora y Priego, ganó otras fortalezas en el reino de Granada, conquistando, casi á las puertas de la capital, el castillo de *Moclín* por el arrojo y diligencia de D. Alfonso Fernández Coronel» (1).

Egidio Bocanegra, con las quince galeras contratadas en Génova, con las de Ortiz Calderón y con las diez del portugués Pezano, destruyó la escuadra de Marruecos, unida á la de Granada.

Sitio de Algeciras. Luego, Alfonso XI, con los auxilios que le dieron las Cortes de Burgos, puso sitió á *Algeciras*. El largo asedio y la copiosa lluvia causaron muchas bajas en los cristianos. «La cava, dice la *Crónica*, era tan cerca de la ciudad, que desde el adarve les daban muchas saetas, *et tirábanles muchas pellas de fierro con los truenos*, et ferían et mataban los cristianos» (2).

«La flota del Rey estando guardando la mar avia y cincuenta galeras de genoveses et de castellanos, et diez galeas de Aragon, et cuarenta naves de Castiella, et estas eran de guerra, sin las otras naves et baxeles que traian las viandas, et zabras et leños que andaban en la guarda» (3).

Vinieron cruzados de Francia, Alemania ó Inglaterra, de Navarra y Aragón á tomar parte en tan prolongado cerco. La constancia de Alfonso XI tuvo su premio, y después de veinte meses de combates diarios, las banderas de Castilla tremolaron en las almenas y torres

(1) Fernández y González, *Los mudejares de Castilla*, pág. 173.

(2) No fué aquí donde, como se cree generalmente, hicieron los árabes por primera vez uso de la pólvora y de la artillería, sino en los sitios de Baza y de Tarifa.

(3) *Crónica de Alfonso XI*, cap. CCXC. Mandaba las galeras de Aragón el almirante Mateo Mercer y traía por vicealmirante á Jaime Escribá.

de la plaza (27 de marzo de 1344). Alfonso XI entró en la mezquita bendecida al día siguiente.

Firmáronse treguas entre Alfonso XI y Abul-Hacen, como también entre el rey cristiano y Yúsuf.

«El sitio de Algeciras es uno de los más memorables acontecimientos de la porfiada contienda habida entre moros y cristianos en el largo espacio de setecientos años. Guerra por la tierra y por la mar; gentes venidas de Africa en ayuda de la villa, otras de todas las partes de España y muchas de Francia para combatirla; encuentros diarios entre ambas razas; ingenios y máquinas de guerra como el resultado de todo el saber de los genoveses, haciendo diarios estragos en los hombres y en las fortalezas; la artillería, en su infancia, disparando muchas pellas de hierro con trueno, indicio de la mudanza radical que iban á sufrir las artes de la guerra; y como si todo esto no bastara, la naturaleza acudió con sus fenómenos á hacer el cuadro más sombrío, multiplicando los peligros y aumentando las penalidades con las lluvias, de tal suerte que alborotada la mar con los temporales, intransitables los caminos, borradas las sendas y veredas, corría grave riesgo el ejército de ser víctima de la hambre, de la pestilencia y de todas las plagas que afligen á la humanidad. Fugáronse del campo cobardemente muchos de los extranjeros que presurosos habían acudido, ó con la esperanza del botín ó con el deseo de la gloria, ó sin tener en cuenta los azares de la guerra, y de seguro sin pensar las vicisitudes y contrariedades que Dios y los hombres iban á poner á la legítima aspiración del rey de Castilla. Muchas veces también los capitanes del ejército, tumultuosamente congregados, aterrados con los riesgos de la empresa y temerosos del éxito, quisieron abandonar el campamento y obligar al Rey á levantar el sitio; pero Alfonso XI, que nunca fué grande hasta el sitio de Algeciras, resistió enérgicamente todas las sugestiones de sus vasallos, con tal entereza y con tanta perseverancia, que resignados, si no convencidos, humillaron su soberbia ó disimularon su miedo y fueron los compañeros del monarca en aquella gloriosa jornada sin rival en los tiempos antiguos, con muy pocas imitaciones en los modernos» (1).

Sitio de Gibraltar. Alfonso XI, noticioso de la muerte de Abul-Hacen y del advenimiento de Abul-Einan, su hijo, reanudó su alianza con el rey de Aragón, se movió hacia Andalucía y asentó sus reales de-

(1) Antonio Benavides, *Memorias de Fernando IV*, tomo I, pág. 345.

lante de *Gibraltar* (1349). Una mortífera epidemia que se desarrolló en el campamento hizo muchas víctimas y cortó los hilos de la preciosa existencia del insigne Alfonso XI, no faltando quien asegure que murió de veneno proporcionado por los muslimes. Contaba entonces treinta y nueve años de edad.

Cuando el rey de Granada tuvo noticia de la muerte del castellano, dijo «que había muerto uno de los más excelentes príncipes del mundo», y muchos caballeros muslimes vistieron luto por el monarca castellano, y los que estaban de caudillos para socorrer á la plaza sitiada «no incomodaron á los cristianos á su partida cuando llevaban el cuerpo de su Rey desde Gebaltaric á Sevilla» (1). Mariana se expresa de este modo: «Pudiérase igualar con los más señalados príncipes del mundo, así en la grandeza de sus hazañas como por la disciplina militar y su prudencia aventajada en el gobierno, si no amancillara las demás virtudes y las escureciera la incontinencia y soltura continuada por tanto tiempo. La afición que tenía á la justicia y su celo, á las veces demasiado, le dió acerca del pueblo el renombre que tuvo de *Justiciero*» (2).

Ejercitábase más de lo justo en la caza, según puede verse en su *Crónica*. En el capítulo 266 de ésta se lee: «Et este Rey era de tal condición, que cuando le menguaba de contender et trabajar contra los enemigos, contendía et trabajaba contra los venados de los montes.»

Sucedióle su hijo Pedro I.

Navarra: Juana I. Luis Hutin, Felipe V el Largo y Carlos IV el Hermoso.

Recuérdese que á la muerte de Teobaldo II (5 de diciembre de 1270) le sucedió su hermano Enrique (1270-1274) y á éste su hija Juana I (1274-1305), cuando apenas contaba dos años de edad. Nombrado tutor en las Cortes de Puente la Reina D. Pedro Sánchez de Monteagudo, señor de Cascante, al tomar posesión de su cargo juró que «Eil gobernaría la tierra de toda Navarra en so tiempo, bien et lealmente según su poder, et que mantendría á todas las gentes de la tierra en sus fueros et en sus buenas costumnes.»

Juana I fué solicitada por Alfonso X de Castilla para su hijo Sancho, y por Jaime I de Aragón para su nieto D. Pedro, hijo de su primogénito D. Alfonso. Más afortunado el rey de Aragón que

(1) Conde, ob. cit., tomo III, pág. 149.
(2) *Historia general de España*, lib. XVI, cap. XV.

el de Castilla, consiguió, por mediación del regente Monteagudo, que se reconociese á su nieto D. Pedro candidato á la mano de doña Juana. Aprobaron las Cortes de Olite este compromiso, y en su virtud acordaron jurar y hacer homenaje á D. Pedro en el momento que se presentase en Navarra. Ante las discordias interiores y ante las amenazas de Alfonso X y de Jaime I, los cuales sostenían sus respectivas pretensiones con las armas en la mano, doña Blanca, reina viuda de Navarra, huyó á Francia con su hija Juana I (1275). Solicitó allí doña Blanca la protección de su primo y tío de su hija, el rey de Francia; protección que consiguió mediante la promesa de casar á su hija con Felipe *el Hermoso*, hijo de Felipe III *el Atrevido*. A título de padre del desposado, Felipe III se declaró regente de Navarra, y como tal destituyó del cargo de gobernador á Monteagudo, nombrando en su lugar al francés Eustaquio de Bellemarche, quien se presentó en Pamplona y juró los fueros, leyes y costumbres de Navarra. Como continuase ardiendo en Navarra la tea de la discordia, Felipe III *el Atrevido* invadió este país con poderoso ejército, llegando, no sin trabajo, á dominarlo.

Juana I, al llegar á los trece años de edad, contrajo en París su concertado matrimonio (1284) con Felipe *el Hermoso*, á la sazón de quince años. Habiendo muerto en 1285 Felipe III *el Atrevido*, Juana I se encontró reina de Navarra y esposa del rey de Francia.

Luis X *el Hutin* ó *el Pendenciero* (1305-1315) heredó el reino de Navarra á la muerte de su madre Juana I, y en 1314 el trono de Francia por el fallecimiento de su padre Felipe IV *el Hermoso*. Navarra continuaba en tanto gobernada por representantes de Luis *el Hutin*. Vino éste á Navarra y se coronó en Pamplona (1.° de septiembre de 1307) con las ceremonias acostumbradas, jurando él á su vez los fueros del reino. Después de una estancia de dos años, marchó para siempre de Navarra.

Casó Luis *el Hutin* en primeras nupcias con la célebre adúltera Margarita de Borgoña y en segundas con Clemencia de Hungría.

Luis *el Hutin* será siempre digno de eterna fama, porque fué el primer rey que proclamó la libertad natural del hombre. En su declaración de 3 de julio de 1315 dijo: *Por derecho natural todo hombre debe nacer libre.*

Felipe V *el Largo* (1315-1322), hermano de Luis *el Hutin*, heredó el trono de Francia en virtud de la *ley sálica*. Como en Navarra podían heredar la corona las hembras, y del matrimonio del *Hutin*

con Margarita de Borgoña había una hija, de nombre Juana, ésta era legalmente la reina de Navarra; pero considerando que sólo tenía ocho años la mencionada niña, acordaron los navarros ofrecer la corona á Felipe *el Largo*. Aceptóla éste, no sin jurar antes los fueros, usos, costumbres, franquicias, libertades y privilegios de los navarros.

Fué Felipe protector de las letras y él mismo compuso poesías en lengua provenzal.

Carlos IV (1322-1328), llamado por los franceses *el Hermoso* y por los navarros *el Calvo*, hermano de los dos reyes anteriores, se distinguió por su amor á la justicia.

A la muerte del Rey (1.° de febrero de 1328), los navarros se reunieron en Cortes en Puente la Reina (13 de marzo de dicho año) y acordaron reconocer como reina á doña Juana II, hija única de Luis *el Hutin*, casada con Felipe de *Evreux*.

De modo que en Francia, extinguida con Carlos IV la línea masculina de los Capetos, subió al trono con Felipe VI la dinastía de *Valois*, y en Navarra tuvo comienzo la dinastía de *Evreux*.

Granada: Mohámed III.

Mohámed III (1302-1308), de sobrenombre *Al-Majilve*, era más amigo de la paz que de la guerra. Tanta era la dulzura de su carácter, que llegaba algunas veces á la debilidad.

La guerra desgraciada que tuvo con Fernando IV de Castilla y con Jaime II de Aragón fué el motivo de una conjuración dirigida por su hermano Muley Nazar (1) que le arrebató la corona. Mohámed fué recluído en el Generalife y después en Almuñécar.

Muley Nazar II, Ismail y Mohámed IV.

Muley Nazar (1309) ciñó la corona, siendo destronado por su sobrino Ismail (1313). Ismail fué asesinado, como también su hijo Mohámed IV, que pereció á manos de sus aliados, los soldados del rey de Marruecos (1333).

Yúsuf I.

Yúsuf I, hermano de Mohámed, murió, en ocasión de hallarse en la mezquita, asesinado por un loco (1354).

(1) Otros dicen que era tío de Mohámed III.

XII

Castilla: Pedro *el Cruel.*—Privanza de Alburquerque.—Primeras rebeliones contra el Rey.—Doña María de Padilla y la reina doña Blanca.—Liga contra D. Pedro.—Sus amoríos con doña Juana de Castro.—Muerte de Alburquerque.—Crueldades del Rey.—Relaciones de D. Pedro con el rey de Inglaterra y con Pedro *el Ceremonioso* de Aragón.—Doña María y doña Aldonza Coronel.—Muerte de D. Fadrique.—Muerte de don Juan de Aragón.—Guerra con Aragón.—Muerte de doña Leonor, de doña Juana y de doña Isabel de Lara.—Muerte de los bastardos don Juan y D. Pedro.—Guerra civil: Nájera.—Muerte de Samuel Leví.—Muerte de la reina doña Blanca.—Muerte de doña María de Padilla.—Pedro I y el rey moro de Granada Mohámed V.—Guerra civil: Montiel.—Consideraciones.—*Granada:* Mohámed V; guerra civil.

Castilla: Pedro el Cruel.—Privanza de Alburquerque.

Pedro *el Cruel* (1350-1369) subió á la edad de quince años y siete meses.

El mismo día en que murió Alfonso XI (27 de marzo), según la Crónica de Ayala, fué proclamado en Sevilla el nuevo rey.

Doña Leonor de Guzmán, que debió asistir á Alfonso XI en sus últimos momentos, después de acompañar el cadáver desde Gibraltar hasta Medina Sidonia, se entró en esta villa, que era suya por gracia del difunto monarca.

Inmediatamente abandonaron á la favorita todos sus amigos y parciales. Refiere la Crónica que D. Alfonso Fernández Coronel, mayordomo de D. Enrique y alcaide de Medina Sidonia, se dió prisa para presentarse á doña Leonor, á quien dijo: «Pido vos por merced que la mandades tomar ó entregar á quien vuestra merced fuere, é me quitades el pleito é omenaje que por ella vos tengo fecho; ca non es mi voluntad de la tener más de aquí adelante.» Turbada doña Leonor, le contestó: «En verdad, compadre é amigo, en fuerte tiempo; ca non sé agora quién por mí la quiera tener.» Doña Leonor «non

falló quien la quisiere tomar, ni le facer omenaje por ella». La fortuna, entonces como siempre, se separó de los desgraciados para formar parte del cortejo de los poderosos.

Si D. Enrique y D. Fadrique se reunían en Medina Sidonia, no para desheredar á D. Pedro, como éste afirmó luego, sino inquietos y recelosos, también por su parte doña María de Portugal se disponía á vengarse de doña Leonor, y Pedro I afilaba sus armas para castigar á sus hermanos bastardos.

Pero D. Juan Alonso de Alburquerque, noble portugués, ayo que había sido del infante D. Pedro, á la sazón rey de Castilla y León, mostraba la conveniencia de guardar en la corte á los bastardos y á sus partidarios.

Por entonces también (y lo hacemos notar por la influencia que tuvo durante aquel reinado) el de Alburquerque hizo tesorero de don Pedro al hebreo Samuel Leví, que era su almojarife ó recaudador de rentas.

Por los consejos de D. Juan Alonso de Alburquerque el Rey acogió en Sevilla á D. Enrique con muestras de cariño, y en Llerena vivía tranquilamente D. Fadrique; solamente doña Leonor, después de haber dejado el seguro de Medina Sidonia, fué recluída en la cárcel del palacio de aquella ciudad.

En los últimos días de febrero de 1351 salió de Sevilla D. Pedro para Valladolid, donde se hallaban convocadas las Cortes.

Mientras tanto, doña Leonor era llevada á Carmona y en seguida á Llerena. Tierna y dolorosa entrevista tuvieron en esta villa doña Leonor y D. Fadrique. «E el Maestre fué á verla, é doña Leonor tomó al Maestre su fijo, é abrazóle é besólo, é estovo una grande hora llorando con él, é él con ella, é ninguna palabra non dixo el uno al otro.» Desde Llerena fué conducida á Talavera, lugar de doña María, sufriendo aquí la muerte por mano de uno de los escuderos de dicha reina, llamado Alfonso Fernández de Olmedo.

Mucho se alegró de ello el Rey, y así lo manifestó cuando, habiendo hecho venir á D. Tello desde Palenzuela á Palencia, hubo de decirle con la mayor sangre fría: *¿Sabedes, D. Tello, cómo vuestra madre doña Leonor es muerta? Señor*, respondió el desnaturalizado hijo, *yo non he otro padre nin otra madre salvo á vuestra merced.*

Encaminóse D. Pedro á Burgos, ciudad en la que puso preso á Garcilaso de la Vega, enemigo del privado Alburquerque. Uno de los ballesteros, llamado Juan Ruiz de Oña, hubo de preguntar al monar-

ca: *Señor, ¿qué mandades facer de Garcilaso?* D. Pedro contestó: *Ballesteros, mandovos que le matedes.* El cadáver fué arrojado á la calle, pisoteado por los toros que aquel día se lidiaban en la ciudad, y, recogidos luego los restos, se expusieron en un ataúd sobre la muralla. También fueron muertos Pedro Fernández de Medina, Alfonso Fernández Escribano y Alfonso García de Camargo *el Izquierdo*, que así se llamaban los tres burgaleses presos al mismo tiempo que Garcilaso.

Por muerte de D. Nuño, niño de corta edad, hijo y heredero de D. Juan Núñez de Lara y de doña María (hija del célebre infante D. Juan *el Tuerto)*, señores de Vizcaya, D. Pedro, no respetando los derechos de doña Juana y doña Isabel, hermanas de dicho D. Nuño, se declaró dueño del señorío.

Primeras rebeliones contra el Rey.

Después de las Cortes de Valladolid, de las cuales fué el alma y guía D. Juan Alfonso de Alburquerque, y en las que se sancionaron beneficiosas y justas leyes, comenzaron las revueltas é insurrecciones. D. Enrique en Asturias, D. Tello en su pueblo de Monteagudo en la frontera de Aragón y D. Alfonso Fernández Coronel en su villa de Aguilar (provincia de Córdoba) se habían declarado en sedición. Aquel Fernández Coronel, que demasiado pronto abandonó á doña Leonor, jamás pudo ganarse la amistad de Alburquerque.

Sometido D. Enrique y reducido fácilmente D. Tello, faltaba Fernández Coronel, que hubo de entregarse después de tenaz resistencia. Alburquerque le dijo: *¿Qué porfía tomaste tan sin pro, sendo tan bien andante en este reino? D. Juan Alfonso*, contestó Coronel, *esta es Castilla, que face los homes é los gasta.* Palabras elocuentes y por desgracia verdaderas, lo mismo en aquellos que en estos tiempos. D. Alfonso y muchos de sus partidarios fueron muertos á presencia del mismo Rey.

Doña María de Padilla y la reina doña Blanca.

En su expedición de Andalucía á Asturias, en Sahagún (provincia de León), y en casa del mismo Alburquerque, había conocido el Rey á doña María de Padilla, linda joven de distinguida familia y criada al lado de doña Isabel de Meneses, mujer del de Alburquerque. Créese que la entrevista de D. Pedro con la Padilla obedecía á un plan preconcebido por el favorito portugués, el cual, considerando lo mucho que tardaba en venir doña Blanca, hija del duque de Borbón, primo óste del rey de Francia, con la que se hallaba D. Pedro desposado hacía tiempo, y

conociendo las inclinaciones amorosas del castellano, creyó asegurar la privanza si su graciosa y encantadora pupila lograba rendir el corazón del monarca. ¡Innoble conducta para ganarse el amor de un Rey y bastante frecuente en los privados! (1). Tan de veras se prendó el monarca de la hermosa doña María, que ya no se separó de ella, siendo para Pedro I gran contrariedad cuando supo que doña Blanca había llegado á Valladolid el 25 de febrero de 1353; y de buena gana hubiese renunciado á su matrimonio sin los consejos de Alburquerque, á quien le interesaba el enlace, pues veía no lejos nublarse su estrella y crecer la influencia de los Padillas y Henestrosas. En Valladolid se celebraron las bodas con toda solemnidad el lunes 3 de junio del expresado año de 1353. Salieron los novios de las casas del Abad de Santander, inmediatas al monasterio de las Huelgas, que servían entonces de palacio real, y se dirigieron á la iglesia de Santa María la Mayor, que estaba situada en el mismo sitio que al presente ocupa la catedral. Celebrado el matrimonio, del cual fueron padrinos doña Leonor, exreina de Aragón (2), y D. Juan Alfonso de Alburquerque, volvieron á palacio, dándose principio á las suntuosas funciones que al efecto se tenían preparadas.

Al cabo de tres días dispuso D. Pedro con el mayor secreto partir de Valladolid para volver al lado de su favorita. Supiéronlo la reina, su madre, y doña Leonor, su tía, y dirigiéndose á D. Pedro con tono suplicante, le hablaron de este modo: «Sennor, á nos es dicho que vos queredes luego partir de aquí para ir do está donna María de Padilla, é pedimos á vos por merced que non lo querades facer: ca si tal cosa ficiésedes, lo primero ficiésedes en ello muy poco de vuestra honra en dejar así vuestra mujer luego que casastes, estando aquí con vusco todos los mayores é mejores de los vuestros Regnos. Otrosí el rey de Francia se ternia de vos por muy mal contento, que por el dicho casamiento nuevamente se ha aliado con vos,

(1) Dice Ortiz de Zúñiga que doña María era natural de Sevilla y que tenía casa propia en la colación de San Gil; pero que su padre era del obispado de Palencia, y así consta en las cartas que Inocencio VI (año de 1354) envió á dicha doña María autorizándola para fundar el convento de monjas clarisas de Astudillo. El Pontífice llama Juan García al padre de la Padilla. Espinosa, en su *Teatro de la iglesia*, de Sevilla, después de decir que doña María vivió en esta ciudad, en la colación de San Gil, añade que D. Pedro se casó con ella y se velaron en la capilla (de San Pedro) de la catedral sevillana. El casamiento – según Espinosa – fué declarado por el Rey en unas Cortes de Sevilla.

(2) Hermana de Alfonso XI.

é á vos envió esta sobrina suya, la qual vos le enviastes demandar para casar con ella, é él vos la envió muy honradamente como era razón é muy acompañada. E eso mesmo, Sennor, porniades en vuestros Regnos muy grande escándalo en vos partir así de aquí do están todos los más grandes de vuestros Regnos, é son venidos aquí por vuestro mandado, é non sería vuestro servicio partir vos así sin les decir ninguna cosa nin les fablar.» Procuró el Rey desvanecer los temores de su madre y tía; pero en aquel mismo día hizo ensillar una mula, y acompañado de D. Diego de Padilla y de D. Juan Tenorio, su repostero mayor, salió de la ciudad, corriendo á escape hacia la Puebla de Montalbán, donde le esperaba la Padilla. Hubo escándalo en Valladolid y, para convencer al monarca de su mal proceder, se encaminó Alburquerque á Toledo, mansión entonces de Pedro I y de doña María, recibiendo en el camino un mensaje del Rey para que cuanto antes llegase á la ciudad, pues deseaba éste recibir sus consejos.

El mensajero era Samuel Leví, y de sus palabras pudo sacar Alburquerque que en Toledo tenía la muerte y en la fuga su salvación. Volvió á Valladolid y en el convento de las Huelgas informó á las reinas de sus temores y del firme propósito que tenía hecho de retirarse á Carbajales, pequeña villa de sus estados, como en efecto lo verificó.

Hasta tal punto la opinión se rebeló contra Pedro I, que el mismo tío de la Padilla, D. Juan de Henestrosa, instó al Rey á que volviese á Valladolid. Aunque volvió, poco duró el júbilo de la Reina y del pueblo, porque pasados dos días salió D. Pedro para Mojados y después para Olmedo, donde se le unió la Padilla, mientras que la reina doña María y su nuera se encaminaban á Tordesillas (1).

Desde Olmedo marchó el Rey á Cuéllar. Aconsejado por los Padillas y los Henestrosas, halagó á sus hermanos bastardos, y desconfiando hasta de su misma madre, entró de lleno en el camino de su perdición. Mandó que la reina doña Blanca, su mujer, que estaba en Medina del Campo, fuese para Arévalo «é que allí estoviese en guisa que la reyna doña María, su madre, non la viere, nin otros caballeros viniessen á ella: ca la enviaba ya como en manera de presa» (2). Desde Cuéllar marchó la corte á Segovia y desde Segovia á Sevilla.

(1) López de Ayala, *Crónica*, pág. 105.
(2) Ibídem, pág. 113.

Liga contra D. Pedro. Sus amoríos con doña Juana de Castro.

Consintió D. Pedro en la muerte del maestre de Calatrava D. Juan Núñez de Prado, y el mismo Alburquerque, no creyéndose seguro, huyó á Portugal. Unido éste ahora con los bastardos, se preparó á luchar contra D. Pedro, y ocasión propicia se le presentaba, porque el desatentado monarca celebraba públicamente sus bodas en Cuéllar con la hermosa doña Juana de Castro, viuda de D. Diego de Haro, nieto del señor de Vizcaya del mismo nombre; matrimonio de un día, porque sólo algunas horas le bastaron para saciar su apetito. Parece ser que doña Juana no accedió á su enlace hasta que los prelados de Avila y Salamanca pronunciaron sentencia de nulidad en el matrimonio de Pedro I y doña Blanca. El Papa Inocencio VI, cuando tuvo noticia del caso, emplazó ante la corte de Roma á los obispos, obligando á Pedro I, por medio de las censuras de la Iglesia, á vivir con su legítima esposa. En otro Breve posterior apostrofaba al Rey con las siguientes palabras: «Mira que ya la fama de tus crímenes corre por el mundo, que ya suena en los oídos de todos el rumor de tus pecados, con los cuales se halla tu salvación comprometida, el lustre de tu nombre obscurecido, violada tu gloria, rebajada tu dignidad, marchitado tu honor y tu real nombre manchado en su principio y destrozado por los labios de la multitud...» (1).

Rotas los relaciones amorosas entre el Rey y la Padilla, ya por el matrimonio de aquél con doña Juana de Castro, ya por la condenación del Papa ó ya por ambas causas á la vez, lo cierto es que doña María se dirigió á Inocencio VI pidiéndole licencia para fundar un convento de monjas clarisas en Astudillo, diócesis de Palencia. Concedióla el Papa, y cuando se creía que la Padilla iba á hacer vida penitente, volvió D. Pedro á sus antiguos amores y corrió doña María á los brazos de su regio amante.

Comenzó la guerra entre Alburquerque y el Rey. Pedía aquél, como todos los de la liga, que doña Blanca, recluída en este tiempo en el alcázar de Toledo, fuese tratada como reina, que doña María entrara en un convento, y que los parientes de esta dama se apartasen de la privanza y del regimiento del reino. Pedro I desoyó los consejos del Pontífice, no le ablandaron los ruegos de su tía doña Leonor, arrostró las iras y el poder de los confederados, miró impa-

(1) Dat. Avin. IV Kalend. maii, ann. II.—Reynal., *Annal. Eccles.*, ann. 1354, núm. 21.

sible la ruina de su pueblo y, loco de amor y temerario como ninguno, se aprestó á luchar contra sus poderosos enemigos. Ayudaba á los rebeldes el rico y poderoso caballero de Galicia D. Fernando de Castro, hermano de doña Juana, la esposa por algunas horas de don Pedro en Cuéllar. También influía en el ánimo del magnate gallego el amor que sentía por doña Juana, hija de Alfonso XI y de doña Leonor de Guzmán, pues el conde D. Enrique de Trastamara, en recompensa de su auxilio, le ofreció entregársela en matrimonio.

En Cuenca de Tamariz se juntaron D. Enrique, D. Tello, los infantes de Aragón D. Fernando y D. Juan, hermanos de Pedro IV, D. Juan Alfonso de Alburquerque y D. Fernando de Castro. Escribieron al Rey, que se hallaba en Tordesillas con su madre, la Padilla y los deudos de ésta, manifestándole que se uniese con su mujer y arrojara de su lado á los parientes de su favorita.

Muerte de Alburquerque.

Murió por entonces, envenenado por el Rey según unos, de muerte natural según otros, D. Juan Alonso de Alburquerque, dejando ordenado que no se diese tierra á su cadáver hasta después del triunfo.

Marchó el Rey á Toro, donde entró en tratos con sus enemigos. A la conferencia que se celebró en Tejadillo, aldea próxima á Toro, asistieron, de parte del monarca, Diego García de Padilla, Pero Núñez de Guzmán, Juan Alfonso de Benavides, Juan Fernández de Henestrosa, Gutierre Fernández de Toledo, Men Rodríguez de Sanabria, Alfonso Téllez Girón, García Fernández de Villodre y otros; de parte de los de la liga, además de los que se reunieron en Cuenca de Tamariz, Juan de la Cerda, Fernán Pérez de Ayala (padre del cronista), el arcediano Diego Arias Maldonado, Juan Alonso de Haro, Gonzalo Bernáldez de Quirós, Diego Pérez Sarmiento y algunos más.

Por D. Pedro habló Gutierre Fernández de Toledo y por los nobles Fernán Pérez de Ayala. Se apartaron unos de otros, habiendo acordado que cuatro caballeros de cada bando fuesen nombrados á manera de árbitros, para resolver en el asunto objeto de la cuestión. Al mismo tiempo que los de la liga se retiraban de Toro, D. Pedro abandonaba también la ciudad y corría al castillo de Ureña, deseoso de estrechar entre sus brazos á la Padilla.

Pusiéronse al lado de los de la liga doña María y doña Leonor, madre y tía respectivamente de D. Pedro. Casi prisionero el Rey por los nobles, dejó prender á Juan Fernández de Henestrosa y al judío Samuel Leví, y no se opuso á que D. Fernando, infante de Aragón,

fuese nombrado canciller mayor; D. Juan, hermano de D. Fernando, obtuvo el título de alférez mayor; D. Fadrique, hermano del Rey, el de camarero mayor, y D. Fernando de Castro el de mayordomo mayor. Cumplido el testamento de Alburquerque, se dió sepultura á su cadáver en el monasterio de la Espina (provincia de Valladolid).

Crueldades del Rey. Pedro I deseaba por momentos evadirse de su prisión. Fingió un día que iba de caza y, acompañado del judío Samuel Leví, se encaminó á Segovia (1354), después á Burgos, donde llamó á sus caballeros y á los representantes de algunas ciudades y les pidió auxilios en dinero y en tropas para castigar á los rebeldes (1355); dió rienda suelta á su cólera haciendo matar á algunos en Medina del Campo, se acercó y no quiso penetrar en Toro, estuvo en Torrijos, mientras D. Enrique y D. Fadrique se hacían dueños de Toledo con el ánimo—según decían—de defender á la reina doña Blanca contra los enojos del monarca. Las tropas de los bastardos, con una crueldad rayana á la barbarie, mataron á muchos infelices hebreos. El cronista Ayala asegura que perecieron unas 2.500 personas.

Abandonada la ciudad por los rebeldes, D. Pedro penetró en ella y dispuso que doña Blanca fuese conducida á la fortaleza de Sigüenga. Cuéntase que mandó decapitar á veintidós toledanos, entre quienes se hallaba un platero octogenario que tenía un hijo de diez y ocho años. El hijo se prestó gustoso á morir en lugar de su anciano padre, cosa que aceptó Pedro I. «Pluguiera á todos, dice el cronista, que el Rey mandara que non matasen á ninguno de ellos, nin al padre nin al fijo.»

Marchó á Cuenca, en cuya ciudad no entró, deteniéndose en la aldea Jávega quince días (junio de 1355) y desde aquí partió á Toro. De Toro salió para la aldea de Morales; después fué á Valderas, en seguida á Rueda, volvió á Morales y se puso sobre Toro, señalándose su entrada por crímenes sin cuento. Muchos desgraciados cayeron muertos á las plantas de la reina madre, que á voces maldecía á su cruel y desnaturalizado hijo. De Toro salió el Rey para Palenzuela, Tordesillas y Villalpando, marchando desde aquí á Sevilla.

Relaciones de D. Pedro con el rey de Inglaterra y con Pedro el Ceremonioso de Aragón.

Consideremos ahora las relaciones de Pedro I con Eduardo III de Inglaterra y con Pedro IV *el Ceremonioso* de Aragón.

El siguiente mensaje de Eduardo III al arzobispo de Cantorbery da clara idea de los motivos que aquél tenía para declarar la guerra á Pedro I. Decía así el mensaje:

«Eduardo, por la gracia de Dios, etc. Al venerable en Cristo Padre por la misma gracia arzobispo de Cantorbery, primado de Inglaterra, salud.

»Aunque deseamos estar unidos con el vínculo de concordia y paz con todos los fieles de Cristo, la maldad del antiguo enemigo envidia de tal manera la tranquilidad y la paz de los cristianos, que pretende romper la unidad de la paz, conmueve sutilmente los corazones de los fieles á las guerras y desconfianzas y no deja de agregar en estos días enemigos á nuestros enemigos. En verdad, no creemos ignoráis cómo los españoles, con quienes determinamos renovar por medio de la unión conyugal de nuestra hija (1) el tratado celebrado poco tiempo ha entre sus reyes y nuestros antecesores, convertidos ahora en enemigos, con sus cómplices hostilizaron á muchos mercaderes de nuestra nación, y á otros que navegaban por la mar con vinos, lanas y otras mercaderías les robaron sus bienes, matándolos inhumanamente, destruyendo además no poca parte de nuestros navíos y causando otros muchos males, sin desistir de perpetrar otros en adelante. Tanta es ya su soberbia, que habiendo reunido en las partes de Flandes una inmensa escuadra tripulada de gente armada, no solamente se jactan de destruir del todo nuestros navíos y dominar el mar anglicano, sino también de invadir nuestro reino y exterminar el pueblo sometido á nos. Siendo así, pues, que nos proponemos marchar prontamente, bajo la confianza de la divina misericordia, de cuya voluntad más bien que de la humana potencia depende la victoria; para obviar á nuestros enemigos semejantes cosas, en defensa de la Santa Iglesia y socorro de nuestro reino, os rogamos atentamente con respecto á nos y al ejército que con nosotros ha de marchar, hagáis salir las acostumbradas procesiones, ofrecer oraciones devotas, celebrar misas, hacer limosnas y otros oficios de alabanza divina que creáis serán agradables á Dios, por vos, el clero y pueblo de vuestra ciudad y diócesis, por vuestros sufragáneos, varones religiosos y otros de vuestra provincia donde consideréis conveniente, para que el Dios omnipotente, que por su clemencia nos sacó poco ha á nos y á nuestro ejército de tantos peligros, extendiendo la diestra de su protección, abata la soberbia de nuestros enemigos, conceda á nos y al pueblo el triunfo de su victoria, para alabanza de su nombre, y pueda disfrutar con quie-

(1) Llamábase Juana, y cuando se disponía á contraer matrimonio con Pedro, hijo de Alfonso XI, murió. Así lo comunicaba Eduardo III al Rey y al príncipe (15 de septiembre de 1348).

tud la dulzura de la paz. Testigo el Rey, en Retherheth á 10 de agosto de 1350.»

En efecto, parece ser que una flota mandada por don Carlos de la Cerda (1), que llevaba mercancías para Flandes, se encontró naves inglesas, á las cuales apresó y acuchilló á sus tripulantes.

Sea de ello lo que quiera, el rey Eduardo reunió poderosa escuadra en Winchelsea. Aquí acudió la flota española, siendo vencida por completo (29 de agosto). Tanta importancia dió el pueblo inglés á la victoria de Eduardo III, que desde entonces llamó á éste *Rey de la mar*. Firmóse la paz entre Castilla é Inglaterra el 1.° de agosto de 1351.

Pocos años después, Pedro de Castilla, encontrándose en Sanlúcar de Barrameda, por un motivo de escasa importancia declaró la guerra á Pedro IV *el Ceremonioso* de Aragón (1356). Es el caso que una escuadrilla de nueve buques catalanes, al mando de Francisco de Perellos, costeaba la península con dirección á Normandía para ayudar al rey de Francia en la guerra qne sostenía contra el de Inglaterra. En las aguas de Sanlúcar se encontraban dos bajeles italianos, de Placencia, y como á la sazón se hallaba empeñada lucha tenaz entre catalanes y genoveses, Perellos, ante el mismo D. Pedro, «veendo nos por nuestros ojos», como él dijo después, y menospreciando sus ruegos, se apoderó de las mercaderías y bajeles placentinos, vendiendo aquéllos y éstos.

Dispúsose Pedro I á la guerra con Aragón, pues el suceso de las naves de Perellos vino á colmar la medida de antiguos resentimientos. Así lo indicaba la carta, fechada en Sevilla el 8 de agosto de 1356, que el Rey envió á Pedro IV *el Ceremonioso*. Guerra desastrosa comenzó el monarca castellano, no por un solo lado de la frontera, sino por varios puntos, en particular por tierra de Murcia y por el señorío de Molina, como también por tierra de Calatayud. Inocencio VI envió al cardenal Guillermo, del título de Santa María en Cosmedín, para que arreglase las cuestiones entre los dos Pedros y procurase la paz de sus reinos. El legado pontificio llegó á Zaragoza el 9 de febrero de 1357, y tan buena maña se dió que ambos reyes vinieron á un acomodo, el cual consistía en establecer una tregua de un año para zanjar ciertas diferencias.

(1) Hermano de D. Luis, el príncipe Fortuna, nombrado también D. Carlos de España.

Por entonces murió en Portugal la reina doña María, madre del castellano, que tan mal guardó en la viudez—según el cronista Ayala—la memoria de su insigne marido. «E segund fue la fama—añade—dixeron que el rey D. Alfonso de Portugal, su padre della, la ficiera dar hierbas con que moriera, por quanto que non se pagaba de la fama que oia della.»

Firmadas las paces entre los reyes de Castilla y de Aragón, el primero partió para Agreda, donde permaneció quince días del mes de marzo. Allí quiso—según su cronista—matar á D. Fadrique y á don Tello, que le habían ayudado en la guerra. Después se dirigió por Toledo á Sevilla, donde pasó algunos meses.

Doña María y doña Aldonza Coronel.

Veamos lo que hizo D. Pedro de Castilla en el año 1358. Estando en la ciudad de Sevilla requirió de amores á las dos hermanas doña María y doña Aldonza Coronel, hijas de D. Alfonso Fernández, el ajusticiado en Aguilar, y viuda la primera de D. Juan de la Cerda, muerto por orden del Rey, y la segunda esposa del rebelde D. Alvaro Pérez de Guzmán. Si doña María —según cuentan—salvó su honra llagando su agraciado rostro, la segunda cedió á los caprichos del monarca, sobre el cual, aunque por poco tiempo, logró tener ascendiente.

Muerte de D. Fadrique.

Habiendo determinado Pedro I matar á D. Fadrique, le llamó á su palacio de Sevilla. Corría el 29 de mayo de 1358. Entró D. Fadrique en la real cámara, y al verle su hermano, dijo: «Pero Lope de Padilla, prended al maestre. Ballesteros, matad al maestre de Santiago.» D. Fadrique corrió á un patio del alcázar, donde murió á los terribles golpes de maza de los verdugos reales. El mismo rey D. Pedro se dió á buscar por el palacio á los servidores de su hermano, encontrando solamente á Sancho Ruiz de Villegas, quien creyó librarse de la muerte cogiendo en sus brazos á una hija de la Padilla; el Rey le obligó á soltarla, y con su *broncha* (puñal) hirió al desgraciado y contribuyó á matarle. Volvióse donde yacía tendido su hermano D. Fadrique, y como todavía respirara, alargó su propio puñal á un criado de su cuarto para que le rematase. En seguida se sentó á comer cerca de la pieza donde permanecía el cadáver (1).

(1) Se ha dicho por algunos que D. Fadrique había tenido relaciones amorosas con doña Blanca; que acompañó á la Reina desde París á Valladolid, y que de aquellos amores nació un hijo. A esta calumnia se contestará que D. Fadrique ni fué á Francia, ni acompañó á la Reina, ni la conoció hasta

Muerte de D. Juan de Aragón. El infante D. Juan de Aragón, primo del castellano, reclamaba el señorío de Vizcaya que antes le prometiera el monarca. Pedro I le hizo asesinar en la cámara regia de Bilbao, le arrojó por la ventana y gritó al pueblo: *¡Ahí tenéis al que os pedía ser señor de Vizcaya!* Aconteció este suceso el 12 de junio de 1358. Hizo llevar el cadáver á Burgos y luego le mandó arrojar al río Arlanzón. En este momento ocurre preguntar: ¿Merece don Pedro el nombre de *Cruel* ó de *Justiciero?*

Guerra con Aragón. Mientras el Rey hacía matar á muchos caballeros castellanos, ocupábase en allegar recursos para la guerra con Aragón. Aunque Inocencio envió al cardenal de Bolonia para que mediase, todo fué en vano, porque eran ambos reyes valientes y belicosos. Pedro de Castilla, con la escuadra que dirigía su almirante Gil Bocanegra, atacó cerca de la playa de Barcelona á la escuadra aragonesa, marchó á las Baleares y puso cerco á Ibiza, volvió á Caspe y con toda su flota llegó á Alicante, fué á Cartagena y tomó camino de Tordesillas, «do estaba—como dice la *Crónica*—doña María de Padilla».

Las hostilidades quedaron en suspenso, y si á principios de 1361 volvió á continuar la guerra con Aragón, la paz se firmó pronto.

Muertes de doña Leonor, de doña Juana y de doña Isabel de Lara. Pedro I mandó quitar la vida á su tía doña Leonor, que se hallaba en el castillo de Castrojeriz; mató á su cuñada doña Juana de Lara, mujer de D. Tello, en Sevilla, y envenenó á doña Isabel de Lara, la viuda de su primo el infante D. Juan, en Jerez de la Frontera. Acordóse también de su infeliz esposa, á la cual hizo trasladar—ya veremos con qué objeto—desde Sigüenza al mismo castillo de Jerez. *Así iban los temporales*, escribe el P. Mariana.

Muertes de los bastardos D. Juan y D. Pedro. Pedro I mandó á Carmona á su ballestero de maza, Garci Díaz de Albarracín, para que matase á D. Juan y D. Pedro, los hijos menores de Alfonso XI y de doña Leonor de Guzmán. Contaban entonces D. Juan diez y nueve años y D. Pedro catorce. «É pesó mucho—dice la *Crónica*—á los

que se celebraron las bodas. No negaremos, sin embargo, que tales patrañas dieron origen á la siguiente redondilla:

«Entre la gente se dice,
más no por cosa sabida,
que la reina doña Blanca
del maestre está parida.»

que amaban servicio del Rey, porque así murieron, ca eran inocentes é nunca erraran al Rey.»

Guerra civil: Nájera.

D. Enrique y D. Tello se preparaban á invadir el reino en los comienzos de 1360. Tampoco se estaba quieto D. Pedro. Desde Sevilla volvió á León y marchó á Medina de Rioseco, después á Villanubla, en seguida á Valladolid, luego á Dueñas y por último á Burgos.

Hallándose Pedro I en Burgos, D. Enrique y D. Tello invadieron á Castilla y se dirigieron á Nájera al frente de 2.000 peones y 1.500 caballos. En Nájera dejaron matar á los judíos de su aljama «porque las gentes lo pedían de buena voluntad». Marcharon luego á Pancorbo y se aproximaron á Briviesca. Cuando los bastardos supieron que el Rey tenía bajo sus órdenes 10.000 infantes y 5.000 jinetes, se separaron, tomando D. Enrique el camino de Nájera. D. Pedro siguió á D. Enrique, pasando por Miranda de Ebro y llegando á un lugar que dicen Azofra, cerca de Santo Domingo de la Calzada. Allí se le presentó un clérigo y le dijo: «Señor, Santo Domingo de la Calzada me vino en sueños e me dixo que viniese á vos, e que vos dixese que fuésedes cierto que si non vos guardásedes, que el conde D. Enrique vuestro hermano vos había de matar por sus manos.» El sacerdote agorero pagó su atrevimiento con la vida.

La derrota de D. Enrique en *Nájera* dejó en libertad á Pedro I para realizar muchas muertes, siendo la principal la que sufrió Gutierre Fernández de Toledo, su repostero mayor y uno de sus más antiguos servidores (1). El arzobispo de Toledo, por el delito de ser hermano de D. Gutierre, mereció ser desterrado á Portugal.

(1) Antes de sufrir la muerte, dejó escrita una carta al Rey, que decía así: «Señor: Yo, Gutierre Fernández de Toledo, beso vuestras manos, e me despido de vuestra merced, e vó para otro Señor mayor que non vos. E Señor, bien sabe vuestra merced cómo mi madre e mis hermanos, e yo, fuimos siempre desde el día que vos nacistes en la vuestra crianza, e pasamos muchos males, e sufrimos muchos miedos por vuestro servicio en el tiempo que doña Leonor de Guzmán avía poder en el Regno. Señor, yo siempre os serví; empero creo que por vos decir algunas cosas que complían á vuestro servicio, me mandaste matar: en la cual, Señor, yo tengo que lo fecistes por complir vuestra voluntad, la cual Dios vos lo perdone; mas yo nunca vos lo meresci. E agora, Señor, digoos tanto al punto de mi muerte (por que éste será el mi postrimero consejo) *que si vos non alzades el cuchillo, e non escusades de facer tales muertes como ésta, que vos avedes perdido vuestro Regno, e tenedes vuestra persona en peligro.* E pídovos por merced que vos guardedes; lealmente fablo con vusco, ca en tal hora estó, que non debo decir sinon verdad.»

Muerte de Samuel Leví.

Llegó su turno al tesorero mayor, á su amigo más fiel y cariñoso, al judío Samuel Leví. Murió el infeliz, después de haber entregado todas sus riquezas y de sufrir cruel tormento, maldiciendo á su ingrato soberano.

Muerte de la reina doña Blanca.

Determinó deshacerse de su esposa doña Blanca, y al efecto encargó la realización del crimen á su ballestero Juan Pérez de Rebolledo, vecino de Jerez. De este modo acabó sus días la legítima esposa de D. Pedro I de Castilla (1).

Muerte de doña María de Padilla.

De muerte natural pasó de esta vida á la otra doña María de Padilla, único sér en el mundo que hizo derramar lágrimas al insensible rey castellano.

Murió en Sevilla y, como dice la *Crónica*, «fizo el Rey fazer allí, e en todos sus regnos, grandes llantos por ella e grandes compre-

(1) Así lo afirmó el cronista Pero López de Ayala; pero en la *vita Papæ Inocente VI*, publicado por Balucio, se dice que *obiit dolore et tristitia*. ¿Dónde estuvo presa doña Blanca? Ayala afirma que en el alcázar de Jerez, y otros sostienen que en Medina Sidonia. Existe, sin embargo, la nunca negada tradición de que la desgraciada reina estuvo presa y sufrió la muerte en la fortaleza ó *castillo de Doña Blanca*, el cual existió en el cerro que está junto á la carretera real y cerca de la vía férrea de Jerez á Cádiz, al pie de la sierra de San Cristóbal. El hallarse situado el citado castillo en el valle de Sidueña fué motivo suficiente—según los historiadores particulares de Jerez—para que se dijese que la Reina había estado presa en Medina Sidonia. Lo que no cabe duda alguna es que Rebolledo dió veneno, por orden del Rey, á doña Blanca, y que ésta fué sepultada en San Francisco de Jerez, debajo del altar mayor, en la sepultura de los Vargas, familia enemiga de D. Pedro y parcial de doña Blanca y de los hijos naturales de Alfonso XI, en cuya sepultura, por respeto al cuerpo real allí sepultado, no volvió á enterrarse ninguno otro de aquella familia. Allí estuvieron hasta que, habiendo visitado Jerez Isabel *la Católica* después de 1477, hizo trasladar dichos restos encima del presbiterio, al lado del altar mayor, siendo de creer que por entonces se pondría la lápida de piedra que aún se conserva al lado del Evangelio, fuera del presbiterio y junto á la moderna sepultura; lápida que á continuación copiamos, pues la que trae Ortiz de Zúñiga tiene algunas inexactitudes.

CHR. OPT. MAX. SACRVM. DIVA BLANCA HISPANIAR.
REGINA PATRE BORBONIO EX INCLITA FRANCOR. REGVM PROSAPIA MORIB.
ET CORPORE VENVSTISS.
FVIT, SED PRÆVALENTE PELLICE OCCVBVIT IVSSV PETRI MARITI CRVDELIS.
ANNO SALVTIS MCCCLXI. ÆTATIS VERO SVÆ XXV.

Traducida al castellano, dice así: «Consagrado á Cristo óptimo máximo. La muy excelsa Blanca, reina de las Españas, hija de padre Borbón y de la ínclita prosapia de los reyes franceses. Fué hermosísima de costumbres y de cuerpo: pero prevaleciendo la manceba, murió por orden de Pedro, el cruel marido, en el año de la salud de 1361 y el veinticinco de su edad.»

Refiere el analista jerezano Bartolomé Gutiérrez que, con fecha 10 de

mientos». También dispuso que su cadáver fuese llevado á enterrar al convento de Santa Clara de Astudillo (Palencia) (1).

Pedro I y el rey moro de Granada Mohámed V.

Por entonces fué destronado Mohámed V de Granada por su hermano Ismail, y á la muerte de éste le sucedió Abu-Said (2). Pedro I de Castilla acudió á defender á Mohámed. Aunque los dos nada pudieron conseguir por el pronto, Mohámed recuperó luego el trono y no olvidó nunca los favores que debía al castellano. Creyendo Abu-Said atraerse á D. Pedro, se presentó en Sevilla con numeroso séquito de caballeros moros y llevando cuantiosas riquezas (1362). Después de obsequiar Pedro I á su regio huésped, ora para vengar antiguos agravios, ora para apoderarse de las ricas joyas del granadino, determinó darle muerte. Antes le hizo vestir con un sayo de escarlata, y dispuso que recorriese la ciudad montado en un asno, llevándole á los dos días al campo de Tablada, donde sufrió cruel muerte con treinta y siete de los suyos (3).

agosto de 1483, Isabel *la Católica* dió un privilegio á favor de Alonso Pérez de Vargas, haciéndole merced de un suelo é capilla en que estuvo doña Blanca, cuyos huesos había hecho sacar y colocar encima del altar mayor, y añade que se los concede con las mismas menciones y facultades que los frailes lo habían dado á la reina doña Blanca. Consérvase el privilegio en el archivo del marqués de Campo Real.

Tiempo adelante, Felipe II, del mismo modo que en el alcázar de Segovia hizo quitar al retrato de D. Pedro el título de *Cruel* y le puso el de *Justiciero*, en Jerez, después de haber abierto y examinado la sepultura de doña Blanca—de lo que dió testimonio el escribano público de Jerez Francisco Núñez—, al lado de la antigua lápida, antes copiada, puso otra en castellano que decía: «Aquí yace la Serenísima Señora Doña Blanca de Borbón, reina de Castilla, mujer que fué del rey D. Pedro *el Justiciero*. Murió año de 1361, de edad de veinticinco años.» Esta inscripción no existe ni se sabe dónde fué á parar.

Cuando en el año 1873 los republicanos intentaron derruir la iglesia, los restos de la Reina, con las formalidades debidas, se trasladaron al Ayuntamiento, volviendo luego, después de restaurada la iglesia, á ser colocados debajo del presbiterio, al lado del Evangelio, y se puso una lápida, cuya inscripción escribió D. Nicolás Latorre, director del Instituto. La inscripción comienza del siguiente modo: *Labentibus annis*, etc.

(1) Dejó cuatro hijos doña María de Padilla: D. Alfonso, doña Beatriz, doña Constanza y doña Isabel.

(2) Al-Kattib dice que Abu-Said era «el peor de los mortales, sumamente pérfido, artero, desleal é insensato». (*Biblioteca arabico-hispana escurialensis*, II.)

(3) Cuentan que el soberano de Castilla clavó una lanza en el pecho de Abu-Said, diciendo: «Toma esto, por cuanto me ficiste facer mala pleitesía con el rey de Aragón en perder el castillo de Ariza.» «¡Oh, Pedro, contestó el moro, qué torpe triunfo alcanzas hoy de mí! ¡Qué ruin cabalgada ficiste contra quien de ti se fiaba!»

Aliado Pedro I con Mohámed V, volvió á la guerra con el aragonés, apoderándose de algunas poblaciones y, como otras veces, se hizo la paz por mediación del legado pontificio.

En tanto que Pedro I se coronaba de gloria en sus luchas con el rey de Aragón, la muerte de su hijo Alfonso inundó su alma de tristeza: el tierno vástago de la unión de D. Pedro con doña María Padilla, ya declarado heredero en las Cortes de Sevilla, falleció en esta ciudad (18 de octubre de 1362). Un mes después (18 de noviembre) otorgó D. Pedro testamento, llamando á la sucesión á la corona á doña Beatriz y sus hijos; á falta de ellos, á doña Constanza y los suyos, y faltando unos y otros, á doña Isabel y su prole. En el caso de no existir la citada descendencia de la Padilla, llamaba á otro hijo bastardo, de nombre D. Juan, hijo de doña Juana de Castro.

Guerra civil. Montiel.

La larga guerra que sostuvo Pedro I de Castilla con Pedro IV de Aragón originó el decaimiento de las fuerzas de ambos reyes, en particular de las del primero.

En los primeros días del año 1366, estando en Burgos Pedro I, supo que el conde de Trastamara entró en Castilla, acompañado de sus hermanos D. Tello y D. Sancho, de muchos castellanos y aragoneses y de Bertrand Duguesclin (1) que capitaneaba las *grandes compañías* de Francia, las cuales eran una turba de aventureros de diferentes países. La primera ciudad castellana en que penetraron los confederados fué Calahorra. En esta población fué proclamado rey el mayor de los hijos bastardos de Alfonso XI y de doña Leonor de Guzmán (2). D. Enrique comenzó á obrar como rey y á dispensar mercedes. Mientras Pedro I salía de Burgos (28 marzo 1366), pasaba por Lerma, Gumiel de Izán, Toledo y entraba en Sevilla, D. Enrique llegó á Navarrete y á Briviesca, después se coronó en Burgos y en seguida penetró en Toledo. Se encaminó á Andalucía en busca de su hermano; pero éste marchó á Santiago (junio de 1366), donde hizo dar muerte al arzobispo D. Suero y al deán D. Pedro Alvarez; pasó á la Coruña, se embarcó para San Sebastián, arribando desde aquí á Bayona, que era entonces de Inglaterra, donde pensaba encontrar al

(1) Este terrible guerrero solía decir: «Yo soy muy feo y nunca inspiraré interés á las damas; pero, en cambio, me haré temer siempre de mis enemigos.» Además de Bertrand venían otros capitanes, como Hugo de Calverly, el señor de la Marche, Antonio de Beaujeu y Arnaldo de Andrehem.

(2) Aben-Jaldón dice que los castellanos se aliaron con D. Enrique «cansados del gobierno duro y tiránico de Pedro». Véase Dozy, *Investigaciones*, etc., tomo I, pág. 172.

príncipe de Gales. Mientras tanto, D. Enrique era recibido con aclamaciones en Sevilla y en toda Andalucía.

Pedro *el Cruel* se atrajo en Bayona á Eduardo, príncipe de Gales, llamado *el Príncipe Negro* (1), hijo de Eduardo III de Inglaterra. Eduardo, con el beneplácito de su padre, vino á Castilla á defender á D. Pedro. «¿Cómo he de ver yo fríamente—decía *el Príncipe Negro* —á un bastardo lanzar del reino á un hermano suyo, que posee por legítimo derecho el trono?»

Pedro I y *el Príncipe Negro* atravesaron el reino de Navarra, sin protesta de Carlos *el Malo*, y llegaron á Nájera. D. Enrique se presentó á disputar el paso. Unos y otros pelearon con igual arrojo (6 de abril de 1367); pero vencido completamente *el Bastardo*, huyó á uña de caballo hacia Aragón, retirándose luego á Francia (2).

Contento D. Pedro escribió al moro Benahatin, su amigo, nuevas de la victoria que le restablecía en el trono. Contestóle aquel filósofo del siguiente modo: «No tengáis en poco á las gentes, porque la humildad de los hombres no es durable si no es voluntaria: cuando no temáis que se os subleven los vasallos, temed que sean oídas en los cielos sus maldiciones, ó temed á lo menos por vuestra fama, que el buen renombre es segunda vida. No pequéis de codicioso, porque el rey que intenta aderezar sus reinos con la hacienda de sus naturales se parece al que quiere labrar sus cámaras con los cimientos de sus palacios. No persistáis en hacer vuestro gusto, porque el que no sabe comprimir su voluntad no puede domar á su enemigo, y si se embebece en el fornicio, que es la peor de las voluntades, pierde el entendimiento y los sentidos, y cobra mala nombradía, y daña sus generaciones, y es semejado á las bestias. No despreciéis á los hombres de la ley, porque la ley es cosa general y verdadera, y el rey es su siervo y su guarda; y como, salvo su homenaje á la ley, no tiene juez que lo juzgue, si con desdén la mira, le culpan las gentes de menguado, no fían de sus palabras y le inhabilitan para gobernar el Estado. No os deleitéis en crueldades, porque el rey que usa de ellas mueve gran escándalo entre los suyos, y los hace huir delante de su paso como á las ovejas el lobo, y los incita á que excusen su provecho y logren su ruina.»

(1) Por el color de su armadura.

(2) Dícese que, terminado el combate, preguntó el de Gales si se sabía del paradero del conde de Trastamara, y como se le contestase que no había noticia de su prisión ni de su muerte, exclamó: *Pues nada se ha logrado.*

Después de censurar el musulmán á D. Pedro sus vicios con frases tan amistosas como enérgicas, añade: «Sosegad los corazones espantados de vos, y dad á gustar á las gentes pan de paz y sosiego. Aveníos con vuestros comarcanos, y así levantaréis sin costa un muro entre vos y vuestros enemigos. Reparad en que la ayuda de los extranjeros participa de la propiedad de las ponzoñas, que se beben para evitar peor daño; y si, para satisfacer lo que adeudáis á los que os han rehabilitado en el trono, queréis sacarlo por fuerza de los comunes, os enajenaréis el cariño de ellos; enflaqueceréis á los propios y esforzaréis á los extraños, y mientras algo que dar os quede, no contentaréis su avaricia. Mostradles que os halláis en gran menester, que no podéis apremiar á vuestras gentes tanto como teníais de costumbre y que están frescas las llagas y poblado el país de enemigos. Guardaos de desahuciar sus pretensiones; pero dad largas al negocio, y sucederá una de dos cosas: ó se tornarán á sus tierras, y esto es lo más seguro, ó se debilitará su poder si permanecen mucho en Castilla.»

De todos los avisos de Benahatin sólo se atuvo D. Pedro al que le proporcionaba el medio de faltar á sus compromisos contraídos con *el Príncipe Negro*.

Con efecto, cuando Eduardo, príncipe de Gales, tuvo noticia de las muertes que Pedro I hizo ejecutar en Toledo, en Córdoba y en Sevilla, y se convenció de que no pagaba el estipendio á sus tropas, ni le entregaba la tierra y señorío de Vizcaya y de Castro Urdiales que á él le ofreciera, ni daba la ciudad de Coria á mosén Juan Chandor, condestable del dicho príncipe, salió de España, arrepentido de haber prestado su apoyo á un hombre tan falso.

D. Enrique penetró otra vez en territorio castellano (1367). Desde Calahorra emprendió la conquista, mientras que Pedro I se echaba en brazos del amir granadino. Acudió el musulmán con grueso ejército de peones y jinetes (1), dispuesto, sí, á socorrer al castellano, pero con su cuenta y razón. Los sarracenos cubrían de desolación los lugares, incendiaban ciudades y arrebataban castillos. D. Enrique entró en Burgos, en Dueñas, en León, en Tordehumos, en Medina de Ríoseco y en otras muchas poblaciones, debiéndose citar á Madrid. Marchó á Toledo, á cuya ciudad puso cerco; pero al tener noticia de que

(1) La *Crónica* completa de Ayala dice que fueron ocho mil infantes y cinco mil caballos; pero la *Abreviada* sólo cuenta cinco mil caballos.

el Rey se encaminaba á socorrer la ciudad, salió á su paso y le encontró en *Montiel* (provincia de Ciudad Real). Lucharon los dos hermanos, favoreciendo la victoria á D. Enrique. Pedro I, encerrado en el castillo, sólo tenía tres mil lanzas, y la mitad eran moros granadinos.

Confiado Men Rodríguez de Sanabria en la palabra que le diera Bertrand Duguesclin, que era salvar la vida á su Rey, en compañía de éste y de otros caballeros abandonó la fortaleza y penetró en la noche del 22 al 23 de marzo en la tienda del guerrero francés (1). Como sospechase la traición Pedro I, quiso huir con su caballo; pero fué detenido por Oliver de Manny. Llegó D. Enrique, y dirigiéndose á D. Pedro le dijo: *Maténgavos Dios, señor hermano;* á lo cual repuso iracundo el monarca: *¡Ah traidor borde!* (bastardo) *¿aquí estáis?* (2). Los dos lucharon cuerpo á cuerpo, y, como ambos cayeran en tierra, quedando encima D. Pedro, Bertrand Duguesclin, cogiendo del pie á D. Enrique, le puso sobre su hermano, diciendo: *Ni quito ni pongo rey, pero ayudo á mi señor* (3). El bastardo sacó entonces su daga y mató al Rey (23 de marzo de 1369).Tal fué el fin que tuvo Pedro I *el Cruel*, á quien algunos llaman *el Justiciero.*

«El hijo legítimo de D. Alfonso XI—escribe Ferrer del Río—es el único rey de Castilla muerto á manos de sus vasallos, si no miente la historia» (4).

Anónimo romance refiere del siguiente modo la muerte de don Pedro:

(1) En la tienda de un soldado que le cogió prisionero, según otros historiadores.

(2) Froissart dice que al entrar D. Enrique, preguntó: *¿Dónde está ese judío hi de p... que se nombra rey de Castilla?* y que D. Pedro repuso: *El hi de p... seréis vos, que yo soy hijo legítimo del buen rey Alfonso de Castilla.* Refiere Pero López de Ayala, que después de entrar en la tienda de Bertrand Duguesclin el rey D. Pedro, llegó D Enrique. Este no conocía á su hermano, teniendo que decirle un caballero de los de mosén Bertrand: *Catad que este es vuestro enemigo.* Como D. Enrique aún dudase, D. Pedro dijo dos veces: *Yo só, yo só.* «E entonces el rey D. Enrique conosciólo, é firióle con una daga por la cara; é dicen que amos á dos, el rey D. Pedro é el rey D. Enrique, cayeron en tierra, é el rey D. Enrique le firió estando en tierra de otras feridas. E allí murió el rey D. Pedro á veinte é tres días de marzo deste dicho año...» *Crónica*, pág. 556.

(3) Afirman otros escritores que los soldados fueron los que cambiaron la actitud de los combatientes en favor del bastardo, y dudan de la autenticidad de la frase *Ni quito*, etc.

(4) *Examen histórico-crítico del reinado de D. Pedro de Castilla*, página 198.

Los fieros cuerpos revueltos
entre los robustos brazos
están el cruel don Pedro
y don Enrique su hermano.
No son abrazos de amor
los que los dos se están dando,
que el uno tiene una daga
y otro un puñal acerado.
El Rey tiene á Enrique estrecho
y Enrique al Rey apretado,
uno en cólera encendido
y otro de rabia abrasado;
y en aquesta fiera lucha
sólo un testigo se ha hallado,
paje de espada de Enrique,
que de afuera mira el caso.
Después de luchar vencidos
¡oh suceso desgraciado!
que ambos vinieron al suelo,
y Enrique cayó debajo.
Viendo el paje á su señor
en tan peligroso caso,
por detrás del Rey se allega,
reciamente de él tirando,
diciendo: —No quito rey
ni pongo rey de mi mano,
pero hago lo que debo
al oficio de criado.
Y dió con el Rey de espaldas,
y Enrique vino á lo alto,
hiriendo con un puñal
en el pecho del rey falso,
donde á vueltas de la sangre,
el vital hilo cortado,
salió el alma más cruel
que vivió en pecho cristiano.

¿Por qué D. Enrique al sorprender en la tienda de Bertrand Duguesclin al rey D. Pedro le llamó judío hi de p... según Froissart? Cuéntase que Alfonso XI tenía jurado dar muerte á la Reina si no procreaba entonces un hijo varón. Doña María dió á luz una hija; pero sus secretarios se encargaron de arrebatar un niño á los judíos, el cual

hubieron de colocar en lugar de la niña. Todo esto se hizo y nunca lo supo D. Alfonso. Añadíase que los citados secretarios así lo dijeron al tiempo de morir.

Pero dejando á un lado la leyenda, véase cómo la historia juzga á D. Pedro de Castilla.

Consideraciones. «E fué el rey D. Pedro asaz grande de cuerpo, é blanco é rubio, é ceceaba un poco en la fabla. Era muy cazador de aves. Fué muy sofridor de trabajos. Era muy templado é bien acostumbrado en el comer é beber. Dormía poco é amó mucho mugeres. Fué muy trabajador en guerra. Fué cobdicioso de allegar tesoros é joyas, tanto que se falló después de su muerte que valieron las joyas de su cámara treinta cuentos en piedras preciosas é aljofar, é baxilla de oro é de plata, é en paños de oro é otros apostamientos. E avia en moneda de oro é de plata en Sevilla en la Torre del Oro, é en el castillo de Almodóvar, setenta cuentos; é en el reyno, é en sus recabdadores, en moneda de novenes é cornados treinta cuentos, é en debdas en sus arrendadores otros treinta cuentos; así que ovo en todo ciento é sesenta cuentos, segund después fué fallado por sus contadores de cámara é de las cuentas. E mató muchos en su regno, per lo qual le vino todo el daño que avedes oído. Por ende diremos aquí lo que dixo el profeta David: *Agora los reyes aprended, é sed castigados todos los que juzgades el mundo:* ca gran juicio é maravilloso fué éste, é muy espantable» (1).

Entre los defensores de D. Pedro el más decidido y resuelto es D. José Ledo del Pozo, catedrático de la Universidad de Valladolid y escritor del siglo XVIII. Termina la *Apología* de D. Pedro con el siguiente párrafo:

«Floreció, en efecto, en su glorioso reinado la administración de justicia, el establecimiento de las leyes políticas y el adelantamiento de las militares, misericordia con los pobres, la veneración á la Iglesia, el respeto á la religión, el culto á los templos, el temor á Dios,

(1) *Corónica del rey D. Pedro*, por Pero López de Ayala. Año décimonono, cap. VII, pág. 139 v.ª Después de la muerte del rey D. Pedro, su cadáver quedó en Montiel, donde estaba en mayo de 1374, como se dice en el testamento de Enrique II. Luego fué trasladado á Puebla de Alcocer (Badajoz), y por disposición de Juan II se condujo al monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid, de la Orden de predicadores. Durante la revolución de 1868, destruído dicho monasterio, se llevaron los restos al *Museo Arqueológico Nacional*, y, por último, en 1877 se trasladaron á la capilla de los reyes de San Fernando de la catedral de Sevilla.

y en una palabra, cuanto pudo concurrir á formar en D. Pedro un íntegro legislador, un capitán valiente, un cristiano perfecto, un juez severo, un padre caritativo, un monarca apacible y un rey á ninguno segundo, digno por esto de los nombres de bueno, prudente y justiciero.» Nunca con mayor razón se puede decir como ahora: *¡Así se escribe la historia!*

En nuestros días, otro valisoletano ilustre, el inspiradísimo vate don José Zorrilla, ha llevado al teatro la personalidad de Pedro I, y de él son los siguientes versos que se hallan á la cabeza de su drama *El Zapatero y el Rey:*

«Por odio y contrario afán
calumniado torpemente,
fué soldado más valiente
que prudente capitán.
Osado y antojadizo
mató, atropelló cruel,
mas ¡por Dios, que no fué él,
fué su tiempo quien lo hizo!»

En una de sus últimas composiciones, dedicada á Sevilla, dijo también el ilustre poeta:

«Pues qué ¿fueron que él mejores,
de infamias y vicios fardos,
de honra y tierra salteadores,
los siete veces traidores
y adulterinos bastardos?
Hoy no podemos juzgar
aquel modo de vivir,
aquel modo de reinar,
aquel modo de matar
ni aquel modo de morir.
Tal rey es en quien empieza
la acción del pueblo en Castilla,
dando el rey en la cabeza
á un clero y una nobleza
del reino entonces polilla.»

Granada: Mohámed V.

Mohámed V, hijo de Yúsuf, subió al trono el año 1354 con el favor del ministro Reduán. Joven de veinte años, ilustrado y de hermosa presencia, elevó al cargo de minis-

tro al insigne historiador Mohámed Aben-Aljatib y fué decidido protector de la industria, del comercio y de las artes liberales. En esta época floreció también el primero de los historiadores árabes, Aben-Jaldón. Mohámed V no pudo resistir la conjuración de algunos súbditos descontentos y huyó á Guadix (1359). El nuevo amir Ismael estaba dominado por su cuñado Abu-Said, á quien debía el reino. Abu-Said quiso ser amir de hecho, y habiendo mandado matar á Ismail, ciñó la corona; depuesto, al poco tiempo, volvió á ocupar el trono el legítimo amir Mohámed V.

XIII

Castilla: Enrique II *el Bastardo;* enemigos interiores y exteriores.—Cortes de Toro y de Medina del Campo.—Carácter de Enrique II.—Paz entre Portugal y Castilla.—Cortes de Toro.—Guerras: combate de La Rochelle.—El almirante Bocanegra.—Guerra con Portugal.—Guerra con Navarra. — Convenio con el rey de Aragón. — El cisma de la Iglesia. — Muerte del Rey.—Juan I: su proclamación.—Cortes de Burgos.—Amistad de Juan I con Francia.—El cisma de la Iglesia.—Guerra con Portugal.—Famosa batalla de Aljubarrota.—Guerra con Lancáster: paz.—Cortes.—Muerte del Rey.—Enrique III *el Doliente:* Consejo de regencia.—Paz con otros reinos.—Cortes de Burgos.—El Rey mayor de edad. —Guerra de Juan del Sayo.—Guerra con Portugal.—Pobreza del Rey. —El cisma de la Iglesia.—Comienza la conquista de las Canarias.—Guerra con Granada.—Muerte de Enrique III.—*Granada:* Mohámed V, Abu-Abdállah, Yúsuf II y Mohámed VI.

Castilla: Enrique II el Bastardo; enemigos interiores y exteriores.

Enrique II *el Bastardo* (1369-1379) subió al trono manchado de sangre fratricida. Aunque la autoridad del nuevo Rey fué reconocida casi generalmente, algunos capitanes, fieles guardadores de la legitimidad, no quisieron reconocer á Enrique II. Eran éstos Men Rodríguez de Sanabria, Garci Fernández de Villodre, Fernando Ruiz de Castro y otros. El calificativo de *Toda la lealtad de España* con que se designó al último se debe á su adhesión á Pedro I, la cual le llevó al extremo de expatriarse para siempre, muriendo en Bayona (1376).

También eran hostiles al nuevo monarca de Castilla las ciudades de Toledo, Carmona, Ciudad Rodrigo, Zamora, Vitoria, Molina de Aragón y pocas más.

No le miraban bien, por último, los soberanos de Portugal, Navarra, Aragón, Granada é Inglaterra. Sobre este particular escribe Mariana lo siguiente: «Entre los príncipes extranjeros (reyes de Portugal, Navarra, Aragón, Granada é Inglaterra) se levantó una nueva

contienda sobre quién tenía mejor derecho á los reinos de Castilla. Convenían todos en que D. Enrique no tenía acción á ellos por el defecto de su nacimiento; demás de esto cada uno pensaba quedarse en estas revueltas con lo que más pudiese apañar: que desta suerte se suelen adquirir nuevos reinos y aumentarse los antiguos» (1).

Sólo el rey de Francia fué siempre constante aliado de Enrique II.

D. Fernando de Portugal, biznieto de Sancho IV *el Bravo*, mirando como empresa fácil la conquista del trono castellano, penetró por Tuy y Santiago y se hizo dueño de La Coruña. Voló D. Enrique con su ejército á Galicia; pero el portugués huyó á su reino, viendo imposible cómo su enemigo traspasaba la frontera y se apoderaba de algunas poblaciones. Volvió el castellano á su país, no por los obstáculos que encontrara en territorio portugués, sino por otras causas de más monta. La plaza de Zamora, después de tenaz resistencia, hubo de rendirse; Carmona, en cuyo recinto se hallaban los hijos del difunto rey, se entregó á Enrique II (2), y Mohámed V de Granada, que, aliado del soberano de Almogreb, rindió á Algeciras, vino al fin á una avenencia.

Cortes de Toro y de Medina del Campo.

Creyéndose Enrique II bastante fuerte celebró Cortes en Toro (3), las cuales son dignas por las ordenanzas que en ellas se hicieron: terminaron dichas Cortes el 1.° de diciembre de 1369. Cuatro meses después se reunió una asamblea en Medina del Campo, para allegar recursos con objeto de pagar á Bertrand Duguesclin y á la hueste extranjera (4). Como no se hartaba la codicia de los capitanes y soldados extranjeros que ayudaron á D. Enrique á conquistar el reino, tuvo el monarca que labrar moneda de baja ley *(cruzados, reales y coronas)*, cuya medida ocasionó la subida de los artículos, siendo, por tanto, perjudicial al reino.

(1) Mariana, ob. cit., libro XVII, cap. XIII.

(2) Sin embargo de prometer el Rey no castigar á Martín López, defensor de la plaza, faltó á su palabra, pues, según la *Crónica abreviada*, «mandó arrastrar por toda Sevilla á Matheos Fernández, secretario del sello de la poridad del rey D. Pedro, e cortáronle pies e manos e degolláronle, e el lunes doce días de junio arrastraron á Martín López por toda Sevilla, e le cortaron pies e manos en la plaza de San Francisco e le quemaron».

(3) A estas Cortes llaman algunos ayuntamiento ó junta.

(4) También dan no pocos escritores el nombre de Cortes á dicha asamblea de ricos hombres y caballeros.

Carácter de Enrique II.

«Pero todas estas dificultades—escribe Mariana—vencía la afabilidad, blandura y suave condición de don Enrique, sus buenas y loables costumbres, que por excelencia le llamaban *el caballero;* ayudábanle otrosí á que le tuviesen respeto y afición la majestad y hermosura de su rostro blanco y rubio, é dado que era de pequeña estatura, tenía grande autoridad y gravedad en su persona. Estas buenas partes de que la naturaleza le dotó, la benevolencia y afición que por ellas el pueblo le tenía, las aumentaba él con grandes dádivas y mercedes que hacía. Por donde entre los reyes de Castilla él sólo tuvo por renombre el de las *Mercedes*; honroso título con que le pagaron lo que merecía la liberalidad y franqueza que con muchos usaba (1).

Paz entre Portugal y Castilla.

Por entonces los nuncios del Papa habían logrado que se ajustasen las paces entre Portugal y Castilla. La principal condición era el matrimonio de Leonor, hija de D. Enrique, con Fernando de Portugal y la restitución de las plazas de Castilla que el rey portugués tenía. Para arreglar el asunto de las bodas Enrique II se dirigió á Toro. Aquí recibió un mensaje de don Fernando de Portugal, anunciándole éste que no lo tomase á enojo; pero que ya había contraído matrimonio con una dama de su reino, si bien estaba dispuesto á devolverle las plazas convenidas. Aceptó con contento el Rey castellano y quedaron amigos.

Cortes de Toro.

Cumple ya hablar de las célebres Cortes de Toro del año 1371. Reuniéronse antes del 4 de septiembre con asistencia del infante heredero D. Juan; D. Sancho, hermano del Rey; D. Pedro, sobrino de éste; prelados, miembros de las órdenes, magnates, caballeros y representantes de las ciudades y villas. En dichas Cortes se hicieron trabajos legislativos que honrarán la memoria de Enrique II.

Los otorgamientos otorgados en ellas son: 1.° El de organización de la justicia. 2.° El de peticiones de los procuradores de las ciudades y villas. 3.° El de peticiones de los obispos y procuradores de iglesias y monasterios. 4.° El de peticiones particulares de la ciudad de Sevilla.

Decía Enrique II que la licencia que tenían los pueblos de las behetrías de mudar de señores era causa de muchos escándalos y revueltas. «Suplicáronle—escribe Mariana—algunos grandes fuese servido de no hacer novedad en este caso por algunas razones que le

(1) Mariana, ob. cit., libro XVII.

representaron: á la verdad lo que principalmente les movía no era el pro común, sino su particular interés; así se quedaron en el estado que antes» (1).

Por último, considerando Enrique II lo perjudicial que había sido la alteración de la moneda hecha en los comienzos de su reinado, intentó con más buena fe que acierto deshacer su error.

Guerras: Combate de La Rochelle. El almirante Bocanegra.

Terminadas aquellas Cortes después de vencer algunas dificultades interiores y de dar paz á su reino, hallándose en Burgos acordó corresponder al deudo que tenía con el rey de Francia. Es el caso que cuando estaba en su mayor fuerza la guerra que los franceses tenían con Inglaterra, Enrique II tomó parte en favor de aquéllos. En ayuda del rey de Francia, que sitiaba á la Rochela, plaza muy fuerte é importante por la situación frontera en la costa, mandó Enrique II á su almirante Ambrosio Bocanegra, heredero de su padre Gil ó Egidio en el cargo y en la bravura. A Bocanegra acompañaban como jefes principales Cabeza de Vaca, Fernando de Peón y Rui Díaz de Rojas. Eduardo III de Inglaterra, que tenía gran empeño en la conservación de la plaza, confió la expedición á su yerno Juan de Hastings, conde de Pembroke, que llegó á su destino el 22 de junio de 1372. En seguida se dió el combate entre la escuadra inglesa y la española. Con mayores ó menores fuerzas los españoles, la acción fué completamente favorable á Bocanegra, siendo hecho prisionero el conde Pembroke con muchos caballeros y ocho mil soldados.

«E el Rey—dice la *Crónica de Don Enrique*—ovo grand placer con estas nuevas, e estovo en Burgos fasta que le enviaron allí al conde de Peñabroch e a los caballeros que con él fueron presos, los cuales eran setenta caballeros de espuelas doradas, e enviáronle todo el tesoro, e fizo por ello muchas mercedes al almirante e a todos los que con él fueran en la dicha batalla de la mar. E ovo el Rey muy grandes rendiciones del conde e de los otros prisioneros, e mucho tesoro de lo que y fué tomado, como quier que muchos de los caballeros que allí fueron presos morieron en la prisión.»

Bocanegra, á la vuelta á España, apresó en aguas de Burdeos cuatro naves enemigas, entrando con ellas en Santander.

Debió de retirarse Bocanegra disgustado de los franceses, por cuanto la escuadra de esta nación arribó á Santander conduciendo á

(1) Ob. cit., libro XVII, cap. XVI, pág. 545.

Iván de Gales (1) y á Morelet de Montmor, con el objeto de requerir á Enrique II dispusiera segunda vez el envío de la flota española para estrechar más el asedio de la Rochela.

El Rey, deseando cumplir sus compromisos, aunque á disgusto de los capitanes castellanos, destinó á la empresa cuarenta naos, ocho galeras y trece barcos mandados por Rui Díaz de Rojas.

Nuestra armada ayudó á las fuerzas acaudilladas por Iván de Gales y por Duguesclin, cooperando á la derrota de los ingleses, á la prisión del jefe inglés Juan de Grailly y, por último, á la rendición de la ciudad. Retiróse Díaz de Rojas á España más disgutado del comportamiento de los franceses que antes el célebre Bocanegra.

Premió Enrique II á este almirante español concediéndole, en privilegio firmado en Zamora (5 de noviembre de 1372), la villa de Linares.

Mucha alegría causaron á D. Enrique las victorias conseguidas por Bocanegra y Díaz de Rojas, las cuales fueron un justo desquite á las pretensiones de los dos hijos del rey de Inglaterra, el duque de Lancáster y el conde de Cambridge, casados con doña Constanza y doña Isabel, hijas de Pedro *el Cruel* (2).

Guerra con Portugal. El conde de Lancáster, que se intitulaba rey de Castilla, y D. Fernando de Portugal firmaron una alianza contra Enrique II. Este invadió el reino vecino, logró plantar su bandera en Almeida, Viseo y Santarén, acampando en los arrabales de Lisboa (23 de febrero de 1373).

Acaeció entonces la llegada de la flota que desde Sevilla trajo el almirante Bocanegra y ante la cual hubo de retirarse con todas sus galeras «con gran cobardía y mengua de buen esfuerzo» (como dice la *Crónica del rey Don Fernando*, de Fernando López) el almirante portugués Lanzarote Pesaña. La intervención del cardenal legado Guido de Bolonia puso término á la guerra, concertándose entre otros matrimonios el de D. Sancho, único hermano que tenía el castellano, con doña Beatriz, hermana del portugués (3).

En medio del río Tajo, yendo Enrique de Castilla en una barca y

(1) Era hijo del príncipe de Gales, muerto por Eduardo III, retirándose entonces á Francia á pelear en favor de esta nación y en contra del rey de Inglaterra.

(2) Doña Beatriz, la hija menor de D. Pedro, se consagró á la vida religiosa en el monasterio de Santa Clara en Tordesillas.

(3) Era hija de Pedro I de Portugal y de doña Inés de Castro.

D. Fernando de Portugal en otra, celebraron cordial entrevista ambos reyes y juraron las paces el 7 de abril de 1373.

Guerra con Navarra. Libre Enrique II de esta guerra, la emprendió contra Carlos *el Malo* de Navarra, exigiéndole que le devolviera las ciudades de Logroño y Vitoria. Accedió á ello el rey de Navarra, y como lazo de concordia entre los dos monarcas se acordó que D. Carlos, hijo primero de aquél, casase con doña Leonor, hija del de Castilla. Afirmóse la paz en la entrevista que tuvieron D. Carlos y D. Enrique en Briones (Logroño).

Aunque algún tiempo después intentó probar fortuna el pérfido Carlos de Navarra, se convenció pronto de que nada podía adelantar.

Convenio con el rey de Aragón. Nunca fueron buenos amigos Pedro IV *el Ceremonioso* y Enrique II *el Bastardo*. En el estío de 1373 venían del lado de Aragón rumores de guerra á Castilla; pero llegaron al fin á un acomodo los dos reyes. Consistió éste, firmado en Almazán el 12 de abril de 1375, en el matrimonio del príncipe D. Juan de Castilla con la infanta doña Leonor de Aragón; además, Pedro IV había de entregar á Enrique II algunos lugares que aquél retenía mediante el pago de 180.000 florines, cuya cantidad había de satisfacerse en diferentes plazos.

El cisma de la Iglesia. Prudente D. Enrique ante el lamentable cisma que afligía á la Iglesia, no quiso decidirse ni por Urbano VI, pontífice de Roma, ni por Clemente VII, papa de Aviñón. En cambio, es de lamentar que la protección que Alfonso XI y Pedro I dispensaron á los hebreos se trocase en tiempo de Enrique II en persecuciones y malos tratos. Castilla, después de tantas luchas interiores y después de varios altercados con las demás monarquías de la Península y del extranjero, se hallaba en paz. Dedicóse entonces Enrique II, con una política digna de alabanza, á borrar las huellas de los pasados desastres.

Muerte del Rey. Cuando—como dice la *Crónica abreviada*—Enrique II estaba en paz con todos los príncipes cristianos y se preparaba á emprender la guerra contra los musulmanes, le llegó su hora postrera. Hallábase á la sazón en Santo Domingo de la Calzada. Habiendo recibido los Santos Sacramentos, dirigió al obispo de Sigüenza y á otros caballeros estas razones: «Decid al infante D. Juan, mi fijo, que en razón de la Iglesia e de la cisma que hay en ella que le ruego haya buen consejo e sepa bien cómo debe facer, ca es un caso muy dubdoso e muy peligroso. Otrosí que yo le ruego que siempre sea amigo de la casa de Francia, de quien yo recibí muchas ayudas.

Otrosí que yo mando que todos los presos christianos que sean en el mi regno, ingleses ó portogaleses e de otra nacion, que todos sean sueltos.»

Murió Enrique II el 30 de mayo de 1379.

Acerca de la causa de su muerte, sospechóse con poco fundamento que fué envenenado, ora por el rey de Navarra, ora por Mohámed V de Granada.

«Bien es verdad—como escribe Mariana—que autores más atentados y graves testifican falleció del mal de gota.»

«Fué—añade el cronista Ayala—pequeño de cuerpo, pero bien fecho, é blanco, é rubio, é de buen seso, é de grande esfuerzo, é franco, é virtuoso, é muy buen recibidor é honrador de las gentes.»

Su cuerpo fué llevado primeramente á Burgos, donde se celebraron sus funerales, siendo algún tiempo después trasladado á su capilla de la catedral de Toledo.

Juan I: su proclamación.

Juan I (1379-1390) fué proclamado en el mismo lugar en que falleció su padre, marchando en seguida á Burgos, cabeza de Castilla. Dirigióse el Rey á las ciudades y villas importantes, dándoles noticia de su proclamación. A Madrid le decía entre otras cosas nuevas importantes (31 de mayo de 1379) lo que sigue: «Et agora sabet que después de la su muerte todos los prelados, condes, ricos homes, caballeros e escuderos que aquí eran, rescibiéronme luego por su rey e por su sennor natural, segunt que era rrazon et derecho.»

Cortes de Burgos.

Inmediatamente convocó Cortes para Burgos, las cuales comenzaron sus tareas en los comienzos de julio. Atendió Juan I cuanto era posible las peticiones que le hicieron los procuradores, que eran en el fondo amargas quejas de los pueblos.

Amistad de Juan I con Francia.

Cumpliendo Juan I con el encargo que le hiciera su padre, envió al rey de Francia, en guerra con los ingleses, algunas galeras auxiliares, las cuales dejaron bien puesto el pabellón español. Mandaba la escuadra española por entonces Fernando Sánchez de Tovar, sucesor de Bocanegra en el cargo de almirante.

Concertaron Juan I de Castilla y su primo D. Fernando de Portugal (1) el matrimonio de la hija de éste, doña Beatriz, aunque antes

(1) Recuérdese que Juan I de Castilla y D. Fernando de Portugal eran hijos, aquél de doña Juana Manuel, mujer de Enrique II, y éste de doña Constanza, mujer de Pedro I; ambas eran hijas del ilustre D. Juan Manuel, á quien se le suele llamar sin razón infante.

había sido prometida de D. Fadrique, hermano bastardo del castellano, con el infante D. Enrique, hijo de Juan I.

El cisma de la Iglesia. El asunto del cisma de la Iglesia, que dejó sin terminar Enrique II, se presentó ahora á Juan I. Reunida una asamblea de prelados, doctores y juristas en Medina del Campo, y luego trasladada á Salamanca, acordó, por gran mayoría, que el verdadero papa era Clemente VII, declarándolo así solemnemente el rey castellano (1381).

Guerra con Portugal. El tornadizo D. Fernando de Portugal, no respetando el tratado que recientemente firmara, unido al inglés conde de Cambridge, declaró la guerra á Juan I; pero se firmó la paz bajo las siguientes condiciones: la hija de D. Fernando, que antes había estado desposada con un hermano y dos hijos del de Castilla, contraería matrimonio con Juan I, á la sazón viudo; doña Beatriz heredaría el reino portugués á la muerte de D. Fernando, y Juan I tomaría el título de rey de Portugal. La gobernación del reino la había de tener la reina viuda doña Leonor, hasta que D. Juan y doña Beatriz tuviesen un hijo ó hija de edad de catorce años, en cuyo caso éste sería monarca de Portugal, de hecho y de derecho.

A la muerte de D. Fernando (22 de octubre de 1383), doña Beatriz y Juan I fueron aclamados reyes de Portugal, no á gusto del maestre de Avis, D. Juan, hermano bastardo del difunto monarca. Después de algunas negociaciones, las Cortes portuguesas se dividieron entre doña Beatriz y el maestre de Avis, notándose que los nobles querían á la primera y los diputados de las ciudades al segundo. Las armas debían resolver la cuestión.

La fortuna comenzó á ponerse al lado del maestre de Avis. El 30 de mayo de 1384 se hallaba Juan I de Castilla en las cercanías de Lisboa; pero la peste, después de hacer muchas víctimas en el ejército castellano, obligó al Rey (3 de septiembre del citado año) á levantar el asedio, emprendiendo la retirada por Torres Vedras á Santarén, pasando la frontera y dirigiéndose á Sevilla.

A principios de 1385 marchó desde Andalucía á Castilla para solicitar el auxilio de ciudades y ricos hombres. Los meses de febrero, marzo y parte de abril los pasó en Madrigal, donde recibió la noticia que el maestre de Avis, arrojando del todo la máscara con que cubría su ambición, se había hecho proclamar rey, y empujado por la opinión general del pueblo y de sus principales caudillos, convocó Cortes en Coimbra.

Reunidas éstas, el abogado Juan das Regras intentó enderezar en favor del maestre la voluntad de los congregados.

«Porque desde luego—escribe el Sr. Catalina García—convenció á la asamblea de la necesidad de la elección propuesta por muy graves razones, como eran: la falta de legítimo sucesor de la corona, la facultad del pueblo de darse señor y las altas condiciones y circunstancias eminentes de D. Juan, maestre de Avis. A sacomano entró el doctor en los derechos de doña Beatriz, mujer del rey de Castilla y el adversario más temible del pretendiente, porque en ella se reunían más claros privilegios, la voluntad de su padre el rey D. Fernando y también la fuerza de las armas, aun no vencidas, como sabemos. Nególa el orador hasta la condición de hija legítima, puesto que su madre doña Leonor, antes y después de unirse á D. Fernando, estaba casada con J. Lorenzo Vázquez de Acuña, apelando para probarlo, por si fuere menester, al testimonio de Alvarez de Acuña, en las Cortes presente, y que era hijo de doña Leonor y de J. Lorenzo (1). Acusó, pues, á doña Beatriz de hija adulterina é incestuosa y también calificó de incestuoso su matrimonio con el rey de Castilla, por no haberle precedido la dispensa pontificia de Urbano VI, legítimo papa, no siendo válida la de Clemente VII, á quien, para robustecer su razonamiento, llamó antipapa... Examinando después los derechos de los infantes D. Juan y D. Dionisio, y echándoles en cara una bastardía de que no estaba exento el de Avis, negó validez al casamiento del rey D. Pedro de Portugal con doña Inés de Castro, alegando otrosí las traiciones contra su propia patria que aquellos infantes habían

(1) Dice Antolínez de Burgos, al tratar de la fundación del convento de Nuestra Señora de la Merced Calzada, de Valladolid, que doña Leonor Téllez, hija de poderoso caballero de Portugal, casó con D. J. Lorenzo Vázquez de Acuña, señor de Pombeyro. Cuando ya este matrimonio había tenido un hijo, el rey D. Fernando, enamorado de la rara hermosura y de la gracia y discreción peregrinas de doña Leonor, consiguió que ésta se divorciase de su marido. D. Fernando entonces se casó con ella, y el J. Lorenzo Vázquez de Acuña se vino á Castilla por no estar á la vista de tan gran competidor; y cuéntase que todo el tiempo que vivió trajo en su sombrero un cordón cuajado de cuernecitos de plata.

Muerto el rey D. Fernando, doña Leonor volvió á Castilla al lado de su hija, casada con Juan I. Retirada en el convento de Santa Clara de Tordesillas, luego que murió el Rey, su yerno, se vino á Valladolid á unas casas que compró. En este lugar, doña Leonor se dejó mirar de un caballero llamado D. Zoilo Iñiguez, y de estos amores nació un hijo que murió niño y una hija que se llamó María. Cuando la reina murió, dejó encomendada su hija á Fernán López de la Serna, caballero de Carrión, encargándole además

hecho, hasta el extremo de desnaturalizarse alguna vez para mejor servir al extranjero» (1).

Excluídos de este modo los tres pretendientes, sólo quedaba —según Juan das Regras—el maestre de Avis.

Famosa batalla de Aljubarrota.

Pero la fuerza de las armas iba después de todo á resolver la cuestión. En la villa de *Troncoso*, entre Viseo y Almeida, pelearon castellanos y portugueses, llevando aquéllos la peor parte. Poco después se encontraron los dos ejércitos cerca de *Aljubarrota*, villa de la Extremadura portuguesa (14 de agosto de 1385). El rey de Castilla, delicado de salud, se hacía llevar en una silla; el maestre de Avis, enérgico y valeroso, animaba á los suyos. El ejército castellano, aunque mayor en número, hallábase rendido por el hambre y la fatiga; el portugués estaba descansado y con vituallas de sobra.

«Los unos—dice Mariana—peleaban por quedar señores, los otros por no ser esclavos» (2). Los portugueses ocupaban mejor posición que los castellanos para la batalla. Vencedores nuestros enemigos (3), Juan I, aunque con gran trabajo, pudo escapar del lugar del combate gracias al caballero Mendoza. Así lo cuenta aquel romance de Hurtado de Velarte:

«El caballo vos han muerto,
sobid, Rey, en mi caballo,
y si no podéis sobir,
llegad, sobiros he en brazos.
Poned un pie en el estribo
y el otro sobre mis manos,
mirad que carga el gentío:
aunque yo muera, libradvos.
Un poco es blando de boca;
bien, como á tal sofrenadlo;
afirmados en la silla,
dadle rienda, picad largo.

que en las casas de su propiedad fundase un convento de monjas. Fernán López, en vez de fundar un convento de monjas, fundó convento de frailes de Nuestra Señora de la Merced Calzada. (Véase *Historia de Valladolid*, págs. 286 y 287. Valladolid, 1887.)

(1) *Reinados de Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III*, tomo II, págs. 287 y 288.

(2) Ob. cit., libro XVIII, cap. IX.

(3) Entre los más valientes se distinguió Nuño Alvarez Pereira, nombrado después *Condestable* en premio de sus hazañas.

No os adeudo con tal fecho
á que me quedéis mirando,
que tal escatima debe
á su Rey el buen vasallo;
y si es deuda que os la debo,
non dirán que non la pago:
nin las dueñas de mi tierra,
que á sus maridos fidalgos
los dejé en el campo muertos,
y vivo del campo salgo.
A Diagote os encomiendo,
mirad por él, que es mochacho:
sed padre y amparo suyo;
y á Dios, que va en vuestro amparo.
Dijo el valiente alavés,
señor de Fita y Buitrago,
al rey don Juan el primero,
y entróse á morir lidiando.»

«Fué gran torpeza—escribe Catalina García—de los que acometieron no dar importancia á las condiciones del terreno donde entablaron la lucha, como fué loable habilidad la del condestable portugués, que escogió de antemano campo favorable á las armas. Esta batalla de Aljubarrota, así llamada por haberse dado cerca de un lugarcillo del mismo nombre, es una nueva y elocuentísima demostración de que aun en la Edad media no dependió siempre la suerte de los combates del número y valor de los combatientes, sino de otras muchas causas que los generales avisados no menosprecian, aun á riesgo de ser culpados por gente moza y aventurera. Caro costó á Castilla el aprenderlo en aquella y otras ocasiones, aunque muy pocas tan altas y justamente nombradas como ésta en que nos ocupamos» (1).

Entre otros ricos hombres y caballeros que murieron en la batalla citaremos el mayordomo mayor del Rey, Pero González de Mendoza; Diego Gómez Manrique, adelantado mayor de Castilla; Juan Fernández de Tovar, almirante; Pero González Carrillo, mariscal de Castilla; los propios parientes de Juan I, llamados Pedro y Juan, el primero hijo del marqués de Villena y el segundo hijo del conde don Tello; el conde de Mayorga, tío de la reina doña Beatriz, con otros

(1) Ob. y tomo citados, pág. 310.

caballeros portugueses, el francés Juan de Rye y algunos más de su nación (1).

Acerca del número de prisioneros no se sabe con certeza cuántos fueron; algunos historiadores dicen que 7.000 y otros 10.000 ó más. De nuestros enemigos la cifra debió ser mucho menor.

Juan I huyó á Santarón, bajó por el Tajo para ponerse en salvo en la escuadra que tenía en Lisboa y pudo llegar á Sevilla. Vistióse de luto y manifestó que su voluntad sería no dejar el duelo hasta que fuese vengada la deshonra de Castilla.

Reunió en seguida Cortes en Valladolid, en las cuales se señalaron las armas y armaduras que todo ciudadano estaba obligado á tener, así como el número de caballos que había de mantener.

Cediendo á las reiteradas instancias que se le hicieron para que dejase el luto de las vestiduras, dijo que por complacer á sus súbditos y no dar motivo de satisfacción á sus enemigos accedía á quitarse el luto exterior y aparente, mas no del todo, pues mantenía la prohibición del uso de paños de oro y seda, aljófares y piedras preciosas, salvo las personas reales y otras en casos especiales.

Guerra con Lancáster; paz.

El resultado de esta lucha animó á Inglaterra. El duque de Lancáster, acompañado de su mujer y ayudado por el rey de Portugal, penetró en Castilla, teniendo que renunciar á la conquista, después que terrible epidemia había menguado las dos terceras partes de sus tropas.

Hallándose el inglés en un pueblo de Portugal llamado *Troncoso*, recibió á los embajadores de Juan I. Estipulóse la paz mediante el matrimonio de D. Enrique, primogénito del castellano, con doña Catalina, hija del de Lancáster y de doña Constanza; señalaron á la novia por dote Soria, Atienza, Almazán y Molina; á doña Constanza dieron Medina del Campo, Olmedo y Guadalajara, y al de Lancáster una gran cantidad de dinero. Esta paz, hecha como á escondidas del rey de Portugal, enfrió las relaciones de ambos aliados.

Cortes.

Para acudir á las necesidades más precisas, en particular á lo convenido con el de Lancáster, se juntaron las Cortes de Briviesca (diciembre de 1387), á las cuales pidió el monarca un servicio extraordinario. En Bayona se firmaron y juraron las capitulaciones por el duque de Lancáster y los embajadores de Castilla. Don

(1) Entre los prisioneros que hicieron los portugueses estaba el insigne cronista López de Ayala.

Enrique y doña Catalina fueron los primeros que tuvieron el título de *príncipe* y *princesa de Asturias*, que desde entonces llevan los primogénitos de nuestros reyes.

Las Cortes de Palencia (septiembre de 1388) y las de Guadalajara (mediados de febrero de 1390) son dignas de consideración, pero más las últimas, notándose en ellas las grandes atribuciones que ejercían los diputados de las ciudades en punto á contribuciones, á los gastos de la corona, á la organización de la fuerza militar, etc. «En las leyes que dió D. Juan—dice Catalina García—con motivo de las Cortes de Guadalajara, se advierte un alto espíritu de justicia, notorio amor al bien público y también cierta tendencia que hoy llamaríamos gubernamental y oportunista, en cuanto intentaba reformar los males sin alteraciones peligrosas y aventuradas» (1).

Muerte del Rey. Encaminábase el Rey desde Segovia á Andalucía, y á su paso por Alcalá de Henares, al salir un día á caballo en compañía de D. Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, y de otros magnates, apretó las espuelas á su corcel, y tropezando éste, cayó con el monarca y le mató.

«Salió al campo por la puerta de Burgos, que está junto á palacio, acompañado de sus grandes y cortesanos. Iba en un caballo muy hermoso y lozano. Antojósele de correr una carrera: arrimóle las espuelas, corrió por un barbecho y labrado, tropezó el caballo en los saltos por su desigualdad, y cayó con tanta furia que quebrantó al Rey, que no era muy recio ni muy sano, de guisa que á la hora rindió el alma; caso lastimoso y desastre no pensado» (2).

«E era—dice el cronista Ayala—non grande de cuerpo, é blanco, é rubio, é manso, é sosegado, é franco, é de buena conciencia, é ome que se pagaba mucho de estar en consejo, é era de pequeña complisión, é avia muchas dolencias» (3).

Y el poeta Alfonso Alvarez de Villasandino, refiriéndose á la tumba de D. Juan, escribió lo siguiente:

«Aquí yace un Rey muy afortunado,
don Juan fué su nombre, á quien la ventura
fué siempre contraria, cruel, sin mesura,
seyendo él en sí muy noble, acabado,

(1) Obra y tomo citados, pág. 397.
(2) Mariana, ob. cit., libro XVIII, cap. XIII.
(3) Año XII, cap. XX.

discreto, honrador, é franco, esforzado,
católico, casto, sesudo, pacible.
Pues era en sus fechos Rey tan convenible,
que santo debiera ser canonizado.»

No terminaremos el reinado de Juan I sin decir que este monarca concluyó la fábrica del monasterio del Paular y fundó otro famoso monasterio, el de San Benito de Valladolid. Dícese que habiendo muerto Enrique II sin haber ejecutado la idea de fundar dos monasterios, uno de cartujos y otro de la Orden de San Benito, dejó encargado su cumplimiento á Juan I. Con efecto, éste, fiel observador de la última voluntad de su padre, erigió los citados monasterios.

El primero fué fundado en unas casas de la pertenencia del Rey, próximas á una ermita de Nuestra Señora del Paular, en las pintorescas gargantas de la serranía de Segovia, y el segundo en su propio alcázar de la ciudad de Valladolid.

Enrique III el Doliente: Consejo de regencia.

Enrique III *el Doliente* (1390-1406) heredó la corona cuando contaba once años de edad. Componían el Consejo de regencia el marqués de Villena, los arzobispos de Toledo y de Santiago, el maestre de Calatrava, algunos ricos hombres y caballeros y ocho procuradores de las ciudades y villas. El primero que se marchó desabrido de la corte fué el arzobispo de Toledo; luego, la rivalidad entre el duque de Benavente y el arzobispo de Santiago fué causa de que ambos abandonasen la corte y la regencia. A las cartas del Rey llamando á los tres, los dos últimos casi se vinieron á partido; pero no el tenaz D. Pedro Tenorio, que ni escuchaba consejos ni razones. Ya amenazaba un rompimiento, cuando se convino que á los seis tutores y gobernadores designados en el testamento del rey D. Juan, que eran el marqués de Villena, los arzobispos de Toledo y Santiago, el maestre de Calatrava, el conde de Niebla y D. Pedro de Mendoza, se agregasen el duque de Benavente, el maestre de Santiago D. Fadrique y el conde D. Pedro, hijo del dicho maestre. Este Consejo funcionaba en Madrid, no sin disidencia de algunos de sus individuos.

Paz con otros reinos.

Más feliz Enrique III en las relaciones exteriores, vió cómo Abu-Abdállah-Yúsuf solicitaba la continuación de la tregua ajustada por su padre con los reyes de Castilla, recibió cartas consoladoras de Clemente VII y consiguió la amistad de Carlos VI de Francia, de Carlos *el Noble* de Navarra, de Juan I de Aragón y del duque de Lancáster.

Cortes de Burgos. En las Cortes de Burgos de 1392 sufrió el Consejo de regencia una pequeña reforma, en virtud de la cual pudo conseguir el arzobispo de Toledo lo que con tanto tesón había anhelado: su preeminencia en aquel alto cuerpo. «Todo se enderezaba á contentalle, como dice Mariana, para que no revolviese la feria.»

Expiraba el tiempo de las treguas asentadas con Portugal; pero, aunque deseaba alargarlas el castellano, no dió oídos á la demanda aquel orgulloso monarca (1393). Sin embargo, tanto rogó Enrique III, que al fin se firmaron las capitulaciones. «Estas capitulaciones parecían muy aventajadas para Portugal, menguadas y afrentosas para Castilla; pero es gran prudencia acomodarse con los tiempos, que en Castilla corrían muy turbios y desgraciados, y llevar en paciencia la falta de reputación y desautoridad cuando es necesario, es muy propio de grandes corazones» (1).

El Rey mayor de edad. Ante la división de los regentes y la situación lastimosa del reino, pasadas las revueltas del duque de Benavente y las prisiones momentáneas del arzobispo de Toledo y de D. Juan de Velasco, convocó el Rey Cortes generales en Madrid. Declaró á la asamblea que, habiendo llegado á los catorce años, tomaba la dirección y regimiento del reino. Acto continuo, celebráronse sus bodas con doña Catalina de Lancáster. Aunque el duque de Benavente, ayudado de otros nobles, seguía en su actitud perturbadora, luego que vió al monarca preparar dos mil lanzas para tener á raya á los osados magnates, tomó mejor acuerdo y vino á la corte.

Guerra de Juan del Sayo. Una loca aventura puso en peligro la paz entre Enrique III y Abu-Abdállah-Yúsuf. Es el caso que el maestre de Alcántara, D. Martín Yáñez de la Barbuda, oriundo de Portugal, fanatizado por un eremita llamado *Juan del Sayo*, retó al de Granada, mandándole á decir que la ley de Mahoma era falsa y engañosa. No escuchó el maestre los consejos de los hermanos Alonso y Diego Fernández de Córdoba, señores de Aguilar, y, penetrando en territorio granadino, puso cerco á la torre de Egea. Le mataron tres hombres é hirieron al mismo maestre. Entonces dijo D. Martín Yáñez al ermitaño: «Amigo mío, ¿no decías que en esta campaña no moriría ninguno de los que conmigo vinieran?—Verdad es que lo dije, respondió; pero esto se entiende cuando se dé la verdadera batalla.» El granadino cayó sobre la pequeña hueste é hizo terrible carni-

(1) Mariana, *Historia de España*, libro XVIII, cap. XVII.

cería, muriendo el mismo maestre (1). Hubiera comprometido este hecho la paz entre Castilla y Granada, si Enrique III no hubiese dado cumplida satisfacción á Yúsuf.

Sujetos los revoltosos nobles, sin los cuidados que le proporcionaba la reina doña Leonor de Navarra, que entonces marchó á unirse con su esposo Carlos *el Noble*, y renovadas las treguas con Mohámed VI de Granada, sucesor de su padre Yúsuf, parecía que Enrique III podía descansar tranquilo después de tantos torbellinos y de tantas tempestades.

Guerra con Portugal. Cuando el castellano pensaba dedicarse al buen régimen de sus Estados, el portugués se apoderó por sorpresa de *Badajoz*. Encendióse la guerra con igual arrojo; pero como por una y otra parte resultaban pérdidas y ganancias, templáronse los ánimos y con mejor acuerdo se confirmaron las treguas pasadas (1398).

Pobreza del Rey. Cuentan algunos historiadores un hecho del reinado de Enrique III que, en nuestro sentir, debe ser calificado de pura novela. Dicen que, hallándose en Burgos el monarca al principio de su reinado, era tal su pobreza que, volviendo un día de caza, se encontró sin comida dispuesta. Preguntada la causa, el despensero respondió que no sólo le faltaba el dinero, sino también el crédito. El Rey mandó empeñar su propio gabán, y con su producto y con las codornices que él traía le aderezaron la comida Supo en tanto que era mucha la holgura con que vivían los grandes, y que en aquella misma noche se juntaban éstos en el palacio del arzobispo de Toledo para celebrar suntuoso banquete. Llegada la noche, Enrique III, tomando un disfraz, vió por sus mismos ojos la opípara mesa y los regalados manjares. Salió de allí, y al día siguiente hizo correr por Burgos la noticia de que estaba enfermo y deseaba hacer testamento. Acudieron los cortesanos y esperaron en una sala. Entró el Rey, ocupó el trono, y con semblante severo les preguntó cuántos reyes habían conocido en Castilla. D. Pedro Tenorio contestó que

(1) El cuerpo del maestre, con licencia de los moros, fué llevado á Alcántara y sepultado en la iglesia mayor de Santa María, en un lucillo, y en él una inscripción que él mismo se mandó poner:

Aquí yace aquél en cuyo corazón nunca el pavor tuvo entrada.

Cierto caballero refirió este letrero al emperador Carlos V, que, según dicen, respondió: *Nunca ese fidalgo debió apagar una candela con los dedos.* (Mariana, *Historia de España*, libro XIX, cap. III.)

cuatro, y los demás respondieron á este tenor, diciendo el que más que había conocido cinco. El Rey replicó entonces: «¿Cómo es que siendo algunos de vosotros ancianos no habéis conocido más que cinco, cuando yo siendo tan joven he visto más de veinte? Sí, vosotros sois los verdaderos reyes de Castilla, puesto que disfrutáis las rentas y los derechos reales, mientras yo, despojado de mi patrimonio, carezco de lo necesario para mi sustento.» Habiendo dicho esto, mandó entrar al verdugo Mateo Sánchez y á seiscientos guardias, llevando aquél el tajo, el cuchillo y los demás instrumentos de su oficio. Los magnates temblaron de miedo y arrodillados pidieron clemencia. Perdonólos el monarca; mas los tuvo encerrados dos meses hasta que entregaron los castillos que tenían á su cargo y restituyeron las rentas reales cobradas en otro tiempo. De severidad semejante y aun mayor añádese que usó en Sevilla en las revueltas que traían los dos bandos, capitaneados el uno por el conde de Niebla y el otro por el conde Pedro Ponce.

El cisma de la Iglesia. En la cuestión del cisma de la Iglesia, Enrique III siguió la conducta de los monarcas de Francia y Aragón; esto es, se separó de la obediencia del antipapa Benito XIII.

Comienza la conquista de las Canarias. En este reinado, y con la protección del monarca, Juan de Bethencourt, señor de Bethencourt y de Granville, vástago ilustre de una de las familias más nobles de la antigua Normandía, comenzó la conquista de las islas *Canarias* (1402). Lucharon los canarios heroicamente por su independencia, cayendo, después de noventa y cuatro años, bajo el poder de los Reyes Católicos. Desde el año 1496 las Canarias formaron parte de la monarquía de D. Fernando y doña Isabel.

Guerra con Granada. La paz que disfrutaba Castilla la turbó Mohámed VI de Granada, violando la tregua, tal vez noticioso de los padecimientos y grave enfermedad de Enrique III. Invadió á sangre y fuego el territorio de Baza, dándose la batalla en el sitio llamado de los *Callejares*.

Muerte de Enrique III. Murió Enrique III *el Doliente* en Toledo (1406), con gran sentimiento de sus súbditos. Suyo es aquel dicho: *Más temo las maldiciones del pueblo que las armas de los enemigos.*

El fraile franciscano Alonso de Espina, en su libro (escrito en el año 1459), y que se intitula *Fortalitium Fidei*, dijo, tal vez sin fundamento alguno, que Enrique III murió de veneno, dado por el

hebreo D. Mayr Al-Guades, natural de Segovia y médico que había sido del mencionado Rey (1).

Veamos cómo refiere el hecho el citado Fr. Espina. Dice, y esta noticia debe de ser cierta, que poco después de la muerte de don Enrique III, siendo obispo de Segovia D. Juan Velázquez de Tordesillas, se promovió en esta ciudad descomunal tumulto contra los hebreos, reconociendo por causa, como tantas veces, denunciados sacrilegios con una hostia consagrada. Corrió la voz de que un israelita había comprado de un sacristán una hostia, y que al tratar de injuriarla en la Sinagoga se habían verificado aterradores milagros. El prelado Velázquez hizo prender al judío, quien, puesto en tormento, hubo de denunciar como cómplices á muchos de los correligionarios, entre ellos á D. Mayr.

Preso el ilustre médico y sometido también á tormento, le hubieron de preguntar si, como pregonaba la voz pública, había dado un veneno á Enrique III con ánimo de causarle la muerte. Cuéntase—y trazas tiene de cuento el relato—que D. Mayr, vencido por el dolor, hizo confesión afirmativa. En su virtud, fué condenado á muerte; pena que sufrió con los otros judíos acusados de complicidad en el sacrilegio.

Añádese que igual castigo se impuso á otros israelitas denunciados á causa de haber echado veneno en la comida del obispo Velázquez.

«Con ocasión de este suceso—escribe Fernández y González—fué convertida en iglesia, conservada hoy bajo la advocación del *Corpus Christi*, la Sinagoga teatro del sacrilegio, uno de los templos más suntuosos y antiguos que tuvieron los israelitas en España.»

La narración de Fr. Espina fué recibida por otros escritores de autoridad escasa; pero nada dicen del particular los cronistas de Enrique III ni los de Juan II, ni Pero López de Ayala, ni ninguno de los autores de nota.

Los historiadores judíos Samuel Usque y Josef Ha-Cohen escribieron que, después de la muerte de D. Mayr, se mostró claramente su inocencia.

Tiempo adelante, Isaac Cardoso, médico de Felipe IV y panegirista de Lope de Vega, relegó á la fábula la especie de que D. Mayr

(1) Tuvo Enrique III dos médicos israelitas: D. Mayr Al-Guades y D. José ben Zarzal Distinguióse el primero por sus profundos conocimientos y tradujo (1405) el libro de *Las Reglas de Aristóteles* en lengua santa.

había dado un tósigo al valetudinario Enrique III que le ocasionó la muerte.

Acerca de este mismo asunto el editor valentino del P. Mariana dice: «En mi juicio es una de aquellas calumnias fabulosas que forjó el vulgo por el odio que tenía á la nación judía» (1).

Granada: Mohámed V, Abu-Abdállah-Yúsuf y Mohámed VI.

Mohámed V (1354-1391) (2) vivió aparentemente en buenas relaciones con Enrique II y Juan I de Castilla. Caritativo y benéfico, fundó un hospital (1367) en el barrio de Hajeriz, á la derecha del Darro. Granada no tuvo después que él un monarca más bueno y más grande.

Su hijo Abu-Abdállah Yúsuf II (1391-1396) continuó la política pacífica de su padre, siendo por ello censurado por los faquíes intolerantes y fanáticos. Sin embargo, como antes se dijo, venció á D. Martín Yáñez de la Barbuda, maestre de Alcántara, y se preparó á la guerra con Enrique III *el Doliente*, viniendo al fin á un acomodo por las pacíficas disposiciones del monarca castellano. Mohámed VI (1396-1408), hijo segundo de Abu-Abdállah Yúsuf se hizo proclamar rey de Granada, encerrando á su hermano mayor Yúsuf en la fortaleza de Solobreña. Mohámed VI renovó los conciertos que su padre y antes su abuelo habían hecho con los soberanos de Castilla. Cediendo luego á las predicaciones de los faquíes comenzó con varia fortuna la guerra con los cristianos. Sucedióle en el trono su hermano Yúsuf III (1408-1423).

(1) *Historia general de España*, VI, pág. 265. — Véase Fernández y González, *Ordenamiento formado por los procuradores de las aljamas hebreas pertenecientes al territorio de los Estados de Castilla en la Asamblea celebrada en Valladolid el año 143*, págs. 20 á 252. — También la obra de este mismo escritor intitulada *Instituciones jurídicas del pueblo de Israel*, tomo I, págs. 277 y 278, nota.

(2) Recuérdese lo que se dijo de este rey en el capítulo XII.

XIV

Jaime II *el Justo:* su coronación.—Relaciones de Jaime II con otros monarcas.—Paz de Agnani.—Política de Jaime II respecto á Sicilia.—Guerra de Jaime II con su hermano D. Fadrique.—Paz entre D. Fadrique y sus enemigos.—Expedición á Oriente de catalanes y aragoneses.—Jaime II en lucha con los nobles.—Conquista de Cerdeña y Córcega.—Los templarios en Francia.—Expulsión de los templarios en Aragón.—Muerte de Jaime II.—Alfonso IV *el Benigno:* su coronación.—Guerra con Génova.—Perturbaciones en el reino.—Muerte de Alfonso IV.

Jaime II el Justo: su coronación.

Pocos días después de la muerte de Alfonso *el Liberal* (17 de junio de 1291) se presentó en Mesina numerosa y distinguida embajada de aragoneses, catalanes y valencianos para anunciar á D. Jaime que Aragón, Cataluña y Valencia le esperaban para jurarle rey. Jaime II (1291-1327), después de reunir el parlamento de Sicilia, para notificarle que dejaba por lugarteniente de este reino á su hermano D. Fadrique, se embarcó (22 de julio) con dirección á las Baleares, llegando allí (6 de agosto) y recibiendo el homenaje de la ciudad y reino de Mallorca. Continuó su viaje á Barcelona, donde desembarcó (16 de agosto) y juró los usatges y costumbres de los catalanes, marchando á Zaragoza y siendo recibido (17 de septiembre) con grandes demostraciones de regocijo.

Reunidas las Cortes, celebróse la fiesta de su coronación el 24 del citado mes, en la iglesia de San Salvador, jurando el Rey y confirmando los privilegios concedidos al reino por sus predecesores, según costumbre. Protestó «que no tomaba la possessión destos reynos y señoríos, como heredero del rey D. Alonso su hermano; porque dejaba ordenado que el infante D. Fadrique sucediesse en el reyno de Sicilia, y él pretendía suceder en todo como hijo primogénito...» (1).

(1) Zurita, *Anales*, etc., parte I, libro IV, cap. CXX, pág. 348 v.ª

Relaciones de Jaime II con otros monarcas.

Recibió las embajadas del rey moro de Granada y del sultán de Tlémecen, que se le presentaron solicitando paz y alianza; firmó treguas con la señoría de Génova, y se dispuso á negociar sincera y sólida amistad con Castilla.

En efecto, Jaime II y Sancho *el Bravo* se avistaron entre Ariza y Monteagudo, donde firmaron un tratado de paz, que se sancionó concertándose el matrimonio del aragonés con Isabel, hija de Sancho IV y de doña María de Molina, y que á la sazón sólo tenía ocho años de edad.

Paz de Agnani.

Jaime II retenía la corona de Sicilia contra lo estipulado en Tarascón (1). Para arreglar asunto de tanta importancia celebraron una entrevista Jaime II y Carlos de Anjou, en la cual prometió el aragonés, conformándose con lo dispuesto en Tarascón, hacer todo lo que estuviese en su mano para que su hermano Fadrique ó Federico y su madre Constanza abandonaran á Sicilia y la dejasen á la casa de Anjou. Semejante acuerdo fué notificado por Jaime II á su madre y hermano.

Tal estado de cosas y cada vez más tirantes las relaciones entre Francia y Aragón, cuando parecía que la guerra iba á decidir si el reino de Sicilia debía ser de Carlos de Anjou ó de D. Fadrique, firmóse la paz de Agnani por la mediación del papa Bonifacio VIII. Las capitulaciones que se acordaron en Agnani entre el Papa, Carlos, rey de Nápoles, y los embajadores de Aragón y Francia, fueron éstas: Jaime II de Aragón había de contraer matrimonio con Blanca, hija de Carlos II de Nápoles (2); restituiría á la Santa Sede el reino de Sicilia, salvo los derechos del monarca napolitano; si los sicilianos no viniesen á este acuerdo, el rey de Aragón mandaría fuerzas para contenerlos; el rey de Francia y su hermano Carlos renunciaban sus derechos al reino de Aragón.

A estas públicas declaraciones se añadieron dos artículos secretos: por el primero, Jaime II, en cambio de su derecho al reino de Sicilia, recibiría del Papa las islas de Cerdeña y Córcega, y por el segundo, el de Aragón ofrecía al de Francia cuarenta galeras para que le ayudasen en la guerra que tenía con Inglaterra.

(1) Véase cap. IX de este tomo.

(2) Para la realización de este matrimonio, el Papa disolvía, por causa del parentesco, el concertado ya por el aragonés con doña Isabel de Castilla.

Política de Jaime II respecto á Sicilia.

Lo difícil en esta paz era cumplir lo que á Sicilia se refería, porque el infante D. Fadrique, á quien el rey su hermano dejó el gobierno, no se hallaba dispuesto á obedecer. En una entrevista que tuvieron el Papa y D. Fadrique, cerca de Velitre, el primero, fingiendo cariñosa solicitud al segundo, le dijo: «Bien se conoce, gentil mancebo, que desde niño estáis acostumbrado á llevar el peso de las armas.»

Iba el infante acompañado de Juan de Prócida y del almirante Roger de Lauria. Encarándose Bonifacio VIII con Roger, le preguntó: «¿Sois vos el enemigo tan terrible y el adversario tan formidable de la Iglesia y por quien tanta gente ha perdido la vida?—Padre Santo, respondió el almirante, porque los Papas lo han querido.»

Como el Papa y D. Fadrique no pudieron entenderse, todo parecía indicar un rompimiento. D. Fadrique envió una embajada á su hermano Jaime II para protestar contra el tratado de Agnani; pero el aragonés contestó terminantemente que había cedido la Sicilia á su suegro Carlos por mediación del Papa. Uno de los embajadores, Cataldo Rosso, le respondió entre otras cosas:

«¡Conque en vano ha sido sostener grandes guerras, verter tanta sangre y ganar tantas batallas, si al fin los mismos defensores que elegimos, á quienes juramos nuestra fe y por quien con tanto tesón hemos combatido, nos entregan á nuestros crueles enemigos!

. . . . . .

»Los pueblos de Sicilia no son un vil rebaño que se compra y se vende por interés y dinero. Buscamos á la casa de Aragón para que fuese nuestra protectora, le juramos vasallaje y con su ayuda arrojamos de la isla á los tiranos y castigamos sus atrocidades. Si la casa de Aragón nos abandona, nosotros alzamos el juramento de fidelidad que le hicimos y sabremos buscar un príncipe que nos defienda: desde este momento no somos vuestros, ni de quien vos queréis que seamos; mandad que se nos entreguen las fortalezas y castillos que se tienen por vos ahora, y libres y exentos de todo señorío, volveremos al estado en que nos hallábamos cuando recibimos por rey á D. Pedro vuestro padre.»

Diciendo esto, Cataldo Rosso y sus compañeros salieron para Sicilia á dar cuenta de su comisión.

Aunque el Parlamento congregado en Palermo (15 de enero de 1296) aclamó entonces rey de Sicilia á D. Fadrique, la noble y simpática causa de los sicilianos sufrió rudo golpe con la traición de Juan

de Prócida y de Roger de Lauria, que se unieron al Papa y al aragonés.

Jaime II, habiendo sido nombrado por Bonifacio VIII su ganfalonero, ó general en jefe de los ejércitos pontificios, marchó á Roma (1297) á tomar posesión de su cargo y también con objeto de asistir á las bodas de la infanta Violante con Roberto, duque de Calabria, hijo de Carlos II de Nápoles y heredero de los reinos de Jerusalén, de Nápoles y de Sicilia. Allí también el Papa concedió al rey de Aragón y á sus descendientes la investidura de las islas de *Córcega* y *Cerdeña*, según lo dispuesto en la estipulación secreta de Agnani. Jaime II, pues, tras largas luchas de sus predecesores con Roma, se ligaba ahora con el Papa y se comprometía á pelear contra su propio hermano.

Guerra de Jaime II con su hermano Fadrique.

Volvióse Jaime II á Cataluña, donde se preparó á la guerra contra su hermano Fadrique. Jaime II, con la flota del almirante Lauria, marchó á Italia, llegó á Ostia, pasó á Roma, donde recibió con toda solemnidad de manos del Papa el estandarte de la Iglesia, siguió á Nápoles y allí se reunió con el ejército del rey Carlos. El ejército de los aliados se apoderó de varios lugares fuertes de Calabria, encontrando tenaz resistencia en *Siracusa*. En esta ciudad Fadrique y los sicilianos pelearon valerosamente é hicieron que se alzase el sitio. El aragonés, con no poca mengua de su fama, tuvo que retirarse á sus Estados (enero de 1299).

Habiendo aparejado nueva flota Jaime II, acompañado del almirante Roger, tomó el derrotero de Sicilia, llegando con sus galeras al cabo de Orlando, donde Conrado de Oria se presentó con la armada de D. Fadrique. El combate fué sangriento, cayendo prisionero el almirante Conrado de Oria. Era el 4 de julio de 1299. Federico fué vencido, pero luchó con bravura.

Jaime II, y particularmente Roger de Lauria, se cubrieron de gloria.

Dos días después del combate—escribe un cronista—Jaime II exclamó: «Harto hemos hecho contra un hermano, y ya sin mí podrán mis aliados lograr el fruto de esta victoria», y se volvió á sus Estados.

Don Fadrique, aunque vió que sus enemigos se apoderaban de algunas plazas de su reino, no perdió el ánimo, alentado por el amor que le tenían los sicilianos. Por su parte, Roger de Lauria tampoco desistía de su empresa, y con verdadero tesón continuó la guerra.

Favorable fué unas veces á Federico y adversa otras. Si D. Fadrique logró en el campo de *Falconera* (1.° de diciembre de 1299) coger prisionero á Felipe de Anjou, príncipe de Tarento, en cambio Roger de Lauria derrotó, si bien con fuerzas superiores, la escuadra siciliana en *Ponza*.

Carlos de Valois, hermano del rey de Francia, y de quien se trató en el capítulo IX de este tomo, invadió la Sicilia con poderosas fuerzas; mas D. Fadrique, ayudado de Roger de Flor y Berenguer de Entenza, detuvo á los franceses ante Sciacca.

Cansados todos de guerra tan larga y desastrosa, Carlos de Valois hizo proposiciones de paz, que aceptó D. Fadrique.

Paz entre D. Fadrique y sus enemigos.

Estipulóse que D. Fadrique sería rey de Sicilia durante su vida. A la muerte de D. Fadrique le heredaría el rey Carlos ó sus descendientes; que casaría con Leonor, hija del rey Carlos de Nápoles; que daría libertad al príncipe de Tarento; que se entregarían mutuamente las poblaciones de Sicilia y de Calabria que se hubiesen tomado; que se canjearían los prisioneros de ambas partes; que el conde de Valois y el duque de Calabria procurarían que el Papa, el Colegio de cardenales y el rey Carlos aceptaran y confirmaran estas condiciones; que el rey Carlos negociaría para que el Papa diese á D. Fadrique la conquista y el derecho del reino de Cerdeña, ó del de Chipre, ó de otro cualquiera; que si en el término de tres años no obtenía D. Fadrique alguno de estos reinos, él, y después de su muerte sus hijos, retendrían toda la Sicilia.

Tales fueron las condiciones de paz del tratado de Caltabellota (24 de agosto de 1302). Por él, la nobleza y el valor de D. Fadrique de Aragón y de los sicilianos encontraron la debida recompensa. Por lo que respecta á Roger de Lauria (murió en febrero de 1304), la gloria que adquirió en sus primeros años peleando contra los franceses y el Papa la empañó luego poniéndose al lado de éstos.

Expedición á Oriente de catalanes y aragoneses.

Digna es de notarse y aun de grabarla en mármoles y bronces la expedición de catalanes y aragoneses al Imperio griego. Firmada la paz, de la que acabamos de dar noticia, los aragoneses y los catalanes que se encontraban en Sicilia, no bien hallados con el reposo, formaron una hueste y marcharon á Grecia y Turquía, conducidos por el aventurero Roger de Flor, natural de Brindis (Nápoles), hijo de una italiana y del alemán Ricardo de Flor. Llegaron á Constantinopla (septiembre de 1303),

llamados por el emperador griego Andrónico para que le ayudaran á defender sus estados de los ataques de los turcos (1). Roger de Flor mostró el valor de su brazo en la Natolia, en Frigia, en Filadelfia y en el Monte Tauro, y volviendo á Constantinopla apagó algunas turbaciones interiores.

En esto volvió de Sicilia el valeroso catalán Berenguer de Entenza al frente de pocas pero aguerridas tropas. El emperador Andrónico dió á Roger de Flor el título de *César* y á Berenguer el de *Gran Capitán*. Roger y Berenguer se fueron á invernar á Gallipolli.

Los inconstantes griegos comenzaron á mirar con malos ojos á los caudillos, hasta el punto que el mismo hijo primogénito del emperador, Miguel Paleólogo, cometió la infamia de hacer degollar á Roger de Flor y á más de cien caballeros y capitanes catalanes y aragoneses en un convite que les dió en su palacio de Andrinópolis. Era Roger, si de semblante áspero, de alma ardiente y tan liberal que con sus dádivas se granjeó muchos y buenos amigos (2).

Un ejército fué después á sorprender á los españoles á Gallipolli; pero Berenguer de Entenza se hizo fuerte en el arrabal. Dejando luego la gente de Gallipolli á cargo de Berenguer de Rocafort, Berenguer de Entenza salió á retar al emperador Andrónico, llevó la guerra hasta las mismas puertas de la capital y destrozó una flota mandada por un hijo del Emperador. Unas galeras genovesas fingieron causa común con Berenguer de Entenza; mas cuando éste dormía en la nave capitana, fué hecho prisionero y pasados á degüello más de doscientos españoles.

Berenguer Rocafort se dispuso á vengar ahora la muerte de Roger de Flor y la prisión de Berenguer de Entenza. Hizo un estandarte con la imagen de San Pedro, y enarbolando la bandera de San Jorge con las armas reales de Aragón y de Sicilia, salió á campaña, venció en dos batallas y se apoderó de la ciudad de *Rodosco*, donde mandó pasar á cuchillo á sus habitantes, vengándose con crueldad superior á la que con él y los suyos habían usado. Desde entonces quedó por refrán el dicho de «*la venganza de los catalanes te alcance*». Berenguer de Entenza, habiendo recobrado su libertad, volvió á Gallipolli, donde encontró ruda oposición por parte de Rocafort.

(1) Entre aquellos voluntarios se hallaba Ramón Muntaner, cronista de expedición tan famosa.

(2) Un escritor francés dice que á ninguno le cuadró mejor la siguiente frase italiana: *Galantuomo, ma un poco ladrone.*

Llegó á la sazón D. Fernando, mandado por su primo Fadrique de Sicilia. Los dos jefes obedecieron á D. Fernando, mas luego los soldados de Rocafort asesinaron á Berenguer de Entenza. El infante D. Fernando, hecho prisionero por una escuadra del rey Carlos de Nápoles, fué llevado á esta ciudad, mientras otra escuadra francesa se apoderó de Berenguer de Rocafort, el cual murió de hambre y de miseria en un castillo de Nápoles.

Los intrépidos catalanes y aragoneses, cuando se quedaron sin jefe, entraron al servicio del conde Gualter de Brena, que acababa de heredar el ducado de Atenas y, pasando á Macedonia, conquistaron muchas ciudades; luego atravesaron las Termópilas y se dirigieron á Atenas, y como el duque, pesaroso de haberlos recibido, tratara de deshacerse de ellos, fué vencido y muerto en la refriega.

Dueños de Atenas, nombraron por capitán á Roger de Essauro y ofrecieron el ducado á D. Fadrique de Sicilia, quien lo aceptó, uniéndose de este modo á la corona siciliana. Si la memorable expedición de aragoneses y catalanes, que tuvo lugar desde el año 1302 hasta el 1313, no debe incluirse como parte interesante en la historia de aquellos pueblos, digna será siempre de fama y recordará la retirada de los *diez mil griegos*, que inmortalizó la elegante pluma de Jenofonte.

Jaime II en lucha con los nobles.

Continuando el relato de la historia de Jaime II, se dirá que los nobles se confederaron en forma de *Unión* (1301) ó hicieron correrías por los lugares y términos de Zaragoza; pero en las Cortes generales el justicia falló en favor del Rey, y los ricos hombres fueron castigados.

Aliados Jaime II y Fernando IV de Castilla, pelearon con los moros, encargándose aquél de poner cerco á *Almería*.

Conquista de Cerdeña y Córcega.

En el año 1323, la escuadra de D. Jaime se dió á la vela para la conquista de *Córcega* y *Cerdeña*, por tanto tiempo aplazada y diferida. Los príncipes de Italia miraron con recelo tan formidable aparato, porque «el mundo temblaba, dice Muntaner, cada vez que el águila de Aragón se preparaba á alzar el vuelo».

Alfonso, hijo del aragonés, se dispuso á conquistar á Cerdeña. Su padre, después de besarle y de bendecirle, añadió: «¡Hijo, cuando estéis en la batalla, sed el primero en acometer con vigor y fortaleza! ¡O morir ó vencer, hijo! ¡O vencer ó morir!» Cerdeña cayó en poder de Aragón (1324).

Tiempo adelante también pasó Córcega al dominio de Aragón.

Los templarios en Francia.

Daremos fin á este reinado con la expulsión de la Orden de los templarios. Felipe IV *el Hermoso*, rey de Francia, dispuso que en el día 13 de octubre de 1307 todos los caballeros y religiosos de la Orden que existiesen en sus Estados fuesen reducidos á prisión.

«Achacábanles—dice Mariana—delitos nunca oídos, no tan solamente á algunos en particular, sino en común á todos ellos y á toda su religión» (1).

«Se divulgó—añade Zurita—que estaban muy infamados de haber cometido delitos de herejía, y otros pecados nefandos y muy enormes y abominables, y que habían profanado su misma religión y costumbres y hacían una sacrílega profesión con detestación de nuestra Santa Fe Católica» (2).

La «Orden de los hermanos pobres del templo de Jerusalén», fundada en 1118, tomó de la de los hospitalarios de San Juan, fundada en 1099, el deber de cuidar á los pobres y á los enfermos, imponiéndose también la obligación de defender y amparar á los peregrinos en el camino á la Ciudad Santa.

Al poco tiempo de su fundación logró tener tanto renombre, que adquirió cuantiosos bienes y muchas rentas. Bernardo, abad de Claraval, fué protector decidido de los templarios y contribuyó á que en el Concilio de Troyes (1129) se fijara la regla de la Orden.

Si es cierto que los *Hermanos pobres del templo de San Juan* prestaron excelentes servicios á la Iglesia, y si es cierto que con harta frecuencia mostraron su valor guerrero, no debemos pasar en silencio, entre otras cosas dignas de censura, su excesiva codicia y su deseo cada vez mayor de riquezas.

La Orden fletaba barcos, no sólo para transportar millares de peregrinos á Palestina y para introducir sin pago de derechos los artículos necesarios para sus atenciones, sino para dedicarse á especulaciones en grande escala.

«Su casa principal de París, el Temple—escribe el Dr. Prutz,—se convirtió en una especie de Bolsa internacional, donde hacían sus liquidaciones los comerciantes de los países entre sí más distantes: hasta los mismos príncipes se valían de ella, pues los reyes de Francia depositaban allí sus tesoros y verificaban en ella los cobros y los

(1) *Historia general de España*, libro XV, cap. X.
(2) *Anales*, etc., parte I, libro V, cap. LXXIII, pág. 428.

pagos. La Orden no hacía naturalmente todos estos negocios por simple amor al prójimo y sin ganancia alguna para ella: entonces el dinero tenía aún más atractivos que actualmente, pues su poder era mayor que el que hoy en día tiene. La Orden de los templarios, que era una potencia militar y una acaudalada propietaria con la cual nadie podía competir, vino á ser de esta suerte también una gran potencia financiera, cuyo favor imploraban los reyes que eran de ella deudores. El mismo Felipe IV experimentó esta importancia de la Orden» (1).

Cuando se perdieron los Santos Lugares, las cosas cambiaron por completo. Ya no podían emprender grandes y lucrativos negocios so capa de emplearlos en asuntos de su instituto. Es de notar que desde la caída de San Juan de Acre (1291) hasta la supresión de la Orden (1307), ésta adquirió unas 1.500 propiedades; pues si en 1291 poseía 9.000 de las llamadas casas *(manoirs)*, en 1307 contaba con 10.500.

Las inmensas riquezas que poseía la Orden en Francia y la parte que tomó en favor de Bonifacio, y en contra, por consiguiente, de Felipe *el Hermoso*, contribuyeron á la enemiga de este monarca contra una institución tan arrogante como poderosa.

A la muerte de Bonifacio VIII (1303) fué elegido papa Benedicto XI, que murió en 1304, subiendo al trono pontificio, después de un año de interregno, Clemente V (1305-1314), antes Bertrán de Goth, arzobispo de Burdeos, que fijó su residencia en la ciudad de Aviñón. Si Bonifacio VIII había sido más amigo de los templarios que de Felipe *el Hermoso*, Clemente V tenía más simpatías por el rey de Francia que por los *Hermanos pobres del templo de Jerusalén.*

Sin embargo, mientras que el Papa meditaba arreglar pacíficamente el asunto, Felipe, siguiendo los consejos de su canciller Nogaret, expidió una orden, en la cual se disponía que el 13 de octubre de 1307 fuesen presos á la misma hora todos los miembros de la Orden de los templarios que residiesen en Francia. Entre los que fueron arrestados en el Temple de París se encontraba el maestre Jacobo de Molay.

En tanto que Clemente V disponía que en todas las naciones se instruyese el proceso de la Orden y reunía el Concilio de Viena (XV de

(1) *Historia de los Estados de Occidente durante la Edad media desde Carlomagno hasta Maximiliano*, pág. 320.

los ecuménicos) en el año 1311, donde se decretó la completa extinción de los templarios, Felipe *el Hermoso* condenaba á muerte á los que se declaraban culpables, los cuales atados cada uno á una estaca eran quemados á fuego lento en el sitio que hoy se llama Vincennes. Dos años y medio después el rey Felipe hizo quemar al maestre Jacobo de Molay, que murió protestando de su inocencia, y á algunos más (18 de marzo de 1313).

No cabe duda alguna que la relajación de costumbres en los templarios, y muy especialmente en los de Francia, era mucha; pero también habremos de repetir que contribuyó más que todo á la perdición de ellos las inmensas riquezas que poseían y de las cuales hubo de aprovecharse Felipe IV. Añadiremos á todo esto que el rey de Francia se valió de malos medios para descubrir y castigar á los templarios.

«Hay quien pretende—escribe el Dr. Prutz—que Jacobo de Molay, al verse en la hoguera, emplazó al Rey y á su cómplice Clemente V para comparecer al cabo de un año ante el tribunal de Dios, y con esto cuento enlaza el vulgo las muertes de uno y otro, acaecidas la del Papa en 20 de abril de 1314 y la de Felipe en 29 de noviembre del propio año en Fontainebleau. En la cacoquimia de que se vió el Rey atacado y en los disgustos que experimentó en el seno de su familia vieron otros el castigo del cielo por el crimen cometido contra la Orden de los templarios. Por vez primera ha podido la era moderna rechazar estas preocupaciones y ver en aquel déspota tenaz y violento á un soberano perspicaz, enérgico, dotado de un vivo sentimiento nacional y penetrado de la dignidad y de los derechos del Estado; hombre que supo conocer quiénes eran los enemigos más temibles del Estado y de la Monarquía francesa y atacarlos con tanta energía como buen éxito» (1).

La conducta seguida por Felipe IV con los templarios fué imitada cuatro siglos y medio después por los reyes de la casa de Borbón con la Compañía de Jesús.

Expulsión de los templarios en Aragón.

Felipe IV se dirigió á Fernando IV de Castilla y á Jaime II de Aragón para que hiciesen en sus respectivos Estados lo mismo que él había hecho en Francia; pero el aragonés se negó á tal demanda, y como después recibiese mandamiento de Clemente V para la supresión de la Orden, mandó

(1) Ob. cit., pág. 326.

reunir un Concilio provincial en Tarragona. Reunióse en la iglesia del Corpus Christi de dicha ciudad, en cuyo Concilio, después de guardadas todas las formalidades de derecho, se pronunció sentencia definitiva (4 de noviembre de 1312), declarándolos inocentes en los términos que expresa la relación del acta, que dice:

«Por lo que, por definitiva sentencia, todos y cada uno de ellos fueron absueltos de todos los delitos, errores ó imposturas de que eran acusados, y se mandó que nadie se atreviese á infamarlos, por cuanto en la averiguación hecha por el Concilio fueron hallados libres de toda mala sospecha; cuya sentencia fué leída en la capilla de Corpus Christi del claustro de la Iglesia metropolitana en el día 4 de noviembre de dicho año de 1312 por Arnaldo Gascón, canónigo de Barcelona, estando presentes nuestro arzobispo y los demás prelados que componían el Concilio» (1).

Cuando llegó la bula y el decreto de extinción del sínodo de Viena, los bienes de los templarios fueron aplicados á la *Orden de Caballería de Montesa*, que fundó Jaime II (2), á la de San Juan de Jerusalén y á otros objetos, en particular á la guerra contra los moros.

Lo mismo que en Aragón se hizo en Castilla y Portugal. Los reyes de estos pueblos, habiendo recibido el propio mandamiento del Papa para proceder contra los templarios, confirieron especial misión á los arzobispos de Toledo, Santiago y Lisboa para que, en unión del inquisidor Aymeric, del orden de predicadores, se encargaran de formalizar el proceso. Congregóse un Concilio en Salamanca, al que asistieron los prelados de Santiago, Lisboa, La Guardia, Zamora, Avila, Ciudad Rodrigo, Mondoñedo, Lugo, Tuy, Plasencia y Astorga.

Hechas las informaciones, declararon los prelados libres y absueltos (21 de octubre de 1310) á los templarios de Portugal, León y Castilla, si bien reservaban la final determinación al Papa. Este avocó la sentencia, y los templarios de España fueron comprendidos en la bula y decreto de extinción general. Sus bienes se aplicaron á los reyes y á la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén.

Tiempo adelante Jaime II, en las últimas Cortes que celebró en Zaragoza (1325), confirmó el antiguo privilegio general.

Muerte de Jaime II. Jaime II sucumbió de larga enfermedad en Barcelona (3 de noviembre de 1327), siendo enterrado en el monasterio de

(1) Aguirre, *Collect. Concil. Hisp.*, tomo III.

(2) En el año 1317. Las bulas mediante las cuales se aplicaban á ella los bienes de los templarios se alcanzaron del papa Juan XXII.

Santas Creus, al lado de su padre Pedro III y de su esposa doña Blanca.

¿Mereció Jaime II el sobrenombre de *Justo* con que le designa la Historia? Si en los primeros años de su reinado cedió la Sicilia al Papa, peleó contra su hermano Federico y consintió que se anulase su matrimonio con Isabel de Castilla, habremos de confesar que gobernó con las Cortes y fué amante de la justicia. Enemigo de los pleitistas, desterró — según se cuenta — al famoso letrado Jiménez Alvarez de Rada, quien, por su afición á los litigios judiciales, ocasionó la ruina de muchas familias.

Alfonso IV el Benigno: su coronación.

Alfonso IV *el Benigno* (1327-1336), después de jurar los fueros y de confirmar los privilegios de los aragoneses en las Cortes generales de Zaragoza, se coronó con magnificencia en la iglesia del Salvador y fué ungido por don Pedro de Luna, arzobispo de dicha ciudad. Duraron las fiestas muchos días y los cronistas las dedican largas páginas en sus obras.

Era ya viudo Alfonso IV de doña Teresa de Entenza al subir al trono (1). Para afianzar más las buenas relaciones de Aragón con Castilla, Alfonso IV casó (febrero de 1329) en Tarazona con la infanta doña Leonor, hermana de Alfonso XI *el Justiciero*. No fué este matrimonio del agrado de los catalanes y aragoneses, pues la masa general del pueblo tenía celos del poderío de Castilla. Decíase además que doña Leonor era muy amante de su hermano y de su patria, añadiendo algunos que era poco cariñosa con su marido y poco afecta á las cosas de Aragón.

Guerra con Génova. En el exterior, Alfonso IV tuvo guerra desastrosa con la república de Génova, porque este pueblo, entre otras cosas que causaron enojo al aragonés, había alentado la sublevación de la isla de Cerdeña. Los genoveses corrieron las costas de Cataluña, causando en ellas grandes destrozos, como también las de Mallorca y Menorca, volviendo á su país con muchas y valiosas presas (octubre de 1332). Sin embargo, poco después el almirante D. Ramón de Cardona logró importante victoria naval frente á Caller sobre los genoveses, y á la cual siguieron otras que dieron no poca gloria al reinado de Al-

(1) De doña Teresa había tenido Alfonso IV cinco hijos y dos hijas. El primero, Alfonso, murió de edad temprana; el segundo, Pedro, heredó el trono; el tercero, Jaime, era conde de Urgel y vizconde de Ager; el cuarto, Fadrique, y el quinto, Sancho, murieron niños. dosh lasDeijas, Isabel falleció pronto y Constanza casó con Jaime de Mallorca.

fonso IV. No sería justo pasar en silencio el hecho de que durante estas guerras el rey de Mallorca auxilió eficazmente con sus naves al monarca de Aragón.

Perturbaciones en el reino.

Volviendo á ocuparnos de la historia interna de Aragón, habremos de hacer notar que, por razón de matrimonio, Alfonso IV *el Benigno* dió á doña Leonor la ciudad de Huesca con algunas villas y castillos. Doña Leonor tuvo un hijo (diciembre de 1329), á quien el Rey hizo donación de gran parte del reino de Valencia.

Cuando D. Pedro, primogénito de Alfonso IV, tuvo noticia de las donaciones hechas á su madrastra doña Leonor y á su hermano don Fernando, protestó enérgicamente. Del mismo modo protestaron don Ot de Moncada y Guillén de Vinatea, el primero noble muy calificado y el segundo uno de los populares en el regimiento del pueblo. Al frente de los jurados y concelleres valentinos se presentó Guillén de Vinatea al Rey y á la Reina, á quienes dijo:

«Señor: Las donaciones de las villas de Játiba, Alcira, Murviedro, Morella, Burriana y Castellón, que son partes de este reino, han parecido tan exorbitantes y desordenadas (aun para la comodidad de vuestros hijos), que nuestra ciudad y todos los pueblos del reino con profunda admiración se desconsuelan de que vuestra persona real las haya decretado, y se irritan de que vuestros consejeros las hayan permitido ó procurado, como si la república los sustentase, honrase y obedeciese para que con sus lisonjas ambiciosas ó pusilánimes sean nuestros primeros y más autorizados enemigos, no para ser nuestros fieles y justos procuradores; ó como si pudiese llamarse servicio vuestro lo que es ruina de los reinos que os dan el nombre y majestad de rey, en los cuales *por vuestra naturaleza no sois más que uno de los demás hombres y por vuestro oficio* (que Dios por la voluntad de ellos como por instrumento de su providencia puso en vuestra persona) *sois la cabeza, el corazón y el alma de todos*. Así no podéis querer cosa que sea contra ellos; pues *como hombre no sois sobre nosotros y como rey sois por nosotros y para nosotros*. Fundados, pues, en esta manifiesta y santa verdad, os decimos que no permitiremos el exceso de estas mercedes, porque son el destrozo y el peligro de este reino, la división de la corona de Aragón y el quebrantamiento de los mejores fueros; por los cuales advertimos á vuestra real benignidad que estamos todos prontos á morir, y pensaremos en eso serviros á vos y á Dios. Mas sepan vuestros consejeros que si yo y mis compañeros mu-

riésemos ó padeciésemos aquí por esta justa libertad, ninguno de cuantos están en el palacio, menos las personas reales, escaparía de ser hoy degollado á manos de la justa venganza de nuestros ciudadanos.»

La Reina, no pudiendo contener su enojo, exclamó: «Tal cosa como ésta no la toleraría mi hermano el rey de Castilla, y de seguro á tan sediciosas gentes las mandaría degollar.»

«Reina, replicó D. Alfonso, nuestro pueblo es más libre que el de Castilla: nuestros súbditos nos reverencian como á señor suyo, y Nos los tenemos á ellos por buenos vasallos y compañeros.»

Dicho esto, revocó las donaciones.

Desde aquel momento la lucha entre doña Leonor y su hijastro D. Pedro fué tan enconada como constante. Aunque doña Leonor juró venganza contra el infante D. Pedro y sus partidarios, éste no sólo obtuvo la gobernación del reino, según lo dispuesto en las leyes, sino que se atrajo á muchas ciudades y pueblos.

Muerte de Alfonso IV.

Cuando más empeñada estaba la guerra entre la vengativa madrastra y el suspicaz D. Pedro, cuando la primera se hallaba en Fraga y el segundo en Zaragoza, Alfonso IV yacía en situación tristísima.

«El lecho de agonía de Alfonso IV, padre y antecesor de D. Pedro—escribe Castelar – no era el lecho de un jefe de familia que muere bendecido y llorado, sino el lecho de un señor que muere acechado por los que han de sucederle, y herido por el abandono de los que le adularon vivo y le olvidan moribundo. En vano volvía por do quier los amortiguados ojos buscando á su hijo. El hijo había huído del lado del padre por temor á la madrastra. En vano llamaba con voz doliente á su esposa. La esposa había huído de su presencia por temor á su entenado. En vano llamaba á sus pequeñuelos. En aquellos días de horrible desolación todos huían, todos, unos á refugiarse en extraño suelo y otros á rodear el astro que subía al trono de Aragón. La agonía de aquel Rey que, fuerte en sus mocedades, había repartido después sus obras en la incertidumbre, sus ideas en la duda, fué el abandono, que sigue siempre como consecuencia forzosa á la falta de fe en la inteligencia y á la sobra de indecisión en la voluntad.

»La reina doña Isabel había hecho su matrimonio asunto de granjería; en su anhelo de dar ricas herencias á sus hijos, había intentado poner sus manos en el arca santa de la libertad aragonesa y destrozar las tablas de sus leyes; había dado extraordinaria influencia á los

castellanos, y de tal suerte, que incitó contra sí el odio de los pueblos, y el odio más temible aún de su hijastro D. Pedro; y al ver que su esposo agonizaba, presintiendo los males que la amagaban, huía á todo huir, atenta más que á sus deberes de esposa á salvar sus alhajas, sus riquezas, encubriendo su bajo proceder, como para más ennegrecerlo, con el santo velo del amor de madre» (1).

Murió Alfonso IV *el Benigno* «en el palacio real de Barcelona un miércoles á la mañana á 24 de enero, víspera de la Conversión de San Pablo, siendo de edad de treinta y siete años, y fué sepultado en el monasterio de los frayles menores de aquella ciudad.

»Fué muy justo y piadoso Príncipe, y de grande benignidad y muy cortés, y amoroso á sus súbditos, tanto que por esta causa le llamaron *Benigno*» (2).

Mientras la reina doña Leonor, temblando de miedo, se ponía á salvo ganando las fronteras de Castilla, el infante D. Pedro se intitulaba rey de Aragón y comenzaba á obrar como tal monarca.

(1) *D. Pedro IV y la Unión Aragonesa.*
(2) Zurita, *Anales*, etc., parte I, libro VII, cap. XXVII, pág. 114 v.ª



PEDRO IV DEL PUÑALET

XV

Aragón: Pedro IV *el Ceremonioso;* su carácter.—Cortes.—Guerra con los moros.—Conquista de Mallorca: sus causas.—Guerra civil.— Batalla de Epila y de Mislata.—Guerras en Cerdeña y Sicilia.—Muerte de D. Bernardo de Cabrera.—Muerte de Pedro IV.—Juan I: sucesos interiores y exteriores.—Martín *el Humano:* su política en Italia.—*Navarra*: Juana II.—Carlos II *el Malo*.—Carlos III *el Noble.*—*Portugal:* Alfonso IV.—Pedro I y Fernando.

Aragón: Pedro IV el Ceremonioso; su carácter.—Cortes.

Pedro IV *el Ceremonioso* (1335-1387) (1) se coronó con toda magnificencia en la iglesia de San Salvador, en Zaragoza. Con sus manos—y sin esperar que el arzobispo lo hiciera—tomó la corona de encima del altar y se la ciñó por sí mismo.

Mientras celebraba Cortes en Zaragoza (1335) mandó que los oficiales por él nombrados marchasen á Cataluña á tomar posesión de sus cargos. Como algunas ciudades se negaran á recibirlos, pretextando que el Rey debía antes jurar sus libertades y privilegios, éste contestó las siguientes palabras: «Esto quiero que se haga y otra cosa no se hará.»

La reina doña Leonor, «dexando al Rey á la muerte, se salió de Barcelona á gran furia, para pasarse á Castilla, ó á los lugares de la frontera, adonde pudiese estar sin temor y asentar sus cosas sin ningún peligro, por el miedo que tenía de su entenado» (2).

En seguimiento de la Reina mandó D. Pedro á Ferrer de Abella, con el objeto de que tomase á su mano las muchas acémilas cargadas de oro, plata y joyas que doña Leonor llevaba (3).

Inmediatamente que la Reina llegó á tierra castellana envió men-

(1) Llamóse *el Ceremonioso* por la afición que tenía á ordenar el gobierno de su casa y á arreglar lo que se llama la *etiqueta de palacio.*

(2) Zurita, *Anales*, etc., parte I, libro VII, cap. XXVII, pág. 114.

(3) Ibídem, pág. 115.

sajeros á su hijastro rogándole que la recibiese, como también á sus hijos, á sus gentes y á los lugares que ella tenía en guarda y debajo de su amparo. Con buenas palabras contestó D. Pedro, añadiendo: «que la ternía en lugar de madre y al infante D. Fernando como hermano» (1).

En las citadas Cortes de Zaragoza compareció el deán de Valencia, D. Lope Pérez de Fontecha, que en su calidad de procurador de la reina doña Leonor protestó de que su representada no hubiese sido citada á Cortes, como tampoco sus hijos los infantes, añadiendo que, no queriendo ella tratar ciertos asuntos por medio de procuradores, se reservaba su derecho á las donaciones otorgadas por su marido.

En las Cortes de catalanes reunidas en Lérida en el año siguiente, después de la jura, aquéllos recabaron la declaración de «que no debía atenderse al Rey hasta haber jurado en Barcelona».

En las de Valencia, celebradas en seguida, prestó Pedro IV el correspondiente juramento.

Habiendo celebrado una tregua de cinco años con el rey de Granada, se dispuso á arruinar á su madrastra y á desheredar á sus hermanos, á quienes odiaba con todo su corazón. Por lo pronto resolvió proceder contra D. Pedro de Exerica, poderoso señor de gran prestigio y partidario acérrimo de doña Leonor. Comenzó el Rey haciéndole cargos porque no había comparecido en las Cortes de Valencia, contestando el de Exerica que él era rico hombre de Aragón y que no era de la corte del reino de Valencia ni de su fuero.

No atendiendo á razones D. Pedro, ordenó á su hermano D. Jaime que hiciese guerra contra los castillos y tierras del de Exerica, guerra que el mismo Rey continuó, pero con más tesón y energía.

En seguida se dispuso á sostener con las armas sus derechos en contra de Alfonso XI de Castilla, que le requería para que, respetando el testamento de su padre, confirmase á la reina viuda y á los infantes sus hijos las donaciones de algunas villas y castillos. Con buenas palabras daba el aragonés largas al asunto, pues, aunque mozo, era diestro en artificios y ya se daba maña para eludir sus obligaciones.

Pedro IV contrajo matrimonio con doña María, hija de los reyes de Navarra (1337), y aunque ésta tenía una hermana mayor de edad, llamada doña Juana, se convino por los dos monarcas que la mujer del aragonés fuese preferida en la sucesión del trono.

(1) Obra citada, pág. 115.

Interesaba resolver pronto el pleito que Pedro IV tenía con el de Exerica y su madrastra. Afirmaba el Rey que el de Exerica debía comparecer en las Cortes del reino de Valencia por las villas y castillos que tenía en aquel reino, las cuales se regían y juzgaban por fuero de Valencia, ó por lo menos estaba obligado á comparecer á la citación y hallarse en la corte para hacer el juramento de fidelidad.

Del mismo modo D. Pedro sostenía que su madrastra doña Leonor y los infantes hijos de ésta no tenían razón en sus pretensiones.

Por todas estas razones dispuso que en Castellón se reuniesen (1337) Cortes de valencianos, aragoneses y catalanes. La manzana de la discordia arrojada en aquellas Cortes fué la herencia que debía percibir la reina viuda y sus hijos los infantes D. Juan y D. Fernando. De esto mismo se trató por los ricos hombres y caballeros de Aragón en Gandesa (1338) y en Daroca.

Después de largas y enconadas discusiones, la cuestión se sometió á un juicio arbitral, fallándose que el rey de Aragón y el de Exerica se perdonasen mutuamente las ofensas; que la reina doña Leonor continuase en la posesión de los lugares y rentas que le donó el rey D. Alonso, bajo la alta y baja jurisdicción del rey D. Pedro; que continuara el infante D. Fernando en quieta y pacífica posesión de sus propiedades, y que se entregaran al infante D. Juan los pueblos de Castellón, Burriana y Liria ú otros lugares en recompensa.

Guerra con los moros. Más por fuerza que por voluntad cedió el aragonés á la reconciliación, moviéndole á ello la alarma que produjo en España la formidable invasión de los marroquíes. Aunque con pocos bríos, ayudó la escuadra aragonesa á la castellana, tomando también pequeña parte en las batallas del Salado, de Algeciras y de Gibraltar, pues nunca Pedro IV fué amigo sincero de Alfonso XI de Castilla.

Conquista de Mallorca: sus causas. Lo que interesaba á D. Pedro era terminar de una vez con su cuñado Jaime II de Mallorca (1). Andaba éste rehacio para hacer el reconocimiento y juramento de homenaje que debía al aragonés en razón al feudo de su reino. Vino al fin á Barcelona, sufriendo la humillación, durante la jura (17 de julio de 1339), de estar en pie un buen espacio de tiempo y de sentarse en

(1) Doña Constanza, mujer de Jaime II, era hija de Alfonso *el Benigno* y de doña Teresa de Entenza, padre y madre también de Pedro IV.

un cojín más pequeño que el del aragonés (1). Si antes eran poco amigos, ahora se separaron enemigos.

Al poco tiempo marcharon á Aviñón con objeto de prestar el aragonés juramento al papa Benedicto XII por el reino de Córcega y Cerdeña. El día destinado para prestar el juramento, ambos reyes marchaban á la par hacia el Sacro Colegio, y como el caballo de don Pedro se adelantara un poco, el palafrenero de D. Jaime descargó sobre el animal algunos latigazos para detenerle. El aragonés intentó tres veces sacar la espada, no para castigar al criado, sino al mallorquín, que tal vez se alegraba en sus adentros de lo sucedido. Por fortuna el acero no salió de la vaina, y merced á la mediación de algunos grandes terminó cuestión tan enojosa. Concluída la ceremonia, el aragonés y el mallorquín regresaron á sus Estados.

Vino á complicar el estado de las cosas un asunto arduo. Felipe de Valois, rey de Francia, alegando antiguos derechos, reclamó que Jaime II le prestase homenaje por el señorío de Montpellier. Negábase á ello el de Mallorca, y pidió amparo á su cuñado Pedro IV. Cuando el francés amenazaba al Rosellón, el aragonés no solamente se cruzaba de brazos, sino que reprendía á su cuñado por la imprudencia de meterse en aquella guerra. Con aviesa intención D. Pedro citó á don Jaime para el mes de febrero (1341) en Barcelona, no ignorando que le era imposible de todo punto asistir á la conferencia. Por esto hizo un capítulo más de cargos á la conducta del mallorquín y un nuevo proceso para perderle. En seguida reunió Cortes en Barcelona, y como á ellas tampoco concurriese D. Jaime, sin embargo de haberle llamado, se le acusó de súbdito desobediente y contumaz. El papa Clemente VI, sucesor de Benedicto XII, intervino para que viniesen á un acomodo; pero nada pudo hacer mella en el duro corazón del aragonés. Jaime II y su esposa determinaron venir á Barcelona, porque la única esperanza que el mallorquín abrigaba era la influencia que doña Constanza pudiera tener sobre su hermano; mas lejos de dejarse seducir D. Pedro, pregonó que la venida de los reyes (1342) no tenía otro objeto que «intentar un caso execrable y horrendo» (2). Más adelante añade: «Passó así, según el Rey escribe en su historia y se contiene en los artículos del proceso, que estaba acordado entre el rey de Mallorca y la reina doña Constanza su mujer, que se fingie-

(1) Véase Zurita, *Anales*, etc., parte I, libro VII, cap. XLVII.
(2) Ibídem, parte I, libro VII, cap. LX, pág. 153.

sen estar dolientes, con presupuesto que el ujier que guardaba la puerta de la cámara á donde estaba la Reina dijesse al rey de Aragón y al infante D. Pedro su tío y al infante D. Jaime cuando fuessen á visitarle que entrassen solos, porque si más gente hubiesse lo sería á la Reina muy molesto; y que estaba deliberado que luego que estuviessen dentro prendiessen al Rey y á los infantes doce personas que estaban armadas, y tenían deputadas para este negocio: y si diessen voces para ser socorridos y se moviesse algún alboroto ó escándalo, quel os matassen, y si no se defendiessen, se metiessen en las galeras y llevassen al castillo de Alarón, á la isla de Mallorca» (1).

Convencido entonces D. Jaime de que todo lo que hiciese sería tiempo perdido, marchó para sus Estados, dejando á su mujer en poder del aragonés. El proceso contra el mallorquín terminó definitivamente, pronunciándose la sentencia, por la cual se le declaraba rebelde, confiscándole el reino y demás Estados (21 de febrero de 1343).

Marchó Pedro IV con su escuadra á Mallorca y le fué fácil empresa conquistar los dominios de su cuñado, pues era el mallorquín poco querido de sus súbditos. Recibió el juramento de su nuevo pueblo, y como muchos acudiesen á felicitarle, hubo de decir luego que «ya estaba fastidiado de recibirlos». Dos días después (22 de junio de 1343) se hizo coronar rey de Mallorca.

Guerra civil.

Volvió Pedro IV á Cataluña, é inmediatamente emprendió la conquista de la Cerdaña y el Rosellón. Salió de La Junquera (29 de julio de 1343), atravesó el collado de Panisars y cayó sobre el Rosellón. Retiróse á Gerona á pasar el invierno, volviendo el mismo Rey en persona á continuar la conquista del Rosellón (abril de 1344); pero antes de pasar segunda vez los Pirineos fué por Collbató á Monserrat, cuya cuesta subió á pie, ofreciendo á la virgen, en gratitud de la victoria, una galera de plata.

«También—añade Balaguer—otro rey llamado D. Pedro había subido más de medio siglo antes aquella montaña para ir á orar á los pies de la Virgen querida de los catalanes. Pero si el abuelo había ido á pedir á la reina de los cielos protección y fortaleza para defender la integridad de su patria, el nieto iba como para hacerla cómplice de una guerra sacrílega y á darle gracias por haberle dado la victoria contra su hermano» (2).

(1) Zurita, ob. cit.
(2) *Historia de Cataluña*, libro VII, cap. XVIII.

Pedro IV, habiéndose apoderado de Colibre, Argeles, Palau, La Roca, Madeloch, Utrera y Elna, llegó á Perpiñán, donde se encontraba D. Jaime, el cual hubo de entregarse á merced del aragonés.

«Vino hacia Nos—dice Pedro IV en su *Crónica*—todo armado y con solo la cabeza desnuda; al acercársenos nos pusimos en pie: él hincó la rodilla en tierra, nos tomó la mano y nos la besó como por fuerza; Nos le hicimos levantar y le besamos en la boca.—Mi señor, nos dijo, yo he errado contra vos, mas no contra mi fe; pero si lo hice fué por mi loco seso y por mal consejo, y vengo para hacer enmienda de mí delante de vos, que de vuestra casa soy; y quiéroos servir, porque siempre os amé de corazón, y soy cierto que vos, mi señor, me habéis mucho amado y aun de presente me amáis, y quiéroos hacer tal servicio que os tengáis por bien servido de mí, y pongo, señor, en vuestro poder á mí mismo y toda mi tierra libremente.» A lo cual le contestamos: «Si habéis errado á mí me pesa, porque sois de mi casa; pero errar y reconocer el yerro es cosa humana, y perseverar en él es malicia; y así, pues vos reconocéis vuestro yerro, yo usaré de misericordia con vos y os haré merced, de manera que todos conocerán que me he habido con vos misericordia y gratamente, con que libremente pongáis en nuestro poder á vos mismo y toda vuestra tierra.»

El aragonés perdonó á su cuñado (15 de julio de 1344), pero el Rosellón como las Baleares fueron reincorporados á la corona de Aragón. Luego, al pasar D. Pedro por Puigcerdá, cuando se dirigía á Barcelona, publicó en aquella villa, que era cabeza de la Cerdaña, la pragmática de la unión de los reinos.

Reunidas Cortes en Lérida (7 de octubre de 1344), se acordó conceder una renta anual y otros derechos al rey de Mallorca, con la condición de que dejara el título ó insignias reales y restituyese las escrituras y obligaciones que le hubiera otorgado la gente del Rosellón y de Cerdaña; también había de comprometerse á no reclamar, ni él ni los suyos, contra este convenio. Negóse, como era natural, á aceptar estos tratados D. Jaime.

Intentó probar fortuna y se hizo fuerte en Puigcerdá; pero abandonado de todos huyó de una parte á otra, retirándose, por último, á Montpellier, cuyo señorío vendió al rey de Francia en ciento veinte mil escudos de oro. Con este dinero y con el apoyo de Juana I, reina de Nápoles, fué á las Baleares, desembarcó y murió peleando como un bravo en la batalla de *Luchmayor* (fines de 1349), siendo su hijo,

joven de pocos años, hecho prisionero. Doña Constanza había muerto en Montpellier tres años antes. El prisionero Jaime fué llevado al castillo de Játiba, y más adelante á Barcelona, donde permaneció bastante tiempo encerrado. Cuando recobró la libertad casó con doña Juana, reina de Nápoles, é hizo algunas tentativas en los dominios aragoneses. Enrique II *el Bastardo* de Castilla le dió asilo en sus reinos, muriendo en 1375 de una fiebre maligna en Soria. Con él terminó la dinastía de los reyes de Mallorca.

Había que resolver otra cuestión de gran importancia. Era costumbre en el reino aragonés que el primogénito ó el heredero presunto del trono fuese gobernador general del reino. Pedro IV sólo tenía hijas, y como en Aragón las hijas no sucedían en la corona, el cargo de gobernador lo desempeñaba el infante D. Jaime, hermano del Rey. Pedro IV, que no reparaba en los medios para lograr el fin, dijo que D. Jaime simpatizaba con el de Mallorca, proclamando que le quitaba la gobernación y pretendiendo que se reconociese por heredera á la infanta doña Constanza. So color de legalizar su pensamiento nombró una junta de letrados, la cual se adhirió á lo propuesto por el monarca, no sin que algunos de los legistas emitieran dictamen contrario, atrayéndose por ello el enojo del Rey. «De veynte y dos personas muy señaladas en letras, las diez y nueve, como él escribe, fueron de parecer que la infanta doña Constanza debía ser preferida al infante D. Jaime su tío, en caso que el Rey, su padre, no dejasse hijo varón legítimo» (1).

El pueblo hizo causa común con los abogados. Cuando se esperaba formal rompimiento, pues ya D. Jaime se preparaba á la lucha, ayudado de sus otros hermanos D. Fernando y D. Juan, nació al Rey un hijo. La alegría se convirtió pronto en llanto, porque el príncipe murió á las pocas horas y la Reina á los cinco días.

Inmediatamente Pedro IV contrajo segundo matrimonio con doña Leonor, hija de Alfonso IV de Portugal. Como el asunto de la sucesión quedaba en pie, la fuerza iba á resolverlo. Mientras que el Rey se rodeaba de sus fieles servidores, el principal de todos D. Pedro de Exerica, antes su enemigo y entonces encargado de la gobernación del reino de Valencia, el infante D. Jaime llamaba á los ricos hombres, caballeros y al pueblo todo á la defensa de sus fueros y libertades; oyeron aquéllos la enérgica voz del infante y, reunidos en

(1) Zurita, ibidem, parte I, libro VIII, cap. V.

Zaragoza, proclamaron la antigua *Unión* y pidieron que se celebraran Cortes.

En Valencia también se proclamó la Unión, á pesar de los trabajos en contrario de D. Pedro de Exerica y. ligados los unionistas de Aragón y de Valencia, se dispusieron á sostener sus fueros.

En las Cortes de Zaragoza, el Rey accedió á todas las peticiones; pero ante sus partidarios, el castellán de Amposta y D. Bernardo de Cabrera, protestó que lo hacía obligado por la fuerza. Aquí bebió Pedro IV el cáliz de la amargura; mas su paciencia se agotó al oir leer un capítulo en que se cercenaba la poca autoridad que aún tenía; entonces, levantándose repentinamente, dijo á D. Jaime:

«¿Cómo, infante, no os basta ser cabeza de la Unión, sino que queréis señalaros por concitador y amotinador del pueblo? Os decimos, pues, que obráis en esto infamemente, y como falso y gran traidor que sois, y estamos pronto á sostenéroslo, si queréis, con vos cuerpo á cuerpo, cubierto con las armaduras, ó si no, sin salvarnos con la loriga, cuchillo en mano; y os haré decir por vuestra misma boca que cuanto habéis hecho lo hicisteis desordenadamente, aunque renunciemos para ello á la dignidad real que tenemos y á la primogenitura, y hasta absolveros de la fidelidad á que me sois obligado» (1).

El infante contestó al Rey:

«Duéleme mucho, señor, oiros lo que decís, y que teniéndoos en cuenta de padre me digáis semejantes palabras, que de nadie sino de vos sufriría»; y volviéndose á la asamblea, exclamó: «¡Oh, pueblo cuitado! en esto veréis cómo se os trata; que cuando á mí, que soy su hermano y su lugarteniente general, se me dicen tales denuestos, cuánto más se os dirá á vosotros!»

Un caballero catalán, camarero de D. Jaime, empezó á gritar:

«Caballeros, ¿no hay quien se atreva á responder por el infante mi señor, que es retado como traidor en vuestra presencia? ¡A las armas!...»

Y abriendo las puertas de la iglesia, la muchedumbre invadió el templo, y el Rey y los suyos, con las espadas desnudas, tuvieron que abrirse paso. Pedro IV salió para Cataluña, maldiciendo la tierra aragonesa.

Al divisar las casas de Fraga, que Cabrera le señaló con el dedo, diciéndole era la primera población de Cataluña, exclamó el Rey:

(1) *Crónica de D. Pedro IV*, escrita por él mismo, cap. IV.

«Bendita tierra, tierra poblada de lealtad, y bendito nuestro señor Dios, que nos ha dejado salir de la tierra rebelde y malvada.»

En Barcelona convocó Cortes, y á esta ciudad llegó D. Jaime, donde murió inmediatamente, envenenado, según Zurita (1), por el mismo D. Pedro. Quedaba el infante D. Fernando, á quien valencianos y aragoneses ofrecieron la gobernación del reino. La guerra estalló con toda su fuerza, favoreciendo la suerte á los unionistas. En apuro tan grande, y mediante las instancias del legado pontificio, Pedro IV declaró á D. Fernando sucesor del reino en el caso de no tener hijos varones, despidió de su Consejo á los que inspiraban recelos á los unionistas y concedió al reino de Valencia un magistrado con los mismos derechos que el justicia de Aragón. El Rey, encerrado en Murviedro, más parecía prisionero que soberano. De Murviedro fué llevado á Valencia, escoltado por desordenada muchedumbre. Celebráronse danzas y se hicieron fiestas, que en la situación angustiosa de los reyes antes resultaban ultraje que obsequio. En uno de aquellos bailes un empleado de palacio dirigió insultos á la gente popular; pero, cuando iba á ser castigado, un francés salió á su defensa ó hirió con su maza á uno de los del pueblo. Los populares propagaron por todas partes que se les quería asesinar, dirigiéronse á palacio, cuyas puertas rompieron y, con las espadas desnudas, buscaron en los aposentos más interiores á los favoritos del Rey. Salió éste de su cámara y comenzó á bajar los peldaños de la escalera, gritando: *¡A Nos, á Nos, traidores!* Los amotinados se detuvieron ante el Rey encolerizado, exclamando *¡Viva el Rey!* El infante salió acompañado de los de la Unión y besó respetuosamente al soberano. «Entonces, dice el mismo D. Pedro, seguimos andando juntos; pedimos de beber, y como nos trajesen agua en una escudilla, el pueblo se empeñó en que se probara antes de dárnosla, temeroso de que estuviera envenenada. Así dimos vueltas á la ciudad, y en el momento de tornar á palacio rendidos de fatiga, con intento de acostarnos, un grupo de cuatrocientos ó quinientos hombres vino á danzar bajo nuestras ventanas al son de trompetas y de címbalos, y quieras ó no quieras, la Reina y Nos tuvimos que tomar parte en el baile. Un barbero, de nombre Gonzalo, que dirigía la danza, se puso entre Nos y la Reina, entonando una canción que tenía por tema: *¡Mal haya quien se partiere!* Nosotros callamos y no dijimos una palabra.»

(1) *Anales*, ob. cit., parte I, libro VIII, cap. XVIII, pág. 208 v.ª

Don Bernardo de Cabrera aconsejaba á D. Pedro que saliese de aquella especie de cautiverio. En efecto, el Rey, aprovechándose de la terrible epidemia, llamada *peste negra*, que diezmaba á Valencia, se encaminó á Teruel, no sin ratificar cuanto la Unión deseaba, mientras D. Fernando se dirigió á Zaragoza.

Batallas de Epila y de Mislata.

Pedro IV no cumplió lo ofrecido, y D. Lope de Luna, al frente de los realistas, se presentó en *Épila*, donde D. Fernando y los unionistas sufrieron sangrienta derrota. «Nuestro gozo—escribe el Rey en su *Crónica*—hubiera sido soberano si hubiésemos podido presenciar el suceso.» Entre otros prisioneros de calidad se citarán el infante D. Fernando, herido en el rostro; D. Pedro Fernández de Híjar y D. Juan Jiménez de Urrea, hijo del señor de Biota.

Los pendones de la Unión quedaron deshechos en esta memorable jornada, la postrera, como dice el cronista aragonés, que se dió en defensa de la autoridad del reino, ó más bien la postrera que el feudalismo riñó con la Monarquía. Pedro *el Ceremonioso* castigó á los más significados en estas revueltas, y en las primeras Cortes que se reunieron en Zaragoza el 4 de octubre de 1348 se abolieron los dos privilegios de la Unión concedidos por Alfonso III.

Quiso el Rey romper por su propia mano uno de aquellos privilegios, y al rasgar el pergamino con su puñal se hirió en una mano, exclamando: *Privilejio que tanta sangre ha costado no se debe romper sino derramando sangre*. Por esto se le llamó D. Pedro *el del Puñal;* pero, para gloria de este monarca, debe decirse que en estas Cortes dió más autoridad al oficio de justicia. Si anuló los privilegios de la Unión, llevó su benignidad á confirmar el Privilegio general. Juró guardar y mandar guardar los fueros y privilegios del reino, sus usos y costumbres. Se hicieron varias leyes en estas Cortes en sentido altamente beneficioso para Aragón; pues, según la opinión de distinguidos historiadores, «las leyes generales protectoras de los derechos individuales y políticos de los aragoneses se formaron en la legislatura de Zaragoza».

Después de la muerte de la Unión aragonesa en Épila, faltaba terminar la obra con la destrucción de la Unión valenciana, encaminándose á Mislata con este objeto las tropas de Pedro IV. La victoria del Rey fué completa; pero la libertad del reino de Aragón salió ilesa después de tantas perturbaciones y anarquía. «Estuvo resuelto—según escribió D. Pedro—á mandar quemar toda Valencia y ararla y

sembrarla de sal, para que nunca pudiera ser habitada ni quedase memoria de ella.» Si bien renunció á este propósito, fué cruel con los vencidos: á unos degolló y á otros arrastró por la ciudad. Y «como al son de tal campana—dice el mismo Rey—se reunían los conservadores y demás diputados de la Unión para sus actos, justa cosa fué los que la habían mandado hacer bebiesen después del licor que produjo cuando estuvo fundida...» Mandó llamar al barbero Gonzalo, le recordó la canción *¡Mal haya quien se partiere!* y dispuso que fuese arrastrado por la ciudad.

Contra Castellón de la Plana, donde todavía se agitaba la Unión, mandó D. Pedro á D. Pedro Boil con algunas fuerzas, siendo con la misma crueldad que en Valencia castigados los unionistas.

El Rey contrajo terceras nupcias con doña Leonor, infanta de Sicilia (1349), y un año después tuvo la inmensa alegría de que le naciese un hijo, á quien se puso por nombre Juan.

Guerras en Cerdeña y Sicilia.

Fíjase ahora Pedro IV en Cerdeña y Sicilia. En Cerdeña enarbolaron el estandarte de la rebelión los siete hermanos Orias, protegidos por la señoría de Génova. Como á la sazón se hallaban en guerra genoveses y venecianos, aliados Juan Paleólogo, emperador de Constantinopla, Pedro IV y Venecia, destrozaron la escuadra genovesa en el estrecho canal del Bósforo tracio, que divide Europa de Asia (1352). Aunque quiso poner paz el Pontífice, frustró estas negociaciones la defección del juez de Arborea, que pretendió apoderarse poco á poco de la isla y hacerse señor de ella. Inocencio VI, sucesor de Clemente VI, procuró también la paz entre Génova y el rey de Aragón, estrellándose sus buenos propósitos ante la negativa de los genoveses, alentados con el nuevo apoyo de Juan Visconti, señor de Milán. Pedro IV acudió en persona á la guerra de Cerdeña, y usando ora de la espada, ora de la política, puso en paz la isla. Salió luego el Rey para Barcelona (1355), pero al poco tiempo volvió á encenderse la guerra por la traición de Mateo de Oria.

Hallábase Sicilia en situación crítica. Al insigne monarca Fadrique I [1], hermano de Jaime II de Aragón, y á los reinados de Pedro II (1336-1342) y de Luis (1342-1355), sucedió Fadrique II *el Simple* (1355-1377). Este no tenía capacidad ni fuerza para concluir la anarquía que devoraba su Estado. Quería D. Fadrique, no sólo contraer matrimonio con doña Constanza, hija de Pedro IV, sino que

[1] Véase el cap. XIV.

el aragonés le socorriese con una armada; pero éste no podía atender ni á los asuntos de Cerdeña ni á los de Sicilia, pues harto ocupado estaba con la guerra que sostenía con Pedro I de Castilla. Al efecto, Pedro IV transigió con la república de Génova, cuyo *dux* era entonces Simón Bocanegra (1360), y al mismo tiempo que envió al atribulado D. Fadrique la infanta doña Constanza, le mandó también un pequeño socorro de ocho galeras.

Pedro IV se dedicó á la guerra de Cerdeña y á la que sostenía con Pedro I de Castilla. En Cerdeña las cosas mejoraron algo después de la muerte del rebelde Mateo de Oria (1358). Sucediéronse hechos importantes, habiendo llegado un momento en que Mariano, juez de Arborea, consiguió triunfar completamente del ejército de Pedro IV. La fortuna inconstante volvió luego la espalda á Mariano, rebelándose contra él sus mismos súbditos, los cuales le mataron, «ensañándose en su persona y ejecutando con él las propias crueldades que él había usado y le habían visto ejecutar». Doña Leonor de Arborea, hermana de Mariano y casada con Brancaleón de Oria, mujer de espíritu altivo y emprendedor, recorrió la isla y se atrajo las simpatías de todos, no dejando su actitud belicosa hasta que Pedro IV accedió á las condiciones que ella le dictara (1386). Concordia tan humillante para el aragonés no pudo llevarse á efecto, estallando después de la muerte de Pedro IV con más calor la guerra.

Por lo que toca á Sicilia, habiendo muerto Fadrique *el Simple* (1377), debía sucederle su hija doña María. Pedro IV de Aragón, so pretexto de que no podían heredar el reino las hembras, intentó ganarse la voluntad de Urbano VI para hacerse dueño de Sicilia, y como no lograse del Pontífice su deseo, hizo donación de este Estado á su sobrino D. Martín, casado con la mencionada doña María.

Cuando Pedro IV se hallaba más comprometido en la guerra contra Cerdeña, y muy especialmente contra Pedro I de Castilla, Jaime de Mallorca, su sobrino, logró escaparse de la prisión é hizo algunas tentativas para apoderarse de la corona que perdió su padre Jaime II.

Contra D. Bernardo de Cabrera, por causas desconocidas, se habían alzado la reina doña Leonor, el rey de Navarra, D. Enrique *el Bastardo*, hermano de Pedro I *el Cruel*, el conde de Denia y otros. Llegó *el Ceremonioso* á Valencia y ordenó procesar á Cabrera. Huyó entonces D. Bernardo á Navarra.

«Reunimos—escribe Pedro IV—algunos de los sabios de nuestro Consejo, y recibidas las correspondientes disposiciones y demás prue-

bas suficientes, encontramos que dicho D. Bernardo de Cabrera era digno de la muerte y de la pérdida de todos sus bienes, por lo que en pleno Consejo declaramos y quisimos que perdiese la cabeza y se le confiscaren aquéllos.»

Carlos *el Malo* ordenó prenderle y le entregó al *Ceremonioso*, quien le hizo matar en la plaza del mercado de Zaragoza (23 de julio de 1364). Zurita escribió á este propósito:

«No sé yo, en estos reinos, de hombre tan principal, que más señalados servicios hubiese hecho á su príncipe, ni antes ni después, y que tan injustamente y con tan malos y perversos medios padeciese en pago tal muerte.»

El siguiente refrán se halla conforme con la historia:

«Fuero de Aragón,
á buenos servicios
mal galardón.»

El aragonés, ya en sus últimos años, contrajo cuartas nupcias con Sibilia de Forcia, hija de un caballero del Ampurdán. Dominado el viejo monarca por la Reina, quiso quitar á su primogénito D. Juan la gobernación del reino; pero el justicia falló en favor de los derechos del infante y á nombre de la ley. Enfermo el Rey en Barcelona, su mujer doña Sibilia huyó del lecho del dolor, temerosa de la persecución de su hijastro.

Muerte de Pedro IV. Murió el rey Pedro IV *el Ceremonioso* á los setenta años de edad (5 de enero de 1387) y fué enterrado en el monasterio de Nuestra Señora de Poblet.

«Quanto fué—escribe Zurita—este príncipe de más débil y delicada compostura de cuerpo, tanto fué en el ánimo más ardiente y de una increyble promptitud y vivez, y de grande vigor y execución en todo lo que emprendía, y de ánimo y valor para qualquier empresa, y extrañamente ambicioso y altivo, y muy ceremonioso en conservar la autoridad y preeminencia real. Con esto tuvo tanta cuenta, que procuró de informarse del gobierno que tenían en sus casas y cortes los mayores príncipes de la Christiandad, y mandó ordenar un libro del regimiento de la suya. Fué muy dado á todo género de letras, especialmente á Astrología, y grandemente aficionado á la Alchimia, en la qual tuvo por maestro un físico suyo judío, que se llamó Menahem; pero á ninguna cosa se aficionó tanto como á entender por su persona en todo género de negocios. En el discurso de su reynado,

que fué de más de cincuenta años, apenas se vió libre de guerra dentro de sus reynos ni fuera dellos; y sucedieron las cosas de manera en tiempo del rey D. Enrique, que en un mismo tiempo tenía guerra contra Castilla, y por la parte de Navarra y Francia, y con genoveses y sardos; y en lo postrero de sus días vino á tomar las armas contra el infante su hijo, al qual cuanto en él fué lo privó de la gobernación general de sus reynos, que le competía como á primogénito y sucesor en ellos: y echó por su causa al conde de Ampurias de su Estado, siendo su primo hermano y su yerno: y aunque en su tiempo se vió en grandes fatigas y trabajos, en las guerras que tuvo con el rey de Castilla y con los príncipes comarcanos, pero en ellas se conoció más su gran valor y consejo; y fuera con gran razón de todos muy estimado, si quisiera ser más amado de los suyos que temido, y no se inclinara con tanto rigor y aspereza á perseguir á sus propios hermanos y á su misma sangre» (1).

No recarga el juicioso historiador aragonés de tintas negras el cuadro; pero si Pedro IV, regular poeta, orador poco espontáneo y autor de su propia *Crónica*, era casi tan cruel como Pedro I de Castilla, tuvo, sin embargo, la fortuna de realizar, tal vez sin pensarlo, una obra política digna de todo encomio.

Juan I: sucesos interiores y exteriores.

Juan I *el Cazador* (1387-1396), pretextando que le habían dado hechizos siendo príncipe, persiguió y dió tormento á su madrastra Sibilia de Forcia y condenó á muerte hasta veintinueve personas.

Fueron sus inclinaciones favoritas la caza, la música y la poesía. Creíase el primer cazador del mundo; pasaba la vida en un continuo concierto de música, asegurando el cronista Carbonell que tenía tres diarios; llenó su corte de poetas y de trovadores; erigió escuelas donde se cultivaba la *gaya ciencia*, ó hizo que se sucediesen continuamente los juegos florales y las cortes de amor. Mereció por esto los sobrenombres de *el Cazador* y *el Indolente*.

En tanto que la reina doña Violante vivía rodeada de corte de favoritos y de favoritas, una hermosa dama, doña Carroza de Vilaregut, ejercía omnímoda influencia sobre el Rey.

Como en las Cortes generales de Monzón (1388) los rudos aragoneses presentaron sus quejas al monarca por los desórdenes palaciegos y le amenazaron con alzarse en armas, Juan I hubo de ceder á

(1) *Anales*, etc., parte I, libro X, cap. XXXIX, pág. 389.

la demanda, desterrando de palacio á doña Carroza, como también á D. García Fernández de Heredia, arzobispo de Zaragoza y privado de la Reina.

Juan I llamó á su lado á los más hábiles cantantes y músicos (¹).

Entre los hechos más censurables de este reinado debe citarse el levantamiento general contra los judíos, el cual ocasionó horrible matanza de estos infelices (1391). Sangre abundante se derramó en Barcelona, en Lérida, en Gerona, en Zaragoza, en Huesca, en Teruel y en Valencia. En Mallorca dirigió la matanza y el saqueo Nicolás Brosi de Pella.

Veamos ahora los asuntos exteriores. Acerca de las cosas de Cerdeña se ajustó un concierto entre Juan I con doña Leonor de Arborea y el marido de ésta Brancaleón de Oria; mas luego «Brancaleón, no considerando que él y doña Leonor, su mujer, y Mariano, su hijo, que sucedía en el estado de los jueces de Arborea, eran vasallos y súbditos del Rey (²), se levantó en armas, apoderándose de gran parte de la isla, instigado seguramente por la república de Génova».

En Sicilia no andaban mejor los asuntos políticos. Los reyes don Martín y doña María tuvieron que luchar con los rebeldes varones.

Con respecto al cisma que afligía á la Iglesia, Juan I se declaró por Clemente VII, como Francia y Castilla, y no por Urbano VI, como Inglaterra y Portugal. Recibió mucha alegría cuando, á la

(¹) Es sumamente curiosa la siguiente carta de la infanta doña Juana de Perpiñán, hija de Juan I y de Martha de Armenyach, dirigida á su madrastra (que ella llamaba madre) doña Violante (*).

La carta decía así:

«A la muy alta é muy excelente señora madre é señora mía muy cara la señora Reina. Muy alta é muy excelente señora madre é señora mía muy cara: Porque pienso que vuestra señoría tendrá en ello gusto, os hago saber que yo con gran placer é muy á prisa he pasado hoy el puerto, é he llegado á la Junquera, é por gracia de Dios he estado aquí todo el día muy alegre, sino que después de la fiesta tuve un poco de desazón por tal que no podía dormir, hasta que Aldonza de Queralt tocó el harpa, y ella y Pablo cantaban, é yo tomando en ello placer, me dormí, é siempre que quiero dormir quisiera que harpas é tímpanos é muchos instrumentos tocasen ante mí, é por esto decía toda esta mi gente: *no degenera quien á los suyos parece*, é yo los oigo muy bien, mas no quiero responder.»

Habla en seguida de que no tenía cera para sellar la carta, y firma: *La infanta Juana de Perpiñán.* (Archivo general de la Corona de Aragón.)

(²) Zurita, *Anales*, etc., libro X, cap. XLVII.

(*) Juan I casó tres veces: la primera con Juana de Valois, hija de Felipe VI de Francia: la segunda con Martha, hija del conde de Armenyach, y la tercera con Violante, sobrina de Carlos V de Francia.

muerte de Clemente VII (1394), los cardenales de Aviñón eligieron á Benito XIII, antes Pedro Luna, cardenal de Aragón.

Hallándose entretenido en la caza, el caballo que montaba se espantó de una furiosa loba y dió con el Rey en tierra: cuando acudieron á socorrerle, ya no existía.

Como escribe Mariana, «fué príncipe á la verdad más señalado en flojedad y ociosidad que en alguna otra virtud». Sin embargo, Cataluña recuerda cariñosamente el nombre del restaurador del *Gay saber*, cuyo retrato coloca siempre en las solemnes fiestas de los juegos florales.

Martín el Humano: su política en Italia.

Martín *el Humano* (1396-1410), hermano de Juan I, heredó el trono de Aragón. Aunque el conde de Foix, casado con doña Juana, hija de Juan I, invadió el reino en son de conquista, nada pudo conseguir. D. Martín, que se hallaba á la sazón en Sicilia, se hizo á la vela en el puerto de Mesina, abordó á Cerdeña, llegó á Marsella y se presentó en Aviñón á su compatricio Benito XIII, de quien recibió la investidura de *Cerdeña* y *Córcega*. Desembarcó en Barcelona, y dirigiéndose á Zaragoza, en esta ciudad juró los fueros y se coronó pomposamente.

En el interior, Martín *el Humano* no pudo evitar que los Urreas y los Lunas ensangrentaran el suelo aragonés desde el año 1400, y los Centellas y los Soleres hicieron otro tanto en tierra valenciana desde 1403.

Luego, como Cerdeña era presa de la anarquía, mandó D. Martín una escuadra para poner orden.

En Sicilia murió la reina propietaria doña María, á cuya muerte había precedido la de su hijo primogénito D. Pedro, quedando entonces el reino siciliano bajo el dominio de Martín I, marido de aquélla. Éste, con el apoyo del aragonés, y después de coronarse de gloria en un combate con los sardos, murió (1409), sucediéndole en sus Estados Martín II *el Viejo*, rey de Aragón, su padre, que también murió un año después, no dejando ni el uno ni el otro hijos legítimos.

Martín *el Humano*, hallándose en el monasterio de Valdoncellas, que está junto á los muros de Barcelona, cayó enfermo el 29 de mayo de 1410, falleciendo el 31 de dicho mes. Fueron causa determinante de su muerte, en opinión de Zurita, las diversas medicinas y los manjares muy exquisitos que le dieron para incitar su inhabilidad ó impotencia (1). Laurencio Valla afirma que la extremada obesidad del rey

(1) *Anales*, etc., parte I, libro X, cap. XCI.

Martín lo hacía inhábil para el matrimonio; y suyas son las siguientes palabras: *Sunt enim qui dicant nullo pacto, nec medicorum arte, nec multifariis machinis, potiesse eum, vel concubere cum muliere, vel puellæ virginitatem demere, licet mater aliæque nonnullæ feminæ, velut ministræ, puellæ adessent, licet viri quoque aliquot auxilio regi essent, qui ventrem, quasi appensum, per facias à lacernari pendentes, quibus tumor promi ventris cohiberetur, dimitterent cum sensim in gremium puellæ, ac sustinerent; sed hæc verecundius forsitam in silentio reponuntur.»*

«Estando aquí (en el Monasterio)—escribe Monfar—sucedió que jueves, que era á 29 del mes de mayo, las damas que estaban con la Reina dieron á cenar al Rey un pato asado, que había muchos días le criaban á pasto, persuadidas que aquella comida había de mover la impotencia del Rey, que estaba cuartanario y muy grueso, y hacerle apto para la generación; pero á los primeros bocados que comió luego se quejó del estómago, y se encendió una calentura pestilencial, que al segundo día, que era sábado, último de mayo, falleció.

»Atribuyeron esta su dolencia á pestilencia, porque la había en Barcelona, y cada día morían muchos, y luego después de muerto le salieron por el cuerpo ciertas señales que dieron indicio haber muerto de ella; pero la más cierta y común opinión fué que murió de comidas y unciones que le daban las mujeres sin consejo de los médicos, para incitarle al acto de la generación; y certificóse esto, porque después de muerto hallaron en su aposento una arquilla llena de semejantes ungüentos y confecciones» (1).

En sus últimos momentos declaró sucesor á quien tuviese mejores derechos.

Con Martín *el Humano* terminó la dinastía de Wifredo, que «por cerca de tres siglos dió á la monarquía aragonesa catalana una serie de esclarecidos príncipes, de que con dificultad podrá vanagloriarse tanto otra alguna dinastía».

Durante este reinado continuó el cisma afligiendo á la Iglesia. Benito XIII, encerrado en su palacio de Aviñón con algunos soldados, cardenales y clérigos, entre éstos el célebre Fr. Vicente Ferrer, después santo, desafiaba la cólera de Bonifacio IX. Benito marchó á Marsella; desde aquí envió una embajada á Bonifacio, tratándole de

(1) *Historia de los Condes de Urgel.*

Papa intruso (1404); fué á Niza y pasó á Génova, en cuya ciudad celebró consagración general (1). Volvió Benito XIII á Marsella, mientras que los cardenales romanos elegían á Gregorio XII como sucesor de Inocencio VII (1406); pero el Concilio de Pisa (1409) declaró cismáticos á Benito y Gregorio, eligiendo á Alejandro V. Á éste sucedió Juan XXIII (1410).

Navarra: Juana II. Después de la muerte de Carlos IV, como en Navarra no regía la ley sálica, heredó la corona Juana II, hija de Luis X y mujer de Felipe de Evreux (1328-1349), cuyo reinado tiene poca importancia.

Carlos II el Malo. Carlos II *el Malo* (1349-1387) suscitó disturbios en Francia durante los reinados de Juan II y Carlos V. Con la esperanza de llegar al trono de aquella nación, se puso al lado de Eduardo III de Inglaterra en la guerra de los *Cien años*, viéndose obligado por Carlos V á firmar la paz de Pamplona. También tomó parte en la guerra civil entre los castellanos Pedro *el Cruel* y su hermano Enrique, siendo traidor á ambos (2).

Carlos III el Noble. Carlos III *el Noble* (1387-1425), rey que logró colocarse al lado de los mejores, dejó el trono á su hija Blanca.

Portugal: Alfonso IV. Alfonso IV (1325-1356) se hizo famoso en la batalla del Salado, mereciendo el renombre de *el Bravo;* pero manchó su gloria con la muerte que mandó dar á doña Inés de Castro, llamada por sus contemporáneos *Cuello de garza*, casada en secreto con su hijo D. Pedro, ya viudo de doña Constanza.

Los escritores resumen la historia de Alfonso IV diciendo que fué un hijo ingrato (por haber amargado la vida de su padre Dionisio I), un hermano injusto (por haber perseguido á Alfonso Sánchez) y un padre cruel (por haber mandado asesinar á la citada doña Inés de Castro).

Pedro I. Pedro I (1356-1366), conocido con los nombres de *el Cruel* y *el Justiciero*, castigó cruelmente á los asesinos de doña Inés, y fué severo con los clérigos y los nobles.

Dícese que Pedro I, cuando subió al trono, hizo exhumar el cadá-

(1) En estos tiempos, el valenciano San Vicente Ferrer predicaba en Génova en su lengua natal, y cuentan que sus misiones eran acompañadas de muchos milagros.

(2) Murió de lepra entre horribles tormentos, y abrasado además en su lecho, que se incendió casualmente con la luz de una candela, «anticipándose el Infierno á castigarle», dice un historiador.

ver de doña Inés y coronarla como reina de Portugal; pero esta relación pertenece á la leyenda (1).

Fernando. Fernando, último rey de la casa de *Borgoña*, intervino en los negocios de Castilla, primero como pretendiente y después como auxiliar del duque de Lancáster. Hubo de terminar guerra tan larga con el matrimonio de Beatriz, hija del rey Fernando, con Juan I.

(1) D. Luis Vélez de Guevara (natural de Ecija, donde nació por el año de 1570 y murió en Madrid á la edad de setenta y cuatro años) escribió, entre otras composiciones dramáticas, la intitulada *Doña Inés de Castro ó Reinar después de morir*. Sobre el mismo asunto, nuestro inspirado artista Martínez Cubells ha pintado magistral cuadro. Las literaturas extranjeras han producido en no escaso número obras basadas en la fabulosa tradición.

XVI

Estado político y social de la España cristiana en el siglo XIV y cultura en el reino musulmán de Granada.—*Castilla:* minoría de los Reyes.—La nobleza y el estado llano.—La hermandad.—Las Cortes.—Los concejos.—Cultura literaria.—El derecho.—Ciencias naturales, médicas y físicas.—Ciencias filosóficas y morales.—Bellas Artes.—Industria.—Marina.—La peste negra.—Costumbres públicas.—*Aragón:* la política bajo los reinados de Jaime II, Alfonso IV y Pedro IV.—El justiciazgo después de la batalla de Epila.—Cultura intelectual é industrial.—Costumbres.—*Granada:* cultura en Granada.—Los historiadores Aben-Jaldón y Aben-Aljathib.—La cultura en Córdoba y en Sevilla.—Sabios judíos que florecieron en esta época.—D. Sem Tob de Carrión.—Ruina de la industria judía en España.

Castilla: minoría de los reyes.

Una de las calamidades que pesaron más en la monarquía castellana, entorpeciendo el desarrollo y progreso, ha sido la *minoría* de los reyes: recuérdese lo dicho acerca de Fernando IV *el Emplazado*, Alfonso XI *el Justiciero* y Enrique III *el Doliente*. Durante la menor edad de Fernando IV y de Alfonso XI, doña María de Molina protegió los municipios, los cuales salvaron luego á la Reina de todos los peligros. La cuestión de legitimidad ha sido también fuente perenne de disturbios y guerras: tráiganse á la memoria, primero la insurrección de los Cerdas y luego la de los hermanos de D. Pedro I.

La nobleza y el estado llano.

La nobleza, más pretenciosa y audaz cada día, se aprovechaba de la debilidad de la Monarquía para aumentar la confusión y adquirir más poder. En cambio el estado llano se distinguió por su conducta prudente y á la vez enérgica.

La Hermandad.

En este lugar procede que se dé cuenta del carácter de la *hermandad* de Castilla del año 1295. Sea ó no la primera confederación popular, lo cierto es que ella fué la protesta más enérgica contra las demasías de la corona y de las clases privilegiadas.

Así comenzaba el pacto de confederación:

«En el nombre de Dios é de Santa María, Amén. Sepan quantos esta carta vieren cómo por muchos desafueros é muchos dannos, é muchas fuerzas, é muertes, é prisiones, et despachamientos sin ser oídos, é deshonras, é otras muchas cosas sin guisa, que eran contra justicia é contra fuero, é gran danno de todos los regnos de Castiella, de Toledo, de León, de Gallicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jahen, del Algarbe é de Molina, que recibimos del rey don Alfonso, é más del rey don Sancho, su fijo, que agora finó, fasta este tiempo en que regnó nuestro sennor el rey don Fernando, que nos otorgó é confirmó nuestros fueros, é nuestros privilegios, é nuestras cortes, et nuestros buenos usos, é nuestras buenas costumbres, é nuestras libertades que habiemos en tiempo de los otros reyes quando los mejor hobiemos. Por ende, é por mayor asesego de la tierra, é mayor guarda del so sennorio, para esto guardar é mantener, é porque nunqua en ningún tiempo sea quebrantado... facemos hermandat en uno nos todos conceios del regno de Castiella...»

Ofrece la hermandad guardar al rey D. Fernando todos sus derechos y señorío; fija los impuestos legalmente establecidos con que se había de seguir asistiendo al Rey; acuerda cómo han de unirse todos para el mantenimiento de sus fueros, usos y libertades, en el caso que D. Fernando, ó sus sucesores, ó sus merinos ú otros cualesquiera señores quisiesen atentar contra ellos; determina someter al fallo del Concejo los desafueros que cometiesen los alcaldes ó merinos del Rey; dispone que si algún rico ome ó infanzón ó caballero prendase indebidamente á alguno de la hermandad ó le tomase por suyo, y no le quisiera restituir á pesar de la sentencia del Concejo, si fuese hombre arraigado, todos los de la hermandad «quel derriben las casas, el corten las vinnas, ó las huertas, ó todo lo al que hubiere».

«Otro sí: si un ome, ó infanzón, ó caballero, ó otro ome cualesquier que non sean en nuestra hermandat, matare ó deshonrare á alguno de nuestra hermandat... que todos los de la hermandat que vayamos sobrel, et sil fallásemos *quel matemos*, ó si haber non le podiéremos, quel derribemos las casas, el cortemos las vinnas ó las huertas, el astraguemos quanto en el mundo le falláremos; *después sil podiéremos haber, quel matemos.*

»Otro sí ponemos que si alcalde, ó merino, ó otro home cualquier de la hermandat, por carta ó por mandato de nuestro sennor el rey D. Fernando, ó de los otros reyes que serán después del, condenare

á uno sin ser oydo ó yudgado por Fuero, que la hermandat *quel matemos por ello*, ó si haber non le podiéramos, que finque por enemigo de la hermandat, et quandol pudiéremos haber, *quel matemos por ello*» (1).

Las Cortes. Pruébase, por último, la influencia del estado llano durante el reinado de Fernando IV, diciendo que no pasó un solo año sin que se tuviesen Cortes, y en alguno, como en 1301, las hubo en Valladoiid y Burgos, siendo de notar que en las de Valladolid de 1307 se restableció por ley no imponer tributos sin pedirlos á las Cortes; en las de Burgos de 1311 quisieron los procuradores saber á cuánto ascendían las rentas del Rey, y en las de Carrión de 1312 tomaron cuentas á los tutores. En algunas se resolvieron asuntos de interés capital, pudiendo servir de ejemplo las de Valladolid de 1351.

Los concejos (2). Bien será advertir que el municipio leonés y castellano fué perdiendo el carácter democrático desde el siglo XIV. Desde estos tiempos los cargos municipales, que eran patrimonio de la asamblea general de vecinos, pasaron á las manos de los caballeros ó de algunas familias privilegiadas. Estos nuevos nobles, si es cierto que estuvieron siempre al lado de los reyes, sirviendo de contrapeso á la antigua y ambiciosa nobleza, también lo es que, á la larga, se hicieron dueños de los concejos y anularon la iniciativa, la influencia y el poder del pueblo.

Cultura literaria. Decayó la cultura literaria desde los tiempos de Alfonso X *el Sabio*. Conviene, sin embargo, recordar que Sancho IV *el Bravo* escribió libros de mérito (3). D. Juan Manuel, hijo del infante D. Manuel y sobrino del rey *Sabio*, fué excelente escritor, y da gloria á las letras patrias Juan Ruiz, arcipreste de Hita, denominado el *Petronio español*.

No falta quien sostenga que este arcipreste es el primer escritor castellano á quien puede calificarse de poeta; olvidan los que tal sostienen—y el olvido resulta injusto por cierto—al maestro Gonzalo de Berceo.

Sea el primero ó sea el segundo, el *Arcipreste de Hita* es poeta,

(1) *Colección diplomática inédita, formada por la Academia de la Historia.*

(2) Véase tomo I, cap. XXIV, tomo II, caps. V y X.

(3) *El Lucidario* y el *Libro de los Castigos* fueron las obras debidas á su pluma; pero también en su tiempo se tradujeron al castellano el *Libro del Tesoro* y la *Grand conquista de Ultramar*, por orden del mismo Rey.

y poeta satírico por añadidura, lo cual hace que se le lea con más agrado.

Escribió los *Apólogos*, las *Serranas* y las *Cantigas á la Virgen*. De las *Serranas* copiamos las siguientes coplas:

Cerca la Tablada
la sierra pasada
falléme con Aldara
á la madrugada.
Encima del puerto
coydé ser muerto
de nieve, de frío,
e dese roçío,
e de gran elada.
A la decida
di una corrida,
fallé una serrana
fermosa, lozana
e bien colorada.

Otro poeta del mismo siglo fué *Pero López de Ayala*, autor de una obra en verso titulada *Rimado de Palacio*, que viene á ser algo así como una enseñanza para gobernar y al propio tiempo una sátira contra los vicios de la época y muy especialmente contra los letrados, á los cuales, por lo que se desprende de su libro, tenía Pero López de Ayala en muy poca estima; no merece mucha, á la verdad, como obra literaria, y mucho menos como poema, su libro *Rimado de Palacio*; merece, no obstante, ser mencionado el libro, tanto por lo que tiene de interesante como pintura de costumbres del tiempo en que fué escrito, cuanto por la importancia personal de su autor, célebre canciller de Castilla, cronista que fué de cuatro reyes: Pedro *el Cruel*, Enrique II *el de las Mercedes*, Juan I y Enrique III, en cuyos reinados fué Pero López de Ayala figura de mucho relieve.

De cómo consideraba á los abogados es buen botón de muestra el siguiente trozo de su *Rimado de Palacio*:

«Si quisieres sobre un pleito dellos aver consejo,
pónense solemnemente, luego abaxan el cejo;
dis: grant cuestión es esta, grant trabajo sobejo,
el pleito será luengo, ca atanne á todo el concejo.
Yo pienso que podría aquí algo ayudar
tomando grant trabajo en mis libros estudiar,
mas todos mis negocios me conviene á dexar
é solamente en aqueste vuestro pleito estudiar.»

No hay para qué insistir en la advertencia que ya más de una vez hicimos de que en esta noticia ligerísima de autores y de libros, que señalan en el transcurso de los siglos puntos culminantes de

nuestro progreso literario y científico, se ha de prescindir necesariamente de versificadores y de prosistas, cuya labor, si digna de aplauso, no se eleva á la altura en que brillaron los ingeniosos próceres que dieron vigoroso impulso al mejoramiento del lenguaje y á la alteza de la poesía; por eso ahora, hablando de la prosa del siglo XIV, únicamente juzgamos merecedor de ser nombrado *D. Juan Manuel*, verdadero y único continuador de la obra didáctica de su tío Alfonso X *el Sabio*.

D. Juan Manuel nació en Escalona el día 5 de mayo de 1282 y murió en Córdoba en el año 1359; no llegó, por consiguiente, á octogenario, si bien le faltó poco para serlo. El nombre y las obras de D. Juan Manuel honran la primera mitad del siglo XIV. Fué á un tiempo mismo soldado y escritor, poeta y guerrero. De él cuentan las historias que á los doce años ya fué nombrado *Adelantado de Murcia*. De presumir es que tal nombramiento en edad tan temprana se debió á su condición de hijo de un infante, nieto de un Rey y sobrino de otro. La obra maestra de D. Juan Manuel es la que se titula *Libro del Conde de Lucanor* ó de *Patronio* ó de los *Enxemplos*.

En esta obra se dan reglas para vivir con acierto y con orden, expuestas en forma de *Enxemplos*, á cuya terminación hay siempre como moraleja ó resumen de la fábula una sentencia en verso.

Para que mejor pueda apreciarse el fondo, la forma y el lenguaje de obra tan peregrina, daremos á conocer el *Enxemplo XXXIX*, que trata «de lo que contesció á un home con la golondrina et con el pardal». Dice así:

Fablaba otra vez el conde Lucanor con Patronio, su consejero, en esta guisa: «Patronio, en ningún guisa non puedo excusar de haber contienda con uno de dos vecinos que yo he, et acontesce así que el más mi vecino non es agora tan poderoso et el más poderoso non es tanto mi vecino; et ruégovos que me aconsejedes qué faga en esto.» «Señor conde, dijo Patronio, porque sepades para esto lo que vos más cumple, sería bien que supiésedes lo que contesció á un home con un pardal et una golondrina.» El conde le preguntó cómo fuera aquello.

«Señor conde, dijo Patronio, un home era flaco et tomaba gran enojo con el roido de las voces de las aves, et rogó á un su amigo que le diese algund consejo, porque non podía dormir por el roido que le facían los pardales et las golondrinas; et aquel su amigo díjole que del todo non le podía desembargar, mas que él sabía un escanto

con que le desembargaría de lo uno dello, ó del pardal ó de la golondrina. Et aquel que estaba flaco respondióle que como quier que la golondrina da muchas voces et mayores, pero porque la golondrina va et viene, et el pardal mora siempre en casa, que ante se quería parar al roido de la golondrina, que iba y venía, que non al roido del pardal, que está siempre en casa. Et vos, señor conde, como quier que aquel que mora más lejos es más poderoso, consejo vos que hayades más aina contienda con él que non con el que vos está más cerca, aunque non sea tan poderoso; que muy mala es la guerra de cabo casa para cada día.»

El conde tovo este por buen consejo, et fízolo así, et fallóse ende muy bien. Et porque D. Johan hobo éste por buen enxemplo, mandólo escrebir en este libro, et fizo estos viesos que dicen así:

«Si en toda guisa contienda hobieres de haber,
toma la de más lejos, aunque haya más poder.»

De otras obras de D. Juan Manuel y por él mismo mencionadas se han perdido: *Libro de los Cantares* ó *de las Cantigas*, *Libro de las reglas del trouar* (una especie de arte poética), *Libro de los Sabios*, *Libro de la Caualleria*, *Libro de los engennos*; pero se conservan, además de *El Conde Lucanor*, ya mencionado, *El libro del Caualllero et del Escudero*, el *Libro de la Caza*, el *Libro de los Estados* ó *de las Leyes* ó *del Infante*, el *Libro de los Castigos* y otros de menos importancia.

Que el libro de D. Juan Manuel fué imitado por algunos contemporáneos suyos, no hay necesidad de decirlo; imitadores tuvo el procedimiento, no ya solamente en el siglo XIV, sino en los posteriores, incluyendo el XIX, en el cual hemos visto el libro titulado *Páginas de la Infancia*, destinado á la lectura en las escuelas de instrucción primaria y que era uña colección de cuentecitos con su pareado al final.

Entre los imitadores de D. Juan Manuel contemporáneos suyos merece mención especial el anónimo autor del *Libro de los Gatos*, una colección de fabulillas (cincuenta y ocho) escritas en lenguaje vulgar y casi todas con cierta intención satírica contra determinadas clases sociales.

Trasladaremos aquí el cuento XLV, que trata «de lo que acaesció á la formiga con los puercos»:

«La formiga coge é lieva los granos de trigo de que viva en el invierno, ó algunas veces acaesce que desque lo ha allegado vienen los puercos e coméngelo, é estruyéngelo todo. Ansí es de muchos hommes en este mundo, que muchas vegadas non tratan al sinon allegar riquezas ó algos, é á las vegadas acaesce que vienen los ladrones ó los merinos ó sus señores ó parientes ó otros algunos que son más poderosos que non ellos, ó gelo comen ó destruyen todo, ansí que habrán á dejar sus riquezas á mal su grado.»

Ni el libro de los *Enxemplos*, también de autor anónimo, en que un teólogo, *Clemente Sánchez Vercial*, coleccionó unos cuatrocientos cuentos, poniendo al frente de cada uno una sentencia latina y un pareado en castellano; ni la *Crónica de veinte reyes de Castilla* (desde Fruela II hasta Fernando *el Santo*, ambos inclusive); ni la *Crónica general* de 1314; ni la *Crónica de los reyes de Castilla* (desde Fernando I hasta Fernando IV); ni otros muchos libros que en aquel período aparecieron, son obras que puedan ser tomadas como prueba del grado de cultura á que por entonces habían llegado las letras españolas.

El Derecho. Habiéndose tratado ya del *Derecho* en tiempo de Fernando III y Alfonso X, procede ahora seguir el desarrollo de esta ciencia hasta terminar la época cuarta, ó sea hasta los Reyes Católicos.

Las *Leyes del Estilo*, publicadas en el reinado de Fernando IV, no fueron leyes propiamente tales, sino trabajos de algunos jurisconsultos; luego adquirieron aquel carácter, y parte de ellas se insertaron en la *Nuera Recopilación*, trasladándose luego á la *Novísima*.

Alfonso XI, con el deseo de cortar de raíz el estado anárquico de la legislación, promulgó el *Ordenamiento de Alcalá* (1348), que no es otra cosa sino la reunión de varias leyes hechas en Cortes celebradas en tiempo de este monarca, y del Ordenamiento formado en Nájera por Alfonso VII, en 1138, cuyas disposiciones fueron enmendadas antes de insertarse en la colección de que se trata. En las mencionadas Cortes de Alcalá promulgó Alfonso XI las *Siete Partidas*. El *Ordenamiento de Alcalá* ha sido desconocido hasta que el padre Burriel lo descubrió en el siglo pasado. Hállase dividido en XXXII títulos. Desde el I hasta el XV tratan del orden y de los trámites judiciales. El XVI se ocupa de las obligaciones. El XVII permite la rescisión de las ventas cuando hay lesión en más de la mitad del justo precio. En el XVIII hay una ley estableciendo, en interés

de los labradores, que no pueden ser embargados por deudas, fuera de ciertos casos, los animales de labor ni los instrumentos de labranza. El XIX señala el número de testigos que han de asistir á los testamentos, y declara la validez de toda última voluntad, aunque en ella no se hubiese instituído heredero. El XX trata de la administración de justicia, el XXI de los adulterios y el XXII de los homicidios. Desde el XXIII hasta el XXVII continúan ocupándose de la administración de justicia. El XXVIII marca el orden de prelación de los códigos, disponiendo que los pleitos se decidan por el Ordenamiento, después por el Fuero Real y los fueros municipales en lo que fuesen guardados y últimamente por las Partidas. El XXIX se ocupa de los desafíos, el XXX del modo con que el Rey ha de tomar en su guarda ó encomienda las casas, fuertes y castillos, y el XXXI de la manera como los vasallos han de servir al Rey ó á otro señor por las soldadas, tierras ó dinero que de ellos tuviesen. El XXXII contiene el Ordenamiento hecho en las Cortes de Nájera de 1138.

Entre los muchos reglamentos que se sancionaron es digno de alabanza el *Ordenamiento de menestrales* (Cortes de Valladolid de 1351) (Apéndice M). En las mismas Cortes confirmó y mandó observar Pedro I, después de corregido, el *Ordenamiento de Alcalá*, hecho por su padre Alfonso XI, como también dispuso la formación del libro *Becerro de las Behetrías*. Pedro I hizo publicar el *Fuero viejo de Castilla*.

En el reinado de Enrique III, entre otros trabajos legislativos, se hizo el *Ordenamiennto sobre la administración de justicia*. También en las *Cortes de Briviesca*, reunidas por orden de Juan I, se publicaron dos *Ordenamientos* ó cuadernos de leyes, los cuales no carecen de importancia en la historia del derecho.

Ciencias naturales, físicas y médicas.

Las ciencias naturales, físicas y médicas, cultivadas con algún aprovechamiento en el siglo XIII, decayeron en el XIV. Fué la ciudad de Toledo, en la centuria XIV, centro de ciencias ocultas ó artes mágicas, donde los alquimistas no descansaban en sus estudios y experimentos para obtener por medios artificiales la piedra filosofal, y donde los hechiceros y nigromantes practicaban sus vanas y supersticiosas artes. Los astrólogos, del mismo modo que los alquimistas, creían pronosticar los sucesos por la situación y aspecto de los planetas.

Conviene saber que tanto las doctrinas alquimistas como astroló-

gicas, aunque erróneas en sí, contribuyeron respectivamente á los adelantos de la química y de la astronomía.

Ciencias filosóficas y morales. Si las ciencias filosóficas tuvieron escasa importancia durante el siglo XIV, pues apenas pueden citarse los nombres de Fr. Alonso de Vargas y de Dionisio de Murcia, ambos del claustro de la Universidad de París, las producciones morales fueron muchas, ya citadas al ocuparnos de las obras de D. Juan Manuel y del rey Sancho IV *el Bravo*.

Bellas Artes. Las *bellas artes*, en especial la *arquitectura*, continuaron progresando. El estilo que domina en el siglo XIV es el ojival, pero con mayor riqueza en los adornos. Al siglo XIV pertenecen las catedrales ojivales de Palencia, Pamplona y otras. La *escultura* y la *pintura* se manifiestan á su vez con más perfección y espontaneidad que en el siglo XIII.

Industria. La *industria* recibió grande impulso, merced á la introducción de merinas inglesas que trajo en dote doña Catalina de Lancáster, mujer del infante D. Enrique. Como la lana de estas ovejas se distinguía por su bondad y era tan estimada en los mercados, su comercio fué muy lucrativo. Sobre el estado de la agricultura, de las armas, de los vestidos, etc., se da una clara idea en el *Ordenamiento de menestrales* de Pedro I.

Marina. La *marina* castellana era de las mejores de Europa. Bastará recordar la escuadra que llevó Pedro I á Cataluña y á las Baleares, la que en tiempo de Enrique II venció en las aguas de Lisboa, etcétera, y la que en el reinado de Juan I arribó hasta las playas de Inglaterra, desafiando á la marina de esta nación. El uso de la *artillería* comenzó á generalizarse.

La peste negra. La terrible peste negra, bubónica ó de Levante apareció en el año 1348 é hizo grandes estragos en toda Europa, ya castigada por la lepra, durante casi toda la Edad media. El P. Sarmiento, refiriéndose á España, afirma que murieron dos terceras partes de la población. Enfermedad tan cruel apareció en el siglo VI en nuestra península; causó muchas víctimas desde el XI hasta el XIV, en que adquirió mayor desarrollo, y después, hasta el final del XVII, desapareciendo por fin de Europa cuando se pusieron en práctica medidas higiénicas y sanitarias.

Costumbres públicas. Desde el punto de vista de la moralidad social, el cuadro que representaba España era poco halagüeño. Prúebalo elocuentemente las diferentes peticiones que los procurado-

res de las ciudades hicieron á los monarcas en las Cortes celebradas en aquella centuria. D. Casimiro Pellicer, en su *Tratado histórico sobre el origen y progreso de la comedia y del histrionismo en España*, dice, refiriéndose al reinado de D. Sancho IV (siglo XIII):

«Consta asimismo, por las referidas cuentas del rey D. Sancho, que además de un enano que había para el entretenimiento de Palacio, llamado García Yáñez, había igualmente juglares y juglaresas ú hombres y mujeres, que con cantares, dichos y hechos, y con chanzas, y saltando y tocando varios instrumentos, divertían á la gente.

»Dábase, con efecto, ración á un tal Juanot, que tocaba el tamboril; otro tocaba la «rota», instrumento acaso de una sola cuerda, como ahora la gaita de los ciegos; otros eran tromperos, ó que tocaban la trompa. Los saltadores parece eran moros y moras, entre los cuales se hace mención de un tal «Fate» y de su mujer; y que había mujeres músicas de voz y de instrumentos, consta de una partida en que se habla de lo que costó un asno para las juglaresas.

»Y no sólo se usaban estas diversiones y recreos en los palacios de los reyes y de los grandes, sino también en los de los prelados más graves.

»El año de 1324 celebró un Concilio provincial el arzobispo de Toledo, D. Juan, y entre otros desórdenes que reprende en el clero y en otros feligreses, se duele de que entren en las casas de los eclesiásticos ciertas mujeres á escandalizarlos con sus dichos y hechos.

»Estas son sus palabras:

«Habiéndose introducido en esta tierra cierto contagio de liviandad detestable, que es que algunas mujeres llamadas SOLDADERAS entren públicamente en las casas de los prelados y grandes á banquetear, teniendo conversaciones torpes y malas, corrompiendo por lo común las buenas costumbres, y haciendo ostentación y alardes de sus personas, mandamos á todos, y particularmente á los prelados, poniéndoles presente el juicio divino, que no permitan semejantes mujeres.»

»El Sr. Ramos del Manzano alega también el mandato de este celoso arzobispo, y dice que estas mujeres serían sin duda histrionisas y cantarinas, y por consiguiente, saltatrices (1), y que se llamaban SOL-

(1) A esta clase de mujeres, que también se las nombraba «chocarreras», perteneció la llamada Mariana *de Rueda*, á lo que parece casada con el famosísimo comediante sevillano Lope de Rueda, cuyo apellido tomó.—Véase *Un pleito de Lope de Rueda*. Nuevas noticias para su biografía, por Narciso Alonso Cortés. Valladolid, 1903.

DADERAS, por el jornal, sueldo ó paga que las daban por hacer sus habilidades, añadiendo que de este mismo origen se deriva el nombre de *soldado* (á *soldis sive solidis)* por el sueldo, paga ó prest que reciben (1).»

Del mismo modo, los poetas señalaban, con bastante frecuencia, los vicios de su época. El arcipreste de Hita criticó la avaricia de la corte romana (2) en particular, y Pero López de Ayala se mofó, en su *Rimado de Palacio*, de los letrados.

Aragón: la política bajo los reinados de Jaime II, Alfonso IV y Pedro IV.

Bajo el reinado de Jaime II *el Justo* sufrió completa mudanza la política de Aragón. Al apuntar el primer año del siglo XIV, la Unión aragonesa iba á recibir rudo golpe. El justicia y las Cortes declararon que la Unión era contraria á los derechos de la corona y á los fueros del reino. En la querella lo mismo el Rey que los nobles invocaron la ley, y se sometieron á la autoridad del justicia; este magistrado, después de oir al monarca y á los unionistas, pronunció sentencia definitiva en favor del soberano. Lo sucedido era natural, porque Jaime II buscó por auxiliares á los legistas y á los caballeros.

(1) *Ad leges Juliam et Papiam*, obra del licenciado Francisco Ramos del Manzano. Madrid, 1678; libro II, cap. XLIV.

(1)

Mucho fas el dinero, et mucho es de amar,
Al torpe fase bueno et omen de pre-tar,
Fase correr al cojo, et al mudo fabrar,
El que non tiene manos, dinero quiere tomar.
Sea un ome nescio, et rudo labrador,
Los dineros le fasen fidalgo e sabidor;
Quanto mas algo tiene, tanto es mas de valor,
El que non ha dineros, non es de sí sennor.
Si tovieses dineros, habrás consolación,
Plaser e alegría, del Papa ración,
Comprarás paraíso, ganarás salvación;
Do son muchos dineros, es mucha bendición.
Yo vi en Corte de Roma, do es la santidat,
Que todos al dinero fasen gran humildat;
Gran honra le fascian con gran solenidat,
Todos á él se homillan como á la majestat.
Fasie muchos priores, obispos et abades,
Arzobispos, doctores, patriarcas, potestades,
A muchos clérigos nescios dabales dinidades,
Fasie de verdad mentiras et de mentiras verdades.
Fasie muchos clérigos et muchos ordenados,
Muchos monjes et monjas, religiosos sagrados;
El dinero los daba por bien examinados,
A los pobres desían que non eran letrados.

En tiempo de Alfonso IV *el Benigno*, la nobleza se mantuvo retirada ante el poder de la autoridad real; pero el Rey derramó la semilla de largas discordias con sus condescendencias á su segunda esposa, la exigente doña Leonor de Castilla, y con sus favores á los hijos de este matrimonio. No comprendió que antes que marido y padre era rey, y que los reyes pertenecen á sus pueblos antes que á su familia.

Pedro IV *el Ceremonioso* no tuvo otro pensamiento sino levantar á grande altura la autoridad real y abolir los inauditos privilegios arrancados por la nobleza á Alfonso III. No apeló á la fuerza, sino al engaño. No reparaba en los medios para conseguir el fin. Si apuró hasta las heces la copa de las humillaciones y fué juguete de la Unión, triunfó al fin en Epila y en Mislata. Después de la victoria, y habiendo rasgado con su puñal el funesto privilegio, reunió las Cortes en Zaragoza.

Ante dichas Cortes juró y confirmó los fueros y las antiguas libertades del reino de Aragón. «Desde entonces, como dice Lafuente, data el reinado de la libertad en Aragón» (1).

Haremos notar que en el año 1353 Pedro IV ingresó en la *Cofradía de las obras y de Santa Eulalia* (Apéndice N). La noticia—como veremos más adelante—no carece de interés.

El justiciazgo después de la batalla de Epila.

Acerca de la institución del justicia, diremos que después de la batalla de Epila (21 de julio de 1348), en las Cortes que inmediatamente convocó Pedro IV, se aumentaron las inmensas atribuciones que tenía aquel magistrado.

«Consignóse por fuero que el rey nunca podría revocar ni anular las providencias del justicia, y si éste delinquía en el ejercicio de su cargo, sólo sería justiciable por las Cortes con el rey. Declaróse también único juez competente de todos los oficiales y jueces culpables, con la especial circunstancia de que el rey no podría usar del derecho de gracia cuando el justicia condenaba á un oficial. Pero la atribución más importante fué la de evacuar las consultas que se le dirigiesen por todos los oficiales y jueces inferiores sobre dudas ó interpretaciones de la ley, debiendo obedecerlas irremisiblemente en la forma que las despachase las justicias, porque de sus respuestas no se daba apelación alguna.

»De todas estas y otras facultades disfrutó el justicia hasta las

(1) *Historia general de España*, tomo VIII, pág. 24.

Cortes de Calatayud de 1461 (1), en que se restringieron sus atribuciones judiciales y personales...» (2).

Cultura intelectual é industrial.—Costumbres.

La cultura *intelectual è industrial* no quedó paralizada en esta época. Jaime II fundó el *Estudio de Lérida* (1300), primer establecimiento de este género creado en el reino. El mismo Pedro IV escribió en lengua lemosina su propia crónica é hizo poesías, y de orden suya, Jaime March compuso un diccionario de *Rimas*. Juan I se declaró protector de la poesía y de los literatos, estableciendo el Consistorio de la *Gaya Ciencia* en Barcelona. Este establecimiento decayó durante las turbulencias que siguieron al reinado de Martín I, para florecer luego cuando se restituyó la tranquilidad al reino. La catedral de Barcelona, que tuvo comienzo en el año 1298, se terminó en el siglo XIV. La de Tortosa también es del mismo siglo. Por las *Ordenanzas de la Casa Real*, hechas por Pedro IV, se comprende el estado brillante de las artes é industria y el refinamiento de aquella sociedad, refinamiento que terminó en el sibaritismo desplegado en tiempo de Juan I. Extraña la afeminación de la corte aragonesa, cuando este pueblo todo lo que era lo debía á su vigorosa energía y á su rústica sobriedad.

Granada: cultura en Granada.

Tanto Mohámed III como los inmediatos sucesores continuaron protegiendo las ciencias, las letras y las artes. Mohámed IV hermoseó á Granada con grandiosas mezquitas y lujosos baños. Mohámed V se rodeó de los hombres más sabios de su reino, sobresaliendo entre todos ellos el insigne historiador Aben-Jaldón, quien fué mandado de embajador á la corte del rey Pedro I de Castilla (1364).

Los historiadores Aben-Jaldón y Aben-Aljathib.

Aben-Jaldón dió la última mano á sus obras históricas desde el año 1380 al 1390. Acerca de sus méritos como escritor, diremos que ya inició en el siglo XIV casi todos los problemas que después han sido materia de estudio de los modernos historiadores. En su *Historia de los Berberiscos* comienza exponiendo excelentes principios de crítica histórica.

Debemos también citar con encomio el nombre de otro historiador, Mohámed-ben-Aljathib, que nació en Loja en el año 1333 y fué asesinado en su prisión de Granada después del 1374. Ocupó elevados cargos en la corte y tuvo mucha influencia política. Una de sus

(1) Convocadas por Juan II.
(2) Danvila, *Las libertades de Aragón*, págs. 362 y 363.

principales obras se intitula *El círculo sobre la historia de Granada*, la cual no es otra cosa que la exposición y el relato de las vidas de los varones ilustres hijos de Granada ó que habitaron ó visitaron la ciudad. *El libro del complemento* es otra de las producciones de Aben-Aljathib y, como su nombre lo indica, viene á ser un complemento de la anterior. *El justo peso de la experiencia* es la descripción del reino de Granada en los últimos tiempos de la dinastía naserita, y el *Esplendor del plenilunio de la dinastía naserita* contiene la historia de los reyes granadinos hasta la época en que Mohámed VI destronó á Mohámed V. También fué autor de otros libros menos importantes. Tenía Aben-Aljathib conocimientos enciclopédicos y poseía admirablemente el idioma, distinguiéndose por su pureza y elegancia. Su mérito principal consiste en haber descrito con toda fidelidad las corrompidas costumbres de su tiempo, llamándole por esta razón el *Salustio del reino de Granada*. Simonet dice que Aben-Aljathib merece justamente el título de *Príncipe de la literatura arábigo-granadina*.

La cultura en Córdoba y en Sevilla. Por lo que respecta á la cultura en Córdoba y en Sevilla, si en la primera sobresalía el amor á la literatura, en la segunda se estimaba principalmente la música. Cuéntase que como á Averroes le preguntasen en cierta ocasión qué ciudad, si Córdoba ó Sevilla, era superior por su cultura, contestó: «Cuando en Sevilla muere un sabio y se trata de vender sus libros, éstos se envían á Córdoba, donde hay despacho seguro; pero si en Córdoba muere un músico, sus instrumentos se mandan á vender á Sevilla.» Duró el movimiento intelectual, aunque con intervalos, hasta el siglo XIII. Después de conquistada Córdoba por San Fernando (1236), la cultura se encerró en Granada. Mohámed-ben-Alahmar, fundador del reino granadino, y sus sucesores los naseritas, crearon establecimientos científicos y literarios, escuelas y bibliotecas, y ofrecieron en sus Estados refugio á los sabios fugitivos. Estimadísima la poesía, como ya se ha hecho notar, entre los árabes, se añadirá ahora que se caracteriza por su lirismo. «En la poesía lírica fué donde aunaron todas sus fuerzas, y en ella vertieron cuantas penas y cuantos delirios movían sus corazones. Por esta causa corrió el torrente de la poesía en el suelo andaluz con abundancia inmensa. Las producciones líricas de los poetas arábigo-hispanos se distinguen, en general, por la dicción rica y sonora, por el brillo y atrevimiento de las imágenes. En vez de prestar expresión á los pensamientos y de dejar hablar al corazón,

nos agobian á menudo con un diluvio de palabras pomposas y de imágenes esplendentes. Como si no les bastase conmovernos, propenden á cegarnos, y sus versos se asemejan, por el abigarrado colorido y movimiento deslumbrador de las metáforas, á un fuego de artificio que luce y se desvanece en las tinieblas, que hechiza momentáneamente los ojos con sus primores, pero que no deja en pos de sí una impresión duradera...» (1).

Sabios judíos que florecieron en esta época: D. Sem Tob de Carrión.

Si sabios musulmanes dieron gloria á la literatura arábigo-española, insignes hebreos enaltecieron también las letras patrias, sobresaliendo entre todos don Sem Tob de Carrión.

Vivió este pobre judío en el siglo XIV y durante los reinados de Alfonso XI y Pedro I.

Escribió la obra intitulada *Proverbios morales*, conocida más generalmente con el nombre de *Consejos et documentos al rey D. Pedro*.

El marqués de Santillana, que es el primero en dar noticias del célebre judío de Carrión, dice que «escribió muy buenas cosas é entre otras *Proverbios Morales* en verdat de assaz commendables sentencias». El P. Restituto del Valle Ruiz, agustino, añade que admira, aun dentro de la poesía didáctica, «la gravedad solemne de su inspiración y el tono semiprofético y sacerdotal con que propaga sus enseñanzas, recordando en muchas de sus rimas la manera concisa é imperatoria del libro de los *Proverbios* ó la voz inexorable que desenmascara y execra en el *Eclesiastés* las pompas y vanidades de la tierra» (2).

Al rey D. Pedro le dice el autor:

Señor noble, muy alto,
oid este sermón
que vos dice don Santo,
judío de Carrión.

En uno de los *Proverbios* se lee:

Nyn vale el açor menos
por que en vil nio syga,
nin los enxemplos buenos
por que judío los diga.

(1) Schah, *Poesía y arte de los árabes*, etc., tomo II, pág. 101.
(2) *Estudios literarios*, págs. 238 y 239.

Ruina de la industria judía en España.

Mereció la raza judía protección no escasa de doña María de Molina, ya como mujer de Sancho IV, ya como tutora de su hijo Fernando IV y de su nieto Alfonso XI; pero en tiempos de Enrique *el Bastardo* y durante la guerra de éste con su hermano Pedro I, los partidarios de aquél persiguieron inhumanamente á los israelitas, hasta el punto de que doce mil sucumbieron al fuego y al hierro. Si luego Enrique trató de poner orden, los castellanos continuaron en su fiera enemiga. En el reinado de Juan I se pudo contener al populacho sevillano, que deseaba el exterminio de la raza de Judá; pero durante la minoría de Enrique III, en el año 1391, ríos de sangre corrieron por la capital andaluza, siendo la intolerancia del arcediano de Ecija causa de tantas crueldades. Un año después tocó igual suerte á las juderías de Córdoba, Valencia, Toledo y Burgos, robando y saqueando la muchedumbre casas y tiendas y dando muerte á muchos. En Aragón sucedía por entonces lo mismo que en Castilla.

«Las juderías de casi toda España quedaron, pues, enteramente destruídas, hollados todos los derechos y escarnecida la justicia. Pero el pueblo cristiano, que tan despiadadamente se ensañaba contra los judíos, no veía, al destruir la industria y al arrebatarles los medios de desarrollarla, que echaba sobre sí cargas con ellos antes compartidas y que ahogaba en sangre el germen de prosperidad y bienandanza. ¿Qué se hicieron, en efecto, los numerosos telares de Toledo y Sevilla? ¿Qué fué de los ricos mercados, en que hacinaban los hebreos todos los productos del Oriente y del Occidente, en que las sedas de Persia y de Damasco, las pieles de Tafilete y las joyerías de los árabes competían?» (1).

(1) Amador de los Ríos, ob. cit., pág. 76.

XVII

Castilla: Juan II; su minoría.—Guerra contra Yúsuf de Granada.—Tregua entre moros y cristianos.—Cerco y toma de Antequera.—Don Alvaro de Luna.—El Rey mayor de edad.—Lucha entre la Monarquía y la nobleza.—Guerra con Granada: batalla de Sierra Elvira.—Poder de D. Alvaro de Luna.—Tratado de Castronuño.—Batalla de Olmedo.—Matrimonio de Juan II con Isabel de Portugal.—Guerras civiles de Granada.—Suplicio de D. Alvaro de Luna.—Muerte de Juan II.—Consideraciones.—*Granada:* Yúsuf III.—Mohámed VII.—Yúsuf-ben-Al-Maul.—Aben-Ostman.—Aben-Ismail.

Castilla: Juan II; su minoría.

Juan II heredó el trono el 25 de diciembre de 1406, cuando aún no contaba dos años de edad (1).

En las Cortes de Segovia de 1406 se abrió y leyó el testamento de Enrique III, en el cual se nombraba tutores y gobernadores del reino á doña Catalina y á D. Fernando, mujer y hermano, respectivamente, del último monarca. De la crianza y guarda del rey niño se encargaba á D. Diego López de Estúñiga, á D. Juan de Velasco y al obispo de Cartagena.

Pronto se rompió la armonía entre los dos gobernadores del reino, pues doña María sólo escuchaba los consejos, más interesados que generosos, de la voluble y caprichosa dama doña Leonor López. Tampoco—y sentimos no estar conformes con la opinión del historiador Lafuente—procedió siempre el infante D. Fernando con nobleza y caballerosidad.

Después que éste hizo proclamar á Juan II en Toledo, marchó á Segovia (1.° de enero de 1407), donde se hallaba doña Catalina con su hijo.

(1) Había nacido en Toro el 6 de marzo de 1405, y el 6 de mayo del mismo año, en presencia de la Corte, fué jurado en Valladolid príncipe de Asturias; suceso que celebró la ciudad con fiestas y regocijos.

Guerra contra Yúsuf de Granada. Arregladas las diferencias entre los tutores (1), preparóse D. Fernando á una guerra formal contra Yúsuf III de Granada. Con un fuerte subsidio concedido por las Cortes, el infante, al frente de sus tropas y acompañado por muchos caballeros, decididos á prestarle auxilio en la empresa, tomó camino de Andalucía (abril de 1407), llegando á Córdoba á mediados de junio y á los pocos días á Sevilla. En dicho punto se le presentó el almirante D. Alfonso Enríquez, que acababa de vencer la flota enemiga en las aguas de Gibraltar. Comenzó la guerra por la parte de Almería, y especialmente por la de Sevilla; pero quedó reducida á que infieles y cristianos se tomasen mutuamente algunas villas y castillos. Intentó el granadino hacerse dueño de la ciudad de Baeza, que no pudo conseguir y de la cual se retiró con poca honra, si bien se apoderó en seguida del castillo de Bezmar.

Al fin salió de Sevilla (7 de septiembre) el infante, llevando la espada de San Fernando, que le fué entregada con toda solemnidad. Abrióse la campaña por la parte de Ronda. Tomóse la villa de Zahara (1.° de octubre) y se lograron otras ventajas, volviendo don Fernando á Sevilla, donde, después de depositar la espada del Santo Rey sobre el ara, regresó á Toledo y desde dicha ciudad á Guadalajara, con el objeto de asistir á las Cortes, en compañía de la reina doña Catalina y del tierno monarca.

Tregua entre moros y cristianos. A Guadalajara llegaron embajadores de Mohámed VII proponiendo una tregua, que se firmó por ocho meses (últimos de abril de 1409), y habiendo muerto por entonces el amir, le sucedió Yúsuf-ben-Al-Maul, ratificándose el armisticio.

Cerco y toma de Antequera. Terminado el armisticio, castellanos y granadinos se prepararon á nueva campaña. Antes de salir de Valladolid para la guerra, D. Fernando, siempre solícito para con su familia, logró que á dos de sus hijos, D. Sancho y D. Enrique, se les confirieran respectivamente los maestrazgos de *Alcántara* y de *Santiago*, como también que los procuradores del reino ratificasen los desposorios concertados anteriormente de su hijo D. Alfonso con doña María, hermana del Rey.

Llegó D. Fernando á la vista de Antequera el 26 de abril de 1410. Los combates entre sitiados y sitiadores se sucedían fre-

(1) Se convino en que doña Catalina gobernaría desde los puertos hacia Castilla la Vieja y León, y D. Fernando en todo lo restante de España, ó sea en Castilla la Nueva, Extremadura, Valencia, Murcia y Andalucía.

cuentemente. Desde la *Peña de los Enamorados*, que se halla entre Antequera y Archidona, un centinela, valiéndose de las llamas de unas hogueras, dió aviso de los movimientos de los enemigos. A esta señal los cristianos salieron del campo y consiguieron señalada victoria (1). El sangriento combate que se dió en la *Boca del Asno* acabó con las ilusiones de los granadinos. Después de muchos actos de heroísmo de parte de los sitiados, distinguiéndose entre tantos valientes Alcarmen, alcaide de la ciudad, los pendones de Santiago y San Isidoro, y las banderas de los caballeros y de los concejos, ondearon en los muros de Antequera. D. Fernando mereció el sobrenombre de *el de Antequera*.

Cansados de pelear moros y cristianos, Yúsuf y D. Fernando celebraron una tregua de diez y siete meses (16 de septiembre de 1411), pudiendo el castellano licenciar sus tropas y ordenar á sus caballeros «que cada uno se fuese con la gracia de Dios á holgar á su tierra».

Cuando terminó la tregua, la reina doña Catalina concedió al granadino la prorrogación de aquélla (1412), con sólo entregar sin rescate ciento cincuenta cautivos de los que ella escogiese. «Análogamente—escribe Fernández y González—se renovaron en 1417, sin que en este tiempo diera muestras de deslealtad el monarca granadino, á pesar de ser á ello solicitado por algunos príncipes cristianos, como lo intentó malamente el conde de Urgel en la época del compromiso de Caspe. Crecía, por el contrario, la fama de su hidal-

(1) ¿Por qué aquella peña tenía y tiene el nombre de los Enamorados? Cuéntase que un cautivo cristiano se enamoró de la hija de su señor, la cual le hubo de corresponder con pasión verdadera. Temerosos de que el padre de ella y amo de él descubriera los amores, decidiéronse los dos jóvenes á buscar asilo en tierra de cristianos. Con este objeto salieron de Granada y llegaron al pie de aquella roca, donde la joven, rendida de fatiga, se sentó á descansar. Al conocerse la evasión de Zaida con D. Gómez de Henestrosa (pues estos eran los nombres de los amantes), el padre de la joven, con gente de á caballo, partió en seguimiento de su hija y del esclavo. Determináronse Zaida y D. Gómez á trepar por aquellos riscos y ganar la cumbre. Ni las amenazas del furioso padre, ni las amonestaciones de la comitiva, bastaron á convencerles para que descendieran del monte. Comenzaron á subir los de la escolta, mientras que los dos enamorados lanzaban piedras y cuanto hallaban á mano. Habiendo logrado algunos ballesteros, después de grandes peligros, llegar á un sitio desde el cual podían lanzar saetas á los jóvenes, éstos, abrazados fuertemente, se echaron á rodar por la peña abajo hasta caer destrozados en presencia del cruel padre. Zaida y D. Gómez fueron enterrados al pie de la roca, que desde entonces se llamó la *Peña de los Enamorados*,

guía y afición á los ejercicios caballerescos, llegando á ser tan acepto á los cristianos, que vino á hacerse costumbre entre muchos nobles de Castilla el pasar á tierra de Granada á fin de que el buen rey Yúsuf les concediese campo para celebrar sus desafíos» (1).

Don Alvaro de Luna. Elegido poco después D. Fernando rey de Aragón, marchó á su reino, dejando á Castilla presa de las discordias. En esto acertó á entrar de paje, al servicio del rey niño, el joven don Alvaro de Luna, descendiente bastardo de una familia noble de Aragón (2).

Contaba á la sazón D. Alvaro diez y ocho años. La reina doña Catalina, por su parte, le hizo su maestresala y el Rey poco después le entregó su voluntad.

El Rey mayor de edad. Habiendo muerto repentinamente en Valladolid la reina doña Catalina (1.º de junio de 1418) (3) y encargado al poco tiempo Juan II del gobierno, contrajo matrimonio en el citado año con su prima doña María, hija de Fernando I de Aragón.

Lucha entre la Monarquía y la nobleza. D. Alvaro de Luna; los primos del Rey, D. Enrique y D. Juan, y muchos nobles y prelados aspiraban á dominar al inexperto monarca. Hallándose Juan II en su palacio de Tordesillas (1420) (4), vióse sorprendido una mañana en su mismo lecho por el infante D. Enrique, y casi prisionero fué conducido á Ávila, mientras que el infante D. Juan se preparaba á marchar contra su hermano. De la custodia de D. Enrique salió Juan II acompañado de su leal servidor D. Alvaro, y atravesando montes y vadeando ríos logró ganar el castillo de Montalbán, en tierra de Toledo. Cuentan que allí se alimentaban de la carne de sus propios caballos, como también que un pastor, noticioso de la

(1) *Los Mudejares de Castilla*, pág. 185.

(2) Era hijo ilegítimo del aragonés D. Alvaro de Luna, señor de Cañete y de Jubera, y de María de Cañete, llamada vulgarmente la *Cañeta*, mujer de costumbres bastante libres.

(3) Dos años antes había muerto D. Fernando de Aragón y también su hijo D. Sancho.

(4) D. Pedro Fernández de Velasco, llamado por sus contemporáneos *El Buen Conde de Haro*, fué nombrado árbitro para resolver el conflicto originado entre el Rey y D. Alvaro por una parte y los magnates por otra, escribiendo, con el título de *Seguro de Tordesillas*, exacta relación de las conferencias y pactos que se celebraron en aquella villa. Entre otras cosas se acordó que el infante D. Enrique contrajese matrimonio con doña Catalina, hermana del Rey. Este dió en dote á su hermana el marquesado de Villena, con todas sus villas, lugares y castillos, otorgando también el título de duque al infante su marido.

penuria del monarca, se presentó á él y le entregó una perdiz, diciendo: *Rey, toma esa perdiz.* Libertado por D. Juan, persiguió á D. Enrique y le redujo á prisión, teniendo la infanta doña Catalina, su mujer, que refugiarse en Valencia bajo el amparo de Alfonso V de Aragón.

Juan II elevó á su privado D. Alvaro de Luna á la dignidad de *Condestable de Castilla* (1) (1423), se preparó á una guerra con Alfonso V y le llenó de júbilo el nacimiento de un hijo en Valladolid (1425), á quien puso por nombre Enrique (después Enrique IV).

Por la muerte en este año de Carlos *el Noble*, el reino de Navarra lo heredó doña Blanca, mujer del infante D. Juan; de modo que dos hijos y una hija de D. Fernando de Antequera se sentaban en los tres tronos de España: Alfonso V en Aragón, Juan I en Navarra y doña María en Castilla.

Alfonso de Aragón y Juan de Navarra solicitaron del de Castilla la libertad del infante D. Enrique. Apenas salió de la prisión, con el apoyo del navarro, púsose al frente de una liga contra D. Alvaro de Luna, consiguiendo el destierro del privado. Vivía éste en la villa de Ayllón (1427), más como príncipe que como proscripto; pero su ausencia de la corte trajo espantosa anarquía, porque todos aspiraban á gobernar el reino y ninguno tenía talento para ello. Volvió á la corte el Condestable, obedeciendo al llamamiento, tres veces repetido, del soberano, pudiendo Juan II, con la ayuda de aquél, dedicarse con más energía á combatir á la nobleza. Mientras el Rey confiscaba villas, lugares y castillos de los rebeldes nobles, disponíase también á una guerra con Aragón y Navarra, la cual no se llevó á efecto por la intercesión de la reina doña María.

Guerra con Granada: batalla de Sierra Elvira.

Tan cordiales eran las relaciones entre Juan II y Mohámed *Al-Hayzari* ó *el Izquierdo*, sucesor de Yúsuf, que los moros granadinos, cansados de la buena avenencia que mantenía su rey con los cristianos, se separaron de su obediencia, obligándole á huir á Africa. Más adelante recuperó el trono con la ayuda de Juan II, pero bien pronto se borraron semejantes beneficios del ánimo de Al-Hayzari, hasta el punto que el soberano de Castilla se vió obligado á declararle la guerra.

(1) La palabra *Condestable* (del latín *Comes Stabuli*), que significa conde de la caballeriza, ó como hoy decimos, Caballerizo Mayor, pasó luego á designar el que obtenía y ejercía la primera dignidad de la milicia. D. Alvaro de Luna fué el cuarto de los Condestables de Castilla.

Juan II, llevando á su lado á D. Alvaro de Luna, se dirigió á la vega granadina. Cuando llegaron á *Higueruela*, cerca de Sierra Elvira, se presentó á cortarles el paso el ejército musulmán, que era tan numeroso que «se estimaban—dice la *Crónica*, con exageración manifiesta—en cinco mil de á caballo e doscientos mil peones». El Condestable triunfó de Mohámed VII *el Izquierdo* el 1.° de julio de 1431; glorioso hecho de armas, que recuerda las Navas de Tolosa y el Salado.

El carácter poco belicoso de Juan II y la liga que contra el de Luna tramaban en el campo mismo el conde de Haro, el obispo de Palencia y algunos más, dieron pretexto al Rey para abandonar el país y volverse á Toledo. Ya antes de la batalla, tantas fueron las dificultades que los magnates castellanos crearon al monarca, que tentado estuvo de alzar el campo y retirarse á sus Estados.

Confiesan los historiadores árabes que la batalla de *Sierra Elvira* llenó de tristeza y de luto á los granadinos, y el cronista cristiano se queja de que no se recogiera el fruto de esta victoria, «ca en poco tiempo que el rey estoviera en el reyno de Granada tomara la mayor parte dél por fuerza ó pleitesía, segund el estrecho en que avía puesto á los moros, é la grand victoria que dellos avía avido».

Sin embargo, Juan II hizo proclamar á Yúsut-ben-Al-Maul en Montefrío, declarándose en su favor sucesivamente los pueblos y la capital. Entonces el nuevo rey se apresuró á ratificar en la Alhambra los pactos que había concertado con Juan II por mediación del adelantado D. Diego Gómez de Rivera, y cuyos principales capítulos comprendían las estipulaciones siguientes:

«Devolver al reino de Castilla todos los cristianos cautivos que hubiese en la ciudad y reino de Granada.

»Comprometerse Yúsuf por sí y por sus sucesores á no consentir que ningún cristiano, natural ó súbdito de sus señoríos, se convirtiese en mahometano.

»Pagar veinte mil doblas de oro cada año, salvo si asistiese con gentes al rey de Castilla.

»Enviar á éste de auxilio mil quinientos jinetes con paga para tres meses cumplidos, siempre que lo hubiere menester, guiándolos él mismo en persona, cuando el monarca castellano saliese á campaña.

»Asistir á las Cortes que celebrase dicho Rey en los lugares de aquende la cordillera de montañas que está junto á Toledo, ó enviar

su hijo mayor ú otra persona de confianza cuando se celebrasen allende dicha cordillera.

»Señalar determinados puestos ó plazas francas en la frontera, donde entrasen libremente los mercaderes de ambas naciones, los cuales debían ser los mismos que anteriormente y con iguales derechos.

»Que el rey de Castilla prestase ayuda al de Granada contra los vasallos que se le sublevasen, avisándole de cuantos entrasen en sus Estados, sin permitirles pasar á Africa» (1).

Poder de D. Alvaro de Luna.

De vuelta Juan II de su expedición quiso dar paz al Estado. A su vez D. Alvaro supo aprovecharse del triunfo de Sierra Elvira para afirmar su absoluta autoridad. Además de Condestable de Castilla y de otros títulos y mercedes que ostentaba, llegó á ser maestre de Santiago, duque de Trujillo, conde de Santisteban de Gormaz y de Ledesma, señor de muchas villas y fortalezas y el magnate más rico de la Monarquía.

A los suyos colmó de honores y dignidades. Influyó para que dos de sus hermanos, hijos de *la Cañeta*, consiguiesen, uno el arzobispado de Toledo y otro el priorato de San Juan, un primo suyo el arzobispado de Zaragoza y un su sobrino el de Santiago. Todos sus amigos recibieron destinos y mercedes. De esta suerte D. Alvaro tenía á su alrededor corte más lucida y numerosa que el mismo Rey.

Además, el Condestable, por su cultura, por sus finos modales, por su gallardía en las justas y torneos, por su esplendidez, fausto y desmedida elevación —y si esto no fuera bastante por su orgullo y aun avaricia—se había atraído la envidia de unos y el odio de otros.

D. Enrique y D. Juan y muchos nobles hicieron blanco de sus iras á D. Alvaro de Luna. Al lado de los infantes se puso el adelantado D. Pedro Manrique.

Tratado de Castronuño.

Preso éste por orden del monarca, los hijos, deudos y partidarios de Manrique reclamaron su libertad, y no lográndolo, se aprestaron á conseguir por la fuerza lo que antes habían pedido pacíficamente. Habiendo conseguido el Adelantado fugarse de la prisión de Fuentidueña, se reunió con sus parciales en Medina de Rioseco, desde cuyo punto escribieron á Juan II manifestándole lo mucho que ganaría el reino si alejaba de su persona y corte á D. Alvaro de Luna.

(1) Véase Fernández y González, *Los Mudejares de Castilla*, pág. 187.

No atreviéndose el Rey á pelear con los de Rioseco, quiso atraerlos con buenas palabras, y, mediante la intervención de algunos religiosos, se convino en someter unas y otras pretensiones al árbitro de compromisarios nombrados por ambas partes.

Reunidos todos, consiguieron imponerse los enemigos del Condestable, logrando, con desdoro de la autoridad real, que Juan II firmase el tratado de *Castronuño*. Por una de sus disposiciones se desterraba á D. Alvaro á Sepúlveda, y por otra las poblaciones ocupadas por los conjurados debían franquearse al Rey.

Luego los confederados se encaminaron á Avila y dirigieron á Juan II un mensaje, cuyo final decía así: «Todos los que ven que vuestra señoría da lugar á cosas tan graves e tan intolerables e enormes e detestables, creen, según lo que se conoce de la excelencia de vuestra virtud e discreción, que el Condestable tiene ligadas e atadas todas vuestras potencias corporales e intelectuales por mágicas e diabólicas encantaciones, para que no pueda hacer, salvo lo que él quisiere, ni vuestra memoria remiembre, ni vuestro entendimiento entienda, ni vuestra voluntad ame, ni vuestra boca hable, salvo lo que él quisiere, e con quien e ante quien; tanto que religioso de la orden más estrecha del mundo, non es nin se podría hallar tan sometido á su mayor, quanto lo seydo y es vuestra Real Persona, al querer e voluntad del Condestable. E como quiera que muchos hayan seydo en el mundo privados de reyes e grandes príncipes, no es memoria, ni se lee que privado fuese osado de hacer las cosas, en tanto menosprecio e desdén e poco reverencia á su Señor, como éste.»

Batalla de Olmedo. Mientras el Rey, no haciendo caso del tratado de Castronuño ni del manifiesto de Avila, llamaba á su lado á don Alvaro, los confederados, con más fuerza cada día su partido, eran dueños de Toledo, León, Segovia, Zamora, Salamanca, Valladolid, Avila, Burgos, Plasencia y Guadalajara, uniéndose también á ellos el mismo príncipe de Asturias, que ya en edad temprana comenzaba á darse á conocer por la debilidad de carácter y el poco juicio. ¡Qué sociedad tan miserable! ¡La misma Reina, el príncipe de Asturias, el rey de Navarra y el infante D. Enrique, atizando la tea de la discordia en Castilla y echando leña al fuego de enconadas pasiones! Hallándose Juan II en Medina del Campo, quiso resistir á los conjurados; pero como sus fuerzas eran pocas, tuvo que ceder. Un tribunal, formado por enemigos de D. Alvaro, condenó á éste á no ver al Rey en seis años, trasladándose entonces á su villa de Escalona, fiado

en el cariño que le profesaba el monarca. También Juan II se hallaba como cautivo del rey de Navarra y de los confederados, hasta que D. Lope de Barrientos, obispo de Avila, habiendo podido ganar al príncipe de Asturias y á otros personajes, libertó al monarca y á todos sus parciales, con lo cual logró, no sólo que el navarro se marchase á sus Estados (julio de 1444), sino la subordinación momentánea del infante D. Enrique, el almirante y el conde de Benavente. La paz duró poco tiempo. Las armas iban á decidir la cuestión. Cerca de *Olmedo* se encontraron ambos ejércitos: el de los confederados lo dirigía el revoltoso rey de Navarra; el de Juan II, el condestable don Alvaro de Luna. La victoria coronó por completo los esfuerzos del privado (22 de mayo de 1445).

Salió herido el infante D. Enrique de Aragón en una mano, muriendo en Calatayud de resultas de la herida, y quedaron prisioneros el almirante D. Fadrique y su hermano el conde de Castro y otros muchos nobles. También fué herido en un muslo el Condestable.

El rey de Castilla llevó su real á Simancas y poco á poco se fué apoderando de Medina de Rioseco, Torrelobatón, Bolaños, Aguilar de Campos, Villalón, Mayorga, Benavente y de otras villas y castillos de sus enemigos.

Matrimonio de Juan II con Isabel de Portugal.

Cuando D. Alvaro llegó á la cumbre del poder, temeroso de que un día Juan II, á la sazón viudo, intentara contraer segundo matrimonio y que peligrase su privanza, negoció el enlace del Rey con doña Isabel, hija del infante D. Juan de Portugal, celebrándose al poco tiempo las bodas en Madrigal (1447).

Guerras civiles de Granada.

En las guerras civiles de Granada, Juan II tomó parte después de la muerte de Yúsuf-ben-Al-Maul en favor de Mohámed VII *el Izquierdo*, no sin valerse de su poder para lograr que algunas poblaciones le ofreciesen sumisión y obediencia. Posteriormente Juan II consiguió—como acabamos de ver en este mismo capítulo—algunas ventajas peleando con Mohámed VII.

Cuando Aben-Ostman hubo de obligar á su tío Mohámed VII á abdicar (1446), ciñendo él entonces la corona, Juan II se dispuso á ayudar á los enemigos del nuevo amir. Púsose á la cabeza de éstos Aben-Ismail, refugiado en la corte de Castilla desde el año 1437.

Aben-Ostman, aconsejado por fanáticos faquíes, hizo proclamar la guerra santa. «Rompan nuestras huestes—dicen los santones—por diversos puntos la frontera; lleven la desolación y la muerte al cora-

zón del país enemigo, y sean reducidos á escombros y pavesas sus ciudades.» Entró Aben-Ostman por Levante; incendió y saqueó muchas poblaciones, llegando hasta Osuna, donde fué duramente castigado por el conde de Arcos (9 de febrero de 1452). Después, rehecho de la derrota, penetró en tierras cristianas, recorrió triunfante los campos de Murcia, Cartagena y Lorca, siendo derrotado con grandes pérdidas por D. Alonso Fajardo en los Alporchones (17 de marzo de 1452).

Tiempo adelante Aben-Ismail consiguió recobrar la corona (1454), declarándose, en prueba de agradecimiento, vasallo de Juan II.

Suplicio de D. Alvaro de Luna.

Terminaremos este reinado con un hecho trágico, pues el Rey y la Reina habían dispuesto deshacerse de D. Alvaro de Luna. Tal vez este privado abusó de su poder, y tal vez, creyendo que la enemiga de los reyes le venía por influjo de D. Alonso Pérez de Vivero, contador mayor del monarca, determinó ejecutar lo que hacía mucho tiempo meditaba.

Cuéntase que D. Alvaro mandó llamar á Alonso Pérez de Vivero, y cuando éste estuvo en su presencia, «delante de su yerno Juan de Luna y de su camarero Fernando de Rivadeneira, con quienes tenía comunicado su proyecto, sacó unas cartas y le dijo:—¿Conocéis esta letra?—Sí, señor.—¿De quién es?—Del señor Rey.—Y esta otra, ¿cuya es?—Señor, mía.

»El Condestable dijo entonces á Rivadeneira:

—»Leed esas cartas—y él se las leyó á Alonso Pérez, el cual luego que las oyó, y viendo convencida y manifiesta por ellas la traición y alevosía que estaba cometiendo contra su señor y favorecedor, mudóse de color y empezó á temblar todo, como ya viendo inevitable su muerte.

»Una vez —le dijo D. Alvaro—que por cuantos caminos y avisos que yo os he hecho nada ha bastado para apartaros de las maldades y tramas que contra mí habéis urdido, cúmplase en vos lo que ya otra vez os prometí delante de ese mismo Fernando de Rivadeneira que está presente. Ea, les dijo luego á los dos, tomad ese perverso y traidor criado, y echadle de la torre abajo.»

Ellos lo hicieron así, y cogieron á aquel miserable, que tal vez de confuso y aturdido no se defendía. Díjose que Juan de Luna le dió antes un golpe en la cabeza con una maza, y que se la hizo pedazos; después le despeñaron de la torre de la casa, cuyas verjas ya estaban preparadas de modo que se desencajasen al mismo tiempo

que él cayese, y la desgracia pareciese casual y no violenta. Así feneció aquel triste, y el grosero rebozo con que se quiso disimular la ocasión, conocido al instante de todos, no sirvió á otra cosa que á aumentar la indignación con la alevosía, sin disminuir la atrocidad.

Después de esto, el Rey, y sobre todo la Reina, deseaban acabar de una vez con aquel miserable que se atrevía á asesinar en su casa á un ministro tan principal.

Juan II escribió una cédula á D. Alvaro de Zúñiga en estos términos: «D. Alvaro Destúñiga, mi alguacil mayor, yo vos mando que prendades el cuerpo de D. Alvaro de Luna, maestre de Santiago, e si se defendiere, que lo matéis.» Intentó D. Alvaro defenderse, teniendo á su lado á sus fieles criados Gonzalo Chacón y Fernando de Sessé; pero, confiado en el perdón del Rey, se entregó el miércoles 4 de abril de 1453.

El terror se apoderó del ánimo de la familia, de los amigos y de los servidores del Condestable. Su hijo salió, disfrazado de mujer, de Burgos y marchó á Escalona, donde estaba su madre.

A los pocos días fué llevado el maestre á Valladolid y desde aquí á la fortaleza de Portillo. Formósele proceso y, condenado á muerte, le volvieron á llevar á Valladolid, donde estuvo la primera noche en la casa de Alonso Pérez de Vivero, y luego en la de Alfonso de Zúñiga, siendo acompañado por dos frailes del Abrojo, uno de ellos Fr. Alonso de Espina. Llegada la hora del suplicio (en la mañana del 2 de junio de 1453) (1), salió la comitiva camino del lugar de la ejecución, que estaba en lo que hoy se llama *plazuela del Ochavo*. D. Álvaro, llevando sobre los hombros negra capa, iba montado en una mula. Desde la calle de Francos, por la Costanilla, hasta el lugar del suplicio, los pregoneros decían: «Esta es la justicia que manda hacer el Rey Nuestro Señor á este cruel tirano e usurpador de la corona real, en pena de sus maldades e deservicios, mandándole degollar por ello»; y como uno de aquéllos dijese, *por los servicios*, en vez de *deservicios*, exclamó D. Alvaro: *Bien dices, hijo, por los servicios me pagan así*. La muchedumbre se asomaba á las ventanas y se agolpaba en las calles, ansiosa de contemplar á aquel hombre que poco antes era el verdadero rey de Castilla. Subió con paso firme al tablado y se arrodilló ante la imagen de Jesucristo. A Barrasa, caba-

(1) El erudito D. Rafael Floranes probó que el 2 de junio murió el Condestable, y así lo reconoció el archivero D. Tomás González, en vista de varios documentos que se hallaban en Simancas.

llerizo del príncipe, le dirigió estas palabras: «Ven acá, Barrasa; tú estás aquí mirando la muerte que me dan: yo te ruego que digas al príncipe mi señor que dé mejor galardón á sus criados que el Rey mi señor mandó dar á mí.» El verdugo sacó un cordel para atar las manos del Condestable; pero éste, dándole una cinta, le dijo: «No, átame con esto, y te ruego que mires si traes el puñal bien afilado, porque pronto me despaches.» Preguntó qué significaba el garfio de hierro que se hallaba sobre el madero, y al contestarle que para colocar su cabeza, repuso: «Después que yo fuere muerto, hagan del cuerpo y de la cabeza lo que querrán» (1). Tres días estuvo el cuerpo sobre el cadalso y nueve la cabeza sobre la picota. Luego se recogió el cadáver y se enterró en la ermita de San Andrés, en el lugar destinado á los malhechores. A los pocos días fué trasladado al convento de San Francisco, y después á la capilla que él había mandado hacer en la iglesia mayor de Toledo. «Así acabó—dice su cronista—el hombre más excelso que vieron los siglos y el mejor caballero que en todas las Españas ovo.» «Si el Rey—añade Garibay—hubiese aplicado la misma justicia á todos los nobles que la merecían de la misma manera en aquellos tiempos de revueltas, se hubiera quedado con muy pocos sobre quien reinar.»

Juan II pasó á combatir á Escalona, residencia de la viuda y del hijo de D. Alvaro; pero se marchó pronto bajo la condición de que habían de entregarle una parte de los tesoros y bienes de su antiguo favorito.

Pérez de Guzmán dice: «Fué este maestre e condestable de cuerpo muy pequeño e de flaco rostro; miembros bien proporcionados, calvo, los ojos pequeños e muy agudos, la boca honda e malos dientes; de gran corazón, osado, mucho esforzado, astuto y sospechoso, dado mucho á placeres; fué gran caballero de toda silla, bracero, buen justador, trovaba y danzaba bien» (2).

Por lo que á nosotros respecta, consultadas y contrastadas opiniones de cronistas y leídos con atención documentos de la época, creemos que fué D. Alvaro valiente soldado, político sagaz y de no

(1) Cuéntase que habiendo pedido D. Alvaro tiempo atrás su horóscopo á un astrólogo, como éste le anunciase que moriría en cadalso, contestó aquél sonriéndose: «Bien puedo creerlo, porque Cadalso (Madrid) es uno de los pueblos mejores de mis señoríos, y en él suelo pasar algunas temporadas.» Si el Condestable no hizo caso del agorero, lo cierto es que desde entonces no quería hacer asiento en dicho lugar, llamado hoy *Cadalso de los Vidrios*.

(2) *Crónica de Don Juan II.*

escasa ilustración, cualidades afeadas por su codicia en allegar tesoros, por su orgullo y acaso por su crueldad; pero, como dice perfectamente Quintana, «comparado con los émulos que tuvo, no hay duda que D. Alvaro de Luna se presentó más grande que todos ellos; su privanza está bien motivada en sus servicios; su ambición y su poder, disculpados con su capacidad y sus talentos» (1).

Muerte de Juan II. «Diez y ocho días después de muerto D. Alvaro—escriben los señores Marichalar y Manrique en su *Historia de la Legislación*—despachó el Rey desde Escalona una carta á todo el reino dando cuenta de los motivos que había tenido para matar á don Alvaro.

En ella, después de censurar agriamente el Rey la *serpentina* maldad, *vulpina* astucia del maestre, no se concreta cargo alguno: todas son generalidades y especies vagas; y si algo se concreta, nada era bastante, ni aun pertinente como materia de proceso. Los capítulos sobre los que más insiste el manifiesto, que los enemigos de D. Alvaro hicieron firmar al cuitado monarca, se reducen á que había tomado para sí el maestrazgo de Santiago, á que había obligado á la difunta reina doña María le traspasara el señorío del castillo y tierra de Montalbán y á que se había apoderado de las tercias del obispado de Osma.

El primer cargo, aun supuesta la falta de cualidades en D. Alvaro para el maestrazgo, caía sobre el mismo Rey, pues él fué quien le otorgó esta dignidad, cuando privó de ella al infante D. Enrique; en el segundo, la Reina recibió en cambio cuantiosa indemnización; y respecto al tercero, se asegura que el Condestable tenía bulas pontificias concediéndole, no sólo las tercias de Osma, sino de otros pueblos, por sus servicios contra los moros.

En seguida se echó en brazos Juan II de otros consejeros que no tenían ni con mucho el talento de D. Alvaro de Luna. Pesaroso de haber mandado ajusticiar al Condestable, parece que quiso continuar la política de éste, con cuyo objeto llamó á D. Lope Barrientos, obispo de Cuenca y amigo por cierto de D. Alvaro, y á Fr. Gonzalo de Illescas, prior de Guadalupe.

Sin embargo, la tristeza se apoderó de su ánimo y tenaces calenturas de su cuerpo.

(1) Obras completas de Quintana, Biblioteca de Autores Españoles, tomo XIX, pág. 431.



DON ALVARO DE LUNA

La momentánea alegría que le produjo el nacimiento de un infante, que tuvo por nombre Alfonso, fué agriada por el divorcio del príncipe D. Enrique y doña Blanca de Navarra.

Cada vez era peor la salud del Rey. Hallándose en Tordesillas tuvo grave enfermedad; pero, mejorado algún tanto, fué al convento del Abrojo, situado en las cercanías de Valladolid, donde recayó, y conducido á esta ciudad, murió el 22 de julio de 1454. De modo que había vivido trece meses y veinte días más que el favorito.

Refiérese en algunos libros de historia que Juan II, al ver de cerca la muerte, y en un momento en que su espíritu pudo formular juicio exacto ó imparcial de sí mismo, dijo á su médico Cibdareal, á quien se le atribuye la obra intitulada *Centón epistolario: Bachiller, naciera yo fijo de un mecánico e hobiera sido fraile del Abrojo é no rey de Castilla;* pero, como hubo de probar D. Pascual Gayangos, el tal bachiller de Cibdareal nunca existió. Ignórase el nombre del autor del *Centón epistolario* y de la persona á quien el Rey moribundo dijo las palabras copiadas, si es verdad que á alguno las dijo. Créese al presente que se trata de una falsificación, fraguada en el siglo XVII por Gil González Dávila para halagar la vanidad de la casa de Vera.

Consignan también los cronistas que doña Isabel de Portugal, viuda de Juan II, que parte tan activa tomó en la muerte del Condestable, perdió pocos días después la razón, que sólo hubo de recobrar algunos momentos antes de su fallecimiento.

De su primer matrimonio tuvo Juan II un hijo y tres hijas: Enrique, que le sucedió en el trono; dos hijas que murieron en la infancia y otra que no tuvo descendencia. Los hijos de su segundo matrimonio fueron: Alfonso, que murió joven, é Isabel (andando el tiempo la reina Católica).

Consideraciones. Véase el siguiente retrato de Juan II, hecho de mano maestra por el cronista Garibay. «Alto de cuerpo—dice,—tirando á la Reina su madre, de grandes miembros, pero no de buen talle y fuerzas, los hombros altos, blanco y rubio, el rostro grande, la habla arrebatada, manco, sosegado, bien mesurado, cuerdo en el hablar, fué bien discreto en conocer á los que bien hablaban, y holgaba de oir á los discretos y leídos, siendo él mismo amigo de historias y aun de poetas, y metrificaba con buena gracia y gustaba mucho de las razones agudas, y él mismo las sabía decir; fué amigo de caza y música, buen justador y jugador de cañas, pero muy remiso y negli-

gente en la gobernación de sus reinos, no se ocupaba siquiera en la semana un día en ello, remitiéndolo todo á sus privados, muy al contrario de lo que hacía el rey D. Enrique su padre. Faltándole lo mejor y más necesario, hubo en su tiempo más guerras y sediciones civiles y revueltas que nunca en Castilla y León hasta su tiempo, no siendo el Rey obedecido, sino sus privados, llenos de extraños bandos y parcialidades.»

Terminaremos este reinado con las siguientes palabras de un historiador contemporáneo: «El hondo pesar que produce en el ánimo el conocimiento de la larga serie de desdichas que llenan el reinado de D. Juan II desaparece en parte habiendo en cuenta que tantas lástimas no impidieron que su corte fuera una de las más cultas de de cuantas registra la *Historia Universal*.»

Granada: Yúsuf III. Mohámed VII. Yúsuf III peleó con D. Fernando, tío de Juan II de Castilla; pero la suerte no le favoreció. Mohámed VII *Al-Hayzari* procuró no quebrantar la tregua con los cristianos. Sin embargo, obligado por el espíritu belicoso de su pueblo, tuvo que pelear con D. Alvaro de Luna, siendo derrotado (según se dijo) en la batalla de Sierra Elvira. Luego fué derribado del trono por su primo Yúsuf-ben-Al-Maul (conocido en nuestras crónicas por el nombre de príncipe Almao).

Yúsuf-ben-Al-Maul. Aben-Al-Maul vivió en paz con Juan II y en el tratado de paz que ambos firmaron se muestra claramente la decadencia del reino granadino, sostenido sólo por el apoyo de los enemigos naturales.

A la muerte de Yúsuf volvió á ocupar el trono el rey Izquierdo y volvió á pelear con varia fortuna con Juan II, pero no pudo sofocar una revolución de su sobrino Aben-Ostman *el Cojo*.

Aben-Ostman. Aben Ostman ciñó la corona en el año 1446 (1). Otro sobrino de Mohámed VII, llamado Aben-Ismail, deseando ocupar el trono, se refugió en Montefrío, donde, al amparo de Juan II, hizo sus preparativos para lanzarse sobre Granada. Antes de que pudiera realizar su objeto, Aben-Ostman declaró la guerra al rey de Castilla, y dirigiéndose primero á Montefrío, recorrió luego las campiñas de Huéscar, Galera, Castilleja y los Vélez, regresando cargado de botín á Granada (1447). Aben-Ostman continuó sus venturosas devastaciones.

(1) Fernández y González, *Los Mudejares*, etc., pág. 190.

Sus triunfos le hicieron altanero, soberbio y sanguinario, no imaginando la nube que se cernía sobre su frente. Cuando Juan II hubo hecho las paces con los reyes de Aragón y de Navarra envió poderoso ejército á Àben-Ismail. En una sangrienta batalla fué vencido Aben-Ostman, penetrando Aben-Ismail en Granada.

Aben-Ismail. Aben-Ismail fué proclamado rey en 1454, y en este mismo año murió Juan II.

XVIII

Castilla: Enrique IV; su política.—Cortes de Cuéllar.—Correrías de Enrique IV por tierras de Granada.—Su matrimonio con doña Juana de Portugal.—El arzobispo de Toledo.—El marqués de Villena.—Relaciones entre Enrique IV y Juan de Navarra.—*La Beltraneja*.—Guerra civil.—Batalla de Olmedo.—Es jurada doña Isabel en el campo de la venta de los Toros de Guisando.—Matrimonio de Isabel con Fernando.—Enrique IV en sus últimos años: su muerte.—Consideraciones.—*Granada*: Aben-Ismail.—Abul-Hacen.

Castilla: Enrique IV; su política.

Enrique IV (1454-1474), llamado por sus enemigos *el Impotente*, fué proclamado en la ciudad de Valladolid. Al punto que ciñó la corona, mandó sacar de la prisión á los condes de Alba y de Treviño (1); confirmó en sus puestos á los servidores de su padre (2); hizo paz con D. Juan de Navarra, recuperando las villas de Atienza y la Peña del Alcázar, que aquel tenía en Castilla; perdonó al almirante D. Fadrique y á otros vasallos, á quienes restituyó sus bienes y haciendas (3), y envió embajadores al rey don Alonso de Aragón, que por entonces se hallaba cerca de Nápoles, para confirmar con él la alianza que en el reinado de Juan II de Castilla se había hecho (4).

Cortes de Cuéllar.

Habiendo Enrique IV encargado de la gobernación del reino á D. Juan Pacheco, marqués de Villena (5), y á D. Alonso de Fonseca, obispo de Avila y después arzobispo de Sevilla, recibido el juramento de prelados y caballeros, reunió Cortes generales en Cuéllar (Segovia), donde expuso el pensamiento de renovar la guerra

(1) Enríquez del Castillo, *Crónica de Enrique IV*, cap. II.
(2) Ibídem, cap. III.
(3) Ibídem, cap. V. Esto mismo dice Hernando del Pulgar, *Claros Varones*, tít. I.
(4) Ibídem, cap. VI.
(5) Era D. Juan Pacheco hijo de Alfonso Téllez Girón, señor de Belmonte.

contra los árabes granadinos; contestando á la proposición del Rey, en nombre de todos, D. Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana y conde del Real de Manzanares (1).

Correrías de Enrique IV por tierras de Granada.

Entonces Enrique IV colocó por orla y festón de su escudo dos ramos de granado, símbolo de la conquista que ambicionaba. En la primavera de 1456, el Rey, al frente de poderoso ejército, partió para Andalucía, taló la vega de Granada y se volvió á Castilla, repitiendo estas invasiones en los años de 1457 y 1458 (2).

Matrimonio de Enrique IV con doña Juana de Portugal.

Deseoso Enrique IV de tener sucesión, pidió la mano de la hermana de Alfonso V de Portugal, de nombre doña Juana, que era «muy señalada mujer de gracias y hermosura» (3). Hallábase esta joven dotada de gracias personales y de tal viveza de espíritu, que era—como dicen los historiadores—la alegría y el encanto de la Corte portuguesa. Vino á Castilla acompañada de brillante corte de doncellas y sus desposorios se celebraron en Córdoba (1455). Aunque la conducta de la joven reina fuera honesta, sin embargo, sus modales alegres, tan contrarios á la grave etiqueta de la corte de Castilla, se prestaron á censuras y aun á malignas sospechas.

Dirigióse la corte á Madrid, donde el prelado de Sevilla, D. Alonso de Fonseca, después de obsequiar con suculenta cena á los reyes y á sus damas, mandó servir, en dos bandejas, joyas de oro y de piedras preciosas para que la Reina y las damas tomaran las que fuesen más de su agrado (4).

El arzobispo de Toledo.

Pasado algún tiempo comenzó Enrique IV á holgarse más de lo justo y conveniente en el ejercicio de la caza, que abundaba en los espesos montes de Segovia y de Madrid, mientras los grandes, en particular D. Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, y D. Juan Pacheco, marqués de Villena, ingratos al monarca, tenían en continua agitación el reino.

El arzobispo de Toledo, orgulloso, irascible, turbulento y altivo,

(1) Enríquez del Castillo, ob. cit., cap. VIII.

(2) Ibídem, caps. XIII y XIV.

(3) Queda dicho en este mismo tomo (capítulo anterior inmediato) que D. Enrique, al cabo de doce años de matrimonio, se había divorciado de doña Blanca.

(4) Este suceso se verificó, no en Sevilla, como dice Balaguer en su *Historia de los Reyes Católicos*, tomo I, pág. 50, sino en Madrid (véase Enríquez del Castillo, cap. XXIII).

tenía muy poco de sacerdote y mucho de guerrero, pues había nacido más para usar casco que mitra, más para manejar la militar espada que el pacífico cayado del apóstol. Apenas se ocupaba de las cosas de la Iglesia. «Este arzobispo—escribe Fernando del Pulgar,—dando y gastando en el arte de la alquimia y en buscar mineros y tesoros, pensando alcanzar grandes riquezas para las dar ó destribuir, siempre estaba en continuas necesidades, y sin duda puédese creer que si lo que deseaba tener este prelado respondiera al corazón que tenía, hiciera grandes cosas» (1).

El marqués de Villena.

Acerca del marqués de Villena, es de justicia, dadas las informaciones más dignas de crédito, afirmar que era de origen portugués y paje del condestable D. Alvaro de Luna en sus juveniles años, por quien entró en el palacio del príncipe don Enrique en vida de Juan II. Ganóse pronto la confianza de D. Enrique; pero inquieto, revoltoso é intrigante, puso varias veces el reino al borde del abismo. Fué nombrado marqués de Villena por Juan II y sus vastos Estados le hacían el vasallo más poderoso del reino.

Tío y sobrino, arzobispo y marqués de Villena, cuando vieron eclipsada su influencia por otros privados y que la nueva Reina miraba á algunos con más simpatía que á ellos, sin reparar en los medios, se dispusieron á arrojar la tea de la discordia dentro y fuera de palacio.

«Fenecidos—escribe Fernando del Pulgar—los diez años primeros de su señorío, la fortuna, envidiosa de los grandes estados, mudó como suele la cara próspera é comenzó á mostrar la adversa. De la qual mudanza muchos veo quexarse, y á mi ver sin causa: porque segund pienso allí hay mudanza de prosperidad do hay corrupción de costumbres. Y así por esto, como porque se debe creer que Dios queriendo punir en esta vida alguna desobediencia que este Rey mostró al Rey su padre, dió lugar que fuese desobedecido de los suyos, é permitió que algunos criados de los más aceptos que este Rey tenía, é á quien de pequeños hizo hombres grandes, é dió títulos é dignidades é grandes patrimonios, quier lo ficiesen por conservar lo avido, quier por lo acrecentar é añadir mayores rentas á sus grandes rentas, erraron de la vía que la razón les obligaba, é no pudiendo sofrenar la envidia concebida de otros que puedan ocuparles el lugar que tenían, conocidas en este Rey algunas flaquezas nacidas del

(1) *Claros Varones de España*, tit. XX.

hábito que tenía fecho en los deleytes, osaron desobedecerle é poner diserción en su casa» (1).

Es el caso—dicen escritores de aquellos tiempos—que, mientras el Rey trabó *pendencia de amores* con una dama de la Reina, llamada doña Guiomar, mujer de singular presencia y hermoso parecer (2), doña Juana, según los enemigos del monarca, rendía su corazón á un apuesto mancebo llamado D. Beltrán de la Cueva, natural de Úbeda, quien de simple paje de lanza había ascendido á mayordomo mayor.

Relaciones entre Enrique IV y Juan de Navarra.

Cuando Enrique IV se hallaba gobernando el reino con mucha justicia (3) y á manos llenas derramaba mercedes sobre los hidalgos y gente del pueblo, don Juan de Navarra y de Aragón le declaró la guerra, apoyado por los mismos magnates castellanos, entre ellos el arzobispo de Toledo, el almirante D. Fadrique, suegro del aragonés, y aun el marqués de Villena, que, si exteriormente se fingía amigo del Rey, para sus adentros se alegraba de la conjura (4).

Ya iban á llegar á las manos, cuando ambos contendientes acordaron someter sus diferencias al fallo arbitral de Luis XI de Francia. Avistados Enrique y Luis en las márgenes del Bidasoa (1463), el rey francés pronunció sentencia harto ventajosa para el monarca de Aragón.

La Beltraneja.

Enrique IV, oído el consejo del marqués de Villena y del arzobispo de Toledo, dispuso que viniesen á la corte sus hermanos Alfonso é Isabel, donde podrían recibir mejor educación que en Escalona ó Cuéllar (5). En el año 1462, la Reina dió á luz una niña, á quien se puso por nombre Juana, como su madre, siendo padrinos en el bautizo el conde de Armañac, embajador de Francia, y el marqués de Villena, y madrinas la infanta Isabel y la marquesa de Villena (6). Pasados algunos días después del bautizo, el Rey hizo conde de Ledesma á D. Beltrán de la Cueva y mayordomo mayor á D. Andrés de Cabrera (7). Al poco tiempo, reunidas Cortes generales

(1) *Claros Varones de Castilla*, tít. I. Hernando del Pulgar fué uno de los más ingratos con Enrique IV.
(2) Enríquez del Castillo, *Crónica*, etc., cap. XXIII.
(3) Ibídem, cap. XXVI.
(4) Ibídem.
(5) Ibídem, cap. XXXVII.
(6) Ibídem, cap. XXXVIII.
(7) Ibídem, cap. XXXIX.

en Madrid, fué reconocida la infanta doña Juana como princesa de Asturias y heredera del reino, siendo los primeros que prestaron el juramento doña Isabel y D. Alfonso (1). Sin embargo de esto, lo mismo el marqués de Villena que el arzobispo de Toledo, quejosos por haber perdido parte de su influencia, y más encariñados cada día con los infantes, pregonaron por doquiera, con aviesa intención, las íntimas familiaridades de la Reina con D. Beltrán, comenzando á designar á la nueva princesa con el nombre de *la Beltraneja*. Así fué desde entonces siempre conocida, con harto desprestigio de la honra y autoridad de los reyes (2).

Guerra civil. El primado de Toledo y el marqués de Villena, dejando ya todo disimulo, organizaron contra el Rey vasta confederación, llegando el desacato á penetrar, al frente de sus partidarios, en el regio alcázar de Madrid, con ánimo de apoderarse de Enrique IV, de los infantes y de D. Beltrán de la Cueva. «¿Parécevos bien, marqués, le dijo el Rey, esto que se ha fecho á mis puertas? Sed seguro que ya no es tiempo de más paciencia.» Tiempo adelante, los revolucionarios magnates, en su furia, intentaron entrar por fuerza en el alcázar de Segovia y asesinar á D. Beltrán, *ya gran maestre de Santiago*. Un capitán del Rey y su mujer, dama de la infanta Isabel, habían de introducir á los revoltosos, por secreta puerta, hasta los dormitorios de los reyes y de D. Beltrán de la Cueva; pero esta conjuración y otras fracasaron completamente. Luego, hallándose el Rey en Valladolid, recibió insolente representación de agravios que le dirigieron los confederados de Burgos. Como

(1) Enríquez del Castillo, ob. cit., cap. XL.

(2) Doña Juana era regular poetisa, conservándose de ella una composición erótica en respuesta á otra que le dirigió Juan Rodríguez del Padrón, uno de sus galanteadores, que luego, ya hecho fraile, fué á morir en Palestina.

La primera estrofa de la mencionada composición dice así:

«Verdadero amigo mío:
pues que te partes de España,
trata bien esta campaña;
que llevas en poderío
mi libertad y albedrío.»

También hubo aduladores poetas, y entre ellos Gómez Manrique, hermano de Jorge, decía que la reina doña Juana era:

«en virtudes más completa
que cuantas regnan agora».

D. Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, aconsejara á D. Enrique que les diera la batalla, respondió: «Los que no habéis de pelear ni poner las manos en las armas siempre hacéis franquezas de las vidas ajenas. Querríades vos, padre obispo, que á todo trance diese la batalla, para que padeciesen las gentes de ambas partes. Bien parece que no son vuestros hijos los que han de entrar en la batalla, ni vos costaron mucho criar. Sabed que de otra forma se ha de tomar este negocio y no como vos decís y votáis.» «Señor, replicó el audaz prelado, ya he conocido y veo que V. A. no ha gana de reinar pacíficamente, ni quedar como rey libertado; pues que no queréis defender vuestra honra y Estado, ni vengar las injurias que os facen vuestros desleales vasallos. No esperéis de reinar con gloriosa fama. Os certifico desde agora que quedáis como el más abatido rey que ovo en España y arrepentiros heis cuando no aproveche» (1).

Poca mella hicieron en el ánimo de D. Enrique tales amonestaciones, puesto que en las vistas que el de Villena y el Rey tuvieron entre Cabezón y Cigales se acordó, entre otras cosas, que D. Alfonso, hermano del monarca, heredaría el trono, si bien habría de contraer matrimonio con la princesa doña Juana (2). Con efecto, congregados en el mismo campo el Rey, su corte, prelados y caballeros, se juró como legítimo sucesor del reino al infante D. Alfonso (1464) (3).

Cuanto más concedía Enrique IV, más exigían los magnates y más imprudentes se mostraban. En una llanura cerca de Avila hicieron levantar un estrado, y en él colocaron una estatua ó efigie de D. Enrique sentado en el trono. Después de leer una carta ó manifiesto, *más llena de vanidades que de cosas substanciales*, contra el Rey, el arzobispo de Toledo le quitó la corona, el conde de Plasencia el estoque, el conde de Benavente el cetro y D. Diego López de Zúñiga derribó al suelo la estatua. «Luego que este auto fué acabado, aquellos buenos criados del Rey, agradeciendo las mercedes que de él habían recibido, elevaron al príncipe D. Alfonso sobre sus brazos, y con voces muy altas dijeron: *¡Castilla por el rey D. Alfonso*» (4).

Como si todo esto fuera poco, aquellos nobles hicieron firmar á D. Alfonso (6 de junio) una carta-circular á sus reinos, que fué enviada á los señores y villas, notificando su coronación en los siguientes

(1) Enríquez del Castillo, ob. cit., cap. LXV.
(2) Ibídem, cap. LXVI.
(3) Ibídem, cap. LXVII.
(4) Ibídem, cap. LXXIV.

términos: «E por exemplo del mal vivir del dicho Enrique, e de sus crímenes e delitos tan inormes e feos, cometidos e consentidos por él en su palacio e corte, los dichos mis regnos esperaban ser perdidos e destruídos; e añadiendo unos males á otros sin penitencia e enmienda alguna vino el dicho D. Enrique en tan grand profundidad de mal, que dió al traydor D. Beltrán de la Cueva la reyna doña Johana su mujer, para que usare de ella á su voluntad, en gran ofensa de Dios e deshonor de sus personas de los dichos Enrique e Reyna; e una su fija della llamada doña Johana, dió á los dichos sus regnos por heredera, e por premio la fiso jurar por primogénita dellos, perteneseiendo á mí como á fijo del rey D. Johan, mi señor e mi padre, que Dios haya, e su legítimo heredero, la subcesión destos regnos en qualquier manera que vacasen, e non á otra persona alguna, por la notoria e manifiesta impotencia del dicho Enrique para aver generación, lo qual nunca ovo, nin dél se esperaba quedar, como es manifiesto en todos mis regnos ó señoríos.»

Cuando D. Enrique tuvo noticia de lo sucedido en Avila, exclamó: «Podré yo decir agora aquello que el profeta Isaías en presencia de Dios dijo contra el pueblo de Israel, cuando idolatrando se apartaron de él para servir á los ídolos: *Crié hijos y púseles en estado y ellos menospreciáronme»*; y al saber que muchas poblaciones habían alzado banderas por D. Alfonso, pronunció las palabras de Job: *Desnudo salí del vientre de mi madre e desnudo me espera la tierra.*

Tan gran desacato produjo una reacción. Si en el púlpito, en las ciudades y en los campos se aplaudía la escena de Avila, en los campos, en las ciudades y en el púlpito se alzaron voces generosas en defensa de la legitimidad. Al derredor de Enrique IV se agruparon don Juan de Valenzuela, prior de San Juan; D. Miguel Lucas, condestable de Castilla; D. Pedro de Córdoba, conde de Cabra, con sus hijos D. Diego, mariscal de Castilla, y D. Martín, comendador de Estepa y señor de Alcaudete; muchas poblaciones, y en general la gente del pueblo (1). En Simancas ejecutaron los leales parecida escena, aunque en sentido contrario á la que los revoltosos hicieron en Ávila. A una figura que representaba á D. Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, á quien llamaban *Don Oppas*, hicieron la ceremonia de encerrarla en prisión, condenarla á ser quemada y llevarla por las calles á voz de pregonero, diciendo: «Esta es la justicia que se

(1) Enríquez del Castillo, ob. cit., cap. LXXVI.

manda hacer á este cruel tirano Oppas, por cuanto habiendo recibido lugares, fortalezas y dineros para servir á su Rey, se rebeló contra él. Quien tal hizo que tal haya» (1). Cada día era mayor el partido de don Enrique, pues á su lado se pusieron D. Diego Hurtado de Mendoza, marqués de Santillana; D. Luis de la Cerda, conde de Medinaceli, y don Pedro de Mendoza, conde de Almazán, todos con numerosas huestes y dispuestos á vender cara su vida en defensa de la Monarquía. Ya se iba á decidir el asunto con las armas, cuando el marqués de Villena, viéndose perdido, pidió una entrevista al Rey, quien se dejó engañar como siempre.

Batalla de Olmedo. Sin embargo, la cuestión debía ventilarse en los campos de Olmedo. Enfrente los realistas de los confederados, dirigidos aquéllos por D. Beltrán de la Cueva, duque de Alburquerque, y éstos por el infante D. Alfonso y el arzobispo de Toledo, dióse sangriento combate (1467) (2). Si bien llevó la mejor parte el de Alburquerque, la debilidad del Rey fué causa de que otra vez cobrasen ánimo los revoltosos, hasta que éstos se apoderaron de Segovia, teniéndose que acoger la Reina en la fortaleza, mientras la infanta doña Isabel, sabedora seguramente del caso, permaneció en palacio y «desde allí adelante se apartó del Rey y se quedó con el príncipe su hermano» (3). Recuperóse Segovia; el Papa dejó oir su voz para enjugar las lágrimas del desgraciado monarca y condenar las tiranías de los revoltosos, y prelados, magnates y gente del pueblo fueron poco á poco uniéndose á Enrique IV. En este estado las cosas, sobrevino inesperado acontecimiento: la muerte del príncipe D. Alfonso en la aldea de Cardeñosa, á dos leguas de Avila (15 de julio de 1468).

Es jurada Isabel en el campo de la venta de los Toros de Guisando. Tenaces en su propósito los enemigos del monarca, mostraron decidido empeño en que el Rey jurara por heredera á su hermana Isabel, á lo cual accedió Enrique IV «harto de muchas congojas é de poco reposo» (4). Entretan-

(1) Enríquez del Castillo, ob. cit., cap. LXXVII. Entre otras coplas muy feas, el pueblo cantaba la siguiente:

«Esta es Simancas,
Don Oppas traidor.
Esta es Simancas,
que no Peñaflor.»

(2) Ibídem, cap. XCVII.
(3) Ibídem, cap. CIV.
(4) Ibídem, cap. CXVI.

to la reina doña Juana, encerrada en la fortaleza de Alaejos (Valladolid), supo tarde la trama, y si logró escapar del fuerte nada pudo conseguir.

Diestra doña Isabel en el arte de ganar corazones, y no queriendo despreciar la ocasión de ceñir una corona, aunque ofrecida por los enemigos de su rey y hermano, rodeada de sus partidarios, en el campo de la venta denominada de los *Toros de Guisando*, fué jurada por Enrique IV y muchos grandes como princesa heredera (19 de septiembre de 1468) (1). Doña Juana, que por entonces se hallaba en Buitrago (Madrid) en compañía de su hija, protestó del acto que había tenido lugar en los Toros de Guisando; pero sus quejas no fueron oídas y de ello tenía la Reina mucha culpa, «porque si viviera más honestamente no fuera su hija tratada con tal vituperio» (2).

Matrimonio de Isabel con Fernando.

En el año 1457, en unas vistas que tuvo Enrique IV de Castilla con Juan II de Navarra (después rey de Aragón), se concertó el matrimonio de D. Alfonso y doña Isabel, hermanos del castellano, con doña Juana y D. Fernando, hijos del navarro.

En el año 1461 se trató por Enrique IV, rompiendo el compromiso que tenía hecho con Juan II, rey ya de Aragón, casar á su hermana con D. Carlos, príncipe de Viana, primogénito del aragonés y heredero de la corona. Parece ser que este matrimonio se hubiese llevado á cabo al no ocurrir la muerte del príncipe.

Entonces D. Fadrique, almirante de Castilla, insistió en que se efectuara el matrimonio de doña Isabel con D. Fernando, su nieto, como hijo que éste era de su hija doña Juana Enríquez, segunda mujer de Juan II.

A fines del año 1463 ó comienzos de 1464 se trató casar á doña Isabel con Alfonso de Portugal, á la sazón viudo.

Por último, se proyectó el enlace de doña Isabel con D. Pedro Girón, gran maestre de la Orden de Calatrava.

Cuando D. Pedro había sido aceptado por el Rey y había recibido la dispensa de Roma, con mucha prisa pedida, murió en Villarrubia de los Ojos (Ciudad Real).

Reconocida doña Isabel como heredera del trono de Castilla (sep-

(1) Enríquez del Castillo, ob. cit., cap. XCVIII.
(2) Ibidem, cáp. CXX.

tiembre de 1468), en el acto llamado de los Toros de Guisando, se presentaron nuevos pretendientes á su mano.

Eran éstos Carlos, duque de Guiena, hermano de Luis XI de Francia, y un hermano de Eduardo IV, rey de Inglaterra. El partido de D. Fernando trabajaba esta vez con más empeño y decisión; le componían Juan II de Aragón; D. Fadrique, almirante de Castilla, y don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo.

Doña Isabel, con el deseo de conocer las condiciones y costumbres de sus pretendientes el duque de Berry y de Guiena y de don Fernando, príncipe de Aragón y rey de Sicilia, envió á su capellán, llamado Alonso de Coca, primero á Francia y después á Aragón. Dijo el mensajero que «D. Fernando excedía en muchas excelencias al duque de Guiena, por ser el príncipe de gesto y proporción de persona muy hermosa y de gentil aire y muy dispuesto para toda cosa que hacer quisiere, y que el duque de Guiena era fino y femenino y tenía las piernas tan delgadas que eran del todo disformes, y los ojos llorosos y declinantes á ceguedad; de manera que antes de poco tiempo habría más menester quien le adiestrase que caballo ni armas para usar de caballería... Lo qual todo la princesa oyó alegremente, porque en todo favorecía al deseo de su voluntad, que era casarse con el príncipe de Aragón.»

Dió doña Isabel su consentimiento á la boda con D. Fernando, presentando entonces éste y su padre el rey de Aragón la bula de Pío II, cometida á D. Juan Arias, obispo de Segovia.

Este, asegurado de que no existía otro impedimento que el tercer grado de consanguinidad y visto que era ya pasado el plazo de los cuatro años señalado en la bula, declaró dispensado el impedimento.

Ajustáronse las capitulaciones matrimoniales, firmadas por el rey de Sicilia en la ciudad de Cervera (7 de enero) y por el monarca aragonés en Zaragoza (12 del mismo mes).

Comprometíase D. Fernando, entre otras cosas, á lo siguiente:

«Tratar con toda filial obediencia al rey D. Enrique como hermano y también como á padre, lo propio que á la señora reina Isabel, madre de la primera.

»Observar y hacer observar y administrar buena justicia en todos los reinos y señoríos de Castilla y de León, así en la corte como en todas las demás ciudades, villas y lugares de ellos.

»Observar y guardar los establecimientos y loables costumbres,

leyes, fueros y privilegios de dichos reinos y señoríos á todas las ciudades, villas y lugares de ellos.

»Observar y guardar la paz hecha entre el rey D. Enrique de Castilla y su hermana.

»Guardar y conservar en el consejo del regimiento de dichos reinos y en todas sus preeminencias, honores y prerrogativas al arzobispo de Toledo, al de Sevilla y á los magníficos señores maestre de Santiago y conde de Plasencia, que fueron principales en la buena conclusión de la paz y en jurar á la princesa doña Isabel por heredera y sucesora de los reyes de Castilla y de León.

»Pasar á residir personalmente en dichos reinos y estar en ellos con su esposa, y no partirse ni salir de ellos sin voluntad suya y consejo, como también no sacarla de dichos reinos sin consentimiento suyo y voluntad.

»No enajenar ni hacer merced de ninguna ciudad, villa ó fortaleza de dichos reinos sin consentimiento de la dicha princesa.

»Firmar junto con ella todas las órdenes relativas á los negocios públicos y titularse reyes entrambos de Castilla y de León, así como de los otros reinos y dominios que eran del príncipe ó pudiere éste heredar.

»No elegir á extranjeros para los cargos municipales, ni tampoco para tenencia de fortaleza alguna, sino á naturales del reino.»

Con mucho secreto se llevaban los tratos matrimoniales; pero sospechando algo el Rey y su valido el marqués de Villena, dióronse prisa para que se realizara la boda con el portugués. Tal prisa se dieron, que el papa Paulo, en 24 de junio de 1469, concedió la dispensa para que pudiera realizarse el matrimonio; pues, como sabemos, era cercano el parentesco de Isabel con Alfonso V.

Cuando Enrique IV y el marqués de Villena perdieron la esperanza de que Isabel se uniese en matrimonio con el de Portugal, volvieron á acariciar el proyecto de enlazar á aquélla con el duque de Berry y de Guiena. Vino de Francia á pedir la mano de la princesa el cardenal de Arras.

En trance tan apurado, el enérgico y activo arzobispo de Toledo acudió en auxilio de doña Isabel, llevándosela desde la villa de Madrigal á Valladolid. Aprovechando Carrillo la ausencia del Rey y del marqués de Villena, entonces en Andalucía, se decidió á jugar el todo por el todo. Era preciso que se realizara en seguida el matrimonio. A llamar al príncipe de Aragón mandó el arzobispo dos

mensajeros de toda su confianza: su capellán y después sabio cronista Alonso de Palencia y el maestresala de su casa Gutierre de Cárdenas. Ambos salieron de Valladolid y llegaron á Zaragoza. Decidióse que D. Fernando emprendiera el viaje para Castilla en compañía de cuatro caballeros disfrazados de mercaderes, con un guía y un mozo de espuelas. D. Fernando, vestido de un traje burdo, haría de criado de los mercaderes. Eran éstos Pero Núñez de Vaca, Guillén Sánchez y los hermanos mosén Ramón de Espés y Gaspar de Espés; el guía era Pedro de Auñón y el mozo de mulas Juan el Aragonés. Además se ideó la salida de mosén Pero Vaca como embajador á Castilla, formando parte de esta embajada Gutierre de Cárdenas y Alonso de Palencia.

Casi al mismo tiempo se pusieron en marcha las dos comitivas, aunque por distinto camino; con toda publicidad la del embajador y con todo secreto la del príncipe.

A la comitiva del embajador se unieron Tristán de Villarroel y García Manrique, partidarios—como es de suponer—de los príncipes.

D. Fernando y los suyos tomaron el camino de Verdejo y la embajada el de Monteagudo. Traspuso el príncipe la línea que divide Aragón de Castilla, pasó por una aldea que separa Gomara y el Burgo de Osma, llegando á esta población el 7 de octubre. Continuó el viaje; pasó por Osma, por Gumiel del Mercado el 8 y el 9 al anochecer estaba en Dueñas. Por su parte mosén Pero Vaca también se dirigió al Burgo de Osma, pasó por Ortezuela y en el Burgo se encontró con el conde de Treviño, que al frente de algunos bravos recorría la tierra mandado por el arzobispo de Toledo. Después supo el conde quién era D. Fernando, á quien saludó y besó la mano. Desde este momento ambas comitivas y el conde de Treviño ya no se separaron hasta llegar el 9 á Dueñas.

Isabel, dos días antes de conocer á su futuro marido, escribió (12 de octubre de 1469) al Rey su hermano, dándole cuenta de su proyectado enlace.

El 14 de octubre salió el príncipe de Dueñas en compañía de cuatro caballeros y penetró secretamente en Valladolid á hora de media noche, presentándose á la princesa en la casa de Juan de Vivero, morada de doña Isabel (1).

Parece ser—según cuentan—que al entrar en la cámara de la

(1) En esta casa se estableció algún tiempo después la Chancillería.

princesa el príncipe aragonés, Gutierre de Cárdenas, dirigiéndose á doña Isabel y señalando al príncipe con el dedo, dijo con alegría: *Ese es, Ese es*, quedando desde aquel momento las SS en el escudo de sus armas.

A la entrevista asistió el arzobispo de Toledo y se fijó día para las bodas.

Volvióse D. Fernando á Dueñas en aquella madrugada misma.

El 18 de octubre, según unos, y el 19 de dicho mes, según otros, se celebró el matrimonio en el salón principal de la citada casa de Juan de Vivero, proclamando antes el prelado toledano que había cesado el impedimento de consanguinidad entre los príncipes por dispensa de Pío II, antecesor de Paulo II, papa á la sazón, y se leyeron las capitulaciones de Cervera. Al matrimonio siguió una semana de fiestas.

De vuelta el Rey de Andalucía, hallándose en Trujillo, recibió la carta que le escribiera su hermana en vísperas de su enlace con don Fernando; carta cuyo contenido le disgustó profundamente, hasta el punto que la mostró á los ministros de su Consejo, amenazando, apenas llegase á Segovia, castigar á los desobedientes príncipes. En la corte sólo se respiraban aires de venganza contra Isabel y Fernando. La humildad del príncipe aragonés, el cual seguía los consejos de su padre, no era atendida por el rey de Castilla.

Tanto era el enojo de Enrique IV, excitado por su favorito el marqués de Villena, que acogió con placer una embajada del rey de Francia, dirigida por el cardenal de Arras, pidiendo la mano de su hija doña Juana para el duque de Guiena, el mismo que antes había pretendido casarse con doña Isabel. Llegó la embajada á Medina del Campo y se concertó el matrimonio. Decidióse la celebración de los desposorios el 26 de octubre. Con efecto, Enrique IV revocó, cerca del monasterio del Paular, en el valle de Lozoya, entre Segovia y Buitrago, el tratado de los Toros de Guisando, jurando, como también la Reina, que la joven doña Juana era hija legítima y heredera de la corona de Castilla (1).

Por fallecimiento del duque de Guiena no se efectuó el enlace, como tampoco se realizaron, aunque por otras causas, varios proyectos matrimoniales de la hija de Enrique IV.

Las cosas iban á variar de aspecto. El partido de doña Isabel y

(1) Enríquez del Castillo, ob. cit., cap. CXLVII.

D. Fernando no descansaba un momento, atrayéndose parciales numerosos. El mayordomo Andrés de Cabrera y su mujer doña Beatriz de Bobadilla lograron que la princesa Isabel celebrase una conferencia con el Rey en el alcázar de Segovia, consiguiendo con sus ruegos el perdón que creía necesario (1).

Enrique IV en sus últimos años: su muerte.

Entre otros sucesos de menos importancia se consignará que Enrique IV, en sus últimos años, estuvo en paz con Aben-Ismail de Granada y con el hijo de éste, Abul-Hacen; la guerra se redujo á correrías.

Murió Enrique IV en Madrid á los once días del mes de diciembre de 1474, cuando contaba cincuenta años de edad, extinguiéndose en él la línea varonil de la dinastía de Trastamara y dejando latente la sucesión á la corona. Zurita dice: «Fué su muerte de muy recio dolor de costado, aunque andaba ya muy doliente; y los suyos tenían por cierto que murió de veneno, que se le dió en Segovia en las fiestas y vistas que tuvo con su hermana en aquella ciudad» (2).

Consideraciones.

Para juzgar el reinado de Enrique IV conservamos un documento apreciabilísimo de aquellos tiempos: las famósas *Coplas de Mingo Revulgo*, sátira dialogada del género pastoril. Los pastores se llaman Mingo Revulgo y Gil Arribato, los cuales se desahogan en mordaces sátiras contra la debilidad y los amoríos del monarca, pero muy especialmente contra la codicia de los magnates y prelados que revolvían la corte. En dichas *Coplas*, cuyo autor debió ser Rodrigo de Cota *el Viejo* — y no el cronista Hernando del Pulgar ó Juan de Mena, como dicen otros,—se manifiestan los generales desacatos de que fué objeto Enrique IV y la constante fidelidad que le guardó Valladolid. Dice así la primera copla:

«Ah, Mingo Revulgo, Mingo;
ah, Mingo Revulgo, hao!
qué es de tu sayo de blao?
no le vistes en domingo?
qué es de tu jubón vermejo?
por qué traes tal sobrecejo?
andas esta madrugada
la cabeza desgreñada:
no te llotras de buen rejo?»

. . . . . .

(1) Enríquez del Castillo, ob. cit., cap. CLXIV.
(2) *Anales*, etc., parte II, lib. XIX, cap. XIII, pág. 220 v.ª

Después, por lo que á Valladolid respecta, se lee:

«Este Rey tan excelente
vive en tanto abatimiento
é disfavor,
que en Valladolid solmente
halló fee é conocimiento
de Señor.

Mostrada se halla la liberalidad de D. Enrique por las siguientes palabras con que contestó á su tesorero, que le hacía prudentes observaciones sobre lo excesivo de sus dádivas: «Los reyes, en vez de acumular tesoros para su patrimonio, están obligados á derramarlos para felicidad de sus súbditos.»

Y bien merecen trasladarse aquí los versos que á continuación copiamos del poeta cordobés Antonio de Montoro, conocido con el nombre de *El Ropero*:

«Nuestro Rey, muy alto,
por dar á muchos reposo,
dió á sí gran sobresalto.
Fizo de siervos señores,
con leda casa de amor;
fizo de grandes, mayores;
fízolos ricos dadores,
y á sí mismo pedidor.»

El insigne historiador D. Ramón Mesonero Romanos escribe: «Si ambas calificaciones vulgares (*el Impotente* y *la Beltraneja*), que ha consagrado la Historia; si el desarreglo que supone ésta en la conducta de doña Juana fueron ó no ciertos, ó gratuitas invenciones de los grandes sus enemigos y partidarios de los infantes D. Alonso y doña Isabel, es lo que no ha aclarado aún la Historia» (1); y el docto Sr. Fernández y González se expresa de este modo: «Fué muy amigo de construcciones, según lo acreditan las fábricas que hizo levantar en Madrid (2) y Segovia (3), y gran aficionado á las costumbres de los muslimes, de los cuales se valía como seguro contra sus enemi-

(1) *El Antiguo Madrid*, tomo I, pág 113.
(2) El monasterio de *San Jerónimo del Paso*.
(3) El monasterio de la *Virgen Santa María del Parral* y el de *San Antonio*.

gos, aun tolerándoles algunas demasías, no sin frecuente escándalo de muchas personas piadosas. Con todo, contribuyó más de lo que se cree á debilitar el reino de Granada, dejando una rica herencia para lo porvenir á sus inmediatos sucesores» (1). Bien merece consignarse aquí la conquista de Gibraltar por Enrique IV (agosto de 1462), la cual plaza «se tomó sin peligro, é dió el Rey la tenencia de ella al duque de Medina Sidonia» (2).

Un moderno escritor ha dicho que lo único bueno que hizo Enrique IV fué morirse; pero entre todos los historiadores contemporáneos distínguese el Sr. Cavanilles por su parcialidad. Suyas son las siguientes frases: «El rubor enciende nuestro rostro y la pluma se nos cae de la mano al llegar al reinado cuarto de los Enriques. Debemos, empero, dedicarle un lugar en nuestra historia para enseñanza de pueblos y reyes, á la manera que en las cartas náuticas se señalan los escollos para que huyan de ellos los navegantes... No hay en toda la historia de España nada comparable á este afrentoso reinado; sería necesario la pluma de Tácito para trazar con rasgos de fuego tal degradación y tanto oprobio» (3).

El historiador que con crítica desapasionada y estricta imparcialidad quiera juzgar á Enrique IV no debe olvidar que fray Pedro de Rozas y otros autores citados por D. Adolfo de Castro en su *Decadencia de España* afirman que el principal delito de que se acusó á Enrique IV en el proceso formado para destronarle fué el de herejía, por no haberse confesado en cuarenta años. Añade el citado escritor que este Rey era tan materialista como Federico *el Grande* de Prusia, negándose á recibir los auxilios de la religión en la hora de su muerte.

Marina, en su *Teoría de las Cortes*, inserta una petición de los procuradores á Enrique IV, en la cual se dice: «Señaladamente es muy notorio haber personas en vuestro palacio y cerca de vuestra persona infieles enemigos de la fe católica, é otros, aunque cristianos por nombre, que creen y afirman que otro mundo no hay sino hacer y morir como bestias.»

En los Fragmentos de la relación hecha por Tetzel del viaje del barón de Rosmithal por España (de 1465 á 1467), se dice lo siguiente: «Sus habitantes (los de la villa de Olmedo, provincia de Vallado-

(1) *Los Mudejares de Castilla*, págs. 195 y 196.
(2) Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos*, cap. III.
(3) *Historia de España*, tomo IV, pág. 191.

lid) son infieles en su mayor parte. El Rey tiene muchos en su corte, habiendo expulsado á numerosos cristianos y cedido sus tierras á los moros. Come, bebe, se viste y ora á la usanza morisca, y es enemigo de los cristianos, quebranta los preceptos de la ley de gracia y lleva una vida de infiel» (1). Más adelante añade que el Rey cometía grandes torpezas. «Por esto, y por expulsar á los cristianos de sus tierras y apoderarse de ellas, de sus castillos y ciudades, y darlas á los moros, se ha levantado en armas el reino, haciendo rey á su hermano. La mayor parte de sus súbditos son partidarios del joven Rey, por su mayor inclinación á los cristianos, creyéndose generalmente que el joven monarca suplantaría por completo al antiguo» (2).

Consideraciones. Pero ¿merece Enrique IV las acres censuras de que ha sido objeto? Asáltannos muchas dudas, llegando á decidirnos por la negativa.

En la antigua historia del pueblo hebreo, tanto en la de Israel como en la de Judá, los escritores religiosos consideraban malos y corrompidos á los reyes que manifestaban deseos de emanciparse del poder sacerdotal, y, por el contrario, ensalzan y glorifican á los que se dejaban guiar por la teocracia. Probado se halla que el israelita Jehú, alabado por cronistas sacerdotales, fué traidor, fanático é inhumano; Omri ó Amri—según la inscripción de Mesa — conquistó extensos territorios y elevó á gran altura el nombre de su pueblo; pero en la *Biblia* se leen las siguientes palabras: «E hizo Amri lo malo delante de los ojos de Jehová, é hizo peor que todos los que habían sido antes de él» (3); y Achab, tan censurado por levitas, fué leal, tolerante y justo.

Hicimos notar en la historia de la monarquía visigoda que los padres de los concilios trataban con benignidad rayana en la injusticia los reyes teocráticos, mirando, por el contrario, con malos ojos á los monarcas poco afectos al clero.

El rey Sancho II de Portugal (1223-1248), excomulgado por el papa Inocencio IV, maldecido por los obispos y arrojado del trono, fué tratado—y así lo ha reconocido la crítica moderna—con severidad excesiva y aun con manifiesta enemistad y odio.

Al juzgar los historiadores á Enrique IV, ¿tuvieron en cuenta que

(1) *Libros de Antaño*, VIII, *Viajes por España*, pág. 166.—Madrid, 1879.
(2) Ibídem, pág. 167.
(3) *Libro I de los Reyes*, cap. XVI, v. 25.

no se había coufesado en cuarenta años y que se negó á recibir los auxilios de la religión en la hora de su muerte?

Si á todo esto se añade que los cronistas del cuarto Enrique escribieron la vida y hechos de este Rey en tiempo de la monarquía de Isabel y Fernando, no es de extrañar que el sentimiento religioso por un lado y la adulación por otro hayan hecho de un rey flojo é indolente el más degradado y perverso de todos los monarcas que ocuparon el trono que se fundó en las montañas de Asturias.

Por último, D. Alfonso, siquiera fuese irresponsable por su corta edad, que firmaba la citada carta circular del 6 de junio y que consentía su proclamación en una llanura cerca de Avila, ¿era más noble que su hermano Enrique IV? ¿Eran más nobles los personajes que formaban el partido contrario al rey de Castilla?

Granada: Aben-Ismail.

Aben-Ismail, á la muerte de Juan II, se creyó libre del compromiso que había hecho con este Rey, y rompiendo las treguas comenzó á hacer correrías en territorio cristiano. Enrique IV de Castilla fué á castigar el ultraje, entrando á sangre y fuego tres veces por tierra de Granada, firmándose al fin unas treguas. Rotas éstas por el príncipe Abul-Hacen, «quien entró osadamente—escribe Fernández y González—por Estepa, sucediéronse duras represalias por los cristianos, que conquistaron á Gibraltar y Archidona.

»Tras estos triunfos caminaba D. Enrique para Gibraltar, á fin de tomar posesión de la ciudad ganada por los suyos, sin perdonar nada de cuanto encontraba á su paso en la vega de Granada, cuando salióle al encuentro el sultán á fin de demandarle una conferencia. Convenidos sobre el asunto de las treguas, comieron juntos ambos soberanos, quedando tan amigos en particular y sus vasallos tan pagados los unos de los otros, que por algún tiempo moros y cristianos anduvieron tan seguros en el reino vecino como en el de que eran naturales» (1).

El decaimiento del reino de Granada, ya por las discordias interiores, ya por las guerras con los cristianos, no podía ser mayor. El famoso condestable D. Miguel Lucas de Iranzo hacía cruda guerra á los sarracenos. En la crónica de personaje tan insigne se lee lo siguiente: «Tan quebrantados se sentían (los moros) de la guerra que este señor les facia que todos los comunes, en especial los del Alca-

(1) *Los Mudejares de Castilla*, págs. 193 y 194.

zaba é Albaicín, eran de intención que se diesen al rey nuestro señor é viviesen por *modejares* en aquella ciudad y su tierra» (1).

Murió Aben-Ismail en 1465.

Abul-Hacen. A la muerte de Aben-Ismail heredó el trono su hijo Abul-Hacen, no sin que estallasen desavenencias y rivalidades, pues su hermano Abul-Abdillah, llamado *el Zagal*, intentó arrebatarle la corona. Uno y otro solicitaron en vano el auxilio de D. Pedro Fajardo, adelantado de Murcia.

(1) Bib. Nac., Ms. G. 126, año MCCCCLII, pág. 95.

XIX

Aragón: Parlamento de Caspe.—Pretendientes á la Corona.—D. Fadrique. —El conde de Urgel.—Los Parlamentos.—D. Fernando y el conde de Urgel se preparan á la guerra.—Parlamento de Caspe.—Sermones de fray Vicente Ferrer.—Política de Fernando I en el exterior y en el interior.—El cisma de la Iglesia.—Predicación de fray Vicente Ferrer.—Alonso V *el Magnánimo*.—Política de Alfonso V en Italia.—Dispone que su hermano D. Juan salga de Sicilia.—Cisma de la Iglesia.—Alfonso V en la isla de los Gelbes.—Sitio de Gaeta.—Toma de Nápoles. —Los Caldoras y los Sforzas.—El duque de Calabria.—Amor de Alfonso V á Italia.—Toma de Constantinopla por los turcos.—Ultimos años de Alfonso V.—*Navarra*: Doña Blanca y Juan I.—Enemiga de Juan I á su hijo D. Carlos de Viana.—*Aragón y Navarra:* Juan II.—Persecución y muerte del príncipe de Viana.—Política de Juan II.—*Navarra:* Leonor, Francisco Febo y Catalina. —*Portugal*: Juan I, Eduardo I y Alfonso V *el Africano*.

Aragón: Parlamento de Caspe. Pretendientes á la Corona.

En los últimos momentos de Martín *el Humano*—como se dijo en el capítulo XV—declaró el Rey que ciñese la corona aquel que en justicia debiera ceñirla. Dos veces Ferrer de Gualbes, consejero de la ciudad, le hizo la siguiente pregunta: «Señor, ¿plázeos que la sucessión de vuestros reynos y tierras, después de vuestros días, venga al que por justicia debe venir?», contestando D. Martín las dos veces *Sí*. También Ramón Cescomes, pronotario del Rey, le hizo la misma pregunta y la respuesta fué siempre la misma.

Seis eran los aspirantes que se presentaban á la sucesión de la corona aragonesa, á saber: 1.° D. Jaime, conde de Urgel, biznieto por línea masculina de Alfonso III de Aragón, casado con la infanta doña Isabel, hija de Pedro III y hermana de D. Martín. 2.° D. Alfonso, duque de Gandía y conde de Ribagorza y Denia, descendiente por línea masculina de la casa de Aragón, hijo de D. Pedro, conde de Ampurias y Ribagorza, que lo fué de Jaime II y hermano de Alfon-

so III. 3.° D. Luis, duque de Calabria, hijo de doña Violante, que lo era de Juan I de Aragón y mujer del duque de Anjou, pariente por lo mismo de los últimos reyes de Aragón, por línea femenina. 4.° D. Fernando *de Antequera*, hijo segundo de doña Leonor de Castilla, que lo fué de Pedro III de Aragón y hermana de D. Martín. 5.° D. Juan, conde de Prades, hijo segundo de D. Pedro, conde de Ampurias y Ribagorza, nieto de Jaime II de Aragón. 6.° D. Fadrique, hijo natural de D. Martín de Sicilia y nieto por consiguiente de D. Martín *el Humano*.

D. Fadrique. Deseaba D. Martín *el Humano* que le sucediese en el reino su nieto D. Fadrique, hijo natural del rey de Sicilia, posponiendo á otros pretendientes, acaso con mejores títulos.

El conde de Urgel. Juzgaban la generalidad de los catalanes y no pocos valencianos y aragoneses que era indudable el derecho del conde de Urgel, por ser el más cercano en la línea masculina, excluyendo la femenina de la sucesión, según costumbre inmemorial.

Los Parlamentos. Con fecha 22 de julio de 1410, esto es, veintidos días después de la muerte de D. Martín *el Humano*, D. Guerao Alamany de Cervelló, gobernador del Principado, convocó los tres brazos, eclesiástico, militar y real, con los síndicos y gobernadores de todas las ciudades para que se reuniesen en Montblanch, cerca de Poblet, y celebrar Parlamento general (1).

Con corto número de individuos se abrió el Parlamento el 31 de agosto, trasladándose luego, á causa de mortífera epidemia, á Barcelona. En Barcelona celebró la primera sesión el 25 de septiembre. Pronto se presentó un heraldo en nombre del duque de Gandía á pedir audiencia para exponer y probar los derechos de éste á la herencia de D. Martín *el Humano*.

Si era heroica y nunca bastante alabada la conducta del Principado, en cambio en Aragón, en Valencia, en Sicilia y en otras partes aumentaban los disturbios y se veían calles y plazas convertidas á cada momento en sangrientos campos de batalla. El conde de Urgel, imprudente y ambicioso, echaba leña al fuego de las discordias.

(1) «Distinguíanse las *Cortes* de los *Parlamentos* – escribe Lafuente—en que aquéllas suponían la convocatoria y la presidencia del rey; cuando faltaba aquella circunstancia, como en los interregnos, se les daba el nombre de Parlamentos.» (*Historia general de España*, tomo VIII, pág. 117, nota). «Cuando las asambleas de la nación no podían ser convocadas y presididas por el monarca, como en los interregnos, recibían el nombre de Parlamentos en vez de Cortes» (Janer, *Compromiso de Caspe*, pág. 12, nota).

En el Parlamento de Barcelona, después de los embajadores del duque de Gandía, se presentaron pretendiendo el trono vacante los del infante D. Fernando de Antequera, los del conde de Urgel y los de la reina doña Violante.

El Parlamento, por boca de uno de sus miembros, del arzobispo de Tarragona, les contestó «que trataba antes de todo unir los reinos de la corona, y que tan luego como se consiguiera se daría el derecho á quien perteneciese por justicia, no deliberando ni obrando sólo Cataluña, sino en compañía de los demás reinos, que conocerían todos de la sucesión con brevedad, cuando pudiesen cómodamente».

Renació algún tanto la tranquilidad, contribuyendo á ello especialmente en los estados de Aragón el papa Benedicto XIII.

Pasado algún tiempo, volvieron á comenzar las revueltas y los desórdenes. Si el de Urgel se hallaba cada vez más empeñado en el logro de sus deseos, el vencedor de Antequera conseguía que su sobrino el rey de Castilla y la Reina madre tutora le recomendasen con todo empeño al Parlamento (Apéndice O).

Acaeció por entonces la cruel muerte del arzobispo de Zaragoza (1.° de julio de 1411).

En el lugar de La Almunia de Doña Godina se encontraron el arzobispo de Zaragoza, defensor de la candidatura de D. Fernando, y don Antonio de Luna, partidario de la del conde de Urgel. Uno de los que acompañaban al prelado dió una cuchillada en el cuello á don Antonio, comenzando entonces la pelea entre los dos bandos. Cayó muerto el arzobispo de un golpe, que según se dice le dió el mismo don Antonio de Luna (1).

Desde este momento todas las simpatías que perdió el partido del conde de Urgel hubo de ganarlas el de D. Fernando de Antequera. Agitábanse en Cataluña el conde de Pallars y el obispo de Urgel; en Aragón, los Urreas, los Lunas y los Heredias; en Valencia, los Centellas y los Vilaragut.

Buscando la ansiada paz, el Parlamento de Barcelona acordó trasladarse á Tortosa, señalándose el 16 de agosto del citado año de 1411 para su nueva apertura.

No uno sino dos Parlamentos habían formado los valencianos. El primero dentro de la ciudad y trasladado luego á Benaguacir, y el

(1) Escribe antiguo historiador que cuando se quería maldecir á alguno se decía: *¡Con don Antonio te topes!*

segundo, fuera de la ciudad, se había congregado en Vinaroz. Cruda guerra se hacían entre sí los dos Parlamentos, hasta que se logró una avenencia, uniéndose ambos en Vinaroz.

Si Benedicto XIII, buscando la concordia, había amonestado á los miembros del Parlamento de Barcelona para que acudiesen á Tortosa, fray Vicente Ferrer, *el gran cogedor de mies sagrada*, era el iris de paz de sus compatriotas que formaban el Parlamento de Vinaroz (1).

En Alcañíz reunióse el Parlamento de aragoneses.

D. Fernando y el conde de Urgel se preparan á la guerra.

Procedentes de Castilla pasaban la raya de Aragón varias compañías de gentes armadas decididas al parecer á imponer por la fuerza la candidatura de D. Fernando. El conde de Urgel, á su vez, instigado por su madre, la condesa doña Margarita, y desoyendo los consejos del Parlamento catalán, se unió á D. Antonio de Luna y tomó las armas como gobernador general de Aragón. D. Fernando, ante tales hechos, dispuso que su embajador, el doctor Juan González de Acevedo, presentase sus quejas al Parlamento catalán. También el conde de Urgel envió al Parlamento de Tortosa á micer Pedro Ferrer, de su consejo, y rogaba que se impidiese la entrada de los castellanos, dejando libre la declaración de la justicia. Pocos días después mandó otro mensaje y en él alegaba su derecho á la sucesión de la corona.

Uno y otro Parlamento se retraían de contestar á ambos pretendientes, y lo mismo D. Fernando que D. Jaime no obraban con la prudencia y circunspección que exigían las circunstancias. Contestaron al fin al vencedor de Antequera manifestándole que el Parlamento se opondría á que cualquiera de los pretendientes ostentara insignias reales y fuese seguido de gente armada, pero le rogaba mandase salir de Aragón las compañías de castellanos que habían pasado la frontera. Al conde de Urgel se le respondió que, pues decía haber seguido el camino de la justicia, continuase mostrando igual prudencia; además se le decía que el Parlamento esperaba que el infante impediría la entrada y tránsito de las tropas castellanas por Aragón.

Asunto de tanta importancia procuraban ilustrarlo letrados nacionales y extranjeros, hombres distinguidos en la religión y en la toga.

(1) Fray Vicente Ferrer nació en Valencia el año 1335, profesó en la Orden de Santo Domingo, convirtió á muchos judios y murió en Vannes el 5 de abril de 1419.

Entretanto los Parlamentos de Cataluña, de Valencia y de Aragón no descansaban un momento en su obra de paz. Como D. Fernando mostrara, lo mismo en sus palabras que en sus obras, más juicio que D. Jaime, el bando de aquél era más poderoso cada día, mientras que el del segundo disminuía notablemente.

Al cabo de muchas juntas, pláticas y mensajes entre los tres Parlamentos prevaleció la idea del de Alcañiz, que consistía en encomendar á un determinado número de individuos el estudio del asunto, y con este objeto aquellas tres asambleas eligieron nueve personas de *ciencia*, *prudencia* y *conciencia*, tres por cada reino, las cuales habían de reunirse en la villa de Caspe (1), «cerca de la ribera del Ebro, en muy fértil comarca y él muy cómodo y oportuno, para que se hiciese en él con toda libertad la declaración, que es de la Orden de San Juan, y tenía un fuerte castillo y está muy vecino de Alcañiz y no lexos de Tortosa» (2).

Parlamento de Caspe. El 16 de marzo de 1412 se publicaron en Tortosa los nombres de los que iban á fallar el pleito de la sucesión á la corona.

En representación de Cataluña fueron nombrados: D. Pedro Zagarriga, arzobispo de Tarragona; D. Guillermo Vallseca, doctor en leyes; D. Bernardo de Gualbes, doctor en ambos derechos. Los representantes de Aragón se llamaban: D. Domingo Ram, obispo de Huesca; Fr. Francisco de Aranda, del monasterio de Cartujos de Portaceli; Berenguer de Bardaji, letrado. Quedaron nombrados por Valencia los siguientes: D. Bonifacio Ferrer, prior general de la Cartuja; Fr. Vicente Ferrer, elocuente predicador, y D. Ginés Rabassa, doctor en leyes; enfermo éste, se eligió después al doctor Pedro Beltrán.

Es verdaderamente singular que en la Edad media, cuando los asuntos políticos se ventilaban por medio de las armas, nueve insignes varones, *sabios*, *prudentes* y *virtuosos*, resolviesen cuestión tan ardua; «pero la religión y santidad de aquel bienaventurado varón Vicente Ferrer resplandecía entre todos, como verdadero lucero» (3).

Antes de tratar del Parlamento de Caspe, es de justicia decir que el tutor de Juan II de Castilla, después que hubo vencido al rey de Granada, marchó desde Sevilla á Valladolid, donde pidió á las Cortes un subsidio de cuarenta y ocho cuentos de maravedís para conti-

(1) Zurita, *Anales*, etc., parte II, lib. XI, cap. LXVII, pág. 51 v.ª
(2) Ibídem, cap. LXVII, pág. 51.
(3) Ibídem, cap. LXXII, pág. 55.

nuar la campaña contra los moros; pero como á la sazón se firmara una tregua de diez y siete meses (6 de septiembre de 1411) entre ambos pueblos, el infante empleó dicha cantidad para sostener y hacer triunfar su candidatura á la corona de Aragón, porque entonces, lo mismo que en todos los tiempos, el oro era el móvil de las pasiones humanas. Por cierto que D. Fernando hubo de solicitar del Papa la dispensa correspondiente, pues bajo juramento había prometido que los millones del subsidio sólo se gastarían en atenciones de la guerra. No es extraño, por tanto, que D. Fernando de Antequera tuviese muchos y decididos defensores.

Reunidos en Caspe los nueve jueces, antes de la apertura de aquella augusta asamblea, en un altar colocado en la plaza de la población, no muy distante de la iglesia, habiendo oído misa, confesado y comulgado, puestas las manos sobre los Santos Evangelios y sobre un Crucifijo, prestaron el siguiente juramento:

«Pública y solemnemente hago voto á Dios, á la Virgen María y á toda la corte celestial, y juro sobre la cruz de Jesucristo y sobre los Santos Evangelios, que procederé en el negocio de la sucesión, y que publicaré el verdadero Rey y señor lo más pronto posible, según Dios, justicia y buena conciencia, pospuesta y alejada cualquier clase de amor, ruegos, temor ú odio, como asimismo la esperanza de cualquier premio ó favor, y toda otra mala voluntad. Juro además que, antes de la declaración de Rey, no manifestaré, publicaré ó daré á entender á nadie que no sea alguno de los compromisarios, directa ni indirectamente, de palabra, por escrito, por demostraciones, ni de ninguna otra manera, mi voluntad, intención ó pensamiento, ni el de mis compañeros, hasta el día en que se haga la publicación solemne.»

Constituyóse el tribunal el 18 de abril de 1412 en uno de los salones de la fortaleza de Caspe. Los primeros que alegaron las razones que asistían al duque de Gandía fueron los abogados y procuradores nombrados por éste. Siguieron después los defensores del conde de Urgel, luego los del infante D. Fernando, en seguida los de D. Fadrique y, por último, los de los demás pretendientes.

Gran discordia hubo entre los jueces sobre el fallo de la sucesión, hasta que Fr. Vicente Ferrer les dirigió las siguientes palabras: «*Mirad, no curéis más de deteneros en acordar la sentencia, que la justicia da el derecho al infante D. Fernando de Castilla. Y esto é no otra cosa se hará, porque de lo alto procede y no de la tierra.* E como Vicente Ferrer era persona á todos accepta y puesto en predi-

camento de santa persona, sus palabras fueron tan eficaces que no le pudieron contradecir. Y desde entonces todos los jueces le siguieron. Y así acordaron la sentencia» (1).

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que el primero que dió su voto fué Fr. Vicente Ferrer, sin embargo de tener el octavo lugar entre los compromisarios, y sin embargo de hallarse entre éstos personas de tanta autoridad como el arzobispo de Tarragona y el obispo de Huesca. Èste, Bonifacio Ferrer, Bernardo de Gualbes, Berenguer de Bardexi y Francisco de Aranda se conformaron con el parecer del padre maestro Fr. Vicente Ferrer, diciendo: «In omnibus et per omnia adhereo voto et intentioni prædicti domini magistri Vincentii.» El arzobispo de Tarragona sostuvo que el infante D. Fernando era más útil para el regimiento del reino; pero, según justicia, el duque de Gandía y el conde de Urgel, como varones legítimos y descendientes por línea de varón, eran mejores en derecho. Guillén de Valseca declaró que estaba conforme con la opinión del arzobispo, añadiendo que si ambos, el de Urgel y el de Gandía, tenían iguales derechos, él consideraba como más idóneo al de Urgel. D. Pedro Beltrán se excusó de dar su opinión. «Esto pasó entre ellos secretamente...» (2).

En la sesión del 25 de junio de dicho año de 1412 se publicó la declaración de rey de Aragón en favor del infante D. Fernando, pronunciada por los nueve diputados (3). Pocos días después, el 28 del mismo mes, acordaron los nueve diputados trasladarse á la iglesia de Caspe para proceder al acto solemne de la publicación de la declaración de rey (4). También acordaron notificar la declaración de rey y su promulgación al Papa, al rey D. Fernando, á su esposa é hijos, al arzobispo de Toledo y al rey y reina de Castilla (5).

Sermones de fray Vicente Ferrer.

El obispo de Huesca celebró la misa del Espíritu Santo á las nueve de la mañana, en un altar que se levantó en la puerta de la iglesia, y fray Vicente Ferrer predicó el sermón, tomando por tema aquellas palabras del

(1) Martín de Viciana, *Crónica de la ínclita y coronada ciudad de Valencia y de su reino*, lib. III, fol. LXIII v.°

(2) Zurita, *Anales*, etc., parte II, lib. XI, cap. LXXXVIII, página 71.

(3) *Cortes de Aragón, Valencia y Cataluña*, tomo X, págs. 483 á 487. Madrid, MDCCCCVI.

(4) Ibídem, pág. 490 y siguientes.

(5) Ibídem, págs. 494 á 497.

Apocalipsi que dicen: *Alegrémonos y regocijémonos, y demos gloria á Dios, porque vinieron las bodas del Cordero...* (1).

Leído después el documento en que constaba la elección del nuevo rey, «el mismo fray Vicente Ferrer y muchos de los presentes, declarando su alegría con altas voces, dixeron por diversas veces, reparando en cada una con gran silencio, *viva, viva nuestro rey y señor D. Fernando*» (2). No fué general el regocijo; muchos quedaron maravillados y atónitos; no pocos decían públicamente que hubieran preferido príncipe natural del país y de legítima sucesión, y no príncipe extranjero. Llegó á ser tan grande el descontento, que fray Vicente Ferrer tuvo que predicar otro sermón, queriendo probar que el derecho del conde de Urgel era inferior al del duque de Gandía y que el rey D. Fernando, por su madre, era natural del país. Además, se extendió largamente, ponderando la dignidad de la persona, el valor y ánimo del nuevo rey, y rogaba que le recibiesen como venido del cielo.

Agitáronse con tanta actividad como decisión en favor de D. Fernando el cardenal Pedro de Luna, que permanecía en Peñíscola, y su buen amigo fray Vicente Ferrer, logrando que ciñese aquél tranquilamente la corona de Aragón. Sin embargo, no dejará de consignarse que la elección fué celebrada en Aragón, no tanto en Valencia y mucho menos en Cataluña (3).

Pero ¿tenía mejor derecho D. Fernando que los demás competidores? No, porque la tradición y la costumbre se inclinaban á la sucesión masculina, excluyendo de ella constantemente las hembras, desde los primeros condes soberanos de Barcelona. El conde de Urgel se hallaba en grado de varón más cercano al último Rey y él debía de ceñir la corona aragonesa. Si el de Urgel era indigno de la corona por su conducta, ¿por qué no se eligió al duque de Gandía, que traía su descendencia masculina de Jaime II y no había delinquido?

Aun admitiendo que pudiese entrar la línea femenina en la competencia, lugar preferente debía tener la reina doña Violante, pues su derecho era anterior y preferible al del mismo rey D. Martín *el Humano*, por ser hija de Juan I. Siguiendo, por otra parte, los gra-

(1) *Gaudeamus et exultemus et demus gloriam ei, quia venerunt nuptiæ agni...* (cap. XIX, ves. 7).

(2) Zurita, *Anales*, etc., parte II, lib. XI, cap. LXXXVIII, página 71 v.ª

(3) Véase Zurita, *Anales*, etc., parte II, lib. XII, cap. I, pág. 74.

dos del parentesco, doña Violante se hallaba más cercana al rey don Juan y al rey D. Martín que el infante D. Fernando, porque su madre era hija del antecesor del rey D. Martín, y el infante, sobrino.

Así como es cierto todo lo que acabamos de decir, también afirmamos que es legal la declaración del Parlamento de Caspe si, cuando fueron nombrados los compromisarios, no se les puso traba alguna, obteniendo, por el contrario, poder amplio y absoluto para elegir al aspirante que á su juicio reuniera más dotes de virtud, de valor y de prudencia.

Política de Fernando I en el exterior y en el interior.

Fernando I, después de jurar en las Cortes de Zaragoza (3 de septiembre de 1412) los fueros, privilegios, libertades, usos y costumbres de Aragón, dirigió su mirada á los asuntos de Sicilia y de Cerdeña. Sicilia, después de Martín II *el Viejo*, quiso emanciparse de la dominación aragonesa, pero Fernando I tuvo á raya á los revoltosos. También se sintió el robusto brazo del aragonés sobre el vizconde de Narbona, constante agitador de *Cerdeña*, el cual, apoyado por Génova, tenía pretensiones de heredar á los jueces de Arborea.

Fernando I, luego que visitó en Tortosa al cardenal Pedro de Luna, que seguía llamándose Benito XIII, y á quien estaba muy agradecido por el apoyo que había prestado á su candidatura; después de algunas negociaciones para que el conde de Urgel viniese á la obediencia del Rey, y después de la celebración de Cortes en Barcelona (1413), en las cuales juró el Rey las constituciones, costumbres y privilegios de los catalanes, se aprestó á vencer al conde de Urgel, siempre su enemigo y rival.

Aconsejaba á D. Jaime el turbulento D. Antonio de Luna, y más todavía que éste la condesa doña Margarita, su madre. Decíale que le valiera más morir en defensa de su justicia y reino que no dejarlo en manos del infante castellano, y que había de ser rey ó nada. «*Fill*, estas eran sus palabras, *ó Rey ó no res*» (1).

Dando oídos á tales consejos, se lanzó al campo de la rebelión, dando sus parciales el grito de *¡viva D. Jaime, rey de Aragón! ¡Aragón y D. Jaime!*

Comenzó el de Urgel queriendo apoderarse ó *por fuerza de armas* ó *por trato*, como dice el historiador Zurita, de la ciudad de Lérida;

(1) Véase Zurita, *Anales*, etc., parte II, lib. XII, cap. XXXI.

pero no lo pudo conseguir. Luego pensó hacerse fuerte en la ciudad de Balaguer, acudiendo á combatirle en persona el mismo Rey. Los catalanes no le prestaron la ayuda que él esperaba. Entonces, cuando se vió abandonado de todos, dispuso que su mujer se presentara á Fernando I. Oyó éste á su tía, respondiendo «que no daría lugar á ninguna plática de trato con él, salvo que sueltamente se viniera á poner en su poder y conociese su culpa» (1). Insistió doña Isabel, y sólo pudo lograr que el Rey le ofreciese no darle pena de muerte. En efecto, llegó el conde á presencia del Rey, besóle la mano, hincóse de rodillas y le dijo: «Señor, yo vos demando misericordia, y pido vos por merced que vos membredes del linaje donde yo vengo»; y el Rey le respondió: «Yo vos perdoné é ove de vos misericordia quando vos otorgué quanto me demandastes. E agora, por ruego de la infante mi tía, vos perdono, que merecíades la muerte por los yerros que avíades fecho, é aseguro vuestros miembros, é que no seades desterrado de los mis reynos.»

En Lérida fué puesto en una torre del castillo con buena guarda (2).

Por cierto que fué digna de elogio la franqueza con que un caballero del conde, después que éste se hubo entregado, habló al Rey. Díjole:

«Señor, yo nunca hasta hoy vos vi nin vos conoscí; é ha doce años que sirvo á D. Jaime ó comí su pan, é tomó hasta aquí la su voz en esta cerca, y sirviéralo hasta la muerte; pero si bien serví á él, bien serviré á vos, y bésovos la mano.»

No dió el Rey muestras de magnanimidad en esta ocasión. Además de encerrar al conde en rigurosa prisión, mandó confiscarle sus estados, tierras y todos sus bienes. También dispuso que se confiscasen los bienes de la condesa Margarita.

En las Cortes generales que se reunieron en Zaragoza en el 15 de enero de 1414 se coronó Fernando I con la mayor pompa y solemnidad que se vió jamás en estos reinos, como dice Zurita. Dió á su primogénito D. Alfonso el título de *príncipe de Gerona*, á imitación del príncipe de Gales en Inglaterra y del príncipe de Asturias en Castilla.

(1) Zurita, ob. cit., parte II, lib. XII, cap. XXIX, pág. 97.

(2) Luego se le condujo á Ureña (Valladolid), en seguida á la fortaleza de Mora, desde dicha torre al Alcázar de Madrid y después segunda vez á Ureña.

El cisma de la Iglesia. Ocupóse luego del cisma de la Iglesia y quiso que su influencia pesara en el ánimo de Benito XIII, que seguía llamándose papa como sus competidores Juan XXII y Gregorio XII. Fernando I y Benito XIII tuvieron vistas en Morella; pero ni ruegos ni consejos influyeron en el ánimo del tenaz antipapa.

El Concilio de Constanza, reunido bajo la salvaguardia del emperador Segismundo, admitió la renuncia que hizo Gregorio XII y depuso á Juan XXII; pero ni el Concilio ni el Emperador pudieron conseguir nada del inexorable Benito XIII, que, encerrado primeramente en Perpiñán y luego en el castillo de Peñíscola, desafiaba desde esta roca á todos los poderes humanos, resistiendo del mismo modo á príncipes que á Congresos de obispos de la Iglesia católica. El aragonés se separó, por último, de la obediencia de Benito XIII, ordenando á los prelados de su reino que por sí ó por procuradores asistiesen al Concilio Constanciense.

Predicación de San Vicente Ferrer. En estos tiempos, por los sermones de San Vicente Ferrer se convirtieron á la fe católica muchos judíos. En su obra ayudó con decisión y entusiasmo el antipapa Benedicto XIII.

Fernando I falleció en Igualada (Barcelona) á 2 de abril de 1416, mereciendo los nombres de *Honesto* y *Justo*. Su cadáver se llevó á enterrar al monasterio de Poblet.

Alfonso V el Magnánimo. Alfonso V *el Magnánimo* (1416-1458) fué aclamado rey de Aragón, de Valencia, de Mallorca, de Sicilia y de Cerdeña y conde de Barcelona cuando contaba veintidós años de edad (1). Desde Igualada, después de hacer las debidas exequias á su padre, pasó á Barcelona, donde juró los fueros del condado (22 de septiembre de 1416). En el discurso de apertura de aquellas Cortes manifestó claramente su preferencia por la política internacional, y, en efecto, consagró casi toda su vida á los asuntos de Italia.

Política de Alfonso V en Italia. Dispone que su hermano D. Juan salga de Sicilia. Considerando Alfonso V que los sicilianos se aficionaban demasiado á su hermano D. Juan, á quien de buena gana hubiesen proclamado rey, dispuso que regresase á Aragón. D. Juan obedeció los mandamientos de Alfonso V y se hizo á la vela para España con algunos navíos (21 de agosto de 1416).

(1) Durante este reinado el conde de Urgel fué trasladado de Ureña al castillo de Castro Toraffe, de aquí á Teruel y por último á Játiba, donde acabó sus días en el año 1433.

Cisma de la Iglesia. El cisma de la Iglesia iba á terminar, porque el Concilio de Constanza, al mismo tiempo que eligió á Martín V (1417), condenó al antipapa de Peñíscola. Alfonso V, aunque no vió con buenos ojos la elección del nuevo papa, á quien consideraba poco propicio á sus intereses de Italia, le hubo de reconocer.

Alfonso V en Cerdeña y Córcega. Se apodera de Nápoles. Hízose Alfonso V á la vela á 7 de mayo del año 1420, arribó á Mallorca el 9 y se dirigió á Cerdeña, mientras sus hermanos en Castilla vivían en continuos disturbios. Los lugares rebeldes se redujeron en seguida á la obediencia del Rey. Luego pasó Alfonso V á Córcega, donde empezó la lucha con los naturales y con sus aliados los genoveses. Hallándose empeñado en esta contienda, la reina Juana II de Nápoles, mujer inconstante é inmoral, solicitó el auxilio de Alfonso V contra Luis III de Anjou, ofreciéndole, en cambio, la posesión del ducado de Calabria y la sucesión al trono de Nápoles. El rey de Aragón, aunque conocía la conducta de la Reina [1], llevado de su deseo de gloria, fué á Italia, triunfó en todas partes, gobernó á Nápoles, rompió con la versátil Juana, luchó como un bravo en las calles mismas de la capital y se apoderó por la fuerza del reino (1423). Doña Juana revocó entonces la adopción que antes hiciera de Alfonso V y la transfirió á Luis de Anjou.

Alfonso V dejó á su hermano D. Pedro la defensa de *Nápoles*; pero antes de regresar á sus Estados de España acometió la empresa de atacar la ciudad de *Marsella*, que pertenecía al de Anjou. Luego que la ciudad fué casi destruída, la abandonó, haciéndose á la vela para Cataluña y Valencia.

Las fuerzas que Alfonso V había dejado á su hermano Pedro para defender el reino de Nápoles eran escasas. En cambio á la reina Juana, á Luis de Anjou, á Sforza y al duque de Milán con la señoría de Génova se unió el pontífice Martín V. Estos se apoderaron de Gaeta y de otras poblaciones, y cayeron sobre Nápoles, ciudad que no pudo resistir tan formidable ataque (1424).

Mientras tanto, Alfonso V no estaba quieto. Al mismo tiempo que procuraba reconciliarse con algunos príncipes italianos, intervenía en los asuntos interiores del reino de Castilla, con disgusto de Juan II. Cuando era llamado por la reina Juana y por el papa Mar-

(1) Después de haber ofrecido su mano de esposa al infante don Juan de Aragón, contrajo matrimonio con el francés Jacobo de la Marca, á quien luego encerró en una cárcel.

tín V, la muerte del jefe de la Iglesia (1431) y la elevación del veneciano Eugenio IV vino á interrumpir su viaje por el momento.

Alfonso V en la isla de los Gelbes. Arribó Alfonso V el 15 de agosto de 1432, día de la Asunción de Nuestra Señora, á la isla de los Gelbes. Presentóse á defenderla el mismo rey de Túnez en persona. El combate que se dió el 1.° de septiembre fué empeñado y sangriento, logrando gloriosa victoria el aragonés.

Sitio de Gaeta. Volvió Alfonso V á entrar en tratos con la reina Juana, consiguiendo que ésta revocase la adopción que tenía hecha en favor del duque de Anjou y confirmara la que primeramente hiciera (1433).

No vieron con gusto que Alfonso V fuese heredero de la reina Juana de Nápoles ni el Papa ni el Emperador, como tampoco el duque de Milán, Venecia y Florencia.

Alfonso V marchó desde la isla de Ischia á Trapani, y aunque su presencia era necesaria en Aragón, se decidió á no abandonar la Italia, esperando entrar en la empresa del reino de Nápoles, porque la reina Juana estaba tan enferma, que no podía vivir muchos días. Dispuso, por lo que respecta á España, que su mujer doña María desempeñase el cargo de lugarteniente general de Cataluña y su hermano Juan de Navarra el de Aragón y Valencia.

No vió el aragonés con buenos ojos la revolución que estalló en Roma contra el papa Eugenio (1434), recibió impasible la noticia de la muerte del duque de Anjou (1434) y al mismo tiempo que supo la muerte de la reina doña Juana (2 de febrero de 1435) le llegaron nuevas de que ésta había dejado por heredero universal y sucesor del reino á Renato de Anjou, hermano de Luis. Alfonso V, que residía entonces en Mesina, se resolvió á jugar el todo por el todo, poniendo sitio á *Gaeta*, ayudado de sus hermanos Juan de Navarra, Enrique y Pedro. Cuando Gaeta iba á caer en su poder, el duque de Milán y los genoveses acudieron á socorrer la plaza. Dióse el combate el 5 de agosto de 1435 á cuatro millas de la isla de Ponza. La derrota de la armada aragonesa fué completa. «Hubieron—dice Zurita—los genoveses la mayor victoria y más señalada que hubo grandes tiempos en la mar.»

Alfonso V, D. Juan, D. Enrique, el príncipe de Tarento y otros muchos grandes señores fueron hechos prisioneros, salvándose sólo el infante D. Pedro á favor de la obscuridad de la noche. Los vencedores, deseando gozar de un espectáculo nunca visto, mandaron que-

mar las naves apresadas. El prisionero Alfonso V más parecía vencedor que vencido, pues al jefe de la armada genovesa, que le pedía la ciudad de Ischia, le contestó con altivez: *Aunque supiera que me habías de arrojar al mar, no mandaría yo entregar una sola piedra de ningún lugar de mi señorío.* El duque de Milán le trató con la mayor consideración. Luego, habiendo sido conducido á Milán, tanto Filipo María Visconti como la duquesa le hicieron cariñoso recibimiento y le aposentaron en su mismo palacio, diciéndole aquél: «Disponed de mi Estado como si fuese vuestro propio reino». Tan contento se hallaba en su dorada prisión, que á un rey de armas que le mandó con cartas la reina de Aragón, dijo: *Dirás á mi mujer que esté alegre, que yo vine á mi propia casa* (1).

Como la victoria del duque de Milán hubiese despertado celos á sus mismos aliados, quienes le miraban con temor ó con envidia, tomó el partido de dar libertad á D. Alfonso, entregando Gaeta al infante D. Pedro de Aragón.

Toma de Nápoles. Alfonso V, después de conceder el condado de Ampurias (Cataluña) á su hermano Enrique y de arreglar los asuntos de sus Estados de España, se preparó á terminar los de Italia. Con los socorros concedidos por las Cortes de Monzón y de Alcañiz (1436) salió de Capua y se hizo dueño de casi todo el Estado de Nápoles. El Papa, y después Renato de Anjou, lucharon inútilmente con el intrépido aragonés. En el cerco de Nápoles tuvo éste la desgracia de perder á su hermano Pedro, de un tiro de lombarda.

«Estaba el Rey—escribe Zurita—en aquella sazón en la iglesia de la Magdalena, oyendo missa; y viendo muerto á su hermano, á quien amaba entrañablemente, lloró, y bendiciéndolo, dixo:

»Dios te perdone, hermano, que otro placer esperaba yo de ti que verte de esta manera muerto. Sea Dios loado, que hoy murió el mejor caballero que salió de España» (2).

Fijóse el rey aragonés en el Concilio de Basilea, que á la sazón se ocupaba en la deposición de Eugenio IV y en el nombramiento de Félix V; pero abandonando la idea de mezclarse en el nuevo cisma de la Iglesia, luchó ventajosamente con la gente de Sforza al pie de las murallas de Troya, en la Pulla; logró que Antonio Caldora, duque de Bari, y los de la casa de éste se redujeran á su obediencia (1441).

(1) Zurita, *Anales*, etc., parte II, lib. XIV, cap. XXVIII.
(2) Ibídem, cap. L, pág. 253.

y no escuchando los consejos del duque de Milán, volvió sobre la ciudad de Nápoles.

Irritóle la conducta de Antonio Caldora, el cual, instigado por el conde Francisco Sforza, se reveló contra su autoridad real.

Más decidido Alfonso V cada día á hacerse dueño de Nápoles, á pesar de la heroica defensa del duque de Aujou, penetró en ella (primeros días de junio de 1441). «Fué—escribe Zurita—la entrada desta ciudad de las cosas señaladas de aquellos tiempos» (1).

Los Caldoras y los Sforzas. Alfonso V se propuso arrojar del reino á todos sus enemigos, lo mismo á los de Caldora que á los sforceses. En una batalla que el Rey dió contra ellos consiguió señalado triunfo, cayendo prisionero Antonio Caldora y logrando huir Juan Sforza. Del campo de Santa María de Carlito pasó Alfonso V á conquistar otras ciudades. Unido con el duque de Milán hizo la guerra al conde Francisco Sforza, y después de recoger buena cosecha de laureles por todo el reino, firmó una concordia con Eugenio IV, á quien reconoció como verdadero pastor universal de la Iglesia, y no á Félix IV, que había sido elegido por el Concilio de Basilea. Agradecido Eugenio, le concedió la investidura del reino de Nápoles.

El conde Francisco Sforza, por consejos de su suegro el duque de Milán, se puso bajo la gracia y protección del Rey; pero no acabaron por esto las intrigas de aquellos famosos personajes.

El duque de Calabria. Por entonces se realizó el matrimonio de D. Fernando de Aragón, duque de Calabria é hijo de Alfonso V, con Isabel de Claramonte, sobrina del príncipe de Tarento. Poco después, tan agradecido se hallaba el Papa al rey de Aragón, que hubo de conceder (15 de julio de 1444) la legitimación del duque de Calabria, requisito indispensable para que éste pudiera heredar el trono de Nápoles.

Alfonso V, no solamente era esforzado capitán, sino político consumado. Si apenas hacía caso de los asuntos de su reino de Aragón, cuidaba mucho de los negocios de Italia (años 1445 y 1446).

Habiendo muerto Eugenio IV (23 de febrero de 1447), fué elegido (6 de marzo de dicho año) Nicolás V. En paz Alfonso V con el nuevo papa, no quiso hacerse dueño de Milán á la muerte del duque (13 de agosto), dejando que el conde Francisco Sforza heredase aquellos Estados.

(1) Zurita, parte II, lib. XV, cap. X, pág. 274.

Amor de Alfonso V á Italia.

El aragonés, como acabamos de indicar, más bien parecía un monarca de Italia que un rey español. Ni las excitaciones continuas de sus antiguos súbditos, ni los graves disturbios que mediaban entre su hermano Juan de Navarra con el príncipe de Viana, ni las escisiones de sus hermanos D. Juan y D. Enrique con el monarca de Castilla, pudieron arrancarle del suelo italiano (1448 á 1453).

Toma de Constantinopla por los turcos.

Un suceso de harta transcendencia en la política europea y de gran importancia en la marcha progresiva de la humanidad se iba á verificar en este tiempo: *la toma de Constantinopla por los turcos* (1453). El papa Nicolás V trabajó con fe para unir á los príncipes italianos contra los enemigos de la religión católica, sorprendiéndole la muerte en obra tan laudable (1455).

Tampoco su sucesor, el valenciano Calixto III, pudo conseguir nada por sus desavenencias con Alfonso V.

Ultimos años de Alfonso V.

Los últimos años de este monarca fueron amargados por las desavenencias que tuvo el rey de Navarra con el príncipe su hijo, como también por la guerra que el primero emprendió contra Génova. «Cuando el buen D. Alfonso estaba en Nápoles rodeado de muchos príncipes, y le loaban la generosidad de Roma, la grandeza de Venecia, la riqueza de Florencia y la opulencia de Milán, respondía: *Leo y apruebo ser eso todo bueno; pero yo para mí más querría hallarme en Carrioncillo.* Carrioncillo es una aldehuela pajiza, una legua de Medina del Campo, en donde el buen Rey, siendo niño, se crió, y siendo mozo, residió» (1). Murió el monarca en Nápoles (27 de junio de 1458), dejando este trono á su hijo Fernando, duque de Calabria, y Aragón, con Sicilia y Cerdeña, á su hermano Juan I de Navarra. Dice Zurita que fué el más esclarecido príncipe y el más excelente que hubo en Italia desde los tiempos del emperador Carlomagno (2). No nombró en su testamento á la reina doña María, su mujer, «siendo—como escribe el autor citado—muy excelente princesa, y que dió en aquellos tiempos singular ejemplo de su grande honestidad y virtud». Cierto es—aunque se desconocen los motivos—que en el año 1457 quiso que el papa Calixto declarase el divorcio para casarse con Lucrecia de Alaño; pero el Santo Padre

(1) Fray Antonio de Guevara, *Epístolas familiares y escogidas*, epístola XLI, pág. 242. Barcelona, 1886.

(2) Zurita, *Anales*, etc., parte II, lib. XVI, cap. XLVII, pág. 52.

se negó á ello, porque—según sus mismas palabras—*no quería ir con ellos al Infierno.*

Navarra: doña Blanca y Juan I.

Doña Blanca y Juan I (1) ciñeron la corona en 1425. Juan I reinó en Navarra hasta el 1458 y en Aragón y Navarra desde esta fecha hasta el 1479. En el primer período vivió casi siempre alejado de su reino, dejando todo el peso del gobierno á su mujer doña Blanca. En otro lugar se dijo la parte que tomó en los asuntos interiores de Castilla, como también sus hechos al lado de su hermano Alfonso V. Murió doña Blanca el 1441, instituyendo en su testamento heredero del reino de Navarra á su hijo el príncipe Carlos de Viana (2). Al poco tiempo, el rey D. Juan casó en segundas nupcias con la altiva y ambiciosa castellana doña Juana Enríquez. Juan I y su mujer empezaron á mirar con odio á D. Carlos, dividiéndose Navarra en dos bandos, el uno partidario de aquéllos *(agramonteses)* y el otro de éste *(biamonteses)*. Cerca de la villa de Aibar, cuando ambos ejércitos iban á venir á las manos, se firmó la concordia, por mediación de algunos grandes, entre padre é hijo (23 de octubre de 1452). Prometiéronse don Juan y D. Carlos, agramonteses y biamonteses, paz y perdón de las ofensas recibidas, con otras condiciones.

Sin embargo, unos y otros deseaban resolver la cuestión mediante las armas, «viniendo padre é hijo á dar la batalla muy pocos días ú horas después de haberse jurado la concordia» (3). Mayor era el ejército del príncipe; pero eran más diestros y arriscados los capitanes que mandaban las tropas del Rey. Atacaron primeramente los de don Carlos, y hubieran logrado la victoria sin la resistencia y el valor de Rodrigo de Rebolledo, uno de los capitanes de D. Juan. También pelearon con singular bravura el Rey y su hijo Alonso de Aragón, maestre de Calatrava. Cayó prisionero el príncipe de Viana y la mayor parte de los jefes de su ejército. Acompañaba al príncipe en los primeros días de su prisión su hermano el maestre, y en las comidas hacía aquél que éste probase primero los alimentos, pues «siempre mostraba el príncipe estar temeroso que le querían matar con ponzoña» (4).

(1) Doña Blanca era hija de Carlos *el Noble*, y casó, en 1491, con don Juan, infante de Aragón.

(2) Nació en Peñafiel (Valladolid) á 29 de mayo de 1421.

(3) Zurita, *Anales*, etc., parte II, lib. XV, cap. XLV, pág. 326.

(4) Ibídem, pág. 326 v.°

Salió D. Juan de Navarra para Zaragoza, donde celebró Cortes en nombre de su hermano Alfonso V, volviendo pronto á continuar la guerra en aquel reino. Por entonces también en el Principado de Cataluña se reunieron las Cortes, y tanto aquéllas como éstas concedieron al rey Alfonso V buena cantidad de florines.

Continuó la guerra entre padre é hijo. El príncipe de Viana recibía auxilios del príncipe D. Enrique de Castilla, en tanto que el padre de éste, Juan II, por consejo de D. Alvaro de Luna, solicitaba confederarse con el aragonés, que á la sazón se hallaba en Nápoles.

Aunque el rey de Navarra había vencido en Aibar encontrábase en situación comprometida. Hizo llevar al de Viana del castillo de Mallén al de Monroy, como también dispuso la traslación de D. Luis de Beamonte, condestable de Navarra, y de D. Juan de Cardona, prisioneros con el príncipe, desde Navarra á Aragón; pero la opinión, lo mismo en Navarra que en Aragón, se puso al lado de D. Carlos, y Juan I, no pudiendo ir contra la corriente, le dejó en libertad (13 de mayo de 1453).

Por segunda vez se verificó el rompimiento entre padre é hijo. Juan I, por consejos de su mujer, odiaba al príncipe de Viana. Marchó D. Carlos á Roma, donde hizo presente al Papa «la tiranía del rey su padre y que por inducimiento de su madrastra le quería privar del reino» (1), dirigiéndose después á Nápoles (1457) con el objeto de poner la cuestión en manos de su tío Alfonso V. Cuando éste escribió á su hermano exhortándole á la reconciliación, y cuando, aunque de mala gana de parte de Juan I, iba á reinar la paz entre padre é hijo, murió Alfonso V (1458), estallando entonces el odio del rey D. Juan, no sólo contra el príncipe, sino contra la hermana de éste, Blanca. Como más adelante diremos, la corona de Navarra la hubo de ceñir, aunque por corto tiempo, la menor de las hijas de Juan I, Leonor, casada con el conde de Foix.

Aragón y Navarra: Juan II.

Juan I de Navarra heredó de su hermano Alfonso V las coronas de Aragón, Sicilia y Cerdeña, con el nombre de Juan II, y D. Fernando, hijo bastardo, aunque legitimado por Alfonso V, el reino de Nápoles. Mientras tanto, el príncipe de Viana se hallaba retirado en un monasterio de benedictinos cerca de Mesina, consagrado al estudio de las ciencias, en particular de la filosofía y de la historia.

(1) Zurita, *Anales*, etc., parte II, lib. XVI, cap. XLI, pág. 47.

En el momento que D. Juan supo la muerte de su hermano tomó el título de rey (15 de julio de 1458), y en la iglesia de San Salvador de Zaragoza, pocos días después, juró en manos de Ferrer de Lanuza guardar los fueros y privilegios de Aragón. Dió luego al infante D. Fernando, su hijo, el título de duque de Monblanc y de conde de Ribagorza, con el señorío de la ciudad de Balaguer. Antes había escrito al Papa suplicándole que tuviese al rey D. Fernando, su sobrino, como rey de Nápoles, y ofreciéndole que sería hijo obediente de la Iglesia.

En los últimos días de noviembre de dicho año celebró Cortes en Barcelona, en las cuales juró las libertades y fueros de los catalanes, prestando á su vez los Estados el juramento de fidelidad. De Barcelona marchó á Valencia, celebró también Cortes y también fué jurado por legítimo rey y señor (abril de 1459).

Persecución y muerte del Príncipe de Viana.

Hallábase entretanto el príncipe D. Carlos de Viana en Sicilia, temeroso siempre de la conducta y de la actitud de su padre. Obligado por éste, salió de Sicilia y pasó á Mallorca (1459). No le convenía á D. Juan que su hijo permaneciese en Sicilia, desde donde se comunicaba fácilmente con sus partidarios de Navarra y seguía sus tratos con el rey de Castilla: tratos que tenían por objeto el enlace del príncipe con doña Isabel, hermana del castellano. Aparentemente vinieron ambos á un acuerdo después de largas negociaciones.

Publicadas las condiciones de la concordia, otorgó el Rey, á 30 de enero de 1460, perdón general á sus hijos D. Carlos y doña Blanca por todas las desobediencias, excesos, delitos y guerras pasadas, declarando que esto lo hacía por las súplicas de la reina doña Juana, su mujer.

Noticioso de todas estas cosas el de Viana, se embarcó en Mallorca y llegó á la playa de Barcelona el 22 de mayo. Aposentóse en el monasterio de Valdoncellas, mientras su padre disponía que no se le diese prerrogativa alguna de primogenitura. Su madrastra doña Juana, y más todavía el almirante D. Fadrique Enríquez, padre de la Reina, odiaban al príncipe. Sin embargo, éste se presentó á su padre y madrastra en Igualada, á quienes pidió perdón con mucha humildad, y todos tres, olvidando al parecer ultrajes pasados, fueron á Barcelona.

Después de celebrar el Rey Cortes de aragoneses en la villa de Fraga (agosto de 1460) y de catalanes en Lérida, en las cuales no

fué Carlos de Viana jurado primogénito, comenzaron otra vez las disensiones entre padre é hijo; pero el motivo principal del rompimiento fué el siguiente: Juan II y su mujer doña Juana abrigaban el pensamiento de que su hijo D. Fernando, duque de Monblanc, contrajese matrimonio con Isabel de Castilla, y el príncipe Carlos de Viana, hijo del primero é hijastro de la segunda, con doña Catalina, hermana del rey de Portugal y de la reina Juana de Castilla.

Cuando se hallaban más confiados en la realización de su proyecto, recibieron la noticia del almirante de Castilla de que el de Viana iba tratando y concluyendo su matrimonio con la infanta doña Isabel, á gusto, por cierto, de su hermano el rey de Castilla

Juan II, oyendo los ruegos de su mujer, mandó al príncipe, que estaba en Barcelona, se presentase en Lérida. D. Carlos, obediente á su padre, marchó á Lérida, no sin que le advirtiese su médico que anduviera con cuidado, pues era de temer que le diesen *algún bocado de mala digestión*. No haciendo caso el de Viana de su médico ni de otras personas que le acompañaban, se presentó respetuosamente á su padre y le besó la mano; mas aquél le hizo prender en el acto y le formó inicuo proceso. Como todos estaban persuadidos de la inocencia de D. Carlos, el reino se alborotó, propagándose la insurrección de Cataluña por Aragón, Valencia, Navarra, las islas de Sicilia y Cerdeña; todo esto obligó al Rey á dar libertad á su hijo, que penetró en Barcelona (12 de marzo de 1461) en medio de entusiásticas aclamaciones. Dijo el Rey—como otras veces—que concedía la libertad á su hijo á ruegos de la reina doña Juana. El príncipe dió parte de su libertad á Sicilia, á Cerdeña y á todos los principales sus amigos. La carta que escribió á los de Barcelona decía lo siguiente:

«A los señores buenos y verdaderos amigos míos los diputados del Principado de Cataluña.—Señores buenos y verdaderos amigos míos: Hoy á las tres de la tarde ha venido la señora Reina, la cual me ha dado plena libertad; y ambos vamos á esa ciudad, donde personalmente os daremos las debidas gracias. Escrita de prisa en Morella el día 1.° de marzo.—El príncipe que os desea todo bien, *Carlos*.»

La diputación mandó embajadores á recibir al príncipe y al mismo tiempo á intimar á la Reina que no llegase á Barcelona, la cual se quedó sumamente contrariada en Villafranca del Panadés.

Cuando D. Carlos era proclamado heredero de la corona, cuando se disponía á contraer matrimonio con Isabel de Castilla, terrible

enfermedad le condujo al sepulcro (23 de septiembre de 1461), dejando por heredera del reino de Navarra á su hermana Blanca y legando sus bienes libres á sus hijos naturales (1). El historiador Mariana dijo con mucho acierto: «Mozo dignísimo de mejor fortuna y de padre más manso.»

«Si la Historia—escribe Lafuente—carece de datos para asegurar qué en su temprana muerte interviniera la mano criminal de su madrastra, la fama tradicional que en el país se conserva desde aquellos tiempos no la supone inocente, y el tósigo que después puso fin á la existencia de su querida hermana y sucesora doña Blanca hace verosímil, ya que no cierto, aquel juicio» (2).

Política de Juan II. En seguida Juan II hizo reconocer y jurar en las Cortes de Calatayud como heredero del reino á su hijo Fernando, habido en doña Juana Enríquez (11 de octubre de 1461). A D. Juan faltaba deshacerse de su pobre hija Blanca. Lo único que á esta infanta podía imputarse era el haber amado con verdadero cariño al príncipe su hermano y pretender entonces la corona de Navarra, injustamente ceñida por su padre. Prisionera la infeliz, fué conducida á los Estados de Gastón de Foix, marido de su hermana Leonor, y encerrada en el castillo de Orthez, después de crueles padecimientos, murió envenenada por esta infame mujer.

Alzóse Cataluña en armas; pero Juan II, con el auxilio de Luis XI de Francia, puso cerco á algunas plazas, y aunque viejo y ciego, hizo guerra sangrienta. Su mujer doña Juana daba frecuentes pruebas de ánimo varonil, mientras que su hijo D. Fernando no desmentía su ardor bélico. Por entonces murió la reina doña Juana (13 de febrero de 1468), con gran sentimiento de Juan II. La guerra cada vez más enconada con Barcelona, y en general con todo el principado, como también la enemiga que á la sazón tenía D. Juan á los condes de Foix, amargaron sus últimos días. Los catalanes ofrecieron primeramente el señorío del principado al infante D. Pedro, condestable de Portugal y nieto del conde de Urgel, y á su muerte á Juan, duque de Lorena. Si el duque de Lorena no hubiese también muerto, tal vez Juan II pasara por la afrenta de perder á Cataluña. Dueño Juan II de Barcelona, juró los usatjes, fueros y constituciones del principado, descansó seis días y el séptimo salió á campaña con la

(1) Aunque el cronista Jerónimo Zurita atribuye su muerte á enfermedad natural, otros afirman que fué envenenado por su madrastra.

(2) Ob. cit., tomo VIII, pág. 529.

mira de recobrar los condados de Cerdaña y Rosellón, los cuales habían sido usurpados, so pretexto de una alianza equívoca, por el rey Luis XI de Francia. La suerte favoreció á D. Juan, quien logró hacerse dueño de muchas poblaciones; luego, un convenio dió á aquél la conservación de los condados. Este convenio fué roto por Luis XI. A Juan II de Aragón y de Navarra le llegó su última hora á la edad de ochenta y dos años y á los cincuenta y cuatro de reinado (1), heredando su hijo Fernando II el reino de Aragón y doña Leonor, condesa viuda de Foix y última hija del primer matrimonio del rey D. Juan, la corona de Navarra.

Terminaremos la historia de Juan II diciendo que, siendo infante de Aragón, fué vasallo rebelde del rey de Castilla; como rey de Navarra, un padre desnaturalizado y cruel, y como rey de Aragón merece un señalado lugar entre los guerreros y los políticos.

Navarra: Leonor, Francisco Febo y Catalina.

Doña Leonor gustó poco de las delicias del trono, pues sólo tuvo un mes para ceñir la corona y descender á la tumba. Adoleció de mortal enfermedad hallándose en Tudela, donde otorgó su testamento, instituyendo por universal heredero á su nieto Francisco Febo, y le encargaba que para el crecimiento y defensa de la corona de Navarra pidiese auxilio al cristianísimo rey de Francia. «No es mucho de maravillar que ordenando lo que convenía al pacífico estado de aquel reino, dejándole por amparo y protector el rey de Francia, ninguna mención hiciese en todo el testamento del rey D. Fernando su hermano, siendo rey y señor de tantos reinos y teniendo tan llana la entrada para la defensa ú ofensa de aquel reino» (2).

Coronóse Francisco Febo en Pamplona y reinó desde el año 1479 al 1481.

Catalina (1481-1515), hermana de Francisco Febo y sobrina del rey de Francia, con el apoyo de éste logró ceñir la corona. Después los Reyes Católicos se declararon también protectores de su sobrina la nueva reina, hasta el punto que enviaron á Navarra al doctor Rodrigo Maldonado de Talavera y á Alfonso de Quintanilla para solicitar de doña Magdalena, madre de Catalina, el matrimonio de ésta con el príncipe D. Juan, heredero de Castilla y de Aragón. Sin embargo de estos tratos, la reina de Navarra, por consejos del mariscal don

(1) Fué enterrado en Poblete.
(2) Zurita, *Anales*, etc., parte II, lib. XX, cap. XXVIII, pág. 302 v.ª

Felipe y de los agramonteses, casó en Francia (1484) con Juan de Labrit, hijo de Alam, señor de Labrit.

Portugal: Juan I. Juan I (1385-1433), hijo bastardo de Pedro II y gran maestre de Avis, ciñó la corona portuguesa después de su triunfo en Aljubarrota.

Al poco tiempo fué aliado del duque de Lancáster. Conquistó á Ceuta (1415), y el infante D. Enrique hizo á su vez grandes descubrimientos en el Océano.

Eduardo I. Eduardo I (1433-1438) colonizó las islas anteriormente descubiertas, sufriendo luego una derrota por los moros delante de los muros de Tánger.

Alfonso V el Africano. Alfonso V *el Africano* (1438-1481) ocupó su reinado en los tres hechos siguientes: guerra civil contra su tío D. Pedro, expediciones contra los moros de Africa y guerra con los Reyes Católicos de España, como prometido esposo de doña Juana *la Beltraneja*.

XX

Estado social de la España cristiana y de la musulmana en el siglo XV.—*Castilla:* Carácter de los reinados de Juan II y de Enrique IV.—La justicia.—La religión: supersticiones y peregrinaciones.—Los hebreos durante el reinado de Juan II.—Los hebreos durante el reinado de Enrique IV.—Cultura intelectual.—Los poetas.—Los prosistas.—Escritores de raza judía y de raza española.—Las artes.—La industria minera.—Las costumbres.—*Aragón:* La política.—El justicia.—Las letras y las ciencias.—La industria.—*Granada:* Su cultura.

Castilla: Carácter de los reinados de Juan II y de Enrique IV.

Campo abonado para desórdenes y rebeliones era la monarquía castellana antes del advenimiento de Isabel y Fernando.

Si durante la menor edad de Juan II hubo paz en el reino, cuando el príncipe D. Fernando tenía el gobierno del Estado, en la edad madura de aquél, mientras regía la monarquía D. Álvaro de Luna, sufrió Castilla los males y las turbaciones que acompañan á la guerra civil.

Puede afirmarse, sin temor de cometer inexactitud, que la corte de Juan II era más de poetas que de políticos. Sólo se pensaba en el lujo y en la galantería.

Durante el reinado de Enrique IV, el acto de la degradación de Ávila señala el colmo de la osadía de los magnates y el tratado de los *Toros de Guisando* la debilidad mayor de un monarca. Intentamos probar en el capítulo XVIII que el infante D. Alfonso, el arzobispo de Toledo, el marqués de Villena y tantos otros no eran mejores que Enrique IV; pero dejando esta cuestión, habremos de insistir en que la corona de este rey debió heredarla su hija doña Juana, apellidada *la Beltraneja*, no debiéndose penetrar en el sagrado del matrimonio por la razón jurídica de *is pater est quem justæ nuptiæ demonstrant.*

La justicia. El estado de la *justicia* fué descrito por Juan de Mena en el *Decir que hizo sobre la justicia y pleitos*, poniendo de manifiesto las debilidades de los jueces, abogados, procuradores, escribanos y alguaciles, la duración de los pleitos, etc.

La religión: supersticiones y peregrinaciones. La Iglesia católica continuaba siendo en el siglo XV la institución social más poderosa é influyente del Estado; mas, desgraciadamente, durante la citada centuria sufrió graves perturbaciones en su orden interior. Los escritores eclesiásticos hacen notar la relajación de la disciplina lo mismo en el clero regular que en el secular.

Por lo que respecta á las supersticiones y peregrinaciones, no cesaron desde el siglo IX, contribuyendo á ello la falta de cultura del pueblo y aun de los señores y de los mismos sacerdotes (1). Los adivinos, hechiceros, agoreros, nigromantes, vendedores de hierbas mágicas y otros por el estilo, todos *truhanes*, como les llaman las mismas *Partidas*, lucraban con la ignorancia de las gentes.

Acerca de las peregrinaciones á lugares sagrados, hechas por pura devoción las menos y por gusto de viajar y de buscar aventuras las más, fueron numerosas. «Los siglos XIV y XV—dice un escritor de nuestros días—son la edad de oro de las peregrinaciones á Santiago.» Aunque se distinguía con el nombre de *romero* el peregrino que iba á Roma, con el de *palmero* el que iba á Jerusalén y con el de *jacobita* el que marchaba á Santiago, el nombre de *peregrino* (viajero) se aplicaba en general á todo el que realizaba un viaje á lugar santo.

En el año 1412 vinieron á Compostela delegados reales, mandados por Margarita de Suecia; en 1416, Schlick, con otros caballeros alemanes de la casa del emperador Segismundo, fueron de romería á Santiago, y en 1434 cerca de 3.000 peregrinos llegaron á la citada ciudad del Apóstol.

Algún tiempo después, en el año 1465, la ciudad de Barcelona mandó dos frailes para pedir á Santiago que la librase de la peste, y en 1475 la parroquia de Santa María de Palma de Mallorca envió también dos capellanes con el mismo objeto.

Dada la diferencia social de los peregrinos (pues á visitar el sepulcro del apóstol Santiago iban ricos y pobres, frailes mendicantes y prelados, nobles y plebeyos, sabios ó ignorantes), es obvio que no

(1) Véase tomo I, cap. XV.

todos hacían el viaje del mismo modo; pero lo general era, después de vestir el burdo sayal con esclavina y de tomar en la iglesia del pueblo de donde partía el simbólico bastón, dirigirse á pie á Compostela. Ya en esta ciudad, se encaminaban á la famosa iglesia, deteniéndose en la portada llamada Pórtico de la Gloria. En seguida comenzaban las ceremonias de recepción en la iglesia. Terminadas éstas y antes de salir de Santiago, todos los peregrinos procuraban comprar las conchas y las medallas, naturales ó de metal, con las cuales adornaban la esclavina y el sombrero.

Los hebreos durante el reinado de Juan II.

Después de la sangrienta persecución que sufrieron los hebreos durante los últimos reinados, debe considerarse como resumen de tan cruel persecución, en la menor edad de Juan II, el ordenamiento ú *Ordenanza sobre el encerramiento de los judíos é de los moros*, dado por la reina doña Catalina en Valladolid el 2 de enero de 1412.

En el primer capítulo del ordenamiento se dispone que «todos los judíos viviesen apartados de los cristianos en un logar aparte de la cibdad, villa ó logar donde fueron vecinos, é que fuesen cercados de un cerco en derredor é tuviesen una puerta sola por donde se mandasen en tal círculo». En el artículo undécimo se añade: «Que ninguna cristiana casada, soltera ó amigada ó mujer pública non sea osada de entrar dentro en el círculo donde los dichos judíos moren de noche ni de día. E cualquier mujer cristiana que dentro entrare, si fuese casada, que peche por cada vegada que en el círculo entrare cient maravedís, é si fuese soltera ó amigada, que pierda la ropa que llevare vestida, é si fuese mujer pública, que le den cient azotes por justicia é sea echada de la cibdad, villa ó logar donde viviere.»

Cuando San Vicente Ferrer lograba arrancar á las creencias judaicas crecido número de rabinos, Josué Ha-Lorqui, después de abjurar de sus errores, habiendo sido nombrado médico de Pedro de Luna (Benedicto XIII), presentó á éste como empresa fácil una conversión general de judíos. El antipapa, movido por las razones de su médico, rogó al rey Fernando *el Honesto*, al terminar el año 1414, que convocara en Tortosa una conferencia. El converso Jerónimo de Santa Fe, natural de Alcañiz, encargado por el monarca de la defensa de las verdades católicas, se propuso probar con textos del Talmud que había venido el Mesías en la persona de Jesucristo. Sólo dos rabinos no se mostraron convencidos por los argumentos de Jerónimo, los cuales se llamaban R. Ferrer y R. Joseph Albo.

Al mismo tiempo que en el reino de Aragón se celebraba el Concilio de Tortosa, en Castilla se reunía otro Concilio en la ciudad de Zamora. En uno y en otro, en particular en el último, se decretaron cánones contra los judíos. Timbre de gloria será siempre para Juan II haber dado, con fecha 6 de abril de 1443, en Arévalo, una pragmática en la cual revocaba las disposiciones del Concilio zamorano y del Congreso de Tortosa.

Tiempo adelante, pero en el citado reinado de Juan II, se reunieron los rabinos y los más notables judíos en Valladolid (desde el 25 de abril al 5 de mayo de 1432) en la sinagoga mayor, bajo la presidencia de D. Abraham, llamado rabino de la corte. Formaron un ordenamiento ó estatuto que constaba de cinco capítulos y que tratan sucesivamente de Dios, de los jueces ó dayanes, de las traiciones y alevosías, de los tributos y de los trajes (1).

Comienza el primer capítulo por aquello que sirve principalmente á los intereses particulares, que eran—según los rabinos—la enseñanza de la ley y después el culto.

Los jueces, dice el capítulo segundo, serán entendidos y probos, y fallarán los pleitos con dos hombres buenos, pudiendo las partes apelar ante el Rab.

Entre otras cosas dispone el capítulo tercero que si un judío hiciese prender á otro judío por mano de cristiano, sea él preso por los dayanes; si reincidiese por segunda vez, márquesele la frente con hierro ardiendo y échese del lugar.

Ordena el capítulo cuarto que ningún judío pretenda excepciones por cartas reales ó de señorío para no pagar los tributos; que los repartos de estos tributos se verifiquen con justicia, y que si alguno entendiese que es agraviado en el reparto de sus servicios, puede reclamar ante el Rab de la corte. Decláranse exentos de todo pecho á las viudas y huérfanos *que non hobieren cuatro cientos maravi* en capital de hacienda.

En el capítulo quinto y último se prohibe el uso de galas excesivamente preciosas, salvo cuando las usasen *mozas sin casar* ó jóvenes casadas *durante un anio de su boda*, ó varones de *quince anios arriba. E esto* (que) *dicho es, non se entienda en las vestimientas que se vistieren en tiempo de alegrías ó recibimiento de senior ó se-*

(1) Véase Fernández y González, *Ordenamiento formado por los procuradores de las aljamas hebreas*, etc., págs. 4 y siguientes.

niora, nin en danzas, ni semeianza de esto en las cosas que cumple al común.

Los hebreos durante el reinado de Enrique IV.

Acerca de las relaciones de los cristianos con la grey hebrea, consignaremos que el pueblo, tal vez á disgusto del monarca, volvió á perseguir cruelmente á los hijos de Israel.

Cultura intelectual.

Nos acercamos, mejor dicho, hemos llegado al glorioso reinado de los Reyes Católicos; ante el pórtico grandioso que da paso á ese período de la historia patria, ponemos fin á este segundo tomo.

La dichosa conjunción de tres grandes figuras, Colón, Cisneros y Gonzalo de Córdoba, bajo el gobierno de Fernando y de Isabel será bastante para conseguir la conquista de Granada, para realizar el descubrimiento del Nuevo Mundo, para obtener definitivamente la unidad de la patria, para llevar nuestras armas victoriosas hasta lejanos puntos del antiguo y del nuevo continente. Que el historiador imparcial registra en ese reinado y en medio de tan luminosos acontecimientos puntos obscuros que entenebrecen un tanto aquellas glorias; que la crítica histórica señala en medio de aquellos triunfos de las armas y de las letras españolas errores y desfallecimientos á los que alcanza severa censura, es cierto; pero, aun reconociéndolo así, habremos de reconocer también que tales deficiencias, que tales desmayos, que tales equivocaciones, son efectos deplorables de la natural é invencible flaqueza humana, y repetiremos con el poeta:

¿ni qué cielo azul se mira
sin el crespón de una nube?
. . . . . .

El reinado de los Reyes Católicos es en nuestra historia época de innegable grandeza, y no son parte, ni pueden serlo, á quitarle su grandeza las pequeñeces que por excepción puedan advertirse allá en los últimos términos del hermoso cuadro.

Ante los umbrales del magnífico alcázar de ese período histórico, vemos, en la parte de allá, entre lo que ha pasado ya, sirviendo, como sirve siempre lo pretérito, para preparar lo porvenir, se hallan los que en siglos anteriores acumularon la herencia literaria, científica, artística, para entregarla á sus sucesores con el encargo de conservarla, de acrecentarla; en la parte de acá, en lo que ha de venir, se vislumbra, dispuestos á recibir la herencia valiosa y á cum-

plir el patriótico encargo, á los artistas, á los poetas, á los sabios de nuestro siglo de oro, y que, como dice muy sobria y muy atinadamente un escritor contemporáneo: «En este período (se refiere al comprendido entre la aparición del *Quijote* y el fallecimiento de *Calderón)* fué en el que se desarrollaron de manera más poderosa y fructífera los gérmenes artísticos; nacidos ya portados en tiempos anteriores, llevaron á su mayor altura la novela nacional, Cervantes; la historia, el Padre Mariana; el teatro, Lope y sus continuadores; la sátira, Quevedo; la política, Saavedra Fajardo; el conocimiento del idioma, Covarrubias.»

A éstos habían de preceder, holgaría decirlo, otros muchos, de todos los cuales, así como de los mencionados, se hablará en el curso de esta obra cuando la ocasión llegue.

Entre los de allá destácase, como si á todos los presidiese, la figura colosal de Alfonso *el Sabio*, esa lumbrera del siglo XIII, que se adelantó lo menos en tres centurias á su tiempo, y en rededor suyo, bien así como formándole escolta de honor, Berceo, Juan Ruiz (el famoso Arcipreste de Hita), Pero López de Ayala, Juan del Encina, Juan de Mena y tantos y tantos otros, á cada uno de los cuales se ha consagrado en estas páginas el debido recuerdo, si bien con la concisión que lo reducido del espacio imponía.

Y entre éstos y aquéllos, entre los de siglos pasados y siglos futuros, se encuentran algunos que, sin renunciar á su jurisdicción antigua, pretenden, al parecer, que les alcance algo de los resplandores de la nueva vida, sin que haya manera de clasificarles ni en el uno ni en el otro grupo; si pertenecen por la época de su nacimiento al siglo XIV, pertenecen al XV por la época en que brillaron; sin que falte quien haya brillado en el uno y en el otro siglo.

Los poetas. Entramos ya en el siglo XV, del que una gran parte resulta incluída en este tomo segundo de nuestra obra.

Dijo Gil de Zárate, refiriéndose á los numerosos poetas que convirtieron la corte de Juan II en academia constante:

«... los mismos que poco antes habían empuñado las armas y combatido unos contra los otros para arrancarse el poder, se entregaban juntos al dulce solaz que proporcionan las musas».

Entre esos poetas figuran en primera línea D. Iñigo López de Mendoza (marqués de Santillana), Juan de Mena, Jorge Manrique, Rodrigo de Cota, Juan del Encina, Gil Vicente, Timoneda y Lucas Fernández.

De los prosistas de aquel brillante período de nuestra historia literaria hay que colocar en primer término, para que se destaque del resto de sus contemporáneos, á D. Enrique de Villena ó de Aragón, señor de Iniesta y conde de Cangas de Tineo, y á quien algunos llaman marqués de Villena (1).

Del marqués de Santillana, á quien hemos considerado como poeta, es de justicia hablar también como escritor notable entre los más notables prosistas de aquella época.

Aunque no á igual altura que los dos precedentes, ocupa sitio muy distinguido entre los escritores del siglo XV Gutierre Díaz de Gamés.

Merecen asimismo ser incluídos en esta especie de reseña los nombres de Fernán Pérez de Guzmán, Alonso de la Torre, Fernando del Pulgar y otros.

Las más importantes obras poéticas del marqués de Santillana son: *Centiloquio* (ó *Los Proverbios)*, libro que el marqués escribió principalmente para que sirviera de enseñanza al heredero á la sazón del trono de Castilla, el príncipe D. Enrique; *Diálogo de Bias contra fortuna; Canto fúnebre* (consagrado á la muerte del marqués de Villena); *Las Edades del Mundo*, que viene á ser un compendio (en forma de poema) de Historia universal; *La Comedieta de Ponça; Doctrinal de Privados*, trabajo en el cual, según ya indica su título, el autor, tomando como tema y ejemplo el triste fin del poderoso valido D. Alvaro de Luna, somete á la meditación de los favoritos futuros las consideraciones que le sugiere aquel caso; *Canciones y dezires*, y muchas poesías sueltas, entre las cuales hay no pocas verdaderamente primorosas. Algunas de ellas, como la lindísima titulada *La Vaquera de la Finojosa*, han llegado hasta nosotros y han inspirado obras teatrales á dramaturgos contemporáneos, y conservan su frescura y su lozanía, sin que se advierta en ellas el desgaste producido por el peso de tantos años. Véase la citada serranilla:

Moça tan fermosa
non vi en la frontera,
como una vaquera
de la Finojosa.
Façiendo la vía
del calatreveño
á Sancta María,
vencido del sueño
por tierra fragosa
perdí la carrera,
do vi la vaquera
de la Finojosa.

(1) Su abuelo fué marqués de Villena, pero D. Enrique nunca tuvo dicho título nobiliario. Juan II dió este título á D. Juan Pacheco, favorito del príncipe D. Enrique (después Enrique IV).

En un verde prado
de rosas é flores,
guardando ganado
con otros pastores,
la vi tan graçiosa
que apenas creyera
que fuesse vaquera
de la Finojosa.

Non creo las rosas
de la primavera
sean tan fermosas
nin de tal manera,
fablando sin glosa,
si antes sopiera
d'aquella vaquera
de la Finojosa.

Non tanto mirara
su mucha beldat,
porque me dexara
en mi libertad.
Mas dixe: «Donosa
(por saber quién era),
¿dónde es la vaquera
de la Finojosa?»

Bien como riendo,
dixo: «Bien vengades,
que ya bien entiendo
lo que demandades:
non es desseosa
de amar, nin lo espera,
aquessa vaquera
de la Finojosa.»

Trasladaremos también á este lugar la serranilla conocida con el nombre de *La pastora de Lozoyuela:*

Después que nasçí,
non vi tal serrana
como esta mañana.
Allá a la vegüela,
a Mata el Espino,
en esse camino
que va a Loçoyuela,
de guissa la vi
que me fiço gana
la fructa temprana.
Garnacha traía
de oro, pressada,
con broncha dorada,
que bien relucía.
A ella volví
diçiendo:—«Loçana,
¿e soys vos villana?»
—«Sí soy, cavallero;
si por mí lo auedes,
decit, ¿qué queredes?...
Fablat verdadero.»
Yo le dixe asy:
—«Juro por Santana
que non soys villana.»

Otro gran poeta de aquel tiempo fué, según queda dicho, el célebre *Juan de Mena*; sus obras principales son:

El Laberynto, poema alegórico, especie de cuadro simbólico de la vida del linaje humano y que, por cierto, resulta verdadero laberinto por lo complicado del asunto, lo enmarañado de las metáforas y lo nebuloso de algunas alegorías. Así y todo, esa obra de Mena, más conocida con el nombre vulgar de *Las Trescientas*, sin llegar á vulgarizarse ni á ser popular como las *Serranillas* del marqués de Santillana, se generalizó entre literatos y maestros de retórica, á los

cuales, aun en los comienzos del siglo próximo pasado, oíaseles decir, en momentos de enojo: ¡Voto á las trescientas de Juan de Mena! juramento inofensivo, culto y con que desahogaban su mal humor, sin ofensa de la moral ni escándalo de nadie, los admiradores del vate andaluz.

El nombre de *Las Trescientas* lo tomó, según se explica fácilmente, del número de estrofas ó coplas del poema, que, en efecto, fueron *trescientas* al principio, si bien al poco tiempo añadió el autor otras *veinticuatro*, que se proponía fueran adicionadas con *cuarenta y una* más, á fin de que entre todas llegasen á *trescientas sesenta y cinco*, para complacer al Rey, que manifestó deseo de tener una estrofa para cada día del año.

También es de Juan de Mena el poema titulado la *Coronación*, en que supone el poeta un viaje suyo al Parnaso para ser testigo presencial del acto de coronar allí las musas al *Marqués de Santillana*.

Los siete pecados mortales es el título de otro poema del mismo autor, que pinta en él la lucha entre *La Razón* y *La Voluntad*.

También escribió Juan de Mena, á más de esas obras de extensión considerable, muchas composiciones sueltas y *canciones* y *dezires* sobre asuntos varios.

Ni Jorge Manrique, que escribió sus famosas coplas (tan conocidas hasta por el vulgo) después de 1475; ni Juan del Encina, cuyo nacimiento se supone acaecido por los años 1469; ni Gil Vicente, ni Lucas Fernández, ni algunos otros poetas castellanos que en nuestra historia literaria figuran, y es muy natural que figuren, como contemporáneos de los mencionados, toda vez que en el mismo siglo brillaron, y á distancia de pocos años unos de otros, pueden ser incluídos en el período á que se refiere este segundo tomo, que solamente al año de 1474 alcanza.

Por esta razón, Rodrigo de Cota, á quien se atribuye la paternidad (como se dijo en el capítulo XVIII) de las conocidas coplas de *Mingo Revulgo*, que circularon por Castilla profusamente en las postrimerías del reinado de Enrique IV, cabe en esta reseña, aunque ocupando en ella último lugar en el orden cronológico.

Rodrigo de Cota, á quien se apodaba por historiadores y por cronistas *el Viejo*, fué un poeta toledano; es también para muchos bibliógrafos autor de la composición titulada *Diálogo entre el Amor y un Viejo*. Las coplas de *Mingo Revulgo* es una valiente sátira contra la mala gobernación del Estado.

La forma es dialogada y los interlocutores son *Mingo Revulgo* (Domingo Vulgo) y *Gil Arribato*, representante el primero de la plebe y de la nobleza el otro.

Arribato pregunta á Mingo cómo anda tan destrozado, y le responde Mingo; del diálogo se desprende sangrienta censura del monarca. Ya se echa de ver cuál es la fuerza satírica de la composición en los siguientes versos:

Armanle mil guadramañas,
vno l'pela las pestañas,
otro l'pela los cabellos...
¡así se pierde tras ellos
metido por las cabañas!
Uno le quiebra el cayado,
otro le toma el zurrón,
otro l'quita el zamarrón...
y él tras ellos desbabado!

—

E aun él... ¡torpe majadero!
que se precia de certero,
fasta aquella zagaleja,
la de Nava Lusiteja,
le ha traído al retortero.
La soldada que le damos,
é aun el pan de los mastines,
cómeselo con ruines;
¡guay de nos, que lo pagamos!

En el diálogo entre el *Viejo* y el *Amor* son también de estimar bellezas de forma y elevación de pensamientos que dan gran idea de la condición poética del autor.

Véase cómo principia el Viejo:

Cerrada estaba mi puerta;
¿á qué vienes? ¿por dó entraste?
Dí, ladrón, ¿por qué saltaste
las paredes de mi huerta?
La edad y la razón
ya de ti me han libertado;
deja el pobre corazón
retirado en su rincón
contemplar en lo pasado.

Véase ahora lo que el Amor dice de sí mismo:

. . . . . .

Pero donde yo me llego
todo mal y pena quito;
de los hielos saco fuego,
y á los viejos meto en juego
y á los muertos resucito.

—

Yo compongo las canciones.
yo la música suave,
yo demuestro al que no sabe
las sutiles invenciones;
yo fago volar mis llamas
por lo bueno y por lo malo;
yo fago servir las damas,
yo las perfumadas camas.
golosinas y regalos.

—

Visito los pobrecillos,
huello las casas reales,
de los senos virginales
sé yo bien los rinconcillos;
mis pilluelas y mis lonjas
á los religiosos atan,
no la toman por lisonjas;
si no ve, mira las monjas,
verás cuán dulce me tratan.

Comparando el léxico y la versificación de los poemas *Santa María Egipciaca* y *Mío Cid* con el léxico y la métrica de Rodrigo de Cota, censor de las escandalosas costumbres de la corte de Enrique IV, adviértese que el habla castellana y nuestra poesía nacional han dado un paso gigantesco. El marqués de Santillana, Juan de Mena y quien fuera el autor de *Las coplas de Mingo Revulgo*, casi casi tocan los límites á que han de llegar, en plazo no muy largo, *La Celestina* y por último *El Quijote*.

No creeríamos haber realizado lo que nos propusimos al comenzar esta rápida y compendiosa reseña de los progresos conseguidos por la poesía castellana en el transcurso de los siglos historiados en este tomo si no dedicáramos algunas líneas á los *Romances*, portentosa riqueza de la poesía nacional.

Claro es que ni todos los romances anónimos, ni mucho menos los firmados por poetas ilustres, caben en los límites de este trabajo nuestro; pero de algunos, escritos indudablemente antes del siglo XIV, algo puede y algo debe decirse en este tomo.

Navarro Ledesma, cuando trata de tan interesante materia en su libro *Resumen de Historia Literaria*, dice muy atinadamente:

«La división en romances caballerescos, históricos, moriscos, religiosos y de burlas que hemos aceptado en la preceptiva no nos sirve para la Historia, donde lo que nos interesa ante todo es la mayor ó menor antigüedad de estas obras. Muy útil nos es la división en *Romances viejos*, *Romances artísticos ó compuestos por artistas* y *Romances vulgares ó de ciego*.»

En esta clasificación, la parte que á nosotros compete, por ahora, es la primera: *Romances viejos*.

De las otras, quizás no nos falte ocasión de decir algo más adelante en esta obra misma.

Entre esos romances antiguos, cuya fecha no puede precisarse con exactitud, pero que indudablemente fueron escritos y circularon profusamente en el período historiado en este tomo segundo, figuran los de Rodrigo y Pelayo, los de Bernardo del Carpio, los de Fernán González, los de Pedro *el Cruel* y los de D. Alvaro de Luna; pero sobre todos se destaca y brilla por su sabor castizo, por su popularidad y por su entonación el *Romancero del Cid*, que constituye riqueza incalculable de nuestra literatura patria y puede ser considerado como nuestra verdadera epopeya.

No hay aficionado á las letras españolas que no sepa de memoria aquel romance del desafío que principia:

«Non es de sesudos homes
ni de infanzones de pro
facer denuesto á un fidalgo
que es tenudo más que vos.
Non los fuertes barraganes
del vueso ardid tan feroz,
prueban en homes ancianos
el su juvenil furor.
Non son buenas fechorías
que los homes de León
fieran en el rostro á un viejo
y no el pecho á un infanzón.

Cuidarais que era mi padre
de Laín Calvo sucesor
y que no sufran entuertos
los que han de buenos blasón.»

Mina es el *Romancero del Cid* tan rica en metales preciosos, que aun habiendo sido explotada durante siglos por autores dramáticos, por novelistas y hasta por historiadores, no está agotada todavía.

Terminaremos la lista de poetas recordando al mismo rey Juan II, cuyas poesías no carecen de alguna inspiración. De él se citan los siguientes versos:

«Amor, yo nunca pensé
que tan poderoso eras,
que podrías tener maneras
para trastornar la fe
fasta agora que lo sé.
Pensaba que conocido
te debiera yo tener,
mas no pudiera creer
que fueras tan mal sabido.
Ni jamás no lo pensé,
aunque poderoso eras,
que podrías tener maneras
para trastornar la fe
fasta agora que lo sé.»

Los prosistas. Cuando de mencionar prosistas castellanos del siglo XV se trata, preséntase como primera personalidad de importancia la del famoso Enrique de Villena.

Acerca de este personaje, más popularizado por la leyenda que por la historia, tenemos que juzgarle, no en presencia de sus obras, quemadas por la intolerancia de fray Lope Barrientos, sino en vista del juicio de sus contemporáneos, los cuales le consideran como uno de los que más influyeron en aquel movimiento que trajo á nuestra literatura la savia de la poesía provenzal.

Las obras de Enrique de Villena de que hay noticias ó de las que alguna parte ha llegado hasta nuestros días son:

Arte de trovar, *Capítulos del Gay Saber*, *Fazañas de Ércoles* (poema), *Arte cisoria*, *Libro de los trabajos de Hércules*, y algunas otras de menos importancia, entre ellas traducciones de la *Eneida* y de *La Divina Comedia*.

También el marqués de Santillana, de cuya significación como poeta eximio y popular hemos hablado, merece figurar entre los mejores prosistas de su tiempo.

Gutierre Díaz de Games y *Fernán Pérez de Guzmán* fueron asimismo escritores notables del siglo XV. Del primero se cita especialmente la *Crónica de D. Pero Niño*, conde de Buelna y almirante en los reinados de Enrique III y Juan II; la obra más apreciada del segundo es un libro titulado *Generaciones y semblanzas*, colección de 34 trabajos con sendos retratos de los personajes más importantes de su tiempo.

No sería justo ni razonable omitir en esta sucinta relación el nombre del Bachiller Alonso de la Torre, que merece ser considerado como uno de los mejores hablistas de su época.

Su libro *La Visión Deleitable*, más científico que literario y que demuestra la varia y copiosa instrucción de su autor, debió de ser escrito antes del año 1463.

Así como al reseñar rápidamente los progresos de nuestra poesía hasta la décimaquinta centuria fué indispensable consagrar algunas líneas á nuestros *romanceros*, que juntamente con nuestro teatro del siglo de oro constituyen la herencia poética genuinamente española, así antes de terminar lo que de los prosistas se dice es fuerza mencionar, aunque muy de pasada, los *libros de Caballerías*

Estos libros, el primero de los cuales y el mejor también es *Amadís de Gaula*, aparecen al finalizar el siglo XV y en los albores del XVI; este solo hecho los pone ya fuera del terreno á que estas nuestras observaciones se refieren, y la circunstancia de que cuanto acerca de estos libros pudiera decirse lo dijo ya Miguel de Cervantes en su inmortal libro, aconseja limitar á esta indicación lo que á los Amadises respecta. Extravío y exageración del plausible espíritu caballeresco y cristiano de aquellos tiempos, los libros de caballerías serían muy de estimar, aunque otro mérito no tuvieran, por haber dado motivo á Cervantes para imaginar su Quijote, que sin los libros de Amadises, Tirantes y Esplandianes no habría nacido ó no habría sido como es.

Que al florecimiento y á la brillantez de la cultura literaria de un país van siempre indisolublemente unidos el florecimiento y la brillantez de la cultura científica, lo afirma como axiomático la razón y lo corrobora como hecho consumado la experiencia. No podía España ser excepción de la regla, que se ve confirmada una y mil

veces en el curso de la historia del género humano, y con el desarrollo de la poesía coincide también en nuestro país el desenvolvimiento de las ciencias.

Y si no bastase la abundancia de maestros de Astronomía, de Álgebra y de Navegación que pueden presentarse, acudirían en confirmación de nuestras indicaciones los hechos notables realizados por hombres de ciencia españoles poco después del siglo XV. Juan Sebastián el Cano es el primer navegante que da la vuelta al mundo; Pedro Ciruelo es autor del primer curso completo de Matemáticas; reformó la teoría de la refracción astronómica y refutó la común superstición de la Astrología; Juan Rojas Sarmiento inventó un astrolabio fundado en una nueva proyección de la esfera, astrolabio que en Francia y en Italia sustituyó al de Ptolomeo; Andrés de San Martín demostró los errores de las tablas astronómicas, observando que los datos de esas tablas no se corresponden con los movimientos de los cuerpos celestes; Diego de Zúñiga explicó y defendió el sistema Copérnico más de 300 años antes que el P. Foscarini, á quien se atribuye esa gloria.

Para poner término á esta enumeración, que podría ser tan extensa que llenase un tomo completo de nuestra obra, nos parece oportuno reproducir textualmente lo que, refiriéndose al estado de la ciencia española en aquellos siglos, escribe ilustre y sabio compatriota en trabajo admirable, premiado por la Biblioteca Nacional en el concurso de 1868:

«*Celebración de las Juntas de Yelvez y Badajoz*, para determinar los límites astronómicos de las conquistas y descubrimientos españoles y portugueses. Estas juntas tuvieron, según demuestra Humboldt, gran influencia en los progresos de la Astronomía.

»Creación de cátedras libres en la Universidad de Salamanca, disponiéndose que no se exigiesen títulos para explicar las Matemáticas, y que su número pudiera ser ilimitado mientras hubiese personas notables para ello.

»Creación en la misma Universidad de la cátedra de *Lux y Magnetismo*, primera de este género.

»Elección de la *Cruz del Sur* para sustituir á la estrella polar en el hemisferio austral, hecha por los marinos españoles y confirmada por el progreso de la Astronomía.

»Proposición del gran premio para el cálculo de la longitud. El premio consistía en 6.000 ducados de renta perpetua y 2.000 de renta

vitalicia. Hicieron oposición á este premio astrónomos de toda Europa.

»Un siglo y dos siglos después, respectivamente, imitaron esto Holanda y Francia é Inglaterra, pero la iniciativa de tales concursos científicos fué de España» (1).

Fácil sería, con sólo hojear las páginas en que se dan noticias sobre la historia especial de cada ciencia, demostrar con hechos incontrovertibles que en el desarrollo de todas y de cada una de ellas cupo á España no pequeña gloria, y así como un autor compatriota nuestro, y que en verdad no peca de apasionado por España, refiriéndose á la *Meteorología*, escribe: «Pero justo es alabarnos al par de haber poseído ilustres hombres que, como Gonzalo Hernández de Oviedo, legaron á la posteridad universal las más preciosas descripciones sobre los fenómenos atmosféricos del Nuevo Mundo» (2); así como ese escritor, repetimos, menciona á un notable meteorólogo español que florecía bastantes años después que los abarcados en este tomo, pero que no pudo haber improvisado sus conocimientos ni haber florecido como físico y como naturalista si no hubiera sido floreciente con anterioridad el estado de las ciencias físicas y naturales en España, así también los historiadores de otras ciencias, lo mismo en obras especialmente destinadas á ese objeto como en enciclopedias ó en discursos académicos, mencionan geómetras, astrónomos, médicos y algebristas españoles, colocándolos siempre entre los más distinguidos maestros de Europa.

No hay para qué nos detengamos en acumular citas, fáciles de hallar por otra parte; basta lo dicho para comprender el grado de cultura científica y literaria que alcanzó España en el largo período que ha de reseñarse en las siguientes páginas, y que es sin duda uno de los más interesantes de nuestra historia, tanto por el lapso á que ellas se refieren, cuanto por la importancia y la trascendencia de los acontecimientos en el transcurso de esos siglos realizados; acontecimientos que prepararon el glorioso reinado de Fernando é Isabel, en el que se consolidó para siempre la hegemonía de Castilla sobre

(1) Felipe Picatoste y Rodríguez, *Apuntes para una Biblioteca Científica Española del siglo XVI.* Obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1868 é impresa á expensas del Estado. Madrid. Imprenta y fundición de Manuel Tello, 1891.

(2) Doctor D. Fernando Santander y Gómez, *La Meteorología y sus aplicaciones á la prediccion del tiempo.* Barcelona. Ramón Molina, editor, 1857.

todas las comarcas españolas, y por consecuencia la unión definitiva de la patria.

Acerca de los cronistas de Enrique IV escribe Navarro Ledesma: «Un rey tan chico y mezquino como Enrique IV tuvo dos grandes historiadores: uno su capellán y cronista *Diego Enríquez del Castillo*, narrador concienzudo y continuador de la tradición de Santa María y de Alfonso Martínez en la afición á intercalar reflexiones morales, más fiel servidor del Rey que imparcial cronista de sus hechos; y el otro un erudito llamado *Alfonso de Palencia*, que, empapado en la lectura de historiadores clásicos, compuso unas *Décadas latinas* en que atacaba al Rey con más ó menos disimulo.»

Hállanse además entre estos escritores famosos, que tanto pueden ser incluídos en una cuanto en otra época, el célebre *Alfonso de Madrigal*, obispo de Avila, más conocido por su sobrenombre *el Tostado*, cuyas producciones literarias fueron tantas que dió motivo á una frase popular, que todavía se conserva, porque hoy mismo lo de «escribe más que *el Tostado*» es lo hiperbólico cuando se trata de gran fecundidad literaria. *El Tostado* ó *el Abulense* fué, según Tapia, un «varón insigne, que en la Universidad de Salamanca llegó á hacerse dueño como por sorpresa de todas las ciencias que allí se enseñaban, ayudado de una memoria tan prodigiosa que nunca olvidaba lo que una vez leía». Entre sus obras principales deben mencionarse sus *Comentarios* sobre los libros históricos de la Biblia y sobre Eusebio, y sus tratados de los dioses del gentilismo.

Por último, merecieron también no poca fama Juan de Lucena y Alfonso de la Torre. Acerca de *El Bachiller de Cibdarreal* ya se dijo lo que procedía en el capítulo XVII de este tomo. Y en la Introducción del tomo III habremos de recordar, como precedente á la cultura literaria de los Reyes Católicos, algunos ilustres poetas y prosistas del tiempo de Juan II y de Enrique IV, citados en las páginas que acabamos de escribir.

Escritores de raza judía.

Entre los prosistas se hallan los nombres de los hebreos Pablo de Santa María (antes Selemoh Haleví, natural de Burgos, canciller de los reinos de León y de Castilla, etc.). Escribió la obra intitulada de *Scrutinium Scripturarum* y los tratados sobre la *Cena del Señor* y la *Generación de Cristo*. Murió en el año 1435. Jerónimo de Santa Fe publicó *Hebraemastix* (azote de los hebreos). Distinguióse en la Asamblea de Tortosa por sus hermosos discursos latinos, dignos de aplauso universal, no sólo por la forma.

sino por el fondo. Alvar García de Santa María dió á luz las crónicas de Juan II y de D. Alvaro de Luna. Alvar era hermano de don Pablo, y ambos son de los mejores escritores de su tiempo, como también D. Gonzalo de Santa María, hijo de D. Pablo y obispo de Astorga, Plasencia y Sigüenza; sobresaliendo tal vez sobre todos don Alonso de Cartagena, hijo segundo del citado D. Pablo. Distinguióse éste en el Concilio de Basilea, mereciendo que Pío II le llamase *alegría de las Españas y honor de los prelados*. Por renuncia de su padre fué elevado á la dignidad de obispo de Burgos. Escribió *Doctrinal de caballeros*, *Libro de mujeres ilustres*, *Memorial de virtudes*, *Genealogía de todos los reyes de España*, *Versión de los cinco libros de Séneca*, etc. Siguiendo el gusto de la época escribió poesías amatorias. Cuando Eugenio IV supo que D. Alonso de Cartagena se dirigía á Roma, dijo: «Por cierto que si el obispo de Burgos viene á nuestra corte, con gran vergüenza nos asentaremos en la silla de San Pedro» (1).

A principios del siglo XV nació un judío llamado Baena, el cual tomó en el bautismo los nombres de Juan Alonso. Escribiente ó secretario de Juan II, acreditó su gusto en la poesía, reuniendo producciones de los antiguos trovadores españoles, otras de coetáneos suyos, algunas de su hermano y varias que él compuso. Con todas formó su famoso *Cancionero de Baena*.

Yusaf Albo (nació hacia 1370 y murió en 1430), después de tomar parte en la disputa tortosina, se refugió en Soria (2), donde cultivó la medicina, las ciencias naturales y la filosofía. El representaba en la filosofía judaica lo que los estoicos en el movimiento filosófico clásico.

Según Albo, había que considerar al cuerpo como cárcel del espíritu; la vida presente como estación dolorosa, preparación para la vida eterna. Compendiaba su pensamiento religioso y filosófico diciendo que los judíos que quisieran aprovecharse de la herencia de Abrahán tenían dos caminos: la fe y las obras. En el libro intitulado *Iharin*, escrito en 1425, se habla principalmente contra la Eucaristía, la Santísima Trinidad y la Misa. Coincidía con el pensamiento de Albo, bajo el concepto de las influencias cristianas, un coetáneo suyo, algo más joven, Yuzaf-Sem-Tab, quien brilló en la corte de Juan II

(1) Mariana, *Historia general*, etc., libro XXI, cap. VI.
(2) Algunos escritores afirman que era natural de esta ciudad.

y aun en la de Enrique IV, y el cual, en un tiempo que estuvo en desgracia con el monarca de Castilla, daba todos los sábados explicaciones filosóficas de la ley judaica ante un público numeroso. Se asegura que conoció las obras de Santo Tomás de Aquino, cuyas opiniones cita, desgraciadamente, para impugnarlas. Era espíritu menos abierto y claro que Albo, como quien parecía recordar las obscurídades de su padre Sem-Tom, fanático cabalista (1).

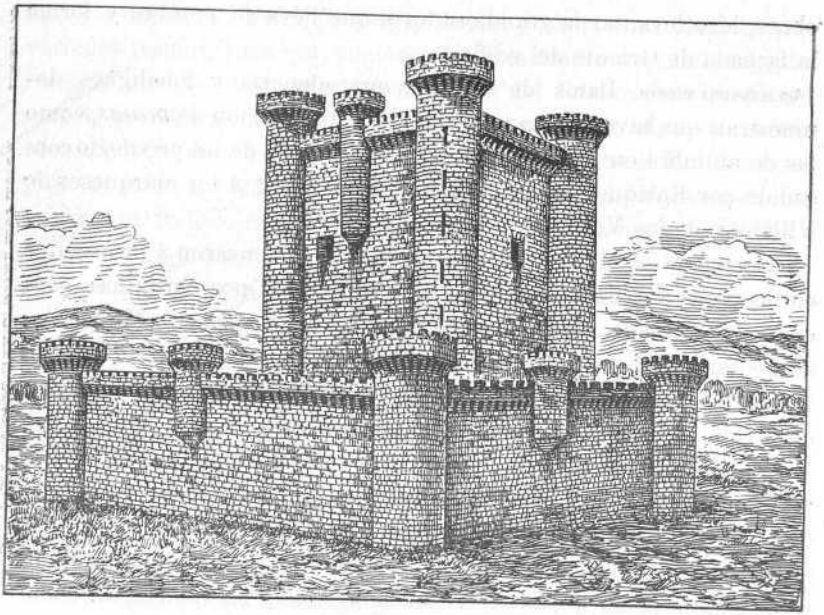
Enrique IV, como Juan II, fué protector de los judíos, favoreciendo en particular á dos conversos ilustres: Diego Arias Dávila y fray Alonso de Espina. Amigo Arias Dávila de los hebreos, era, en cambio, fray Alonso de Espina su perseguidor iracundo. Fray Alonso, rector de la Universidad de Salamanca y confesor del Rey, publicó en 1459 el libro *Fortalitium Fidei*.

El objeto de esta obra es impugnar el judaísmo, descubriendo las astucias de que se valían los hebreos contra los cristianos. Consta de cinco partes: en la primera trata de las armas espirituales que tienen los cristianos contra los judíos, etc.; en la segunda, del origen, naturaleza y progresos de cada una de las catorce herejías que se conocían en su tiempo, etc.; en la tercera, de los argumentos de los judíos contra los cristianos en materia de religión, etc.; en la cuarta, de Mahoma, su doctrina, etc., y en la quinta, de los demonios. Alonso de Espina intentó, en el reinado de Enrique IV, el establecimiento de la Inquisición contra los judaizantes, pensamiento que llevó á cabo Torquemada en el reinado de los Reyes Católicos.

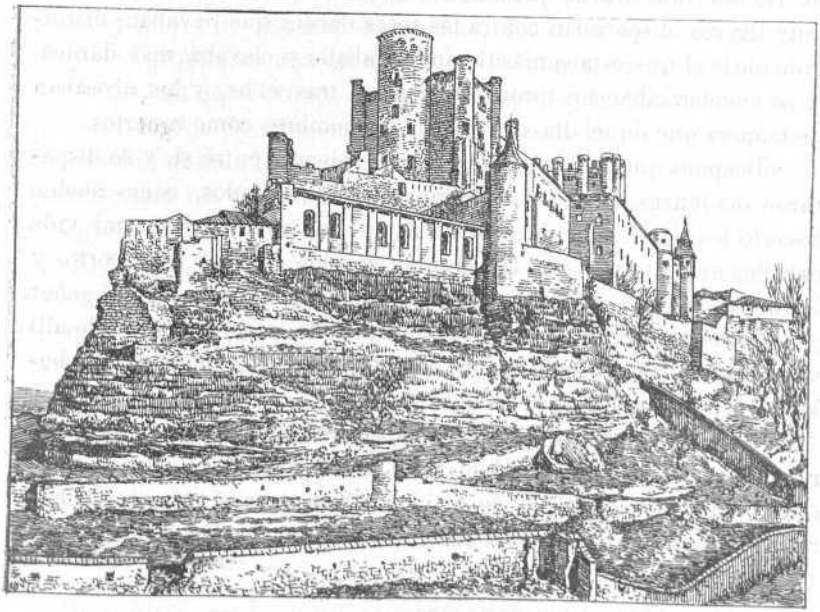
Muchos profesores de la Universidad de Salamanca, gloria de las letras y de las ciencias en su tiempo, pertenecieron á la desgraciada raza de Israel (2).

Las artes. En la *arquitectura* se usó el estilo gótico florido, presentando ya delicados trabajos la *escultura* é iniciándose nuevos adelantos en la *música* y *pintura*. Por lo que respecta á la arquitectura, al estilo gótico florido del siglo XV pertenecen la catedral de Sevilla, comenzada en 1402; la de Huesca, etc. Enrique III comenzó y Juan II continuó la rica obra de la Cartuja de Miraflores. Edificóse el elegante castillo de Fuensaldaña por Alonso Pérez de Vivero, señor de la casa de Villajuán en Galicia y contador mayor de Juan II. Por último, en el antiguo alcázar de Segovia, Juan II, entre otras

(1) Fernández y González, ob. cit., págs. 288 y 289.
(2) Véase Rodríguez de Castro, *Biblioteca Española*, tomo I, pág. 354.



Castillo de Fuensaldaña (Valladolid).



Alcázar de Segovia.

obras, hizo levantar la grandiosa torre que lleva su nombre y forma la fachada de Oriente del edificio.

La industria minera. Datos de distintas procedencias y fidedignos demuestran que tuvo alguna importancia la explotación de *minas*, como las de alumbre en Mazarrón (Murcia), en virtud de un privilegio concedido por Enrique IV, en 24 de marzo de 1462, á los marqueses de Villena y de los Vélez.

Las costumbres. Acerca de las *costumbres*, comenzaron á propagarse en las calles y plazas las imágenes, alumbradas por farolillos, para evitar los crímenes, *con la mirada del Señor y de su Santa Madre;* aumentaron del mismo modo las fiestas públicas, los banquetes, los bailes, los torneos, las cañas y los toros; creció la inmoralidad y se desarrolló el lujo de una manera extraordinaria.

En los *Fragmentos* de Tetzel al *viaje* del bohemio León de Rosmithal por España y Portugal (libro citado en el capítulo XVIII de este tomo), se lee lo siguiente: «El obispo (de Santiago) tributó á mi señor (el barón de Rosmithal) muy grandes honores y proveyó su alojamiento de cuanto podía necesitar. Y sus caballeros y servidores, así como los más poderosos de la ciudad, ofrecieron á mi señor un espectáculo. Tenían toros bravos que traían á la plaza, y montados en caballos muy ligeros disparaban contra los toros dardos que llevaban, distinguiéndose el que estaba más tiempo á caballo y clavaba más dardos. Y se encolerizaban los toros, que corrían tras ellos, y los acosaban de manera que aquel día se llevaron dos hombres como muertos.

» Después que se terminó la corrida, pelearon entre sí, y se dispararon sus lanzas, parando los golpes con sus escudos, como suelen hacerlo los moros cuando combaten, no habiendo visto en mi vida caballos ni gente más ágil (1). Montan con los estribos muy cortos y llevan las rodillas casi sobre la silla, como hacen los moros. Mi señor y nosotros estuvimos en una casa con otros de la ciudad, y desde allí vimos el espectáculo, y había allí con nosotros bellas mujeres, que bebieron y comieron y se regocijaron» (2).

Por lo que respecta al carácter caballeresco de la época, recordaremos, en tiempo de Juan II, el *Paso honroso de D. Suero de Quiñones* (Apéndice P); debiendo no olvidarse que en el reinado de Enrique IV, al terminar opípara cena, un prelado ofrecía á las damas de

(1) Aquí se trata del juego de cañas.
(2) *Libros de Antaño*, tomo VIII.—*Viajes de España*, págs. 169 y 170.

la corte bandejas llenas de sortijas de oro y de piedras preciosas, de variadas formas, para que eligiesen las que fueran más de su gusto.

Aragón: la política. Volvemos á ocuparnos del *Parlamento de Caspe*, una de las páginas más gloriosas de Aragón, según algunos escritores. «Nuestra disputa y resolución procedía—escribe el P. Mariana—y se funda en los principios del derecho natural y del derecho común solamente. Todo lo cual de ordinario poco presta, por acostumbrar los hombres comúnmente á llevar los títulos de reinar en las puntas de las lanzas y en las armas; el que más puede, ese se sale con la joya y se la gana á sus competidores, sin tener cuenta con las leyes, que callan entre el ruido de las armas, de los atambores y trompetas, y no hay quien si se puede hacer rey por sus manos aventure su negocio en el parecer y albedrío de juristas. Por todo esto se debe estimar en más, y tenello por cosa semejante á milagro, que los de Aragón en su vacante y elección hayan llegado al cabo de este pleito y sus juntas sin sangre ni otro tropiezo, según que se entenderá por la narración siguiente» (1).

«Y sin embargo, este gran pueblo—escribe Lafuente,—que debía su material engrandecimiento al valor de sus hijos y á la espada de sus reyes; este pueblo, cuyas lanzas habían paseado victoriosas las tierras y mares de España, de Francia, de Africa, de Italia, de Grecia y de Turquía, en una edad en que la fuerza era la que comúnmente decidía en el mundo las querellas de las naciones, en aquella situación crítica da un ejemplo sublime de sensatez y de verdadera civilización al mundo de entonces y al mundo futuro, proclamando que sólo será rey de Aragón el que deba serlo *por la justicia y por la ley*» (2).

Habremos de confesar que no estamos conformes con la opinión de los ilustres historiadores P. Mariana y Lafuente. Se ha exagerado —en nuestro entender—la decantada entereza de aquellos insignes varones que componían el Parlamento de Caspe, y que teniendo—según dicen—sólo en cuenta la justicia y el derecho elevaron al trono á un príncipe castellano de la dinastía bastarda de Trastamara, no haciendo caso de los ruegos del audaz catalán, de la antigua estirpe de los condes de Barcelona.

La influencia y el dinero de Castilla, las cartas de recomendación

(1) *Historia de España*, libro XX, cap. III.
(2) *Historia general de España*, tomo VIII, parte II, libro III, capítulo XXXI, pág. 502.

de Juan II y de doña Catalina (como dijimos en el capítulo XIX de este tomo) pesaron mucho en el ánimo de los jueces de Caspe.

Después de decir el P. Mariana que cuando el negocio de la sucesión estuvo bien sazonado, y oídas las partes y sus alegaciones, se cerró el proceso y se verificó la votación secreta, se celebró la misa en la iglesia de Caspe y se colocaron los jueces en un tablado, donde había de publicarse la sentencia, añade: «Hallóse presente el pontífice Benedicto, que tuvo en todo gran parte» (1). No estuvo en lo cierto el sabio jesuíta al decir que Benedicto XIII (cardenal Pedro de Luna) asistió á los mencionados actos, pero sí es verdad que ejerció poderosa influencia para que fueran nombrados jueces del partido de D. Fernando. Desde que se vió el nombramiento de fray Vicente Ferrer, amigo decidido de Benedicto y cuya fama de santidad corría de boca en boca, la cuestión se hallaba resuelta en favor del castellano.

Por último, si era mejor el derecho del conde de Urgel y del duque de Gandía, habremos de repetir que el primero se hizo antipático á todos desde que los suyos dieron muerte al arzobispo de Zaragoza y el segundo no supo ó no pudo ganarse partidarios.

Además, entonces (como antes y después) la fuerza era, lo mismo en Aragón que en todas partes, la suprema ley de las naciones, y la fuerza estaba en manos de Fernando *el de Antequera*.

Fernando I, en su corto reinado, sólo tuvo tiempo de dar paz al Estado. Sucedióle Alfonso V.

«El defecto que hallamos al largo reinado de Alfonso V—escribe Lafuente—es haber sido extranjero. Enamorado de la bella Italia, donde pasó toda la segunda mitad de su vida, Alfonso, desde que conquista á Nápoles, reina más en Italia que en Aragón. Es un monarca que extiende á extraños países las glorias aragonesas, que se hace como el centro y el eje de toda la política de Europa y que abre y desembaraza un nuevo campo de gloria á los reyes de España, sus sucesores; pero estas glorias exteriores ejercen sobre Aragón una influencia más brillante que provechosa, más funesta que útil» (2).

Por lo que respecta á Juan II, si fué un padre injusto y desnaturalizado con los hijos de su primer matrimonio, y si le dominó,

(1) *Historia general de España*, tomo VIII, cap. IV.
(2) *Historia de España*, tomo VIII, págs. 354 y 355.

hasta en su edad octogenaria, la pasión del amor, nadie le escatimará sus sobresalientes cualidades de político y de guerrero.

El justicia. En las Cortes de Calatayud de 1461 se restringieron considerablemente las atribuciones judiciales y personales de que gozaba el justicia.

Las letras y las ciencias. Las *letras* y las *ciencias* fueron muy estimadas, mereciendo especial mención, entre otros poetas catalanes y valencianos, Ausias March, el *Petrarca lemosín,* como también Jaime Roig, autor de *Lo libre de los dones.* En prosa se escribieron excelentes libros de religión, historia y jurisprudencia, contribuyendo al desarrollo científico la creación de la *Universidad de Barcelona* en 1430, dotada con las siguientes cátedras: seis de filosofía, seis de teología, seis de jurisprudencia, seis de medicina, cuatro de gramática, una de retórica, una de griego y una de hebreo. Distinguiéronse, por su amor á la ciencia, el rey Alfonso V, que prefería el sobrenombre de *Sabio* al de *Conquistador*, y el príncipe Carlos de Viana, el amigo cariñoso de Ausias March, quien empleaba el tiempo traduciendo la *Ética* de Aristóteles, escribiendo una historia de los reyes de Navarra y componiendo trovas para cantarlas á la vihuela y alegrar su situación tristísima. Andrés Febrer tradujo al catalán la *Divina Comedia*, y Joannot Martorell escribió en dialecto valenciano *Tirant le Blanch* (Tirante el Blanco), libro de caballerías que Cervantes, por boca del cura (1), declaró digno de ser libertado de las llamas (2). La larga permanencia de Alfonso V en Italia y las relaciones entre aragoneses ó italianos hicieron brillar en Aragón, desde su comienzo, la aurora del renacimiento que apuntaba en Italia.

La industria. Hallábase la *industria* en buen estado, aunque algo decaída por tantas guerras, porque «el ruido de los talleres es enemigo del ruido de los combates». Las Cortes de Aragón del año 1452 decían á Alfonso V: «Señor, esta guerra que se está sosteniendo sin descanso ha despoblado vuestras fronteras, hasta el punto de no haber quien cultive los campos; sólo en rescate de prisioneros hemos gastado cuatrocientos mil florines; la industria y el comercio se han

(1) «¡Válame Dios, dixo el cura, dando una gran voz, que aquí está *Tirante el Blanco!* Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos.» (*Don Quijote de la Mancha*, primera parte, cap. VI.)

(2) Aunque el mismo Martorell afirma que *Tirante el Blanco* fué traducido del inglés al portugués y de este idioma al valenciano, la obra fué original suya.

paralizado... no vemos más remedio á tantos males que la presencia de nuestro Rey.» Sin embargo, aunque las guerras entorpecieron el progreso industrial de los catalanes, todavía pudo decir Lucio Marineo Sículo, refiriéndose á los tiempos de Juan II: «Asimismo todos los demás hijos de aquella ciudad (Barcelona), de cualquier edad y condición, trabajaban y gastaban sus días en las buenas artes; los unos en las nobles y liberales, y los otros en aquellas cuyos oficios son manuales é industriosos.» (1).

Granada: su cultura. El reino granadino conservó en el siglo XV su antiguo esplendor. Está probado que en Matemáticas y en Ciencias Naturales llegaron á tal altura sus escuelas que eran admiración de Europa. Los poetas y los artistas no habían huído de la Alhambra ni de las importantes poblaciones. En la capital y en las ciudades abundaban los grandes almacenes de tejidos de púrpura y de seda, las ricas fábricas de paño y las suntuosas tiendas donde se vendían alhajas de oro y de plata. Pedro Mártir, cronista de los Reyes Católicos, apenas los cristianos penetraron en la corte de Boabdil, escribió que Granada tenía amenísimos huertos y que sus jardines competían con el de las Hespérides, añadiendo: «Todo el país, en suma, por su gala y lozanía y por su abundancia de aguas, parece ser los Campos Elíseos. Yo mismo he probado cuánto estos arroyos cristalinos, que corren por entre frondosos olivares y fértiles huertas, refrigeran el espíritu cansado y engendran nuevo aliento de vida» (2). Las feraces vegas y campos, el arbolado, los viñedos y las mieses estaban cultivados con singular esmero.

(1) *De las cosas memorables de España*, libro XIII.
(2) *Opus epistolar*, Petri Martyris, Amst., 1670, pág. 54.

APÉNDICES

APÉNDICE **A** (pág. 88).

Monjes Cluniacenses.

«Por los concilios y diplomas de la España árabe se echa de ver que nuestros monjes vivían generalmente con la antigua observancia y buen ejemplo, sin dar inquietud ni escándalo á los pueblos, ni motivo á los obispos y gobernadores para corregir sus costumbres, antes bien mereciéndose el respeto de todos los fieles y el amor de los prelados y Soberanos, que los consultaban como á varones santos y prudentes, los honraban con dádivas y fundaciones nuevas, les encargaban muchas veces el cuidado de parroquias y seminarios y los promovían frecuentemente á los obispados. Lograron nuestros monasterios este concepto y estimación general hasta la época funesta y deplorable en que los infinitos franceses que dominaban en los palacios de nuestros reyes y condes, juntamente con la disciplina de nuestras iglesias, desacreditaron la de nuestros monjes, para lograr de este modo que se introdujesen los de Francia con el título de reformadores y abades, y se apoderase toda la nación francesa de todos los monasterios y catedrales de España, y aun (si hubiese sido posible, según el proyecto formado en Cluni) de todos los Estados de nuestros reyes.

»El principio de la depravación francesa, que llaman vulgarmente nuestros autores *Reforma monástica*, suele tomarse desde el reinado de D. Sancho *el Mayor*, que viendo (según cuentan) *olvidada enteramente* en sus Estados la perfección evangélica y desconocida la vida *monacal*, mandó á los principios del siglo XI que Paterno y otros religiosos españoles fuesen á aprenderla al monasterio de Clugny ó Cluni, en Borgoña de Francia, para que después de instruídos la enseñasen á nuestra nación, como realmente lo ejecutaron, abriendo escuela de vida monástica en San Juan de la Peña, de donde salieron los reformadores y maestros del monasterio de Oña. Esta relación, aunque recibida generalmente sin dificultad alguna por Sandoval, Yepes, Ferreras, Mariana y demás historiadores y escritores nuestros, debo decir, sin embargo, con sinceridad, que está destituída de todo fundamento, y que sin duda la inventarían los franceses en el siglo XII, ó después, para dar mayor antigüedad á sus glorias cluniacenses. También tengo por dudosa una carta que corre de

D. Alonso VI, en la cual dice que su padre D. Fernando, hijo de don Sancho *el Mayor*, señaló una pensión ó censo anual en favor del monasterio de Cluni, porque el estilo es muy afectado y extravagante y diverso del de las demás cartas del mismo Rey; y los artículos que en ella toca, del gozo que tenía de haber recibido el oficio romano, y de lo contento que estaba con el monje Roberto (de quien se sabe, por las cartas de Gregorio VII, que fué contrario á dicho oficio) no concuerdan mucho el uno con el otro. Juzgo que el principio de la nueva disciplina monástica en España debe fijarse después de los años de 1069 y 70, en que los reyes D. Alonso VI de León y D. Sancho Ramírez de Aragón se casaron con D.ª Inés, hija del duque de Aquitania, y D.ª Felicia, hermana del conde de Rouci. Sólo cinco años antes de estos casamientos, que provocaría sin duda la nación francesa, se formó en Borgoña el proyecto de sojuzgar los piadosos pueblos españoles con hipocresía y apariencias de piedad, insinuando á nuestros reyes y obispos que los dominios de España eran de San Pedro, que nuestra liturgia estaba viciada desde la época de los priscilianistas, que nuestra disciplina eclesiástica se había apartado mucho de la apostólica y romana, que nuestros monasterios estragados necesitaban de reforma, que la sujeción de nuestros monjes y eclesiásticos al soberano temporal era un abuso contrario á la libertad de la Iglesia, que el legítimo dueño y administrador de todos los bienes dedicados á Dios en las catedrales, parroquias y monasterios era el vicario de Cristo, que residía en Roma. Los monjes de Cluni, famosos entonces en Francia, y el nuncio pontificio Hildebrando, íntimo amigo de dichos monjes, fueron los principales promotores del gran proyecto, en el cual hicieron entrar al papa Alejandro II. El abad cluniacense, que era entonces Hugo, procuró de todos modos ganarse la voluntad de nuestro rey D. Alonso; consiguió de él muchos dones para su monasterio, y para inducirlo por fin á lo que pretendía, le honró en sus claustros religiosos con una constitución muy lisonjera y honorífica. «En atención (decía) á que D. Alonso, rey de España, nuestro fiel amigo, nos ha hecho tantos beneficios y tan grandes, que no hay otro príncipe ni rey, ni jamás lo ha habido, con quien podamos cotejarlo por su generosidad, queremos que desde ahora sea participante de todas las obras buenas que se hiciesen en este monasterio, y en las demás de nuestra jurisdicción. Mandamos también que mientras viviere, cada día en los oficios de Tercia se cante por él un salmo, y en la misa mayor una Colecta; que se le ponga en refectorio su ración, como si estuviere presente, y se mantenga con ella un pobre de Jesu Christo; que cada año se dé la comida por él á treinta pobres en el día de Jueves Santo, y á ciento en la solemnidad de la Pasqua; que en esta nuestra Iglesia de Cluni, fabricada por su piadosa liberalidad, se le destine un altar, en el qual du-

rante su vida se celebrarán cada día los divinos oficios para bien de su alma; que después de su muerte se le cante cada día una misa de difuntos por un año entero, y se le haga perpetuamente un aniversario, del mismo modo que lo hacemos por el emperador Henrique; que en el día de su aniversario se toquen todas las campanas, se dé comida á doce pobres y una abundante refección á los monjes; que participe también de todos nuestros sacrificios y buenas obras su Real Esposa, para quien destinamos la comida de doce pobres en Jueves Santo, y un aniversario perpetuo después de su muerte, semejante al que hecemos en esta iglesia por el alma de la emperatriz Inés.» Con estas y otras demostraciones de afecto con que honraron los cluniacenses á nuestro rey D. Alonso y á los demás reyes y príncipes de España, consiguieron por fin cerca los años de mil y ochenta poder entrar en Cataluña y Aragón, y luego en León y Castilla, con el título aparente de reformadores de nuestros monasterios, pero con el fin verdadero de dominar en ellos, como lo hicieron, eximiéndolos de la potestad real y episcopal, y sujetándolos á los abades de Cluni y Marsella y de otras ciudades de Francia (1).

. . . . . .

»La reforma, pues, de nuestros monasterios, ejecutada, como se pretende, por los monjes de Cluni, bajo el reinado de D. Sancho *el Mayor*, en los primeros años del siglo XI, siendo noticia apoyada en documentos ó apócrifos ó modernos, debe tenerse por fábula inventada posteriormente con el fin de honrar la memoria de los antiguos cluniacenses. Estos religiosos, es cierto que pasaron á España, pero no en el tiempo que se dice ni para reformar ó mejorar nuestra disciplina monástica, como aseguran los franceses y han creído fácilmente nuestros escritores.

»La época de la entrada de los cluniacenses en nuestra península es el año de mil y ochenta poco más ó menos, y el motivo y fin de su entrada fué la ejecución del proyecto (que se había formado en Borgoña unos quince años antes) de persuadir á nuestros reyes y obispos que nuestra disciplina eclesiástica estaba viciada y corrompida, que nuestros monasterios estragados necesitaban de reforma, que la sujeción de nuestros monjes y eclesiásticos al soberano temporal era un abuso contrario á la libertad de la Iglesia y que el legítimo dueño y administrador de todas las casas religiosas no era el rey ni el obispo, sino el pontífice romano. Hildebrando, nuncio pontificio, y sus íntimos amigos los monjes de Cluni, que fueron los principales promotores del proyecto, procuraron madurarlo y facilitarlo, lisonjeando á nuestros reyes con devociones y dádivas espirituales, y dándoles en matrimonio mujeres france-

(1) Masdeu, *Historia Crítica de España*, tomo XIII, libro II, números CCXX y CCXXI, págs. 351 á 355.

sas, como lo fueron D.ª Felicia, hermana del conde Roucy, que se casó con D. Sancho, rey de Aragón, cerca de los años mil y setenta, y las dos princesas D.ª Inés, hija del duque de Aquitania, y D.ª Constancia, hija del de Borgoña, que se casaron sucesivamente con D. Alonso VI en los años de mil setenta y nueve y mil y ochenta. Con estos y otros medios consiguieron por fin los monjes de Cluni su introducción en Cataluña y Aragón, y consecutivamente en Navarra, León y Castilla, con el título aparente de reformadores de nuestros monasterios; pero con el fin verdadero de dominar en ellos eximiéndolos de toda potestad real y episcopal, y sujetándolos, como lo hicieron, á sus abades de Francia. De este artículo de Historia, no conocido en las obras de nuestros escritores, he tratado en el libro segundo de la *España Arabe*, y volveré á tratar más de propósito en los tomos siguientes» (1).

APÉNDICE B (pág. 93).

Catálogo de Fueros.

Damos á continuación noticia de los Fueros respecto de los cuales consta, salvas pocas excepciones, la fecha de su concesión, y el rey, señor ó corporación que lo otorgó. De otros, cuya época y procedencia son más inciertas, hacemos detallada mención al fin de esta nota. He aquí los primeros:

SIGLO VIII

Obona 780. Aldegastro, hijo del rey D. Silo.

SIGLO IX

Alaón 845. Carlos el Calvo, de Francia.
Brañosera 824. El conde Munio Núñez.
Lara 880. El conde Fernán González.
Oviedo 857. D. Ordoño I.
Valpuesta 804. D. Alfonso el Casto.

SIGLO X

Canales (Logroño) 934. El conde Fernán González.
Cardona 986. Borrell, conde de Barcelona.
Covarrubias 978. El conde García-Fernández. Hay otro de 1148.
Javilla 941. El conde Fernán González y doña Sancha, su mujer.

(1) Masdeu, ob. cit., tomo XV, continuación del lib. III, ilustración XXIV, núm. VII, págs. 266 y 267.

Melgar de Fernamental (antes Melgar de Suso) 988. Fernán Armentales (1).

Montemafallo 974. Vives, obispo de Barcelona.

San Zadornín 955. El conde de Castilla Fernán González (2).

SIGLO XI

Alquezar 1069. D. Sancho Ramírez.

Arguedas 1092. D. Sancho Ramírez.

Astorga 1087. D. Alonso VI.

Barbastro 1100. D. Pedro I de Aragón.

Burgos, anterior á 1039 (3).

Cardeña 1039. D. Fernando I (4).

Castellar 1091. D. Sancho Ramírez.

Coimbra 1085. D. Alonso VI de Castilla.

Collazos de Doña Ildonza 1092. Doña Ildonza Gonzálviz.

Constantina de Panoyas 1096. Don Enrique de Portugal y la infanta doña Teresa.

Huesca 1089. D. Pedro I de Aragón.

Jaca 1064. D. Sancho Ramírez.

León 1020. D. Alonso V.

Logroño 1095. D. Alonso VI.

Longares 1063. D. Gómez, obispo de Nájera.

Medina de Pomar (incierto). Don Alonso VI (5).

Miranda de Ebro 1099. D. Alonso VI.

Nájera 1076. D. Alonso VI.

Nave de Albura 1012. D. Sancho de Castilla.

Olmillos (incierto). D. Alonso VI.

Oña 1011. D. Sancho, conde de Castilla. Hay otro de 1190.

Orbaneja 1039. D. Fernando I.

Osorno 1073. D. Alonso VI.

Palenzuela 1074. D. Alonso VI (6).

(1) Este Fuero se concedió asimismo á Bobadilla, Finojosa de Ruano, Hitero de la Vega, Hitero de Castillo, Melgar de Yuso, Peral Castiello, Quintanilla de Muño, Quintanilla de Villegas, Santa María de Pelayo, Santiago de Val Santoyo, Villiela y Zorieta.

(2) Fué extensivo á los pueblos de Berbeja y Barrio.

(3) El mismo Fuero se concedió en 1073 á Ambazos, Autora (La), Castañares, Castrillo de Berrocue, Castrillo de la Vega, Espinosa, Estobars, Faunete, Morillas (Las), Pedernales, Plantados, Quintanilla (junto á Vera), Ranuca, Revilla, Roalla, Sobanescas, Uta, Villa-Aberoca, Villa-alvilla, Villabastons, Villagonzalvo, Villa-Gonzalo del Río Estierva (acaso Esgueva), Villa-Munalia, Villa-Vicenti (Villavicencio), Villola y Villosiello.

Después quedaron sujetos á Burgos y su Fuero: Barbadillo del Mercado, Bembibre, Lara, Villafranca de Montes de Oca y Villadiego.

(4) Fué extensivo á Orbaneja, San Martín y Villafría.

(5) Se donaron á sus pobladores: Villanueva, Villatalaret, Villamat y Villa del Prado.

(6) Las villas sujetas á la jurisdicción de Palenzuela eran: Barrio de Santa María, Bitia, Castelo, Castellanos, Ferrera, Fontaniella, Fontoriolas, Moral, Paniela Peral, Quintana (hay otra del mismo nombre), Quintanilla, Quintanilla-Alvilla, Ranedo, Rovano, San Antonio, Santa María de Río Tortello, Sendino, Tordemanta, Valdecañas, Valdeperal, Vascones, Villacéntola, Villaflaia, Villagundrando, Villanovalla, Villaodoch, Villaramiro y Villatón. Las aldeas que aparecen unidas á Palenzuela son: Fenar (ó Henar), Orneyo, Sojuela, Tavanera, Valdeparada, Valles y Villafán.

Roncal 1015. D. Sancho el Mayor.
Sahagún 1085. D. Alfonso VI. Hay otros posteriores.
Salamanca, después de 1081. El conde D. Ramón, marido de la infanta doña Urraca.
San Anacleto 1065. D. Gómez, obispo de Nájera.
San Andrés 1064. D. Gómez, obispo de Nájera.
San Juan de la Peña 1062. D. Sancho, rey de Aragón.
San Juan de Pesqueira (incierto). D. Fernando I de Castilla (1).
San Martín de Mouros (incierto). D. Fernando I de León.
Santa Cristina 1062. D. Fernando I.
Santa Licinia 1036. El conde Ermengol y Constanza, su mujer.
Santa María de Dueñas 1078. Don Alfonso VI.
Santa María del Puerto (Santoña) 1042. D. García de Navarra.
Santarem 1095. D. Alfonso VI.
Santillana 1045. D. Fernando I.
Segovia 1087. D. Alonso VI.
Sepúlveda 1076. D. Alonso VI. Hay otro posterior.
Sojuela 1059. Doña Estefanía, reina de Navarra.
Valjunquera 1072. D. Alonso VI.
Valle 1094. D. Ramón y doña Urraca.
Villafranca de Conflans 1075. Guillermo Raimundo, conde de Cerdaña.
Villanueva de San Prudencio 1032. D. Sancho el Mayor.

SIGLO XII

Abia de las Torres 1130. D. Alonso VII.
Aceca 1102. D. Alonso VI.
Aezcoa 1169. D. Sancho el Sabio. Hay otro de 1229 de D. Sancho el Fuerte, de Navarra.
Agramunt 1113. Armengol, conde de Urgel.
Ainsa 1124. D. Alfonso el Batallador
Alberquería 1175.
Alcalá de Henares 1135. El arzobispo D. Raimundo (2).
Alcañiz 1157. D. Ramón Berenguer.
Alfambra 1180. El conde D. Rodrigo.
Algas (Ribera de) 1181. D. Alonso II de Aragón.
Alhamín 1118. D. Alonso VII.
Almazán 1143. D. Alonso VII. Tenía antes otro Fuero.
Almenar 1147. D. Ramón Berenguer.
Almoguera 1145. D. Alonso VII.
Almudévar 1170. D. Alonso II de Aragón.
Almunia de Doña Godina 1178. La Orden de San Juan.
Almunia de Santa María 1170. Iñigo Garcés de Escanella.
Alpartir 1178. La Orden de San Juan.
Allariz 1169. D. Fernando II de León.
Aniesa 1144. La Orden del Temple.
Anios 1136. El monasterio de San Salvador de Leire.
Aniz 1192. D. Sancho el Sabio.

(1) Fué extensivo á Anciaens, Linares, Paredes y Penella.

(2) Disfrutaban de este Fuero: Aldea del Campo (hoy Campo Real), Ajalvir, Ambite, Anchuelo, Arganda, Camarma de Esteruelas, Carabaña, Corpa, Daganzo de Abajo, Hueros (Los), Loeches, Olmeda, Orusco, Pezuela, Perales de Tajuña, Pozuelo de las Torres (hoy Pozuelo del Rey), Querencia, Santorcaz, Santos de la Humosa, Tielmes, Torrejón de Ardoz, Valdemora, Valdilecha, Valdetorres, Valmorés, Valtierra, Valverde, Vilches, Villar del Olmo y Villalvilla.

Antoñana 1182. D. Sancho el Sabio (1).
Aosen 1134.
Aragosa 1143. D. Alonso VII.
Araiciel 1125. D. Alfonso el Batallador.
Arenal de Estella 1188. D. Sancho Ramírez.
Artajona 1193. D. Sancho el Sabio.
Artasona 1134. D. Alfonso el Batallador.
Asín 1132. D. Alfonso el Batallador.
Aspurz 1195. D. Sancho el Fuerte.
Atapuerca 1138. D. Alonso VII.
Atez (Valle de) 1193. D. Sancho el Sabio (2).
Aznar 1175. D. Alonso II de Aragon.
Balbas 1135. D. Alonso VII.
Barrueco Pardo 1171. Ermengol, conde de Urgel.
Basaburua 1192. D. Sancho el Sabio (3).
Batea 1200. La Orden del Temple.
Belchite 1116. D. Alfonso el Batallador.
Belorado 1116. D. Alfonso el Batallador.
Belsa 1191. D. Alfonso II de Aragón.
Bembibre 1187. D. Alonso VIII.
Benafarces 1147. El conde Osorio Martíniz y su mujer.
Berantevilla. D. Alonso VIII.
Berdún 1156. D. Ramón Berenguer.
Berzosa 1174. La Orden de Calatrava.
Bugeda 1190. La Orden de Calatrava.
Cabanillas 1124. D. Alfonso el Batallador.
Cacabelos 1130.
Calahorra, después de 1135. Don Alonso VII. Tuvo otro anterior.
Calatalifa 1141. D. Alonso VII.
Calatayud 1120. D. Alfonso el Batallador (4).
Calatrava 1150. D. Alonso VII.
Caldelas 1156. D. Fernando II de León.
Camarón 1194. D. Alfonso II de Aragón.
Cambrils 1154. D. Ramón Berenguer.
Cañada de Benatandiez 1142. La Orden del Temple.
Caparroso 1102. D. Pedro Sánchez, rey de Navarra.
Carcastillo 1129. D. Alfonso el Batallador.
Carrión de los Condes 1109. La reina doña Urraca. Tuvo otro anterior.
Cáseda 1129. D. Alfonso el Batallador.
Castellblanch 1174. Ermengol, conde de Urgel.
Castellón (Navarra) 1171. D. Sancho el Sabio.
Castiliscar 1171. Doña Juliana y su hijo D. Ponce.
Castrillo del Val 1148. D. Alonso VII.
Castrocalbón 1156. Doña María, mujer de D. Ponce de Minerva.
Castronuño (antes Castro Benavente) 1152. D. Alfonso VII.
Castrotorafe 1129. D. Alfonso VII.
Castrourdiales 1163. D. Alfonso VIII.
Castroverde de Campos 1197, pró-

(1) El mismo Fuero se dió á Osátegui y Laño.

(2) Eran los pueblos del valle: Amalaín, Aróstegui, Atez, Borasaín, Beunza, Beunza-Larrea, Ciganda, Eguarás, Eguillor, Erice, Iriberri (ó Villanueva), y se hizo además extensivo el Fuero á Berrueta, en el Baztán.

(3) Componían este valle los pueblos de Beinsa-Labayen, Erasun y Saldias.

(4) En este documento se le adjudican como aldeas: Albalate, Anchel (ó Anchol), Aranda, Berdello (ó Berdejo), Carabantes, Codos, Cubel, Fariza (Ariza), Guixema, Langa, Milmarcos, Todas y Villafeliche.

ximamente. D. Alfonso IX de León (1).
Celame 1143. D. Alonso VII.
Cerezo 1146. D. Alfonso el Batallador (2).
Cervera 1197. Ramón de Cervera, señor de la villa.
Cetina, de 1137 á 1172. D. Ramón Berenguer.
Ciudad-Rodrigo 1185. D. Fernando II de León.
Clavijo (incierto). D. Alonso VIII.
Cogolludo 1102. D. Alonso VI. Hay otro de 1242.
Compostela 1113. D. Diego Gelmírez, obispo.
Consuegra (incierto). D. Alonso VIII.
Corella 1130. D. Alfonso el Batallador.
Cortada 1182. D. Alfonso II de Aragón.
Coruña 1188. D. Alonso IX de León.
Cubo (Zamora) 1137. D. Alfonso VII (3).
Cuenca de Campos 1115. La reina doña Urraca.
Daroca 1142. D. Ramón Berenguer. Los tenía anteriores de D. Alfonso el Batallador.
Deza (incierto). D. Alonso VIII.
Dos Barrios 1192. La Orden de Santiago.
Durango 1180. D. Sancho el Sabio, de Navarra.
Egea de los Caballeros 1110. Don Alfonso el Batallador.
Encina Corva 1177. La Orden del Temple.

(1) Estáu comprendidos en este Fuero los lugares de Barcial de la Loma, Barriolo, Ilgato de Agua, Pozolo, Ravanales, Valdellas y Villafrontín.

(2) Quedaron sujetos á su alfoz y jurisdicción civil y criminal las aldeas de Aguilar de Bureba, Alcedo, Alcocero, Altable, Ameyugo, Arce, Arceledillo, Arceledo de Suso, Arceledo de Yuso, Arto, Ayuelas, Bachicabo, Bañuelos, Barrio, Bergüenda, Bugedo, Bueso, Cabos Redondos, Cameno, Cárcamo, Caprús-la-Iberno, Castello de Peones, Castillo, Castilseco, Castrillo (también llamado Castril de Carias), Cellórigo, Cueva-Cardiel, Encenillas, Encío, Espejo, Ezquerra, Faedo, Ferrera, Foncea, Fontecha, Fonzaleche, Fresneda, Fresno del Río Tirón, Galvarros, Galvarruli, Garganchón, Gurén-dez, Halariza, Hoyo (El), Iglesia Salemnia, Lorancos, Loranguillo, Monte, Moriana, Naharruli, Nograro, Otero, Ovarenes, Pancorvo, Piérnegas, Pinedo, Pisces Aureos, Posada, Prádanos, Pradoluengo, Piedrafita, Quejo, Quintana de Loranco, Quintana de Suso, Quintana de Yuso, Quintana Vides, Quintanilla de Bon, Quintanilla de Dueñas, Quintanilla de San García, Quintanilla del Monte, Quintanilla de So-Carrias, Radicela (ó Redecilla) del Campo, Revilla Falcón, Revillagodos, Ripiella, Sagrero, Saja Zaharra, Sajuela de Suso, Sajuela de Yuso, Salinillas, San Adrián Mayor, San Adrián Menor, San Cebrián, San Clemente, San Juan de Buradón, San Juan de Ortega, San Miguel de Leiva, San Miguel de Pedroso, San Millán, San Millán de Yécora, San Pedro de Foz, San Pedro del Monte, Santa Cruz del Valle, Santa Eulalia, Santa María de Invierno, San Saturnino, Santo Venia, San Vicente, Sauto, Sotillo, Terrazas, Tejuela, Término, Tolsantos, Tormentos, Trepeana, Tuesta, Valdegrún, Vallazún, Vallarta, Vallartilla, Valmala, Valpuesta, Villamondar, Villalvos, Villamaderme, Villamayor de Sombría, Villamorico, Villanasur, Villanova, Villanueva del Conde, Villanueva de Guréndez, Villanueva de Judíos, Villañañe, Villapaderne y Villaseca.

(3) Este Fuero fué extensivo á El Cubeto.

Encisa 1129. D. Alfonso el Batallador
Entrena (incierto). D. Alonso VII.
Escalona 1130. De orden de Don Alonso VII.
Eslava 1198. D. Sancho el Fuerte.
Estella 1190. D. Sancho Ramírez.
Esteribar 1192. D. Sancho el Sabio.
Estremera, después de 1179. La Orden de Santiago.
Frago (El) 1115. D. Alfonso el Batallador.
Fresnillo 1104. El conde García Ordóñez y la condesa doña Urraca.
Frías (incierto). D. Alonso VIII (1).
Fuencebadón 1103. D. Felipe VI.
Fuente el Saúco 1194. La Orden de Santiago.
Fuente el Saúco (Zamora) 1133. D. Bernardo, obispo de Zamora.
Funes 1120. D. Alfonso el Batallador (2).
Gallipienzo 1117. D. Alfonso el Batallador.
Gandesa 1191. La Orden del Temple.
Golpejones 1186. D. Fernando II de León.
Guadalajara 1133. D. Alfonso VII. Hay otros posteriores (3).
Gulina 1192. D. Sancho el Sabio.
Haro 1187. D. Alonso VIII.
Hornillos 1181. D. Alonso VIII.
Huete (incierto). D. Alonso VIII.
Ibrillos 1199. D. Alonso VIII.
Illescas 1154 D Alonso VII.
Imoz 1193 D. Sancho el Sabio.
Iriberri 1174. D. Sancho el Sabio.
Jaramillo 1128. D. Pedro González, conde de Lara.
Jaulín 1193. D. Pedro, abad de Juncería.
Jesa 1173. D. Jimeno, abad del Monasterio.
Laguardia 1164. D. Sancho el Sabio.
La Real 1180. D. Alfonso II de Aragón.
Laredo 1200. D. Alonso VIII.
Lárraga 1193. D. Sancho el Sabio.
Larraun (Valle de) 1192. D. Sancho el Sabio (4).
Leiza 1192. D. Sancho el Sabio (5).
Lérida 1149. D. Ramón, conde de Barcelona.
Lombas 1166. D. Rodrigo, prior del Monasterio de Nogal.
Losarcos 1175. D. Sancho el Sabio.
Luesia 1154. D. Ramón Berenguer.
Lugo 1177. D. Alfonso VI y VII.
Llanes 1168. D. Alonso IX de León
Madrid 1118. D. Alonso VII. Hay otros posteriores.
Madrigal 1168. D. Pedro, obispo de Burgos, confirmándolo D. Alonso VIII.
Malgrad 1167. D. Fernando II de León.
Mallén 1132. D. Alfonso el Batallador.
Mansilla de las Mulas 1143. D. Alfonso VII.
Maqueda 1118. D. Alonso VII.
Marañón (incierto). D. Alfonso el Batallador.
Medinaceli 1124. D. Alfonso el Batallador.

(1) El Fuero fué extensivo á Mola.
(2) Fué extensivo á Marcilla y Peñalén.
(3) Quedaron subordinadas á esta población las aldeas de Alcoleya, Anorcini, Archiella, Ayuso, Daganzo, Dascariche, Datangiel, Dedecasfer, Ferezuela, Fontona, Galápagos, Hueva, Irueste, Oringa, Pimer y Zirudas ó Cirudas).
(4) El valle se componía de los pueblos de Albiasu, Aldaz, Allí, Arruiz, Astiz, Azpíroz, Baraibar, Echauri, Eraso, Errazquin, Gorriti, Huici, Iribas, Lecumberri, Lezaeta, Madoz, Muguiro y Oderiz.
(5) Fué extensivo á Areso.

Medina de Pomar (incierto). Don Alfonso VIII.
Mendigorría 1194. D. Sancho el Fuerte.
Mianes 1170. D. Alfonso II de Aragón.
Miranda de Arga 1162. D. Sancho el Sabio.
Mojados 1175. D. Raimundo, obispo de Palencia.
Molina Ferreras 1123. D. Juan, obispo de León.
Molina de Aragón (antes Molina de los Caballeros) 1154. El conde D. Manrique de Lara.
Molina Seca (León) 1193. D. Lope, obispo de Astorga.
Monforte 1157. D. Ramón, conde de Barcelona.
Monreal (Navarra) 1149. El rey D. García Ramírez.
Monroig 1180. D. Berenguer, obispo de Tarragona.
Montearagón 1175. D. Alfonso II de Aragón.
Motrico (incierto). D. Alonso VIII.
Múzquiz 1196. D. Sancho el Fuerte (1).
Navarrete 1175. D. Alonso VIII.
Navascués 1185. D Sancho el Sabio.
Nigriella (se cree que sea Negrilla, de Palencia), después de 1173. El prior y cabildo de Salamanca.
Novillas 1125. La Orden del Temple.
Nuevevillas de Campos 1148. Don Alonso VII (2).
Ocaña 1156. D. Alonso VII.
Odieta 1192 (3).
Olérdula 1108. D. Ramón Berenguer.
Olite 1147. D. García Ramírez.
Oreja 1139. D. Alonso VI.
Orense, de 1112 á 1126. D. Diego, obispo de la ciudad.
Padezlega ó Padulega, hoy la Pauleja (despoblado) 1168. García, abad de San Millán.
Padrón 1164. D. Fernando II de León.
Palencia 1181. D. Raimundo II, obispo de la ciudad.
Pamplona 1129. D. Alfonso el Batallador (4).
Pancorvo 1145. D. Alfonso VII.
Pardinas 1113. La reina doña Urraca.
Parral de San Miguel 1185. D. Sancho Ramírez.
Peduls 1168. D. Alfonso II de Aragón.
Peña (incierto). D. Alfonso el Batallador.
Perales (Palencia) 1115. Los condes D. Nuño y doña Teresa.
Peralta 1144. D. García Ramírez, rey de Navarra.
Pinell 1198. Fr. Bernardo de Cegunoles.
Pobladura 1110. D. Diego, abad del monasterio.
Pontevedra 1169. D. Fernando II de León.
Pozuelo de Belmonte (antes Pozolos) 1149. D. Alfonso VII.
Pozuelos 1197. D. Pedro, abad del monasterio.
Puebla de Arganzón 1191. D. Alfonso VIII.

(1) Juntamente con este pueblo se dió á los de Artazu, Orendain y Zurindain.

(2) Son estas nueve villas: Alva, ambas Amayuelas, Amusco, Fonrombrada, Piña, San Esteban, Támara y Villa Onella.

(3) Componíase este valle de los pueblos de Anocibar, Ciaurriz, Gascue, Guelvenzu, Latasa, Ostiz y Ripa Guendulain.

(4) Pamplona se componía de los burgos de San Saturnino, San Nicolás y San Miguel.

Puente de Deustambén 1166. Don Fernando II de León.
Puente de la Reina 1122. D. Alfonso el Batallador.
Rebollera 1157. El prior de Nogal.
Rivadabia 1164. D. Fernando II de León.
Roa 1143. D. Alfonso VII (1).
Ronda (Toledo) 1188. D. Alfonso VIII.
Salillas 1143. D. Ramón Larbasa y García de Varencia, sus señores.
Salinas de Añana 1110. D. Alfonso el Batallador.
Salou 1194. D. Alfonso II de Aragón.
San Andrés de Ambrosero 1136. D. Alonso VII.
San Ciprián (Palencia) 1125. Gutierre Fernández y doña Toda, su mujer.
San Cristóbal 1184. El concejo de la villa.
San Cristóbal de Labraza 1196. D. Sancho el Fuerte (2).
Sangüesa 1122. D. Alfonso el Batallador.
San Isidro de Dueñas 1152. Los monjes del monasterio de San Isidro.
San Julián 1161. El abad de Santa María de Husillos.
San Martín 1131. El abad de Sahagún.
San Martín de Añes 1132. D. Alfonso VII.
San Martín de Barbarana 1121. El abad del monasterio de San Millán.
San Martín de Unx 1197. D. Sancho el Fuerte.
San Miguel del Camino 1177. El monasterio de San Marcos de León.
San Miguel de Escalada 1173. Es una pesquisa de tributos y prestaciones.
San Pedro de Barrioeras 1194. Don Alonso VIII.
San Pedro de Dueñas 1162. D. Gutierre, abad de Sahagún.
San Per de Calanda 1172. La Orden del Temple.
San Román del Valle de Buyera 1180. D. Fernando II de León.
San Salvador 1156. D. Alonso VII.
San Sebastián 1150. D. Sancho el Sabio.
San Silvestre 1198. La Orden de Calatrava.
Santa Cara, de 1102 á 1105. Don Pedro Sánchez.
Santa María de Cortes, 1180 á 1182. El cabildo de Toledo.
Santa María de Fuentes de Don García 1160. El abad de Sahagún.
Santander 1187. D. Alonso VIII.
Santa Olalla 1124. D. Alonso VII.
Santesteban de Lerín 1192. D. Sancho el Sabio (3).
Santo Domingo de la Calzada 1125.

(1) A la jurisdicción de este pueblo quedaron agregados: Anguix, Arroyo, Berlanga, Calahorra (Calaforra), Caparrosa sobre la ribera del Duero, Elem, Fuente-agrestio, Fuente de Casares, Morales, Nava, Olmedo, Pedrosiella, Población, Pozo Sordo, Quintanas (Las), Quintanas (Las) entre Villabela y Olmedillo, Quintanilla, Quintanilla entre Olmedillo y Vasardiella, San Martín cerca de Rubiales, Santa Cruz, Santa Eufemia, Santa María entre Guzmán y Portillo, Santa María de Foira, Santa María de Páramo, Tillolongo, Torrecilla, Valbuena entre Ventosilla y Aguilera, Val de Vallegueras, Villalvilla, Villa-Astusa, Villamersón y Zopech.

(2) Se le concedieron las villas de Barriobusto (antes Gorrebusto), Carra (ó Azerra), Castellón y Espirano.

(3) Este valle se componía de los pueblos de Donamaría, Elgorriaga (ó Elgorrieta), Gaztelu, Ituren, Oiz, Santesteban, Urroz y Zubieta.

D. Alfonso el Batallador. Hay otros posteriores (1).
Santo Domingo de Silos 1126. Don Alonso VII.
San Vicente de la Sonsierra 1172. D. Sancho el Sabio de Navarra.
Sarnes 1198. D. Ricardo, obispo de Huesca.
Serón 1138. D. Alfonso VII. Hay otro posterior.
Sigüenza 1140. D. Alonso VII.
Soracoiz 1155. D. Sancho el Sabio.
Sos 1125. D. Alfonso el Batallador.
Sotesgudo (incierto). D. Alonso VII
Suriana 1153. D. Ramón Berenguer.
Talavera 1118. El primitivo Fuero no existe.
Tamarite 1169. D. Alfonso II de Aragón.
Tamayo 1194. El concejo de la población.
Tardajos 1127. El conde D. Pedro y su mujer.
Tarragona 1148. Roberto, principe de Tarragona, y el arzobispo de la ciudad.
Teruel 1176. D. Alonso II de Aragón.
Toledo 1101. D. Alonso VI. Hay otros.
Tormos 1127. D. Alfonso el Batallador.
Torralba (Huesca) 1185. D. Alfonso II de Aragón.
Tortosa 1148. D. Ramón Berenguer.
Trásçala (incierto). D. Alonso VII.
Tudela 1115. D. Alfonso el Batallador. Hay otros posteriores (2).
Tuy 1142. D. Alonso VII. Tenía ya otros anteriores.
Uclés 1179. La Orden de Santiago.
Uncastillo 1129. D. Alfonso el Batallador.
Urgel 1165. D. Bernardo, obispo de la ciudad.
Urroz 1195. D. Sancho el Fuerte.
Ustés 1195. D. Sancho el Fuerte.
Valdefuentes 1187. D. Alonso VIII.
Valfermoso 1189. D. Juan Pascasio y doña Flamba, su mujer.
Valmaseda 1190. D. Lope Sánchez de Mena.
Vallejera 1194. El prior de Nogal.
Vellosillo 1184. D. Alfonso II de Aragón.
Villaselama 1143. D. Alfonso VII.
Villadiego 1134. D. Alfonso VII. Tuvo antes el de Burgos.
Villafranca de Navarra 1191. Don Sancho el Sabio.
Villafranca del Panadés 1191. Don Alfonso II de Aragón. Hay otros posteriores.
Villafranca del Vierzo: 1191 á 1196. D. Alfonso IX de León.
Villagrasa 1185. D. Alfonso II de Aragón.
Villalmondar 1147. D. Alfonso VII. Tuvo antes el Fuero de Cerezo.
Villalonso 1147. El conde Osorio Martíniz y su mujer.
Villalobos 1173. Gonzalo y Constanza Osorio, hijos del conde Osorio.
Villalvilla 1135. D. Alfonso VII. En 1075 tenía otros.
Villamayor (Lugo) 1156. D. Pedro, obispo de Mondoñedo.

(1) Quedó comprendido en el Olgabarte, llamado también Yucarte.

(2) A este mismo Fuero quedaron sujetos los pueblos de Ablitas, Alcabet, Almunia de Alcaret, Almunia de Alfaget, Almunia de Almacera, Azut, Barillas, Basaón, Cadreita, Calchetas, Cascante (tuvo otro posterior), Castellón, Cervera del Rio Alhama, Cintruénigo (ó Centroneco), Corella, Espedolla, Estercuel, Fontellas, Fustiñana, Gallipienzo, Lor, Montagut (hoy despoblado), Mosqueruela, Murchante, Murillo, Pedriz, Pullera, Urzante y Valtierra.

Villanueva (Logroño) 1149. D. Alfonso VII.
Villaovegnio 1185. Sancho Jiménez y otros (1).
Villarluengo 1184. D. Alfonso II de Aragón.
Villasaliz 1127. Bernardo, abad de Sahagún (2).
Villasillo y Villamelendro 1180. D. Alfonso VIII.
Villavaruz 1181. Gutier Díaz y su mujer doña Teresa.
Villava 1184. D. Sancho el Sabio.
Vitoria 1181. D. Sancho el Sabio.
Vivero 1173. El obispo de Mondoñedo.
Yanguas 1145. D. Iñigo Jiménez, señor de Calahorra.
Zaragoza 1118. D. Alfonso el Batallador.
Zihuri 1168. García, abad de San Millán.
Zorita 1156. D. Alfonso VII.

SIGLO XIII

Abelgas 1217. El obispo de León D. Rodrigo Alvarez.
Acebro 1289. Fr. Fernando Pérez, abad del monasterio.
Agreda 1250. D. Alonso X.
Aguada 1207.
Aguilar 1269. D. Teobaldo II.
Aguilar de Campó 1255. D. Alonso X (3).
Alarcón 1256. D. Alonso X. Antes le dió el de Cuenca D. Alonso VIII.
Alcalá de Guadaira 1253. D. Alonso X.
Alcalá de Moncayo 1238 D. Ramón Guillén de Gayán, abad de Beruela.
Alcántara 1214. D. Alonso de León
Alcaraz 1213. D. Alonso VIII.
Alcázar de San Juan 1241. D. Rodrigo Pérez, prior de Consuegra.
Alcoba 1219. La Orden de Santiago.
Alcocer 1281. Doña Beatriz, reina de Portugal.
Alcorisa 1293. Fr. Ruy Sánchez, comendador.
Alcubillas de Avellaneda 1289. Don Sancho IV.
Alcudia 1244. Fr. Pedro Giralo.
Aledo 1293. La Orden de Santiago (4).
Alfondega 1268. La Orden de Calatrava.
Algas 1280. Pedro de Tous (5).
Alicante 1252. D. Alonso X.
Almacelles 1260. D. Jaime I de Aragón.
Almansa 1265 D. Alonso X (6).
Almaraz 1243. D. Fernando III.
Altura 1256. D. Jaime I de Aragón.
Amaya. D. Fernando III.
Andosilla 1210. D. Sancho el Fuerte
Andújar 1241. Fuero reformado por D. Fernando III. Lo tenía de D. Alonso VIII.

(1) Se concedió el mismo Fuero á Revengas, San Mamés y Villarmontero.
(2) Le pertenecen los lugares de Galleguillos y Talavera.
(3) El mismo Fuero se concedió á Brañosera, Ibia, Labraña, Orbó, Orcellón de Caderamo, Pozancos, Quintanas de Formiguera, Villaescusa y Zalcediello (Salcedillo).
(4) Fué dado también á Totana.
(5) Quedaron comprendidos en él: Albanel, Batea, Bether, Casarel y Maella.
(6) Se le dan por aldeas: Alpera, Bonete y Carcelen.

Annador 1224. La Orden de Santiago.
Añover de Tajo 1222. D. Fernando III.
Aranguren 1208. D. Sancho el Fuerte.
Arceniega 1272. D. Alonso X.
Arcos de la Frontera 1256. Don Alonso X.
Arenas de San Juan 1236. D. Fernando Rodríguez de Consuegra.
Arjona 1284 D. Sancho IV.
Armiñón 1274. D. Alonso X.
Aroche 1253. D Alonso X.
Artazu 1236. D. Teodaldo I.
Asarta 1237. D. Teobaldo I (1).
Asteasu 1203. D. Alonso VIII.
Autillo de Campos 1221. D. Fernando III.
Avila 1256. D. Alonso X.
Azután 1260. D. Alonso X.
Badostain 1201. D. Sancho el Fuerte.
Baeza 1272. D. Alonso X.
Baigorri 1234. D. Teobaldo I.
Bamba, poco antes de 1269. Don Martín, obispo de Zamora.
Banaguas 1296. D. Domingo, señor de la villa.
Barasoain 1264. D. Teobaldo II.
Bayona (Pontevedra) 1201. Don Alonso IX.
Bejís 1276. D. Roy Pérez, comendador mayor de Alcañiz.
Benavente 1225. D. Sancho IV. Los tenía ya el siglo anterior.
Benasal 1277.
Benicarló 1236. D. Jaime I.
Bermeo 1236. D. Lope Díaz de Haro.
Bilbao 1300. D Diego López de Haro.
Bocairente 1255. Jimén Pérez de Arenós (2).
Bolaños 1261. D. Alonso X.
Briones 1256. D. Alonso X.
Budosa 1204. La Orden de Santiago.
Buitrago 1256. D. Alonso X.
Burriana 1233. D. Jaime I.
Burunda (Valle de) 1208. D. Sancho el Fuerte.
Bus del Rey 1262. El abad del monasterio de Meyra (3).
Cabezón 1255. D. Alonso X.
Cabra 1258. D. Alonso X. Hay otro Fuero de 1334.
Cáceres 1229. D. Alonso IX.
Cadalso 1232. D. Fernando III.
Cádiz 1284. D. Alonso X.
Campomayor 1260. D. Pedro, obispo de Badajoz.
Camuñas 1238. La Orden de San Juan.
Canales (Aragón) 1238. La Orden de San Juan.
Cantavieja 1225. La Orden del Temple.
Cañizal de Amaya 1257. D. Alonso X
Cardedol 1272. D. Jaime I de Aragón.
Carenas 1257. D. Jaime I de Aragón. Hay otros posteriores.
Carmona 1252. D. Fernando III.
Carrión de los Ajos 1261. La Orden de Calatrava.
Cartagena 1246. D. Fernando III.
Castellote 1282. La Orden del Temple.
Castrillino 1208. La Orden de Santiago.
Castro de Oro 1254. D. Juan, obispo de Mondoñedo.
Castropol 1299. D. Fernando Alfonso, obispo de Oviedo.
Cazalla 1260. D. Alonso X
Cedillo 1216. La Orden del Hospital.
Cieza 1272. La Orden de Santiago.
Cigales 1289. D. Sancho IV.
Contrasta 1256. D. Alonso X.
Córdoba 1241. D. Fernando III.
Coria (incierto). D. Alonso X. Tuvo otro anterior.

(1) El mismo Fuero se dió á Acedo y Villamera.
(2) El mismo Fuero se dió á Agrés y Mariola.
(3) El mismo Fuero se dió á Lordomán, Marful y Sande.

Cote (Castillo de) (incierto). Don Alonso X.
Criales 1209. D. Alonso VIII.
Cuba (La) 1241. Fr. Guillermo Dagere.
Cuéllar 1256. D. Alonso X.
Cuenca (incierto). D. Alonso VIII.
Cuevas (Las) 1282. La Orden del Temple.
Cullera 1252. D. Jaime I de Aragón.
Denia 1245. D. Jaime I de Aragón.
Deva 1294. D. Sancho IV.
Ecija 1266. D. Alonso X.
Elche 1270. D. Alonso X. Hay otro posterior.
Erro 1248. El rey de Navarra don Teobaldo.
Eslida 1242. D. Jaime I de Aragón.
Espinal 1269. D. Teobaldo II.
Estavillo 1272. D. Alonso X.
Extremadura (Consejos de) 1264. D. Alonso X.
Figueras 1257. D Jaime I de Aragón.
Formariz 1262. Heymerico, abad, y el convento de Meyra (1).
Formentera (Isla de) 1285. D. Alonso de Aragón.
Fraga 1201. D. Pedro II de Aragón.
Fresneda (Teruel) 1224. D. Pardo y D. Gonzalo Sancti-Petri y otros.
Fuentelencina, D. Fernando III.
Fuenterrabía 1203. D. Alonso VIII.
Fuentes, de 1280 á 1299. D. Gonzalo García Gudiel, arzobispo de Toledo.
Gandesola 1278. La Orden del Temple.
Gandía 1253. D. Jaime de Aragón.
Genevilla 1279. Guerino de Amploputeo, merino mayor de la reina doña Juana.
Gerena 1253 D. Alonso X.
Ginebrosa 1291. D. Artal de Alagón.
Gorga. D. Jaime I de Aragón.
Grañón 1256 D. Alonso X.
Guardia (La) (Cáceres) 1272 Don Alonso X.
Guetaria 1209. D. Alonso VIII.
Herencia 1238. Ruy Pérez, comendador de Consuegra.
Huerta de Valdecarábanos 1204. Martín Martínez.
Idoate 1210. D. Sancho el Fuerte.
Ibiza 1285. D. Alonso de Aragón.
Iglesiola 1261. D. Pedro, obispo de Astorga.
Iglesuela 1241.
Ilundaín 1298. D. Sancho el Fuerte.
Iniesta 1213. D. Alfonso VIII.
Inzura 1201. D. Sancho el Fuerte.
Iriberry 1208. D. Sancho el Fuerte.
Irurzun (incierto). D. Sancho el Fuerte (2).
Iznatoraf 1240. D. Fernando III.
Jaén 1246. D. Fernando III.
Jaraicejo 1295. D. Sancho IV.
Játiva (incierto). D. Jaime I de Aragón.
Jerez de los Caballeros 1253. Don Alfonso X.
Jérica (incierto). D. Jaime I de Aragón (3).
Labastida 1242 D. Fernando III.
Lana 1281. La reina doña Juana (4).
Lanestosa 1287. D. Lope, conde de Haro y señor de Vizcaya.
Lanz 1264. D. Teobaldo II.
Lasarte 1286. D. Sancho IV.

(1) El mismo Fuero se dió á Gasala, Iusaa, Lagunas de Susana (Las), Pipín y Vimieyras.

(2) El mismo Fuero se dió á Echeverri, Izurdiaga (antes Guzurdiaga), Irañeta y Satústregui.

(3) El mismo Fuero se concedió á los vecinos de la Sierra de Eslida y valles de Ahin, Fanzara, Pelmes, Senguier, Veo, Zuela y Zuera.

(4) El Fuero era anterior, y entonces se prometió su conservación. El mismo Fuero se dió á los cinco pueblos de este valle: Galbarra, Gastiain, Narcue, Ulibarri y Viloria.

Lences 1295. D. Fernando III.
Lerín 1211. D. Sancho el Fuerte.
Liria 1253. D. Jaime I de Aragón.
Lizarraga 1210. D. Sancho el Fuerte.
Lora del Río 1259. La Orden de San Juan.
Lorca 1257. D. Alfonso V.
Luarca 1270. D. Alonso X.
Lugillas 1255. Raimundo, obispo de Segovia.
Llerena 1297. La Orden de Santiago.
Madridejos 1238. Frey Ruy Pérez, comendador de Consuegra.
Mallorca 1230. D. Jaime I de Aragón. Hay otros posteriores.
Medina Sidonia 1288. D. Sancho IV.
Mélida 1256. D. Teobaldo II.
Mérida 1235. D. Bernardo, arzobispo de Cempostela, y D. Rodrigo Iñigo, comendador de Santiago.
Miguel Turra 1230. D. Martín Rodríguez, maestre de Calatrava.
Mijangos 1209. D. Alfonso VIII.
Mirafuentes 1236. D. Teobaldo I de Navarra (1).
Mirambel 1243. La Orden del Temple.
Miranda 1235. D. Jaime I de Aragón.
Molina Seca (Murcia) 1283. D. Alfonso X.
Montpeller 1258. D. Jaime I de Aragón.
Monasterio 1253. D. Alonso X.
Mondragón (antes Arrasate) 1260. D. Alonso X.
Monesma de Barbastro 1285. La Orden del Temple.
Monreal (Toledo) 1207. La Orden de Santiago.
Montánchez 1236. La Orden de Santiago.
Monteagudo 1263. D. Alonso X.
Montealegre 1219. La Orden de Santiago.
Montemolín 1253. D. Alonso X.
Montesa 1289. D. Alonso III de Aragón (2).
Montiel 1243. La Orden de Santiago (3).
Morella 1259. D. Jaime I de Aragón
Morón. D. Alonso X (4).
Moya 1210. D. Alfonso VIII.
Muela de Morón 1294. D. Fernando IV (5).
Mula 1245. D Fernando III (6).
Munárriz 1253. D. Teobaldo I.
Murcia 1266. D. Alonso X.
Murillo (incierto). D. Teobaldo II.
Murillo el Fruto 1207. D. Sancho de Navarra. Tenía otro anterior.
Murviedro 1248. D. Jaime I de Aragón.
Navamorcuende 1276. El concejo de Avila.
Niebla 1263. D. Alonso X.
Nora á Nora (Asturias) 1243. El concejo de Oviedo.
Ochacaín (tal vez sea Osacaín) 1201. D. Sancho el Fuerte.
Olaiz 1201. D. Sancho el Fuerte (7).
Onda 1248. D. Jaime I de Aragón (8).
Onteniente 1249. D. Jaime I de Aragón.
Ontígola 1202. La Orden de Santiago.
Orduña 1229. D. Diego Díaz de Haro.

(1) Fué extensivo á Ubago.
(2) Fué extensivo á Vallada.
(3) Eran aldeas de esta población Alcozar y Alcubillas.
(4) Fué extensivo al castillo de Cote.
(5) El mismo fuero se otorgó entonces á las aldeas de Castalborne, Latonelos Anchos, Limillán, Molina del Cincho y Torrebueno.
(6) El mismo Fuero se dió á Molina-Seca y Valderricote.
(7) El mismo Fuero se dió á Ochacaín y Veraiz.
(8) Fué extensivo á Tales.

Orihuela 1265. D. Alonso X.
Oropesa 1274. D. Alonso X.
Orta 1296. La Orden del Temple. Tenía otros anteriores á 1191.
Oya 1286. D. Sancho IV.
Oyarzun 1237. D. Fernando III.
Palamós 1277. D. Pedro III.
Palazuelos 1224 D. Domingo, abad del monasterio.
Palmiches 1289. D. Sancho IV.
Pampliega 1209. D. Alonso VIII.
Párrega 1225. D. Alfonso IX de León.
Pedrosas 1229. D. Fernando, infante de Aragón.
Peñacerrada (después de 1200). D. Alonso VIII.
Peñafiel 1256. D. Alonso X. Tenía otro anterior de D. Sancho, conde de Castilla.
Peñaflor 1255. D. Alonso X.
Peñalver 1272. La Orden del Hospital.
Per 1208. D. Alonso VIII. (Se ignora qué pueblo sea éste; acaso es abreviatura).
Pignero 1243. D. Alvaro González, señor del lugar.
Plasencia 1262. D. Alonso X. Tenía antes el Fuero de Cuenca.
Plencia 1299. D. Diego López de Haro.
Pola de Lena 1266. D. Alonso X.
Pontesinos 1212. La Orden del Hospital.
Portilla (también Soportilla) hacia el año 1300. D. Fernando IV.
Pozuelo (El) 1245. Fr. Bernardo, abad de Bernela.
Puebla de Muro 1286. D. Sancho IV.
Puebla del Prior 1257. La Orden de Santiago.
Puentedeume 1272. D. Alonso X.
Puerto Mingalbo 1261. El obispo y cabildo de Zaragoza.
Quero 1241. D. Rodrigo Petriz, comendador de Consuegra.
Quincena 1266. D. Juan, abad del monasterio de Montearagón.
Quintanilla de Onsoña 1292. Pero González, comendador del Hospital.
Quintanillas de Burgos 1219. Don Rodrigo Rodríguez.
Raigadas 1256. La Orden de Alcántara.
Requena 1257. D. Alonso X.
Rioseco 1230. El monasterio de Villarcayo.
Rivas de Sil 1225. D. Alfonso IX de León.
Romana 1211. El abad del monasterio de Rueda.
Rosellús 1237. La Orden de Montesa.
Rua 1250. D. Juan, obispo de Mondoñedo.
Salas 1270. D. Alonso X.
Salinillas de Buradón 1289. Don Sancho IV.
Salvaleón 1227. D. Alonso IV de León.
Salvatierra de Alava 1256. D. Alonso X.
Salvatierra (antes Ovelva) (Aragón) 1208. D. Pedro II de Aragón.
San Cucufate del Vallés 1209. Don Pedro II de Aragón.
San Esteban del Puerto. D. Fernando III.
San Feliú de Guixols 1287. El abad del monasterio.
San Jorge de Alfama 1201. D. Ramón Berenguer.
San Juan de Cella 1209. D. Alfonso VIII y D. Pedro, abad del monasterio.
San Lucas de Amposta 1273. La Orden de San Juan.
San Llorente de Páramo 1262. Don Nicolás, abad del monasterio de Sahagún.
San Mateo 1237. La Orden del Temple.
San Román de las Peñas 1255. Don Alonso X.
Santa Cruz de Campezo 1256. Don Alonso X.
Santa María de Balonga 1269. Don Alonso X.

DE CASTILLA Y LEÓN

Santa María de Ortugueira. 1255. D. Alonso X.
Santesteban de la Solana 1263. D. Teobaldo II (1).
Santiago de Malvas 1287. D. Sancho IV.
Santiuste 1233. D. Rodrigo, arzobispo de Toledo.
San Vicente de Castrotoraf 1220. D. Martín Peláez, maestre de Santiago.
San Vicente de la Barquera 1210. D. Alfonso VIII.
Segura 1290. D. Sancho IV.
Segura de la Sierra 1246. El maestre de Santiago D. Pelay Pérez.
Segura de León 1274. El maestre de Santiago D. Pelay Pérez.
Senia 1295. Fr. Roberto, abad del monasterio de Rueda.
Sevilla 1250. D. Fernando III. Hay otros posteriores (2).
Siero (Pola de) 1270. D. Alfonso X. Hay otro posterior.
Siete Aguas 1260. Doña Berenguela Fernández.
Siliebar 1254. D. Alonso X.
Simacoa (incierto). D. Alonso IX.
Simancas 1255. D. Alonso X.
Subiza 1210. D. Sancho el Fuerte.
Sueca 1244. Fr. Pedro Giralt, comendador del Hospital (3).
Talamanca 1223. El cabildo de Toledo.
Tariego 1296. D. Fernando IV.
Tejada 1253. D. Alonso X.
Tembleque 1241. Ruy Pérez, comendador de Consuegra.
Tiebas 1263. D. Teobaldo II de Navarra.
Tolosa 1256. D. Alonso X.
Toro 1222. D. Alonso IX. Hubo otro anterior.
Torralva (Navarra) 1263. D. Teobaldo II.
Torre de Tiedar 1247. Fr. Domingo, primer obispo de Baeza y de Jaén.
Torrente 1248. Fr. Pedro Grenacia, comendador del hospital de Valencia.
Trevejo 1230. La Orden del Hospital.
Treviño 1254. D. Alonso X. Tenía otro anterior.
Tronchón 1272. La Orden del Temple.
Trujillo 1256. D. Alonso X.
Tudela de Duero 1255. D. Alonso X. Tenía otro anterior.
Turleque 1248. Frey Guillén de Mondragón, comendador de Consuegra.
Uceda 1222. D. Fernando III.
Uldecona 1222. La Orden de San Juan.
Unzue 1264. D. Teobaldo II de Navarra (4).
Valdecañas de Algodor 1248. La Orden del Hospital.
Valderejo 1273. D. Alonso X. Tenía otro de D. Alfonso VIII.

(1) Componíase este valle de los pueblos de Arróniz, Azqueta, Barbarin, Iguzquiza, Labiaga, Luquín, Santa Gama, Urbiola y Villamayor.

(2) El Fuero de Sevilla se otorgó también en 1253 á Alcalá de Guadaira, Alcalá del Río, Alfayar de Campo, Alfayar de la Peña, Almonaster, Andébalo, Aracena, Aroche, Ayamonte, Azuaga (ó Zuaga), Castiel, Castilrubio, Castillo de Valera, Ciudadira, Constantina, Corriel, Cortegana, Cuentos, Cuerva, Guillena, Hazelaques, Hanalcázar, Haznalfarache, Jerena, Jerez de Badajoz, Monasterio de Solibar, Montegil, Montemolín, Mora, Nodar, Segonza, Serpa, Solucar (San Lucar la Mayor), Tejada, Torres, Triana, Zufre, y en 1260 á Brenes, Cazalla, Tercia y Umbret.

(3) Esta concesión comprendía á Alboraix y Ciencellas.

(4) Fué concedido á todos los pueblos del valle de Orba, que eran Amatrian, Arazubi, Beriain, Echagüe, Eristain, Leoz, Mendivil, Munarrizqueta, Oloriz, Olleta, Orba, Orizin y Unzue.

Valdosma 1285. D. Sancho IV.
Valencia 1238. D. Jaime el Conquistador.
Valencia de Alcántara 1262. La Orden de Alcántara.
Valtablado 1212. D. Pedro, obispo de Astorga.
Vall de Uxó 1250. D. Jaime el Conquistador.
Valladolid 1258. D. Alonso X. Hubo otros anteriores y posteriores.
Vecilla (La) 1268. La Orden de Alcántara.
Verama 1210. D. Sancho el Fuerte (1).
Vergara 1268. D. Alonso X.
Viana 1219. D. Sancho el Fuerte.
Villacañas 1230. Ferrant Ruiz, comendador de Consuegra.
Villafranca de Guipúzcoa 1268. D. Alonso X.
Villafrontín 1201. El obispo de León D. Manrique y su cabildo.
Villahermosa 1242. El rey moro de Valencia.
Villalva 1224. La Orden del Temple.
Villamayor 1237. D. Teobaldo.
Villamayor (Zaragoza) 1276. Don Bernardo, abad del monasterio de Beruela.
Villamiel 1235. La Orden del Hospital.
Villar del Pozo 1228. La Orden del Hospital.
Villarente 1254. Heymerico, abad del monasterio de Meyra.
Villareal 1273. D. Jaime el Conquistador.
Villarta Quintana 1208.
Villarrubia de Ocaña, de 1204 á 1207.
Villasandín 1204. La Orden de Santiago.
Villasbuenas 1256. La Orden de Alcántara.
Villaturde 1278. Frey Marcos, comendador del Hospital.
Villaudela 1243. D. Fernando III.
Villaverde 1219. D. Fernando III.
Villaverde 1248. La Orden del Hospital.
Villavicencio 1221. D. Miguel, abad de Sahagún. Tuvo otro muy anterior.
Villavicencio (incierto). D. Fadrique, almirante de Castilla.
Villaviciosa (Oviedo) 1270. D. Alfonso X.
Villeruela 1297. D. Fernando IV.
Vinaraloz 1236. D. Gil de Atrosillo, alcalde de Peñíscola.
Vuva (Asturias) 1270. D. Alonso X.
Yabar 1210. D. Sancho el Fuerte.
Yecla 1280. El infante D. Manuel, hijo de D. Fernando III.
Yepes 1223. D. Rodrigo Jiménez de Rada.
Zaragozilla 1297. D. Jaime II (2).
Zarauz 1237. D. Fernando III.
Zarza (La) 1266. La Orden de Alcántara.
Zarzuela 1291. La Orden de Calatrava (3).
Zúñiga 1278. Los reyes de Navarra.

SIGLO XIV

Aguilar de la Frontera 1353. Don Pedro de Castilla.
Aibar 1397. D. Carlos III de Navarra.
Albacete 1375. D. Alonso de Aragón.
Albarracín 1370. D. Pedro IV de Aragón.

(1) Fué extensivo á Iriberri y Navar.
(2) Fué extensivo á Villar del Salz.
(3) Fué extensivo á Darazutan, Villagutierre y el Viso.

Alboraya 1331.
Alcalá la Real 1341. D. Alonso XI.
Alcaría 1394. La Orden de San Juan.
Alcaudete 1328. D. Alonso XI.
Alegría de Alava 1337. D. Alonso XI.
Algeciras 1345. D. Alonso XI.
Almazara 1331.
Anguas 1390. El abad de Montearagón.
Arán (Valle de) 1313. D. Jaime de Aragón.
Aranaz 1312. D. Sancho el Fuerte.
Arbós 1368. El infante D. Juan.
Ayala 1373. D. Fernán Pérez de Ayala.
Azcoitia (antes Miranda de Iraurgui) 1331.
Azpeitia (antes Garmendía y también Salvatierra) 1311. D. Fernando IV.
Baracaldo 1366. D. Tello, señor de Vizcaya.
Benifallím 1316. D. Bernardo de Crudilles, señor de Penáguila.
Borox 1335. Ordenanzas del concejo.
Briviesca 1313. La infanta doña Sancha, abadesa de las Huelgas.
Cabacers 1310. D. Pedro Bettelo, arzobispo de Tortosa.
Campo de Criptana 1328. La Orden de San Juan.
Camprodón 1321. D. Jaime II de Aragón.
Candelada 1393. D. Enrique III.
Carcamo 1332. D. Alonso XI.
Carlet 1330. D. Alonso IV de Aragón (1).
Carriedo (Valle de) 1326. D. Alonso XI.
Cascante 1364. D. Carlos II.
Cehegín 1307. La Orden del Temple. Hay concesiones anteriores.
Cestona 1383. D. Juan I.
Chelva 1369. D. Juan Alfonso, señor de Exerica.
Ciudadela 1301 D. Jaime II de Mallorca (2).
Colmenar de las Ferrerías 1393. D. Enrique III.
Corral de Almaguer 1315. La Orden de Santiago.
Echarri-Aranaz 1312. Engarrán de Villers, gobernador de Navarra.
Eibar 1346. D. Alonso XI.
Elburgo 1337 D. Alonso XI.
Elgoibar 1346. D Alonso XI.
Elgueta (antes Campos de Maya) 1335. D. Alonso XI.
Elorrio 1356. D. Tello de Castilla y doña Juana Núñez, su mujer.
Espronceda 1324. D. Alonso Robray, gobernador de Navarra.
Fresneda (Alava) 1332. D. Alonso XI.
Gata 1341. La Orden de Alcántara.
Gozón 1309. D. Fernando IV (3).
Guardia (La) (Toledo) 1304. Don Gonzalo, arzobispo de Toledo.
Guernica 1366. D. Tello de Castilla, señor de Vizcaya.
Hellín 1318. D. Alonso XI.
Hernani 1389. D. Juan I.
Huarte-Araquil 1359. El infante D. Luis, hermano de D. Carlos II.
Iruela 1370. D. Gómez, obispo de Toledo.
Jumilla 1257. D. Pedro I.
Labrada 1393. D. Enrique III.
Lagunarota 1329. La Orden de Calatrava.
Langreo 1338. D. Juan, obispo de Oviedo.
Larrabezua 1376. El infante don Juan Enrique, señor de Lara y Vizcaya.
Lequeitio 1325. Doña María Díaz de Haro.
Lerma 1302. D. Fernando IV.
Llanos 1387. La Orden de Santiago.

(1) Fué extensivo á Benimodot, Janquer y Mazalet.
(2) Sus Fueros son los de Menorca.
(3) Este pueblo fué donado á Avilés, con los de Carreño, Castrillón, Corvera é Illes.

Lucena 1344. D. Alonso XI.
Mahón 1301. D. Jaime II.
Manresa 1393. D. Juan I de Aragón.
Marquina 1355. D. Tello, señor de Vizcaya.
Mascarell 1331. D. Gilaberto Zanoguera.
Miravalles 1375. D. Juan, señor de Vizcaya.
Miravet 1317. La Orden de San Juan.
Monreal (Alava) 1338. D. Alonso XI.
Monroy 1309. D. Fernando IV.
Munguía 1376. El infante D. Juan
Muño 1332. D. Alonso XI.
Ocañuela 1335. La Orden de Santiago.
Ojacastro 1314. D. Fernando IV (1).
Olmos de Valdesgueva 1367-71. D. Enrique II.
Olvera 1327. D. Alonso XI.
Ondarrúa 1327. Doña María Díaz de Haro.
Orio 1349. D. Juan I.
Palma (Córdoba) (incierto). Don Egidio Bocanegra.
Pardiñas 1331. Tenía antes los Fueros de Aragón y tomó los de Valencia.
Pedralva 1354. D. Pedro IV de Aragón (2).
Pedro Muñoz 1324. La Orden de Santiago.
Peñas-Altas 1345. D. Pedro IV de Aragón.
Perpiñán 1396. D. Juan I de Aragón Ordenanza sobre los jueces de la huerta.
Placencia 1343. D. Alonso XI.
Portillo 1325. D. Alonso XI. Tuvo otros el siglo anterior (3).
Portugalete 1333. Doña María, viuda del infante D. Juan.
Posadas 1328. La Orden de Santiago.
Priego 1341. D. Alonso XI.
Puebla de Almoradiel 1341. La Orden de Santiago.
Puebla de D. Fadrique 1343. El infante D. Fadrique.
Puebla de Sancho Pérez 1353. La Orden de Santiago.
Quart de Poblet 1334. D. Pons, abad del monasterio de Poblet.
Querol 1391. D. Juan I.
Quintanar de la Orden 1344. El infante D. Fadrique.
Rentería 1320. D. Alonso XI.
Rianzuela 1353. D. Nuño, arzobispo de Sevilla.
Rigoitia 1376. El infante D. Juan.
Rivadeo 1376. El obispo de Oviedo D. Alfonso.
Salinas de Léniz 1331. D. Alonso XI.
San Cristóbal de la Berrueza 1317. Dos enviados del rey D. Felipe.
Santa María la Real de Nieva 1395. Doña Catalina, reina de Castilla.
Santervás de Campos 1334. Los abades de Sahagún. Acaso los hay anteriores.
San Vicente de Arana 1326. Don Alonso XI.
Soto 1310. D. Fernando IV (4).
Tarifa 1310. D. Fernando IV.
Tavira 1372. D. Juan, hijo y heredero de D. Enrique II. Tuvo privilegios anteriores.
Toboso 1339. La Orden de Santiago
Toranzo (Valle de) 1337. D. Alonso XI.
Torres (Navarra) 1342. D. Felipe III.

(1) Se dió el mismo Fuero á Ezcaray, Valgañón y Zorraquín.
(2) El Fuero se hizo extensivo á Raal.
(3) Esta villa fué sometida al concejo de Valladolid con sus aldeas Ainares, Aldea de San Miguel, Aldeamayor, Aldehuela (La), Barconanes, Cardiel, Campo (El), Camporredondo, Coferadez, Cornejo (El), Compasquillo, Espardelas, Parrilla (La), Pedraja (La), Renedo, Reoyo, Reviella y Torre (La).
(4) Fué extensivo á Aldeanueva.

Tovarra 1325. D. Alfonso XI.
Ursibil (antes Belmonte de Ursibil) 1370. D. Enrique II.
Utrera 1398. D. Enrique III.
Vadocondes 1306. D. Fernando IV.
Vega de Espinareda 1336. Hernando, abad del monasterio.
Vega de Doña Limpia 1324. Don Gonzalo de Carrión, comendador del Hospital
Vich 1388. D. Juan I de Aragón.
Villaescusa de Haro 1387. D. Fadrique, maestre de Santiago.
Villajos 1328. Vasco Rodríguez, maestre de Santiago.
Villamayor (acaso de Santiago) (antes las Chozas) 1321. La Orden de Santiago.
Villanueva del Arzobispo (antes la Moraleja) 1396. D. Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo.
Villanueva del Cardete 1328. Don Vasco Rodríguez, maestre de Santiago.
Villaovieco 1339. Doña María Díaz de Sandoval.
Villareal de Alava 1333. D. Alfonso XI.
Villareal de Guipúzcoa 1383. Don Juan I.
Villaro 1338. D. Juan Núñez de Lara y su mujer doña María Díaz de Haro.
Villatovas 1328. La Orden de Santiago.
Vivel 1367. D. Juan Alfonso, señor de Exerica.
Zumaya 1347. D. Alonso XI.

SIGLO XV

Antequera 1448. D. Juan II.
Bernedo 1491. Los Reyes Católicos.
Cazorla 1417. D. Sancho, arzobispo de Toledo. Hay fueros anteriores del arzobispo D. Rodrigo Jiménez.
Lillo 1430. El arzobispo D. Juan Contreras.
Osa 1410. La Orden de Santiago.

SIGLO XVI

Santa Cruz 1523. El maestre de Santiago D. Pelay Pérez.

Debemos advertir, respecto de estos Fueros, que su carácter y circunstancias varían hasta lo infinito: unas veces son cartas de población; otras son privilegios, exenciones, ordenanzas, concordias ó pactos, y media de unos á otros, en cuanto á su mérito, extensión y valor legal, una distancia inconmensurable.

Hubo, además de los citados, otros Fueros respecto de los cuales no constan con exactitud las fechas de su otorgamiento ni los reyes ó señores que los dieron, pero de cuya existencia hay noticias ó indicaciones más ó menos vagas. De esta clase de Fueros cita el catálogo formado por la Academia de la Historia los que vamos á indicar.

Aguero, Aizcorbe, Alberca, Aldea de San Miguel, Alfonceya, Alhambra, Almodóvar del Campo, Alvares, Arandigoyen, Ataun, Atienza, Auka, Avilés, Azcón, Badajoz, Betanzos, Boria, Borovia, Campo de Piedra, Campó, Cellaperta, Cervatos, Cornago, Cornudilla, Criales, Curue-

ña, Epila, Fuentidueña de Tajo, Gibradón, Gijón, Gineta, Guevara, Huelva, Jerez de la Frontera, Jova de Alcudia, Labastida de Clarenza, Legazpia, Maleján, Matute, Medina del Campo, Mendoza, Monzón de Campos, Muneo, Ochandiano, Pasajes, Pastrana, Portu, Puebla de Montalvan, Quintanillas (Las), Rabanal, Rápita, Ricla, Roda, Ruesca, Santa Gadea, San Tirso, Tarazona, Tudelón, Viguera, Vilches, Villaescusa y Zamora (1).

APÉNDICE C (pág. 94).

Fuero de Villavicencio.

Hec est notitia et carta per foros de Legione ad homines de Castello de Villa Vicentii facta idem.

In primis de illis, qui ad abitandum venerint alvendarii, cuparii, servi sint ingenui, et absoluti, sed si fuerit Mauros comparatos, aut filius Mauri vadat cum suo seniore, et alii habitatores suscipiantur in testimonium per totam suam regionem, sicuti milites foras habitantes.

Non requirant ibi homicidium, non Nucium, non Maneria, non Rausum, non Forsatarium.

Et ille qui homicidium fecerit, si captus et calumniatus fuerit pro illo, et potuerit dare fideiussores pro suo pacto solvere; non prendant suam kasam, nec suum ganato, et si ante fugierit, prendant medietatem de suo habere; et illi alia mediatat remaneat ad suam mulierem, et ad suos filios, et ille homicida ne sit pos nobem dies reversus fuerit, nullam calumniam iam non timeat, sed vigilet se ab inimicis, mortui enim propinqui timendi sunt.

Si plaga facta fuerit, ille qui fecerit, et qui calumniam similiter fecerit componat secum culpato a prece, vel pretio, aut rogo, et si ille qui plagatus fuerit, et vocem suam sagionem dederit non amplius quam media canatella de vino, requirat ab eo, qui placam fecit.

Unusquisque in propria domo, quem voluerit, Dominum habeat et seniori, et de solare, in quo habitat donet pro suo foro decem panes, et media kanatellam de vino, et una quarta de carnero, aut duos lumbos non magis, nisi sua sponte; et si voluerit vendere suam kasam et suum laborem primum vendat cum Domino de suo solare in quamtum fuerit preciatum quam ad alium hominum, si ille non voluerit, vendat ad cui eum quesierit, et ille qui ibi sua kasam habuerit, aut ille qui ibi ad mer-

(1) Antequera, *Historia de la legislación española*, págs. 553 á 569.

candum venerit, et portaticum non dederit de toto iudicio et tota calumnia ibi faciat directo, et non demandet medium pro directo facere.

Omnes vineatarii eiusdem ville in unoquoque anno pro die Sancti Migaelis donent unusquisque sex denarios, et faciant duas karreiras in anno, et sic quomodo ipse die revertatur in domum suam vel suas kasas. Et dent illis et iumentis suis panem, et vinum, et cibaria ad suas bestias adfluenter, et non ingravient illud vinum, quod vendierint, nisi quando preconem de palatio audierint, et sic fraudaverint mensuram vini, donent solidos quinque.

Omnes alii habitatores panem et vinum vendant quomodo voluerint et quale tempus fuerit, et similiter teneant rectam mensuram et equalem; et si illam fraudaverint, quinque solidos solvant ad partem senioris.

Et quicumque cibaria vendiderit in mercato, et illas machilas celaverit, et cum quonitus fuerit, duplent illas palam.

Omnes Macellarii per pesum vendant totas carnes de vaka, et de porco, et de carnero, et de cabra, et dent singulos adrelles de sevo, et singulos otros ad apotegam de palatio, in diebus estatis semel in anno, et in una hebdomada denarium et in alia medacula solvant.

Omnes panatarie et piscatores, qui panem in foro vendiderint, per unaquaque hebdomadam solvant singulo argenzeos, idem denarium demedium: et pensa panis minuta fuerit, quinque solidos ei solvat, et levat penas et suplicium secundum volumtatem populi.

Nullus vicarios de sior quando ibi senior venerit, audeat prehendere mulierem per violentia pro ad farinam, vel per ad servicium, nec succurram ducant in pretio dato: ut nullam mulierem non faciat directo de alico iudicio sine suo marito: ut nulla calumnia plus sit in fidiatu quam in solidos quinque, et sic ibi casam habuerit, et nullo homo non debet perdere suo solare pro nulla mala que faciat.

De illis qui furtum fecerint expurget se per kalida desiderio in sursum, et qui fornacem fecerit in domum suam pro pane alieno quoquere, pariat solidos quinque in tantum ad sua...

Qui in baralia cum suo vicino sakaverit lanzam, pariat suo concilio centum solidos.

De karrecatara de Sal de una eminda, et una travessa, de cata emina illo quod paraverit.

De napos tres denarios, de asino uno denario, de peone uno garfato.

De Karrata de Rabanos viginti, et asino decem, et de peone quinque.

De karro de alios aut de cepolas viginti restes de octo capecas, de assino decem restes, de peone karregato quinque restes.

De panatero non fuit sic de civitate, quomodo de foras de pane que

vendiderit non det portatico, nec ille qui pane comparaverit non det portatico.

Et quis homo de foras fuerit, et ad mercato venerit comparelio de zapatones aut de avarcas, quantas quere, non det portatico.

Et qui vendiderit duas tordacas non det portatico.

Qui avarquero fuerit det uno parelio cata mense.

De karro de materia tres denarios, qui illa vendiderit, et qui illa comparaverit homo de foras de tres denarios.

De karro de latas octo.

De karrata de arcos octo, de assino duos, de peone uno.

De karrecatura de Pice uno torale.

De karrele de vino unum solidum, et una terreza de vino, de assino quinque quartellas.

De karrecatura de fierro una relia, de dua relias una medalia.

De kavallo uno solidum.

De Bobe tres denarios.

De Reselo uno denarium.

Et qui morator fuerit de Kastella de toto isto non det portatico nullo.

Et nullo Maiorino non perdat homo qui venerit ad mercato, et si fecerit culpat, adducat illum ante alkaldes, et dederit fidiatores, solvat illud; et si non habuerit fideatores peerquirant illos alkaldes illa culpa: et quale culpa fecerit tale roquet, et si illo presserit, et ad alkaldes non aduxerit, et ille senior non vedat, vada illo concilio sua kasa de illo maiorino, et vendent quomodo quesierint, et nullo homo non penior ad mecadeiro de dia martes ad die joves ora de misa, aut de quale die, qui ibi fecerint mercado, qui venerit ad mercado, et si pignoraverit pariat sexaginta solidos ad partem de seniorem, et duplet illum canato ad illo concilio, et quantum prehenderit in casa aliena sin mandato de alkaldes ad suo dono, pariat in duplo.

Et si alkaldes enviarent pennores prehendere, et revelarent cum eos pariat quinque solidos al concilio; et si livores fecerit, pectet ad qui illas fecerit; et si illo alkalde ad sua kasa fuerit penior prehendere, et illos tollerent, pariat quingentos solidos ad illum concilium.

Et si veritate fecerint ad illo alkalde mitant eum in manus, et posateiro non colliat, set per rogo, et qui precone audierit, et ad concilium non queserit, pariat quinque solidos ad concilium.

Didacus notum Presbiter qui ✠ (1).

(1) Muñoz y Romero, *Colección de Fueros Municipales*, págs. 171-174. —Escalona, *Historia del Monasterio de Sahagún*, pág. 440.

APÉNDICE D (pág. 94).

Fuero de Calatayud.

In Dei nomine et eius gratia, scilicet Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen. Gratia Dei, ego quidem Alfonsus rex facio hanc cartam donationis et confirmationis ad vos totos populatores de Calatayub, qui ibi estis populatos et in antea ibi veneritis populare, et pro amore Dei, et quod bene populetis, et sedeat populata, et totas gentes ibi veniant populare cum bona voluntate, et sedeatis ibi congregati ad honorem domini nostri Iesu-Christi, et Sanctae Dei genitricis Mariae Virginis, et omnium Sanctorum, ad honorem et salutem christianorum, et ad confusionem et maleditionem paganorum, destruat illos dominus Deus, Amen.

Dono et concedo vobis quod habeatis foros tales quales vos ipsi mihi demandastis: in primis quod habeatis medianeto cum totas meas terras ad vestram portam de Calatayub, et nullo homine de Calatayub non sit preso per nulla ocasione foras de Calatayub, et non respondeat foras de suo concilio ad nullo homine, et qui inde eum forzaverit pectet M. moravetos, tertia pars ad regem, et tertia ad concilio, et tertia ad quereloso, et adiuvet illi senior et concilio.

Et totos populatores qui venerint ad Calatayub populare, de totos debitos quae habuerint factos, et calonias et damnos fuerint super illos de rege, et de totos allios homines, sint solutos et finitos, et ubicumque habuerunt haereditates et habere, habeant illum totum solutum, et ingenuum, liberum, et francum per vendere, et dare et impignorare, cui ipsi voluerint.

Et si evenerit causa, quod inveniant homine mortuo in termino suo. non sit homicidio pariato.

Et homine qui non sit de Calatayub, si mataverit hominem de Calatayub aut prendiderit, vel discabalgaverit, pectet M. moravitos, tertia pars ad regem, et tertia ad concilium, et tertia ad quereloso.

Et si homine de Calatayub mataverit suo vicino, et parentes de mortuo firmare potuerint, ipse qui fecit pectet CCC. solidos, C. solidos ad regem, CC. solidos ad suos parentes, et sit ille qui fecerit homiciero: et si non potuerint firmare parentes, salvet se cum XII iuratores vicinos, et qui fuerit homiciero, sicut superius dixit, extet intro in sua casa, post novem dies exeat de villa, et stet foras usque habeat amorem de parentes mortui.

Et qui fuerit mortuus, et non habuerit parentes, concilio accipiat suo homicidio, et pareat per sua anima ubi fuerit necesse.

Et vicino de Calatayub qui potuerit tenere homines in suo solare christianos, aut mauros, aut iudeos, ad illos respondeat et non ad nullo allio seniore.

Et nullo vicino qui rapuerit sua vicina, qui sit de Calatayub, paret illam in medianeto ante suos parentes et vicinos de Calatayub; et si voluerit illa ire ad suos parentes, pectet ipso aravitore ad parentes de muliere D. solidos, et postea sit homiciero; et si illa voluerit stare cum illo vivant se, ut melius potuerint, et illa sit homiciera.

Similiter vicino qui sua vicina forzaverit, et illa venerit voces mitendo, et illa duos testes habuerit, pectet ut superius dixi, et sit homiciero; et si non potuerit illa firmare, et ipse negaverit, salvet se cum XII iuratores, et si se non potuerint salvare, pectet, ut superius dixi.

Et vicino qui sacaverit armas super suo vicino intro in civitate, pectet LX solidos, tertia pars ad regem, tertia ad concilium, tertia ad quereloso.

Similiter qui venerit in bando super suo vicino et feriat vel peliarat, pectet LX solidos, similiter per tres partes.

Et Concilio de Calatayub quod habeant iudicem qualem ipsum voluerint, et sit usque ad anno, et postea quomodo placuerit ad illos.

Et qui excucierit pignus ad iudice, pectet illi V solidos, et qui excucierit pignos ad sayone, pectet sex denarios, et iudex qui fuerit ipse demandet las calomnias, qui evenerint ad seniore.

Et nullo vicino non sit merino de rege, neque de seniore, et qui ibi intraverit pectet M. solidos al concilio.

Et senior qui fuerit de Calatayub non firmet super nullo vicino.

Et nullo vicino de Calatayub non donet leztda in tota terra de domino rege, et qui illi tulerit per forza, pectet M. moravetis in tres partes, ut superius dixi.

Et ad vicino cui pignoraverint per comprare cavallo, videat concilio sua bona, et si habuerit ad comprare, compret.

Et si habuerit dominos noster rex lite campale, vadat tertia parte de illos cavalleros, et de illa tertia parte, ipse qui non fuerit in oste, pectet unum solidum.

Et cavalgatores, qui exierint de Calatayub, de ganancia quam fecerint, emendent plagas totas, et alcent cavallos, et donent una quinta de captivos, et de ganato vivo, et de totas alias causas non dent nata. Et si evenerit quod prendat captivo, qui sit rex, sit de domino rege et de allio captivo sua quinta.

Et nullo cavallero de rege, neque de seniore, neque de nullo homine non habeat posadta in casa de vicino de Calatayub, sine sua voluntate.

Et habeant vicinos de Calatayub fornos, et bannos, et tendas, et molinos, et canales, ubi unusquisque melius potuerit facere.

Et qui debuerit iurare per homicidio et per batalla, iuret super altare, et per alias causas iuret super cruze de fuste, aut de petra. Et dicat qui debet iurare: per Deum et ista cruze, iuro tibi et non nulla causa alia, et dicat qui prendet la iura: quod si mentet, perduto sit ille qui iurat: respondeat una vice, amen: et non sit ibi altera achiachia, neque referta in iura, et non pas super la cruce, et placito, de iura de sole ad sol.

Et vicino qui ad allio feriat intret illi in manos, sit pedone, sit cavallero.

Et vicino de Calatayub non habeat manaria.

Qui fuerit fidiator de mandamento post medio anno non respondeat.

Qui fuerit fidiator de pacato, quamdiu vixerit respondeat: post mortem eius non respondeat uxor eius, neque filii, neque nullo parente per illo.

Homiciero qui fugerit ad Calatayub, aut qui aduxerit muliere rapita, si aliquis incalcaverit illos, non intret post illos in termino de Calatayub, usque faciat scientem ad concilio.

Et qui incalcaverit suo vicino per ferire, aut prendere, et si inserraverit illum in sua casa, et ferirat vel pulsarat ad sua porta, et si habuerit ipse inserrado duos testes, pectet ipse qui malefecit ad ipso, qui fuit inserrado, CCC solidos; et si non habet testes iuret sibi altero, ubi iurant per homicidium, quod non fecit; et testes falsos sint tornados per batalla.

Et nullo vicino solvat pignora de alio, nisi ganato qui mane exit de villa et nocte debet venire, et iuret domino de ganato qui mane exivit, et de nocte debet venire, et postea vadat ille per quod est pignorato, et mitat fidanza per ante suo iudice, et si noluerit prendere faciat illi testes, et veniat se; et postea domino de ganado tradat illum, et melius potuerit.

Et qui prexerit pignus de suo vicino et ingarraverit illos foras de casa, duplet illo.

Et toto vicino qui fuerit de Calatayub, si fecerit ille virto sennior aut allio vicino faciat, rancura in concilio et postea adiuvet illi concilio, et si noluerit illi adiuvare concilio, laxet ibi in villa uxor eius, et filius, et habere, et toto quanto habet, et sit illi salvo per ad illo, et postea exeat de villa, et pignoret ad concilio, ubi melius potuerit, usque duplet illi suo habere concilio.

Et toto mauro, qui est in termino de Calatayub, et fugerit ad escusso, donet concilio sua hereditate ad christiano, et de iudeo similiter fiat.

El christianos, et mauros, et iudeos comprent unus de allio, ubi voluerint et potuerint.

Et christiano qui mataverit iudeo aut mauro, si fuerit manifesto, pectet CCC solidos; et si negaverit, salvet se cum sibi altero, cum iura quod non fecit.

Et christiano firmet ad iudeo cum christiano, et iudeo ad christiano similiter, et de mauros similiter fiat.

Et christiano iuret ad iudeo et ad mauro super cruce.

El iudeo iuret ad cristiano in carta sua atora tenendo.

Et mauro qui voluerit iurare ad christiano et dicat: Alamin catzamo ettalat, teleta.

Et clericos qui fuerint in Calatayub, sedeant unusquisque in suas ecclesias et donent quarto ad episcopo, et quarto ad sua ecclesia de pane, et vino, et corderos et de nulla allia causa non donent quarto, et serviant suas ecclesias, et habeant foros et iudices, sicut suos vicinos.

Et qui vendet hereditatem, ipse qui comprat illa in colatione de ipso, qui vendet, ibi vadat, et ibi faciat suo mercato.

Et de hereditate que fuerit vendita per L solidos, et in suso donet in roboratione, qui comprat duos solidos: et si voluerit dare duos solidos, donet ad quator homines iantare.

Et qui compraverit hereditatem, et tenuerit illa postea medio anno, non respondeat pro illa a nullo homine.

Testimonia falsa qui per batalla cadet, duplet illo habere.

Et latrone qui furtaverit, et postea negaverit, et litiaverit, et cadet, duplet illo habere ad suo domino, et novenas ad palacio.

Et toto ganato forano de Calatayub, qui post tres dies steterit in termino de Calatayub, donet montatico de busto, baca, et de grege, carnero medio ad seniore, medio ad concilio.

Et vicino de Calatayub non donet quinta in nulla parte, nisi in Calatayub.

Et qui tenet captivo mauro in Calatayub, et per ipso mauro tenet christiano in terra de mauros, veniant parientes de christiano, et donent in quanto fuit comprato ipso mauro et de despesa quae habet facta, et accipiat de mauro, et tradat suo christiano, et si non exierit postea per illo, et christiano ipse qui fuit domino de mauro, si voluerit accipiat suo mauro, et tornet habere quae praesit.

Et qui pignoraverit in villa sine sayone, VI denarios pectet ad iudicem.

Et primo populator qui venerit non respondeat ad allio, qui postea venerit de nullo pecato, neque danio antea facto.

Et si duo populatores in uno venerint, et uno ad allio demandaverit, stent ad laudamento de concilio.

Et qui malaverit, vel escabenaverit muliere maritata, et habuerit duos testes, pectet qui fecit CCC solidos ad marito, et ad parentes de muliere, et si non habet testes, veniat cum duodecim, et iurent los VI cum illo. Et si muliere ad alia malaverit intret in manus; et si fecerit livores pectet illos, si habet testes: et si non habet testes iuret per suo cavo.

Et si mauros et christianos levarent ganado de vicino de Calatayub, et postea tornaverint ipso ganado cabalgadores de Calatayub, veniat domino de ganado, et iuret sibi altero, quod suum fuit, et non illum dedit, neque vendidit; et si est cavallo, aut equa, aut mullo donet quinque solidos, et prendat sua bestia, et de bove, et de asino unum solidum.

Et homine de Calatayub si aflaverit captivo qui fugiat, qui sit de villa, habeat inde quinque solidos; et si non fuerit de vicino, habeat in illo lo medio.

Et homine de Calatayub qui habuerit rancura de allia terra et fuerit ad ipso concilio, unde habet rancura, et non fecerit ibi illi nullo directo, faciat ibi homines, et postea veniat a Calatayub, et prendat homines et faciat pignora de campo, et de ipsa pignora quae fecerit, prendat in asadura LX solidos.

Et si in ipsa pignora homines de Calatayub alio homine mactarent, non sit homicidio parcato.

Et si christiano ad iudeo ferirat, non intret illi in manus, et si fecerit livores, et habuerit iudeo et christiano pectet los livores; et si non habet testes, iuret quod non fecit, et de mauro similiter fiat, et de iudeo contra christiano, similiter fiat.

Et si christianos vel mauros levarent ganado de Calatayub in prenda, et cavalleros vel pedones, qui excucierint ipso ganado foras de termino, prendant de cavallo, equa, et mullo, V solidos, et de asino, et de bove unum solidum, et de res minuta de la caveza duos denarios: et isto termino de isto ganado sit tale quale est scripto unde terra partimus.

Et insuper de totos foros et iudicios, et cotos, qui fuerint inter vicinos minutos et grandes, qui non sum scriptos in ista carta, quod sint in alvitrio, et laudamento de toto concilio, domino Deo adiuvante.

Et qui fecerit plaga ad suo vicino, undas exeant osos, pectet qui fecit ad ipso plagato LX solidos.

Et qui crebaverit dente ad suo vicino, pectet C solidos.

Et qui talaverit mano de suo vicino, aut pede, vel oculos sacaverit, vel nares talaverit, pectet homicidio.

Et si mancipio qui estat ad soldada mataverit homine, et quamdiu steterit cum suo amo demandarent illi faciat directo, et postea qui exierit de suo amo, suo amo non respondeat.

Et si nullo homine habuerit batalla cum suo vicino, et per ipsa batalla filios de ipsos homines mataverit, parentes pectent homicidio.

Et si pater filium suum mataverit, et pro pecatis inde morierit, non sit homicidio pariato.

Et si ferirat cavallo vel bove, vel alia bestia, ad homine, et inde morierit, non sit homicidio pariato; set si fecerit allios livores pectet illos.

Et si casa caderat, et mataverit homine, non sit homicidio pariato.

Et si homine caderat in canale de molino, vel lacenia, et morirat, non sit homicidio pariato.

Et nullo vicino de Calatayub, qui pasarat per los portos de Pampilona, vel per ipsos de Iaca, non donet lezda in ida neque in venida, et qui illi priserit pectet mille moravetinos per tres partes, ut superius dixi.

Signum Adefonsi Leonensi Regis (1).

Ego Ramiro, Dei gratia, Rex, petierunt mihi cavalleros de Calatayub una dona, et ego dono eis cum bona voluntate et bona mente, villa quae dicitur Aranda cum suo termino, ut habeant illa libera, et firma per secula cuncta, amen. Et quod non donent maius quinta, sed donent decimum, et faciant illos azores, et illas turres de Calatayub de illa renda, quam se levaverint in villa et in termino eius.

Et ego quidem, gratia Dei, Rex Adefonsus dono vobis terminos ad homines de Calatayub. Dono vobis Todas cum suo termino, et quomodo las acuas cadent usque ad Calatayub, et quomodo vadit illa serra de Castella pro nomine Albediano, et quomodo vadit ipsa serra de Midorna usque ad Calatayub. Et dono vobis Berdello cum suo termino usque ad Calatayub. Et dono vobis Carabantes cum suo termino usque ad Calatayub. Et dono vobis Albalat cum suo termino, et inde usque ad Calatayub. Et dono vobis Tariza cum suo termino, et inde usque ad Calatayub. Et dono vobis Anchol cum suo termino, et inde usque ad Calatayub. Et dono vobis Millemarcos cum suo termino usque ad Calatayub. Et dono vobis Guixema cum suo termino usque ad Calatayub. Et quomodo vadit la mata de Maxaran, et sic exit ad ipsa torre de la ciudat. Et dono vobis Cubel cum suo termino, et inde usque ad Calatayub. Et dono vobis Villafelice cum suo termino usque ad Calatayub. Et dono vobis Longa cum suo termino, et inde usque ad Calatayub. Et dono vobis Codos cum suo termino usque ad Calatayub. Gratia Dei excripta carta in mense December sub era MCLXIX. Et fuit roborata ista carta in die Sancti Stefani de manu Regis in villa, quae dicitur Bisense.

Signum Regis Raymiri.—Signum Regis Adefonsi.

Et sunt inde testes auditores et visores: Comite de Palares, Comite Artalo. Senior Eneco Semenones de Estrematura. Beltran de Larbas. Sancio Fortunones de Exaverre. Episcopus Petrus in Rota. Senior in Capella Belenes, Gombaldo. Senior Garcia Garcez in Bisense. Petrus Yadbert in Anzarare. Episcopus Arnaldus in Hosca. Senior in Hosca Sancio Iobanes. Senior Tizon in Boilo. Senior Atto Garcez in Barbastro. Episcopus Garcia in Zaragoza. Senior Lop Garcez in Alagone. Senior

(1) Tanto esta firma como toda la donación siguiente, interpuestas en época posterior, según advierte el estudioso y erudito crítico D. Tomás Muñoz Romero (ob. cit., pág. 458), interrumpen el texto del documento primitivo.

Horti Ortiz in Borgia. Comite de Perticas in Tudela. Episcopus Michael in Tirazona. Senior Fortun Lopez in Soria. Senior Fortun Acenarez in Verlanga. Senior Lope Eneguez in Monterregale. Episcopus Sancius in Pampilona. Senior Petrus Tizone in Estella. Senior Fortun Garcez Kasal in Najera. Senior Lopez in Sors et in Ricla. Episcopus Sancius in Najera. Senior D. Gomez in Cirezo. Latron, senior in Alaba. Senior Petrus Momec in Ayronic. Regnante me, Dei gratia, Rex Adefonsi de Bilforado usque ad Pallares, de Bayona usque in Regalis Monte. Et si aliquis Rex vel Comite aut senior vel vicino hoc superscriptum disrumpere, vel fraudare voluerit, non habeat partem in Deum vivum et verum, qui fecit coelum et terram, mare et omnia quae in eis sunt, sed habeat iram Domini Dei Omnipotentis, et eiusdem domini nostri Iesu-Christi Sanctae Dei, genitricis et virginis Mariae, et beatorum Apostolorum Petri et Pauli, et omnium sanctorum, et sit maledictus et anathematizatus, et non habeat partem cum sanctis Dei, neque cum nullis bonis christianis, sed cum Iuda traditore, qui dominum tradidit, tribulationes et ansiam, et dolorem et inferno inferiori pari pena patiatur, Amen, Amen, Amen, fiat, fiat, fiat. Et ego, gratia Dei, Rex Adfonsus totum hoc superscriptum laudo et concedo, et confirmo vobis varonis de Calatayub, ut sit salvum, et securum, et liberum, et firmum, ad vos, et omnis generatio, vel posteritas vestra, salva mea fidelitate, et omni mea posteritate per secula cuncta. Et qui hoc scriptum vobis forzare, vel traere voluerit sit tale quale superius dictum est, amen. Omni tempore valeat, amen.

Et ego quidem, gratia Dei, Ramirus Rex hoc superius scriptum laudo vobis, et concedo et confirmo per secula cuncta. Et sunt inde testes: Senior Lop Lopez in Calatayub. Senior Castano in Bel. Senior Lop Fortunones in Albero. Senior Ferriz in Santa Eulalia. Rodrigo Peydrez in Torbeyra. Petrus Romeo, senior in Senavo. Senior Sancio Sanz de Esun in Morcaz. Garcia Garcez, maiordomo in Grustan. Senior Sein Garcez de Albero in Pena. Senior Lop Garcez Atayne in Melcorna. Et Capellanos in Capella D. Eneco, et Abate D. Fortunio in monte Aragone. Senior Zecodin de Navasa in Bilella. Scripta carta in mense Octobris, II nonas sub era MCLXXII, intro in Calatayub. Et qui hoc scriptum disrrumpere voluerit sit tale, quale superius dictum est. Et in prima vice habeat ira Dei et de omnibus XII Apostolis, et maledictio Dei, et omnium sanctorum veniat super illo, et super generatione eius, amen. Signum ✠ Raymundi Comes.=Signum Regis Ildefonsi filii Raymundi Comitis Barchinonensis. Qui autorizo hoc superscriptum, salva mea fidelitate et de omni mea posteritate. Sunt testes: dominus archiepiscopus B. Tarragone, et dominus Guillermus, Eps. Barchinone, et D. Epo. Petro Zesarauguste, et D. Martino Epo. Tirasone, et Comite de Pallares, et D. Petro de Castellazol, senior in Calatayub, et Fortunio Acenarez de Tarazona,

et Pedro Ortiz, et D. Pelegrin, et Guillen Escriva, et Guillen de Casthelivelz, et Petrus Pardo, et Sancius Rasena, et Petrus Perez de Ferrer. Era MCC die cal. septem (1).

APÉNDICE E (pág. 116).

Gobierno y fuero que dió San Fernando á la ciudad de Sevilla cuando la conquistó (2).

En el nombre de Aquel que es Dios verdadero y perdurable, que es un Dios con el Hijo y con el Espíritu Santo, e un Señor trino en personas y uno en sustancia, y aquello que El nos descubrió de la su gloria, y nos creemos dél, aqueso mesmo creemos que nos fué descubierto de la su gloria, y de su Hijo y del Espíritu Santo, y así lo creemos y otorgamos, la deidad verdadera perdurable adoramos propiedad en personas, e unidad en esencia, é igualdad en la divinidad, y en nombre de esta Trinidad que no se departe en esencia, con el cual nos comenzamos y acabamos todos los buenos fechos que faciemos, aquese llamamos nos que sea el comienzo y acabamiento de nuestra obra. Amén.

Arremiémbrese á todos los que este escrito vieren de los grandes bienes, e grandes gracias, e grandes mercedes, e grandes honras, e grandes bienandanzas que fizo y mostró Aquél que es comienzo e fuente de todos los bienes á toda la christiandad; e senialadamente á los de Castiella y de León en los días y en el tiempo de nos Don Fernando, por la gracia de Dios, rey de Castiella, de Toledo, de León, de Galicia y de Sevilla, de Jaén, entiendan y conoscan, cómo aquellos bienes fizo y mostró contra cristianos y contra moros, y esto non por los nuestros merecimientos, mas por la su gran bondad, e por la gran misericordia, e por los ruegos, e por los merecimientos de Santa María, cuyo siervo nos somos, e por el ayuda que nos ella fizo con el su bendito Hijo, e por los ruegos, e por los merecimientos de Santiago, cuyo alférez nos somos, e cuya seña tenemos, y que nos ayudó siempre á vencer, e por facer bien, e mostrar su merced á nos y á nuestros hijos, y á nuestros ricos omes, y á nuestros vasallos, y á todos los pueblos de España hizo y ordenó, y acabó que nos que somos su caballero, y por el nuestro trabajo y con el ayuda, y con el consejo de Don Alfonso, nuestro fijo primero, e Don Al-

(1) Noticias mss. sacadas de los archivos de Calatayud por D. José Aparicio y González. Muñoz, *Fueros Municipales*, págs. 467-468.

(2) De Zúñiga en sus *Anales de Sevilla*.

fonso, nuestro hermano, e de los otros nuestros fijos, e con el ayuda e con el consejo de los otros ricos omes, y nuestros leales vasallos Castellanos y Leoneses, conquisiésemos toda la Andalucía á servicio de Dios y ensanchamiento de la christiandad, más lleneramente y más acabadamente que fué conquistada por otro rey e nin por otro ome ó manguer que mucho nos honró, e nos mostró grande merced en las otras conquistas de la Andalucía más abundante e más lleneramente tenemos que nos mostró la de su gracia, e la de su merced en las conquistas de Sevilla que fecimos con la su ayuda e con el su poder, cuanto mayor es e más noble Sevilla que las otras ciudades de España. E por esto nos el rey Don Fernando, servidor y caballero de Cristo, pues que tantos bienes e tantas mercedes, y en tantas maneras recibimos de Aquel que es todo bien, tenemos por derecho y por razón de hacer parte en los bienes que Dios nos fizo á los nuestros vasallos, y á los prelados que nos poblaron Sevilla; y por esto nos rey Don Fernando en uno con la reyna Doña Juana nuestra mugier, y con el infante Don Alfonso, nuestro fijo primero heredero, e con nuestros fijos Don Fadric é Don Enric, dámosles y otorgámosles este fuero y estas franquezas que esta carta dice:

Damos vos á todos los vecinos de Sevilla cumunalmente fuero de Toledo, y damos y otorgamos de más á todos los caballeros las franquezas que han los caballeros de Toledo, fuera ende tanto que queremos que allí ó dice fuero de Toledo, que todo aquel que tenga caballo ocho meses del año que vala 30 mrs. que sea escusado á fuero de Toledo, mandamos por fuero de Sevilla que el que toviere caballo que vala 50 mrs. que sea escusado de las cosas en que es este escusado en Toledo. Otrosí damos y otorgamos á los del barrio de Francos, por merced que les facemos, que vendan y compren francamente e libremente en sus casas sus paños, e sus mercancías en gros, ó á detal, ó á varas, que todas cosas que quieran comprar e vender en sus casas que lo puedan facer, y que hayan hi pellejeros, e alfayates, así como en Toledo, e que puedan tener camios en sus casas; e otrosí facémosles esta merced demás de que no sean tenudos de guardar nuestro alcázar, ni en el alcaycería de Pebato, ni de otra cosa, ansí como no son tenudos los del barrio de Francos en Toledo. Otrosí les otorgamos que no sean tenudos de darnos emprestido ni pedido por fuerza, e dámosle que hayan honra de caballero según fuero de Toledo, e ellos hannos de facer hueste como los caballeros de Toledo. Otrosí damos e otorgamos á los de la mar por merced que les facemos que hayan su alcalde que les juzgue toda cosa de mar, fuera ende homecillos, y caloñas, y andamientos, deudas y empeñamientos, e todas las otras cosas que pertenecen á fuero de tierra; e estas cosas que pertenecen á fuero de tierra e no son de mar, hanlas de juzgar los alcaldes de Sevilla por fuero de Sevilla, que les nos damos de Toledo, y este

alcalde debemos le nos poner, ó los que reynaren después de nos; y si alguno no se pagare del juicio de este alcalde, que el alcalde cate seis omes bonos que sean sabidores del fuero de la mar, que lo acuerden con ellos e que muestre al querelloso lo que él y aquellos seis omes bonos tienen por derecho; e si el querelloso non se pagare del juicio que acordare el alcalde con aquellos seis omes bonos, que se alce á nos, é á los que reynaren después de nos. E damos e otorgamos que podáis comprar o vender en vuestras casas, paños y otras mercaderías en gros, y á detal, como quisiéredes; damos vos veinte carpinteros que labren vuestros navíos en vuestro barrio, y damos vos tres ferreros y tres alfaxemes, y damos vos honra de caballeros según fuero de Toledo, e vos havedes nos de facer huestes tres meses cada año por mar á nuestra costa y á nuestra minción con vuestros cuerpos, e con vuestras armas, e con vuestro conducto dando vos navíos; e de los tres meses adelante si quisiéremos que nos sirvades, habemos vos á dar por qué. Por esta hueste que nos habedes de facer por mar, escusamos vos nos de facer hueste por tierra con el otro concejo de la villa, fuera cuando ficiere el otro concejo hueste en cosas que fuesen en término de la villa, ó de la pro de la villa, y en tal hueste como ésta habedes de ayudar al concejo, e de ir con ellos. E otrosí damos vos carnicería en vuestro barrio, é que den á nos vuestro derecho; e mandamos comunalmente á todos los que fueren vecinos e moradores de Sevilla, también á caballeros como á mercaderes, como á los de la mar, como á todos los otros vecinos de la villa, que nos den diezmo de alxarafe y del figueral; y si alguno vos demandare demás de este diezmo que á nos haveres de dar al alxarafe y del figueral, que nos seamos tenudos de defender vos, y de amparar vos contra quien quiera que vos lo demande, ca esto del alxarafe y del figueral, e del almojarifazgo, es del nuestro derecho. E mandamos que de pan e de vino, e de ganado, e de todas las otras cosas que dedes vuestro derecho á la Iglesia, así como en Toledo; e este fuero de Toledo, á estas franquezas vos damos y vos otorgamos por fuero de Sevilla por mucho servicio que nos ficiste en la conquista de Sevilla, si Dios quisiere, y mandamos y defendemos que ninguno non sea osado á venir contra este nuestro privilegio, nin contra este fuero, nin contra estas franquezas que aquí son escritas en este privilegio, que son dadas por fuero de Sevilla, nin menguarlas en ninguna cosa, ca aquel que lo ficiere habrá nuestra ira, e la de Dios, e pechar ha en coto á nos, y á quien reynare después de nos cien marcos de oro.

Facta carta apud Sivillam Regis expensis, xv. junii, era M.CC.LXXXVIII annos. Et nos prenominatus rex Ferdinandus regnans in Castella, Legione, Galletia, Sivilla, Corduba, Murcia, Jaeno, Baetia, hoc privillegium quod fieri iussi, approbo, et manu propria roboro, et confirmo.

Ecclesia Toletana vacat. c.
Infans Philipus, Procurator Ecclesiæ Hispal. c.
Egidius Burgensis. Eps. c.
Nunnius Legion. Eps. c.
Petrus Zamorensis. Eps. c.
Petrus Salmanicensis. Eps. c.
Rodericus Palent. Eps. c.
Raymundus Secov. Eps. c.
Edigius Oxemensis. Eps. c.
Matheus Conchensis. Eps.
Benedictus Abulensis. Eps. c.
Aznarius Calagurrit. Eps. c.
Egidius Tudensis. Eps. c.
Joannes Mendoniensis. Eps. c.
Santius Cauriensis. Eps. c.
Alphonsus Lupi c.
Alphonsus Telli c.
Munnius Gonsalvi c.
Rodericus Gomez c.
Rodericus Frolaz c.
Gomecius Ramirez c.
Simon Roderici c.
Alvarus Petri c.
Joannes Garcia c.
Gomecis Roderici c.
Paschasius Gien. Eps. c.
Adam Placent. Eps. c.
Ecclesia Cordobensis vacat.
Petrus Astoric. Eps. c.
Leonardus Civitat. Eps. c.
Michael Lucensis. Eps. c.
Joannes Ariensis. Eps. c.
Rodericus Gomecii c.
Joannis Petri c.
Ferdinandus Joannis c
Rodericus Rodereci c.
Alvarus Didaci c.
Pelagius Petri c.

Didacus Lupi de Faro Alferez domini Regis conf.
Rodericus Gonsalvi maior Merinus in Castella conf.
Ferrandus Gonsalvi maior Merinus in Castella conf.
Petrus Guterri maior Merinus in Legione conf.
Nunnius Ferrandi maior Merinus in Galletia conf.

Santius Segoviensis scripsit de mandatu Raymundi Segoviensis Episcopi, et domini Regis Notarii, anno tercio illo quo idem gloriosissimus rex Ferdinandus cepit Hispalim nobilissimum civitatem, et eam restituit cultui christiano.

APÉNDICE F (pág. 130).

Capitulación de Valencia.

Nos Jacobus, Dei gratia, rex Aragonum et regni Maioricarum, comes Barchinone et Urgelli, et dominus Montispesulani, promitimus vobis Zayen Regi, neto regis Lupi et filio de Modef, quod vos et omnes mauri, tam viri quam mulieres, qui exire voluerint de Valentia, vadant et

exeant salvi et securi cum suis armis et cum tota sua ropa mobili quam ducere voluerint et portare secum, in nostra fide et in nostro guidatico, et ab hac die presenti quod sint extra civitatem usque ad viginti dies elapsos continue. Preterea volumus et concedimus, quod omnes illi mauri qui remanere voluerint in termino Valentie remaneant in nostra fide salvi et securi, et quod componant cum dominis qui hereditates tenuerint. Item assecuramus et damus vobis firmas treugas per nos et omnes nosotros vasallos, quod hinc ad septem annos dampnum malum vel guerram non faciamus per terram nec per mare nec fieri permitamus in Deniam nec in Cuileram nec in suis terminis; et si faceret forte aliquis de vassallis et hominibus nostris, faciemus illud emendari integre secundum quantitatem eiusdem maleficii. Et pro hiis omnibus firmiter atendendis, complendis et observandis, Nos in propria persona juramus et facimus jurare domnum Ferrandum, infantem Aragonum, patruum nostrum; et domnum Nunonem Sancii, consanguineum nostrum; et domnum P. Cornelii, maiorem domus Aragonum; et domnum P. Ferrandi de Acagra, et domnum Garciam Romei, et domnum Rodericum de Lizana, et domnum Artallum de Luna, et domnum Berengarium de Entenza, et G. Dentenza, et domnum Atorella, et domnum Assalitum de Gudar, et domnum Fortuni Aznariz, et domnum Blascum Maza, et Rogerium, comitem Pallariensem; et Guillelmum de Montecatano, et R. Berengarium de Ager, et G. de Cervilione, et Berengarium de Eril, et R. G. de Odena, et Petrum de Queralt, et Guillelmum de Sancto Vincentio. Item Nos P., Dei gratia, Narbonensis, et P., Terrachonensis, archiepiscopi et Nos Berengarius, Barchinonensis, P., Cesaraugustanus, V., Oscensis, G., Tirasonensis, Ex., Sogobricensis, P., Dertusensis, et V., Vicensis, episcopi, promitimus quod hec omnia supradicta faciemus atendi et atendemus, quantum in nobis fuerit et poterimus, bona fide. Et ego Zayen, rex predictus, promito vobis Jacobo, Dei gratia, regi Aragonum, quod tradam et reddam vobis omnia castra et villas que sunt et tenent citra Xuchar, infra predictos, scilicet, viginti dies, abstractis et retentis michi illis duobos castris, Denia, scilicet, et Cuilera. Data in Rozafa in obsidione Valentie, IV kalendas octobris, era M.ª CC LXX sexta.=Sig†num Guillelmi, scribe, qui mandato domini regis, pro domino Berengario, Barchinonensi episcopo, cancelario suo, hanc cartam scripsit, loco, die et era prefixis.

APÉNDICE G (pág. 150).

El Cronicón de Cardeña dice de Alfonso X lo siguiente (1):

«Era de MCCCXXII años de la era del Emperador César. Era de MCCXXXXIV años que Jesu Christo vino en Santa María, murió el muy noble Rey Don Alfonso, fijo del Santo Rey D. Fernando e della Reyna Doña Beatriz, Martes antes de Pascua, IV días andados de Abril. Este fué el deceno Rey de este su nome, que ovo en Castilla, e en León, e fué muy bueno, e muy sesudo, e seyendo Infant ganó el Reyno de Murcia; e fué con el Rey Don Fernando su padre en ganar á Sevilla, e después que fué Rey ganó el Reyno de Niebla, é Xerez, e otros Castiellos muchos en la Frontera; e fizo Caballero al Rey de Inglaterra Don Adovar, e después á el Rey Don Dionis de Portugal, e después á Don Felipe Emperador de Costantinopla, é á Rodolfo Rey de Alemaña, e á muchos omes onrrados, que vos non podremos aquí contar. E por bondat que este Rey ovo en sí, esleyéronle los de Alemaña por Emperador, e fu á vistas á Belcayente con el Papa, e seyendo allá, vinol que era finado so fijo Don Fernando. O oviera á ser Emperador, si non por la fuerza que fizo la Iglesia. De si por consejo de omes malos quel consejaron cosas, porque se ovo de desavenir de con sos gentes, e los de la tierra pidieron merced al Infant Don Sancho, so fijo, que los manto, viniese á fuero, e á derecho fasta que combrasen merced del Rey so padre: e esto duró dos años e medio. E cuando el Infant D. Sancho e todos los de la tierra venien con él á la su merced, quisol Dios levar para sí. E este Rey Don Alfonso regnó XXXII años, e así fué toda su vida LXII años e medio. E después de esto la Reyna Doña Violante su mujer, fija del Rey de Aragón, el año del Jubileo fué á Roma, e á la venida adoleció en Ronces-Valles, e finó; e yace y enterrada»

APÉNDICE H (pág. 151).

Privilegio dado á Sevilla por Alfonso X el 6 de diciembre de 1252.

Dice así: Conoszuda cosa sea á todos los ommes que esta carta vieren como yo Don Alfonso por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Iaen,

(1) P. Flórez, *España Sagrada*, tomo XXIII, pág. 379.

vi privilegio del muy noble y muy alto, y mucho honrado y bien aventurado rey Don Fernando, mio padre, de la merced y de los buenos Fueros que dió al Concejo de la noble ciudad de Sevilla, fecho de tal manera: Porque los fechos de los Reyes ayan la remembranza que merecen son de meter en escrito por ende, yo Don Fernando, Rey de Castiella, de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Iahen codician seguir mios engendradores en mios fechos quanto pudiere é querient confirmar las franquezas é las alabadas costumes que ellos dieron á los sus fieles, en uno con mi mugier Doña Beatriz, Reina, e con mio fijo Don Alfonso, e con consentimiento, e con placer de Doña Berenguela, Reyna mi madre, fago carta de dado e de reabramiento e de confirmación e de establecimiento e valedera para siempre á Vos Concejo de Toledo et cavalleros, et cibdadanos, et tambien á los Mozárabes cuomo á los castellanos et á los francos et á los que son et á los que serán después. Dovos et confirmovos todo cuanto se contiene en vuestras franquezas et vuestra pro, en estos de yuso escritos privilegios, que ganaron los que antes fueron de Nos et de nuestros engendradores, el tenor de los cuales fize escribir *verbo ad verbum* en una carta en esta manera:

En el imperio de la Sancta et non departida Trinidat, conviene á saber, del Padre, et del Fijo, et del Espíritu Sancto, un Dios poderoso de todas las cosas, á aqueste pleito renovado et tajamiento muy firme mando renovar, et confirmar el onrado Rey Don Alfonso Fijo de don Remondo et a todos los cibdadanos de Toledo; conviene á saber, á los cavalleros, et á los Mozárabes, et á los francos, por fieldad et la igualdat dellos, aquellos privilegios los cuales diera á ellos el Rey Don Alfonso, su abuelo, dele Dios muy buena folganza, mejoró et confirmó por amor á Dios et por remision de todos sus pecados de esta guisa.

Todos sus juicios de ellos sean judgados segun el Fuero Juzgo ante diez de sus mejores et más nobles et más sabios de ellos, que sean siempre con el Alcalde de la Cibdad para escojer los juicios de los pueblos et que todos en den en testimonio asaz en todo so Reino.

Et otrosí que todos los clérigos, que de día et de noche rueguen á Dios poderoso de todas las cosas, por sí et por todos los Christianos, et ayan libres todas sus heredades et non den diezmo.

Otrosí, dió franqueza á todos los cavalleros, dió franqueza de portazgo de cavallos e de mulas en la Cibdad de Toledo. Et si algún christiano cativo saliere por moro cativo, que non dé portazgo: et cuanto el Rey diere á los Alcaldes de Toledo de dones et de otras proses sea departido entrellos: conviene á saber, entre los castellanos, et gallegos, et mozárabes, como fueren en carta los unos de los otros; et que también los cavalleros cuomo los cibdadanos de Toledo non sean prendados en todos sos Reynos, et si alguno fuere osado de prendar á alguno de aquellos de

todos sus reynos, doble aquella prenda, et pague al Rey sesenta sueldos; et los cavalleros dellos non fagan cabida, sinon en fonsado en el anno, et quien fincare del fonsado sin verdadera escusanza, peche al Rey diez sueldos; et quien fincare de aquellos et toviere cavallo et loriga, et otras armas del Rey, ereden todas aquellas cosas sos fijos et sos parientes los más cercanos, et finquen los fijos con la madre onrrada et libres en la onrra de su padre fasta que puedan cavalgar. Et si la mugier fincare sennora sea onrrada en la onrra de so marido.

Otrosí, aquellos que moraren en sus solares et dentro en la Cibdad ó fuera en las villas et acaescieren contiendas ó baraxas entrellos todas las calonnas dellos sean dellos. Et si alguno de aquellos quisiere ir á Francia ó a Castiella ó a Galicia ó a cualquiera otra tierra, dexe cavallero en su casa que sirva por él mientras él va et vaya con la bendición de Dios; et quien quisiere con su mugier yr á sus eredades allende tierras, dexe cavallero en su casa et vaya en Otubre et venga en primer Mayo, et si á este término non viniere et diere verdadera escusanza, peche al Rey sesenta sueldos; mas si non levare su mugier non dexe con ella cavallero, pro venga á este plazo.

Et otrosí, los labradores de las viñas, et los labradores de los trigos den del trigo, et del hordío, et del fruto de las viñas la décima parte al Rey, et non más; et sean escojidos á recebir esta décima ommes fieles et temientes de Dios et recibientes galardon del Rey et que se adueha en el tiempo de trillar las mieses á los Alfolís del Rey et en el tiempo de las vendimias á los lagares del Rey, et sea recebida dellos con verdadera et igual mesura, veyendolos dos ó tres de la Cibdad que sean fieles; et á estos que décima pagaren al Rey non sea sobre ellos servicio de facer, nin sobre las bestias dellos, nin criba nin valederas en la Cibdad nin en el Castillo, mas sen onrrados et libres et de todas las licencias amparados et qualquier daquellos que quiera cavalgaren cualquier tiempo cavalgue et entre en las costumbres de los cavalleros. Et quien quier que oviere eredat ó villa cerca de los rios de Toledo, et en aquel rio mismo, molino ó pesquería, et quisiere labrar carneria, pueda facerlo sin todo miedo; et sobre todo aquesto ayanlo sos fijos et los sos erederos dellos todas sos eredades firmes et estables por siempre; et que vendan et que compren los unos de los otros y que den á quien quisieren et cada uno faga en su eredat segun su voluntad.

Et otrosí; si su abuelo, a quien dé Dios paraiso, tollio su eredat alguno de ellos por ira ó por tuerto, sin culpa paladina, que sea tornado en ella, demas aquel que oviere eredat en cualquier tierra del imperio, aquel mando que sayones non entren en ella, nin merinos, mas sean amparados por amor del poblamiento daquel, et ayuda de Dios, de quantas cibdades de los moros el quisiere cuomo afiuza de prender et así

cuomo aquellos que daquellas mismas cibdades fueren, irán rencombrando sus eredades et que las recombren de Toledo con los moradores de Toledo para sí. Otrosí aquellos que allen sierra son si algun juicio ovieren con algun Toledano que venhan á medianedo á Calatarifa et y se juzguen con él.

Et por cumplir los mandamientos de los Santos Padres et porque Dios embargase más so reyno mando que ningun judio ni ningun moro aya ningun mandamiento sobre ningun Christiano en Toledo ni en su término daquí adelante.

Si algun omme cayere en algun omecillo ó en algun libor sin su voluntad, y probado fuere por verdaderos testigos, si fiador diere non lo metan en la red; et si fiador non diere non lo lieve á otro lugar fuera de Toledo, mas métanlo dentro de la cárcel de Toledo; conviene e saber la valfada, et non pague sinon la quinta parte de la calonna, et non más: et si alguno matase algun omme dentro en Toledo, ó fuera fasta cinco migeros en cerca de Toledo por muerte muy laida muera apedreado; mas aquel que fuere por sospecha acusado de muerte de cristiano ó de moro ó de judio, et non oviere sobre él verdadero é fieles testigos, júzguenlo segun el Libro Juzgo, et si alguno con algun furto fuere fallado, ó probado, peche toda la calonna segun el Libro Juzgo; et si por aventura embargase el diablo algun omme y pensare alguna traicion en traer alguna cibdad ó castillo, et fuera descubierto por fieles testigos, él solo padezca el mal y el detráimiento; mas si fuyere et non lo fallasen, la parte de su aver tómenla para el Rey, et remanezca la mugier con sus fijos et con su parte dentro de la Cibdat, ó fuera, sin ningun embargo.

Aqueste juicio dió el muy noble Rey Don Alfonso Remondo el dia que confirmó este Privilegio, mandó que ningun panadero non pose en ninguna casa de los Toledanos dentro de la Cibdad nin en sus villas; et si mugier de las viudas de ellos viuda fuere ó virgen, non sea dada á marido á ambidos non por alguna persona podiente. Et otrosí, ninguno non sea osado de robar ninguna mugier de sos mugieres de ellos, cualquiera que sea buena ó mala, nin en la cibdad, nin en la carrera, nin en la villa, et quien alguna dellas robare, muera por ello en ese mismo logar.

Así aun nos firmó la onrra de los Christianos en esta guisa. El moro ó judio si oviere juicio con algun Christiano, que el Juez de los Christianos venga á juicio.

Otrosí, ningunas armas ni ningun cavallo de siella non salga de Toledo á tierra de moros; et plugole á él que la Cibdad de Toledo non sea prestomeda nin sea en ella sennor sinon él solo; nin varon nin mugier en el tiempo de verano socorra á Toledo á defenderla de todos aquellos que

la quisieren apremiar, siquier sean Christianos, siquier moros. Et mando que ninguna persona non aya eredad en Toledo sinon quien more en ella vecino con su mugier et sus hijos: et la labor de los moros oueste siempre de los proyes asi de Toledo asi como era antes en tiempo de su abuelo el Rey Don Alfonso sea el bien aventurado folganza. Amen. Et si algun Christiano quisiese ir á su fuero, que vaya, et sobre todo aquesto ensalce á Dios su imperio, perdono todos los pecados que acaescieron de la muerte de los judios, y de todas las cosas dellos, et de todos los pesquisamientos, así de los mayores como de los menores, et de las otras cosas que pertenecen á los ordenamientos del Privilegio.

Porque aquellas cosas que de los Reyes et de los cabdiellos de las tierras son establecidas et son firmadas por escrito, que non sean olvidadas por alongamiento del tiempo; per ende Yo Don Alfonso, Rey de Castiella, de Toledo en uno con mi mugier Doña Leonor, Reyna, porque vos fallé muy prestos et muy fieles en mio servicio, fago carta de franqueza et de soltamiento et de establecimiento, valedera para siempre iamas, á vos todo el Concejo de Toledo al presente y al que ha de venir, pues doy et otorgo á todos los cavalleros de todo su término, á los presentes et á los que an de venir de todas las eredades que an en Toledo ó en alguna parte de su término ó oviere desde hoy, non den iamas ningun diezmo á Rey nin á Señor de tierra nin á ningun otro; et cualesquier que de sus manos labrasen non den ningun diezmo de los frutos que ende ovieren, mas los avant dichos cavalleros con todas sus eredades, finquen libres et quitos de todo mal et de todo agravamiento, et de pechar por todos los siglos.

Conoszuda cosa sea á los que son et á los que seran cuomo Yo Don Alfonso por la gracia de Dios Rey de Castiella y de Toledo vi aquel Privilegio que el Rey Don Alfonso mio visabuelo de bienaventurada remembranza diera et ficiera á los cibdadanos de Toledo, en el cual se contiene que cualquier que morase en Toledo faciendo y vecindad y cavallería, segun fuero de Toledo, fuere escusado et quito de todo otro pecho et de facendera en todo su Reyno, pues el avant dicho Rey Don Alfonso querient que los fechos de mio antecesores fueran estables et firmes, en uno con mi mugier la Reyna Doña Leonor et con mi fijo Don Fernando fago carta de franqueza et de quitamiento á vos todo el concejo de Toledo al que es et al que a por venir, mandante et firmemente acomendante que cualesquier que morase en Toledo et y ficiesen vecindat et cavalleria segun el fuero de Toledo de todas sus eredades les que las ovieren en todo mio reyno, non fagan alguna postura ó facendera, ó algun pecho más por la vecindad, et por la facendera et la cavalleria de Toledo, sean excusados en todas las otras villas de mios reynos et las otras cosas del ordenamiento del Privilegio.

Conoszuda cosa sea á todos los que son et á los que an de venir cuomo Yo Don Alfonso, por la gracia de Dios Rey de Castiella y de Toledo en uno con mi mugier la Reina donna Leonor et con mio fijo don Fernando, de buen corazon et de buena voluntad fago carta de donacion et de otorgamiento et de establecimiento á vos todo el Concejo de Toledo al presente y al que a de venir, duradera para siempre, dovos et otorgovos aquel Meson en Toledo do se vende el trigo, que lo ayades para siempre, et que tomedes siempre todas las mediduras et todas las derechuras que acaescieren siempre en este mesmo Meson de trigo, que será y vendido así; que cuando recibiéredes daquellas mediduras et daquellas derechuras sacades las avant dichas expensas dadlo et expendedlo en la obra de los muros de Toledo; et pero si toviemos por bien de darvos aquesta cosa, que el Arzobispo et los calonges de la Toledana siella tomen siempre el diezmo de todas aquellas derechuras et mediduras que acaesciesen en el avant dicho Meson et las otras cosas de los ordenamientos.

Conoszuda cosa sea á los que son et an de venir, por este presente escrito, cuomo Yo Don Alfonso, por la gracia de Dios Rey de Castiella y de Toledo, en uno con mi mugier donna Leonor et con mios fijos don Fernando et don Henric, dol et confirmo al Concejo de Toledo, así cuomo fizo mio visabuelo el Rey Don Alfonso de buena memoria, que todas las villas que son en términos de Toledo, siquier sean mias ó de la mi bodega, ó siquier del Arzobispo, ó siquier de la Eglesia de Santa Maria, siquier de Salvatierra, ó siquier del Hospital, ó siquier de la Orden Ducles, ó siquier de cavallero ó de cualquier omme, faga facendera á la cibdad de Toledo, así cuomo fazen los cibdadanos daquella cibdad; empero sacamos desta generalidad Illescas, que fué propia eredat del emperador, et Olmos, et Ocanna, et Montalban con todos sus términos, los quales nunca esto ficieron, et pero de las villas del Arzobispo et de las aldeas de la Eglesia de Santa Maria, mandamos que la postrera et la facendera lo que sus digiemos que deben facer con los cibdadanos de Toledo, fagan-la, no por mano dellos mas por mano del Arzobispo que la coja et la dé á los Alcaldes de Toledo. Ca non queremos que los Alcaldes nin los cibdadanos de Toledo hayan algun poder sobre estos omes del Arzobispo et de la eglesia de Santa Maria, y en este pecho que fagan á los cibdadanos de Toledo sean libres et quitos de todo pecho et de toda facendera de Rey; et si yo ó mios fijos ó alguno de mio linage quisiese otro pecho ó otra facendera aber de los avant dichos ommes, del Arzobispo ó de la Eglesia de Santa Maria, non sean tenudos de facer ninguna pecha nin ninguna facendera con los cibdadanos de Toledo, et las otras cosas que pertenescen al Ordenamiento del Privilegio.

Por este presente escripto sea conoçuda cosa á los que son et an de

venir cuomo Yo Don Alfonso, por la gracia de Dios Rey de Castiella et de Toledo, en uno con mi mugier la Reyna donna Leonor, con mios fijos don Fernando et don Henric, catante el danno de la noble cibdad de Toledo et el menoscabo que viene ende á la tierra establecí, con ommes bonos de Toledo, que ningun omme de Toledo, siquier varon, siquier mugier, non pueda dar nin vender su eredat á alguna orden sacado ende si la quisier dar ó vender á Santa Maria de Toledo, porque es Siella del lugar. Mas de su mueble dé cuanto quiere segun su fuero, et la orden que la recibiere dada ó comprada, piérdala; et quien la vendiere pierda los maravedís, et ayanlo sus parientes más cercanos. Empero Yo, con el Concejo condono á Don Gonzalo de Torquemada et á sus cunnados Per Armillez de Portugal et á Garcia Perez de Fuente Almexí, que su eredat y sus muebles den á quien quisiere, conviene á saber, lo que hoy han, et condono estas cosas á ellos et á sus fijos et á sus nietos. Et otorgamos otrosí que aquellos que donna Luna, ante de aqueste establecimiento, dió al Monasterio de Burgos de Santa Maria la Real con su derechura, val. Mas el cavallero de otra parte que eredat a en Toledo, ó otra, faga vecindat con sus vecinos et si non piérdala, et déla el Rey á quien quisiere que faga por ella vecindad, et otras cosas de los Ordenamientos del Privilegio.

Pues los privilegios de sus escriptos et todo cuanto se contiene en ellos, Yo Rey Don Fernando, de suso nombrado, otórgovoslo et lo robro y confirmo, et sobre esto establezco que lo guarde et lo faga guardar para siempre et sin retraemiento ninguno. Et si por aventura alguno aquesta carta de nuestro otorgamiento quebrantare, ò en alguna cosa la quisiere minguar ó punnar en desatarla, aya lleneramente la yra de Dios Omnipotente, et con Judas el traidor sufra las penas del infierno; et peche al Rey mil maravedises de coto, et lo que á vos sobre esto ficieres debos doblados.

Fecha en Madrid XVI dias andados del mes de Enero Era de M.CC.LX en el quinto anno que reino Rey. Et Yo el Rey Don Fernando, el contenido aquesta carta que mandé facer con mi mano propia la robro et la confirmo.

E Yo sobredicho Rey Don Alfonso en uno con la Reyna Donna Violant mia mugier, et con la mia fija Infanta donna Berenguela en Castiella, en Toledo, en Galizia, en Sevilla, en Córdoba, en Murcia, en Ihaen, en Badajoz, en Baeza, en el Algarbe, otorgo y confirmo todas estas cosas que en este privilegio sobredicho del Rey Don Fernando, mio padre, dice, y yo por facer bien y merced á todos los fijodalgos y á todos los cibdadanos, á todo el pueblo del Concejo de la noble ciudad de Seviella por acrecerles en sus bienes y en sus franquezas y en sus Buenos Fueros que an por el servicio que ficieron al Rey Don Fernando, mio padre,

e por onrra del que yace hi soterrado en la ciudad de Seviella, e por su alma, e por el servicio que á mí ficieron, é por remision de mis pecados, é por mí que fui hi Rei é recibi hi cavalleria e por otros muchos bienes que fizo, e por onrra de la ciudad de Seviella, que es una de las más nobles y mayores ciudades del mundo, dóles e otórgoles por término de Seviella:

La Alcarria, cuomo corre el agua é entra en Budion é Budion entra en Ardilla, e como cae en Ardilla la Foz de Bobarras; e cuomo sale por los cuellos de los Villanos e cuomo recude del cuello de los Villanos rio á rio é fure en la sierra del Cazament, é fure en derecho de Monte Polin al agua de Guadalcarranque; y cuomo corre el Guadalcarranque é entra en Fraga Muñoz; é cuomo corre Fraga Muñoz y entra en Guadiana, Cuentos, Xerez, Badajoz, Monasterio de Solibar, Nodar Torres, Castillo de Valera, Segonza, Cerba Montemolin, Zufre, Aracena, Alfayar de Cabas, Almonaster, Aroche, Cortegana, Mora, Serpa, Aiamonte, Alfayan de la Peña, Andebalo, Castel Rubio, Azuaga, Coniel, Ciudadiza, Castril, Montegil, Constantina, Tejada, Solinar, Aznalcazar, Haznalfarache, Triana, Alcalá del Rio, Guillena, Xerena, Alcalá de Guadaira y Hazelaques.

Todas estas villas e estos Castillos e estos logares sobredichos los doy por siempre jamas, con todos sus términos e con todas sus intradas e salidas, e con montes e con fuentes, e con pastos, e con rios e con todas sus pertenencias, asi cuomo nunca las ovieron mejores en tiempo de moros, e con todos sus derechos fasta dentro en los muros de Sevilla, que fagan dello e en ello todo lo que quisieren cuomo de lo suyo; e que lo hayan al Fuero de Seviella, salvo ende lo que dió el Rey Don Fernando mio padre por sus cartas, e Yo en algunos destos lugares sobredichos, que deba con derecho e lo que los moros tienen segun los pleitos que avien con el Rey mio padre, ó que han conmigo; e tengo para mí e para todos aquellos que regnaren despues de mi, en Castiella y en Leon, las rentas de los Almojarifazgos con sus pedidos de Tejada é Sanlucar la Mayor e de Haznalcazar, e de Alcalá de Guadaira e de Constantina. En tal manera, que todos los christianos que son y pobladores e seran daquí adelante para siempre jamas, en estos cinco logares sobredichos, que fagan con el Concejo de Seviella todos aquellos Fueros, e todos aquellos derechos que fazen e que faran los que son e los que seran pobladores en Seviella e en sus términos e què ese Fuero mesmo.

Otrosí, por facerles más de bien e de merced quito á todos los christianos vecinos de Seviella, á los que ago lo que pesaren en este peso sobredicho mio derecho así cuomo lo dan en Toledo.

Otrosí les quito todo el portazgo que me daban de madera, de pez, de estopa é de cáñamo, de plomo é de cuanto trugeren á Seviella.

Otrosí, quito á todos pescadores christianos, vecinos de Seviella, todo el derecho que me davan en razon del pescado en toda la mar de Seviella, en toda su foz e en todos los rios de su término.

Otrosí, do e otorgo al Concejo de Seviella que ayan por eredat todos los molinos de aceite que eran del mio almacen, los que son en las alcarrias que Yo les di con el mio Privilegio, e por estos molinos que les doy anme á dar el treinteno de todo cuanto aceite de y moliere en estos molinos para siempre son e serán daquí adelante, para siempre jamas, de los derechos que me daban del mio Almojarifazgo. de todas estas cosas que aquí son escritas en este mio Privilegio. Quítoles la quantia de maravedis que me daban del barco que iva á Córdoba, de ida e de venida y el derecho que me daban y otrosí en razon de los barcos que iban á Yerez de ida y de venida. E quítoles todo el portazgo y el derecho que me daban de gallinas e de páxaros, é de lo que trugieren de fuera del término de Seviella, que lo non den daquí adelante. Et quítoles el sueldo que daban de la libra de la seda é del azafran e de todas las especies; e de los figos e de todas las otras cosas que les davan derechos en los pesos de los Altares, en tal manera que den de todo jamás.

Otrosí, quito á todos los moros forros, vecinos de Seviella, e á todos los otros moros albarranes que y vinieren, el Pepion que davan por su cabeza cada dia en la mie Alfandega, que lo non den daquí adelante, fuera ende que los moros recueros que y vienen á Seviella que vayan á las mis Alfandegas é que den y aquel derecho que solian dar en tiempos de Miramamolín Menin.

Todas estas cosas les do e les otorgo así e les franqueo en Seviella asi como dicho es en este mio Privilegio para siempre jamás. Et mando et defiendo firmemente que ninguno no sea osado de ir contra este mio Privilegio nin de contrallarle nin de minguarle en ninguna cosa. Ca aquel que lo ficiere ó lo quisiere facer aya la ira de Dios Omnipotente, y descienda con Judas el traidor en fondon de los infiernos, e a más abríe la mi ira e pecharme ya en coto mil libras de oro e a ellos todo el daño doblado.

Et porque este mio Privilegio de este mio donadio e destas mias franquezas sea más firme e más estable é vala para siempre mandelo sellar con mio sello de oro.

Fecha la Carta en Seviella por mandado del Rey seis dias andados del mes de Diciembre en Era de mil doscientos e noventa é un años.

Don Alfonso de Molina, confirmó.
» Federiq » »
» Henriq » »
» Manuel » »
» Fernando » »

Don Felipe electo de Sevilla, confirmó.
» Sancho » » Toledo, »
» Juan Arzobispo de Santiago, confirmó.
» Aboabdele Abenhazahar Rey de Granada, confirmó.
» Mohámed Aben Mohámet Rey de Murcia, »
» Abenmate Fot Rey de Niebla Vasallo del Rey, confirmó.
Y siguen confirmando 21 Obispos y 38 nobles.

APÉNDICE I (pág. 154).

Señores de Vizcaya.

I

Don Lope, de sobrenombre *Zuria* (señor blanco), debió ser elegido en 888 y su muerte debió verificarse en 909.

II

Don Munio (Manso) López (909 á 920), hijo de D. Lope, casó hacia 914 con doña Velazquita, hija de Sancho Garcés, rey de Navarra.

III

Don Iñigo López, de sobrenombre *Exguerra* (Zurdo), hermano del primer señor D. Lope (pues D. Munio no tuvo descendencia), heredó el señorío y murió en el año 924.

IV

Don Lope Iñiguez, de sobrenombre *el Lindo*, hijo de D. Iñigo, confirmó algunas donaciones al monasterio de San Millán en los años 996, 1001 y 1011.

V

Don Sancho López, hijo de D. Lope, fué muerto al tratar de apaciguar una disputa entre sus gentes.

VI

Don Iñigo López, de sobrenombre *el Zurdo*, como su abuelo, sucedió á su hermano D. Sancho. En el año 1016 confirmó una donación hecha por el conde castellano D. Sancho al monasterio de Oña. Debió morir hacia el año 1076.

VII

Don Iñigo Iñiguez, conocido con el sobrenombre de *el Rubio*, casó con la castellana doña Tido Díaz, pasando por esto al servicio de Alfonso VI en 1076, falleciendo entre los años 1090 y 1093.

VIII

Don Diego López I, llamado *el Blanco*, hijo de D. Lope, tomó el apellido de Haro, tal vez porque fuese el poblador de la villa de este nombre. En las diferencias que mediaron entre doña Urraca de Castilla y Alfonso *el Batallador*, de Aragón, se puso al lado del primero; murió en 1124.

IX

Don Lope Díaz de Haro sucedió á su padre y siguió alternativamente, ya á los reyes de Castilla, ya á los de Navarra, defendiendo, por último, á Vizcaya contra Sancho *el Sabio*, en el año 1160.

X

Don Diego López de Haro II, conocido por *el Bueno*, y primo del anterior, se desnaturalizó de Castilla y luchó contra el monarca, viéndose obligado á refugiarse por algún tiempo entre los moros de Valencia, volviendo luego y peleando al lado de Alfonso VIII en las Navas de Tolosa (1212). Casó con María Manrique de Lara y murió en 16 de diciembre de 1214.

XI

Don Lope Díaz de Haro, llamado *Cabeza brava*, sucedió á su padre D. Diego. Defendió su señorío atacado por los Laras en tiempo de Enrique I y se puso al lado de doña Berenguela y después de Fernando III en sus desavenencias con Alfonso IX de León. Al santo Rey acompañó en sus primeras expediciones contra los moros, muriendo el 15 de noviembre de 1239.

XII

Don Diego López de Haro III, hijo del anterior, se retiró de la corte disgustado con Fernando III; pero pronto se le pasó el enojo y siguió al Rey á la conquista de Sevilla. Cuando Alfonso X ocupó el trono, también D. Diego se separó de su obediencia, retirándose á Aragón y muriendo el 4 de octubre de 1254.

XIII

Don Lope Díaz de Haro sucedió á su padre, y unas veces estuvo al servicio de los reyes de Aragón y otras al lado de los monarcas de Castilla. Tomó parte activa en favor de Sancho *el Bravo* y en contra, por consiguiente, de los infantes de la Cerda; pero tiempo adelante se puso enfrente del Rey, siendo asesinado por éste en Alfaro (1289).

XIV

Don Diego López de Haro IV, hijo del anterior, hubo de retirarse á Aragón, pues del señorío de Vizcaya se hizo dueño Sancho IV. D. Diego murió el año 1292.

XV

Don Diego López de Haro V sucedió á su sobrino por falta de descendencia legítima, y con el apoyo del rey de Aragón logró, después de la muerte de Sancho *el Bravo*, el dominio del señorío. D. Diego guardó siempre fidelidad á doña María de Molina. Estuvo casado con doña Violante, hija legítima de Alfonso X *el Sabio*, y murió el año 1309.

XVI

Doña María Díaz de Haro I, casada con el infante D. Juan é hija de D. Lope Díaz de Haro, el asesinado por Sancho IV en Alfaro, entró á poseer el señorío por renuncia de D. Lope, hijo de D. Diego López de Haro V, y á instancia de Fernando IV *el Emplazado*. El infante D. Juan, tutor y gobernador del reino, murió (10 de junio de 1319) en una batalla con los moros, y doña María continuó el gobierno del señorío hasta el año 1327, en que se retiró al convento de Perales, falleciendo el 3 de noviembre de 1342.

XVII

Don Juan, llamado *el Tuerto*, hijo de doña María Díaz de Haro I y del infante D. Juan. ¿Llegó D. Juan *el Tuerto* á poseer el señorío? Haremos notar que la citada doña María, su madre, hubo de otorgar carta de fueros á Ondárroa en 28 de septiembre de 1327, dos días antes de la muerte violenta dada al *Tuerto* por Alfonso XI *el Justiciero*.

XVIII

Doña María Díaz de Haro II, casada con D. Juan Núñez de Lara é hija única de D. Juan *el Tuerto*, heredó el señorío. Si en un principio D. Juan Núñez se vió perseguido por Alfonso XI, luego volvió á la gra-

cia del Rey, á quien ayudó en la batalla del Salado, en las conquistas de Alcalá y de Algeciras y en el sitio de Gibraltar. Murió D. Juan Núñez en 1350, enemistado con Pedro *el Cruel* y dejando un hijo, D. Nuño, y dos hijas, doña Juana y doña Isabel.

XIX

Don Nuño de Lara, niño de corta edad, sucedió á su padre, muriendo al poco tiempo en 29 de agosto de 1352.

XX

Doña Juana de Lara, hermana de D. Nuño y casada luego con el infante D. Tello, hijo de Alfonso XI y de doña Leonor de Guzmán, heredó el señorío. D. Tello se atrajo la cólera de D. Pedro *el Cruel*, quien intentó arrebatarle el señorío para dárselo á doña Isabel (hermana menor de doña Juana), casada con el infante D. Juan de Aragón. Aunque D. Tello peleó valerosamente al frente de sus vizcaínos, el resultado fué que el Rey se apoderó del señorío, hizo matar al infante D. Juan de Aragón y envenenó á doña Juana y á doña Isabel de Lara. Desde el primer destronamiento de Pedro I por su hermano D. Enrique volvió D. Tello á ocupar el señorío, hasta su muerte (15 de octubre de 1370).

XXI

El Infante Don Juan, hijo de doña Juana Manuel y de Enrique II. Extinguida con la muerte de D. Nuño, de doña Juana y de doña Isabel la descendencia de D. Lope Díaz de Haro, XIII señor de Vizcaya, la sucesión de dicha casa de Haro, como también las de Lara y Villena, recayeron en doña Juana Manuel, mujer de Enrique II. Esta señora renunció el señorío de Vizcaya en su hijo primogénito el infante D. Juan, después rey de Castilla con el nombre de Juan I. El señorío de Vizcaya pasó entonces á la corona.

En el salón de juntas de Guernica están los retratos de los señores de Vizcaya, aun de aquellos que lo fueron por razón de matrimonio, pero no existen los de las señoras propietarias. No encontramos razón alguna para ello. Manifestaremos que el infante D. Juan fué señor de Vizcaya por estar casado con doña María Díaz de Haro I; D. Juan Núñez de Lara, por su matrimonio con doña María Díaz de Haro II, y don Tello, hijo de Alfonso XI, por su enlace con doña Juana de Lara. «Tanto valdría en este caso (dicen los señores Marichalar y Manrique en su *Historia de la Legislación*) borrar de la cronología de los reyes á doña Sancha, doña Berenguela, doña Petronila, doña Isabel la Católica, doña Juana y las reinas propietarias de Navarra.»

APÉNDICE J (pág. 192).

Libro de los doce sabios.

Como prueba del gusto literario de aquel tiempo, dè lo que alcanzaban en la ciencia de la política y del gobierno los que entonces se llamaban sabios, y también como muestra del lenguaje y estilo que se tenía por culto, damos á continuación algunos fragmentos del libro de la Nobleza y Lealtad, compuesto por los doce sabios que formaban el Consejo de San Fernando:

CAPÍTULO I

De las cosas que los sabios dicen è declaran de la Lealtanza.

Comenzaron sus dichos estos sabios, de los quales eran algunos dellos grandes filósofos, è otros dellos de santa vida. Et dixo el primero sabio dellos: Lealtanza es muro firme, é ensalzamiento de ganancia. El segundo sabio dixo: Lealtanza es morada para siempre, é fermosa nombradía. El tercero sabio dixo: Lealtanza es árbol fuerte, è que las ramas dan en el cielo è las raices en los abismos. El quarto sabio dixo: Lealtanza es prado fermoso, è verdura sin sequedad. El quinto sabio dixo: Lealtanza es espacio del corazon, è nobleza de voluntat. El sexto sabio dixo: Lealtanza es vida segura, è muerte onrrada. El seteno sabio dixo: Lealtanza es vergel de los sabios, è sepultura de los malos. El octavo sabio dixo: Lealtanza es madre de las vertudes, è fortaleza non corrompida. El noveno sabio dixo: Lealtanza es fermosa armadura, è alegría de corazon, è consolacion de pobreza. El décimo sabio dixo: Lealtanza es sennora de las conquistas è madre de los secredos, è conformacion de buenos juicios. El onceno sabio dixo: Lealtanza es camino de paraiso, è via de los nobles, è espejo de la fidalguía. El doceno sabio dixo: Lealtanza es movimiento spiritual, loor mundanal, arca de durable tesoro, apuramiento de nobleza, raiz de bondat, destruimiento de maldat, perficion de seso, juicio fermoso, secredo limpio, vergel de muchas flores, libro de todas sciencias, cámara de cavallería.

CAPÍTULO II

De lo que los sabios dicen de la Cobdicia.

Desque ovieron fablado de Lealtanza, dixeron de Cobdicia. Et dixo el primero sabio: Cobdicia es cosa infernal, morada de avaricia, cimiento

de soberbia, árbol de luxuria, movimiento de invidia. El segundo sabio dixo: Cobdicia es sepultura de vertudes, pensamiento de vanidad. El tercero sabio dixo: Cobdicia es camino de dolor, è sementera de arenal. El quarto sabio dixo: Cobdicia es apartamiento de placer, è vasca de corazon. El quinto sabio dixo: Cobdicia es camino de dolor, es árbol sin fruto, è casa sin cimiento. El sexto sabio dixo: Cobdicia es dolencia sin melecina. El seteno sabio dixo: Cobdicia es voluntat non saciable, pozo de abismo. El octavo sabio dixo: Cobdicia es fallescimiento de seso, juicio corrompido, è rama seca. El noveno sabio dixo: Cobdicia es fuente sin agua, è rio sin vado. El décimo sabio dixo: Cobdicia es compannia del diablo, è raiz de todas maldades. El onceno sabio dixo: Cobdicia es camino de desesperacion, è cercanía de la muerte. El doceno sabio dixo: Cobdicia es sennoría flaca, placer con pesar, vida con muerte, amor sin esperanza, espejo sin lumbre, fuego de pajas, cama de tristeza, rebatamiento de voluntat, deseo prolongado, aborrecimiento de los sabios.

CAPÍTULO III

Que el rey ó regidor del reyno debe seer de la sangre real.

Primeramente dixeron estos sabios, que fuese de sangre real: por cuanto non seria cosa complidera nin razonable que el menor rigiese al mayor, nin el siervo al sennor. Et más razon es quel grado dependa de la persona que la persona del grado. Et cualquier que ha de regir reyno, requiere á su sennoría que sea de mayor linage, è de mayor estado que los que han de ser por él regidos: porque á cada uno non sea grave de rescebir pena ó galardon por el bien ò mal que feciere, è non aya à menguar los subditos à su regidor de seer regidos, è castigados por él, nin de yr so su voluntat quanto cumpliere.

. . . . . .

CAPÍTULO XIV

Que el rey debe seer amigo de los buenos, è leales, è verdaderos que andan è siguen carrera derecha.

Amigo debe seer el rey, ò príncipe, ò regidor de reyno de los buenos, è leales, è verdaderos, que andan è siguen carrera derecha, è lo aman de dentro, è de fuera, è detrás, è delante, acerca, è alexos por su provecho, è su dapno, que el amigo que es por solo su provecho non usa de amistanza, mas de mercaduría, è aborrescible. Et otrosí debe seer amigo